Juan Eusebio Nieremberg

Del aprecio y estima de la Divina Gracia

Ivory Falls Books

Juan Eusebio Nieremberg

DEL APRECIO Y ESTIMA DE LA DIVINA GRACIA

®2017 IVORY FALLS BOOKS. Este libro es parte de una colección de los mejores clásicos espirituales, disponibles tanto en formato impreso y libros electrónicos. En Ivory Falls Books nos esforzamos por publicar libros de alta calidad a precios asequibles. Además buscamos uniformidad en el tamaño, la presentación externa y el tipo de letra, que le permite al lector crear una biblioteca bien organizada y de fácil lectura. Para encontrar los títulos disponibles por favor búsquenos en Amazon.com.

Este libro es producto de su tiempo y no refleja necesariamente el pensamiento de la actualidad, el cual ha evolucionado, como lo haría si se hubiese escrito en la actualidad.

CONTENIDOS

LIBRO PRIMERO.
CAPÍTULO PRIMERO. La poca estima que se hace de la Gracia
CAPÍTULO II. Que cosa sea Gracia, y los inestimables tesoros que encierra.
CAPÍTULO III. Cuánto debe ser estimada la Gracia por ser superior.
CAPÍTULO IV. No solo sobrepuja la Gracia a todas las obras naturales
CAPÍTULO V. Cómo debe ser estimada la Gracia, por ser la obra de la justificación
CAPÍTULO VI. Cuanto debe ser estimada la Gracia
CAPÍTULO VII. La Gracia no solo es sobre la naturaleza creada
CAPÍTULO VIII. En cuan sublime grado se participa por la Gracia
CAPÍTULO IX. Como por la participación de la naturaleza divina
CAPÍTULO X. Cuánta sea la excelencia de la Gracia por sublimar al alma
CAPÍTULO XI. Como debe ser estimada la Gracia por ser participación
CAPÍTULO XII. Como la gracia sirve a los que la tienen de naturaleza
CAPÍTULO XIII. En qué modo es la Gracia infinita, por ser participación
CAPÍTULO XIV. Comparase la participación de la Naturaleza Divina
CAPÍTULO XV. Cuánto debe ser estimada la Gracia
CAPÍTULO XVI. Cuánto debe ser estimada la Gracia
LIBRO SEGUNDO
CAPÍTULO PRIMERO. Cómo con la gracia, no solo tiene el justo la participación
CAPÍTULO II. Cuánto debe ser estimada la Gracia, porque quien la tiene no solo.
CAPÍTULO III. Cuán estimada debe ser la Gracia, por ser vida del alma.
CAPÍTULO IV. Cuán estimada debe ser la Gracia, por hacer hijos adoptivos de Dios
CAPÍTULO V. Como la adopción de hijos de Dios, que se hace por la Gracia
CAPÍTULO VI. De la incomparable grandeza de la Gracia, por lo que Dios quiere
CAPÍTULO VII. Cuánto debe ser estimada la Gracia, por causar entre Dios
CAPÍTULO VIII. Del amor excesivo que tiene Dios a los que están en Gracia
CAPÍTULO IX. La suma hermosura que en las almas causa la Gracia.
CAPÍTULO X. De la admirable unión con Dios, y con todos los Santos, y Ángeles
CAPÍTULO XI. Por la Gracia se sublima el alma a ser Esposa de Dios
CAPÍTULO XII. De qué manera alcanza el sumo Principado, y Reino de todas las cosas
LIBRO TERCERO.
CAPÍTULO PRIMERO. Cómo la Gracia es causa, que tenga el alma la Caridad
CAPÍTULO II. La Gracia enriquece al alma con todos los hábitos de virtudes
CAPÍTULO III. La Gracia trae al alma los dones del Espíritu Santo.
CAPÍTULO IV. La virtud que tiene la Gracia para destruir al pecado mortal
CAPÍTULO V. La luz es una sombra de la Gracia. Se hace comparación
CAPÍTULO VI. La estimación que hacen de la Gracia los Ángeles,
CAPÍTULO VII. Los que están en Gracia tienen por singular privilegio.
CAPÍTULO VIII. El inestimable valor que comunica la Gracia a las obras
CAPÍTULO IX. Cuan infinito cuidado se ha de tener de conservar la Gracia
CAPÍTULO X. Lo que ha de ser estimada la Gracia, por hacer las obras buenas
CAPÍTULO XI. Otro privilegio incomparable de la Gracia, es que por ella está u
CAPÍTULO XII. La Gracia que se da a los hombres, tiene mayor título
LIBRO CUARTO.
CAPÍTULO PRIMERO. Cuánto debe ser estimada la Gracia, por quitar la indignidad
CAPÍTULO II. Cuan inestimable bien sea la Gracia habitual
CAPÍTULO III. Cuanta diferencia va de un hombre con Gracia, o sin ella.
CAPÍTULO IV. De las maravillosas fuerzas que da la Gracia fortaleciendo
CAPÍTULO V. La diferencia que hay de la Gracia de Dios, a la Gracia de los hombres.
CAPÍTULO VI. Como con la Gracia se dan, no solo los bienes sobrenaturales
CAPÍTULO VII. La Gracia da la bienaventuranza de esta vida.
CAPÍTULO VIII. Como estar sin Gracia es la suma miseria del hombre.
CAPÍTULO IX. Lo que han hecho los Santos por tener la Gracia.
CAPÍTULO X. Varios símbolos con que los Santos, y Padres significaron
LIBRO QUINTO.
CAPÍTULO PRIMERO. De la primera disposición para alcanzar la Gracia
CAPÍTULO II. De la segunda disposición para alcanzar la Gracia
CAPÍTULO III. De la tercera disposición para alcanzar la gracia
CAPÍTULO IV. De la última disposición para alcanzar la Gracia
CAPÍTULO V. No basta conseguir la Gracia, si con penitencia y santa vida.
CAPÍTULO VI. El que está en Gracia ha de obrar los doce frutos del Espíritu Santo.
CAPÍTULO VII. La suma dignidad de la Gracia pide, que el que la tiene obre
CAPÍTULO VIII. La obra más connatural del que está en Gracia, es el amor de Dios.
CAPÍTULO IX. Los que están en gracia no se han de contentar con obrar bien
CAPÍTULO X. Como el que está en Gracia, para conservarse en ella
CAPÍTULO XI. Quien está en Gracia, se ha de conservar en gran pureza de vida
CAPÍTULO XII. No solo con la pureza del alma, sino del cuerpo
CAPÍTULO XIII. Cómo se puede conocer, que uno está en Gracia.
CAPÍTULO XIV. Con cuánta razón encarga el Señor la conservación de la Gracia.

CAPÍTULO XV. Las señales de que uno ha de morir en Gracia

DEL APRECIO Y ESTIMA DE LA DIVINA GRACIA QUE NOS MERECIÓ EL HIJO DE DIOS CON SU PASIÓN Y MUERTE.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO. La poca estima que se hace de la Gracia, es digna de llorarse con lágrimas de sangre.

Así como no hay cosa más preciosa que la Gracia, que nos mereció el Hijo de Dios; así no hay cosa más para llorar, que su pérdida, y el desprecio que de ella hacen los redimidos con su preciosa sangre; porque aunque el menor grado de Gracia es más que todos los bienes de la tierra juntos, con todo eso lo tiene por tan de poca importancia el sentido humano, que la desprecia y malbarata toda por un pequeño gusto. No es creíble la prodigalidad, y locura de los hombres, en el desperdicio que hacen de los bienes eternos, para cuya posesión nacimos. ¿Qué mayor desatino, que por el cumplimiento de un apetito, indigno de la naturaleza, perder más que toda la naturaleza? Porque no es encarecimiento lo que enseña Santo Tomás *(I. 2, q. 113. A. 9 ad. 3)*, que el bien de la Gracia de un hombre solo, es mayor que el bien de la naturaleza de todo el universo: (Lib. Ad Bonifac. Cap. o) y San Agustín dice, que la gracia de Dios, no solamente sobrepuja a todas las estrellas y todos los cielos, pero también a todos los Ángeles; porque si Dios diera a uno todos los bienes del mundo, y lo hiciese Señor de las estrellas, aunque ellas fuesen de diamantes y sobre eso le diese toda la perfección natural de los Serafines, y todos los Ángeles, no le haría tanta merced como en darle un átomo de Gracia. ¿Cómo se atreve el hombre a perder cosa tan grande, por lo que vale tan poco, como un gusto de la tierra? S¡ supiera uno, que por tomar en un instante algún contento de los sentidos, había de faltar del mundo este Sol que le alumbra, y recrea, no se atreviera a darse aquel gusto tan costoso, con pérdida de una naturaleza tan hermosa; pues que si le dijeran, que si tal gusto admitía, el cielo se había de hacer pedazos, las estrellas habían de desaparecer, los elementos confundir, la tierra hundir, y trastornar toda la naturaleza ¿Quién habría que no ahogara su apetito, e hiciera mil pedazos su voluntad, antes que dejarla salir con gusto tan costoso? ¡Qué es esto! ¿Cómo la dejamos salir con la suya, con pérdida de la Gracia, que es sobre toda naturaleza? Porque más se pierde en perder un grado de Gracia, que si se perdiera cielo y tierra. ¡Y que no reparen en esto los hombres! ¿Qué lágrimas hay, que basten para llorar este desperdicio, que pasa cada momento en los hijos de Adán? Si viéramos un día que en él se perdiera del mundo veinte o treinta especies de naturalezas, que el sol desapareciese, y luego se hundiese la luna, luego se destrozase un gran pedazo del cielo, con muchas estrellas, luego faltasen las fuentes, los árboles se arrancasen, los ganados se muriesen, se hundiesen muchas ciudades, y otras pérdidas semejantes de cosas naturales, y temporales, ¿qué pasmo causaría día tan desdichado? El Profeta Elías *(1R. 19)* se cubrió los ojos de espanto, por no ver una mudanza notable de la naturaleza, cuando solo se trastornaban unos montes; pues ¿cómo se puede pasar teniendo enjutos los ojos, viendo todos los días, no veinte o treinta mudanzas, y pérdidas de cosas mayores, sino innumerables, perdiéndose en cada uno que perdiere la Gracia, o menospreciare su aumento, más que en la pérdida de todo lo que Dios ha criado en el Universo, aunque todo él fuera de oro y perlas? ¿Qué lágrimas pueden ser iguales a este sentimiento? El

Profeta Jeremías se puso a llorar muy de propósito la pérdida de toda una ciudad, no acabando de derramar arroyos de lágrimas por ella: los amigos del Santo Job, por las pérdidas que tuvo, que fueron de ganados, casas, hijos, y salud solamente, todas de cosas naturales, y transitorias, quedaron pasmados siete días sin hablar palabra. Por cierto, que si se hubiera de guardar proporción, entre las pérdidas, y el sentimiento que merecen, podíamos callar eternamente, sin buscar consuelo. Porque ¿qué tiene que ver perder bienes naturales, como camellos, bueyes, ovejas, y jumentos, que perdió el Santo Job, con perder tantos bienes sobrenaturales, como se pierden con la Gracia? Piérdase en ella un ser Divino, que le levanta a uno sobre toda la naturaleza: piérdase la caridad reina de todas las virtudes: piérdanse juntamente todas cuantas virtudes sobrenaturales con la Gracia se dan a los verdaderamente contritos: piérdanse los Dones del Espíritu Santo: piérdele el mismo Espíritu Santo: piérdase el ser hijo de Dios, el ser amigo, el estar en su compañía: piérdase el derecho del Reino de los cielos: piérdase la vida del alma: piérdase el hacer obras merecedoras de la Gloria: piérdanse todos los merecimientos hechos: piérdase toda la gracia recibida en los Sacramentos de toda la vida: piérdanse innumerables riquezas espirituales: piérdase Dios, y así se pierde todo lo que se puede perder. Se lamenta el Profeta Jeremías, derramando arroyos de lágrimas, de la pérdida de Jerusalén, diciendo: (Jer. 2, 12): *Como cubrió el Señor con su furor llenando de oscuridad a la hija de Sion, arrojó del cielo al suelo a la esclarecida de Israel, y no se ha acordado de la peana de sus pies. En el día de su furor precipitó el Señor, y no perdonó todas las hermosuras de Jacob.* Todo esto hizo Dios, y todas son pérdidas corporales; ¿cómo se debe sentir, y llorar, que no Dios, sino el hombre, obscurezca, pisotee, y desprecie tantos bienes espirituales, tantas riquezas sobrenaturales, y todas las hermosuras no de Jacob, sino de Jesucristo, que nos redimió con su Sangre, y muerte? El Sacerdote Helifolo con la pérdida del Arca del Testamento, quedó atónito de dolor. El Papa Nicolao V, de pena que se hubiese perdido Constantinopla, quedó muerto de repente. Lo mismo le sucedió a Urbano, cuando supo la pérdida de Jerusalén, y a Benedicto I, por el estrago que hicieron los longobardos en Italia. Pues si el sentimiento de la pérdida de una Ciudad, o Provincia, basta para quitar la vida a varones tan grandes, no sé cómo no nos pasmamos. No sé cómo no nos quedamos muertos, de que haya hombre qua pecando, pierda más que si se perdiera todo el mundo.

Verdaderamente, no hay corazón que baste para sentir, ni ojos para llorar, ni lengua para lamentar esta lastimosa miseria de los hombres, que pierden tanto por tan poco. ¡Y que aun de esto no tengan sentimiento! ¡Oh qué caro ha de costar, y cómo les ha de salir al rostro esta desestima de cosa tan estimable, y menosprecio de bien tan digno de desear! La sombra de esto castigó Dios en su pueblo con un largo, y terrible castigo. Porque tuvieron en nada la tierra deseable, esto es, la tierra de Cananea prometida de Dios: dice David, que levantó el Señor su mano sobre ellos, para postrarlos en el desierto, donde murieron innumerables, y para abatir sus descendientes entre naciones bárbaras, donde estuvieron cautivos muchos años, y derramarlos en regiones extranjeras, donde padecieron grandes miserias. Lo cual sucedió muchos siglos después de aquel

desprecio de lo que Dios les prometió, como cosa tan para desear, y digna de estima. Pues si el desprecio de la tierra, por ser deseable, así le castigó el Señor; el desprecio del cielo únicamente deseable ¿cómo le castigará? Una sombra de Gracia quiso Dios que tanto se estimase, cómo querrá que la misma Gracia se estime?

II.

La causa de la poca estimación de cosa tan grande, es el aprecio que tienen los sentidos de las cosas de la tierra, y la poca aprensión que hace el corazón humano de la Gracia, y de los bienes eternos, que consigo trae: de donde viene a suceder, que con no ser de estima alguna los bienes del mundo, sino antes dignos de todo desprecio, haga tanto caso de ellos nuestro corazón engañado, que por su causa no repara en perder los de la Gracia. Esta peste es la que tiene inficionados nuestros sentidos, esta ponzoña tiene corrompidos nuestros corazones: este hechizo tiene enloquecidos nuestros entendimientos, y no hay otro antídoto más eficaz contra esta perdición, sino considerar la grandeza de la Gracia; cuan excelente, y gloriosa cosa es sobre todas las grandezas, y glorias del mundo. Con esto se despreciarán los bienes de la tierra, si se estiman los del cielo. Con esto se echará freno a los deseos de cosas perecederas, pues podemos poseer las eternas. Con esto se convencerá nuestro juicio errado en el aprecio de las cosas materiales, con el contrapeso de las *sobrenaturales.* Porque así como en el mundo despreciamos los bienes menores, por la estima de los que son mayores; así también todos los bienes temporales, y perecederos, menores, y mayores despreciará quien tuviere aprecio de los espirituales, y eternos. Nuestro corazón es como el fiel de un peso, que allí se inclina donde hay más, y cuanto se carga una balanza, tanto más se aligera la otra. Bien conoció todo esto el Apóstol San Pedro, cuando para exhortarnos al desprecio del mundo nos propuso el aprecio de la Gracia, diciendo estas admirables palabras *(2P. 1, 4): Grandísimas y preciosas promesas nos ha dado Dios, para que por ellas nos hagamos participantes de la naturaleza Divina, huyendo de toda la corrupción de deseos que hay en el mundo.* Dio por remedio de los deseos corrompidos de los bienes del mundo, el poner los ojos en los bienes de la gracia, que llama grandísimos y preciosos. De donde hemos de sacar grande cuidado, y aliento para toda obra de virtud, con que se aumenta la misma Gracia; y así después de las palabras referidas, añade el Apóstol (2P. 1, 5-7): *Mas vosotros infiriendo de aquí, que debéis tener toda solicitud, servid, y obrad virtud en vuestra Fe: con la virtud sabiduría: con la sabiduría abstinencia: con la abstinencia paciencia: con la paciencia piedad: con la piedad amor de vuestros hermanos: con este amor la caridad.* Porque de la estimación de la Gracia, y sus grandísimos bienes, no solo saldrá este bien, que se despreciarán las cosas de la tierra, sino se obrará toda virtud. Porque como en una rica cadena, se irán eslabonando unas virtudes con otras, empezando del precio del cielo, y rematando en la caridad que es la cumbre de la perfección. Por lo cual dijo San Crisóstomo *(*Hom. I in *Epistol. Ad Ephes.)*: *Quien aprecia, y admira la grandeza de la Gracia que viene de*

Dios, este tal será más cuidadoso, y atento, para delante de su aprovechamiento, y salud espiritual, y mucho más inclinado al estudio de las virtudes. Confirma todo esto, lo que de sí confiesa el Santo Rey David, cuando dice*: Pensaron de quitarme mi precio, y yo corrí con sed.* Por la estimación que tenia de la Gracia, la llama su precio; porque ni se preciaba de otra cosa, ni preciaba a otra cosa: otros leen, *mi dignidad o ensalzamiento, y honra;* porque no hay otra dignidad ni honra, ni grandeza en la tierra, que se deba desear, sino es la Gracia. Pues con este aprecio que el Profeta tenía de este divino don, dice que por solo que les pasó a sus enemigos por el pensamiento hacérsele perder, él por asegurarle, corrió con grandes ansias, y sed en el camino de la perfección, y toda virtud, no haciendo caso de otro bien de la tierra, ni de su mismo Reino.

Por esta causa será grande provecho de las almas recoger los innumerables tesoros que hay en la Gracia, para que vean cuan digna es de estimarse sobre todo otro bien, mucho más que todo el universo. Porque teniendo el aprecio que se debe de su grandeza, dignidad, y provechos, desprecien el lodo, y estiércol de los bienes y riquezas temporales, y pongan su corazón en los celestiales, y eternos, y amen a nuestro Redentor Jesucristo, que nos mereció con sus trabajos, y sangre cosa tan preciosa. Por este gran provecho que nos ha de resultar con semejante estima de la Gracia, quiere Dios que la estimemos, y apreciemos mucho, haciendo por esta causa notables extremos, y demostraciones en los excesos de la Pasión de su Hijo. El Apóstol San Pablo escribiendo a los de Éfeso, dice *(Ef. 1, 5),* que nos predestinó Dios hijos adoptivos por medio de Jesucristo, *para alabanza de la gloria de su Gracia.* El cual modo de hablar tan advertido, y reduplicado, en decir: *Alabanza de la gloria de la Gracia,* significa la grande estimación, admiración, alabanza, y gloria con que Dios quiere estimemos este inestimable don suyo.

¡O Dios eterno, y Padre de las misericordias, y de las lumbres, de donde desciende toda buena dádiva, y Gracia! Os pido que alumbréis mi entendimiento, para que sepa hablar de esta dádiva vuestra, con que quisisteis honrar y enriquecer los hombres, haciéndonos por vuestra Gracia participantes de vuestra naturaleza Divina, levantándonos sobre lodo ser de la naturaleza. ¡O Redentor mío Jesús, os suplico por las entrañas de misericordia, con que nos mereciste la misma Gracia a costa de vuestra vida, y sangre, pueda yo dar a entender a vuestros redimidos alguna parte de lo que debemos estimar, lo que vos tanto estimasteis, y comprasteis tan caro. ¡O Espíritu Consolador, y don de los dones de Dios que os dais juntamente con la Gracia, sepa yo decir, que don es este, con el cual Vos mismo os dais a las almas! ¡O María Madre de Gracia, alcanzádmela cumplidamente para que publique al mundo lo que Vos estimad más, que el ser Madre de Dios! ¡O ángeles bienaventurados! ¡O Santos Querubines, asistidme, para que sepa engrandecer lo que es más grandeza, que la de vuestras altísimas naturalezas, con ser las más sublimes, y perfectas del mundo! ¡O almas bienaventuradas, que estáis gozando del fruto de la Gracia, y conocéis sus riquezas, ayudad mi cortedad, para que acierte a pronunciar alguna parte de ellas. Compadeceos de nuestro engaño y olvido de lo que tanto nos importa.

CAPÍTULO II. Que cosa sea Gracia, y los inestimables tesoros que encierra.

I

Para proceder con más claridad en la consideración de la grandeza de la Gracia, que Jesucristo nuestro Redentor nos mereció con su sangre, se ha de advertir, que este nombre Gracia de Cristo, se toma por aquellos dones, y favores de que era indigna, y privada nuestra naturaleza por el pecado, y que nunca fueron debidos a naturaleza alguna, ni pueden ser debidos, y por ellos se alcanza la bienaventuranza eterna. Unas veces significa este nombre Gracia, los auxilios con que Dios nos previene con santos pensamientos, y ayuda al alma para que haga buenas obras: la cual llaman los Teólogos Gracia actual, porque se pasa luego. Otras veces significa un don Divino, y una cualidad permanente, que infunde Dios en el alma, con el cual la hace agradable a sí, amiga, e hija suya. Y a esta llaman Gracia habitual, porque persevera en el alma, como los otros hábitos. Una y otra Gracia es admirable: una y otra es de inestimable precio, pues costó la sangre del Hijo de Dios. Una y otra se llama algunas veces Gracia santificadora, o de santificación; porque la una es la santidad del alma, y la otra dispone, y se endereza para esa misma santidad, o su aumento. Puédase declarar la conveniencia, y proporción de estas Gracias, habitual y actual, con estos ejemplos toscos de cosas materiales. La Gracia habitual es como una hermosísima púrpura, ricamente bordada, que diese un Rey a uno que quisiese adoptar por hijo querido para que anduviese vestido con ella, representando la dignidad de hijo de Rey, y heredero de todas sus Provincias. La Gracia actual, y auxilios Divinos, son como los consejos y advertencias, y ayudas que diese el Rey a aquel su hijo, para que hiciese obras Reales, y nobilísimas, dignas de su grande dignidad, para que no la perdiese. Lo uno, y lo otro sería digno de grandísima estimación entre los hombres: y fuera intolerable desvergüenza de aquella persona adoptada por hijo del Rey, si se desnudara de aquella vestidura Real, y la echara en el lodo; o si la quería conservar, no hiciese caso de los avisos, y ayudas que el Rey le daba, para hacer obras de tan gran Príncipe. Pero porque la púrpura es vestido, y cae por afuera de nuestra persona, y la Gracia está intrínsecamente en el alma, se puede declarar esto mismo con otro ejemplo de la salud, y hermosura del cuerpo. Porque la Gracia habitual es como si a un enfermo, y defectuoso de miembros, y de rostro torcido, y disforme le diesen de repente salud entera, y una admirable hermosura de rostro, y disposición de todo el cuerpo. La Gracia actual es como los avisos y ayudas que darían a esta persona, para conservarse con salud, y con aquella disposición: uno y otro era mucho de estimar. Y el beneficio de aquellos avisos, y ayudas se habían de medir por las riquezas de aquella púrpura Real, y bien de la salud, y hermosura. Con estas semejanzas se declara la diferencia de Gracia habitual, y actual. De una y otra diremos alguna cosa, y declararemos cuanto caso conviene hacer de ellas, y cómo debemos aprovecharnos de toda la Gracia, sin perder un punto, ni una migaja de cosa tan preciosa.

Empezaremos a decir de aquella Gracia, que es permanente, y por la cual somos

hijos, y amigos de Dios, comunicándonos con ella el Espíritu Santo, la cual se llama (como hemos dicho) Gracia habitual. Porque considerada la grandeza de esta, y el estado altísimo, a que levanta una creatura, se conocerá mejor la estima de la Gracia actual, y auxilios con que Dios nos previene para adquirir, conservar, y adelantar cosa tan preciosa, y Divina. Y así, todo lo que ahora dijéremos de Gracia, se ha de entender de la Gracia habitual: esto es, de esta Divina cualidad, que dura en el alma, y nos hace agradables a Dios, hijos, y amigos de su infinita Majestad.

Es pues esta Gracia un don divinísimo, una cualidad inestimable, que infunde Dios al alma, o a otra creatura intelectual, con que la levanta a un ser sobrenatural, y grado divino, que trascendiendo toda naturaleza creada y que se puede crear, la ensalza sobre todo ser y perfección natural, y hace a quien la posee participante con un modo admirable de la naturaleza misma de Dios en su grado supremo, en cuanto excede a toda otra esencia; endiosando al alma, y haciéndola agradable a Dios, y esposa suya, e hija, y amiga y compañera; habitando en ella con particular presencia el Espíritu Santo; enriqueciéndola con sus dones, dotándola de todas las virtudes sobrenaturales; hermoseándola con admirables resplandores de santidad, y concediéndole derecho legítimo para el Reino de los cielos. Todo esto brevemente se dice, pero dificultosamente se comprende; porque cosas tan grandes y bienes tan inestimables como en cada palabra de estas se encierran, ni los mismos Ángeles con sus lenguas angélicas podrán declarar, ni los Querubines con sus levantados entendimientos hacer el debido concepto, ni los Serafines con sus afectuosas voluntades estimar como se debe, si la misma Gracia no les dispone para ello. En significación de lo cual, se estaban mirando uno a otro como enmudecidos los Querubines que mandó poner Dios a los lados del Arca del Testamento, (Exod. 25) vueltos los rostros al Propiciatorio, pasmados de admiración por la gran misericordia y propicia liberalidad de Dios, en comunicar a sus creaturas con la Gracia, como en una pieza tales y tantas misericordias y riquezas, para que mire el hombre que pierde la Gracia, qué es lo que pierde, y cómo no se asombra de su perdición. ¿Con cuántas grandezas da en tierra? ¿Cuántas riquezas echa a fondo? ¿Cuántos bienes desperdicia? Si es razón que esto se pierda por perderse uno, y hacerse maldito de Dios y de todas las creaturas, y deudor de penas y miserias eternas; ¿a quién no pondrá asombro este trueque tan necio, y dañoso para sí del pecador? Pues de un ser mayor que la naturaleza de un Serafín, se abate al estado de un demonio: de ser más que las sustancias más puras del mundo, se precipita a ser menos que las bestias, apeteciendo y obrando lo que los brutos no hacen: de ser hijo y amigo de Dios, se sujeta a ser esclavo de su apetito, y prisionero del demonio: de agradable al Altísimo, se vuelve aborrecido de Dios y su enemigo capital: de Templo del Espíritu Santo, se torna cueva de dragones y habitación de demonios: de ser más hermoso que toda hermosura, se vuelve monstruo del Infierno: de la posesión de riquezas eternas, cae en otras tantas miserias, necesidades y flaquezas: del derecho que tenía a ser heredero del Cielo, viene a ser condenado a justicia eterna en perpetuas penas y tormentos. ¿A quién no pasma esta desesperación del pecador? ¿A quién no asombra esta pródiga locura? ¿Quién no se asombra de tantos males que abraza de una vez, y tantos bienes que de sí arroja con un tiro? ¿Quién queda

en sí de ver que de un golpe se haga el que pecó gravemente tantos males y pierda tantos tesoros?

II

Significó el apóstol San Pedro la multitud, grandeza y preciosidad de bienes que trae consigo la Gracia cuando dijo: (2P. 1, 4) Que grandísimas y preciosas promesas nos había dado Dios, para que por ellas nos hagamos partícipes de la naturaleza divina. Llamó promesas los que son dones; lo uno porque por su grandeza los había antes prometido Dios, como un singular favor que había de hacer al mundo; lo otro porque contienen en sí promesas de otros mayores favores, porque a los bienes de Gracia están prometidos los de gloria. Fuera de esto dice, que son no solamente grandes, sino grandísimos, porque exceden en grandeza a todas las grandezas de la naturaleza elemental, celeste, humana y angélica. Añade sobre ser grandísimas que son preciosas, porque no todo lo grande y mucho, es precioso, antes suele acontecer que los hombres estimen en más lo más raro y que es menos. Por eso el oro y las joyas preciosas, se estiman más que las otras cosas más grandes, necesarias, provechosas y deleitables a los hombres porque son más raras, y en menor número y grandeza. Mas los bienes de la Gracia son de tal condición, y tienen tan de suyo el ser estimables, que por muchos y grandes que son no pierden su valor y estima, siendo más preciosos que todo lo que se puede apreciar en el mundo. Son también preciosísimos: porque costaron todo lo que se pudo dar; pues costaron precio infinito, y fueron comprados a peso de la sangre de Dios. Últimamente dice: que por la Gracia nos hacemos participes de la naturaleza divina. Lo que estas palabras significan no hay pensamiento que lo pueda conseguir. Decirse con los labios bien se puede, que por este don levanta Dios al alma sobre todo ser y orden natural, a ser participante de su naturaleza infinita, y la coloca en un estado divino, en un ensalzamiento soberano, en un grado deifico, en un orden de ser con el Divino. Esto todo bien puede pronunciar la lengua, mas no cabe su significación en el corazón humano.

Los filósofos antiguos no acaban de admirar y engrandecer la excelencia del hombre, solo porque es capaz de contemplar las cosas divinas, ¿qué será hacerse el mismo hombre divino? A otros el pensar solo en la grandeza de las cosas naturales, les sacaba de sentido, y arrebataba en largos éxtasis, como aconteció a Hermotimo, Platón, y Plotino. ¿Qué será comunicarse al hombre con modo tan admirable, tal participación de la misma naturaleza divina, levantándole sobre toda otra naturaleza creada? Y si cada obra de naturaleza que Dios creó nos la iba contando Moisés día por día como cosas dignas de admiración, calificándolas con el testimonio de Dios, que las estimó y aprobó por buenas; y después consideradas todas juntas, dice de la multitud de ellas, que eran grandemente buenas: ¿qué admiración merecen, y qué aprobación se debe a los tesoros y bienes sobrenaturales que trae consigo la Gracia? Cada uno es grandísimo y grandemente grande y bueno, ¿qué será la colección y junta de todos? Grandísimamente es excelente

y preciosa la Gracia, que los trae consigo todos. Consideremos uno por uno su grandeza, como lo hizo Moisés en las cosas naturales, para que después resulte mayor admiración del concurso de cosas tas maravillosas y grandes.

CAPÍTULO III. Cuánto debe ser estimada la Gracia por ser superior a toda la naturaleza.

I.

Demos principio por la menor excelencia que tiene la Gracia, que es ser sobre toda la naturaleza. La cual confirman los príncipes de la Teología con tanto extremo, que dijo S. Agustín, que el justificarse con la Gracia, *es cosa mayor que el cielo, la tierra*, *y todas cuantas cosas se ven en el cielo y tierra,* esto es, en todo el universo y los términos de la naturaleza. Santo Tomás alegando este mismo lugar, colige de San Agustín, que es más esta justificación que crear cielo y tierra; y concluye, que la mayor obra de Dios es justificar al pecador, lo cual se hace infundiéndole la Gracia, y así dice: *Mayor es la justificación del pecador que se termina al bien eterno de la participación divina*; *esto es a la Gracia*, *que la creación del cielo y la tierra que se termina al bien de la naturaleza mudable.* Esto mismo dio a entender el Profeta David, cuando dijo, que la misericordia de Dios (la mayor de las cuales, es infundir su Gracia) eran sobre todas sus obras. Considera cuan grandes y admirables son las obras de Dios; la fábrica de tantas estrellas, la prodigiosa grandeza de los cielos, la disposición de los elementos, la multitud de grados de esencias, la variedad de especies que adornan este universo, la perfección natural del hombre, y la alteza de toda la naturaleza angélica. Pero todas estas obras son menores que la dádiva de la Gracia. La misericordia que en esto hace Dios, es sobre todas sus obras, sobre la luz de las estrellas, sobre la armonía de los elementos, sobre todo sentido, Sobre todo discurso, sobre todo entendimiento creado, sobre el hombre mismo, y sobre los espíritus angélicos. Por lo cual dice la Iglesia y alega Sto. Tomás, que es donde manifiesta Dios máximamente su omnipotencia. No solo dice que manifiesta su piedad, misericordia, bondad y liberalidad, sino señaladamente su omnipotencia, para dar a entender la grandeza y perfección de la obra misma en sí. Y no solamente dice que manifiesta Dios su omnipotencia, sino máximamente. Esto es con un exceso grandísimo. Un día que le mostró Dios en figura estas ventajas al santo Moisés, con tener muy bien entendidas las otras obras de Dios, se admiró tanto que como fuera de sí daba voces y decía: (Ex. 34, 6) *Misericordioso*, *piadoso, paciente, Dios de gran misericordia.* No sabiendo salir de aquí, ni decir otra cosa, más que dar gritos, engrandeciendo aquella obra grande de Dios, y misericordia que usa con los hijos de Adán comunicándoles su Gracia. Sapientísimo era Salomón, y con todo eso, hablando de las cosas naturales de Dios dice, que de ninguna puede dar el hombre razón, pues ¿cómo las dará y no se quedará admirado de las sobrenaturales que sin modo ni medida las exceden? Porque si el precio de la Gracia excede a la naturaleza humana y angélica ¿con qué exceso se aventajará al resto de la naturaleza, que es tanto inferior a estas dos esencias? Santo Tomás dice, que la caridad (y lo mismo se entiende de la Gracia) es según su especie más excelente que el alma; pues si del alma dijo San Juan Crisóstomo *(a)*: *Ninguna cosa hay que se pueda comparar con el ánima, ni el Mundo universo*:

¿cómo sobrepujará la Gracia todo el universo? También dijo San Agustín, *que es mejor ser justo que ser hombre,* significando las ventajas de la Gracia, por la cual somos justos sobre el alma, por la cual somos hombres. Y hablando un Doctor (Lessius) de la excelencia del hombre, dice, que comparativamente es infinitamente mejor, que las otras naturalezas inferiores; porque aunque fueran infinitas, sería mejor un hombre solo, que todas ellas, animales, y plantas, oro, y plata, cielo, y tierra, aunque fueran en número, y grandeza todo infinito. Pues ¿qué será la Gracia, que es sobre la misma naturaleza del hombre, y aun de los ángeles como escribe San Agustín? Alegase a esto, que la excelencia de la Gracia, no solo por su entidad, según la cual, aunque sea considerada según su especie de cualidad, quieren Santo Tomás, Sin Buenaventura, Padre Valencia, Padre Molina, Padre Granada, y otros escolásticos, que sea más perfecta, y excelente, que cualquier sustancia natural; pero según su estimabilidad, y aprecio, hace mayores ventajas. Una hormiga más perfecta es que el oro pero no es tan preciosa. No es así la Gracia, porque fuera de la sobrenatural perfección de su entidad, es preciosísima sobre toda la naturaleza, y todos sus haberes; por lo cual dijo Salomón: *(Pr. 8, 11) Mejor es que todos los haberes, por preciosísimos que sean*; *y todo lo deseable no se puede comparar con ella.*

Pon, pues, cristiano los ojos en esta grandeza: mira que recibes cuando recibes la Gracia: si será razón no estimarla, ni adelantarla mucho. ¡Qué dádiva de Dios tan grande! No cupiera el avariento de contento si de la noche a la mañana, no teniendo nada, se hallase dueño de ricas minas de oro o plata, de grande multitud de heredades y ganados, con más camellos, vacas y ovejas, que el Santo Job, y el Patriarca Jacob poseyeron: todo esto se queda en la bajeza de las cosas naturales: infinitamente más se debiera holgar con el más pequeño grado de Gracia, que vale más que todas las riquezas del mundo. ¡Oh desatinada locura de los hombres, cuando por interés de la tierra, pierden lo que vale más que cielo y tierra! ¿Cuántos hay, que por un bien temporal, por salir con una pretensión suya, o de algún vecino o amigo, hacen aquello con que pierden la Gracia; o pretendiendo sin justicia, o si es con justicia, por injustos medios, con pasión, con ira, con odio de su competidor? ¡Oh locos y desatinados del mundo! ¿Qué pretendéis tener? Pues ¿por qué os dais tal prisa a perder? ¿Qué seso, y qué ganancia, que por tener lo poco perdáis lo mucho? Por alcanzar lo que es nada, perdéis lo que es más que todo este mundo, que tanto estimáis.

II.

La ventaja de la Gracia sobre los bienes de la naturaleza, no es como quiera, sino con tal exceso, que la más pequeña partecita de Gracia, es más que toda la naturaleza entera material, y espiritual. Esto sintió claramente Santo Tomás, cuando dijo: (I. 2, qu. 113 art. 9 ad. 2) *Que el bien de la Gracia de uno es mayor, que el bien de la naturaleza de todo el Universo.* Lo cual parece que tomé de San Agustín, que también dice: *(Lib. 2 ad Bonif. C. 6) La Gracia de Dios se aventaja*, *no solo a todas las estrellas*, *y a todos*

los cielos, sino también a todos los ángeles. Advertidamente añade tres veces aquella universal, *todos:* no solamente dice, que sobrepuja a las estrellas, cielos, y ángeles, sino a todas las estrellas, a todos los cielos, a todos los ángeles. Esto mismo supone el Eclesiástico, *(16)* cuando prefiere un justo a mil que no lo son; porque vale más un alma con Gracia, que un mundo de hombres, y ángeles sin ella.

Hizo a Cayetano tanto peso esta ventaja de la Gracia, que repitiendo las palabras del Angélico Doctor, dice él estas: *Ten delante de tus ojos siempre*, *de día y de noche*, que el bien de *la Gracia de uno*, *es mejor que el bien de la naturaleza de todo el Universo*, *para que continuamente veas qué condenación amenaza a quien no hace caso*, *ni pondera tan gran bien*, *que le ofrecen.* Por cierto que dicen bien; porque justísimamente merece ser condenado quien desprecia tal don, por ser ofrecido de Dios, y por ser tan grande, y por despreciarle por tan poco, como los bienes perecederos de la tierra. Te date Dios en un grado de Gracia más, que si te diera toda la tierra y cielo, y el Señorío natural de hombres, y de ángeles: y tú los desprecias por una vileza, que te da el mundo, o el demonio. Coteja las dádivas y coteja los dadores. ¿Qué es esto? ¿Qué tan grandes dones de la mano de Dios no quieres, y que tomes los pequeños de las manos del demonio? Por cierto tal diferencia hay entre los dadores, que del demonio ni del cielo debías tomar: y tal es Dios, que de su mano, aun las penas del infierno te estuviera bien recibir. ¿Qué es esto? ¡Qué de la mano de Dios no estimes lo que es más que el Cielo, y del demonio admitas lo que te es peor, que el Infierno, por los pecados, que admitiendo sus dones, cometes! Coteja las riquezas vilísimas de la tierra, a que en el plato de tu ambición te convida el demonio con salsa de mil ajenjos. ¿Qué son todas respecto de la grandeza de la Gracia, mayor que la de los cielos, a que te convida Dios con la dulzura de su amor, con la suavidad del Espíritu Santo, con la ternura de sus consolaciones? Pasa adelante y no solamente mira las personas de los dadores, sino sus voluntades. Dios te da mucho, y te lo da amándote. El demonio te da poco, y te lo da aborreciéndote. Y si lo mas que se suele estimar en los dones, es la voluntad de quien los da, la cual suele hacer estimar mucho dádivas muy pequeñas; siendo tan grande la persona que te ofrece la Gracia, y siendo con tan grande voluntad, y siendo el don tan grande, que vale más que el Universo; ¿qué desvergüenza es, que lo desprecies por interés mundano, por un aplauso humano, por un gusto sensual, a que te convida Satanás? ¿Qué tiene que ver todo lo criado en la naturaleza, y apacible al sentido bruto, con la grandeza del don de la Gracia? La cual dijo San Buenaventura, *(In* 2. *dist.* 27. *art.* 1. *qu.* 2. *Ad* 2.*)* que era el primero, y excelentísimo entre los doces creados. San Agustín dijo, *(de Trinit. cap.* 8*)* hablando de la caridad, que no hay don más excelente, que este don de Dios. En otra parte le llama, don levantado. San Macario le dice, inefable beneficio. San Eulogio escribe, que sobrepuja todos los dones de Dios. Abre, pues, los ojos de tu consideración, y tenlos perpetuamente enclavados en esto, como dice Cayetano, que vale más un grado de Gracia, que los bienes, y riquezas, y naturaleza de todo el Universo. Teme la condenación, que amenaza a quien no estimare tan grande bien, que le ofrece Dios, y que Jesús nos mereció con su sangre. Lástima es, y para llorar con lágrimas del corazón, cuantos perjuros intervienen, cuantos testigos falsos se solicitan, cuantas violencias se

ejecutan, cuantas diligencias ilícitas se disponen, cuantos odios se excitan por un bien temporal, malbaratando montes de Gracia. Abre los ojos, y mira lo que se pierde por ganar aquello, con que se han de perder más los hombres. Piérdase lo que es más bien que todos los bienes del mundo, y ganase lo que en sí no te es ningún bien, y te pueda ser mayor mal, que todos tus enemigos te puedan hacer.

III.

Esta consideración del bien de la Gracia sobre todos los del mundo, no solo tiene fuerza, para que no se haga un pecado mortal, con pérdida de tal bien; sino para que no se deje de hacer obra de virtud, con menoscabo de tal ganancia. Porque aunque no se pierda del todo la Gracia, es gran prodigalidad menospreciar sus aumentos. Demos que estés en Gracia de Dios, y que no la hayas de perder por dejar de oír Misa cada día, o dar limosna, o visitar al pobre del hospital, o tener un rato de oración, o tener alguna devoción, o tener presencia de Dios, o ponerte cilicio, o tomar una disciplina, o sufrir una humillación, o hacer alguna mortificación: considera que aunque no pierdes toda la Gracia, es mucho lo que pierdes, pues no la ganas. Por dejar de hacer alguna cosa de estas, u otras semejantes del servicio de Dios, deja de ganar un grado más de Gracia; y en esto, cosa mayor, que es todo el Universo. ¿Qué avariento hay, que si le dijeran, que por traer un día cilicio, o ayunar, le habían de dar todo lo que traen las Flotas de las Indias, no juzgara que se le abría el Cielo de manera, que no cupiera de gozo? Sin duda que no excusará el trabajo de aquella penitencia. Pues ¿cómo la dejas tú, perdiendo lo que es más de mil Flotas, más de mil mundos, más de mil naturalezas? Porque de más estima, y valor es un grado de Gracia, que por aquella mortificación podías ganar. ¡Oh siervos de Dios! ¿cómo paráis, cómo cesáis de obrar virtud, de mortificaros más, de huir la peste de este mundo, de acordaros de vuestro Redentor, de repetir actos interiores? ¿Qué codicioso hay, que si le dijeran; tantas veces como llamares hoy a Jesús, te darán tantas barras de oro, no juzgara gran interés, y por cosa bien fácil? Innumerables serían los que no cesarán todo el día de pronunciar tal nombre, con la boca, o con el corazón, y repitieran mil veces semejantes diligencias, aunque fuera contra la ley de Dios; pues si a un alma justa le dan más interés millones de veces, por los actos que hiciere, por cada vez que nombrare a Jesús, o que levante el corazón al cielo, o que se humille, o que se mortifique, o haga otra obra de virtud: ¿en qué ley cabe, que cesemos de granjear estos tesoros? ¿Qué dicha fuera, si cuando uno quisiera, por cada pensamiento, o cada paso que diera se abriera la tierra, y le presentara grandes tesoros? ¿Qué dicha es la de las almas fervorosas, y santas que con cada buen pensamiento, y acto de virtud, se les abre el cielo, y derrama sobre ellos su Gracia, cuyo menor grado vale más, que todo el oro que ha producido la naturaleza, y que la misma naturaleza? Consideren esto los siervos de Dios, tengan siempre delante de los ojos, que el bien de un solo grado de Gracia, es mayor bien, que el bien de toda la naturaleza del universo, y mayor obra es la obra sobrenatural de la justificación, que se hace por la Gracia, que todas las obras naturales

que Dios hizo. Con razón dijo Gerson, *(a)* que Dios ordenó hacer una obra nueva de Gracia sobre la naturaleza, para que fuese *la Gracia, Señora, y Reina de la naturaleza.*

CAPÍTULO IV. No solo sobrepuja la Gracia a todas las obras naturales, sino a todas las obras milagrosas, y a las maravillas que hizo Cristo en el mundo.

I.

Añádase a esto otra gran excelencia de la Gracia, que no solo es sobre todas las obras de la naturaleza como San Agustín, y Santo Tomas dijeron, sino sobre todas las obras milagrosas de Dios, que se han hecho en este mundo. Tres géneros de milagros ponen los Teólogos. Uno, de los que exceden toda la facultad de la naturaleza, cuanto a la sustancia de la obra, como es penetrarse dos cuerpos, o que el sol se vuelva atrás, o que un cuerpo humano tenga los dotes de Gloria; porque en todas estas cosas no hay fuerza en la naturaleza para ejecutarlas. Otro género de milagro es, cuando no son sobre todo el poder de la naturaleza, cuanto a la sustancia de la obra, sino por razón del sujeto en que se hacen, como es la resurrección de un muerto, y el dar vista a los ciegos. El tercer género de milagro es, cuando una cosa excede a toda la virtud de la naturaleza, no cuanto a la sustancia de la obra, sino cuanto al modo, como es, cuando de repente cobra uno salud, contra el curso natural de las causas contrarias, que entonces había. Pues a todos estos tres géneros de milagros excede, y sobrepuja la Gracia: y así la Iglesia dice, que manifiesta Dios su Omnipotencia grandísimamente, usando de misericordia, con restituir su Gracia. Porque entre todas las maravillas, que usa en este mundo con los hombres, ninguna es de mayor poder, que el infundirles Gracia. Esto se confirmará más con la autoridad de San Agustín, y con la comparación de los mayores milagros del mundo, que cotejándolos con la Gracia, se hallarán ser obras menores. Considerando San Agustín *(Tract.* 72. *In Joan)* aquellas palabras del hijo de Dios, que refiere San Juan cuando dijo: *(Jn. 14, 12) El que creyere en mí*, *hará las obras que yo hago y aun las hará mayores.* Repara mucho el Santo, cómo puede ser que los hombres, que creen en Cristo, hagan obras mayores que Cristo, principalmente hablando allí el hijo de Dios generalmente de cualquier cristiano. Porque aunque es verdad, que algunos Santos hicieron algunos milagros iguales, y aún mayores, que los de Cristo, como San Pedro que con la sombra curaba, fueron muy pocos; y universalmente no se vé, que los fieles hagan mayores prodigios, y milagros, que hizo Cristo. La salida, que da el Santo a esta dificultad, es, que las obras mayores que hacen los fieles, son su justificación; esto es, las obras buenas, con que se disponen, para tener la Gracia habitual, la cual es cosa mayor, que todos los milagros que obró Cristo nuestro Redentor. Y fueron los milagros de Cristo en todos los tres géneros, que notó Santo Tomás. Porque Cristo sanó de repente a muchos de perlesía (parálisis), de lepra, de calenturas, de flujo de sangre, y de otras muchas enfermedades: lo cual pertenece al tercer género de milagros. Cristo dio vista a aquel ciego de su nacimiento., que causó tan notable admiración, y espanto a todo el pueblo: resucitó a Lázaro de cuatro días muerto, con no menor pasmo de toda Judea: alumbró otros ciegos: resucitó también otros muertos; lo cual pertenece al segundo género de milagros. Finalmente, Cristo se penetró algunas veces, porque pasó sin corrupción por el vientre de su Madre, y por las paredes de la casa, donde estaban

recogidos los Apóstoles, y dio a su cuerpo los dotes de gloria en la Transfiguración; la cual pertenece al primero, y supremo género de milagros. Pero sobre todos estos milagros, sobre todas estas obras, que exceden a toda la naturaleza, dice el mismo Señor, que harán mayores obras los fieles con la justificación, por causa de la Gracia que consiguen: que si bien ellos no la causan eficazmente, pero porque la merecen, o se disponen para ella con el favor divino, se dice, ser mayores sus obras.

II.

¡O si entendiesen los hombres que hacen, cuando hacen un acto de contrición, cuando se convierten de corazón a Dios! Obra más milagrosa hacen, que si transfiguraran sus Cuerpos, como Cristo en el monte Tabor, recibiendo todos cuatro dotes de gloria; mas milagrosa obra hacen, que si resucitaran muertos de los sepulcros; mayor maravilla hacen que si criaran a un hombre: más hacen en esto, que Dios hizo en su creación, como dice San Agustín por estas palabras: *Si Dios te hizo hombre*, *y tú te haces justo*, *haces cosa mejor, que el mismo Dios hizo.* Si sintieras mucho la muerte de un hermano tuyo, y te dijeran, que con hacer penitencia de tus pecados, y hacer un acto de amor de Dios, le resucitarás, no fueras tan desagradecido a Dios, ni tan desamorado al difunto, que dejaras de procurar hacer aquella diligencia, que tan poco ruido y costa te había de tener. Pues ¿cómo dejas de hacer mayor milagro, y más provechoso para ti, que es resucitar a tu alma con la Gracia? Si estuviera en la mano de los condenados del Infierno resucitarse a sí mismos, y volver en cuerpo, y alma a hacer penitencia de sus pecados, librándose de aquellos tormentos, no dejaran de hacerlo, aunque les costara mayor tormento del que ahora padecen. Y ¿qué prodigio fuera, ver salir un hombre del Infierno, y del sepulcro, para vivir esta vida, y poder salvarse? Pues si está en nuestra mano, previniéndonos el favor divino, el resucitar la vida de Gracia, y el salir del pecado, que es peor que todos los tormentos infernales, y sin padecer grandes penas; ¿por qué no quiere el pecador hacerlo y por qué lo dilata? El cual tanto no quiere, cuanto lo dilata. El condenado, si pudiera, no parara un punto en aquellas penas; pues tú ¿por qué paras un punto en tus culpas, pues son peores, y mayor mal que las penas? Las almas de aquellos miserables no pararan un momento que no buscaran sus cuerpos. Pues; ¿por qué te detienes un instante, que no buscas la Gracia, y con ella a Dios? Los hombres del mundo, si lo supieran, desearan ver luego aquella maravilla; tú, ¿por qué no ejecutas otra mayor, convirtiéndote de veras a Dios? Aquella fuera dar vida al cuerpo; esta tuya es dar vida al alma, que incomparablemente es obra mayor, como los Santos a una voz predican. San Crisóstomo dice: *(Tom. 4, hom. 4)* Cosa más excelente es dar salud al alma muerta con pecados, que resucitar segunda vez a la vida los cuerpos muertos. El mismo Santo dice, (Hom. 23) que el mayor milagro de San Pablo, y mayor que resucitar muertos, fue la conversión de los pecadores; lo cual confirman estas graves palabras de Ricardo Victorino: (In Benjamin min. C. 44) *No sé, si puede el hombre recibir de Dios cosa más grande en esta vida; no sé si puede en ella hacer Dios Gracia mayor al*

hombre, que concederle, que por su ministerio los hombres perversos se muden a mejor vida, y que de hijos del demonio, se hagan hijos de Dios. Acaso le parecerá a alguno, que es más resucitar muertos; pero ¿por ventura será cosa mayor resucitar la carne, que ha de tornar a morir, que el ánima, que ha de vivir para siempre? *¿Por ventura será más volver la carne a los contentos del mundo, que restituir al alma a los agrados del Cielo*? *¿Por ventura será cosa mayor restituir a la carne los bienes, que se pasan, y que han de perecer otra vez, que volver al alma los bienes eternos, y que han de durar eternamente*? *¡Oh que género de dote es, cuán grande dignidad, recibir de Dios tal Gracia*! *No debía la Esposa de Dios recibir de su Esposo otro dote, ni convino al Esposo dar otro dote a su Esposa, sino que por la Gracia de adopción pueda engendrar para Dios muchos hijos, y de los hijos de ira, e hijos del Infierno, escribirlos por herederos del Cielo.* Añaden otros Santos, que es este el mayor milagro de Dios, prefiriéndole a este mismo milagro de la resurrección de los muertos. San Gregorio, en el tercer libro de sus Diálogos dice: *(Dial. Cap. 17) Si abrimos los ojos interiores del alma, y consideramos atentamente lo que no se ve, hallaremos, que es mayor milagro, sin duda, convertir a un pecador con la palabra de la predicación, y con la fuerza de la oración, que dar vida a un cuerpo muerto. En el uno recibe vida la carne, que ha de tornar a morir: en el otro el ánima, que ha de vivir para siempre. Por que cuál piensas, que fue mayor milagro del Señor, o resucitar a Lázaro que, triduano, y dar vida al cuerpo, que olía ya mal en la sepultura; o resucitar al alma de Saulo, que le perseguía, y trocarle en Paulo, y hacerle Vaso de elección*? *Sin duda que fue mucho mayor milagro, y de mayor provecho para la Iglesia de Dios, el convertir a Paulo, que el resucitar a Lázaro y así es menos resucitar al cuerpo muerto, que no al alma, si ya no se juntase con la vivificación del cuerpo la vida del ánima; y con la obra de fuera se acompañase la de dentro, dando Nuestro Señor su lumbre, y amor al alma, a cuyo cuerpo da también vida.* San Agustín confirma lo mismo diciendo: *(Serm. 44 de verb. Dom.) Los milagros de nuestro Señor, y Salvador Jesucristo, a todos los que los oyen y creen, mueven; pero no a todos de una misma manera, sino que a unos de una, y a otros de otra; porque algunos maravillándose de los milagros corporales, no echan de ver otros mayores, que en ellos se encierran, pero otros hay, que lo que oyen haber hecho el Señor en los cuerpos, entienden, que ahora lo obra en las almas, y de ello se maravillan más. Ningún Cristiano, pues, dude que hoy día en la Iglesia de Dios se resucitan muertos; mas todos los hombres tienen ojos para ver resucitar los muertos, que resucitan de la manera que resucitó el hijo de la viuda; mas no todos tienen ojos para ver resucitar a los que están muertos en el corazón, sino solos aquellos, que en el corazón han ya resucitado. Mayor milagro es resucitar al alma, que ha de vivir para siempre, que no resucitar el cuerpo, que ha de tornará morir.* ¡Oh insensibilidad de los hijos de Adán, nacida de poca consideración de su bien! Tanto desprecio de esta maravilla, con que pueden resucitar al alma; y tanto cuidado de mirar por el cuerpo, con que a cuerpo, y alma matan, y les infiernan. ¡Oh inconsiderado hombre! ¡Oh loco, que por no dar vida de Gracia a tu alma, quitas a tu alma y a tu cuerpo vida de gloria! No desprecies esta maravilla de maravillas, resucitando tu alma,

pues no desprecias la salud de tu cuerpo. ¿Qué es esto? ¡Que pidas a Dios milagros, porque conserve sano el cuerpo, y que no los quieras porque conserve vida tu alma! Mira cual te está mejor, con la vida del alma vivirá el alma y cuerpo, con la salud del cuerpo puede morir tu alma, y perecer tu cuerpo.

Esta obra tan maravillosa de la Gracia, no solo ha de obligar a los pecadores para procurarla, pero también a los justos para adelantarla. ¡Oh si acabásemos de entender bien, que es cualquier acto de virtud, con que se aumenta la Gracia, y adquiere nuevo derecho a mayor gloria! No cesáramos de obrar continuamente actos virtuosos, ni de ejercitar cada momento los afectos santos del corazón, repitiendo cuantas veces respiramos actos de amor de Dios, y ardientes oraciones, exhalando al cielo fervorosos suspiros. ¡Oh si supiesen los hombres, que es decir, os amo Dios mío sobre todas las cosas! ¡Oh si supiesen que es invocar a su Redentor, que no se puede pronunciar como se debe sin el Espíritu Santo, no dejarían punto de tiempo ocioso, que no enviasen mil veces sus corazones al cielo! ¡Oh si supiésemos, que es remediar al pobre, si supiésemos que es callar, habiendo recibido alguna injuria! Por cierto que el cielo nos parecería que se nos abría de contento con la oportunidad de merecer más que se nos ofrecía, y no cabríamos de gozo, cuando semejantes ocasiones encontrásemos, como hacían los Apóstoles, que tuvieron verdadero aprecio de la Gracia de los cuales se escribe: *(Hch. 5, 41) que iban gozosos*, p*or haberse hallado dignos de padecer contumelias por el nombre de Jesús.* Finalmente, si acabásemos de entender que es un acto de virtud, o interior, o exterior, quien pudiese hacer cien, no se contentaría con noventa y nueve, porque en hacer uno más, va mucho. Uno solo, pues con él se aumenta la Gracia, es mayor cosa que resucitar muertos, y que las mayores maravillas que obró Cristo nuestro Redentor, en confirmación de su doctrina. Cada obra de virtud es más maravillosa, que los más grandes milagros, que pueden admirar los ojos humanos. Por lo cual dijo San Eulogio: (Lib. 1 de Mart.)*No debemos nosotros maravillarnos tanto de los milagros que se hacen*, *cuanto considerar atentamente*, *si los obradores de estos milagros han desechado de sí los vicios, y son esclarecidos en virtudes. Si son muertos al mundo, y viven a Dios. Si por aquella caridad que sobrepuja a todos los otros dones de Dios, huellan*, *y ponen debajo de sus pies todos los apetitos*, *y regalos*, *y blanduras del siglo. Si usan del don de hacer milagros*, *no para su honra*, *sino para la gloria del Señor, que se le dio. Si siguiendo de todo corazón la doctrina del verdadero Maestro*, *no se gozan porque los enemigos les obedecen*, *sino porque sus nombres están escritos en el Cielo. Estas virtudes son más admirables en los que obran milagros*, *que los mismos milagros que obran.* Confirma esto mismo San Gregorio, enseñando, que por las obras virtuosas obra la Iglesia espiritualmente, lo que en sus principios obraba corporalmente, y así *dice*: *(Hom. 29 in Ascensione Divi.) Estos milagros presentes*, *ciertamente que son tanto mayores que los otros corporales*, *cuanto en sí son más espirituales; tanto son mayores, cuanto es mayor su efecto, pues por ellos no se resucitan cuerpos*, *sino almas*; *porque los otros milagros corporales*, *aunque es verdad que alguna vez muestran que el hombre es santo, pero nunca le hacen santo; mas estos otros milagros espirituales que se obran en el alma*, *no son señales de la virtud que está en ellos, sino*

obradores de la misma virtud. Los milagros corporales puédanlos tener los hombres malos, y pecadores, mas de los espirituales, no pueden gozar sino los justos y santos. Conviene, pues, que se haga aprecio de cualquier acto de virtud, con que se merece más Gracia, y que esto es más maravillosa obra que resucitar muertos. Y porque no nos quede esto por decir, mayor es que los milagros que puso Santo Tomás en supremo grado; porque el resucitar muertos solamente le puso el Angélico Doctor en el segundo género, no en el primero. Los que puso en grado sumo, son glorificar un cuerpo y poner dos cuerpos penetrados en un mismo lugar. Pero ninguna de estas maravillas, tiene que ver con el aumento de la Gracia, que se adquiere con un acto virtuoso. Porque ¿qué tiene que ver el adorno, y hermosura del cuerpo con la hermosura del alma? ¿Qué tiene que ver el cuerpo glorioso con el espíritu más lleno de gracia, y apacible a su Dios? ¿Qué tiene que ver juntar dos cuerpos en un lugar, con unir el alma al Creador? Si uno que tuviera todo el cuerpo contrahecho y unos miembros mancos, otros tullidos, pudiese con solo un acto de amor de Dios, o de una limosna darle entera salud, y restituir la integridad, y buena disposición a sus miembros: y más de ello, dotarlos todos, cuatro dotes de gloria, no dejará por tan leve y suave diligencia ese bien. Pues ¿cómo puede dejar de hacerle mayor bien en el alma, dándole nuevos resplandores de Gracia y perfeccionándola cada día, haciéndola por momentos más graciosa a su Creador, y juntamente aumentada la bienaventuranza del alma, y dotes de la gloria del cuerpo, que ha de tener? Por cierto que sería crueldad contra sí mismo, dejar por tan poco de hacerse tan gran bien.

CAPÍTULO V. Cómo debe ser estimada la Gracia, por ser la obra de la justificación, en que se infunde la mayor de las obras de Dios.

Miremos ahora a la Gracia, no solo como superior a la naturaleza: no solo como mayor, que todas las obras de la creación: no solo como mayor que todas las obras milagrosas, sino por su grandeza la máxima de las obras de Dios, que ha hecho en las creaturas; y que con ser tan grande, y de suma omnipotencia, y superior a todos los milagros, no es obra milagrosa: lo cual ha de ayudar a estimarla, y agradecerla más, como luego diré. Porque primero quiero confirmar lo que sumariamente hemos dicho, con la autoridad del Angélico Doctor, el cual después de haber enseñado, que la Gracia es lo primero, que entra en la justificación del pecador, pregunta, ¿si es la mayor de las obras de Dios? Y resuelve, que lo es, considerada la grandeza de la obra. *Una obra* (dice) (I. 2, q. 113, art. 9) *se puede decir grande por la grandeza de lo que se hace y según esto, mayor es la justificación del pecador que se endereza al bien eterno de la participación eterna, que la creación de cielo, y tierra, que se endereza al bien de la naturaleza mudable. Y así San Agustín (Tract.* 72. *In Joan. t.* 9*) después de haber dicho, que era cosa mayor hacer del pecador justo, que crear cielo y tierra; añade, porque cielo y tierra se pasarán; pero la salvación de los predestinadas, y la justificación permanecerá.* Ruego al cristiano, que considere la doctrina de estos Santos, y haga concepto como la Gracia, que recibe, es la mayor de las obras de Dios, que obra su omnipotente brazo en las creaturas. Y algunos doctores declaran, *(*Lobetio *Lib. 2. De Peccato, prop. 2 &* 3.*)* que es la mayor, que puede hacer un hombre, o ángel puro, y que es obra que la hace Dios para que dure. Mire, qué atrevimiento es, deshacer tal obra de su Señor, y Creador: lo uno, por ser la mayor de todas: lo otro por obrarla Dios, no para corromperla, sino para que permanezca eternamente. j Y que haya osadía en el corazón humano para dar en tierra, y destruir esta obra! Si un Rey hubiera puesto todo su cuidado, y consumido todo su poder, y agotado todo su tesoro en fabricar una obra, que fuese la mayor de su Reino, y a la cual estimase más, que el mismo Reino: ¿qué locura y que entrañas más malditas se podían imaginar, si aquel, a cuyo cargo se hubiese encomendado, de la noche a la mañana la hiciese añicos, y resolviese en polvo: y más si esto hiciese, sabiendo que el golpe había de caer sobre él mismo, cogiéndole debajo con muerte desgraciada? Pues ¿qué seso es el de aquel, que se atreve a pecar, pues osa en un momento a destruir la mayor obra de Dios, destruyendo la Gracia, que había infundido en el alma; obra, que le costó todo lo que pudo costar, hasta su misma vida, y alma: y más sabiendo, que la destrucción de tal obra le había de ser al mismo hombre tan dañosa, que había de quedar con ella muerto eternamente? Sansón, por vengar la honra de Dios, y por su ley, y su pueblo, no reparó en dejar la vida por la desolación de un edificio. Pero que el pecador por dar gusto al demonio, y deshonrando a su Creador, y quebrantando la ley, quiera con muerte suya derribar el Templo del Espíritu Santo, que edificó con la Gracia: ¿puede ser mayor desesperación y locura? El Rey Antíoco, por maltratar el Templo de Dios material, fue herido de la mano Divina. Brotaban gusanos

en sus miembros, las carnes de ellos se les caían a pedazos, el hedor que echaba de su cuerpo, apestaba todo el ejército: pues ¿qué merecerá quien no maltrata, sino asuela el Templo espiritual de Dios en que está con más gusto, que en los cielos tan hermosos que vemos? Si derribase el pecador esos cuerpos celestes tan vistosos como son, si hiciese pedazos el firmamento, si extinguiese la lumbre de esas relucientes estrellas, no haría tan grande estrago, como en la pérdida del menor grado de Gracia. Con cualquier otro destrozo del mundo no llegaría a Dios tan en lo vivo, como es tocarle en su Gracia, obra de tanto primor, y cosa suya. Si todo el mundo, cielo, y tierra destruyese uno, no era tan gran pérdida, como esto. Con razón dijo un Doctor: *Entiendan todos*, cu*anta sea la gravedad*, *cuanta pestilencia*, *cuanto destrozo del pecado mortal, que fuera mejor aniquilar toda la máquina del mundo*, *antes que admitir un pecado mortal, por el cual se destruye la Gracia divina.* ¿Y que con todo eso, estas espantosas asolaciones de la Gracia en las almas sucedía tan a menudo, y por cosas tan pocas, y muchas veces no por cosas, sino solo por palabras? ¿Cómo no lloramos con lágrimas de sangre? ¿Qué dijéramos, si con el aire que echaba uno por la boca al tiempo que pronunciaba, derribase las más fuertes murallas, y hermosos edificios de una ciudad? Mire el murmurador, y maldiciente, cuan portentosa, y perjudicial es su boca, pues con el aire de ella asuela en sí el Alcázar de Dios, y Templo del Espíritu Santo, y es ocasión que se hagan semejantes, ruinas en los que lo oyen, y otros que lo vienen a saber. Dios hizo con una palabra cielo, y tierra, mas tú con otra palabra destruyes lo que es más que cielo, y tierra. N0 fuera tanta pérdida hundir los elementos, y abrasar todo el mundo, como es, que pierdas la Gracia. Una estatua suya que mandase poner un Rey, es crimen *Laesae Majestatis* derribarla, aunque no fuese fabricada por manos reales, sino de unos hombres bajos. ¿Qué atrevimiento será, echar por tierra la mayor obra de Dios, la más excelente imagen de su sustancia, que pudo crear, y más, obra hecha por su misma mano omnipotente? Consideren esto los hombres, y tiemblen de solo pensar esta ruina, y destrozo, que hacen de cosa tan divina, y grande, la cual desprecian (¡oh desordenamiento inicuo del juicio humano!) por el estiércol de las cosas de la tierra.

Esta consideración de ser la justificación la mayor de las obras divinas, no solo ha de servir para que no se pierda la Gracia, sino para que la aumentemos cada día. Porque así como es tremendo caso atreverse a deshacer hechura de Dios tan rica, y excelente; así es grande la Gloria de ayudar a su Divina Majestad en obra tan prima, y estimada. Por grande favor tuvieran los ángeles, si para la creación de las estrellas, plantas, y otras naturalezas, les admitiera Dios por coadjutores suyos; pero la honra, que no hizo en esto a los serafines para obras menores, la hace a nosotros para la obra mayor del mundo, esperando que cooperemos nosotros a nuestra justificación, y aumento de su Gracia. ¡Oh redimidos de Jesús! Agradeced esta honra a vuestro Redentor; y pues nos ha dado parte en cosa tan grande, no quede por nuestra causa obra de tanta gloria de nuestro Dios, y Señor. Por grande fineza de Joab se tuvo, que cuando había de entrar la Ciudad Real de Rabbath, no quiso él solo gozar de aquella victoriosa hazaña, sin dar parte en ella a David, para lo cual le llamó, queriendo que él concurriese a aquella famosa acción. ¡Oh Señor! ¿Qué es esto que usáis con vuestras creaturas, dándoles tanta parte en vuestras

glorias? ¿Y que nosotros en lo que podemos ayudar vuestra honra, siendo todo el provecho nuestro, nos descuidamos? Por cierto no habíamos de cesar de adelantar, y promover esta obra, de que tanto os preciáis, y de que tanto os holgáis, añadiendo siempre, e igualando Gracia a Gracia, como habla vuestro Profeta.

II.

Esto que enseña Santo Tomás, que la justificación del pecador es la mayor de las obras de Dios, se ha de entender de las obras que hace con puras creaturas, aunque entre en ella la visión beatífica, y el lumbre de gloria, con que eleva Dios a un alma, para que le vea, y consiga la bienaventuranza eterna. Porque como notan doctísimos Escolásticos, la Gracia se prefiere en su perfección esencial a los dones de la gloria; porque se compara la Gracia a los demás dones sobrenaturales, aunque sea la misma gloria, como la esencia, y naturaleza a sus potencias, y actos; y la esencia de una cosa es más perfecta, que sus pasiones, y potencias. De suerte, que solo la obra de la Encarnación, en que se hizo Dios hombre, uniendo nuestra naturaleza a la Persona divina del Verbo Eterno, fue obra mayor; pero de esto mismo se ha de sacar una grande excelencia de la Gracia, y de la justificación en que ella se infunde, que por su causa se hizo la Encarnación. De manera, que la obra mayor, que es posible a la Omnipotencia Divina, que ni Dios la pudo ejecutar mayor, ni querer mejor, ni pensar mayor, ni mejor, la hizo por amor de esta obra de la justificación por la Gracia, a la cual estimó tanto su infinita caridad, que no perdonó nada, por consumarla en los hombres. Para que vea el hombre, si es razón, que cosa en que Dios anduvo tan ardiente, y fino; si es razón, que perdone trabajo por cosa en que el Hijo de Dios no perdonó ninguno, ni el Padre Eterno a su mismo Hijo.

También se ha de advertir, que la obra de la glorificación, con que Dios comunica a los bienaventurados la vista clara de su ser infinito, aunque absolutamente fuese en sí más grande, que la justificación; con todo eso dijo Santo Tomas, que proporcionalmente es mayor la obra de la justificación por la Gracia, que la de la glorificación: *(*1. *2. q.* 113. *art.* 9*) De esta manera* (dice) *el don de la Gracia*, *que justifica al pecador*, *es mayor que el don de la Gloria*, *que beatifica al justo*; *porque más excede el don de la Gracia a lo que merece el pecador*, *que es digno de pena*, *que el don de la Gloria a lo que merece el justo, el cual por el mismo caso que está justificado*, *es digno de la Gloria. Y por eso dijo San Agustín*: *Júzguelo el que pudiere*, *cual sea cosa mayor, crear Dios justos los ángeles*, *o hacer justos a los pecadores*. *Verdaderamente si uno*, *y otro es de igual poder*, *esto último es de mayor misericordia. Y* claro está, que no haría uno en dar mil ducados a quien los debe dar, como en dar quinientos liberalmente a quien le debía mil. La Gloria debe Dios a los justos: mas la Gracia no debe a los pecadores. Antes los pecadores deben a Dios eternas penas de sus pecados: pues perdonárselas Dios, y darles encima un tesoro, como el de su Gracia, es una obra digna de la grandeza Divina, y mucho para estimar tal misericordia. La estimación de las cosas no se mide siempre

por su grandeza, sino muchas veces por su necesidad, o dificultad; porque aquel hombre, que propuso el Profeta Natán a David, que tenía solo una oveja, mas la estimaba a ella sola, que el Santo Job a todos sus ganados, por la mayor necesidad que tenía. Y a David más preciosa le parecía el agua de la cisterna de Bethleen, que la de otras fuentes mejores, por la dificultad de alcanzarla: pues si la necesidad, y pobreza del pecador es suma, y no menor la dificultad de alcanzar la Gracia, imposible a sus fuerzas; ¿por cuán estimable, o por mejor decir, por cuan inestimable cosa debe juzgar lo que tanto había menester, y era tan imposible tener? Y así por parte de los pecadores debe ser preciosísima esta obra; y no menos de parte de quien la da, que es Dios, es obra de mayor misericordia, y de una infinita dignación. David, sin irle nada, no tuvo deseo de otra agua, sino de la agua muerta de aquella cisterna, que le era difícil: ¿por qué no hemos de desear únicamente el agua viva de la Gracia, que es la que salta hasta la vida eterna, pues a nosotros es tan provechosa, y en sí preciosísima?

III.

Agregase a esto una notable diferencia, que hay entre la Gloria y la Gracia, que declarará bien vivamente, cuanto debemos estimar la Gracia sobre otros dones divinos: porque a la Gloria en cuanto es gozo nuestro, es lícito en algunos casos, y con sus debidas circunstancias, (V. Molin. *In* i. *p. q.* 24. *Taul. serm. De Assumpt.*) no desearla; y cuanto es de parte del hombre, si pudiera ser, no admitirla, y pedir a Dios le excluya, de ella; pero no hay caso, en que se pueda pedir, que le prive Dios a uno de la Gracia. Moisés pidió a Dios le borrase del Libro de la vida, que como declaran San Crisóstomo, *(*Chrysost. 1. *De Compun. & in Ep. cfd Roman) y* otros Padres, y Doctores, fue pedir le borrase de la lista de los predestinados a gozar de la Gloria; lo cual pidió a Dios lícita, y virtuosamente, porque perdonara a su pueblo. San Pablo deseaba ser anatema de Cristo por sus hermanos, en lo cual deseaba ser excluido del gozo de la bienaventuranza eternamente, y aun padecer las penas del Infierno, porque no se perdiesen sus hermanos, como lo declaran San Crisóstomo, San Anselmo, Teodoreto, Casiano, y otros muchos intérpretes.

Este deseo de estos dos Santos, de ser privados de la Gloria por la caridad del prójimo, es de heroica virtud, y muy loable, y lícito, hecho con sus debidas circunstancias. Pero ningún Santo deseó, ni pudo desear, ni pedir, que Dios le privase de su Gracia, que sucede por pecado grave; ni aun que dejase de adelantarla con comisión de un pecado leve, aunque se condenase todo el mundo, aunque se perdiesen todos los hombres, y ángeles: de manera, que la Gracia hemos de estimar en nosotros, aún más que gozar de la misma Gloria. Mas debe estimar un hombre el tener a Dios contento, que tener el hombre contento. Por la Gracia damos a Dios contento, por la Gloria le tenemos nosotros; y el agrado y gusto de Dios debe ser preferido al nuestro. Ser un hombre grato, y amado de su Creador, e hijo de un Dios Omnipotente, se ha de preferir a todo nuestro gusto, y contento: y pues esto tenemos con la obra de la justificación por

la Gracia, la debemos anteponer a la misma glorificación de nuestra alma, y cuerpo. Y así lo hizo San Anselmo, que dijo, que más quería estar en el Infierno con Gracia, que en el Cielo sin ella. ¡Qué lejos está de entender esta verdad el mundo, que solo suele poner su deseo en la Gloria, sin hacer cuenta con la Gracia! No hay ninguno que pecara, sino fuese desesperado, si entendiera, que por aquel pecado había de perder la Gloria, condenándose sin remedio: pues ¿cómo peca, perdiendo sin duda alguna la Gracia, la cual debemos escoger antes que la misma Gloria, si se pudiera apartar de la Gracia? ¡Oh si cayesen en esta cuenta los hombres, que hiciesen aprecio de estar en gracia de su Dios! ¿Cuantos hay que esperando en la misericordia divina, que al tiempo de la muerte han de hacer penitencia, y salvarse, se arrojan a cometer un pecado, pensando, que si esto es así, perderán poco? ¡Oh necios! ¡Oh desatinados¡ Si perdéis lo que debéis anteponer a la Gloria ¿cómo os parecerá poca pérdida? Demos que sea *así,* que habéis de venir a salvaros, lo cual es muy incierto; con todo eso si perdéis la Gracia, perdéis a Dios, y perdéis lo que habíais de sentir más, que la misma Gloria. El estar un punto sin Gracia, que no se puede hacer sin pecado, se debía sentir más, que carecer eternamente del gozo de la Gloria. Abrid los ojos, hombres confiados: haced peso, hombres engañados, de lo que debéis estimar la Gracia de vuestro Redentor; y por no estar sin ella un instante, escoged antes estar en eternos tormentos. No es esto encarecimiento, sino es constante, y cierta verdad, e inferior al concepto, y aprecio, que debéis hacer de la Gracia. Piérdase la vida, piérdase la hacienda, piérdase la honra, piérdanse los hijos, piérdanse los padres, piérdanse todas las creaturas, piérdase toda la máquina del mundo, piérdase el Cielo Empíreo, piérdase el gozo de la Gloria, y no se pierda la Gracia por un instante, cometiendo algún pecado. Agripina deseaba tanto ver a su hijo Emperador, siquiera una hora, que dijo, que por ello perdería la vida. Más que Rey es quien está en Gracia; más que Emperador de mil mundos: ni por una hora ha de querer perder tan grande honra.

El apóstol San Pablo, que deseaba (como hemos dicho) ser privado de la Gloria, a trueque que se salvasen sus hermanos: llegando a hablar de la Gracia, y caridad, que están siempre juntas, habla con tal resolución, que ni por cielo, ni tierra, ni trabajo, ni peligro, ni cosa alguna presente, ni futura, permitiría le faltase la Gracia, ni ser apartado de Cristo con menoscabo de la caridad. Y así dice: *(Rm. 8, 38) Cierto estoy que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles*; n*i los Principados*, *ni las Virtudes Celestiales, ni las cosas presentes*, *ni las venideras, ni fortaleza alguna, ni alteza, ni lo profundo*, *ni otra creatura, nos podrá apartar de la caridad de Dios.* Como si dijera: Yo, que estoy deseando estar apartado de la Gloria de Cristo, y ser privado de ella por la salvación del prójimo, tengo tanta estima de la Gracia, y de no carecer de ella por un instante, que no hay cosa posible, ni imaginable, en que consienta ser privado de ella, ni la muerte, ni la vida, aunque no viva yo, ni todos aquellos, que les deseo bien: aunque perezcan los mismos Ángeles; aunque se aniquilen los Principados, y Virtudes del Cielo; aunque todo este mundo presente, y visible se deshaga; aunque la gloria venidera me falte; aunque venga contra mí todo el poder del mundo; aunque sea tragado de la tierra en lo más profundo del Infierno; aunque se creen nuevas creaturas, que me prometan nueva gloria,

que me amenazan con nuevos infiernos, no podrá cosa alguna apartarme de la Gracia, y caridad ni por un momento. Esta inestimable estima, sobre todo este aprecio, se debe tener de la Gracia, sobre todo otro bien humano, o don divino; y con pérdida de la Gracia no se ha de escoger bien alguno, ni la misma bienaventuranza, si pudiera estar sin ella.

IV.

Tras todas estas grandezas de la justificación, con ser la mayor de las obras de Dios, así naturales, como milagrosas, superior aun a los milagros, que hizo el mismo Cristo, en confirmación de su doctrina, no es milagro la Gracia, lo cual nos ha de hacer mucho más agradecidos a Dios, y estimadores de este inmenso beneficio. Trata el Angélico Doctor este punto, con la sabiduría que suele, y pregunta, ¿si la obra de la justificación es milagrosa? y responde, que si bien por ser la Gracia sobre todas las fuerzas de la naturaleza, y ser solo la virtud divina la que la puede producir, se podría decir en ese sentido milagrosa: con todo eso, por otras razones no lo es. Señaladamente: *Porque en las obras milagrosas* (dice) *(1. 2. q. 113. a. 10) se halla alguna cosa no acostumbrada, y fuera del orden común de causar: como cuando un hombre consigue perfecta salud de repente, fuera del curso ordinario de la sanidad, que sucede por virtud de la naturaleza,* o *del arte. Y cuanto a esto, la justificación del pecador, algunas veces es milagrosa, y otras no; porque el común y ordinario curso de la justificación, es que moviendo Dios interiormente al alma, se convierte el hombre a Dios, al principio con una conversión imperfecta, para que después venga a la perfecta; porque la caridad, que comienza, merece aumentarse, para que la aumentada merezca perfeccionarse,* como dice San Agustín; *pero algunas veces mueve Dios al alma tan vehementemente, que desde luego alcanza la perfección de santidad, como aconteció en la conversión de San Pablo, a que se juntó ser milagrosamente postrado en tierra; y así la conversión de San Pablo se celebra en la Iglesia como milagrosa.* Esto es de Santo Tomás. ¿Quién no ve aquí el infinito deseo, que de nuestro bien tiene Dios, y su inmensa liberalidad, pues este don tan grande de la Gracia, y justificación, le haya hecho ordinario, y acostumbrado, y siendo sobre todos los milagros, deje de ser milagro por común? No es razón por cierto, que estimemos menos el don, cuando debemos estimar más al Donador. No porque Dios haga más, porque no carezcamos de su Gracia, lo hemos de preciar menos nosotros, con peligro de carecer de ella. La infinita bondad de nuestro Creador ha hecho ordinario este don, para que topemos con él, y todos los que lo quisieren, lo alcancen; y así es enorme desagradecimiento desestimar por común, lo que por común quiso Dios, que gozáramos todos, y siempre. Sí a un hombre solo se diera la Gracia, y por una vez sola: ¿cómo fuera estimada? ¿Hubiera atrevimiento en pecho humano para perder tal tesoro, y una vez poseído para renunciarle? Pues ahora, que debemos ser más agradecidos, pues se nos ha hecho esta divina dádiva de mejor condición: ¿por qué la estimaremos menos? No es razón, Señor, que porque Vos seáis

más liberal con el hombre, os sea el hombre menos reconocido. Ni es razón, que lo que se estimara mucho, si fueras más escaso, que lo estimemos menos, por ser más dadivoso. Tal es la Gracia, que porque no carezcamos de este bien, hicisteis ordinario lo que es milagroso, para que el hombre se aliente a conseguir por común, lo que por milagroso desmayara, y no haya escusa en procurarlo. Bendita sea también vuestra misericordia, y providencia paternal, que en la disposición de la Gracia tenéis; pues sabéis juntamente, hacer milagros, en lo que por ordinario lo dejó de ser. De todas maneras queréis comunicarnos este bien, por ordinario y extraordinario modo, para que conozca el mundo la estima que de él tenéis, y de todos modos le estimen, y busquen los hombres.

CAPÍTULO VI. Cuanto debe ser estimada la Gracia, por ensalzar al que la tiene a un grado, y dignidad sobrenatural.

I.

En todos estos incomparables bienes, y grandezas de la Gracia, que hasta ahora hemos más apuntado, que declarado, se ha de considerar una particularidad, que los realzan mucho más, que es comunicar la grandeza, y ser que tiene a su poseedor. Los filósofos, y singularmente Seneca, notaron una grande mengua en los bienes de la tierra, y posesiones de las riquezas naturales, por la cual deben ser muy despreciadas; y es, que las podamos tener, mas no ser lo bueno de ellas: porque solo se pueden poseer exteriormente, mas no tener en lo interior del alma. Y así Seneca, dando razón del desprecio de las riquezas, dice: *(Lib. De Fita beata c. 28.) Ponme en una casa riquísima, pon que pueda usar del oro y plata que quisiere: no me estimaré por estas cosas*, *las cuales aunque estén junto a mí, están fuera de mí.* Pero no son las riquezas sobrenaturales, como las riquezas de cosas naturales, las cuales solo pueden poseer los hombres exteriormente, sin comunicar a su posesor excelencia alguna en su persona, porque no le vuelven más bueno, ni le mejoran en un punto; no le hacen de complexión, o temperamento más sano, ni más fuerte: no porque uno posea grandes tesoros, y minas de oro, tendrá parte de su cuerpo dorada, ni si fuera Señor de estos cielos estrellados, tendría su hermosura, y resplandor: ni aunque fuera Rey de los mismos ángeles, llegaría a tener entendimiento de Ángel. Porque la posesión de estas riquezas, y cosas naturales, no llegan a la persona, sino que le quedan fuera, y así no le dan semejante forma, y ser. Mas la posesión de los bienes sobrenaturales, y espirituales, y señaladamente la Gracia, es de mucha mejor condición; porque no solo exceden incomparablemente en su sustancia a todo lo temporal, y natural; pero en esta circunstancia de dar el mismo ser, y grado a quien los tiene, porque no son de condición, que se posean exteriormente, sino intrínsecamente, no se quedan de fuera, sino en la misma persona, y hasta la misma alma se entran, y la ensalzan a todas sus excelencias. Y así la Gracia, que es superior a toda la naturaleza, hace al que la tiene también superior a toda naturaleza, sublimándole a grado superior, y mayor, que cuantas naturalezas Dios ha creado en este hermosísimo mundo, en cielo, y tierra. ¿Por cuan rico, y dichoso se tuviera uno, que poseyese en una pieza lo que valía más, que todo el mundo? Esto tiene el que tiene la Gracia, y luego esta excelencia de más a más, que le pega la misma Gracia a la persona de su mismo poseedor, que valga más que el mundo. Todo lo grande, que en sí tiene la Gracia, lo tiene el alma de quien la tiene: la Gracia es, como hemos dicho, sobre toda la naturaleza; y así, el que la tiene es superior a toda la naturaleza. Un grado de Gracia es más que todo el Universo, y también el que lo alcanza es superior a todo el mundo. La Gracia es mayor que todos los milagros, y el que la posee también es más que todas las maravillas. La justificación que se hace con la Gracia, es la mayor de las obras divinas: de la misma manera, el justificado por la Gracia, es la más prima hechura de Dios entre las creaturas

puras. La Gracia es cosa sobrenatural: así también, quien la tiene, se realza a un ser sobrenatural, y estado divino. Esto es lo que dijo San Cirilo Alejandrino: *(In cap. 14 Joan) Los que por la fe de Cristo fueron llamados*, *dejaron la vileza de su naturaleza*; *y por la Gracia de Cristo*, *que así nos honró*, *como vestidos de una resplandeciente púrpura*, *suben a una dignidad sobrenatural.* Conforma con esto Dionisio Cartusiano que dice: *(In* a. *disp.* 27. *q.* 2*) La preciosidad de la acción meritoria se toma por parte de la Gracia*, *que hace al hombre grato a Dios*, *la cual es una sobrenatural semejanza de la esencia divina*, *y por parte de la creatura racional*, *que por la Gracia es constituida a un ser sobrenatural.* Ruego, pues, a los que aquí llegaren, que ponderen, qué es esto de ser un hombre ensalzado sobre toda la naturaleza, y sublimado a un ser sobrenatural.

¿Qué honra fuera, si Dios escogiera alguno, no solo como Adán por cabeza de este mundo inferior, y señor de los animales; sino por Rey de cielos, y tierra, ángeles y hombres, cuanto a lo natural, que en estas cosas hay? Toda esta grandeza, y superioridad, no tiene que ver con la dignidad de quien está en Gracia; porque con modo más superior, y divino es elevado sobre todo ser natural, aunque sea de los querubines, y serafines. Y verdaderamente más se aventaja un hombre en Gracia, aunque esté lleno de dolores, y miserias, a la naturaleza de los mayores ángeles, y de más perfecta, y excelente esencia que haya, que no la naturaleza de un serafín a un gusarapillo, y gusano hediondo. Considere esto el pecador, y estremézcase de su caída, cuando pierde la Gracia, que en un instante, el que valía más, que todo el mundo, vale menos que una paja. Porque mucho mayor distancia va del estado de Gracia al del pecado, que hay diferencia de la naturaleza angélica a la de un vil escuerzo, o sapo emponzoñado, o un cuerpo muerto manando podre, y gusanos. ¿Cuánto se estima en el mundo tener uno, mejor lugar que otro, y preceder a los demás en dignidad? ¿Qué desastres, y muertes no han sucedido por esta causa? Pues, ¿por qué no se ha de estimar preceder a toda la naturaleza, y esto sin competencia, ni reñir con alguien, antes por tener paz, y caridad con todos?

Si a la entrada de este mundo fuera posible, que tuviesen elección las creaturas de ser creadas en el grado, y naturaleza que quisiesen ¿habría alguna, que se contentara con la más baja especie, y no apeteciera la mayor, y más noble? ¿Escogiera por ventura ser piedra, ser un tronco, ser una bestia del campo? No hay duda, sino que pudiendo ser hombre, o ángel, o serafín, escogiera ser una de estas substancias nobilísimas. Pues si para ser más que hombre, y que la naturaleza angélica, aunque entre la de los querubines y serafines, te dan elección por la Gracia: ¿por qué no estimarás este grado y este ensalzamiento tan no esperado? Te dan, que trasciendas, y sobrepujes los ángeles, y tú te hundes debajo de las bestias? ¿Qué juicio tienes? ¿A quién no pone horror el suceso de Nabucodonosor, que del trono más sublime del mundo, fue abatido a ser bestia? ¿Qué caída más espantosa? Aquel Rey poderosísimo, aquel Emperador victorioso, aquel triunfador de Judea, Tiro, Egipto, y de todo el mundo, a cuya felicidad y triunfos no llegó Alejandro Magno, ni Julio Cesar, ni otro hombre nacido, cuyo imperio señoreó todo lo que quiso. De él dice el Profeta Daniel: *(Dn. 4, 1-3) Que su grandeza llegó hasta el*

cielo, *y su poder hasta los fines de la tierra.* Este gran príncipe fue en una hora depuesto de toda su majestad, despojado de su Reino, echado al campo con las fieras. Comía heno, como buey; dormía en los montes desiertos, como oso: los cabellos le crecieron como plumas de águila, y las uñas se le encorvaron como a las harpías. Considere el pecador esta transformación, donde, como en un borrón, está bosquejada su caída, mayor sin comparación alguna; porque a este Rey solo cayó de la grandeza de la tierra, y pasó a ser como bruto animal: mas quien pierde la Gracia, cae de mayor grandeza, que de cielo, y tierra, pues estaba superior a todo lo que Dios creó en ellos, y se abate a ser compañero, no solo de fieras, sino de demonios.

II.

Conozca el hombre la dignidad sobrenatural, que tiene por la Gracia, y viva conforme a ella. Muy lejos ha de estar de las leyes del mundo, quien está sobre el mundo. Muy lejos ha de tener el corazón de la tierra, quien está sobre el cielo. Los filósofos antiguos, por solo la capacidad del hombre para contemplar el cielo, encomendaban el desprecio de la tierra: ¿qué será ser más que los cielos? Uno de ellos dice esta notable sentencia: *(Seneca) Entonces tiene el ánimo consumado, y lleno del bien de la fortuna humana*, *cuando pisado todo mal*, *se sube a lo alto*, y s*e llega al más interior seno de la naturaleza. Entonces*, *discurriendo entre las estrellas, es justo reírse de los palacios de los Reyes*, *y de toda la tierra, con su oro curado*: *no digo solo lo que echó fuera, y entregó para que lo sellasen en moneda, sino lo que guarda escondido, para la avaricia de los que nacieren. Ni puede antes el ánimo menospreciar las portadas*, *y techos relucientes de marfil; ni las selvas, o jardines compuestos a tijera, ni los golpes de agua*, y *fuentes conducidas a los alcázares, sino es que dé una vuelta a todo el mundo, y despreciando desde arriba la redondez de la tierra estrecha*, *y en gran parte cubierta de mar*, *y aun por la parte que se descubre descompuesta*, *y seca, o requemada*, *o helada, se diga el hombre a sí mismo: ¿Este es aquel punto, que entre tantas gentes se divide a fuego*, *y hierro*? *¡Oh cuán ridículos son los términos de los mortales! Dacia no se extiende de la otra parte de Hystro, y el río Estrymon encierra a Tracia: el Éufrates detiene a los Partos: el Danubio esparce las armas de los Sarmatas, y Romanos*: *el Rhin haga algún término de Alemania*: *los Pirineos levanten sus collados entre España, y Francia y entre Egipto, y Etiopía*, *extiéndanse incultos despoblados de arena: si tuviesen las hormigas entendimiento humano, también dividieran una era en muchas provincias. Pues cuando levantares el corazón al cielo, a aquellas cosas verdaderamente grandes, cuantas veces verás caminar los ejércitos levantadas las banderas*, *y como si fuera gran cosa su empresa, discurrir la caballería, ya pasando adelante, ya derramándose a los lados*, *de modo, que puedas decir: corre por los campos la hueste negra. Estas correrías son de hormigas, que se afanan en angosto trecho. ¿Qué diferencia hay de ellas a nosotros, sino la medida de un cuerpecillo pequeño*? *Punto es, o hombres, aquello en que*

navegáis. Punto es aquello, en que os coméis a bocados con guerras. Punto es aquello, en que disponéis los Reinos, pequeñísimos por cierto, pues de una parte y otra el Océano los encarcela. En lo alto hay desmedidos espacios, a cuya posesión es admitido el ánimo. Otro filósofo después de haber considerado las cosas desde la luna, que es la parte más baja del cielo, y desde allí no pudiendo divisar la tierra, hasta que le dieron vista de lince, entonces, mirando las cosas del mundo, dice: *(*Meaippus *in Icaromenipo.* Luciani*) En tan diverso, y vario teatro, todas las cosas que se hacían, me parecían ridículas; pero principalmente no podía detener la risa, viendo aquellos, que andaban ocupados en medir tierras y poner mojones, y sobre ello reñían, y estaban muy contentos con el campo Sicionio,* o *que tenían aquella parte, que cae junto a Enor, o que en Acarnania tenían mil fanegas de tierra. Como toda Grecia no tenga, mirada desde lo alto, más que cuatro dedos de espacio, y la mínima parte de ella era la Provincia Ática. Desde allí vi todo lo demás, que levanta los espíritus a los ricos; porque el que entre ellos poseía más tierra, apenas me parecía, que era un átomo, e indivisible de Epicuro. Y como volviese los ojos a mirar el Peloponeso, y desde allí al Septentrion, me acordé por cuan pequeña partecita, que no era mayor, que una lentejuela, murieron en un día tan grande multitud de Arginos, y Lacedemonios. Pero si miraba a un ricazo, muy soberbio con su oro, porque tenía ocho anillos en las manos, y unas cuatro preseas ricas, ahí eran las carcajadas, porque me moría de risa; porque toda la redondez de la tierra, con todos sus metales, apenas era una migaja.* Luego añade: *muchas veces habrás visto las juntas de las hormigas, como unas andan alrededor, otras salen más lejos, y luego se tornan. Esta va cargada con un poquito de estiércol, otra con un holleguillo de una haba, o con medio grano de trigo camina muy aprisa: Y también tendrán en sumado oficiales, sus arquitectos, y sus magistrados. Pues las ciudades de los hombres, con todos sus vecinos, no parecían otra cosa, sino nidos de hormigas.* Si esto alcanzó la razón, que comparadas unas partes de la naturaleza con otras, debe despreciarse la tierra, con todas las riquezas, y reinos: quien salta fuera de este territorio natural, quien traspasa el sol, y las estrellas, quien se pone de esta otra parte del mundo, y superior a los cielos, ¿cómo debe despreciar la tierra? Si el pensar solo la grandeza de los globos celestes, hace tener en poco este ovillo de tierra, y mar: ¿qué debe hacer quien no con el pensamiento, sino con su persona, y dignidad los excede? Si uno mirase desde la luna a la tierra, un punto la juzgara. Suba más alto, y desde el firmamento la considere, no se divisará, antes todo el globo elemental juzgará menor, que un grano de mostaza. No solo este orbe grave, sino todo ese espacioso campo del aire, donde se fraguan tantos meteoros, y constelaciones, y toda la extendidísima esfera del fuego, y cuanto hay debajo de las estrellas, no será perceptible, para quien tan levantado lo mirare. Y si saliese del mundo a proporcionada distancia, toda esta máquina del universo juzgara muy pequeña. Pues si la distancia corporal así hace desaparecer las cosas, ¿qué será la espiritual? Si la diferencia del lugar así envilece, y anonada cuerpos tan grandes: la diferencia de dignidad ¿qué hará? Porque no hay distancia corporal de una cosa a otra, que se pueda proporcionar con la distancia espiritual, y sobrenatural, y de excelencia, que hace la Gracia a todo el universo de la

naturaleza. Tan estupenda es la grandeza, a donde sube el pecador contrito: ¡y que esto no se estime! ¿A quién no admira la dicha del Santo José, que de preso, y esclavo de un gitano, vino a ser Señor de todo Egipto, que es un punto de este punto de tierra? ¡Y que el pecador, de esclavo del demonio, y preso de sus pasiones malditas, suba en un momento, con un acto de verdadera contrición, a ser más que Señor del mundo! Esto ¿por qué no se considera y estima? Creo que porque no lo ven los ojos; pero antes por eso mismo, porque no son capaces los sentidos de esta grandeza, se debe estimar más, pues no es perecedera, ni falsa. Engañan los sentidos a la razón, mas la fe la ha de corregir; y así como mirando a las estrellas, aunque las ven los ojos, no mayores que la luz de un hacha, la razón filosófica los corrige, y persuade que tiene muchos millares de grandeza: así también, aunque no juzgue el sentido grandeza alguna en los bienes del alma, la fe, que es superior a la razón, ha de persuadir la verdad. Más grande cosa es la Gracia, que el mundo; y uno que está en Gracia, mayor es, que toda la naturaleza.

III.

Considere, pues, uno, que ha subido a esta altura sobrenatural, superior a todo lo sensible, y con una santa generosidad córrase de vivir conforme a su carne, y sangre, y otras inclinaciones naturales: avergüéncese de la misma naturaleza quien es superior a ella. En las grandezas humanas sucede, cuando ha pasado uno de bajo estado a superior dignidad, correrse de la primera condición, concibiendo nuevos espíritus con la grandeza presente, a que ha llegado. Sálgannos los colores al rostro de la carne, y sangre, que somos de la vileza de gustos, a que nuestra villana naturaleza inclina, de los apetitos que el tosco natural solicita. Acordémonos de que somos con la Gracia superiores al cielo, y vivamos conforme a nuestra alteza. De Plotino filósofo se escribe, *(Porphyr. In vita Plot.)* que se avergonzaba de tener cuerpo, por ser el alma de nobilísima esencia, y el cuerpo de tan basta, y tosca sustancia: por lo cual, nunca decía de que linaje era, ni de que padres, ni de que nación. Por la misma causa no se dejó pintar, corriéndose de parecer corpóreo: los gustos, todos los que podía rehusaba, como indignos de la nobleza de su alma. Todo esto hacía este filósofo por la dignidad de su alma, quedándose toda ella en la bajeza de la naturaleza, habiendo otras substancias en la misma naturaleza más superiores. ¿Qué debe el cristiano hacer por la nobleza de la Gracia, superior a toda naturaleza? Tormento le había de ser, aun la necesidad de satisfacer al cuerpo. Paladio cuenta de Isidoro Alejandrino, *(His. Laus. C. 1)* que cuando iba a comer vertía arroyos de lágrimas; y preguntándole la causa, respondió: Lloro, porque me avergüenzo de que me he de sustentar con manjar, que no sea racional, siendo yo capaz de razón, y habiendo de gustar los deleites celestiales del paraíso. Este decoro habían de tener todos los siervos de Dios, corriéndose de sujetarse a acciones comunes con las bestias, los que han de ser compañeros de los ángeles, y en la alteza de su estado se han alzado sobre la naturaleza. Es una afrentosísima vileza, y desorden perder tanta dignidad por un gusto bestial. Lejos han de estar de todos los contentos materiales, y de su carne y sangre, los

cristianos, que fuera de correrse de ello, se han de gloriar de sus penalidades. San Pablo nos dio de esto buen ejemplo, hablando contra los judíos, que se gloriaban mucho de su carne y sangre, les dice: (Gal. 6, 14) *Muy lejos esté de mí gloriarme en otra cosa*, *sino es en la cruz de mi Señor Jesucristo*, *por quien estoy crucificado al mundo, y el mundo a mí.* Con la alteza y dignidad, que por la Gracia había alcanzado, se corría el apóstol de todas las glorias de la carne y sangre, gloriándose en sus menguas, y penas. El mismo dice, que luego que Dios le llamó por su Gracia, que al punto no dio contento, ni oídos a su carne y sangre: lo cual hacía tan de veras, como dice en otra parte, *que se gloriaba,* en sus enfermedades, y mala ventura de su cuerpo. Ha de considerarse el cristiano, como transformado en una nueva creatura de otra región, y de otras leyes, con otra vida y espíritu: despreciando todo lo que se precia en este mundo, estimando todo lo que se desestima. Porque como dice el mismo apóstol, *(Gal. 6, 15)* no vale cosa alguna nada, sino es nueva creatura en Cristo Jesús. Este beneficio es de la Gracia, que da un nuevo ser a los hombres sobre todo el ser de la naturaleza, por lo cual se deben reputar los que piadosamente entienden, que la tienen, por gente de otra naturaleza más divina, y creaturas de otro mundo más excelente, y sin comparación superior a este*;* porque como dice S. Gregorio Nacianzeno: (Orat. 40) *Así como nos creó Dios, así también después de creados nos reparó*, *y nuevamente nos formó con una forma*, *y fábrica más divina, y que en gran manera se aventaja a la primera fábrica.* Pues si por el beneficio de la creación, y primera formación, fue el hombre creado por Señor de la naturaleza; por la segunda, que es más divina y excelente, ¿a cuánta mayor grandeza subirá?

CAPÍTULO VII. La Gracia no solo es sobre la naturaleza creada, sino una excelentísima y divina participación de la naturaleza increada de Dios.

I.

Aunque todas las excelencias, que hasta ahora hemos dicho de la Gracia, son tan grandes, no tienen que ver con lo que ahora diré. Mucho es ser la Gracia sobre toda naturaleza creada, *o* que se puede crear; pero mucho más es colocar al hombre en un grado sobrenatural; pero más es ser participación de la naturaleza increada. Mucho es colocar al hombre en un grado sobrenatural; pero mucho más es constituirle en el divino. A esto llega la Gracia, que no solo se levanta sobre toda naturaleza, aun la humana y angélica; pero llega a ser una excelentísima participación de la divina. El primero que nos significa esta alteza de la Gracia, fue el apóstol San Pedro, cuando dijo, *(2P. 1, 3-4)* que por sus dones grandísimos, y preciosas riquezas, nos hacíamos consortes, y partícipes de la naturaleza divina. Y así entienden este lugar, San Atanasio, *(*Athanas. *orat.* 2. *contra Arr. 3 lib. Ad Serapionem)* San Agustín (August. *ep.* 102. *cap.* 4), San Cirilo, Santo Tomás, y otros Padres y escolásticos, que afirman ser la Gracia una excelentísima participación de la naturaleza divina, no como quiera, sino en supremo grado, y en cuanto excede a otro ser, que es infinitamente. La grandeza, que en esto se encierra, es tan grande, que no lo acaban de declarar los Padres, y Doctores. *(Eccles. Hierar. Cap. 2 & 3)* Según San Dionisio Areopagita, es tal, que levanta la Gracia a quien la tiene, a un orden y estado divino, comunicándole una vida divina. San Máximo dice: *Es propio de la Gracia dar a las creaturas la divinidad*; *la cual Gracia con luz sobrenatural ilustra a la naturaleza*, *y por la excelencia de su gloria la constituye sobre sus propios términos.* El Angélico Doctor dice, *(*1. 2. *q.* 112. *art.* 1.*)* que deifica y endiosa al alma. ¿Qué mayor grandeza puede ser, que esta, pues por ella sube una creatura a estar (digámoslo así) en un orden con el divino? Todas las cosas están dividas por sus dignidades, y grados. Algunas naturalezas no tienen más que un ser simple, como los elementos: otras tienen un ser compuesto con particulares propiedades, que de él resultan, como las piedras, y los metales: otras tienen fuera de eso, un ser vivo, como los árboles, y las demás plantas: otras, subiendo otro escalón más adelante, sobre el ser vivo, le tienen sensitivo, y capaz de algún conocimiento, como las aves, y animales: y otras, sobre el ser sensitivo, tienen el racional, que es excelentísimo: otras están en clase superior, teniendo ser espiritual purísimo, e intelectual, como los ángeles. Y en estas naturalezas espirituales hay varios grados, sobrepujándose unos a otros. Sobre los ángeles, están los arcángeles: sobre los arcángeles, los principados. Sobre estos está la segunda jerarquía, que consta de otros tres órdenes, de potestades, virtudes, y dominaciones. Sobre todos estos están los tronos: sobre los tronos, los querubines: sobre los querubines, los serafines: sobre la perfección de los serafines, no hay otra naturaleza creada. Pero demos, que hubiese otros millones de grados, sobre todos está el Ser Divino, que infinitamente excede a todo lo creado, y que se puede crear. Pues la

grandeza de la Gracia es, que no pare en ningún grado de la naturaleza creada, ni creable, sino que trascendiendo toda otra perfección, pertenece al grado divino. Pues ¿qué género de excelencia es, que como la palma, y el cedro están en el grado de vivientes, y el león, y caballo en el sensitivo, y el hombre por su naturaleza en el racional, y el ángel en el espiritual; así el alma cuando está en Gracia, alzándose sobre toda la otra perfección de grados, esté en el divino, entrando como en una clase con Dios? Verdaderamente, si entre todos los hombres, y ángeles fuese una sola el alma, a quien hiciese Dios este inopinable favor de infundirle su Gracia, asombrara a todas las demás creaturas su grandeza. Los querubines se humillaran: los serafines de más encumbrada naturaleza, la reconocieran con veneración: los Tronos, y Dominaciones, se hincaran de rodilla, como a la que estaba en dignidad incomparablemente mayor, y mejor. Todo el resto de las creaturas racionales, e intelectuales, estarían admiradas de aquel, divino estado, a que ha*bía* subido aquella creatura. No sé por qué causa ahora no estimamos, como es razón, tan inmensa dignidad, porque no se disminuye este beneficio, por hacer más que el benefactor de él. Por alcanzar un hábito, o título de la tierra no perdonan los ambiciosos ningún trabajo, por estar en igual grado con los Señores; y que por alcanzar la Gracia, por la cual entramos como en una misma clase con Dios, no se hagan las debidas diligencias, con ser bien fáciles, ni se cuide de conservarla, y adelantarla! Ser del Toisón[1], *o* del Consejo de Estado, se tiene por grandísima honra, por entrar en él la persona Real; y si a uno le privasen de esta dignidad, se moriría de melancolía, y tuviera por la mayor afrenta del mundo: pues en entrar en un orden con Dios, sobre todo otro ser, ¿cómo no se estima sobre toda otra honra, y grado? ¿Cómo lo pierde el pecador tan fácilmente, siendo pródigo de tan gran cosa, por tan poca, como es un gusto desordenado? ¡Que se mueran los hombres de pena, viéndose privados de alguna dignidad temporal: y que haya osadía en pecho humano para vivir una hora en pecado mortal, privado de aquel divino estado, y dignidad en que estaba por la Gracia! Ser partícipe de sangre Real, aunque sea muy lejos, es una calidad gloriosísima; pues de ser partícipes de la naturaleza divina, ¿por qué no nos gloriamos mucho? Un testimonio solo, que lo levantan a uno contra la limpieza de su linaje, le atormenta de muerte; y que no se muera de pena el pecador, viéndose con el sambenito del pecado, quien era más puro que los ángeles, y participante de la naturaleza de Dios. Por cierto mil vidas debiera dar quien no tiene la Gracia, por alcanzarla; y quien la tiene, por conservarla, y aumentarla. En llegando a punto de perder esta honra del estado divino, e inestimable dignidad, que por la Gracia tenemos, pedazos nos habían de hacer antes, que peligrar en cosa de tanta consideración: porque así como el estar uno en gracia vale más, que la conservación de toda la naturaleza, y que la vida, y sustancia de todos los hombres, y ángeles sin ella; así se debe dar, por no perderla, millones de vidas que tuviéramos. Pues ¿qué encanto es, que dude un hombre en perder solo una vida, que tiene, por conservar un bien, que vale más, que la vida, y ser de la naturaleza? ¿Qué locura es, que no por la vida, sino por un gusto sucio, y torpísimo, y a veces por una palabra, pierda pérdida tan inmensa? Pródigo, y aborrecedor es de su propio bien, y con desprecio grandísimo de su mismo Creador. Porque quien desprecia aquello, que es tan excelente participación de la

bondad y excelencia de Dios, y estar en un estado divino, sobre toda la naturaleza creada; al mismo Dios desprecia enormemente, y así mismo se aborrece impíamente; ni tiene honra, ni juicio, ni respeto tueno.

II.

A esto se añade, que el modo con que sube un alma a este grado divino, no es como los adelantamientos de las honras mundanas, que es solo por reputación, que consiste en opinión mas, que en alguna excelencia real, y natural. Pero la Gracia, no solo por reputación levanta la creatura racional a estado divino, sino en realidad de verdad, y por una calidad real, y otras excelentes propiedades, y dones que con ella vienen, por los cuales se endiosa intrínsecamente la creatura. De manera es, que viene a tener el alma por Gracia lo que Dios tiene por naturaleza. Que es lo que dijo Santo Tomás: *Aquello que está en Dios sustancialmente*, *se obra accidentalmente en el alma*, *que participa la divina bondad.* Esto declaran los Santos con varios ejemplos. San Atanasio lo explica con la semejanza de un licor precioso, y aromático, que pega su olor, a quien ungen con él, comunicándole las mismas calidades de fragancia y suavidad. Porque así como una caja donde se ha metido ámbar, aunque no tenga ella la sustancia del ámbar, tiene los mismos accidentes, como el olor, y suavidad: así también la persona en quien por medio de la Gracia se recibe el Espíritu Santo aunque en sustancia no sea ella Dios, queda con unas propiedades divinas; y accidentalmente se obra en ella lo que en Dios está sustancialmente. El mismo Santo añade otro ejemplo del sello, para declarar lo mismo, lo cual aprendió del apóstol San Pablo, cuando hablando con los que habían recibido la Gracia, les dice que estaban sellados con el Espíritu Santo. Por lo cual dice San Atanasio: *Sellados de esta manera*, *nos hacemos partícipes de la naturaleza divina.* Porque así como el sello imprime en la cera toda su figura, la cual quedándose en sustancia cera, tiene todo cuanto estaba en el sello; así también una creatura, que recibe la Gracia, quedándose creatura, recibe una forma divina, y se hace deiforme, y viva imagen del Creador, y figura de su bondad, y santidad. Santo Tomás y otros Padres significan esto con otra comparación bien a propósito, que es del hierro hecho ascua. Por lo cual dijo el Angélico Doctor: *Así es necesario, que Dios deifique, y endiose al alma, comunicándole la participación de la naturaleza divina, por participación de semejanza, como es imposible, que ninguna otra cosa encienda, si no es el fuego.*

Con la semejanza dicha del hierro encendido, se declara bien vivamente esta comunicación, *o* participación de la naturaleza divina, que por la Gracia se hace, y como con ella el alma se transforma en un ser, y estado divino; porque así como el hierro, con ser un metal muy terrestre, denegrido, oscuro, informe, frío, duro, y sin actividad; puesto al fuego participa por el calor la naturaleza del fuego, y es transformado en fuego; porque aunque no pierda su ser, no parece a la vista otra cosa, sino fuego, quedando con las mismas propiedades del fuego: porque el fuego le comunica luz, y resplandor, con lo cual pierde su negrura, y oscuridad: comunicándole también el calor, y actividad, con que

pierde su frialdad, y torpeza, y de duro se hace blando, y a propósito para que se haga de él lo que quisieren, de la misma manera una creatura pecadora, y desnuda de todo bien, con la Gracia se deificada, *o* endiosa, participando la naturaleza, y propiedades divinas. De pecadora se hace santa, de terrestre, celestial, de enferma sana, de fea hermosa, de natural sobrenatural, de miserable divina, participando otros excelentísimos atributos de la naturaleza de Dios. ¿Quién hay que no admire esta maravillosa transformación, y excelencia a que sube, un alma con la Gracia? Cotéjese la diferencia, que va de un hierro tosco y frío, al mismo hecho ascua, y hágase luego proporcionadamente comparación de la diferencia, que habrá de un alma sin Gracia, a cuando está con ella. Si esta transformación del hierro en fuego es tan grande, y que tanto nos maravilla, sino fuera ordinario, con estar el hierro, y el fuego en una misma clase de cuerpos materiales, y sin vida: cuanto mayor es la transformación, y deificación del alma por la Gracia, pues sube a participar, no otra naturaleza creada, ni de un mismo grado, y orden: no una naturaleza angélica, u otra intelectual como quiera: sino trascendiendo todo lo creado, participa la misma naturaleza divina. Quien conociere la diferencia, que hay del fuego a Dios, conocerá la diferencia, que hay de un hierro encendido a un alma divinizada, y endiosada (digámoslo así) cuando recibe la Gracia, vistiéndose con ella de admirables, y divinas propiedades. De manera que el alma no solamente recibe por la Gracia la mayor dignidad del mundo, sino la perfección intrínseca de las mayores propiedades, que son pasibles. Si un hombre, por cosa tan fácil como puede alcanzar la Gracia, pudiera tener el entendimiento, y la presteza de un ángel, no perdiera ocasión. Pero ¿para qué hablo de las propiedades de creaturas tan nobles como las angélicas? Si pudiera tener algunas propiedades de las fieras brutas, la ligereza de los gamos, la vida larga de los cuervos, la fortaleza de los leones, estimara muchísimo, que se le comunicaran semejantes propiedades. Pues ¿por qué hemos de despreciar las propiedades divinas? ¡Oh intolerable desvergüenza de los hombres desagradecidos a su Creador, menospreciadores de sus dones, y aborrecedores de sí mismos! Estimarían el entendimiento de un ángel, la fortaleza de una bestia bruta; ¡y que no estimen la naturaleza divina, y las excelentísimas, y sobrenaturales propiedades, que con la Gracia reciben! ¡Oh sentidos, que así nos engañáis, para que así estimemos estos bienes rateros, y menguadas condiciones de las creaturas, y no hagamos estima de los bienes divinos! Desmienta la razón al sentido, desmienta la fe a la naturaleza, y hagamos peso, que es estar un alma endiosada, que es tener esta divina calidad de la Gracia, y con ella otros soberanos dones participando las propiedades divinas. Si diera Dios elección, que de todas las creaturas del mundo escogiera uno para sí las mejores propiedades que hay en ellas, y se compusiera, y adornara con lo mejor de todas: ¿por cuán grande beneficio lo tuviera y qué rico de dones estuviera con el resplandor del sol, con la fortaleza del león, con la vista del lince, con el oído del ciervo, con la ligereza del águila, con el entendimiento de un querubín, con la hermosura de los cielos? Y si después de alcanzadas todas estas excelencias, y calidades las perdiera en un instante por el cumplimiento de un gusto, ¿qué espanto causara, y que vil, y afrentado quedara? Pues ¿qué tiene que ver todas estas excelencias creadas con las divinas? En la Gracia nos dan,

no que participemos lo mejor de las creaturas, sino lo mejor de Dios. ¡Y que esto no aprecien los hombres! ¡Que esto no procuren! ¡Que esto no lo conserven! ¿A quién si lo considera bien, no desatina esta perdición? ¿Cuán ignominiosa cosa fue, que Sansón, por dar gusto a una mujer, perdiese la fortaleza del león que tenía? ¿Qué puede decir de sí, quien por dar gusto a su carne, que ha de ser comida de gusanos, pierde, no la propiedad de un león, sino del ser divino? Esto júzguenlo los ángeles, y llórenlo hombres y ángeles. Por cierto, que llorarán los serafines, si con la bienaventuranza, y su espíritu, se pudieran compadecer lágrimas.

III.

Considere, pues, un alma, que por la Gracia participa la naturaleza divina, la honra, y perfección que posee: mírese, y admírese, cuando llega a esta divinidad toda divinizada, y sepa estimar el estar en este grado divino: y estimando tan soberano estado, estime aquel ser infinito que participa. Estime, ame, y honre a Dios, en quien tiene tanta parte, y en cuya imagen se transforma. La semejanza, dice Platón, es causa de amor; y pues es tan parecida a Dios, ame a su semejante. Las avecillas se juntan con las de su especie, y gustan de andar hermanadas. Un caballo, viendo a otro se alegra. El corderillo, en viendo una manada, se junta con los suyos. Los que congenian en condición, gustan de andar juntos, y se hacen amigos. Pues el alma ya deiforme, y tan parecida a Dios, ¿cómo puede dejar de tenerle cariño, y mirar a su Creador con grande amor, yéndose los ojos, y corazón tras su semejante, y no semejante como quiera, sino de cuya naturaleza y con modo tan admirable, participa? Si las estrellas tuvieran entendimiento, viendo que su luz la participan del sol: ¿cómo amaran al sol, con cuyos resplandores así se ilustran? Si sin el sol no tuvieran lucimiento alguno: ¿cómo podrían dejar de amarle, y desear su eternidad, pues con su participación se hermosean tanto? Mire el alma como debe amar a Dios, con cuya participación se endiosa, y llena de hermosura, y luz. Los que son de alguna familia ilustre, ¿cuánto honran y procuran honrar a la cabeza de su linaje? Los que son de algún Senado ¿cómo reverencian a su presidente? Los que son de cualquier gremio o colegio, estiman, y quieren estimar todos al principal de ellos. Somos por la Gracia de la familia de Dios, debemos estimar y amar a nuestra cabeza. Somos de un estado y grado divino: somos de un gremio con Dios, y debemos honrar y querer al principal de este orden. Por cierto que ya a las cosas divinas debemos mirar, no como ajenas; sino como propias. Con estos ojos hemos de considerar el servicio, y honra de Dios, como cosa que nos toca muy de cerca, no de otra manera que como el hijo mira por la hacienda de su padre, y los de un linaje por la honra de su cabeza. Diremos también nosotros por la honra de nuestro Padre, y nuestra cabeza, que es Dios, cuyo ser participamos por la Gracia. Álcese, pues, el corazón cristiano sobre todo lo humano, mírese como soberano. Córrase de lo que antes fue: deje todo el ser terrestre, y amor de lo creado: olvídese de lo natural, ya transformado en divino. El hierro encendido del fuego, ¿cuán lejos está de su frialdad antigua, de su oscuridad, y negrura? El alma, *a*

quien endiosa la Gracia, muy olvidada debe estar de quien fue, muy llevada de lo que es, muy enamorada de Dios, muy metida en el cielo, muy empleada en lo divino, a cuyo estado le ensalzó. Estime solo esta honra, y desestime lo demás, mirando las pretensiones, y honras de los hombres de la tierra, como juego de niños. Quien ha llegado a ser divino ¿por qué ha de estimar a todo lo humano? Pues cuando llega uno a crecer, se corre, ya hombre, de lo que estima cuando niño: de otra manera, que una persona gravísima, poderosísima, sapientísima, y de grande autoridad, se ríe de los muchachos, cuando juegan a los señores, y tienen gran codicia de tener muchas semillas de alguna fruta, para jugar con ellas y se huelgan con un trompo, que alcanzan; así uno, que ha llegado al estado de Gracia, puesto ya en grado soberano ha de despreciar toda la potencia, honra y riqueza de la tierra, y escupirlas como cosa asquerosa: que todas son ascos, todas son niñerías, todo juguete, respecto del orden, autoridad, y grandeza, a que ha subido uno, que está en Gracia. Vivamos ya como ángeles Santos, no como hombres engañados. Vivamos como espíritus puro, no como pecadores, perdidos. Considerando todo esto San Crisóstomo, dice estas palabras, de que muchas veces nos debemos acordar: *(Tom.* 4 *hom.* I. *in Epist. ad Ephes. in fine) Ea pues*, *ya que nos han hecho dignos de tan gran magnificencia de nuestro Creador*, *y autorizado con tan grande honra, y favorecido con tan notable benignidad: ruego de corazón que no avergoncemos a aquel Señor que nos ha llenado de tan grandes beneficios: no echemos mancha en su honor y tan grande Gracia, que se nos ha dado tan liberalmente*, *no dejemos que se nos caiga*, *ni la recibamos en vano. Mostremos en nuestro modo de proceder una vida de ángeles: demos a entender en nuestras obras*, *que nuestra conversación es angélica*, *y nuestro trato divino. Pido*, *y ruegoos humildemente, que todas estas prerrogativas no sean para más riguroso juicio*, *y condenación mayor; sino que sea todo para gozar de los bienes eternos*, *que por la bondad del Señor hemos de merecer alcanzar.*

Sepa el hombre estimarse, y avergüéncese, que se estimasen los filósofos, más por ser hombres, que el cristiano por ser divino. Vergüenza nuestra es lo que se estimaron los gentiles, solo por la naturaleza, y que no nos estimemos nosotros más por la Gracia. Oigamos, qué sentían los filósofos de solo la naturaleza humana, para que sepamos estimar la naturaleza divina, que participamos. Considerando Platón solo lo que había natural en el hombre, escribe, (*Lib. i. de Legibus*) que es un milagro de los animales divinos. Protágoras dijo, (Apud. Platón in Tha.) que era la medida de todas las cosas; esto es, lo sumo de todo. Plotino sintió lo mismo, diciendo, (Enea. 3, lib. 2, cap. 29) que el hombre es un hermoso artificio, cuanto puede ser hermoso. Trimegisto dice: (In Pimam, cap. 10) *El hombre es un animal divino*, *que se ha de comparar con los habitadores del cielo*; *y es mejor que ellos, o por lo menos igual: y así podemos decir*, *que el hombre terreno es un Dios mortal, y que Dios Soberano es hombre inmortal.* El mismo filósofo dijo: *(In Asclep. Cap. 3) El hombre es un grandísimo milagro: un animal*, *que se ha de adorar, y honrar: que se traspasa a la naturaleza de Dios, como si él fuese Dios.* Prisciliano dijo, que era el alma de un hombre de una misma sustancia con la naturaleza divina, enviada del cielo: y aunque excedió en esto, significó la gran

estima, que se debe hacer de parte tan digna del hombre. Esto sentían los filósofos de solo la naturaleza humana; por la cual aconsejaba, que se tratare un hombre como divino, no abatiéndose a la tierra, sino levantándose a las cosas del cielo: que pues era lo mejor del mundo, no pusiese su corazón en lo peor: y siendo lo más admirable de la naturaleza, no había de admirar, ni querer lo que es menos que su dignidad, y todo el mundo es menos. Pues si es cosa tan grande el hombre, y todo eso debe a su naturaleza: ¿qué será, y qué ha de hacer por la naturaleza divina, que participa? No cumple con ser menos puro, y celestial, que los ángeles. Si el hombre por su naturaleza es un milagro de la naturaleza, y un prodigio divino, y lo sumo de este mundo: ¿cuán admirable será por la Gracia? Por cierto divinísimo será, y tan hermoso, y perfecto, cuanto puede decirse.

CAPÍTULO VIII. En cuan sublime grado se participa por la Gracia la naturaleza divina, y como ningún ser es comparable con ella.

I.

Es tan prodigiosa, y divina la excelencia de la Gracia, por participar la naturaleza divina, que pide nos detengamos en este punto más de lo ordinario, y le ilustremos con lo que los Doctores escolásticos dicen de él. Todos convienen, en que la Gracia no es, como quiera, participación de Dios, sino en grado excelentísimo, y supremo, y en aquella excelencia más admirable, y que está en Dios, no virtualmente, sino formalmente. Hablemos ahora así para los doctos, y declarémoslo para todos con este ejemplo. La naturaleza del Sol se puede participar de varias maneras: porque el Sol contiene unas calidades virtualmente, otras posee formalmente. Virtualmente contiene varios influjos, y las virtudes minerales, con que fragua en la tierra los metales, y piedras, cuyas calidades no tiene el Sol en sí, sino solamente en virtud, por cuanto es causa de tales efectos. Pero fuera de esto, tiene él otras calidades más nobles, de las cuales no es causa; pero él mismo se hermosea con ellas, y se hace admirable al mundo, las cuales están en el sol en su verdadero ser, y forma. Estas calidades son la luz, pureza, candidez, hermosura, con que alegra toda la naturaleza, y él se hace vistoso, y gracioso a todos. Pues así como hay en el sol estos dos géneros de excelencias, o calidades; así hay dos modos de participarlas, uno en los metales, y otros cuerpos ínfimos, que solo participan las calidades virtuales: otro de las estrellas, y otros meteoros celestes, que participan las calidades del sol; no como quiera, sino las que están en él con su misma forma, como la luz, y pureza. Pues a este modo, aunque hay en Dios virtualmente muchas excelencias, de que puede ser participado, pues es causa de cuantas excelencias hay en las creaturas; pero tiene otras, que están formalmente en el mismo Dios, que son excelentísimas y admirables, y sus propias de su infinito ser, y naturaleza. Pues la excelencia de la Gracia está en esto: que participa a Dios de este modo excelente, y grado supremo, participando de su misma naturaleza en aquel atributo, *o* atributos que están en Dios formalmente, y hacen a su infinito ser admirable, único, perfectísimo, y sobre toda excelencia excelentísimo; lo cual declaran los Doctores escolásticos de varias maneras.

II.

Muchos dicen, que consiste esta excelencia de la participación de la naturaleza divina, que tiene la Gracia, en ser participación del ser de Dios, en cuanto es por su misma esencia, teniendo ser de sí mismo. Lo cual es principio, y fuente de las perfecciones divinas, e infinidad, que en todas tiene; de manera, que la Gracia sea participación de aquella excelentísima perfección de Dios, de ser un ser perfectísimo, no participado, ni dependiente de nadie, y que contiene en sí la plenitud de todo ser; y por

eso es el abismo, y piélago de todas las perfecciones posibles, y posee en sí toda perfección, cuanta puede ser, e imaginarse. ¿Quién no verá aquí, cuan dignas son de desprecio, cuantas cosas hay en el mundo; y cuan digna es de aprecio solamente la Gracia, y lo que a ella pertenece? Cuánto va de ser a no ser. Todas las cosas, por preciosas que sean, comparadas con la Gracia, no solo son pequeñas, no solo menguadas, no solo viles, sino que no son. Y no hay cosa más indigna de aprecio, sino lo que no es. La Gracia sí, que tiene un ser preciosísimo, y divino, por participar excelentísimamente el de Dios. No acaban los Santos de engrandecer, y admirar la respuesta, que dio el Señor a Moisés, cuando preguntó, si quisiesen los hijos de Israel saber el nombre de Dios que le enviaba, ¿qué les diría? Y respondió el Señor: (Ex. 3, 14) *Yo soy el que soy; y así, dirás a los hijos de Israel: el que es*, *me envió a vosotros*. ¡Notable embajada! *el que es me envía*; pero no se pudiera declarar mejor quien es Dios que llamándose el que es. Esta es la mayor grandeza, que se puede decir, ser el que es. Porque Dios solo es de sí mismo, y siempre *fue, es,* y será. Él es: porque contiene con eminencia todo ser. Él es de quien todas las cosas dependen. Él es eterno, e inmudable. Él es ser perfectísimo, e infinito. Él es, en cuya comparación, todo lo demás no es. Y así dijo San Bernardo: *(Libr. S de Consid.) Dios es lo que es: es su mismo ser; y es ser de todas las demás cosas. Él mismo es para sí*, *y para todas las cosas; y por esto, él es por cierta manera solo.* Dios es solo, porque en su comparación, lo demás no es, ni los elementos son, ni el cielo es, ni el hombre es, ni el ángel es, ni el querubín es, ni el serafín es, ni cuanto tiene ser, y vida en la naturaleza es, ni toda la naturaleza junta es. Lo cual como lo considerase David, dijo a Dios: (Sal. 39, 5*) Mi sustancia toda es como la misma nada delante de Ti*; *y aun todo hombre viviente es la mayor vanidad del mundo.* Aún los filósofos platónicos, llegando a entender algo de esto, dijeron que todas las cosas naturales no tenían verdadero ser, y que solo Dios le tenía, y todas las demás cosas en Dios, no fuera de él. Y la verdad es, que comparadas con el Ser Divino, no se pueden reputar que *son.* El Profeta Isaías, después de haber dicho, que delante de Dios son todas las gentes como una gotilla, que se trazuma de la herrada, y que como un minuto del peso son reputadas; y las islas anchísimas, como polvo pequeño. Pareciéndole que había dicho mucho, pues las comparaba a algún ser, aunque tan corto, como declarándose, repite: (Is. 40, 17) *Todas las gentes, como si no fuesen, así son delante de él. Como la nada, y como un vacío son reputadas para con él.* Pues si la Gracia es participación de esta inexplicable, e incomparable excelencia de Dios, en tener ser verdadero, y eminente sobre todo ser, en cuya comparación lo demás no es: síguese de aquí, que a ella sola debemos estimar, y a todo lo demás reputar, como lo que no es. La honra no es respecto de ella: la hacienda no es, el gusto no es, la hermosura no es. No son todas estas cosas bienes; y comparadas con la Gracia, no se han de estimar en más de lo que no es. También la deshonra no es, la pobreza no es, el trabajo no es, la afición no es, el dolor no es: no son todas estas cosas males; y comparadas con la Gracia, es ella tan gran bien, que todo otro mal temporal, y de pena, no se ha de contar por mal. De suerte, que por alcanzar la Gracia, y conservarla, y adelantarla, aunque fuera solo en un punto, no se ha de reparar en otro bien, ni mal: porque ella es tanto, que

se ha de dejar por ella todo otro bien; de la misma manera como si fuera mal; y abrazar cualquier mal de trabajo, y pena, como si fuera bien; porque en lo temporal ni bien, ni mal hay, que pueda compararse, ni oponerse a tan grande bien eterno. Porque así como nada tiene ser comparado con Dios, y nada es de sustancia delante de su naturaleza, y ser infinito; así también no hay cosa, que pueda compararse, ni sea de más monta, que la misma nada, respecto de la Gracia, que es altísima participación del infinito ser de Dios.

Ni nosotros debemos estimar otro ser, sino es el ser que ella nos da; como lo hacía San Pablo, que dice: *(1Co. 15, 10) Con la Gracia de Dios soy lo que soy.* Advierten algunos teólogos, que por estas palabras se significa un ser muy esencial de la Gracia, con alusión a lo que fue respondido a Moisés desde la zarza, que así como Dios le dijo: *Yo soy el que soy,* significando en esto la excelencia, e infinidad de la naturaleza divina, así también San Pablo con la misma repetición, y énfasis dijo: *Soy lo que soy,* por razón del ser excelentísimo, y participado de Dios, que por la Gracia recibía, haciendo caso solamente de aquel ser, y estado divino que por ella había alcanzado. Eso solo estimaba, y pensaba que era, teniendo todo lo demás por nada. Fue San Pablo bien nacido, fue ciudadano romano, fue ingenioso, fue docto, y tenía otras partes excelentes de naturaleza, y fortuna: pero todo lo estimaba por no ser, y solo juzgaba ser lo que con la Gracia era. Porque ni ser noble, ni ser ingenioso, ni ser bien dispuesto, ni ser sano, ni ser rico, es cosa alguna, respecto de ser Santo, y justo, y conservar la Gracia en cuya comparación, ni ingenio, ni nobleza, ni riqueza, ni otro bien temporal, son de sustancia alguna. Con todos los bienes del mundo es nada, quien no tuviere la Gracia, y caridad, como lo dijo San Pablo claramente: *(1Co. 13, 2) Nada soy si no tuviere caridad.* Este mismo ser incomparable de la Gracia, parece se significa en muchas partes de la Escritura, según lo entienden gravísimos Doctores, y algunos Padres. San Pablo en el sobre escrito que puso en una carta que escribió, dice: *(Ef. 1, 1) A los Santos que están en Éfeso.* San Basilio lee solamente: (*Lib. 2. contra Eunom.*) *A los Santos que son,* sin añadir más, ni determinar lugar; y dice, que de esta forma leen los expositores, que le precedieron, y en los textos, y libros antiguos, no se lee de otra manera. Otra vez escribiendo el apóstol a los de Galacia, dice: *(Gal. 5, 24) Los que son de Cristo, crucificaron su carne.* Pero San Gerónimo lee solamente: *Los que son, crucificaron su carne.* De manera, que decir, los que son, es lo mismo que decir, los que están en Gracia: estos son los que son de Cristo, y los que son Santos, porque no hemos de hacer caso de otro ser, sino del ser que por la Gracia recibimos de la virtud, santidad, y justicia. Esto mismo se confirma, con que por la parte contraria, los pecadores dice la Escritura, que no son. El Profeta Abdías dice: *Serán como que no sean.* Declarando esto San Gerónimo, da esta razón: *Porque quien perece, y muere a aquel que es, y que dijo a Moisés, el que es me envía a vosotros: ese se dice que no es, según la regla de la Sagrada Escritura.* Y así la Santa Ester, hablando con Dios le pide: (Est. 14, 11) *No entregues, Señor, tu cetro a los que no son.* Esto es a los malos. En otros lugares de la Sagrada Escritura se da a entender, que los pecadores se aniquilan, donde dice el Profeta Oseas: *Vuelto se han para vivir sin yugo.* Esto es sin ley, ni obediencia de Dios, leen los Setenta: *Convertido se han en nada.* Esta es la causa, porque a la hora de la muerte dirá

el Señor a las almas que no mueren en Gracia: *No os conozco*. Siendo así que el conocimiento divino alcanza a cuanto tiene ser, y solo no sabe lo que no es, como la Sagrada Escritura dice de los que carecen de Gracia, que no son, y que se han convertido en nada; así también dice de los mismos, que no los sabe Dios, ni los conoce: esto es con conocimiento, y ciencia de aprobación, y agrado. Santo Tomás, y muchos Doctores escolásticos van en lo mismo; por lo cual dice el Angélico Doctor, que la Gracia y los hombres en Gracia se crean: esto es tienen ser de la nada, conforme al lenguaje de San Pablo, *(Ef. 2, 8-9)* que llama nueva creatura al que alcanza la Gracia, y a los justos creados en Cristo. Porque crearse una cosa, dicen los filósofos, y teólogos, que es tener ser de nada; y como cuando uno se justifica, y recibe la Gracia, pasa del estado del pecado, que es como no ser, al estado de Gracia, que es un ser verdadero, y excelentísimo, que por antonomasia se llama ser: por eso se llama nueva creatura, y nuevamente creado el que se justifica. Las palabras del Santo Doctor son estas: *La Gracia se dice, que se crea, porque por ella se crean los hombres: esto* es, *son de nada constituidos en nuevo ser.* La nada de que se crean, son la falta de merecimientos, y su estado de pecadores. El ser que reciben, es un ser, y estado divino, que por la Gracia reciben.

III.

Díganme ahora todos los ambiciosos del mundo, todos los que por un bien de tierra, por salir con la suya, por dejarse llevar de una pasión, por cumplir su gusto, pierden la Gracia de Dios; ¿cómo no se asombran del estrago, que hacen de sí mismos, y destrucción tan impía, que ejecutan de su mismo ser? ¿Cómo no se estremecen de ver a donde se hunden? Poco es decir que se despedazan; y poco es decir, que son homicidas de sí; porque son aniquilados, y vueltos tanto como en nada. Si no lo quieren entender así, atrévanse a desmentir a los filósofos, y teólogos, desmientan a los Padres de la Iglesia, desmientan a los Profetas, desmientan a los Apóstoles, desmientan a la Sagrada Escritura, desmientan al Espíritu Santo, que por tantas bocas está clamando, que los pecadores no son, y que se cuentan por nada, que el ser de estima es el de la Gracia. Miren todos los que andan reventando por subir, y lucir en la tierra, y ser más cada día, si por esta causa cometen pecado grave, ¿qué ganancia sacarán, pues se destruyen, y vienen a parar en nada, perdiendo lo más que pueden ser, que es el ser de Gracia? Dirán, que este es modo de decir, y encarecimiento, porque un hombre que peca hombre se queda, como antes; pero no dice la Sagrada Escritura encarecimiento, que falte un punto a la verdad, antes con cuantas palabras se podía exagerar el ser que pierde, quien pierde la Gracia, nunca llegarán a dar a entender concepto igual a este daño. Verdad es, que se queda hombre quien peca, y que no pierde la naturaleza humana; pero pierde la participación de la naturaleza divina, en cuya comparación toda la naturaleza humana, y angélica es como si no fuese. No ha de entrar en cuenta el ser natural con el ser divino, ni con la Gracia la naturaleza. Esto se puede declarar con este ejemplo, aunque bien

desigual. Si un Rey poderosísimo, de grandes provincias y reinos, de muchos millones de rentas, que cada año le rendían sus pueblos, y naciones sujetas, con riquísimos tesoros, grandes palacios, y aparato real, en un día perdiese todas sus provincias, ciudades, palacios, casa y corte y sobre esto quedase tan pobre, que no tuviese vestido con que cubrirse, con tal desamparo, que estuviese desnudo totalmente todo el cuerpo, sino solamente le quedasen en los pies unos zapatos destrozados: ¿por ventura, se haría caso de cosa tan poca, y vil, para que por eso no se dijera, que había perdido todo lo que era, y tenía, y que no le había quedado nada? Pues no es menos perdida perder la Gracia, aunque uno se quede con la naturaleza, porque incomparablemente hay más distancia de la estimación y grandeza de la Gracia a la humildad, y bajeza de nuestra naturaleza corrompida, y deleznable, que hay de aquellos reinos, y riquezas, a una tan vil alhaja, como la que se trae en los pies. ¿A quién no espanta la tragedia del Santo Job, que siendo Rey, y muy rico, en pocas horas perdió todo, no quedándole más, que un pedazo de teja, para limpiar la podre de su cuerpo? Por ventura, por esta teja que le quedó, ¿dejó de perderlo todo? No por cierto, porque en comparación de tan gran pérdida, no se puede comparar por algo aquel poco de lodo cocido. De la misma manera este poco de lodo disimulado de nuestra naturaleza, no se ha de comparar, ni entrar en cuenta con las riquezas de la Gracia. Considérese ahora el pecador, y mire ¿qué le queda en pecando? Quédale un poco de lodo; mire que le falta, y que pierde: pierde las riquezas sobrenaturales, pierde un ser, y estado divino: fáltale Dios, y con esto le falta todo lo que le puede faltar. Pero porque esta pérdida no la percibe el sentido, rastree algo de ella por la calamidad del Santo Job. Si ahora se oyera caso semejante, ¿cómo espantará al mundo, pues aun después de tantos miles de años, que sucedió, y ser cosa tan sabida, asombra historia tan lastimosa? Pues de sí ¿cómo no se tiene lástima el pecador? ¿Cómo no queda atónito de su ruina, y destrucción pues es tanto mayor? Y si el sentido no conoce esto, júzguelo la razón, y la fe. Creo, que si alcanzáramos a aprender con la luz viva, y hacer el debido peso de la inopinable, horrible e inmensa mudanza, (digámoslo así, porque no hay términos menores con que se pueda esto declarar) y pérdida tan inestimable, que pasa por uno que pierde la Gracia, que no siete días quedáramos atónitos, como los amigos de Job, pero muertos de espanto. No es la mudanza solamente de la corona real a la hediondez del estiércol, no de grandes riquezas a gran pobreza, no de un cuerpo sano a tenerle podrido; sino la mudanza es del Reino del cielo a la miseria del infierno, de las riquezas de Dios al cautiverio de Satanás: y por decirlo en breve del ser al no ser; porque del estado de Gracia, que por antonomasia se dice, ser entre todo ser creado, pasa a aniquilarse por el pecado. Poco importa, que se quede con la naturaleza, si no se queda con la Gracia; porque aunque no quede deshecha, y aniquilada su sustancia natural, queda peor que si se aniquilase. Pues aunque el pecador por razón de la naturaleza con que queda, se pueda decir por esta causa, que es nada absolutamente: con todo eso, por la falta de la Gracia, habiendo pecado, queda peor que la nada, pues queda con la miseria del pecado. Porque, como dijo Arnulfo Lexosviense: *(Serm. ad. Patres Concilio Tauronenfis) Lo mismo es ser miserable, que no ser; y aun es peor que no ser, el ser miserable.* De un pecador dijo el Salvador (Mc, 14, 21):

Mucho mejor le fuera a este hombre si no hubiera nacido. ¿A quién no aterra esto? Si dijera a uno, que en acabando de echar un juramento falso, *o* quebrantar un ayuno de precepto, le habían de hundir, y volverse cuerpo, y alma a la tierra y aniquilar del todo su ser, ¿tuviera atrevimiento a hacer tal cosa? Temblara por cierto de solo imaginarse aniquilado, y vuelto en nada. Pues ¿cómo no se asombra del pecado, pues con él queda peor que aniquilado? ¿Qué locura fuera, que uno por temor del golpe de una cañuela, no quisiera hacer una cosa, y que amenazándole con un mosquete a los pechos no lo temiese? Semejante y mayor desatino fuera temer ser hundido, y aniquilado, y no temer un pecado. ¿Quién hay que temiese perder el dedo menor de la mano, y no temiese perder el corazón, o la cabeza, con la misma vida? Esto hace quien teme perder la vida natural, y no la de Gracia. Pongamos, pues, en razón nuestra entendimiento, pongamos en orden nuestro juicio, temamos donde hay que temer; porque no hay cosa donde haya más que temer, que en la pérdida de la Gracia, que debe sernos más temerosa, que la muerte, y el mismo infierno.

Hagamos, pues, la debida estimación de este ser de la Gracia tan consistente y divino, y con una santa ambición, y avaricia, no solo lo procuraremos conservar, sino adelantar, y crecer en él. Porque si los mundanos, por ser más y más en el mundo, andan echando la lengua, y reventando con ser todo lo que desean no más que aire, y vanidad, que no estriba su grandeza, sino en imaginación, y fantasía? ¿Por qué en el ser verdadero, y divino de la Gracia, no hemos de procurar crecer, costándonos menores diligencias? ¡O locura! ¿Qué es lo que cuesta a un ambicioso un puesto alto, en donde presto se ha de despeñar? Desvelo de toda la vida, mil aflicciones del corazón, mil vilezas a que se abate, malas noches sin número, mucha hacienda, y a veces honra, y salud, y lo que peor es, pecados; y pasa por todo, siendo lo que desea incierto, solamente por esperar ser algún día más. Pero ¿qué es lo que cuesta *a* un siervo de Dios y alma santa, ser más en este ser verdadero de la Gracia? No más que levantar el corazón a su Creador, no más que hacer las obras por amor de Dios. Con esto, no solo sin trabajo, pero aun con dormir, con comer, con descansar, si se hace por Dios, y como Dios quiere, adelanta este ser divino el que una vez le tiene, y es más cada día, y sube a más cada hora. ¿Qué cosa más fácil que el pensamiento? Pues por solo pensar podemos merecer más Gracia, y acrecentar éste ser, y estado tan divino. ¡O necios hombres, dejemos pretensiones mundanas, donde es mucho lo que cuestan, y nada lo que se alcanza! Pretendamos solo la Gracia, pues es nada lo que cuesta, y mucho lo que se consigue. Un punto de ella aunque costara todos los afanes y penas del mundo, se había de reputar por nada tanta costa respecto de tal premio. ¿Qué es esto, que el cielo así se nos dé de balde, y no más que por un suspiro, o un pensamiento, y que no haya quien lo quiera, y codicie de veras?

CAPÍTULO IX. Como por la participación de la naturaleza divina, es la Gracia todo ser, y una plenitud de perfección.

I

Este ser, que como hemos dicho, da la Gracia, es tan incomparable y sumo, que no contentándose la Sagrada Escritura con significarnos que en ella consiste el ser verdadero; y que al contrario, por el pecado se vuelven los hombres, como si no fuesen: no acaba de engrandecer de mil modos, y con grandes títulos a los justos; y apocar, y deshacer los que son los pecadores, y cuanto se destruyen, y deshacen en pecando: unas veces los llama paja; porque así como un manojo de espigas trillado se desmenuza en pajas, que son cosa tan menuda, ordinaria y despreciable, que viene a parar al fuego, o a ser mantenimiento de bestias: así el que pierde la Gracia se desmenuza, y envilece, y sirve solo de mantenimiento del infierno. Otras veces los llama polvo para declarar cuanto se disminuyen y deshacen, porque no se podía declarar con otra cosa mejor; pues no la hay mal más pequeña, ni de menor ser, que el polvo. Otras veces, para darlo a entender, no solo su mengua, y anonadación, sino su vileza, y desprecio, los compara al estiércol. Otras veces, para significar su daño, fuera de tanta mengua, y vileza, lo significa por las sabandijas emponzoñadas, y asquerosas, donde con la pequeñez, y vileza se junta el daño. Y finalmente para significar que tiene el mayor mal, que se debe temer; los compara a la muerte, por ser la muerte, entre las cosas terribles de esta vida, terribilísima como dice Aristóteles: La más espantosa, la que deshace más las cosas; y la más asquerosa, porque no hay asco, que se pueda comparar con un cuerpo muerto, manando gusanos. Finalmente, la más dañosa a la naturaleza; y así, no hay cosa que más deshaga a los hombres, y los envilezca, y corrompa, y dañe, que la falta de la Gracia. Con todas estas semejanzas, procuró el Espíritu Santo dar a entender, cuanta destrucción, e ignominia, asco, abominación, y daño es un hombre, cuando queda sin Gracia: y lo cierto es, que todas estas comparaciones de cosas corporales, quedan muy inferiores a lo que se pretende significar; tanto, cuanto va de la materia al espíritu; y de lo natural, a lo sobrenatural. Pues si se viera un hombre que por todos sus miembros se resolvía, y menguaba, volviéndose en el asco, pequeñez, horror, deformidad de una sabandija, o sapo venenoso: ¿qué no diera por remediar su daño? Considere el que peca, que es mayor su mudanza, y que queda menos, y más asqueroso, y horrible sin la Gracia.

Por otra parte, cuanto procura la Sagrada Escritura deshacer los pecadores, y poner espanto de la bajeza de su estado: tanto se esmera en engrandecer la Gracia, significando su excelencia con metáforas, y semejanzas de las cosas mayores, que estiman los hombres, llamándola Gloria y Reino, y Vida eterna, y otros epítetos semejantes de gran estima, y grandeza. Los Doctores, cuya sentencia propusimos en el capítulo pasado, dicen, que es esto para significar, que con la Gracia, no solo recibimos ser superior a todo, y verdadero, sino gloriosísimo, y lleno de perfeccione. Así como Dios, no solo es

por esencia, sino que por eso mismo contiene en sí la plenitud de todo ser y todas las perfecciones posibles; así la Gracia por ser participación de la naturaleza divina, no solamente da ser grande por antonomasia, sino que es todo ser, y contiene también participadamente la plenitud, y perfección, y eminencia de todo ser, y grandeza. Por eso se llama en *las* letras sagradas Gloria: conforme a lo cual, dijo San Pablo: *(Rm. 3, 23) Todos pecaron*, *y tienen necesidad de la gloria de Dios:* esto es: de la Gracia, donde claramente parece que la llama Gloria el apóstol. Y en otra parte dice: *(2 Co. 1, 12) Esta es nuestra gloria el testimonio de la buena conciencia.* Como si dijera: Este es efecto de la Gracia, no tener pecado, entendiendo por la Gloria la Gracia, como quieren los mismos teólogos. Y en otro lugar parece, que se declara más San Pablo, cuando dice, (Ef. 1, 16) que Dios nos adoptó por hijos *para alabanza de la gloria de su Gracia.* También David dijo, hablando con Dios; *(Sal. 29) Cántate a Ti mi gloria:* esto es, todo el ser, que tengo por tu Gracia, te celebre, y engrandezca. Este nombre de Gloria, es significativo de grandes excelencias. Y en el hebreo significa todo ser; por lo cual fue llamada Judith: (Jdt. 15) *Gloria de Jerusalén:* esto es, todo el ser de Jerusalén. Y el Santo Job dice, (Job 19) que Dios le despoja de toda su Gloria; esto es, de todo su *ser, y todo* cuanto tenía. S. Pablo (Heb. 1, 3) también llama al Hijo de Dios, Esplendor de la Gloria del Padre; esto es, de todo el ser del Padre, y la plenitud de sus divinas perfecciones; y en un salmo se llama *Rey de Gloria*, para significar, que era Señor de todo, y superior a todo otro ser. Pues ¿qué mayor excelencia que esta se podrá decir, que así como la naturaleza divina, por la plenitud de perfecciones, y ser de todo ser, se llama Gloria: así también se dé a la Gracia el mismo nombre? Porque la participación de aquel ser infinito, es también ella en su modo todo ser; y la verdad es, que vale más que todo ser de la naturaleza; y así por exceder a todas las esencias de cosas creadas, tiene plenitud de todo su ser, y con sola la Gracia se puede contentar quien por Cristo haya dejado todas las cosas del mundo, porque ella vale por todo, y más que todo.

II.

Pero no se podrá hacer estima de esto, si no se hace concepto de la infinidad, y plenitud de perfecciones de la naturaleza divina, que participa la Gracia. Quien considerare que es Dios, conocerá que es la Gracia. Levante, pues, el alma santa su espíritu, y contemple quien es aquel, cuya participación alcanza: admire aquella infinidad sobre toda grandeza, cuyo ser es sobre toda esencia, cuyo poder exceder sobre toda potencia, cuyo saber se levanta sobre toda sabiduría. Admire aquella Majestad inmensa, que tantos rayos arroja de sí, cuantas hermosuras, y grandezas hay en el mundo. Admire aquel sumo poder, que todo este artificio, y máquina de la naturaleza, hizo con solo querer, y le queda poder para hacer con igual facilidad millones de mundos, y cuando quisiere, resolverlos en nada. Y ahora sin cansancio, sin trabajo, sustenta de tres dedos la redondez de la tierra: Sin fuerza mueve los cuerpos celestes, siendo algunas estrellas ochenta veces mayores que toda la tierra y agua. Sin mudanza muda los tiempos,

dispone las causas, ordena los elementos, produce los vientos, fragua las fuentes, engendra los metales, da ser a todo, vida a las plantas, movimiento a los planetas, sentido a los animales, razón a los hombres, inteligencia a los ángeles. Aquel ser, que es todo y nada de todo; porque es sobre todo, y mejor que todo. Inmenso en sí, e infinito, inmutable, eterno, Omnipotente, Espiritualísimo, Santísimo, sobreesencial, sobresubstancial, sobrenatural, sobrebueno, sobresabio, sobrehermoso. Que lo hinche todo, llena todo, vivifica todo, sustenta todo, perfecciona todo, recrea todo, señorea todo. Por quien los serafines se abrasan de amor: a quien los Querubines admiran, los Tronos se humillan, las Potestades se arrodillan, las Dominaciones se encogen, tas Virtudes tiemblan, los Principados se rinden, los arcángeles obedecen, los ángeles sirven, y se estremecen las Jerarquías a aquel Ser, que es plenitud de todo ser, y perfección, y vida, y bondad, y hermosura, y grandeza.

Pues no menos que este ser participa la Gracia, poniéndose quien la tiene, en un orden soberano con él, ¿Qué gloria y excelencia mayor de la creatura, que verse ilustrada con los mismos resplandores de su Creador, y verse vestida de los colores divinos, y de una misma tela (digámoslo así) con aquel Rey omnipotente de Cielo, y Tierra? ¿Qué ser se puede comparar con ser de este modo todo ser, con participar lo que es todo, y la plenitud de toda perfección? Esta misma excelencia declara la Escritura, conforme muchos doctores, llamando a la Gracia Reino. Y así se dice por San Lucas: *(Lc. 11, 4) Llegado os ha el Reino de Dios*; esto es, el tiempo de la Gracia. En otra parte: *(Lc. 17, 21) Veis aquí que el Reino de Dios está dentro de vosotros.* Y San Pablo escribiendo a los Colosenses, dice: (Col 1, 13) *Que Dios nos sacó del poderío de las tinieblas, y transfirió al Reino del Hijo de su amor.* Las cuales palabras entiende a la letra el Concilio Tridentino de la justificación, por lo cual somos transferidos del pecado a la Gracia, y estado de hijos de Dios. Y por San Mateo dijo el Señor: *(Mt. 6, 33) Buscad primero al Reino de Dios, y su justicia,* esto es, a la santa Gracia, viviendo justamente conforme a lo que ella inclina. Llámase, pues, la Gracia Reino, y Reino de Dios, por la misma razón porque se dice Gloria, por la eminencia y plenitud de un ser total, y perfectísimo, que se comunica a quien la tiene, participando la naturaleza divina: lo cual también se significa harto vivamente con otro notable nombre, que da la Escritura a la Gracia, llamándola *Semilla de Dios.* Porque así como la simiente es participación del fruto, y contiene en su virtud cuanto contiene el fruto, y el árbol que lleva tal fruto: así la Gracia es participación de Dios, y contiene en el modo que cabe, en una cosa creada todo lo que tiene Dios: y como Dios es todo ser, y la plenitud de perfecciones; así también lo participa la Gracia: y por eso se llama no solo Reino, sino Reino de Dios; pues quien la tiene, levantándose sobre todo ser de la naturaleza, se coloca en un estado real, y orden divino con el mismo Dios, reinando sobre todo lo natural, y temporal, teniendo de esta manera un ser tan glorioso, y lleno que se puede decir todo ser, y por lo menos sobre todo ser, que hay, o es posible, en la naturaleza. Esto mismo se declara con el nombre de vida eterna, que también da la Escritura a la Gracia. Así dijo San Pablo: *La Gracia de Dios es vida eterna;* porque así como la falta de Gracia se llama muerte, porque destruye a uno, y deja sin ser; así la Gracia, porque da de la manera dicha todo

ser, y ser divino, se llama vida eterna.

III.

Vengan, pues, a razones todos los que beben el viento por alcanzar honra, y estimación mundana: lleguen a cuentas todos los que traen cargado el corazón, y andan arrastrados con codicia de riquezas de tierra. Entren en juicio todos los que con hambre canina traen la boca abierta, apeteciendo gustos sensibles. Adviertan, que pasto es el de sus deseos tan hueco, y fantástico, y conozcan su enfermedad mortal, porque se alimentan de lo que nada es, y tienen hastío de lo que todo es. Dejan la Gracia, cuyo ser es tan entero, y lleno, que es sobre todo ser, que les puede dar el mundo; y apetecen el ser más menguado, y falto, que en él hay. Porque dejado aparte, que por el pecado se destruyen y que todas las grandezas del mundo, comparadas con la Gracia, no pueden parecer, ni tienen ser, ni consistencia; es tan grande el abuso, y desordenamiento del corazón humano, que aquello más desea, y por aquello más anhela, que menos ser, y sustancia tiene: no digo yo comparado con los bienes sobrenaturales, sino aun con los mismos naturales. Échese a pensar el ingenio más agudo, y examine si se pudieran hallar cosas de menos consistencia y ser, que la honra, el dinero, y el deleite, que son los tres vientos, que traen alborotado este mar del mundo, y levantan tantas borrascas. Díganme, ¿qué es la honra que pretenden, de qué color es, y que tomo *o* figura tiene? ¿Quién la ha visto, y tocado con las manos? Ninguno porque no tiene ser alguno. No consiste en ser, sino solo en opinión. Obra es de la imaginación, y tan poco consistente, que todos y cualesquiera te la podrán quitar. De manera que no hay cosa de menos ser, ni de menos consistencia. Ser no tiene, porque es solo opinión. Consistencia tampoco, porque es de vidrio, que con cualquier toque se quiebra, y puédela tocar quien quisiere. No es así en los otros bienes del mundo, porque ni tu gusto, ni tu hacienda te la podrá quitar siempre cualquiera; tu honra sí. Pues este ser de la estimación, que es de tan poco ser, es el que atruena al mundo, y el ídolo mayor de los deseos humanos. ¿Puede ser mayor locura, que revienten los ambiciosos por cosa tan vacía, y que por ella dejen el ser y gloria, y plenitud, y consistencia, que por la Gracia consiguieran? ¡Que busquen una cosa tan resbaladiza, que cualquiera la puede quitar, aunque quien la tien*e* no quiera; y que dejen la que es tan fuerte, y segura, y que todo el mundo no la podrá quitar, con solo que no quiera quien la tiene? Avergüéncese el ambicioso del yerro de sus deseos. Busca la honra que no tiene ser, y deja la Gracia que sola da un ser de tal estima, que es todo ser, o sobre todo ser de la naturaleza. Busca la honra que aunque no quiera, cualquiera te la puede quitar; y deja la Gracia, que si él no quiere, ninguno se la podrá quitar. Tómese ahora el peso de la honra, que no es sino una vana reputación, con la Gracia, el eterno peso de la gloria, que trae consigo: ¿cuál ha de hacer más asiento en el corazón humano? La honra no tiene ser, y así no ha de preponderar toda la honra, y reputación del mundo a un minuto de Gracia. Bien dijo el devoto Cardenal Belarmino, cuando exhortando algunos a que volviesen por sí en una ocasión, que les parecía perdía de su reputación,

les respondió: Mas vale una onza de Gracia y caridad, que una libra de reputación. Por cierto, más que arrobas y quintales de honras vale una migaja de Gracia, y caridad; porque ¿qué contrapeso puede hacer el viento con el oro macizo?

Poco más consistencia tienen las riquezas, que son el otro escollo donde han hecho naufragio innumerables almas, con pérdidas infinitas de Gracia. Lo primero porque el valor del dinero consiste, por la mayor parte, en reputación; y así tanto tiene menos de ser cuanto de opinión. No su naturaleza, sino la malicia o reputación humana, ha dado estima al oro y plata. Porque si miramos a la verdad, y ser de las cosas, más perfecta, y así más estimable en sí, es la más vil sabandija del mundo, que no el oro más aquilatado. Después de esto, hecho moneda, se le añade nuevo valor, que no tiene, sino pensado. De manera que lo que se estima en las riquezas, no es lo que son, sino lo que se reputan, que viene a ser imaginación. Además de esto, que consistencia tienen, pues para ser provechosas a su poseedor, le han de dejar, porque a nadie puede ser útil su dinero, si no es que le dé; porque el que está guardado en el arca no te traerá que comer, ni que vestir a tu casa: hazlo de dejar si quieres de él algún provecho. Coteje ahora el codicioso esta vil condición de las riquezas de la tierra, con la excelencia de las del Cielo. La Gracia sin ayuda de la opinión, es por sí misma estimable sobre todo ser, por su perfección, y por la que da al que la tiene: ni hay opinión humana, que le pueda dar más estima de lo que es, y merece. Nunca deja a su poseedor para serle provechoso; antes si le deja, no es de provecho. Es de suyo eterna, y consistente, y suficiente; porque mengua es de las riquezas, haber de darse para haber de aprovechar, porque como ellas con lo que son no pueden dará su poseedor lo que ha menester, deben trocarse por lo que ha de suplir su necesidad. Mas con la Gracia, como es todo ser, no ha menester otra cosa quien la tiene: porque así como Dios es suficiente por sí mismo, sin tener necesidad de nada fuera de sí: así quien tiene la Gracia, que es participación de Dios, no tiene que echar menos otra cosa. No hay bien en el mundo posible, ni imaginable, por quien se pueda trocar: porque toda la felicidad humana no puede causar tanto bien, como haría falta el menor grado de Gracia. Abra, pues, la avaricia los ojos, y duélase de la injuria, que se ha hecho a sí misma; caiga ya en la cuenta, cofl¡o.ba errado el golpe, que lo que se había de desear, no es un bien imaginado, perecedero, e insuficiente; sino el bien verdadero de la Gracia, cuyo ser y valor no depende de opinión: que no se corrompe, que no está sujeta al ladrón, que es suficientísima, que por aprovechar no se disminuye, antes aprovechando se aumenta: que es una amabilísima condición de este bien, de todas maneras bueno, y que trae consigo todo bien. Abra, pues, los ojos la avaricia, y mire el agravio que se hace en despreciar la *Gracia* por *el* oro; porque dejando aparte la razón de bien sobrenatural, aun para la vida temporal, más se hallará en la Gracia, que en el oro. Muchas veces, por el dinero, no se halla todo lo que es menester; pero con la Gracia, todo se hallará. Por ella, y no por el oro, empeñó el Hijo de Dios su palabra, cuando dijo (Mt. 6, 33): *Buscad primero el Reino de Dios*, (esto es la Gracia) *y todas las demás cosas se os darán por añadidura.*

Los deleites, placeres y gustos, que son otro peligroso golfo de la salvación eterna, suelen también tener mucho de imaginación. Fuera de esto son de bajísimo ser, pues son

comunes con las bestias, indignos, no solo de la vida divina del Justo, sino de la racional del hombre. Y pues son muy inferiores a la razón, ¿cuánto lo serán a la Gracia? Además de esto, en su misma esfera son cortísimos, y menguados: apenas nacen cuando mueren: nacen en los sentidos, y en ellos mismos se sepultan: apenas se sienten, cuando desaparecen; y ese poco, y vilísimo ser que tienen, está mezclado de pena, y dolor, que le disminuyen. Porque ¿qué queda de gusto si a una onza de miel se echa una arroba de hiel? Cercan a un gusto muchos tormentos, antecedentemente al alcanzarle y consiguientemente después de perdido. Congoja en conseguirle, enfermedades, o dolores después de conseguido. Mucho más ser tienen las congojas, y dolores, que no los gustos, porque, estos no hacen más que alargar un poco al corazón, con un deleite muy somero, y superficial; mas las penas corren al fondo, y se hunden en el alma, y tienen grande tomo. Cotéjese cuanto más vivos, y fuertes son los dolores de la vida, que sus gustos. ¿Qué grandeza de gusto hay, que sea comparable con un fuerte mal de piedra, o ciática, *o* gota, que acarreó el gusto de la gula? ¡Y que se ponga cosa tan vil, y menguada, a tener en el corazón cristiano competencia con la Gracia, cuyo ser es tan fundado y seguro! No está la Gracia en el sentido, sino en el alma: no tiene mezcla de mal, que la disminuya: no es cosa común con los brutos, sino con los ángeles, y participante de Dios. De suyo es eterna, nunca dejará a quien no la dejare: bien diferentemente, que los bienes del mundo, que aunque no los quieras dejar, te dejan. La honra, cualquiera te la puede quitar, la hacienda te la quitarán muchos: los deleites, aunque nadie te los quite, ellos se huyen, cuando menos pensarás, que es cuando empiezan. Pues ¿qué ceso es, que trueques un ligero deleite por la Gracia, y vida eterna? Toda la gentilidad antigua ha condenado, y abominado aquel triste Lisimaco, que trocó su imperio por un poco de agua, con que satisfacer su sed. ¿Qué digo, que le condenaron todos? Él mismo se condenó, y lamentándose dijo: ¡Ay de mí, que era menester perder un Reino, por placer tan breve! ¿Qué llanto debía hacer, y con qué confusión, aquel que por un deleite de un instante perdiera la Gracia, que es Reino, y Reino de Dios, y más que todos los reinos del mundo? De lo dicho se verá el yerro tan desatinado de los hombres, que parece que adrede anduvieron a elegir las cosas de menos ser, e importancia, para ponerlas por blanco de sus deseos; porque hablando aun en el ser más bajo de la naturaleza, la honra no es, las riquezas casi no son, los deleites son como si no fueran. ¡Y que estas vilezas, y nonadas, hagan punta en la estimación humana, y la Gracia, la cual es, y es todo ser y sobre todo ser de la naturaleza! Bien nos encargó el Hijo de Dios, que la buscásemos en primer lugar, y que en ella nos darían todas las cosas: porque todo lo que desean los mundanos, en ella se hallará con gran ventaja. Si deseas honras, ella es gloria; si riquezas ella es Reino; si gustos, ella es vida eterna, y a ella se debe bienaventuranza, y contento perpetuo.

CAPÍTULO X. Cuánta sea la excelencia de la Gracia por sublimar al alma en un ser espiritualísimo, intelectual sobre toda naturaleza, al cual se debe la bienaventuranza, y vista clara de Dios.

I.

Vengamos ahora a lo que otros Doctores dicen, (Suar. *lib.* 7. *de gratia*, *cap.* 1. *n.* 30) para declarar esta participación de la naturaleza divina, la cual está en la Gracia. La más común sentencia, y declaración de los teólogos (Curiel. l. 2. *q.* II. art. 3. *lib. 1 &* 20) de estos tiempos, que pocos, sino es en las palabras, dejan de convenir es, que la Gracia participa de la naturaleza divina, en aquel grado supremo, en que se constituye la Esencia de Dios, que es un ser intelectual, altísimo sobre toda otra inteligencia, y espíritu; al cual grado se debe connaturalmente la visión de Dios beatifica y bienaventuranza eterna. Y así, quien tiene la Gracia, es elevado a orden intelectual supremo, y sobrenatural, sirviéndole la Gracia de raíz, y primer principio, al que se debe, o pertenece la bienaventuranza de la Gloria, y visión clara de Dios por toda la eternidad: de manera, que así como a la naturaleza de las aves se debe el volar, y a los ciervos la ligereza, y al hombre razonar; así se debe, o conviene a la Gracia el ver y gozar de Dios. Por esta causa pudo llamar San Pablo a la Gracia, o Caridad, peso de la Gloria, según la interpretación de San Diadoco; porque así como el peso de la piedra naturalmente pide ir a su centro, el cual le es debido; así a la Gracia es debida naturalmente la Gloria, y la pide por su naturaleza.

Este apellido y renombre de peso de Gloria, significa mucho la grandeza de la Gracia; y así aunque me divierta algo, lo declararé más. Considerando San Diadoco las palabras del apóstol *(S. Diad. Cap. 21, 2 Co. 4, 17) aquello que de presente es momentáneo, y leve de nuestra tribulación*, *obra en nosotros sobremanera, con grande exceso, un eterno peso de la Gloria.* Lo declara no del premio último de la bienaventuranza, sino de la Caridad en esta vida, a la cual acompaña la Gracia; y parece que se colige esta interpretación de las palabras antecedentes del apóstol, donde habla, no de la gloria de la otra vida, sino de la interior renovación, que se hace en esta por la Gracia, aun mientras están los hombres más humillados, y afligidos exteriormente. Y así dice (2Co. 4, 16): *Aunque este nuestro hombre exterior se corrompa*; *pero el que está en lo interior se renueva de día en día.* Pues esta renovación interior de cada día, solo es por la Gracia y Caridad, porque la de la Gloria no es capaz de aumento de día en día; y así, en confirmación de cómo se puede hacer esta renovación, añadió San Pablo la causa, diciendo: *Porque aquello que de presente es momentáneo, obra en nosotros eterno peso de gloria*: esto es, porque se aumenta la Caridad y Gracia, que es peso de gloria, al paso que se padece por Jesucristo alguna cosa, por ligera y momentánea que sea. Y todo es momentáneo, cuanto se puede padecer, respecto de la grandeza de la Gracia; la cual; verdaderamente por muchas razones, se puede llamar peso de la gloria, porque la gloria se da al peso de ella: pues tanta gloria darán a uno, cuanta Gracia tuviere; y delante de Dios no pesa, ni vale uno más, que cuanto tuviere de Gracia. Por

esto de aquel Rey Baltasar, que carecía de ella, escribió la mano del ángel (Dn. 5, 27): *Pesado te han en el peso, y fuiste hallado que tenías menos.* Además de esto, la Gracia es tal peso, que es contrapeso de cuantas maldades hubiere hecho un hombre. Cosa maravillosa es, que aunque uno tuviese cuantos pecados tendrá el Anticristo, y tuvo Mahoma: con un solo grado de Gracia que alcanzase, pesaría más ella para abrir la puerta del Cielo, que todas las maldades del mundo para cerrársela. Dios nos pesa por sus beneficios, y sin Gracia siempre nos hallará menguados por nuestros pecados, como halló al Rey Baltasar. Pero en teniendo uno Gracia, por poca que sea, ella sola contrapesa por cuantos pecados ha hecho. Fuera de esto, da la Gracia tal peso a nuestras buenas obras, por ligeras, y pequeñas que sean, que las hace que tengan tal valor, que se les deba una Gloria eterna. Gran cosa es la Gracia por sí, y gran cosa por la gloria que consigo trae. Por esto dijo San Juan: *(1Jn. 3, 1-2) Ahora somos hijos de Dios*, *y no se ha descubierto aun lo que seremos*, *porque tenemos muy entendido*, *que cuando se descubriere*, *lo hemos de ser semejantes*, *porque le veremos cómo es en sí.* Como si dijera, por la Gracia somos hijos de Dios; lo cual aunque es una dignidad incomparable, no es todo el bien que la Gracia puede causar, porque no se ha descubierto hasta ahora toda su fuerza; pero cuando se descubriere, y se le de lo que *i* ella se debe en la otra vida, entonces seremos muy semejantes a Dios, porque le veremos y gozaremos, como es en sí, que para esto nos dispone la Gracia, para ver claramente a Dios. Casi de esta manera expone San Agustín este lugar. Consideremos, pues que excelencia será esta participación de la Gracia, pues nos hace como de una sangre con Dios, y nos asienta con él a la mesa, y que comamos en un mismo plato de la bienaventuranza. Por esta honra se puede colegir cuanto es ella en sí. Cosa a que se debe la misma felicidad y bienaventuranza de Dios, ¿cómo no será una dignidad como inmensa? Porque así como entre los hombres, si algunos son admitidos a la mesa de algún Rey, no son sino los de su sangre, o que tienen la segunda dignidad después del Rey; así también tener la Gracia, por la cual es uno admitido a una misma mesa con Dios, es la mayor grandeza que hay después de ser Dios. ¡O incomparable dignidad de la Gracia, pues todo lo que no es ser Dios, es menor que ella, y ella es la segunda dignidad, después de la divina! Tan gran cosa es la Gracia, que comunicada, es la dignidad más cercana a Dios; y si no fuese comunicada, sino substancial, sería el mismo Dios, como dicen graves Teólogos: de manera que la Gracia recibida, hace un Dios participado, y Dios es Gracia substancial.

Por este derecho, que por la Gracia tiene el justo a la bienaventuranza, le llama con razón David bienaventurado, aun estando en esta vida, porque ya tiene el derecho de la bienaventuranza: lo cual es bastante para gozar desde luego del título, y nombre como se guarda en otras dignidades de la tierra. Cuan inestimable sea este título, y derecho lo declara San Ambrosio por estas palabras: *¿Qué renombre se puede dar mayor al hombre, que aquel, que aun al mismo Dios no se puede atribuir mayor*, *según el apóstol? Que le llama Bienaventurado*, *y solo Poderoso, y Rey de Reyes, y Señor de los que dominan*; *pero al fin no se sobrepuja a la potestad de la Bienaventuranza. Dio, pues, al justo comunicación de aquel apellido, que es estimado por digno de la honra divina.* El ser Rey poco es para Dios; y así, no se dice solamente Rey, sino Rey de

Reyes: ser Señor también es poco para Dios; y así, no se dice Señor solamente, sino Señor de Señores: ser Poderoso, poco es para Dios; y así, no se dice Poderoso a secas, sino añádase, todo Poderoso; pero el ser Bienaventurado, bastante es para Dios; y así se dice sin más añadidura, Bienaventurado. Con todo eso, este renombre tan admirable, y únicamente cabal a Dios, se comunica también al que tiene Gracia, como cosa muy cercana, y alegada a Dios, y ya de estado, y orden divino. Pues si es de tan gran estima este título, y derecho; ¿por qué no lo estimamos? Una ejecutoria, o escritura pública de algún gran título, o interés, ¿cómo procuran guardarla los hombres, y tenerla segura? ¿Qué pueblos no se revuelven? ¿Qué reinos no se alteran? ¿Qué sangre no se ha derramado, por conservar los hombres un título vano, *o* adquirir el derecho de un paso de tierra? ¡Y que este de la bienaventuranza no se repare en perderle, ni se cuide de asegurarle, y adquirirle de nuevo! Si por lo que pierde uno la Gracia, hubiera de perder el derecho, que tenía a un Reino, antes se cortara la mano, y se dejara matar, que tal hiciera: pues ¿por qué malbaratamos el derecho al Reino de Dios, y eterna Bienaventuranza? Antes nos hemos de dejar sacarlos ojos, *y* el corazón, que tal consintamos: pero el engaño de los hombres es, que piensan cobrarle después.

¡O necios, no hicieras esta cuenta para negocios de la tierra, y os atrevéis a hacerla para negocios del Cielo! ¿Qué hombre cuerdo hay, que sin más causa, que por un ligero gusto, quisiera perder el título de noble, y juntamente el derecho a un mayorazgo, diciendo, que podría ser le tornara después a cobrar? ¿Quién hay, que eligiera pérdida cierta, por restitución incierta? Dejar de las manos lo seguro en cosa tan importante, no fuera de hombre de juicio. ¿Pues es posible, que esta cuenta no se haría por la Gracia? Porque ¿qué cosa hay de más importancia, ni mayor, que el Reino de Dios? ¿Y que teniéndole seguro, deje un hombre perder esta seguridad? Con muy diferentes ojos miramos, y con diferentes leyes medimos las cosas, que importan mucho, y las que nada importan, o por mejor decir, las que nos darían. En las que no importan, jugamos muy a lo seguro, muy bien atado nuestro dedo, muy cautelosos, y circunspectos; mas en el negocio de la eternidad, que únicamente importa, procedemos con gran temeridad, y arrobamiento. ¿Quién advirtiendo que perdía un Reino, se arrojará en un pozo, donde era imposible que saliese; solo con esperanza, que su mayor enemigo le sacaría de allí? ¡O prodigioso desatino, arrojarse en el pozo profundo del pecado, de donde es imposible, que por ti solo salgas, y perdiendo el Reino de Dios, con esperanza, que aquel que es tu enemigo te ha de sacar de él! Verdaderamente, aunque Dios, por su infinita misericordia, lo suele hacer así, el pecar tú con esa presunción es el mayor atrevimiento y desatino del Mundo. Fuera de que, aunque Dios suele sacar al pecador del profundo de su pecado, puede no hacerlo, y con muchos no lo ha hecho. Y no es este negocio de la Gracia, y eternidad para andar en estas contingencias.

Pero demos que fuese así, que perdida la Gracia, la hayas de cobrar otra vez: ¿por qué has de padecer entre tanta semejante ignominia? Porque ¿qué juicio tuviera uno, que fuese elegido, y alzado por Rey de un gran imperio, el cual sin qué, ni para qué, renunciase por una hora solamente su Reino, y se desnudase de su vestidura Real, arrojando la corona de la cabeza, y el cetro de las manos: y en lugar de estas insignias

Reales tomase un afrentoso sambenito, y todo lo demás del cuerpo desnudo, y lleno de lodo, y suciedad, se anduviese así por las calles, donde todos le viesen? ¿Habría en tal persona migaja de seso, o vergüenza? Júzguese ahora el pecador, que se atreve a perder la Gracia, aunque fuese solo por una hora, perdiendo el derecho al Reino de los Cielos, desnudándose de su púrpura divina, y todas las insignias de hijo de Dios, y heredero de su Reino, vistiéndose del ignominioso sambenito[2] del pecado, desnudo de todo bien, lleno de toda abominación, y suciedad: y esto delante de Dios, y de todos los Ángeles, que se tapan los ojos por no ver tan abominable, y desastroso espectáculo: no es este traje, ni afrenta para un momento, ni aun para imaginarse. O locos hombres, que aun solo imaginar las pérdidas de cosas temporales, no quisieran, ni que las imaginara otro; como para las eternas se pierde todo miedo, y vergüenza? Aventurar la inestimable dignidad de la Gracia, aventurar a Dios, aventurar el Ser de Dios, digámoslo así, cosa es de cuidado, negocio para atar muy bien el dedo, y asegurarlo cuanto pudiéremos.

II.

En la perdida de la Gracia, se han de considerar dos daños incomparables, uno de presente, y otro de futuro. El presente es perder la misma Gracia, que por si es digna de inestimable estima, pues sublima a la creatura a un estado purísimo, intelectualísimo, Divino, participante dela Naturaleza del mismo Dios, con tales calidades, como las que hemos dicho; y nunca se podrán engrandecer, ni aun declarar moderadamente, en lo cual solo va a decir mucho en tenerla, o perderla por un momento, como ya hemos dicho. Lo futuro, que se pierde, es la Bienaventuranza, a la cual tiene derecho la misma Gracia; lo cual es tanto, que aunque no tuviera, otra cosa, había de hacer estremecernos, y erizársenos los cabellos, solo imaginar ser posible su perdida. La grandeza de la Bienaventuranza nos significó San Juan, cuando dijo, que entonces, esto es, cuando se posea, seremos semejantes a Dios, porque le veremos como es en sí. Esta es una gran excelencia, si bien dos cosas pueden hacer dificultad en la razón: La primera, porque dice, que en la Gloria hemos de ser semejantes a Dios, pues antes lo somos por la misma Gracia, participando la Naturaleza Divina. Lo otro, ¿qué razón, y consecuencia es, que por ver a Dios hemos de ser sus semejantes, porque no se hace el hombre semejante a lo que ve *o* considera? Pues muchos monstruos, y animales ve, y otras cosas hermosas, y no es parecido a ellas; y si se hace semejante por el entendimiento, también en esta vida lo será de ese modo, pues conoce a Dios, y por fe alcanza sus infinitas perfecciones.

Una y otra dificultad tendrá fácil salida con entender lo que es Bienaventuranza, que es una total posesión de Dios, y usufructo, digámoslo así, de todos sus Atributos Divinos, e infinitas perfecciones, por lo cual nos hacemos como el mismo Dios, haciéndonos en esto singularmente semejantes a él en cuanto gozáremos de las perfecciones, grandeza, sabiduría, bondad, justicia, caridad, y naturaleza suya incomparable, e infinita, como el mismo Dios goza de esto; porque aunque no sean nuestras perfecciones, sino propias de Dios, con todo eso, el usufructo de ellas, y su

gozo le tenemos común con Dios: lo cual es un bien, y grandeza inestimable, porque nos dan en esto ser Dioses, y así llaman los Santos, y la Escritura a los Bienaventurados, y a los que en esta vida están en Gracia, por el derecho que tienen a la Bienaventuranza. Poco importa no tengas el dominio de una gran hacienda, si tienes seguro el usufructo: más interesado, y útil es esto, que no aquel. Y así entre los derechos que tienen los hombres, más estiman el que es al usufructo perpetuo, que no al dominio solo. ¿Pues qué bien será tener la posesión de la Divinidad, y derecho a su usufructo? Porque aunque no tienen los Bienaventurados el dominio de la infinidad, e inmensidad de Dios tienen el fruto de ellas; y si pudiera ser darse a una creatura que fuese infinita, o inmensa, u otra grandeza semejante, sin que la gozase, ni con ella se santificase; no sería cosa tan apetecida, como el derecho que tienen los que están en Gracia a gozar estos Atributos Divinos, en lo cual nos da Dios cuanto nos puede dar, fuera de ser Dios. ¡O estupendo fruto de la Gracia, que es no menor, que el usufructo del mismo Dios! ¿Qué había menester más para ser estimada sobre toda estimación? Demos, que ella no fuera en sí un ser tan admirable, y excelente; solo por este derecho, y virtud, aunque fuera en si la cosa más vil del mundo, ¿qué estima merecerá, siendo ella en sí cosa tan grande, y obrando tal efecto? Una piedrecilla, que se fragua en los campos, una raíz amarga, y tosca, un gusarapillo asqueroso, y emponzoñado suele costar muchos dineros, y solo por la virtud que tienen, en provecho de los cuerpos, se estima, y admira. Pues ¿por qué de esta inmensa virtud, y derecho de la Gracia, para provecho de las almas, no se hace igual caso? No podemos andar más errados, que en esta tan injusta estimación de las cosas.

Caigamos pues en la cuenta y estimemos las cosas grandes, como hacemos las más pequeñas: estimemos a la Gracia por lo que es en sí, y por su virtud: conservémosla, asegurémosla, deseémosla. No con menor afecto debemos desear la Gracia, que la Bienaventuranza, pues es medio suyo y raíz, y derecho; porque es imposible alcance la Bienaventuranza, quien no alcanzare la Gracia. Pues así como el deseo de la Bienaventuranza es entrañable, vehemente, continuo, y necesario; así el deseo de la Gracia debe ser cordialísimo, eficacísimo, perpetuo y necesario. S. Agustín (Epist. 8) dijo del deseo de la Bienaventuranza: *El ser bienaventurado es tan grande bien*, *que esto quieren los buenos*, *y también los malos. Y no es de maravillar*, *que por ella sean buenos, los buenos, pero es de maravillar*, *que por ello sean los malos también malos*, *por ser bienaventurados.* Y un Filósofo dijo: *(Seneca ep. 44) ¿Qué es en lo que se yerra? Que como todos desean la vida bienaventurada*, *tienen en lugar suyo los medios*; *y así*, *mientras más la pretenden*, *más la huyen.* Pues como el ser Bienaventurado es cosa tan deseable de todos, debe ser igualmente deseada la Gracia, que es único medio. Y pues la vida bienaventurada, aun los mismos malos no pueden dejar de desearla, deben todos, malos, y buenos, estimar, desear, y procurar la Gracia. Porque el yerro está, según San Agustín y Seneca, en que los malos yerran el camino buscando la Bienaventuranza, no por la Gracia, y virtud, sino por los medios que no la consiguen. Pero en topando la Gracia, no pueden errar, que es su medio único, y camino seguro; y así, debe ser únicamente deseada por esta excelencia que tiene. Este sea todo nuestro deseo, este nuestro negocio, asegurar más, y más la Gracia, y confirmar, y

esforzar este derecho a la Gloria; porque así como uno, que tiene un gran Privilegio Real, o Bula Apostólica, que le da algún derecho notable, procura guardarlo con todo cuidado, y sacar nuevas informaciones de él, no perdiendo ocasión con todos los Reyes, *y* Pontífices que suceden, de esforzarle más, y si pudiese acrecentarle; así debemos hacer con la Gracia, procurando guardarla, y acrecentarla, y confirmar cada día, y hora, y todos los momentos, con buenas obras, el derecho que por ella tenemos a la Gloria; porque cada obra buena de quien está en gracia, es nueva confirmación, y acrecentamiento de este derecho a la Gloria. Y así dice Guillermo Parisiense: (*Tract. de Mentis.*) *La Gracia con las obras buenas*, *aunque no se ata, se arraiga*, *y confirma*; *y por consiguiente la Gloria.*

Añado más, que aunque el deseo de la Bienaventuranza es tan necesario, y ella por sí tan digna de ser deseada, y buscada; con todo eso, el deseo de la Gracia puede, y aún debe ser preferido, a ejemplo de los Santos; porque muchos, cuando ya perfectos, más desearon la Gracia, que la Gloria: antes por desear la Gracia, no solo en sí, sino en otros, dejaron de desear su Gloria. Así lo hicieron San Pablo, y Moisés, y otros grandes amadores de Cristo, a imitación suya. Pues si aún la Gracia ajena fue a San Pablo más estimable, que la Bienaventuranza propia, ¿cómo debe estimarse la Gracia propia? ¿Qué más se puede decir de esto, que la gracia se ha de desear más, que lo que hay más que desear? Ninguna cosa se desea más, que la vida bienaventurada, ningún deseo más general, más eficaz, más necesario; pero con todo eso, la Gracia se debe desear más que aquello mismo, que no hay más que desear. Meta, pues, cada uno la mano en su pecho, y examine con qué ansias desea cosa tan deseable, y estima cosa tan inestimable. ¿Es posible, que se desprecie tan vilmente cosa, que se debe desear más que la Gloria? No sé qué encanto es este del corazón humano. Aun en cosas del Mundo más se suele estimar el derecho de una cosa, que la posesión de ella; y más merecer la honra, y premio, que recibirle. ¿Qué mucho que la Gracia no deba ser menos deseada que la misma Gloria, pues es el derecho para ella, y da merecimientos dignos de ella? Qué dignidad, y excelencia sea esta en la Gracia, considérelo cada uno, que yo no acierto a decirlo, ni habrá pluma que acierte a escribirlo.

Para que nos corramos de lo poco que estimamos cosas tan grandes, como son la Gracia, y la Bienaventuranza de la Gloria eterna a que nos da derecho la misma Gracia, para que las deseemos mucho, y para que las procuremos a costa de nuestra sangre, y vida, sin perdonar trabajo, ni tormento: contaré aquí dos historias, que refieren autores graves, en las cuales, aun por boca del mismo demonio, veremos cómo se deben apetecer, y procurar bienes tan incomparables. Escribe Tomás de Cantimprato, (*Lib.* 2. *c. 57. num. 67*) que habiendo preguntado al demonio, ¿qué quisiera padecer porque pudiera ver a Dios? El respondió, que padecería por ello cuantos tormentos del infierno padecen todos los condenados, así hombres, como demonios, hasta el día del juicio; y que él solo padeciera por tan largo tiempo lo que tan innumerables creaturas padecen, con solo que pudiera ver a Dios por muy brevísimo tiempo. ¡O intolerable desvergüenza, y horrendo atrevimiento de aquel, que por el gusto de un momento, o por no tener paciencia un instante, pierde aquel bien eternamente, que por gozarle un instante,

padeciera el demonio por tantos siglos tormentos tan inmensos! De esta manera se debe desear la Gloria, y se puede echar de ver, cuan gran cosa es la Gracia, pues da derecho para lo que se había de pretender con tantos dolores y penas.

Veamos ahora como a la misma Gracia hemos de desear. Escribe Cesáreo, que preguntando a otro demonio, qué haría para tornar al estado de donde cayó, dijo estas palabras: Si hubiera una columna de hierro encendido, y hecho ascua, que llegara desde la tierra al Cielo, y toda ella estuviese rodeada de navajas afiladas, y puntas penetrantes, y agudísimas, y yo tuviera cuerpo humano, no dudara de saltar a aquella columna, y subir por ella, revolviéndome, y trepando por aquellas navajas tajantes, y fuego abrasador; y aunque me hiciera pedazos, y cayera de allí muchas veces, siempre estuviera forcejeando por subir, perseverando en este conato hasta el fin del mundo, con solo que hubiera alguna esperanza de poder tornar al estado de donde caí. Este estado de donde cayó el demonio, no fue la Gloria, sino la Gracia solamente. Pues si solo por alguna esperanza de tener la Gracia, sin tener certidumbre de ello, hiciera el demonio tanto; peor será que el mismo demonio, quien por conservar la Gracia, que recibe de los Sacramentos con mayor certidumbre, no quiere padecer alguna cosa, ni vencerse un poco. Cortadas se ha de dejar hacer uno, antes que perder un punto de la Gracia Divina.

CAPÍTULO XI. Como debe ser estimada la Gracia por ser participación de la infinita santidad y bondad de Dios.

I.

Otros Doctores Escolásticos (Joan. Martinez Ripait. *tract. de Gratia. disp.* 2) declaran esta excelencia de la Gracia, en practicar la naturaleza divina, por cuanto participa la santidad, y bondad de Dios, cuya naturaleza es tan substancial, y esencialmente santa, y buena, que la repugna todo pecado, y acción mala; antes le es debida, y necesaria la virtud, y hacer todas las obras bien y buenas; y así la Gracia, por ser participación de esta Divina santidad, y santa impecabilidad, y sacrosanta bondad de Dios, hace también al hombre que la tiene santo y bueno, y es raíz de obras santas y buenas, y de ninguna mala. Esta declaración parece también del Angélico Doctor, cuando en la tercera parte dijo que la participación de la naturaleza Divina, era por la semejanza a la bondad de Dios. Y en otra parte enseña que la Gracia excede a las demás naturalezas porque es *participación de la bondad Divina.* Al mismo propósito declara Rodulfo Flaviaceuse aquel lugar del Levítico, en que dice Dios del Sacerdote (Lv. 20, 7): *Sea santo como Yo soy Santo.* Porque aquí, dice, nos convida Dios a su Divina semejanza, participando conforme al testimonio de San Pedro de su Naturaleza Divina. Esta excelencia de la Gracia, por ventura es la mayor, que hasta ahora hemos dicho: mucho es ser sobre toda naturaleza: mucho es ser el mayor de los milagros: mucho es participar el Ser Divino, y ser todo ser, y toda plenitud: mucho es comunicar en supremo grado un ser purísimo, e intelectualísimo: mucho es ser raíz, causa, y derecho de la Bienaventuranza; pero mucho más que todo se dice, en ser santidad; por participar la santidad, y bondad infinita de Dios: porque tampoco en Dios hay cosa mayor, que su santidad. Hay en Dios sabiduría infinita, hay Omnipotencia, hay Inmensidad, hay Inmutabilidad, hay suma Simplicidad, hay Independencia de toda causa, hay ser causa de causas, y otros atributos infinitos. Todas estas son unas perfecciones admirables, e infinitas; pero todas, sin la santidad (si se pudiera apartar de ellas) no fueran de tanta estima: y todas ellas, aunque tantas y tan grandes, se podrían trocar por sola su santidad. Pero porque en Dios no hay cosa, que no sea todo lo que se puede imaginar de perfección, la santidad santifica, y está en todos los Atributos Divinos y trasciende todas sus infinitas perfecciones. La misma Naturaleza de Dios es santidad: la Omnipotencia es Santidad: la Sabiduría es Santidad; y todo lo que hay en Dios es santidad. Todo consagra la santidad, porque todo cuanto hay en Dios, debe ser inestimable, e incomparable; y si le faltara la santidad, faltara una incomparable excelencia: porque así como entre los dones de Dios participados, el mayor es el de la santidad; por lo cual, ni la sabiduría, ni el poderío, ni la grandeza humana, se deben estimar, respecto de la santidad, y virtud, porque ella sola vale por todos los demás dotes naturales: así entre las Grandezas, y atributos de Dios, que se pueden participar, el mayor es (si hay mayor entre infinitos) el de la santidad; por la cual está Dios muy especialmente sobre toda naturaleza.

Todo esto nos significa la Sagrada Escritura con dos notables visiones: una del Profeta Isaías, otra del Evangelista San Juan. Dice el Profeta Isaías, que vio al Señor, que estaba sentado sobre un Trono de inmensa Majestad, excelso, y encumbrado, y que lo que estaba debajo de Dios llenaba todo el Templo; esto es, el Cielo. Juntamente vio unos Serafines, cada uno con seis alas, que con las dos cubrían la cara de Dios, y con otras dos sus pies; mas con las dos que restaban, volaban, y uno al otro se daban voces, diciendo a gritos, y con gran admiración, *Santo. Santo. Santo.* No sabían salir de aquí estos sublimes Serafines: porque de lo que más se maravillaban en Dios, era su santidad; y por esto repetían, *Santo. Santo. Santo.* El Evangelista San Juan especifica más la Majestad, con que Dios se apareció (Ap. 4, 2-8). Dice que el Señor, que estaba asentado en el Trono, era semejante a la piedra del Jaspe, y Sardo; y que el arco iris rodeaba todo el Trono, el cual era semejante a la vista de una Esmeralda. Estaban, además de esto, alrededor del Solio Divino veinticuatro sillas, en las cuales estaban otros tantos ancianos coronados, como Reyes, y vestidos de purpuras blancas. Salían además de esto del Trono de Dios, relámpagos y truenos, entre los cuales se envolvían grandes voces. Había delante del Trono Divino ardiendo siete hermosas antorchas, que eran los siete espíritus de Dios. A vista del Trono estaba un mar de vidrio, clarísimo como cristal. Dentro del Solio Divino, y alrededor de él estaban cuatro Espíritus de los más sublimes, en formas de animales, todos llenos los ojos por pecho, y espaldas, y por todo el cuerpo. Uno tenía la divisa, y forma de León, otro de Becerro, otro de Hombre, otro de Águila. Cada uno tenía seis alas, y estaban rodeados de ojos, así por afuera como por dentro, los cuales no descansaban de día ni de noche de decir a voces: *Santo, Santo*, *Santo,* ¿A qué va a parar esta descripción tan por menudo, del Trono de Dios, y de estos Espíritus Celestiales, con tan admirables circunstancias, sino a darnos a entender cuan admirable sea en Dios su santidad, que dejándose otras grandes perfecciones de Dios, e infinitos atributos, de sola la santidad es celebrado, cuando más manifiesta su gloria, y perfección? Porque no son otra cosa todas las señales referidas del Trono Divino, sino unas cifras de las Divinas perfecciones, y Atributos. Por la Silla de Dios tan entronizada, y alta se significa el sumo Imperio, y Majestad, que sobre todas las cosas tiene. Por la piedra, a la cual se parecía el que estaba asentado, su inmutabilidad: por el círculo del Arco Iris, su eternidad: por las veinticuatro Sillas de los Ancianos, su Sabiduría: por las siete antorchas, su Providencia: por los truenos, y relámpagos, su Omnipotencia: por el mar de vidrio, su Inmensidad, con que está presente a todo: por el cubrir los Serafines los pies, *y* cabeza de Dios, la Infinidad, como nota San Cirilo, porque no tiene principio, ni fin. Pues a vista de tantas perfecciones, e infinitas todas, las cuales miraban aquellos Santos Serafines con tanta multitud de ojos, de que estaban llenos: lo que más se los arrebató todos, fue la Santidad, y callando las otras, ésta celebraban por todas, esta admiraban, esta entonaban, y aclamaban sin cesar, de día ni de noche, repitiendo, *Santo, Santo, Santo:* como lo que había más que alabar en la Naturaleza Divina, callando los demás renombres, y atributos, como no necesarios, donde se celebraba la santidad, con aquel Divinísimo Himno, y repetición del renombre de Santo. Esto mismo se significa en el salmo setenta y cuatro, donde leen los Setenta (92, 1 (91)): *A ti*, *Dios*, *te es decente himno*, *y*

alabanza en Sion. Mas San Gerónimo lee: *A ti calla la alabanza Dios en Sion.* Las cuales lecturas tan diferentes, se concuerdan con lo que hemos dicho; porque de lo que es más decente se alabe Dios, es de su Santidad, y con esta alabanza pueden callar las demás. También en el salmo noventa y dos, donde consideró David la Majestad de Dios con tantos Divinos Atributos que la hermosean, el de su Hermosura, Omnipotencia, Imperio, Inmutabilidad, Eternidad, Infinidad; Fidelidad: después de haber contemplado todos, concluye con que la Santidad es la que es decente en la casa de Dios, que es Sion, sin más mención de otras Divinas perfecciones. Por la misma causa el mismo Dios se gloría tantas veces de este nombre del Santo de Israel, porque es la mayor alabanza suya; y tal, que encierra las demás. David habiendo de engrandecer la generación eterna, en que el Padre comunicó al Hijo toda su sustancia con todas sus perfecciones, y atributos, no hace más mención, quede la Santidad, introduciendo al Padre Eterno, que dice a su Hijo: *Con resplandores de Santos te engendré de mis entrañas antes del lucero.* Otra letra según el Hebreo, dice: *En resplandores de Santidades;* porque este es el más glorioso renombre de los Divinos; y que trasciende todos los Atributos de Dios. Y así dice, no solo *Santidad* sino *Santidades*; porque Santidad es la Naturaleza Divina, Santidad su Omnipotencia, Santidad su Sabiduría, y todo lo que hay en Dios es Santidad; y Santidad es lo que más hay en Dios.

II.

Considera, pues, cuánta sea la grandeza de la Gracia, pues es participación de la mayor grandeza de Dios, que es su Santidad, la cual es la corona de su cabeza, y la gloria, que no ha dado *a* naturaleza alguna, que la participe, quedándose en su estado. Porque esto echase más de ver, en que de otras perfecciones, y atributos Divinos participan las naturalezas en sus mismas esencias. Porque el ser, participan los cielos, y elementos: el vivir, las plantas: el conocer, los animales; el entender, los hombres y ángeles; el poder los fuertes: la sabiduría los doctos; la eternidad lo consistente; la infinidad lo grande; la simplicidad, lo puro. Todos estos atributos divinos se hallan participados de las cosas naturales, quedándose naturales, y por razón de su esencia: solo la Santidad, no hay cosa natural, ni la puede haber, que, según su naturaleza, quedándose en la esfera natural la participe. La Gracia solamente tiene este privilegio, que transcendiendo todo ser, y perfección natural, participa de Dios esta tan grande, y tan propia, tan única excelencia suya. Esto mismo parece quiso dar a entender el Hijo de Dios, cuando dijo, que ninguno era bueno, sino solo Dios; porque tener la bondad, y santidad por su misma naturaleza, a solo Dios compete. Las demás creaturas, aunque entren los más altos Serafines, no son Santos por su naturaleza, son vivientes, son intelectuales, son invisibles, son espirituales por su naturaleza; los demás por Gracia. Y así, no sin razón se dice, que eran los Serafines los que estaban admirando la Santidad Divina, clamando tres veces Santo, como cosa que excedía su capacidad: porque los Serafines son las más altas, y perfectas naturalezas del mundo; pues con ser así, que

estos Serafines eran las primeras, y más sublimes esencias de todas las creadas, se encogían, y se estremecían (como dice San Basilio) de tomar el nombre de Santo en la boca, y de considerar que Dios únicamente lo es por su naturaleza, la cual gloria ellos no sabían comprender; pero querían estimar con debido amor: lo cual significa el taparse con las dos alas el rostro, y con las dos del pecho, y corazón volar.

Gran cosa es la Santidad Divina, y por su grandeza se ha de estimar, sobre otras grandezas, la Gracia, pues es su participación. En la misma visión de Isaías se nos declara esto: porque después de haber dicho, como el Señor de la Majestad, a quien aclamaban Santo, estaba asentado en su Trono, añade: *Y lo que estaba debajo de él, llenaba el Templo.* Y según el Hebreo: *Y las orlas*, *o falda*, *que pendía de él, llenaban el Templo.* Lo que está debajo de Dios solamente es la Gracia; la cual es cosa tan grande, y alta, que no hay otra cosa mayor que ella, sino el mismo Dios. Ella está solamente debajo de Dios, y debajo de ella están las demás cosas: ella está solo debajo de la naturaleza increada, y está sobre toda la naturaleza creada. Dícese también ser, como orla, o falda del vestido de Dios, por pertenecer a un mismo orden Divino, y ser participación de la Santidad de Dios. Ella, pues es lo que llena el Templo Celestial de Dios, porque nadie entra allá, sino es con Gracia. Por lo cual cantó también David (Sal. 94 (93), 5): *A tu casa*, *Señor*, *le es decente la Santidad.* No otra cosa habita en la casa de Dios, y Templo de la Celestial Jerusalén, sino Gracia, y Santidad. Es, pues, la Gracia lo más que hay que estimar debajo de Dios, porque es participación de su Santidad esencial, que es lo más que hay que estimar en Dios. Miren ahora, qué concepto hacen de la Santidad, y de la Gracia los pecadores; pues los entendimientos de los ángeles, ilustrados con luz sobrenatural, no hallaron aun en el mismo Dios cosa de más estima, que la Santidad. ¿Y que haya hombres, que aun en la tierra estimen más otras cosas, que el ser Santos? ¡O ciegos, y dementes hijos de Adán, que os atrevéis a hacer juicio tan contrario a la verdad, y a vuestro provecho! A la Gracia sola, a la Santidad sola, debéis estimar sobre todo lo estimable. La Gracia es preciosa sobre todo lo precioso, y provechosa sobre todo provecho. ¿Qué injuria es esta, que os hacéis a vosotros y al mismo Dios, en no estimar la participación de lo que es en él más estimable? Aquellos Serafines tres veces decían Santo y una sola vez dijeron Señor, para dar a entender, que tres veces más estimaba Dios ser Santo, que ser Señor. Córranse los Señores de la tierra, que estiman más su señorío, que la virtud, con ser tan limitado, y estrecho. Y Dios, con ser Omnipotente Señor, con extenderse su Imperio sobre Cielo y tierra, no estima tanto ser Señor de todo, como ser Santo. Y esto estima mucho más, para que conozca el hombre, que no hay que estimar sobre la Santidad, y Gracia, y que esta se ha de estimar sobre todo. Si un Rey diera, para enriquecer, y ennoblecer a uno, el más precioso joyel de sus tesoros, encargándole lo guardase, y se adornase con él: ¿qué cuidado, y agradecimiento pedía este favor? Y si el que le recibió diese tan mala cuenta de aquella joya, que en breve la perdiese, o por desprecio la arrojase en el mar, donde más no apareciese, ni fuese posible recobrarla: ¿qué mayor injuria se podía hacer a sí y a aquel Rey? Este suceso, que entre los hombres fuera tan raro, pasa en lo espiritual cada día. Aquel que es Rey de Reyes, y Señor de lo criado, da la mejor joya de sus tesoros, y la

más preciosa piedra de su corona a los hombres, que es la Gracia, y Santidad para que se ilustren, y autoricen con ella: mas ellos en un momento la pierden; y esto, con tan poca vergüenza, que no derraman una lágrima, ni se entristecen de tan inmensa pérdida. La pena que estos tales merecen, no se puede decir, aunque Cristo nuestro Redentor en la parábola de los talentos (Mt. 25, 14-30), que significan las Gracias, que Dios reparte a los hombres, nos declaró algo. Porque si aquel que no perdió el talento, sino que le guardó muy guardado, solo por no aprovecharle, mereció se le quitasen, y ser rigurosamente castigado, afrentándole con palabras injuriosas delante de todos, y después preso, y encadenado, y echado en los abismos, adonde hay perpetuo llanto, eternas tinieblas, y sempiterno crujir de dientes: si le perdiera, ¿qué pena le dieran? No hay tormentos bastantes para uno, que se atreve a perder la Gracia: y por eso no se propone en la parábola, quien perdió el talento, sino quién no le aprovechó. Mire, pues, quien recibe esta joya, y riquísimo talento, cómo usa de él, no sea perdiéndole. Cosa tan preciosa, quiere, quien la da, que la apreciemos mucho: cosa tan provechosa, quiere que nos aprovechemos de ella. No basta, no perder la Gracia: no basta solo guardarla, sino lograrla, y adelantarla mucho. El que es Santo (dice el Señor) aún se santifique más. Y los talentos más, y más quería, quien los repartió, que se aumentasen. Tales ansias hemos de tener de Gracia, como nos representaron el Profeta Isaías, y San Juan en los Serafines, que aclamaban la Santidad de Dios: (Is. 6) el corazón se les iba tras ella, ardiendo en fervorosos deseos. Por eso volaban con las alas del corazón, y le refrigeraban de su encendido afecto. No ha de haber desmayo, ni flojedad en estimar, defender, y procurar cosa tan preciosa. El alma se nos ha de ir tras la Santidad, y los ojos, y todos nuestros miembros la han de desear. Los quicios del Templo se conmovieron a las aclamaciones de la Santidad, de Dios, y voces de los Serafines. Hagan también impresión en nosotros, y movámonos a su imitación, para que inflamados con una caridad, y fervor de Serafines, nos acerquemos más, y más a Dios, y perfeccionemos nuestro espíritu: *En aquellas sublimes potestades* (dice San Cirilo) *no huy frialdad alguna, como estén muy cerca de Dios: nosotros*, *de la misma manera*, *por la fe*, *y buena vida*, *conforme a la Ley de Dios unidos a él, nos perfeccionamos ardiendo con fervor de espíritu y abrasados de caridad.*

CAPÍTULO XII. Como la gracia sirve a los que la tienen de naturaleza, y cuanto debe ser estimada por esto.

I.

Todas estas declaraciones de los Doctores, que hasta aquí hemos juntado, con que procuran explicar, qué cosa sea en la Gracia el participar la Naturaleza Divina, se pueden conformar entre sí sin mucha dificultad. Porque por ser la Gracia participación del ser increado de Dios, que no participa de algún superior ser, es ella un ser eminentísimo sobre todo ser natural: no porque la Gracia tenga en sí algún ser independiente, y que no sea participado; sino porque ella participa a tal ser, el cual es en sí la plenitud, y perfección de todo ser; y así la Gracia, por participarle, viene a tener eminencia, y plenitud sobre todo ser natural, en cuanto vale más que toda la naturaleza junta. Por esta causa, porque el ser de Dios, como más excelente de todos, ha de ser de una naturaleza excelentísima, espiritualísima, intelectual en perfectísimo y supremo grado, y juntamente bienaventurada: por eso la Gracia, que le participa tan excelentemente, es, y ha de dar un ser semejante, espiritualísimo, e intelectualísimo, al cual se deba la bienaventuranza. Y porque el ser Divino, excelentísimo, perfectísimo, espiritualísimo, intelectualísimo, y por su misma esencia bienaventurado, debe ser y es sumamente Santo, infinitamente bueno; por eso la Gracia, que le participa, es Santidad verdadera. Añado ahora otra cosa, en que todos los Teólogos concuerdan, que este ser de la Gracia, tan admirable, perfecto, lleno, eminentísimo, intelectualísimo, raíz de la bienaventuranza Santo y Divino, no solo es participación de la Divina Naturaleza, sino que sirve al justo, que le tiene de naturaleza y según algunos hablan, es la primera y radical forma, que da al hombre ser sobrenatural, como substancialmente. Esto es, que así como el alma es la primera, y radical forma, que da al hombre ser natural, y es la forma substancial, a que siguen las propiedades, y accidentes de hombre: así a la Gracia, como a primera forma sobrenatural, a manera de sustancia, la siguen muchas propiedades, y accidentes sobrenaturales, que perfeccionan el ser sobrenatural, que por la Gracia recibimos. De manera, que la Gracia es como una celestial, y divina naturaleza, que se comunica al hombre, para obrar divinamente; porque así como la naturaleza da ser a las cosas, y las construye en algún grado, y es raíz, y principio de las pasiones, propiedades, y acciones; así la Gracia da al que la tiene un ser Divino, y le constituye en grado Divino, y es principio, y raíz de propiedades, y virtudes Divinas, obras sobrenaturales, y meritorias de la vida eterna, que sin la Gracia no las pudiéramos obrar tales. Y así dijo San Macario: *(Hom. 32) La naturaleza humana*, *si quedare en sí desnuda*, *y no recibiere mezcla*, *y comunicación de una naturaleza celestial*, *no hace cosa digna de alabanza*, *sino quedase en sí desnuda*, *y culpada en su naturaleza*, *y muchas vilezas y cieno.* Esto declara el mismo Santo, llamando a la Naturaleza Divina sal y levadura, que mezclada con la carne, y masa del hombre, le comunica su naturaleza, y propiedades, como la sal, y levadura comunican las suyas, y dan sazón con lo que se mezclan y guardan no se corrompa, y desabra. Y

así concluye; *Sino es que la sal de la Divinidad santa, y buena, y la levadura Celestial del Espíritu Santo se mezclare y fuere infundida en la naturaleza de los hombres humillados, no dejará el alma la antigua hediondez de la malicia.* San Basilio (De Spiritu Sancto) usa del ejemplo del Arte, llamando así a la Gracia; porque de la manera que el Arte, en quien le sabe, hace obras a que no alcanza la naturaleza, y que a otro que no la tiene son imposibles: así la Gracia habilita para obras de vida eterna, imposibles a quien no la tiene. Y como el Arte ha elevado a los cuerpos inánimes a hacer obras de los animados, como las avecillas de metal, que el Santo Filosofo, y sublime teólogo Severino Boesio hizo artificiosamente, que siendo de metal cantaban, y volaban como las vivas: así también por la Gracia, los hombres muertos por Adán, son elevados a vida divina.

Pero todos estos ejemplos no lo declaran tan propiamente como el que usa el apóstol con la semejanza de un injerto. Porque un árbol, que no lleva fruta sazonada, como el acebuche, si le ingieren en una oliva, deja de obrar, según su naturaleza imperfecta, y obra según la de la oliva, que es más noble y perfecta, llevando tan buenos y sazonados frutos como la oliva; no por virtud propia, sino de la oliva, cuya naturaleza se lo comunica: así también por la Gracia nos ingerimos en Dios; y los que no podíamos llevar obras de vida eterna por nuestra naturaleza, ya las llevamos, no por virtud nuestra, sino de Dios, cuya naturaleza hemos participado, mucho más noblemente, que el acebuche injerto participa la naturaleza de la oliva. Esto está significado en las ruedas del carro de la Gloria de Dios, que vio el Profeta Ezequiel, el cual dice, que en medio de cada rueda estaba otra. Con esto añade, que estaba en las ruedas espíritu de vida; porque nadie las tiraba, y ellas rodaban por sí. Por la rueda, que está pronta al movimiento, se significa la naturaleza, que se define ser principio de movimiento. Pues el estar una rueda dentro de otra, es significar, que a la naturaleza humana se le infunde otra como naturaleza, que es la Gracia, con la cual tiene espíritu de vida Divina; y con él anda a un paso con los ángeles santos, y hace lo que sin la Gracia fuera imposible. En los santos animales del mismo Profeta se figura lo mismo, con la mezcla que tenían de dos naturalezas, de animales, y aves; porque con ser animales tan pesados como el buey, y el león: por la participación de la naturaleza de ave, que les daba por ello virtud, estaban suspensos en el aire, y volaban, para significarnos como levanta la Gracia sobre el Cielo, a los que por sí no se alzarían del suelo.

¿Qué bien mayor que este, que a un hombre de una naturaleza flaca, terrestre, inclinada al mal, corrompida en todos sus afectos, y muerta, por haber nacido en pecado, sin virtud para hacer obra buena, se le conceda fortaleza, preservación, vida, y virtud para obras buenas, y Divinas, soldándose las quiebras de la naturaleza humana, con la participación de la Naturaleza Divina, la cual alienta, vivifica y mueve a operaciones Divinas, haciendo al hombre de terrestre celestial? Por lo cual llamó San Macario a la Gracia naturaleza Celeste: porque hace en el hombre de tierra, lo que hiciera si fuera superior al Cielo. Por lo mismo también llamó el apóstol al que estaba en Gracia, nueva creatura, por él ser nuevo y nueva naturaleza, que con la Gracia recibe. Y en otra parte le llama hombre celestial, a diferencia de lo que somos por nuestra naturaleza, de tierra, y lodo. Es tan grande este bien, y honra, y ser que con esta nueva naturaleza por la

Gracia se recite, que con todos los ejemplos de cosas materiales no se podrá explicar. Porque aunque el acebuche injerto suba a tener la naturaleza de la oliva, toda esta mudanza es muy pequeña, y se queda muy atrás; porque la naturaleza mejor que se recibe, no transfiere a la menor a grado más alto del de planta, en que ambas están. Pero por la Gracia se transfiere, quien la recibe, a un orden Celestial y Divino. A quien no admirara, si sucediera ahora aquel grande prodigio, que por grande se cuenta en el Apocalipsis: (Apocalipsis) si fuese de la tierra levantada una persona hasta el Cielo, donde está el Sol, y allí, sobre el ser humano, le comunicasen la naturaleza del mismo Sol, y desde la tierra se viese sublimado en esos Cielos, vestida del Sol, echando por todos lados rayos de resplandor; y con el movimiento del Sol, ilustrando todas las partes del Mundo? ¿qué novedad causara este espectáculo, de ver una naturaleza humana con la naturaleza de luz, suspensa en alto, y con las virtudes, y operaciones de sol? Pero lo que pasa invisiblemente cuando se recibe la Gracia, es tanto mayor maravilla, cuanto va del sol a la Gracia, y de la muerte a la vida; pues no es mudanza de una naturaleza en otra casi igual, sino del ser natural al sobrenatural, porque sube el hombre a ser Divino, a un estado, propiedades, y obras Divinas.

II.

Aunque quedan todos estos ejemplos inferiores, no deja de declararnos algo del bien, que alcanza un alma con la naturaleza celestial, que por la Gracia participa, esta representación, que de ella nos propuso el Evangelista San Juan *(Ap. 12)* en la mujer, que estaba en el Cielo toda vestida de sol, y embebida de su claridad, coronada de hermosísimas Estrellas, pisando la Luna con sus plantas, la cual parió tal Hijo, que fue llevado luego al Trono Divino. Esta es una figura de lo que pasa espiritualmente en el alma con la nueva creatura, *o* naturaleza de la Gracia: que la que era terrestre, que no se levantaba del suelo, se sublima al Cielo: la que estaba en tinieblas, y en la sombra de la muerte, está penetrada de luz, y claridad toda rodeada de Dios; la que no estimaba, ni pensaba en otras cosas, sino de la tierra, ya no tiene por corona sino es las cosas del Cielo, ni piensa en otras cosas, ni las estima: la que antes andaba arrastrada, ya está puesta de pies sobre la luna, menospreciando todo lo temporal, que con el tiempo perece: la que antes era estéril para la vida eterna, ya produce frutos, y obras de bienaventuranza. Mire en este espejo el siervo de Dios, o el pecador, que va *a* confesarse, el estado que por la Gracia recibe. No se ha de considerar, quien la tiene, ya como hombre de la tierra, sino como ángel del Cielo. Muy en alto está, porque si bien no se inmuta, ni se levanta en el cuerpo de entre los demás hombres; inmutase su espíritu, y se levanta en el alma, mas que si a su cuerpo pusieran entre las estrellas del firmamento; y así muy lejos se ha de mirar de la tierra, y de inclinaciones de tierra, y pasiones del hombre. Gustos comunes con las bestias, ya no han de hablar con quien tiene tan estrecha participación de Dios. De leyes del mundo se ha de desobligar, a quien las del Cielo obligan. Toda gloria humana ha de desvanecerse, en quien tiene más majestad en

el alma, que si su cuerpo fuera más claro, que el Sol. Grandezas de la tierra, muy pequeñas, y despreciables son, para quien pisa la luna. Este es el misterio del alma, que está en Gracia, que ha de despreciar todo lo mudable y transitorio; esto es, cuanto se estima, y hay debajo de la luna: de pasiones de hombre se ha de avergonzar, quien recibe condiciones de Dios. Mire, pues quien va a confesarse, si va con ánimo de cambiar naturaleza, recibiendo por la humana otra divina, por la terrestre otra celestial. Verdaderamente es para llorar, el poco caso que se hace de esta mejoría de estado, que por la Gracia se recibe, quedándose uno con las mismas pasiones, con iguales gustos, y con otras tantas ocasiones, impidiendo la operación, e influjo de la Gracia debe hacer violencia a la naturaleza humana, el que se debe mover por la Divina. Vergüenza es, o por mejor decir, desvergüenza, con cuan poca mortificación y oración queda uno después de confesado, conservando las mismas inclinaciones. Había de correrse aun de su naturaleza y tiene cara para sufrir sus vicios: finge lo que es imposible, que un gusano de la tierra fuese levantado a la naturaleza de un Serafín: por ventura en tan alto estado no se corriera de andar arrastrado, y alimentándose de podredumbre como otros gusanos. Mas va de la naturaleza a la Gracia, que de la más baja naturaleza a la más alta; y más se debe correr quien está en Gracia de las obras desordenadas de la naturaleza humana, que la naturaleza de un Serafín de las inclinaciones de una vil sabandija.

Córrase, pues, quien recibe la Gracia, si no de la naturaleza del hombre, por lo menos de sus vicios, torcidas inclinaciones, y malos hábitos, que impiden el influjo de la misma Gracia, lo cual se debe considerar mucho; porque la causa por que uno, que está en Gracia, volviéndose nueva creatura, como habla San Pablo, y recibiendo otra como naturaleza celestial, no experimenta lo que podía; no es la naturaleza humana considerada en sí misma, que con ella bien se componen todas las obras de la Gracia, y es capaz de ella; sino solo que nuestros pecados han sobrepuesto, y añadido sobre nuestra naturaleza, que es unos malditos, y pertinaces hábitos, y vicios de malas inclinaciones. Estos impiden la virtud, y al movimiento de la Gracia; y así se deben arrancar, y curar tan corrompidas llagas, para que no impidan el influjo Divino, que por la Gracia nos viene; porque así como en una rama de acebuche, injerta en la oliva, no impide la naturaleza del acebuche, que se le comunique el influjo de la oliva, y la participación de su naturaleza más noble; y si no llevara fruto, fuera no por la naturaleza del acebuche, la cual es capaz de la virtud de la oliva, sino por algún vicio suyo, porque estuviese quebrada la rama, o seca, *o* con otro accidente semejante: así también el no sentir, quien está en Gracia, el provecho que debía, y el influjo de la misma Gracia, no es por la naturaleza humana, sino por sus vicios, y los malos hábitos adquiridos, que no se acaban de dejar; y así importa juntamente trabajar en esto, porque no se impida tan incomparable bien. ¡O si conociera uno, qué Divinos efectos de la Gracia estorba, por una sola pasión desordenada, que tenga su corazón! Creo, que si pudiera despedazara su voluntad antes que consintiera tal desorden, y tan dañoso para sí; porque si bien las pasiones desordenadas son en todo tiempo de notable daño y perjuicio, con todo eso en los que están en Gracia tienen esta particular circunstancia para ser aborrecidas, porque impiden mayores efectos, y los Celestiales influyes de la misma Gracia.

El bien particular que hay, en que la Gracia sea en los Justos como nueva naturaleza, no es uno, sino muchos; porque fuera de darles ser, y estado Divino, lo cual significa aquella mujer del Apocalipsis, (Ap. 12) levantada al Cielo, y vestida del Sol, vienen con la Gracia todas las demás virtudes infusas y sobrenaturales, que no estaban en el alma, las cuales son significadas en las doce estrellas, que la servían de corona: porque así como la naturaleza de cada cosa trae consigo sus propiedades y pasiones; así la Gracia trae consigo las virtudes sobrenaturales, como propiedades suyas. Además de esto, hace fecunda al alma de buenas obras, agradables a Dios, y merecedoras de vida eterna; cuya figura es el parto de aquella mujer, el cual en naciendo, fue llevado al Trono de Dios, como cosa que le era agradable, y gustosa: fuera de esto hace la Gracia, que le sean proporcionados los auxilios Divinos con que se conserva, y aumenta: lo cual significan los ángeles, que pelearon por aquella mujer, y el sustento, y pasto que recibió en la soledad. Esto es cosa muy considerable, porque antes de la Gracia, considerada solamente la naturaleza humana, no son debidos, ni proporcionados al hombre según aquel estado, los auxilios Divinos sobrenaturales: y si se considera con el pecado, es indigno de todo auxilio y ayuda de Dios. El bien de la Gracia, por ser como una segunda naturaleza, es hacer proporcionados a su estado todos los auxilios, por más sobrenaturales y Divinos que sean; y si uno no lo estorba con pecados, previene Dios al alma con ellos largamente y es cosa muy de estimar.

CAPÍTULO XIII. En qué modo es la Gracia infinita, por ser participación de la naturaleza Divina.

I.

Es también muy digna de considerar otra gran excelencia, y particularidad que tiene la Gracia, por ser participación de la Naturaleza Divina, que es carecer de término, y fin, porque así como la Naturaleza Divina es infinita; así ella, por ser tan notable participación de cosa infinita, no tiene fin, ni medida limitada de su aumento; por lo cual dijo San Juan Crisóstomo: *(Hom. 9 ad Rom.) La Gracia de Dios no tiene fin, siempre pasa a más.* Es esto un singular privilegio de esta nobilísima calidad, porque todas las naturalezas de cosas creadas, fuera de Dios, tienen limitado término, del cual no pueden subir. El fuego tiene determinados grados de calor, y la nieve limitada frialdad, de la cual no puede, según su naturaleza pasar. El hombre tiene determinado punto de su grandeza, de la cual no puede exceder. El ángel tiene también señalado límite de su esfera, del cual no puede extenderse; pero la Gracia no tiene estas estrechuras, no tiene de suyo término, no conoce lindes: porque como es, con modo altísimo, participación de lo infinito, no tiene término finito: más, y más puede crecer, y aumentarse, sin exceder lo que a su naturaleza conviene, como lo prueba Santo Tomás, (2. 2 q. 24, art. 7) hablando de la Caridad, de la cual, y de la Gracia es la misma razón, y aun mayor de la Gracia, si realmente son diversos los dos hábitos de Gracia y Caridad. La razón que trae el Santo es, porque no hay cosa por donde se pueda limitar, y estrechar la Caridad y Gracia, señalando algún grado fijo, de donde no puedan pasar, como se hace en otras naturalezas: porque esta limitación había de venir, o por falta de virtud en la causa eficiente, que produce la Gracia, o por la limitación de la misma forma, o por la incapacidad del sujeto que la recibe; pues por ningún principio de estos se puede limitar la Gracia, para que no pueda ser más, y más siempre: no por falta de la causa, porque su causa eficiente es solo Dios inmediatamente, que tiene virtud infinita, e infunde la Gracia sin concurso de otra causa creada y limitada, a cuya limitación se haya de acomodar. Por parte de la forma de la misma Gracia y Caridad, tampoco se puede estrechar su grandeza y aumento; porque como dice Santo Tomás: *Es participación de la infinita Caridad, y Santidad de Dios:* y así, según la razón de su propia esencia, y especie, no tiene término de su aumento. Tampoco por parte del sujeto que la recibe, se puede limitar: porque aunque el sujeto en sí sea limitado, no se mide la Gracia con la medida natural de él, porque es de otro orden Divino, y sobrenatural; de tal condición, que al paso que crece en el hombre la Gracia, y Caridad, a ese paso, dice el Angélico Doctor, *sobrecrece en él la caridad para recibir más aumento de Gracia.* Y con esto puede ir creciendo infinitamente en Gracia y caridad, supuesto que un grado recibido es disposición para recibir otro. Considerando esto un Doctor dice: *la Gracia es tal, que no parece hecha en número, medida ni peso,* (como las demás cosas) *porque ¿cómo tendrá número, medida y peso la que tiene cierta infinidad? Lo infinito verdaderamente, ni se encierra en*

algún número, *ni se comprende con medida*, *ni se puede con peso distribuir*, *ni agotar. ¿Pues la Gracia tiene alguna infinidad? Porque si dijo el Angélico Doctor, de la lumbre de gloria*, *que era en cierta manera infinito*, *porque levanta a la creatura para que vea a Dios, como es en sí claramente: ¿por qué no afirmaremos con más razón*, *que la Gracia*, *dentro de sus límites*, *es infinita*? La cual sublima al alma, sobre todo ser natural, a un grado Divino, y es más perfecta en sí que la lumbre de gloria.

Pues con estas condiciones tan notables de la Gracia, ¿es posible, que haya quien vuelva los ojos al mundo? ¿Quién no le escupa al rostro, y pise todos sus bienes tan menguados, afrentado, que con ellos se haya atrevido a engañarnos, y vendernos los por bienes legítimos? ¿Qué hechizos son que deseen los hombres infinitamente lo que no es sino limitado, y poco, y que los bienes de la Gracia, que son sin término, ni fin, se deseen tan apocadamente? ¡O cuán a cierra ojos deseamos, pues así yerran el golpe nuestros deseos! Que no son para tan poca cosa como lo temporal, estas ansias perpetuas con que andan los hijos de Adán: deseos sin límite, para cosas que no le tienen son; no para lo que te da el mundo: porque así como la Gracia por ninguna parte tiene término; así los bienes temporales por todas partes son limitados, y estrechos. Si miras al mundo, que te los da, tiene mancos los brazos, que aun lo que quiere dar, no puede siempre: ¿Cuántas veces te habrán querido conceder alguna cosa de estima, y no pudo tener efecto, estorbando a quien te la puede dar, y tuvo buena voluntad, mil impedimentos, que se opusieron, o la intercesión poderosa, que intervino por otro, o el morirse quien te era afecto, u otra circunstancia, con que se imposibilitó tu pretensión? Y si alguna vez te dieron algo, no te lo pueden dar siempre; porque para un plato, que tenga el mundo que repartir, habrá mil hambrientos, e infinitos golosos, que no dejan te repartan dos veces. Si miras a los bienes, son en sí de bajísima naturaleza, muy limitados, y faltos; no tienen parte ninguna en el Cielo, todos son de tierra; y así todo es poca cosa, pues toda la tierra lo es: ¿qué pueden ser los que son parte de un punto, y no es más que esto la tierra, respecto de este Cielo material, que también es nada delante de Dios? Por parte del sujeto también son limitados, pues por mucho que te den, no puedes gozar sino es lo que puede un hombre: ¿cuantas veces el glotón ha querido comer más, y no ha podido? ¿Cuántas veces no han cabido los gustos en quien más los deseaba? Por muchas riquezas que tenga el rico, no puede vestir, ni comer, ni holgarse por muchos hombres. No hay tesoros en el mundo, que engrandezcan al cuerpo humano, para que gaste más tela en su vestido, ni más platos en su vientre. Las riquezas no pueden más que sobrar: no hacen de mayor estatura a su poseedor: no son capaces los hombres para bienes de la tierra: no pueden los ricos gastar en sí todo lo que tienen, y así cargan de criados que les ayuden y entren a la parte, para satisfacer a su fortuna. Coteja ahora bienes con bienes, y deseos con deseos. De los bienes de la Gracia, puedes tener y gozar sin término ni fin, de los bienes del mundo no, sino muy corta, y menguadamente: pues de ¿qué sirve reventar por estos, y gastar en su vana pretensión mil deseos, sin que dejes nada para los bienes verdaderos? ¡O necios! No son dignos los gustos ni las honras, ni los haberes del mundo, de pensar en ellos: ¿cómo se aman tanto? No son dignos por su naturaleza de ser estimados: ¿cómo hacen punta a la Gracia, pues por ellos la desestiman

los hombres?

II.

Agregase a esto, que fuera de la cortedad, que en su cantidad, y calidad tienen los bienes temporales, son también en duración muy menguados, y cortos, que al mejor punto faltan, y por lo menos con la muerte mueren, y se acaban: bien diferentemente la Gracia, que de suyo es infinita en duración, y perpetua, así en vida, como en muerte: que aun después que faltare el mundo quien la tiene, ella no le faltará. Por lo cual dijo San Juan Crisóstomo: (Hom. 9 ad Rom.) *La Gracia de Dios no tiene fin*, *siempre se adelanta a cosas mayores*; *lo cual no acontece así entre los hombres: porque si ha alcanzado alguien un Magistrado*, *no queda en él perpetuamente pues finalmente le deponen de él*: *porque si el poder humana por quitar aquel oficio honroso*; *por lo menos la muerte*, *que, ha de venir*, *le arrebatará. No son de esta manera los bienes que Dios concede*, *de los cuales no hay cosa que pueda desposeer a quien los tiene*, *ni hombre nacido, ni el tiempo*, *ni la fuerza de las adversidades*, *ni el demonio*; *finalmente ni la muerte*, *cuando acometa*; *antes después de muertos los poseeremos con más firmeza y mientras más adelante pasaremos con ellos*, *más de ellos*, *y mayores los gozaremos.* Esto es de San Crisóstomo. Pues ¿por qué se matan los hombres por lo que les ha de faltar, aunque no quieran, y no cuidan de lo que no les faltará, aunque se mueran? Un año que puede durar un oficio público, suele costar muchos de cuidado, y fatiga; esto es, de tormentos en su ambición: *Aquellos* (dice Tertuliano) *(Lib. De paen. c. II) que andan con ambición de alcanzar un Magistrado*, *no tienen vergüenza*, *ni pereza*, *con incomodidad de alma y cuerpo*; *y no solo con incomodidades*, *pero, con todo maltratamiento*, *y contumelias de forcejear hasta salir con sus deseos. ¿Qué géneros de vestiduras humildes no afectan*? *¿Qué umbrales no ocupan*, *con visitas de noche a tiempos bien crudos? A todo encuentro de cualquier personal mayor se humillan: no van a ningún convite*, *no se juntan a bullicios*, *sino andan desterrados de la felicidad de toda libertad, y alegría de esta vida: todo esto por un gozo botadero, que les dura solo un año*; *pues nosotros, lo que sufre la pretensión de una garnacha, dudamos de sufrirlo, cuando hay riesgo de la eternidad*, *y cesaremos de castigarnos en la comida, y vestido, teniendo a Dios ofendido haciéndolo los Gentiles, sin haber agraviado a persona ninguna.* Todo esto el Tertuliano.

Con gran desigualdad damos a las cosas lo que merecen: tantas fatigas para lo que es nada, y esas negamos para lo que es mucho. En lo uno, y otro erramos, y somos injustos a nosotros, y a las cosas, que codiciamos tan desigualmente. No merece lo que es por tantas maneras limitado, como lo temporal, los deseos infinitos de nuestro corazón: a la Gracia se los debemos, a la Gracia deseemos, que es infinita en duración, y en su aumento sin fin. En este espacioso campo puede dilatarse nuestro corazón: aquí puede soltar la rienda a tus deseos, para que discurran sin peligro, no estrechándose, ni limitándose a poco, sino extendiéndose a más, a imitación de San Pablo, *(Flp. 3)* que

con haber recibido tanta Gracia de Dios, juzgaba que no había recibido nada, respecto de lo que faltaba, y que no era perfecto, y así iba corriendo para alcanzar más, y más. Por lo cual dice San Agustín (In Psalm 69): *Por mucho que hayamos vivido en esta vida, por mucho que hayamos aprovechado, no diga alguno*: *Bástame esto, ya soy justo. El que tal diere este se ha quedado en medio del camino, y no ha sabido llegar. Donde quiera que diere basta, allí quedó atollado.* No ha de tener fin la voluntad del bien, que en sí no tiene fin: mas, y más puede ser la Gracia; y así más, y más la hemos de desear, y procurar: nadie se pare, sino corra tras bien tan grande, como lo hacía el apóstol: *El corre* (dice S. Agustín) *y tú te estas mano sobre mano; él dice, que aún no es perfecto y tú te glorías de la perfección. Confundidos sean los que te dicen: Ea, que bueno está, bueno está: y tú seas confundido entre ellos, porque también te dices: Bueno está bueno está.* ¿Cómo puede estar bueno, si lo que tienes es poco, y lo que debes tener es mucho, y lo que puedes alcanzar infinito? No para Dios de enriquecernos con su Gracia, hasta que nosotros nos paramos: y quedar por nosotros la Gloria, que de aquí resulta a Dios, y el provecho que a nosotros se sigue, es una injuria, que a nosotros mismos nos hacemos, y a la Gracia y a Dios, de que se puede temer mucho. Por lo cual añade San Agustín: *(Ibidem) Acuérdate de la mujer de Lot, que en el mismo camino, ya libre de Sodoma miró atrás y al mismo instante que volvió los ojos se quedó allí hecha estatua de sal, para que te sazonara a ti porque para ejemplo tuyo se te dio, para que tengas corazón, y no te quedes hecho un bausán en el camino*: *atiende a la que se paró y tu pasa adelante: atiende a la que volvió los ojos, y tu alarga el paso, y extiéndete a lo que te falta, por andar adelante como lo hacía San Pablo.*

Verdaderamente el apóstol nos dio singular ejemplo de desear, estimar, y afanarse por la Gracia; porque con haber sido su justificación milagrosa, y el enriquecido en ella de colmadísima Gracia; con haber sido arrebatado al tercer Cielo, y recibido allí singulares favores; con decir que todo lo que era, era Gracia, y que en él no estuvo baldía un punto; con haber padecido tantos trabajos, tribulaciones y penitencias: de todo se olvidaba, poniendo los ojos en solo lo que le quedaba. Ni hacía caso de sus virtudes, ni de sus trabajos pasados, sino como si no tuviera Gracia alguna, ni virtud; y como si no hubiera padecido cosa alguna, ponía los ojos en la inmensidad de Gracia que podía alcanzar, alentándose a todo trabajo, empezando como de refresco su carrera. Y así dice, que en una cosa sola entendía, que era olvidándose de todo lo pasado, extender su ánimo, y corazón a lo que le faltaba; porque aunque tenía tanta abundancia de Gracia la que tenía era limitada, la que le faltaba no tenía término. No quería el Santo apóstol, que tan justamente apreciaba los bienes verdaderos, le llevasen la ventaja los avarientos del mundo, en codiciar, y pretender las riquezas de la tierra, más que él las del Cielo; porque un avariento, por más que tenga y posea, no hace caso de ello sino de lo que le falta. Esta es la causa de la avaricia, como notaron los Filósofos Morales, que no atendiendo los hombres a lo que tienen sino olvidados de las riquezas guardadas, debajo de siete llaves, miran lo que pueden tener; y más cuidado y deseo de tener por una sola cosa que les falte, que gozo por mil que poseen, y así andan con eternas ansias de poseer más y más. Pues faltándonos infinito, digámoslo así, de las riquezas de la Gracia: ¿por qué no

las hemos de codiciar y pretender? Aunque tuviera un hombre avariento infinitos tesoros, por uno solo que viera más, no sosegara de ansias por alcanzarle también: pues ¿por qué en lo espiritual, teniendo tanta pobreza, y viendo delante de los ojos infinitos tesoros de Gracia, que podemos alcanzar, no los apetecemos? Por cierto tanto más se debe codiciar la Gracia, cuanto más es la Gracia que los bienes del mundo y cuanto más tenemos de estos proporcionalmente, y menos de Gracia, respecto de la que podemos tener; pero por lo menos deseémosla, como deseamos en un tiempo nuestra perdición. Justísima petición es la del apóstol, que dice: *(Rm. 6, 13) Cosa muy humana y hacedera os digo por la flaqueza de vuestra carne*, *que así como entregasteis vuestros miembros a que sirviesen a la inmundicia*, *para la maldad;* (esto es, de una maldad en otra) *así también ahora los entreguéis a que sirvan a la justicia para la santificación,* (esto es, para que os santifiquéis cada día más) No puede ser petición más puesta en razón, ni más blanda por cierto, que es lo menos que se pudo pedir: *Y con razón* (dice Orígenes) *con estas palabras avergüenza el apóstol a los que le* oyen, *para que por lo menos hagan a la justicia aquel servicio*, *que antes hicieron a la maldad.*

Por lo menos sino con obras, igualémoslas en los deseos, que no menos deseemos la Gracia, y Santidad, que antes deseábamos el pecado, y nuestra perdición: que no menos desee el Cristiano a Dios, que el avariento al dinero: que no sea menos la caridad, que la avaricia: no sea menos la virtud, que el vicio: sea siquiera igual el deseo de la Gracia, que el del oro: no queden atrás las ansias de las riquezas del Cielo: avergüéncenos lo que de la avaricia dice San Isidoro el Griego: (Lib. 3, ep. 167) *El horrendo amor del dinero*, *como sea así, que no nos le haya dado naturaleza, sino que venga de fuera como peregrino, nunca se envejece: por afrenta tiene verse harto, no sabe qué es alegría, no sufre topar con fin; antes cada día está más vigoroso*, *más fuerte*, *y valiente, y procura ser más vehemente, porque no solo traba guerra con los otros afectos, sino que va también contra sí mismo, y forcejea con sumo estudio el vencerse*, *porque antes alcanzará uno lo imposible, que él se harte; porque no sé de qué manera piensa, que su aumento es mengua y pérdida, y así enciende su fuego más vehementemente.* Hasta aquí San Isidoro, en que nos pinta las ansias, con que hemos de desear las riquezas de la Gracia, que pues no tienen fin, para ellas son deseos tan sin fin, tan constantes, insaciables, cuidadosos, fuertes, vehementes, fogorosos, y que convierten en sí todos los afectos del corazón, arrancando la afición de cualquier otra cosa. No son tales deseos para los bienes apocados, y perecederos de tierra: demos a la Gracia lo que es de la Gracia; y al mundo y sus bienes lo que es del mundo: a la Gracia gran deseo, y estima; al mundo desprecio, y aborrecimiento. Con esto, cortando todo afecto de bien temporal, crecerá el de los bienes eternos. *De la manera* (dice San Cesáreo) *(Hom. 19) que en tu parra cortas los sarmientos, y pámpanos superfluos, y dejas dos, o tres buenos, y legítimos*; *de la misma manera debes arrancar de tu anima todas los deseos, que miran estas cosas exteriores, y sensibles*, *que malditamente las apetecen, podándolas con el cuchillo del Espíritu Santo, y la Cruz, reservando uno solo donde solo se vea, que ha de brotar la justicia.* Cortemos todo afecto superfluo de carne, y sangre, de honras, de comodidades, de gustos, dejando solo el deseo de la Gracia, y

Santidad, para que las fuerzas de todos los afectos juntos se amontonen en este solo; y así con todas fuerzas deseemos, estimemos, y procuremos este inestimable bien.

CAPÍTULO XIV. Comparase la participación de la Naturaleza Divina por la Gracia, con la participación de Dios, por razón de la Encarnación, y Eucaristía. Declarase el modo cómo debemos más a Dios por la de Gracia, en cuanto por ella son las otras participaciones.

I.

Para conocer más, cuán grande cosa es esta participación de la Naturaleza Divina, que por la Gracia conseguimos y la obligación que por ella tenemos a servir a nuestro Dios, y Creador, que tan altamente participamos: la compararemos ahora con otras dos excelentísimas participaciones de Dios, que notan los Santos. Una es por razón de la Encarnación, cuando el Verbo Eterno se hizo Hombre. Otra por la comunicación del Cuerpo, y Sangre del Hijo de Dios en el Santísimo Sacramento. Lo que por uno, y otro Misterio debemos, engrandecen los Padres de la Iglesia, publicando las obligaciones, que por ellos tenemos. Y así propondremos en este capítulo algunas para que veamos cuanto debemos por la participación, que en la Gracia conseguimos, por ser tan íntima, y sin la cual las otras dos no nos fueran de provecho, y por ella debemos todo lo que por las otras dos estamos obligados, pues por la Gracia se obraron.

¿Qué gloria mayor del género humano, que ser de su linaje Dios? ¿Qué sea el Creador del Cielo, y tierra hombre, y no ángel? ¿Que habiendo de tomar alguna naturaleza de las creadas el Verbo Eterno del Padre, resplandor de su gloria, y figura de su sustancia, se dejase los Serafines, no quisiese los Querubines, desechase los Tronos pospusiese las Dominaciones; y pasando todos los nueve coros de aquellos espíritus sublimes, y purísimos, parase en la naturaleza humana, la más inferior y abatida de todas? Espantadas quedarían las Potestades, y Virtudes del Cielo, viendo en un punto la naturaleza, que era inferior a la suya, levantada al Trono Divino, adorada de ellos mismos, y de todas las creaturas. Esta honra fue la mayor, que pudo Dios hacer a naturaleza alguna; por lo cual debemos los hijos de Adán honrarnos sobre toda honra, y gloria: de lo cual, no los ángeles, ni los más altos Serafines, sino los hombres participamos. ¡O gozo sobre todo gozo! ¡O honra sobre toda honra! Nuestro es Dios, hombre es Dios, no Querubín, ni Serafín: antes ya el hombre pisa sobre los Querubines. ¡O honra sobre toda honra. Que podamos decir: Dios es Hombre, y el hombre es Dios. ¡O honra sobre toda honra! Dios es de nuestra familia, Dios es nuestro hermano: y que no puedan decir esto los ángeles! No es Dios Querubín, y es Hombre: no es Serafín, mas es Hombre: no es Trono, no es Dominación, no es Arcángel; pero es Hombre ¡O Espíritus Celestiales! Con vuestra caridad, es imposible la envidia; pero si la pudieras tener, de qué otra cosa se os rompiera el corazón, sino que no podías decir, ángel es Dios, como puedo decir yo, Hombre es Dios, un hermano mío está asentado a la diestra del Padre, uno de mi carne, y sangre es adorado, como Dios verdadero, de los mismos Serafines. ¡Qué dicha es la nuestra! ¡Que sea Dios hombre, y que seamos hombres, pues Dios es uno de nosotros! Está contento con tu naturaleza, pues tiene esta gloria, de ser

de ella Dios. Consuélate con lo que te dice San Agustín: *(Lib. 2 de visit. Infirm. C. 6) Hijo mío, Dios se ha dignado de ser lo que tú eres, y no se hizo ángel, aunque es el ángel del gran Consejo. Ensálzate sobre los ángeles, y tú juzgarás a los mismos ángeles. Yo no quisiera tener el lugar de ángel, si pudiese tener el lugar debido al hombre.* Esté, pues, contento el hombre, con ser hombre, pues lo quiso ser su Dios.

No equivalen las miserias humanas, la vida breve, la necesidad extrema, la muerte presta, las enfermedades agudas, los dolores intensos, los trabajos continuados, a que está expuesta nuestra naturaleza, con este bien de ser de ella el Creador: si fueras ángel, te faltara la muerte, la enfermedad, el dolor; pero faltara el ser hermano de Dios.

Y este es tan grande bien, que por él dijo Jovio Monge: De *mil maneras se echa de ver la providencia sapientísima de Dios para con nosotros, y cuán grande locura,* y *desatino es la de aquellos, que quisieran ser antes ángeles que hombres.* Es tan incomparable esta honra, que ya que los ángeles no pueden ser de nuestra naturaleza se honran con su nombre; y así vemos, que la Sagrada Escritura llama al arcángel S. Gabriel por título honorífico, varón u hombre; porque a la manera que entre nosotros, para encarecer la virtud, y bondad de uno le llamamos ángel; así los ángeles se honran con este título de hombre, y varón; por lo cual en la profecía de Daniel se dice, el varón Gabriel, no el ángel: porque por ser Dios Hombre, se debe estimar muchísimo el nombre de hombre, aun entre los mismos Soberanos Espíritus. ¡O hombre! Mil parabienes te puedes dar por ser hombre, después que Dios es Hombre, y es Hombre por ti. No puedes desear más honra: creo que los ángeles santos tomaran, si pudieran por esta honra, nuestras miserias, el dolor, la enfermedad, el hambre, y necesidad, pues ¿por qué no estamos contentísimos con este bien, que envidiaran los Cielos? ¡O hombres! agravio os hacéis a vosotros, y al mismo Dios, si buscáis otra honra más de la que tenéis: no hay cosa más que ser Dios, y así no hay mayor honra para el hombre que ser el hombre Dios. Maldita sea la ambición, maldita la soberbia, maldito el pensamiento, que fuere de otra honra mundana, sino de esta. San Pablo tenía por la mayor honra del mundo la Cruz de Jesucristo: pues nosotros de la misma persona de Cristo, ¿por qué no nos gloriamos? Y si de esto no nos gloriamos, ¿por qué nos hemos de gloriar en otra gloria humana? ¡O hombres tan ennoblecidos, y honrados de Jesucristo! No afrentemos al mismo Cristo, honrándonos de otra cosa. Y si estimamos esta honra, vivamos según ella es, no afrentemos a Cristo con la bajeza de nuestros pensamientos, con la vileza de nuestras obras. Entre los hombres es afrenta tener en su linaje un ladrón: ¿por qué quieres tú afrentar a tu Redentor? Y pues eres de su carne, y sangre, no seas ladrón de su Gloria. No afrentemos a Cristo, teniendo con cabeza tan santa manos malditas. No afrentemos a Cristo, viviendo como demonios, habiéndonos él honrado más que a los ángeles. Bien dijo Galfrido: *Después que Dios tomó ser Hombre, es cosa muy digna, y puesta en razón, que el hombre sepa a Dios, que todas sus abras, sus palabras, sus pensamientos, tengan siempre algo de temor, y amor Divino.* No afrentemos a Cristo viviendo contrarios a Cristo. No se diga de uno, de cuya naturaleza es Dios, que vive como las bestias, guiado de pasión, no de razón. No se diga de uno del linaje de Cristo, que por ser malo él, es esclavo del demonio. No se diga de hermano de Dios cosa

indigna de hombre. No se diga ya de hombre lo que no es digno de un ángel: antes pues somos más honrados, que los ángeles, hemos de ser mejores, que ellos: a esto estamos obligados por esta altísima participación de Dios, y honra que recibió toda nuestra naturaleza, de la cual es uno, y la cabeza de todos, no otra cosa menos que Dios.

Oigamos de S. Juan Crisóstomo todo lo que por esto debemos: (*Homil. 5. in epist. ad Ephes. in Moral. tomo* 4) *Reverenciemos esta nuestra cabeza: pensemos atentamente cuyos somos*, *y de cuan respetable cabeza somos cuerpo, a cuyo imperio toda creatura está sujeta. Verdaderamente que es muy justo que nos esmeremos en mostrarnos mejores que los ángeles*: *¿qué digo mejores*? *Sino mucho más excelentes, que los mismos ángeles: como los hemos alcanzado sobre ellos la primacía de tan grande honra: porque no tomó Dios la naturaleza angélica como dijo San Pablo, escribiendo a los Hebreos*, *sino el linaje de Abrahán. No a un Principado, no a una Potestad*, *no a una Dominación*; *finalmente no a otra Virtud*, *ni naturaleza angélica*, *sino nuestra naturaleza tomó, y reparó, y la hizo asentar en su solio sublime ¡qué digo hizo asentar? Aquella preciosa púrpura de su carne no solo adornó como quiera*, *sino que a sus pies puso todas las cosas.* Luego añade: *Ruego, pues*, *que reverenciemos este legítimo parentesco, y cercanía*, *que nuestra carne ha contraído con Cristo. Temamos no sea alguno de nosotros cortado de su cuerpo*, *no caiga alguno, ni se vea alguien indigno de tan grande cabeza. Si alguno de nosotros se pusiera diadema en la suya, y una preciosísima corona de oro*, *qué no hiciéramos para parecer dignos de aquellas piedras preciosas, aunque muertas y sin alma ¿Pues ahora que no nos han puesto en la cabeza diadema alguna*, *sino lo que es más excelente, Cristo es hecho nuestra Cabeza, por qué no hacemos caso de ella? Los ángeles la reverencian con toda honra: los arcángeles*, *y todos los poderíos del Cielo*; *y nosotros, siendo cuerpo de esta Cabeza*, *¿por qué, ni por esta Gracia, ni por otra cosa la reverenciamos? ¿Qué esperanza nos queda de alcanzar nuestra salvación? Acuérdate de aquel Solio Real: trae a la memoria aquella excelentísima Gracia de la honra, que te han hecho*; *porque solo este pensamiento nos puede aterrar más, que si nos pusieran el infierno delante de los ojos. Aunque no hubiera infierno, después que nos ha hecho Cristo tal honra, ¿qué tormentos no merecería notable desagradecimiento, como sería si nos hallasen indignos de aquella honra, y pecadores? ¿Qué pena vengadora no debía sufrir tan poco reconocimiento*? *Piensa dentro de ti, junto a quien está esta tu cabeza, y esto solo bastará suficientísimamente para estimularte a toda obra de piedad, y virtud, pues tu cabeza está la más cercana cosa a Dios, al lado derecho del Padre asentada, y entronizada sobre todos los Principados, y Potestades y virtudes. Y que es posible, que el cuerpo de tal cabeza sea acoceado, y pisado de los demonios? No se haga tal cosa, no sea de aquí adelante tal Cuerpo de Cristo. Los que entre los siervos de Dios son de probada virtud, reverencian esta tu cabeza con gran temblor; y tú arrojas el cuerpo a los pies de sus contrarios*, *y enemigos. ¿Qué grande castigo con mucha razón te aguardará? Si alguno echara grillos a su Rey en los pies, ¿por ventura este tal no fuera condenado como traidor a pena capital*, *y rigurosísima? Y tú todo el cuerpo le arrojas a las fieras de los demonios, para que le traguen y no te causa horror la*

exorbitancia de este delito. Todo es de San Juan Crisóstomo en que nos declara el caso, que hemos de hacer el haberse Dios unido a nuestra naturaleza, para que así participase todo el linaje humano de la honra de su Divinidad. Los ángeles santos, estiman en tanto por esta causa nuestra naturaleza, que en sabiendo la promesa que Dios hizo a Abrahán, de la Encarnación del Verbo Eterno, luego se hicieron amigos de los hombres, y tratables, como nota Jovio Monge: *(Lib. 4. verb. Incarn.)* porque antes de ese tiempo no se nombra ángel bueno en la Sagrada Escritura, que tratase con algún hombre. Después de Encarnado el Hijo de Dios, creció más esta estimación, que según advierte San Gregorio, no permiten, que los hombres se les humillen como a superiores, teniendo por bastante honra ser no más que iguales con nuestro linaje, con quien se quiso hacer igual Dios, que no tiene igual.

II.

Añadamos ahora otra segunda participación de su propio Cuerpo, y Sangre, que se nos comunica en la Eucaristía, la cual nos es más inmediata participación, que la primera: porque por la Encarnación, solo una naturaleza singular del género humano fue unida al Hijo de Dios; pero por el Sacramento del Cuerpo, y Sangre de Jesucristo, cada singular de la naturaleza humana se incorpora con el mismo Cristo, que es otra honra incomparable. Por la Encarnación, Dios se hizo nuestra carne: por la Eucaristía, cada hombre particular se hace carne de Dios: porque por la participación de su Cuerpo, y Sangre, se hace, quien comulga cuerpo y sangre de Jesucristo. Qué honra sea esta, considérelo el más ambicioso, y más sobre la pasada: pues no hay pensamiento que lo pueda estimar. Si como es un hombre solo el que está unido a la persona del Verbo, fuera también un hombre solo el que recibía a Dios en sus entrañas, y se unía con su Sacratísimo cuerpo, ya que en sí no es esto tanto, como lo primero, admirara poco menos, pero es para quien comulga mayor honra, pues supone la primera de la Encarnación, y añade esta segunda de la Comunión. ¡Que esté Dios en nuestro pecho! ¿Qué nobleza, y generosidad debemos tener? ¡Que viva la Sangre de Cristo en nuestras venas! ¿Qué términos y respetos del Cielo no debemos usar? Si poder adorar a Dios en nuestra naturaleza es mayor honra, que tuvieron los ángeles, qué será juntarle con nuestro individuo, y a nuestro propio cuerpo, haciéndonos una misma carne, y cuerpo, con el de Cristo? ¿Cuánto debemos por esto? Oigámoslo también de San Juan Crisóstomo: *Si eres Cuerpo de Cristo, lleva la Cruz pues él también la llevó. Sufre execraciones, y mal tratamiento asqueroso. Sufre bofetadas, sufre clavos. De esta manera fue tratado aquel tu cuerpo, que no admitió pecado, y no fue hallado en su boca engaño. Sus manos no dejaron de hacer cosa, con que pudiesen ayudar la pobreza ajena. De aquella su boca jamás salió cosa menos decente. Oyó decir aquella contumelia: Endemoniado estás; y no respondió palabra mala quedando en sí muy manso. Pues todos cuantos participamos de este Cuerpo, y cuantos gustamos su Sangre traigamos a la memoria, que este cuerpo es de aquel que reside sobre los Cielos, que*

es adorado humildemente de los Ángeles, *que asiste inmediatamente a la inmortal Omnipotencia de Dios. Con la Sangre de tal Persona bañamos nuestros labios. ¡Ay de mí! y con cuántas vidas nos ha prevenido para salvarnos, y guiarnos a la vida eterna. Hízonos su mismo Cuerpo, y también nos dio su mismo Cuerpo, para que le comiésemos: ¿y que nada de esto nos aterre, y aparte de nuestra malicia, y nos arredre de los vicios? ¡O gruesas tinieblas de ceguedad! ¡O abismo profundo de insensibilidad*! ¡*O estupendo embausamiento del entendimiento humano!* El apóstol dice: *(Col. 3, 1-4)) Sabed las cosas de arriba, adonde Cristo está sentado a la diestra de Dios: pues después de tales extremos y muestras de la benignidad del Creador para con nosotros*, *no sé cómo andan algunos tan acongojados*, *procurando riquezas*, *u otro bien temporal, consumiéndose tan miserablemente, y carcomiéndose de sus mismos afectos. No echáis de ver, como en nuestro cuerpo cualquier parte superflua, y que no es de provecho, se suele cortar, porque poco aprovecha haya sido parte de nuestro cuerpo, cuando está ya manca, o muerta, o podrida, o que al restante del cuerpo, corrompe y daña. No confiemos en que fuimos del cuerpo de Cristo; porque si este cuerpo natural, cuando sucede lo dicho, se corta: ¿que no se padecerá de rigor en las cosas, que pertenecen a la voluntad libre, cuando no se persevera en el propósito una vez hecho? Cuando el cuerpo no puede comer, cuando tiene cerradas las vías, entonces muere y entonces peligra de muerte, cuando las arcaduces interiores se tapan. Esto mismo pasa con nosotros*, *cuando cerramos los oídos al Espíritu Santo; entonces perecemos*, *cuando no queremos recibir algún sustento espiritual; entonces muchos males, como humores corrompidos*, *nos oprimen, y corrompen.* Con estas verdades declara San Juan Crisóstomo lo que debemos por estas participaciones divinas, honrándonos mucho de ser un cuerpo con Cristo, obrando santísimamente, sufriendo pacientísimamente, viviendo más que angélicamente, temiendo, si no lo hacemos así, ser cortados como miembros inútiles y podridos.

Pues si a todo esto estamos obligados por hacernos Cristo un cuerpo consigo; ¿qué deberemos también por hacernos un espíritu y alma? Si por tomar nuestra naturaleza una vez sola, y singular, tanto le debemos; por hacernos también partícipes de su Naturaleza Divina, y a todos los que quisieren, ¿qué no deberemos? Mucho debemos por el misterio de la Encarnación, mucho por la Comunión de su Cuerpo, y Sangre: pero si por aquel no nos mereciera la Gracia, y si por ese no nos la aplicara poco nos aprovechara todo. Después de Cristo Encarnado por ti, te puedes condenar: después de haber tocado su misma Carne, y Sangre, podías perecer, si no tuvieras su Gracia: y solo si tuvieres la Gracia, estarás seguro. Mira si es pequeño este beneficio. Por la Encarnación inmediatamente, no venimos a participar más de Dios, que, en cuanto uno de los hombres es Dios. Esto está muy lejos de ti; pero la Gracia está dentro de ti, y por ella no tu vecino, ni hermano, sino tú mismo participas de la Naturaleza Divina. Gran cosa es Dios hecho Hombre como tú: gran cosa es Dios hecho comida para ti; pero fue para darte su Gracia: y así, por la Gracia le debes todo: mira cuanto debes estimar esta íntima participación de la Divinidad, pues por ella quiso Dios participar tu humanidad cuando encarnó; y ya hecha suya, te la dio a participar en su Sacramento. Debes, pues, a Dios

en la Gracia su encarnación, y debes sus Sacramentos.

III.

Dime, ¿qué vida no dieras, qué tormentos no padecieras, qué dinero no pagaras, porque no faltara del mundo Jesús, Dios, y Hombre? Ésta Gloria de los hombres, esta honra de nuestra naturaleza, esta Cabeza de nuestro linaje, este Blasón de la familia de Adán, este milagro de bondad, ¿qué muertes no tragaras antes, que consentir fuese privado el mundo de la dulzura, regalo, y honra de Cristo Sacramentado? Mira que si pierdes la Gracia, todo lo pierdes, cuanto a tu particular toca: desdichado el que muriere sin Gracia, que no le aprovechará Dios Encarnado, ni Cristo Sacramentado. Defiende, pues la Gracia a costa de mil vidas, de mil tormentos, de todos tus haberes, y honra: si dieras cuanto tienes porque Cristo no faltara del mundo, dalo porque no falte de ti. Mira que de ti falta, cuando te falta la Gracia. Acuérdate de lo que debes por ser un cuerpo con Jesucristo, por la Encarnación, y Comunión de su carne y sangre. Por la Gracia te haces su espíritu, y también su cuerpo vivo. Y lo más saludable, que se te da en los Sacramentos, es la Gracia, y con ella el Espíritu de Cristo, renaciendo a vida Divina, o sustentándola y aumentándola. ¿Qué pensamientos tan Divinos debemos tener? ¿Qué espíritus de Dios, qué obras tan santas, qué lejos del ser antiguo, y de obras de los hijos de Adán, y gustos humanos? Escuchemos lo que San León advierte por estas palabras: *(Serm. de Nativit.) Como estuviésemos muertos en pecados*, *nos vivificó Dios en Cristo, para que fuésemos en él nueva creatura, y nueva fábrica. Dejemos pues el hombre viejo con todas sus obras; y ya que hemos alcanzado la participación de la generación de Cristo*, *demos divorcio eterno a todas las obras de la carne. Conoce oh Cristiano, tu dignidad*, *y hecho ya participante de la Naturaleza Divina no quieras volver a tu antigua vileza*, *degenerando en la conversación de tu vida; acuérdate de qué Cabeza, y de qué Cuerpo eres miembro: haz memoria*, *que librado del poder de las tinieblas, fuiste transferido a la luz de Dios*, *y su Reino.* Todo esto dice San León por la Gracia, la cual es luz, y Reino de Dios; por la cual somos reengendrados en Cristo a nueva vida, y hecho un cuerpo con él: por la cual participamos la Naturaleza Divina, sublimándonos sobre toda la naturaleza creada; por la cual somos hechos íntimamente semejantes a Dios, y viva imagen suya. Esto debe engendrar en los siervos de Dios esta santa nobleza, y magnanimidad, para despreciar todos los bienes del mundo, y vencer todas las tentaciones del demonio, con la memoria de lo que por la Gracia tenemos. Y así dice San Gregorio Nacianceno: (*Orat. in Sanct. Bap.*) *Si el demonio te hiciere guerra con algún deseo o con la avaricia, representándote en un momento, y poniéndote delante de los ojos todos los reinos del mundo como cosa suya; y pidiéndote, que le adores*; *despréciale como a un pobre, y di confiado en la señal sagrada*: *Yo soy imagen de Dios*, *y no he sido precipitado del Cielo por la soberbia, como tú. Vestido me he de Cristo, en Cristo me he trasformado: tú eres el que me has de adorar.* Esta santa generosidad deben tener los que están en Gracia, mirándose a sí

como divinos, y todos los bienes del mundo como una paja, *o* estiércol. No estimen perderlo todo, solo teman perder la Gracia, y con ella a Jesucristo nuestro Redentor, como lo hacían aquellos Santos, de los cuales habla San Gregorio Niceno: *(Orat. de Quadraginta Mart.) Un solo temor tenían, no fuesen apartados de Cristo: solo juzgaban por único bien estar con Cristo: solo todas las demás cosas les parecían risa, sombra*, *burlería, fantasmas de los que sueñan.* No es más todo, comparado con la Gracia.

CAPÍTULO XV. Cuánto debe ser estimada la Gracia, pues es la mayor dignidad de las creaturas, y mayor excelencia, qué es en sí el ser Madre de Dios, sino fuera por la Gracia.

I.

Comparemos también esta participación de la Naturaleza Divina, que nos trae la Gracia con las cosas más cercanas a Dios, y de mayor dignidad, y excelencia, que ha habido en el cielo, y tierra, para que veamos cómo se adelanta a todo la Gracia, y que sin ella todo es de poca estimación, respecto, de la mucha estima que debemos hacer de esta Divina participación, más que cualquier otra que se haya hallado en pura criatura sea humana, sea angélica, aun en la misma Madre de Dios. Bien allegados fueron a Dios Moisés, Samuel, David, Elías, y San Juan Bautista, todos escogidos de la Sabiduría Eterna para grandes Ministros; por lo cual participaron las veces de Dios, y algunos grande poderío de hacer milagros; pero todas estas dignidades, aunque dadas de Dios, y tan grandes, comparadas con el menor grado de Gracia, son muy poco. Grande dignidad fue la de Moisés, y David, Gobernadores, y Príncipes del Pueblo de Dios. Grande la de Samuel, y Elías, en consagrar Reyes, y Profetas. Grande la de San Juan Bautista de ser precursor del Hijo de Dios, y como si fuera su padre espiritual bautizarle en el Jordán; pero toda es poco, respecto de la Gracia, y más que todo es la Gracia. El Señor nos lo significó cuando dijo, que entre todos los nacidos de las mujeres, ninguno había nacido mayor, que San Juan Bautista; pero que el menor del Reino de los cielos era mayor, que él. No compara el Hijo de Dios a San Juan con los ángeles y bienaventurados, sino con los hombres de la ley de Gracia, que se llama Reino de los Cielos. Compara lo mejor de la Sinagoga con lo menor de la iglesia. Comparó lo más alto de la Ley Escrita con lo menor del Evangelio, y estado de la Ley de Gracia, con un niño recién bautizado, que renació a vida de Gracia, este es mayor que el oficio, y dignidad del Bautista, que fue el mayor de los de la Sinagoga, y de cuantos nacieron de mujeres; pero no tiene que ver todo eso con los que nacen de Dios; porque el menor de los que han renacido del Espíritu Santo por medio de la Gracia, es mayor que el mayor de los que han nacido de mujer. De tanta estima es en los ojos de Cristo la Gracia, que el menor de su estado, es mayor que todo lo mejor de la Ley Antigua, que la potestad de Moisés, que el mando de Samuel, que el Reino de David, que la sabiduría de Salomón, que el poder de Elías sobre el Cielo, que el Bautismo de San Juan.

Y no solo es cosa más estimable la Gracia, que todas las Potestades, y Dignidades dadas por Dios a los hombres, sino también a los ángeles. Mas es un grado de Gracia, que da Dios a un pobrecito enfermo, flaco, asqueroso del hospital, que el poder de los ángeles, y arcángeles sobre los elementos, y especies de la naturaleza del Universo todo: más que la presidencia de los principados sobre provincias y reinos: más que ser las columnas del Cielo, y sustentar el orbe: más que el poderío de las Virtudes para obrar prodigios: más que el mando de las Dominaciones, y Tronos, sobre los espíritus de otro

orden, o jerarquía: más que el supremo dominio de aquel Serafín, que preside a todos los Ejércitos Celestiales. Todas estas dignidades consideradas en sí, son menos que la menor Gracia, y sin la Gracia no importarán mucho; pero la Gracia, aun sin ellas, importa muchísimo. ¿Qué le aprovechó al primer ángel, que perdió la Gracia, el Principado que sobre los otros tenía? Quedó hecho un demonio, y lo perdió todo; pero si con la Gracia quedara, aunque lo perdiera todo; no perdía mucho.

II.

Pero para que se suba esto al punto que puede, no solo las dignidades, y excelencias de los hombres, aun concedidas por Dios, y participando su autoridad, y veces, ni solo las preeminencias, y potestades de los Espíritus del Cielo, son menos que la Gracia; pero aunque entre en cuenta la dignidad de la Reina de hombres, y ángeles, apartando todas las excelencias de que está llena, fuera de la Gracia, es más sola la Gracia, que todas las demás juntas, que tiene la Madre de Dios, aunque entre el mismo ser Madre de Dios: y todo esto confesado por su mismo Hijo, que tanto la amó, y quiso. ¿A quién no maravilla esto, que el ser Madre de Dios sea por sí menos que la Gracia? Que el ser Madre de Dios sin la Gracia, no importaría mucho, y que la Gracia por sí sola importa muchísimo. ¡Que más se puede decir! Por ser Madre de Dios la Virgen, le debe su Hijo agradecimiento, los ángeles veneración, los hombres reverencia; unos y otros admiración: se debe la sujeción de las creaturas, y ser Reina del Mundo. Con todo eso, por solo tener la Gracia, si careciera de ella, diera ella misma el imperio del mundo, y Reino de los Cielos y ser Madre de Dios. Mas es la Gracia en la Virgen que la Maternidad de Dios. Mas es ser Hija de Dios por Gracia, que Madre de Dios por naturaleza. Y con ser tan debido el amor que Dios tiene a su Madre, si hubiera otra creatura que tuviera más Gracia que ella, la amara y estimara Cristo, más que a su misma Madre.

Esto dio a entender el mismo Señor, cuando habiéndole dicho a voces una mujer: (Lc. 11, 27) *Bienaventurado el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste:* añadió el Salvador, (aunque quiso más *a* su Madre, que otro hijo) como corrigiendo aquel dicho de la mujer: *Antes son bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan (Lc. 11, 28).* En esta respuesta no hizo agravio a su benditísima Madre, porque ella fue la que mejor que otra creatura del mundo, oyó y admitió la palabra Divina, y la guardó y cumplió perfectísimamente; pero dio a entender, que era más esto en su Madre, y en otra cualquier persona, que el ser su propia Madre, y que esto era, por lo cual ella era más bienaventurada, y sin lo cual la aprovechara poco ser su madre natural, como lo declaran muchos Santos. En otra ocasión, estando el Redentor del Mundo esparciendo la semilla de su Doctrina Celestial, le avisaron que su Madre y parientes le estaban esperando a fuera, El entonces respondió *(Mt. 12, 48-50) ¿Quién es mi Madre, y quién son mis hermanos*? Y extendiendo la mano, y señalando a sus discípulos, dijo: *Estos son mis hermanos, y cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, ese es mi hermano, y madre, y hermana.* En todas estas palabras nos enseñó el Hijo de Dios, cuanto estimaba

más el parentesco espiritual de la Gracia, que el carnal de la naturaleza; y que era la Virgen más dichosa, por participar ella de la Naturaleza Divina por la Gracia, que no por haber el mismo Dios participado de ella la humana por naturaleza. Y así, dice San Agustín: (Epis. 38) *El Excelentísimo y Divino, Maestro Cristo Jesús, oído el nombre de Madre, de la cual como cosa propia, y que le tocaba, habían avisado, porque era terreno le desechó, en comparación del parentesco Celestial; y haciendo memoria con sus discípulos de la misma consanguinidad celestial, mostró, como la Santísima Virgen estaba como los demás Santos en el mismo género de parentesco con él.* Porque por este parentesco de la Gracia, mas era que por el de naturaleza. Por lo cual, concluye el mismo Agustino: *Luego más bienaventurada es la Virgen María creyendo la fe de Cristo, que concibiendo la carne de Cristo.* Luego añade estas palabras más encarecidas: *El parentesco de Madre no aprovechara cosa a la Virgen María, si no hubiera llevado en su corazón a Cristo más dichosamente que le llevó en su vientre.*

Oigan esto los que por un ligero gusto destierran a Jesucristo de su corazón. Oigan esto todos los despreciadores del ser Divino, que por la Gracia participan. O quien tuviera una voz, que se oyera por las plazas y calles de todo el mundo, y penetrara los más escondidos retretes, e imprimiera en los corazones humanos esta sentencia de Agustino, repitiendo a los oídos de los hombres engañados: *El ser Madre de Dios no aprovecharía a la Virgen, si no tuviera la Gracia de Dios.* ¡O hombres engañados! ¿Qué pensáis os ha de aprovechar la honra, y fama, porque rasgáis la Ley de Dios? ¿Qué pensáis os ha de aprovechar vuestra opinión, y nombre vano, porque os borráis del Libro de la vida? ¿Qué pensáis os ha de aprovechar el interés, y hacienda, porque violáis la justicia? ¿Qué pensáis os ha de aprovechar vuestro gusto, por el cual atropelláis el derecho Divino? ¿Qué os aprovechará todo, si no tenéis la Gracia? ¿Por qué la perdéis por tan poco? ¿Qué cosa hay en el mundo, que pueda aprovechar sin ella, pues ni el ser Madre de Dios aprovecharía? ¿Qué os aprovechará salir con la vuestra, y ser estimados de todos y mandar a muchos, si el ser Reina del Cielo, y Tierra, y ser reverenciada de ángeles, y hombre, no aprovechara a la Virgen sin la Gracia? Espántese el mundo de su engaño: espántese cada uno de sí mismo, lo poco que ha estimado lo que tanto aprovecha, como la Gracia, y lo mucho que ha estimado lo que nada aprovecha sin ella. ¿Es posible, que por alcanzar una dignidad humana u oficio dado de manos de hombres, se pierda, o ponga a peligro la Gracia, que solo te aprovecha?¿Qué te puede aprovechar el favor de los hombres, el estar junto a los Reyes, si el ser Madre de Dios no aprovecharía sin Gracia? ¿Qué te aprovecharán esas ventajas, y adelantamiento entre los hombres, porque te pudres y revientas? Si la potestad de Moisés, la judicatura de Samuel, el señorío de David, los milagros de Elías, la autoridad, y mayoría de San Juan, el poder de los arcángeles, la Presidencia de los Principados, los prodigios de las Virtudes, la majestad de los Tronos, la primacía de los Serafines, el imperio sobre las Jerarquías del Cielo, el Reino del Mundo, el respeto de hombres, y Ángeles, el ser Madre de Dios, no aprovecharía sin Gracia; y la Gracia, sin más ayuda, aprovecha? Con la Gracia solo te puedes salvar; y la misma Madre de Dios sin Gracia no se salvaría. ¿Cómo no te asombras de lo que es la Gracia, y de lo que es el pecado? Por la Gracia el

que estaba más apartado, y lejos de Dios, se salvará; y por el pecado, si la Madre de Dios le cometiera, se condenará. Mira ahora si importa la Gracia.

III.

Dos cosas hay en ser Madre de Dios de grande excelencia. Una, haber participado el Hijo de Dios de su purísima sangre, y sustancia, haciéndose de ella hombre. Otra, haber estado nueve meses dentro de sus Santísimas Entrañas. Coteja todo esto con lo que pasa en el que está en Gracia, el cual participa de la Naturaleza Divina: y más es esto, que no que Dios participe la sangre de su Madre, pues por participar nosotros la Naturaleza Divina, nos santificamos; y Dios por tomar la sangre de una Mujer, ni se santifica, ni la santifica, según San Agustín, por esto solo. Además de esto, si la Virgen tuvo en su vientre al Hijo de Dios, el que está en Gracia, tiene en su alma al Espíritu Santo, que es tan bueno, y tan infinito, y Dios de la misma manera, que el Hijo. Y esta es una excelentísima excelencia de la Gracia, como después trataremos, que no solo ella por sí santifique al alma, la hermosee, y adorne, y levante a un ser, y grado Divino; pero hace que la misma persona del Espíritu Santo se aposente en nuestro corazón. Fuera de esto, en las entrañas de su Madre solo estuvo Cristo nueve meses; pero en el alma del que está en Gracia, si no hay impedimento de pecado, una eternidad se está el Espíritu Santo. ¿Hay quien acabe de entender esto? ¿Hay quien acabe de estimar, qué es estar en Gracia? ¡Hay de nosotros, que no son sino muy pocos los que lo entienden! O quien pregonare a voces que las oyeran en los desiertos: ¡Hombres, que estáis en Gracia, mirad que tenéis dentro de vosotros con particular presencia al mismo Espíritu Santo! ¡Hombres que no estáis en Gracia, mirad, que le podéis tener: mirad, que estar en Gracia, es más, que concebir la Carne de Hijo de Dios, más es, que es en sí ser Madre de Dios, como, siente San Agustín; más es, que tener el Reino del Mundo, y el Imperio del Cielo y Tierra. ¿Quién hay, que perdiera esto por no más que su gusto? ¡O deshonra del género humano, despreciador de Dios, aborrecedor de ti mismo! ¿Es posible, que no aprecies esto, y que arrojes de tu corazón al Espíritu Divino, y tan sin causa, y por tan poco? ¿Qué el Espíritu Santo quiera estar eternamente dentro de ti, y que tú te des tanta prisa a echarle, o contristarle? El deseo de dar a entender esto, me da atrevimiento, para que proponga un caso, que aun imaginarlo causa horror. Si estando preñada la Virgen Santísima, teniendo en su vientre al Hijo de Dios, intentase uno darle algún veneno para que abortase, ¿no fuera este traidor tan maldito como Judas? ¿Pues cómo no se repara en echar del alma al Espíritu Santo, que le es tan infinitamente bueno, y grande, como el Hijo de Dios? Si teniendo a Dios en el cuerpo, le echara uno de él voluntariamente con un vómito asqueroso, ¿qué infierno no mereciera? ¡Y que no tiemble un hombre de echar de su alma al Espíritu Santo, con la abominación del pecado! He propuesto estas comparaciones de cosas, que aun oídas hacen erizarse el cabello, y estremecer los huesos, para que siquiera se conciba algún temor de lo que es despreciar la Gracia, y en ella la persona del Espíritu Santo.

Pero no solo se ha de cuidar de no echar de nosotros este Espíritu Divino, sino de tratarle como merece tan gran Huésped, procurando el que está en Gracia, con la vida buena, y santos pensamientos, y obras, tener contento a este Soberano Espíritu, cuyo Templo es. Mira, qué ingratitud fuera, si el Hijo de Dios se entrara en tu casa para vivir en ella contigo, como vivió muchos años con la Virgen, y San José; si tú no le miraras en todo el día a la cara, ni cuidaras de servirle, ni hicieras obra de su gusto. Juzga ahora lo que haces, si después de haber recibido los Sacramentos, vives tan tibiamente como antes. Juzgue el siervo de Dios, qué es lo que haría en descuidarse de su aprovechamiento, dejando los buenos ejercicios que usaba. ¿Qué quiere decir, que el Espíritu Santo esté dentro, no solo de tu casa, sino de ti mismo, y que se te pase un día sin mirarle al rostro, sin tener oración, y sin presencia de Dios? ¿Qué quiere decir, que no le des en todo el día gusto entero con alguna obra perfectamente hecha, sino mil de disgusto, con mil inmortificaciones, mucho distraimiento, palabras demasiadas, y gran hastío de las cosas espirituales, andando siempre entristeciendo al Espíritu Divino? No es esta vida que le das para durar mucho. Este mal tratamiento no es para mucho tiempo: guarda no se vaya, y deje tu alma para que sea cueva de demonios. Miren los que se han confesado, cuan de corazón se deben convertir a Dios, como ser la razón, que vivan de allí adelante. Consideren, que han de contentar a Dios, que ha hecho trono en su espíritu, y consagrado altar en su alma, y dedicado templo en su corazón. Guárdense puros, inmaculados, santos, fervorosos. ¡O qué lástima es! ¡O cuán grande disonancia hace a los ángeles, ver a uno después de confesado, a dos días: y aun al mismo día, tan poco devoto como antes, tan distraído, y relajado! Dios, por su misericordia, lo remedie, y dé a entender a los hombres lo que es de la Gracia, y qué es tener con ella en el alma la majestad del Espíritu Santo: y la obligación que les corre de mudar de vida y ser santos cada día más. Imitemos a la Madre de Dios en el cuidado que tuvo de servir, y adorar a su Hijo. Los ojos, el alma, y corazón se le iban tras de él, como su Dios, y Señor. Igual huésped tiene consigo quien posee la Gracia, el alma, y corazón se le va tras él y adórele muchas veces dentro de sí mismo. Si viera a la Virgen, que traía en sus entrañas al Redentor del Mundo, ¿qué reverencia no le tuviera? Pues ¿por qué se desprecia a sí con la vileza de vida, teniendo dentro de su alma al Glorificador de los justos, que es Dios, con el Padre, y el Hijo? ¿Qué reverencia no merecen aquellas sacrosantas entrañas de María, que sustentaron nueve meses al Hijo de Dios? Pues el alma, que tiene al Espíritu Santo, ¿por qué no se ha de estimar? Oye como exclama San Epifanio, admirado que el Hijo de Dios entrase en el vientre de su Madre, para que te cause algún respeto, que el Espíritu Santo haya entrado dentro de ti: *(ln Serm. de V. laud.) ¡O Vientre impoluto, que contiene en sí la redondez de los Cielos, que a Dios incomprensible le tuviste dentro de ti comprehendido! ¡O Vientre más capaz que el Cielo, que no estrechaste a Dios dentro de ti! ¡O Vientre, que eres un Cielo adornado con siete Orbes, y eres más grande que ellos*! *¡O Vientre que eres más sublime, y ancho que siete Cielos!* ¡O *Vientre, que eres octavo Cielo, más levantado que siete Firmamentos*! *¡O Vientre, que contienes en ti la luz inextinguible de Gracia, siete veces resplandeciente y lucida!* Admirémonos con semejantes exclamaciones de un

alma, que tiene en sí al Espíritu Santo. ¡O alma limpísima, que tienes dentro de ti al que no cabe en la redondez de los Cielos! ¡O alma que no se estrecha en ti el que llena el Orbe de la tierra! ¡O alma, que encierras dentro de ti al incomprensible! ¡O alma, más capaz que el Cielo! ¡O alma, que eres un Cielo, que contienes más que siete Cielos! ¡O alma, que eres un Cielo Empíreo, más levantado, y sublime, que siete Firmamentos! ¡O alma, que tienes en ti la luz eterna, más resplandeciente infinitas veces, que el sol! ¡O alma en Gracia, si te conocieses, cómo te estimarías, cómo procurarías, adornar tu vida, más limpia que los cielos, más pura que los ángeles, más santa que las virtudes, más despreciadora del mundo que las Dominaciones, más constante que los Tronos, más fervorosa, y ardiente que los Serafines!

CAPÍTULO XVI. Cuánto debe ser estimada la Gracia, por lo que Dios la estima.

I.

Si todo lo dicho no bastare para formar algún concepto proporcionado a la debida estimación de la Gracia, baste el caso, y aprecio, que de ella hizo el mismo Dios: pues se puede decir, que la estimó infinito, porque hizo porque la tuviéramos infinito, y nos la compró su Unigénito Hijo, no como quiera, con precio simplemente infinito, sino muchas *veces* infinito, y dando por ella su sangre, y vida, infinitamente inestimable, padeciendo tan acervos tormentos, y sufriendo tan contumeliosas injurias. La Sabiduría Eterna no puede errar en dar a todas las cosas su punto, y debida calificación: y pues por esta mercadería de Gracia dio todo su caudal, y echó el resto de su omnipotencia, preciosísima cosa es, y riquísima. ¡O hombre ignorante, envuelto en gruesas tinieblas! Si no alcanzas a conocer lo que es Gracia, fíate del que es sumamente Sabio. Engáñate esta vez por él, que no te engañará. Estima lo que ves, que tanto estima, quien es solo justo tasador de las cosas. ¿Qué cosa será la que por dártela no dejó Dios cosa por hacer, hasta deshacerse a sí mismo? Llegó a lo sumo de su Omnipotencia, de su Sabiduría, y Bondad, porque no careciésemos de este bien: y si Dios no hace nada ociosa, ni desordenadamente, ¿qué será por lo que hizo tanto? Lleguemos ahora a ver algo de lo que hizo; ¿pero quién lo podrá decir? Mas son estas cosas para quedar atónitos en su consideración, que para hacer de ellas relación. Apuntaremos en breve algo, para que como merece, se considere todo profundamente, y se pondere despacio.

Viendo, pues, aquel Omnipotente Dios, que lo creó todo de nada, que una de las más nobles creaturas suyas, por un pecado que cometió, perdió la Gracia, y se había hecho indigna de que se la diesen de nuevo; por quedar en esto ofendida la Justicia Divina, se determinó de satisfacer esta ofensa a toda costa suya, y hacer todo lo posible por restituir al hombre con efecto a la dignidad perdida. Para esto ¿qué no hizo? ¿Qué diligencia perdonó? ¿Qué no padeció? Porque todo era menester, por la inestimabilidad del bien que nos quería negociar. Lo primero, determinó hacerse hombre. Este consejo tan inopinado, estupenda dignación del Hijo de Dios, ¿por qué fue, sino por darnos la Gracia? Quedaron pasmados los Serafines de ver esta resolución del Altísimo, de hacerse hombre, por dar Gracia al hombre. Gran cosa es la Gracia, pues el inmudable, se movió de su Silla y Trono, e hizo, tal jornada, desde lo supremo del Cielo Empíreo, hasta la estrechura del vientre de una doncella. Si un Rey no sale de su Corte a tierras extrañas, sin causa de grande importancia; grande importancia será la de la Gracia, pues por ella hizo el Unigénito del Padre tal jornada, y demostración. Si alguno ignorante del fin, viera al Verbo Eterno, que dejando las Naturalezas Angélicas, y todas las Jerarquías del Cielo, sin hacer cuenta de aquellas sublimes esencias de los Espíritus Celestiales, se entrase en este mundo inferior, en este valle de lágrimas, y mazmorra de cautivos, y en un rincón de Nazaret se vistiese del hábito humilde de siervo, y penitente tomando en su persona la Naturaleza más baja de todas las capaces de razón, ¿qué dijera este tal? ¿Qué juzgará de

la importancia de aquella acción? Juzgara que le iba a Dios no menos que la vida: juzgara que le iba ser Dios. Pues no es más, que por darte su Gracia: esta que desestima el mundo, estimándola Dios tanto. Por darla al hombre, Dios bajó del Cielo: ¿y que el hombre no quiera con ella subir al Cielo? Por cierto, que sino por lo que es ella en sí, por lo que Dios hizo por darla, la debemos estimar: ¿qué hizo Dios por esto? Hizo lo que no pudo ser más. Si al mismo Dios le fuera la salvación, y su misma dignidad, no podía hacer más que lo que hizo, porque tuviésemos la Gracia, y que no la estimen los hombres. ¿Qué haya cristiano, que no se muera de pena, de pensar que pueda estar alguna vez sin ella? ¿Qué encanto es, que haya tantos que vivan descuidados, sin este bien? ¿Qué duerman, que coman, sabiendo que están sin Gracia? ¿Qué respiren, que hablen, que traten, que se pongan a peligros de muerte, que no hagan nada por alcanzarla? ¿Que no quieran dejar un gusto, ni las malas compañías, por recibirla, bajando el Hijo de Dios del Cielo, dejando los ángeles, y humillándose a ser del linaje de Abrahán, por darla? ¿Qué quiere ser esto? Dios se deshace porque tengamos la Gracia: y que el hombre, por una vana presunción y por no ceder en algo, no la quiera tener. ¿Que haya tanto desprecio de los hombres, donde hubo tanto aprecio de Dios? ¿Qué hagas tú tan poco, por lo que Dios hizo tanto? ¿Qué no hizo Dios por darte la Gracia? Hizo cuanto pudo ser, se hizo Hombre, y al hombre Dios: y en esto hizo cuanto pudo su Omnipotencia, cuanto pudo pensar de bueno su Sabiduría, cuanto pudo querer su Bondad; ni pudo hacer obra mayor, ni quererla mejor, ni pensarla más acordada. ¿Para qué todo esto? por la Gracia. ¿Y paró aquí? No, sino que de un extremo pasó a otro. Después de hecho Dios Hombre, hubo de sudar por darnos la Gracia, hubo de trabajar, de penar, de trasudar sangre, de sufrir ignominiosas afrentas, de sufrir tormentos insufribles. Ayunó cuarenta días sin comer bocado, fue descarnado su cuerpo con más de cinco mil azotes, fue por burla coronado con una guirnalda horrible de espinas, que con más de setenta de ellas atravesaron su inocentísima cabeza; fue crucificado afrentosamente entre gente facinerosa, e infame; finalmente, de puros dolores expiró en la Cruz. ¿Para qué todo esto? Para merecernos la Gracia. ¡O Ángeles santos! Decidme ¿qué es esta Gracia? Santos Querubines, que estáis llenos de ciencia, decidme ¿qué es Gracia, que tanto costó a nuestro Dios? ¿Qué pudo hacer él por ella el Hijo de Dios, que no hiciese? Hizo cuanto pudo para dárnosla y para darla a estimar. Preciosísima es por cierto, pues se dio por ella la cosa más preciosa, que hay en el Cielo y Tierra, que es la vida del Hijo de Dios. ¿Para qué el ayuno de Jesús? ¿Para qué sus trabajos? ¿Para qué su sudor? ¿Para qué sus azotes? ¿Para qué sus espinas? ¿Para qué su Cruz? ¿Para qué su muerte? ¿Para qué todo esto? Por la Gracia. ¿Y paró aquí? No, sino que sobre este extremo segundo, pasó a otro tercero. No se ha contentado con ganarnos la Gracia tan a costa suya, que se quedó en perpetuo sacrificio, y Sacramento, escondido en unos accidentes de Pan, instituyendo para comunicárnosla, otros seis Sacramentos. ¡O inestimable bien de la Gracia, que así tuvo diligente, y cuidadoso a Dios! ¿No bastaba haberse hecho Hombre? ¿No bastaba después de haberse hecho Hombre, el hacerse (como él *dice)* gusano, y oprobio de los hombres en su Pasión, y Muerte? ¿Qué era menester hacerse sustento nuestro, y Pan del alma? ¿No bastaba, entrar en el Mundo

para nacer? ¿No bastaba entrar en casa de Pilato para padecer? ¿Qué era menester entrar en mí? ¿No bastaba haber bajado una vez del Cielo? ¿No bastaba haber bajado, otra vez a los infiernos? ¿Qué es esto? ¡Que baje tantas veces a nuestros pechos, y a las manos de los Sacerdotes! ¿Qué bajadas son estas del Hijo de Dios? ¿Qué idas, y venidas son estas? ¿Para qué tantos pasos del Unigénito del Padre? Gran negocio trae entre manos: el negocio de la Gracia es: el darnos su Gracia trae al Señor de la Majestad de esta manera.

Una sola venida del Hijo de Dios tuvo a los Patriarcas antiguos suspensos, y atónitos: admirados de esta suma dignación de Dios, que se les había revelado, a voces se deshacían, para que se cumpliese: porque aunque tenían fe de ella, era tan inopinable favor, que no les sufría el corazón dilatarle. ¿Qué clamores dieron para que se cumpliese? ¿Qué suspiros? ¿Qué ansias de verlo? ¿Qué dijeran, si vieran lo que pasa ahora? Cada día baja Jesús del cielo una, y mil veces: cada día desciende a los pechos de los fíeles. ¡O cómo trae este negocio de la Gracia a Dios tan diligente! ¿Cómo no lo estás tú? Dios da tantos pasos por darte la Gracia, y tú no quieres dar uno por recibirla. Para mostrar la suma dignación, e inestimable favor de la venida del Hijo de Dios, se la hizo desear tanto a los Santos antiguos: ahora para mostrar su amor, y deseo, de que tengamos la Gracia, cada día baja innumerables veces. Antes muchos clamores, gemidos inenarrables, largas oraciones costó a los Patriarcas, y Profetas el acelerar su primera venida: ahora con cuatro palabras del Sacerdote le tenemos entre las manos: ahora cada día le metemos en nuestro pecho: ¿quién hizo a la Luz inaccesible tan conversable? ¿Quién hizo al que anda sobre las alas de los vientos tan familiar, y humano? ¿Qué negocio trae entre manos, que le hace tan solícito, y entremetido con los hombres, con los desterrados en este valle de lágrimas? Gran negocio es la Gracia: este es el negocio de Dios. Por el amor que nos tiene anda tan cuidadoso, porque no nos falte este bien, y porque le queramos nosotros: porque le pretendamos, porque este sea nuestro negocio. ¡O ambiciosos del mundo! ¡O pretendientes de un puñado de viento, y solicitadores de vuestra misma perdición por donde menos pensáis! ¿Por qué no hacéis vuestro negocio, y el de Dios? Dios no tiene con los hombres otro negocio, sino el de la Gracia; ni debía ser otro negocio, sino este, por este anduvo Jesús muchos pasos, por esto sudó y trasudó. ¿Qué desvergüenza es, que no quiera el hombre le cueste un poco de trabajo el alcanzarla, y conservarla? ¡O insolente, y luciferina soberbia! Jesús anda arrastrado de Herodes a Pilatos: Jesús azotado, y crucificado, por darnos la Gracia; y el hombre no quiere que le cueste penitencia alguna, ni un ayuno, ni un silicio, ni una gota de sangre. Todas las cosas hizo Jesús, por darte su Gracia; y tú no haces algo, debiendo hacer todo por esto, o por adquirirla, o por aumentarla. El Hijo de Dios bajó del Cielo, por traernos la Gracia, por dárnosla se humilló, se aniquiló, trabajó, predicó, padeció, derramó sangre, murió, no hizo obra, que no fuera por su Gracia, para que tú no hagas cosa, que no sea por tenerla, o conservarla o adelantarla. El comer, el ayunar, el dormir, el velar, el andar, el pararte, el menearte, el respirar: todo debe ser por esto. ¡Ay de nosotros que lejos está el mundo de este pensamiento, pues no estima cosa menos, ni olvida cosa más! ¡O qué verdad dijo el Señor! Que estaban muy lejos sus pensamientos de los pensamientos de

los hijos de los hombres. Dios siempre tiene por delante la Gracia: los hombres su vanidad, y gusto, tan lejos de anhelar con todas sus obras a esto, que aún no lo saben en el corazón estimar.

II.

Pero ¿quién, si considera la Sangre del Hijo de Dios derramada, por merecernos la Gracia, ya no la estimará sobre todo lo estimable? David, aunque tuvo gran deseo del agua de la Cisterna de Betlehen, cuando supo, que por traérsela tres de sus soldados, se pusieron en peligro de muerte, rompiendo por los Reales de los enemigos, teniéndola ya en las manos, no la quiso beber, sino la ofreció a Dios, y pareciéndole, que cosa que había costado peligro de sangre, y riesgo de vida, era de más valor, que convenía para que sirviese a su gusto, y digno solo de Dios, dijo así: Así me haga bien el Señor, que no haré tal cosa no la beberé. ¿Por ventura tengo yo de gastar en una bebida, cosa, que costó la sangre de estos soldados, y tuvo peligro de sus vidas? Pues si un poco de agua, que de suyo es cosa tan ordinaria, y vil, por solo que pudo costar la vida, y sangre de unos hombres, la tuvo por tan preciosa David: la Gracia, que es en sí cosa tan grande, y preciosa, y ha costado no solo peligro, sino la misma vida, y Sangre del Hijo de Dios, ¿por qué no la has de estimar? ¿Por qué no hemos de apreciar esta agua viva, que salta hasta la vida eterna? Demos que la Gracia no fuera lo mucho, que hemos dicho en los capítulos pasados, sino que en sí no valiera más que un poco de agua turbia de un charco; por lo mucho que le costó a Jesucristo, la habíamos de estimar infinito. Y pues muchas cosas no se tasan, ni estiman por lo que son en sí, sino por lo que las aprecian los prudentes: ya que la Sabiduría eterna apreció tanto la Gracia, que la compró con precio infinito, la debemos nosotros estimar, y agradecer infinitamente. Mire, pues, quien desprecia la Gracia, que no solo desprecia en ella lo que en sí es, que es muchísimo, sino lo que a Cristo le costó, que es infinito. Desprecia la Encarnación del Hijo de Dios, desprecia sus fatigas, desprecia sus tormentos, desprecia su Sangre, desprecia su vida, desprecia sus Sacramentos, desprecia al mismo Dios, pues la Gracia del hombre se pagó a precio de Dios. Por lo cual dijeron San Hilario, y Eusebio Emiseno: *(Eusb. Homil. 6 de Pasc.) Gran cosa me siento ser*, *teniendo esto de Dios, que ser obra suya, pero mucho más es*, *que veo al mismo Dios*, *que ha sido mi precio, pues mi Redención se efectuó con tan copiosa recompensa, que parece que el hombre vale lo que Dios es.* En otra parte dice Eusebio: *(Homil. 2 de Symbolo) En el peso de la Cruz, no oro, no plata, no un cuerpo de. ángel; sino el mismo autor de la salud eterna*, *consintió ser pesado allí, para que el hombre*, *que había degenerado de su estado de Gracia, conociera su dignidad, a lo menos por la grandeza de su precio.* Pues no oro, no plata, no un ángel, no otra creatura; sino a su mismo Creador desprecia, quien desprecia la Gracia: porque no costó menos la Gracia del hombre, que la vida de Dios Hombre. ¡O mortales! Sabéis ¿qué hacéis, cuando por un pecado perdéis la Gracia? No es menos que hacer burla de Dios, de la Vida, Sangre, y. muerte de un Dios Eterno, y vuestro Omnipotente Señor.

¿Hay juicio en los hombres? ¡Que esto sea así, y no acaben de estimar sobre todos los bienes temporales este bien eterno! Si no lo alcanzas a entender, fíate del juicio de tu Redentor Jesús. Jesús tuvo tu Gracia por tan preciosa, que por ella dio su Sangre, y vida infinita: tú por lo menos da tu gusto; y si fuere menester sangre, y vida, por tenerla, conservarla y aumentarla.

III.

Más costosa fue a Dios la Gracia, que todo el Mundo. En un instante hizo el Cielo, y Tierra. La Luz, que alegra toda la naturaleza, y recrea los vivientes, con dos palabras la hizo. Las Estrellas y Planetas, en el aire las fabricó. El Firmamento, las plantas, las aves, los animales, no le costaron más que hablar. Al hombre, que es la mejor naturaleza de este mundo inferior, con un soplo le dio vida, y alma. Las naturalezas angélicas, solo con querer las creó. Ni solamente las cosas naturales, sino las milagrosas, no le están a Dios en más costa, como observó San Crisóstomo. *(In Epist. Ad Ephes. Homil. 2) A* Lázaro resucitó Jesucristo tan presto como lo dijo; y todos los muertos del género humano, en un cerrar, y abrir de ojos los restituirá a la vida. Pero para restituir al hombre la Gracia perdida, fue menester hacerse él hombre; y hecho hombre, más de treinta y tres años anduvo en este negocio: y en este tiempo, ¿qué no hizo, y qué no padeció? Hizo lo que pudo, y padeció cuanto quisieron sus enemigos. ¡Grande obra es esta de la Gracia! El Cielo, y Tierra hizo Dios en un instante; mas para darnos la Gracia, gastó muchos años: crear las naturalezas, no le costó más, que decirlo: mas para la Gracia fue menester hacer, y trabajar mucho, y padecer muchísimo. La fábrica del hombre con una aspiración la hizo; pero para restituirle la Gracia, el mismo Dios expiró: para dar vida al hombre, no fue menester más que un soplo; pero para darle la Gracia, perdió la vida el que es vida eterna. ¡O Santo Dios! ¿Qué obra es esta de tanta obra? ¿Qué negocio es este tan grande? ¿Qué es esto de Gracia, que tanto va de ella a las demás cosas? ¿Qué es esta Gracia, que tan costosa os es? Ángeles Santos, qué decís de esto, viendo la Gracia tan preciosa a Dios, y de los hombres tan malbaratada; ¿tan costosa al Hijo de Dios, y tan despreciada de los hijos de Adán? ¡Que uno pierda en un instante lo que el Hijo de Dios le ganó en muchos años! Qué se desprecie por un gusto lo que al Hijo de Dios costó tantos tormentos, y tantos años, trabajando, sudando, padeciendo Dios por tu Gracia toda la vida, ¿tú no quieres hacer siquiera un mes de verdadera penitencia? ¿Cuántos hay, que después de haber vivido como unos demonios del infierno, de la noche a la mañana, y de un día para otro se confiesan, sin más afligimiento, ni penitencia, y al tercer día están como antes, tan contentos consigo, y amigos del demonio? Verdaderamente, que siquiera por hacer caso de lo que costó *a* Jesús su Sangre, aunque no fuera menester, habíamos de hacer estima de esto, y. llegar a los Sacramentos con mas preparación, y reverencia precediendo la confesión, penitencia, llantos y gemidos del corazón; y los temerosos siervos de Dios, que esperan a la Divina Bondad les habrá perdonado sus pecados, y restituidoles este don inestimable, estímenle,

y guárdenle, y procuren adelantarle: estimando la vida de Cristo, que costó y vivan conforme el mismo Señor quiso que viviesen los blanqueados con su Sangre, inmaculados, puros y santos. Y todos consideren, que si Dios hizo tanto, cuando éramos sus enemigos, por darnos su Gracia: ¿qué no hará después de haberla dado a un alma, y hechola amiga suya? Estimemos el habernos entregado el Padre a su Hijo, y el haberle entregado para que padeciese. Estimemos esta honra, y favor, que nos hizo, y creamos, que quien hizo tanto por darnos la Gracia, haría otro tanto después de dada, si fuera menester. Meditemos muchas veces lo que dice San Juan Crisóstomo: *No debe parecemos tan admirable el entregarnos Dios a su Hijo, siendo tan amado de él, le entregase para que fuese sacrificado en la Cruz por nuestra causa. Grandísimo es este exceso de la caridad Divina, porque aquel a quien únicamente amaba el Padre, le entregó por reconciliarse con aquellos que aborrecía. Mira ahora cuanto nos quiso, y cuanto se dignó honrarnos: porque si cuando éramos sus enemigos, y le aborrecíamos, con todo eso entregó por nosotros a su amado Hijo: ¿qué no hará de allí adelante, cuando estuviéremos reconciliados con él por la Gracia?* Pues si Dios, después de dada la Gracia, haría más, que hizo por dárnosla, démonos por obligados dos veces a este Señor por lo que hizo, y por lo que haría: y hagamos nosotros mucho, no solo por recibir su Gracia, sino después de recibida, muchísimo por asegurarla, conservarla, y perfeccionarnos con ella, santificándonos, espiritualizándonos cada día más y más, como él desea.

IV.

Se puede también echar de ver cuán preciosa es a Dios la Gracia, pues por lograrla en sus predestinados, deja revolverse el mundo, guerras sangrientas, hambre común, pestes generales; y lo que más es, pecados públicos suele permitir por este negocio de la Gracia: pérdidas de hacienda, menoscabo de honras, tormentos de enfermedades, muertes no pensadas, ordena su Sabiduría Divina misericordiosamente por este negocio de la Gracia: por salir con esto, que sus predestinados se salven. En orden a dar, y conservar la Gracia a un escogido suyo, se trastornará el mundo, y atropellará Dios con todo, hasta sufrir (según Tertuliano dice) descrédito de su providencia. Por dar Gracia a un pobrecito, matará los Reyes, y Príncipes. No hay cosa para con Dios comparable en interponiéndose Gracia. Todo está en este negocio. Dejará perderse la naturaleza, porque no se pierda la Gracia. Aprendamos de Dios a estimar nuestra salvación, y procurar su Gracia: piérdase el mundo, y no perdamos la Gracia: piérdase la honra, y no perdamos la Gracia: piérdanse todos los bienes de la tierra y no perdamos la Gracia: piérdase la salud, y no perdamos la Gracia: piérdase la vida, y no perdamos la Gracia: piérdase el Cielo, y Tierra, y no perdamos la Gracia: húndanse los pueblos de gentes, y no perdamos la Gracia: fáltenos todo, y no faltemos a la Gracia, que si a ella solo tenemos, lo tendremos todo.

Cristo nuestro Redentor, que con obras nos dio tanto a estimar la Gracia, que nos

mereció en su sudor, y Sangre, e hizo estimable sobre todas las cosas, no faltó a lo mismo con su doctrina, y palabras. La comparó a las cosas más preciosas del mundo, exhortándonos a que a ella solo procurásemos, aunque por ella dejásemos todo. La llamó Margarita preciosa, y Tesoro escondido, y Reino de los Cielos. Justamente nos encargó, que a trueque de tenerla a ella sola, vendiésemos todas las cosas, y renunciásemos padres, y hermanos, y a nosotros mismos nos negásemos, y el alma, y vida diésemos por ella. No son rigurosas las palabras del manso Jesús. No nos pide mucho, en que demos todas las cosas de la tierra por la Gracia, pues bajó él del Cielo por venir a merecérnosla. No nos pide mucho, que dejemos a nuestros padres, pues él descendió del seno del suyo, que está en los Cielos, por venir a dárnosla en la tierra. No pide mucho, que demos alma, y vida, por recibir lo que por darnos él, dejó la suya. Preciosa Margarita es la Gracia y es poco dar por ella todas las cosas. Justa petición es, que demos todo, por lo que vale más que todo, y con ello viene todo bien. Quien dijo, que al que buscaba el Reino de Dios se le añadirían de más a más todas las cosas, bien pudo encargar, que por buscarle las dejásemos todas.

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO PRIMERO. Cómo con la gracia, no solo tiene el justo la participación de la Naturaleza Divina, sino a la misma Persona del Espíritu Santo, que está en él.

I.

Consideremos ahora más en particular la grandeza de la Gracia por sus efectos, y excelentes circunstancias, que la hacen estimabilísima, aunque ella fuera mucho menos de lo que es; porque como muchas cosas no se estiman por lo que son, sino por lo que causan, y ocasionan; así la Gracia, aunque ella fuera menos, que el lodo que pisamos, por los admirables efectos que tiene, y condiciones que la acompañan, sería la cosa más preciosa del mundo. Pero juntándose ser ella en sí preciosa, sobre todo lo precioso, y mejor que el Universo de la naturaleza, y juntamente tener tales calidades, y efectos; ¿qué puede responder la avaricia humana con el desordenamiento de sus deseos, sino confesar que es todo, locura, y desatino, fuera de estimar la Gracia únicamente sobre todos los bienes de la tierra? Estas nobilísimas condiciones, y efectos de la Gracia son muchos, y todos admirables. Da vida al alma, da la hermosura, la hace hija de Dios, la reconcilia, y deja en su verdadera amistad, la enriquece con la caridad, la llena de virtudes sobrenaturales, la adorna con los Dones del Espíritu Santo, hace sus obras meritorias de vida eterna, da derecho a la Gloria, y otros admirables dones, que trae consigo. No podré discurrir por todos, como pedía su grandeza; pero tocaré los más principales, empezando ahora por uno principalísimo, y raro, que aunque no tuviera otro bien la Gracia, por este debía ser de inmensa estima; y es, que trae al alma la tercera Persona de la Santísima Trinidad, que es el Espíritu Santo, con un modo admirable, y singular; y por consiguiente, todas las tres Personas vienen a habitar en el hombre; de manera, que los justos, no solo participan de Dios por la Gracia, que se les infunde; sino de otra manera mucho más excelente, que es por la misma sustancia de la Naturaleza Divina, en cuanto la Persona del Espíritu Santo entra, y habita al alma, complaciéndose allí con presencia particular. Por lo cual dicen algunos Teólogos, que el justo participa de dos maneras la Naturaleza Divina. La una accidentalmente, por razón de la Gracia. La otra substancialmente, por el mismo Dios, y Naturaleza Divina, que con el Espíritu Santo tiene en sí.

Y porque este bien de la Gracia es tan inefable, y Divino, me detendré algo en su confirmación, mostrando, como fuera de la Gracia se da con ella al justo la misma Persona del Espíritu Santo; que no será poco consuelo de las almas devotas detenerse, y regalarse, repitiendo la memoria de este singular bien, escuchando lo que acerca de ello enseñan los Doctores, fundados en la doctrina de los Santos, y unos, y otros en la Sagrada Escritura. No pienso que despreciarán esta diligencia, ni los doctos, ni los menos Letrados: *Aquellos, porque mostrarán que aman lo que saben; estos, porque desearán saber lo que ignoran,* como dice San León, hablando de éste Divino Espíritu. En primer lugar Santo Tomás dice: *En el mismo beneficio de la Gracia, que nos hace agradables a Dios, se posee el Espíritu Santo, y habita en el hombre, por lo cual el mismo*

Espíritu Santo se da. Luego añade: *Por el beneficio de la Gracia se perfecciona la creatura racional, para que libremente, no solo use del don creado de la Gracia, sino que goce de la misma Persona Divina.* Vuelve a repetir el angélico Doctor: *La Gracia que hace a los hombres gratos a Dios, dispone al alma para tener una Persona Divina.* En otros lugares confirma lo propio. Y San Buenaventura, hablando al mismo propósito, dice: *La perfecta posesión es en la cual se posee Dios, y la Gracia.* Luego añade: *No es dádiva perfecta, ni don perfecto, sino es que se dé un don increado, que es el Espíritu Santo, y un don creado, que es la Gracia, por la cual se ha de conceder, que uno, y otro se da.* Alejandro de Ales también dice: *En la misión del Espíritu Santo que es por la Gracia, no se da el Espíritu Santo solamente, ni solo sus Dones; pero uno, y otro, por lo cual se da el Espíritu Santo en sí, y en sus Dones.* Lo mismo dice Escoto, Gabriel de Vio, Marcilio, Valencia, Vázquez, Suarez, el cual lo aprueba de manera, que con la autoridad de Santo Tomás, dice ser lo contrario error. Antes de todos, el Maestro de las sentencias lo enseñó, y hay muchas autoridades de Santos que lo dijeron.

San Agustín dice: *(Libr. De Trinitae cap. 26) No debemos dudar, que se dio el mismo Espíritu Santo, cuando Cristo soplo en sus Discípulos, que es aquel, del cual poco después dijo: Andad, bautizad a todas las gentes: en nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Es, pues, el mismo que también fue dado del Cielo el día de Pentecostés: pues cómo no será Dios el que da el Espíritu Santo.* ¡Y *cuán gran Dios es el que da a Dios!* Considerando estas palabras Pedro Lombardo, añade: *Ves como claramente dice Agustino, que el Espíritu Santo mismo conviene a saber, Dios mismo, no solo su efecto, se da a los hombres por el Padre, e Hijo, y que el mismo Espíritu Santo, que es Dios, y la tercera Persona de la Santísima Trinidad se nos da, y se infunde, y entra en nuestras almas.* Esto también enseña San Ambrosio, diciendo: *(Lib. de Spiritu Sanct. cap.* 4*) Aunque muchas cosas se llamen espíritus, pues se dice de* Dios, *que hace a sus ángeles espíritus; con todo eso, uno es el Espíritu de Dios, pues este Espíritu uno fue el que alcanzaron los Apóstoles, y Profetas, como dice el Vaso de elección San Pablo. Bebimos un Espíritu, como cosa que no se puede partir; sino que se infunde, y entra en las almas, para apagar el ardor de la sed de las cosas del Mundo: el cual Espíritu Santo no es de la sustancia de cosas corporales, ni de la sustancia de las creaturas invisibles.* Y así solo es Dios, pues no es alguna de las creaturas visibles, ni invisibles. El mismo San Ambrosio añade después: *Toda creatura es mudable; pero el Espíritu Santo no lo es: pues por qué tengo de dudar que se nos haya dado el Espíritu Santo, como está escrito: La caridad de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado. El cual, como sea de su naturaleza inaccesible, con todo eso se ha hecho por su bondad perceptible de nosotros, llenando todo con su virtud; pero solo es participado de los justos. Es una simplicísima sustancia, riquísima de virtudes, presente a cada uno repartiendo de lo que es suyo, estando todo entero en todas partes. Infinito es, e incapaz de término el Espíritu Santo, que se derramó en las almas de los discípulos, que estaban apartados, a quien nada puede engañar. Los Ángeles a pocos son enviados; el Espíritu Santo en*

los pueblos enteros se infunde: ¿quién duda, sino que sea cosa divina lo que se infunde juntamente a muchos invisiblemente? Es, pues uno el Espíritu Santo, que fue dado a todos los apóstoles, aunque estaban apartados. La razón, que en estas palabras significa San Ambrosio, en su lugar la declararemos. En el mismo sentido dice el V. Beda; *(Homil. Domin. post Ascens.) Cuando se da a los hombres la Gracia del Espíritu Santo, entonces verdaderamente es enviado el Espíritu Santo del Padre, y también del Hijo.* Y San Basilio llama a los hombres Santos *Dioses;* porque en ellos habita el Espíritu Santo. (*Homil. de Spir. Sanct.*) Todo esto afirman los Santos por los lugares de la Escritura, que lo dicen bien claro. San Pablo lo repite muchas veces: hablando con los de Corinto, dice: (1Co. 6, 19) *Vuestros miembros son Templo del Espíritu Santo, que tenéis.* Y en la carta, que escribió a los Romanos, dice: *(Rm. 5, 5) La caridad de Dios se ha derramado en vuestros corazones por el Espíritu Santo, que se os ha dado.* Cristo nuestro Redentor, hablando de la venida del Espíritu Santo dice: *(Jn. 12) Al cual le enviará el Padre en mi nombre, y quedará entre vosotros, y en vosotros estará.*

De todo esto hemos de sacar una grande admiración de lo que es la Gracia, pues trae consigo un bien infinito, como es la misma Persona del Espíritu Santo. Por lo cual la llamó el apóstol (1Co. 1, 22): *Prendas del Espíritu.* Porque como declaran muchos Teólogos, la Gracia tiene de suyo traer al Espíritu Santo, y tenerle presente. De suerte, que si Dios por su inmensidad, no estuviera en todo lugar, y faltara de sus creaturas, en dando a uno la Gracia, luego viniera a él, el Espíritu Santo, y estuviera dentro de él, y quedara allí todo el tiempo que durara la Gracia. El Padre Francisco Suarez lo explica con el ejemplo del Verbo Divino, que está presente en la Sacratísima Humanidad de Cristo nuestro Redentor, con tal manera de presencia, que si no estuviera en todas las cosas por virtud de la unión de su Persona Divina, estuviera presente íntimamente al Alma, y carne de Cristo. A quién no admirará esta virtud de la Gracia, que tenga tal conexión, y consecuencia con este bien infinito, con la suavidad de Dios, con el consolador de los hombres, con el Glorificador de los Santos, con el mismo Espíritu Santo? ¿Dónde están las dependencias humanas? ¿Dónde las consecuencias del Mundo? ¿Qué cosa hay en él, que tenga anexa, o pueda ocasionar tal bien, como es la Divinidad del Espíritu Santo? No hay cosa que por sí, o por su consecuencia se haya de preferir a la Gracia, pues ella por sí es tan preciosa, y por lo que trae consigo preciosísima; ella en sí muy estimable, y el Espíritu Santo, que consigo trae, infinita este estimable. ¿Qué pérdida hay en el mundo, que pueda hacer contrapeso a esta ganancia? Ni la pobreza, ni el dolor, ni la afrenta, que es lo que más suelen sentir los hombres. Oigan lo que dice San Pedro: *(1P. 4, 14) Si fueres afrentados por el Nombre de Cristo, dichosísimos seréis; pues lo que hay de honra, de Gloria, y de virtud de Dios, y su Espíritu, descansa en vosotros.* ¿Qué importa la honra, si por su pérdida se ganase el Espíritu Santo, con el cual tendremos la honran la gloria, y la virtud de Dios? ¿Qué corazón hay ya, que no tiemble de perder la Gracia? Demos que atropelle con ella, y que no estime su pérdida: pero contra el Espíritu Santo ¿quién se ha de atrever? ¿Quién con razón, habrá que diga: Salga Dios fuera de mí, apártese mi Glorificador cien leguas de mi alma, vaya fuera de

mi pecho el Espíritu Santo; quiero perder a Dios, no quiero, no quiero tener al Espíritu Santo? Si el decir esto hiciera erizarse el cabello, y estremecer los huesos; ¿cómo no tiembla el pecador de ejecutarlo? Tiemble de las palabras del Salvador del Mundo, que dijo: *(Mt. 12, 31) Todo pecado*, *y blasfemia se perdonará a los hombres*; *pero la blasfemia del Espíritu no se perdonará; y cualquiera que dijere alguna palabra contra el Hijo del hombre, se le remitirá*: *pero quien la dijere contra el Espíritu Santo, no se la perdonarán*, *ni en este siglo, ni en el futuro.* Y si, como declaran muchos Santos, la blasfemia, y pecado contra el Espíritu Santo, por eso se dice, que no se perdonará por cuanto es aquella que no tiene excusa, y así de suyo es irremediable, si bien la misericordia de Dios es sobre todo: que mayor blasfemia, que decir uno, que no quiere Gracia, aunque traiga consigo al Espíritu Santo. Pues aunque pudiera tener alguna excusa el despreciar la Gracia, porque no es en sí bien infinito; pero no la tiene el despreciar en ella el mismo Espíritu Santo, que no solo es bien infinito, sino la misma bondad infinita. ¿Cómo es posible, que esto se haga por cosas de tan poca importancia, como se queja el mismo Espíritu por el Profeta Ezequiel? *(Ez. 13, 19) Me profanaban por un puñado de cebada, y por un pedazo de pan,* ¿Quién hay, que pueda oír esto, sin lágrimas y dolores?

II.

¿Quién no admira aquí también el infinito amor de Dios, que como dio a su Hijo para Redención de todos los hombres del mundo, dé también para la santificación de cada particular al Espíritu Santo, que es tan bueno, e infinito, como el misino Hijo de Dios?¿Quién soy yo, que para solo mi bien descienda Dios? Una Persona Divina, que bajó para redimir al género humano, espantó a los ángeles, y hombres, por tan, suma dignación. Pues ¿cómo, que para mí en particular baje otra Persona Divina para justificarme, y que no se estime este favor, ni se haga caso de este Divino don, ni del Dador de él? ¿Quién no agradece este bien tan verdadero, este beneficio tan infinito, estas entrañas de Dios tan amorosas, y llenas de piedad? A, ¿quién no admira, que se dé el Cuerpo de Cristo a los que comulgan, aunque no sea sino es por muy poco tiempo, que dura en su pecho? ¿Por qué no se admira también, que se dé la misma Divinidad del Espíritu Santo no para un cuarto de hora, o para un día, sino para que siempre permanezca en el que está en Gracia, siendo mayor cosa la Divinidad del Espíritu Santo, que la Humanidad de Cristo? Esta dádiva del Espíritu de Dios, cuanto es de suyo, no es al quitar, para siempre es; y así, hay que agradecer la infinidad del don, y la eternidad de su duración: no se corrompe el Espíritu Santo, no se acaba, no se arrepiente de entrar en los Santos, y estar en ellos mientras le son fieles; siempre durará en tu pecho, si tú no le echares: no te enfades tú de este Espíritu consolador, y no se enfadará el de t*i:* no le ahuyentes, que él no se huirá: no ofendas la Majestad, a quien debes estar agradecido: mira la calidad del beneficio para que se ajuste con él tu agradecimiento: no solo da Dios lo mejor que te puede dar, que es su Gracia, sino con ella su mismo amor, y la misma Persona del Espíritu Santo. Tú no cumples con menos, que con dar a Dios lo mejor que

tienes; esto es, hacer en cada obra lo mejor, lo más perfecto, lo sumo en toda acción virtuosa; y eso mismo con todo tu amor, y tu voluntad, y dándote sobre todo a ti mismo, cuanto eres, y vales, tu alma, tu espíritu, y vida. Si Dios te amó tanto, que te dio su Espíritu: tú, ya que no vales tanto como el Espíritu de Dios, debes darle todo lo que vales. Además de esto, este don que Dios te da, es para nunca quitarle: tú tampoco debes quitar a Dios lo que le diste. Dijo Aristóteles, que de la esencia, y naturaleza del don, es no tornarse a recobrar, cuanto era de suyo; pero en el Espíritu Santo, por ser don mucho más noble, está más firme su posesión, y entrega, como nota Alberto Magno: porque *no* solo tiene esta dádiva del Divino Espíritu la razón común de todos los demás dones, de ser para no volverse, cuanto es de suyo, sino también porque es perpetuo de suyo: mas lo que Dios nunca nos quitará, el hombre a quien le está bien, lo renuncia, desprecia y acaba. ¿Qué inhumanidad usa consigo el pecador, privándose de tal bien? ¿Qué irreverencia para con Dios, despreciando su don? Y siendo don el mismo Dios, que impiedad para consigo, y con Dios, qué irreverencia, y ¡qué inhumanidad, arrojar de sí al Espíritu Santo, dejarle sin templo, y sin dulce morada! Exhórtanos el apóstol, que no queramos contristar al Espíritu Santo, en el cual somos santificados. ¿Cómo hay atrevimiento para injuriarle, para arrojarle a la cara sus dones, y echarlos en la calle, y a él de su casa? Esto hace con una Persona Divina, quien comete un pecado mortal. Si un Sacerdote, llevando el cuerpo de Cristo nuestro Redentor en las manos, le dejará caer adrede, *o* diese con él por las paredes, y despreciase ignominiosamente: ¿a quién no temblaran las carnes de solo verlo? Pues ¿cómo no es horror pensar, que se haga esto con la Divinidad del Espíritu Santo, que tiene quien está en Gracia en su pecho?

Reverenciemos, pues, este Soberano Espíritu: tratémosle como merece su infinita Santidad, y Bondad. Espíritu es, vivamos en Espíritu, no por las leyes de la carne, y sangre. Dios es, sirvámosle como Ángeles; no es amigo de la carne el Espíritu Santo. Una de las principales causas que señalan los Doctores, porque se ausentó Cristo nuestro Redentor de los hombres, y subió a los Cielos, fue por el grande amor, que tenían sus Discípulos a su Sacratísima Humanidad, por lo cual fue menester se fuese al Cielo, primero que viniese a la tierra el Espíritu Santo. ¡O qué puestos en Dios nos quiere este Divino Espíritu! ¡Qué lejos de afectos de tierra! ¡Qué celoso es de que sea todo Espíritu; pues le vemos aun celoso de aquella carne limpísima, que fue concebida por el Espíritu Santo! Para que se desengañen los hombres, que no estará el Espíritu de Dios donde hay obras de carne. Limpísimo es este Señor, y quiere gran limpieza de afectos: huye de cuerpos muertos, y de todo lo que está muerto en Adán. La Paloma, que salió del Arca de Noé, tomó un ramito verde de oliva; y no queriendo poner sus pies sobre algún cuerpo muerto, muy limpia se volvió al Arca. El Cuervo todo se cebó en comer carne muerta. (Gn. 8) La Paloma es figura del Espíritu Santo, que es todo vida, y limpieza: y quien la tiene, ha de vivir una vida limpia, pura, espiritual, y santísima. No se ha de mirar ya como hombre, quien se ha confesado con verdadero arrepentimiento de su vida pasada: no se ha de mirar como de carne, y sangre, sino como un ángel, como quien tiene consigo el Espíritu de Dios: de todas las aficiones que antes tenía a cosas de la tierra, ya ha de estar olvidado: las inclinaciones de carne a las de aborrecer: todas las

pasiones desbocadas ha de refrenar: no debe tener otro sentimiento vivo, sino de las cosas Divinas: no le ha de quedar otro afecto, sino de Dios. El Espíritu Santo es el amor de Dios; y así, quien le tiene, todo ha de ser amor, no de tierra, no de carne, y sangre, sino de Dios.

III.

No quita esto, que se haya de amar a los hombres, antes se han de amar más, porque se han de amar con el amor de Dios. Y así notó San Agustín, que dos veces dio Cristo nuestro Redentor al Espíritu Santo: una desde la Tierra, otra desde el Cielo: una, cuando estaba aún entre los hombres: otra, cuando está asentado a la diestra de Dios. La una dice, que fue por el amor del prójimo: la otra, por el amor de Dios: porque con un mismo espíritu, y amor hemos de amar al prójimo, que a Dios, amando a los hombres por Dios. Por eso dice Alcuino: *El Espíritu Santo fue dado dos veces*, *para que se encomendasen los dos preceptos de la caridad. Dos son los preceptos; pero la caridad es una y así*, *siendo uno el Espíritu*, *fueron dos sus dádivas. No ama al prójimo otra caridad*, *que la que ama a Dios. En la tierra se da el Espíritu Santo, para que se ame el prójimo*: *se da también desde el Cielo, porque se ame a Dios. Aunque sea una cosa Dios, y otra el prójimo, pero con una caridad se han de amar Dios y el prójimo. A Dios se ha de amar más que a sí mismo y al prójimo como a sí mismo. Cristo dio al Espíritu Santo en la Tierra: pero lo que dio es del Cielo*, *y aquel le dio*, *que descendió del Cielo. En la Tierra hallo a quien dar; pero desde el Cielo trajo lo que había de dar.* Y en otra parte, considerando lo mismo dice: *Primero se dio el Espíritu, estando Cristo en la Tierra, después le dio desde el Cielo: porque en el amor del prójimo se aprende como se debe llegar al amor de Dios.* Pues quien tiene en su alma este soberano don del Espíritu Santo, que es el amor de Dios, ha de procurar arrancar todo otro afecto de su corazón, y amar a Dios, *y* al prójimo: a Dios por sí, al prójimo por Dios, teniendo paz con todos, sin injuria ni envidia, ni emulación de nadie: porque como dice el apóstol, la caridad es paciente, y benigna. ¡O Señor, y quien os amará como merece vuestra infinita bondad, y a mi prójimo, como merece la Sangre de mi Redentor, que derramó por ellos! Os amo, Dios mío, sobre todas las cosas. ¡O Señor que no puedo más! Tomad vos mi corazón, y amaos con el: tomad mi voluntad, y llenadla de vuestro amor: tomad mi entendimiento, y dadle luz, para que os conozca: tomad mi memoria para que nunca se olvide de vuestro Espíritu Santo: tomad todas mis potencias y anegadlas en vuestras grandezas: tomad toda mi Alma, y llenadla de vuestro Espíritu. Apoderaos, Señor, de todos mis miembros, y sentidos, para que todo yo me emplee en vuestro servicio, y amor; pues veis, que yo no puedo más, y que todo lo que puedo es muy poco.

Si alguno desea saber si está en Gracia, y tiene en sí este soberano Espíritu, y Divino don, mire si tiene amor de Dios, y del prójimo, y limpieza de vida, y la inocencia que este soberano Espíritu requiere. Estas son las mejores conjeturas, con que se puede

rastrear algo de la posesión de este inmenso bien. *Si deseamos* (dice Dionisio Richel) *saber probablemente*, *si tenemos por la Gracia al Espíritu Santo*, *examinemos nuestro interior*: si *cumplimos los Preceptos Divinos, evitemos todo pecado mortal: si amamos de corazón hasta los enemigos*, *si andamos con temor delante de Dios, si nos abrasamos de caridad*, *y celo de la honra Divina*, *y deseo de la salvación de cuantos hay*, *despreciando todas las cosas de la tierra y de la carne.* Con estas señales se puede sosegar el alma devota; porque aunque con evidencia no se puede saber si está uno en Gracia, se puede entender lo está, en quien se ven concurrir semejantes virtudes. Pero de esto en otro lugar trataremos.

CAPÍTULO II. Cuánto debe ser estimada la Gracia, porque quien la tiene no solo tiene en sí al Espíritu Santo, sino a toda la Santísima Trinidad, y hace compañía con todas tres Personas Divinas.

I.

Con esta tan grande excelencia de la Gracia, de traer contigo a la Persona del Espíritu Santo, se junta el estar también en quien la tiene todas tres Personas Divinas, que en él habitan, y le acompañan. Y así dijo San Juan: (1Jn. 4, 13) *En esto conoceremos, que estamos en Dios, y que Dios está en nosotros, porque nos dio de su Espíritu.* Porque como el Espíritu Santo sea una misma Esencia con el Padre, y el Hijo, donde está él, están las otras dos Personas. Y así Albino, hablando de la caridad, que el Espíritu Santo, juntamente con la Gracia derrama en las almas, dice: *Por ella toda la Santísima Trinidad habita en nosotros.* San Agustín lo dijo mejor: *Hace el Espíritu Santo, con el Padre, e Hijo, en los Santos morada interiormente, como Dios en su Templo: Dios que es la Trinidad, Padre, Hijo, y Espíritu Santo vienen a nosotros, cuando nosotros venimos a ellos.* Cristo nuestro Redentor dejó esto mismo bastantemente declarado cuando dijo (Jn. 14, 23): Si *alguno me ama, y guardare mi palabra, mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos en él morada.* Poco antes hablando de la venida del Espíritu Santo, dice: (Jn. 14, 20) *En aquel día conoceréis, como Yo estoy en el Padre, y vosotros en mí, y Yo en vosotros.* A este propósito refiere Orígenes aquellas palabras de San Juan: N*uestra compañía sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo.* Y advierte, que esta es la compañía del Espíritu; de la cual habló San Pablo, escribiendo a los Filipenses, y otra vez, cuando dijo: *¿Qué compañía puede haber de la luz con las tinieblas?* Y San Pedro hablando de la Gracia nos enseñó, que por ella éramos partícipes de la Naturaleza Divina: *esto es, compañeros,* dice Orígenes; *(Hom.* 4. *in Levit.)* el cual añade luego: *Pues si nos han dado, que estemos en compañía del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo*, *obligación nos corre de mirar*, *que no neguemos esta santa, y Divina compañía con algún pecado: porque si hiciéramos obras de tinieblas, cosa cierta es que hemos negado la compañía de la luz.* Por esto mismo, declarando San Agustín, como Dios, que está en toda parte, se dice en la Oración, que nos enseñó Jesucristo, que está en los Cielos, dice, que estos Cielos son los justos en la Tierra, y los Ángeles que están en el Cielo, en los cuales está por Gracia con particularísima presencia: porque no hay Cielos más puros, ni corte donde resida toda la Santísima Trinidad con más gusto, que en una creatura que está en Gracia.

Esta grandeza del alma santa, que tiene Gracia, no sé cómo la declare: porque ni hay palabras que la puedan significar, ni pensamiento que la pueda concebir, y cualquier encarecimiento es cortedad. ¡Dios en compañía del hombre! ¡Dios dentro de un alma, y no solo Dios, como quiera, con una sola Persona Divina, sino con todo lo que es la Divinidad! No solo la Naturaleza Divina participada, sino en sustancia todas las tres Personas Divinas: que no solo venga el Espíritu Santo, no solo el Hijo, no solo el Padre;

sino todas tres Personas, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, los cuales vienen al hombre: ¿cómo puede alcanzar esto el caudal humano? Admirable, y maravillosísima es la fuerza, y grandeza de la Gracia, que trae a sí toda la Santísima Trinidad. San Juan Crisóstomo no supo con qué declarar esto, sino con el ejemplo de la cosa, que más ha admirado al mundo, cuando Josué detuvo al Sol: *¿Acaso* (dice) *(Hom.* 27. *in Epist. ad Hebr.) cada uno de vosotros quisiera tener esta Gracia de mandar al Sol, y a la Luna? Pero si queremos, mayores cosas podemos alcanzar: mirad que es lo que nos prometió Cristo*; *no que detengamos al Sol, y Luna, no que volvamos al Sol atrás: pues qué fue? Vendremos* (dice) *al hombre Yo, y mi Padre, y haremos en él morada. ¿Qué he menester yo al sol, o a la luna o a otros milagros semejantes, pues el Señor de todas las cosas vino a mí, y queda en mi firme y estable? este* milagro, y este favor no tiene comparación. ¿Qué es esto de venir Dios, y hacer morada toda la Santísima Trinidad? ¿Para qué? ¿Para donde es este camino de las Personas Divinas? ¿Es para un nuevo Paraíso? ¿Es para otro mundo mejor? ¿Es para otro Cielo Empíreo más grande? No, sino para el alma de quien está en Gracia; por ella viene Dios, a ella viene Dios, en ella descansa Dios: porque es de tal estima la Gracia, que vuelve digna morada de la Santísima Trinidad, a la que antes era un muladar de vicios, un infierno de pecados, y cueva de demonios. Tan poderosa es la Gracia, que apareja tal Palacio a Dios, que no puede dejar de estar en él y antes dejarán las tres Divinas Personas de estar en el Cielo Empíreo, que en el corazón de quien está en Gracia. La Gracia es mayor que el mundo. La Gracia es mejor que el Cielo Empíreo. La Gracia es el mejor Palacio que Dios tiene en las creaturas. La Gracia es el más ameno Paraíso de deleites de las tres Personas Divinas. La Gracia es el más majestuoso Trono de la Santísima Trinidad, y así vienen todas tres Divinas Personas al alma que la tiene. ¡O temeridad de los pecadores! ¡O atrevimiento estupendo, y prodigiosa maldad, cuando por un pecado mortal echan a Dios de su mejor Alcázar, y derriban su silla más rica, y Trono más majestuoso! ¡No sé cómo las creaturas no se levantan contra quien tal hace! Si estando un poderoso Rey sentado en su Solio Real, llegase un traidor, y le echase de allí, y diese en tierra con el Trono de la Majestad: quien duda sino que se levantarían todos los vasallos contra aquel hombre, al cual tuvieran por mentiroso, e hicieran mil tajadas? ¿Qué tiene que ver este atrevimiento contra la Majestad de la tierra, respecto de la Divina? Y cuanto más merece el pecador ser desecho, y aniquilado, y hundido en mil infiernos? ¿Quién hay que se atreviera a arrojar la Humanidad del Niño Jesús del pesebre, en que le puso su pobreza? ¡Y que haya atrevimiento para arrojar de su Trono la Divinidad del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo! No hay consideración, ni conocimiento de estas cosas, como son invisibles; pero la fe viva ha de poder más en los pechos Cristianos, que las tinieblas de los sentidos engañados. Abran todos los ojos, y miren cuan atrevido, cuan mentiroso, cuán grande traidor a Dios es quien perdiendo la Gracia, echa de su casa, y silla toda la Santísima Trinidad, que vino a su alma.

II.

Y si solo el venir las tres Personas Divinas a los que están en Gracia, es bien tan inefable, ¿qué será para lo que vienen, que es para hacer con ellos compañía? ¿Qué es esto de compañía con Dios? ¿Quién tal oyó, que una persona creada entre en cuenta, y tenga compañía con las tres Personas Divinas? ¿Qué es esto, que la creatura entre en orden con su Creador? El venir Dios para pisarnos la boca, fuera gran merced: el venir para tratarnos como esclavos, fuera un insigne favor; pero para hacernos compañía, quien tal oyó, ni tal imaginó. Compañía significa igualdad: ¿qué igualdad puede haber con Dios? ¿Qué favor es este? ¿Qué dignación tan infinita? ¿Qué honra fue la de José, y Daniel, y Mardoqueo, que fuesen los segundos después de las personas reales? ¿Qué tiene que ver con ser los justos los segundos después de Dios, y hacer compañía con las tres Personas Divinas? Conozcan los que están en Gracia, que son segundos en dignidad después de su Creador. No hay después de las tres Persones Divinas ninguna de más grandeza, respeto, y dignidad que ellos, pues son dignos de estar en compañía de Personas Divinas.

Qué bien tengan los que están en Gracia, y que obligación de corresponder a este favor, de hacer compañía con Dios, lo dice Dionisio Cartusiano por estas palabras: *Compañeros se llaman aquellos que están juntos de buena* g*ana y hablan familiarmente, y no llevan bien estar apartados, aspirando a una particular unión*, *los cuales se descubren unos a otros los secretos. Guárdense fidelidad: regocíjense de verse presentes*, *y en todas sus acciones se comunican porque hacen de buena gana unas mismas cosas*, *y ayúdense unos a otros, dándose la mano cuando es menester*, *y cada uno desea la prosperidad del otro. Pues a este modo, el que es verdadero, y devoto Cristiano, está con Dios de buena gana, confesando con el salmista: Bien me está a mí allegarme a Dios. Y en otra parte: mi alma se allegó yendo tras ti. Y entre Dios, y este fiel a Jesucristo, hay familiar, y continua conversación; porque está siempre hablando largamente con Dios en la oración y meditación de cosas saludables al alma, porque sabe que Cristo dijo: Importa orar siempre y no faltar de esto. Y el apóstol San Pablo: Orad sin intermisión: Dios también le habla a él por soberanos impulsos, por ilustraciones, y unión interna; por las Sagradas Escrituras y por las inspiraciones de los ángeles. Finalmente este hombre no puede llevar vivir apartado de Dios, porque incomparablemente le ama de todo corazón; antes mientras no siente la presencia de Dios, y sus hablas interiores, y otras señales de familiaridad Divina, gime, y se estremece no haya ofendido a Dios, y así le haya dejado: por lo cual siempre aspira a unirse más con Dios, y trata de acercársele más, y más. Dios también le acaricia: y trae a sí de muchas maneras. Además de esto, Dios, y el devoto cristiano se manifiestan los secretos: porque el hombre Santo conforme a lo que dice Jeremías derrama su corazón como agua delante de Dios, y Dios por la unión de su espíritu le enseña todo, y muchas veces las cosas inciertas, y ocultas de su sabiduría, le manifiesta, pues Cristo dijo a sus Discípulos: todas las cosas que oí de mi Padre os hice notorias. Conserva también el hombre Santo fidelidad con Dios, exclamando con el Apóstol San Pablo: ¿Quién me apartará de la caridad de Dios? Evita las aficiones*

del mundo, y de la carne: guarda su alma, para que con algún pecado mortal no se amancebe con el demonio, y se haga adultera a Dios, sino que permanezca esposa, y compañera del Celestial Esposo. Dios también en ninguna manera le dejará, sino es que primero sea dejado. Fuera de esto, Dios, y este tal cristiano se glorían de verse presentes; porque las delicias de Dios es estar con este tal hijo del hombre, el cual también se huelga en el Señor; y si no es con él, rehúsa su alma consolarse. Además de esto, comunícanse en el obrar; esto es, en hacer de buena gana unas mismas cosas; porque de la manera que Dios se mira sin cesar siempre, y se ama, y ama la justicia, ejercita la piedad, comunica a otros su bondad, exhortando a todos su salvación, y a sus enemigos hace muchos beneficios: así también el cristiano fiel a Jesucristo, siempre está ocupado en la consideración, y contemplación de la suma e increada verdad. Y en el amor de la infinita bondad, cela la justicia, es piadoso, y liberal; y los bienes de Gracia, que ha recibido, los reparte a otros liberalísimamente: desea la salvación de todos, ama sus contrarios, da bienes por males. Fuera de esto, Dios, y el justo cooperan ayudándose, porque Dios obra por él, le da ayuda, y mira por él: él también coopera con Dios de dos maneras. La primera en sí mismo, porque dando ascenso a las inspiraciones Divinas, vive por su dirección. La segunda, en otros, exhortándolos a obedecer, y consentir con Dios. Por lo cual dijo San Pablo: Somos cooperadores de Dios. Finalmente, Dios desea al justo la verdadera dicha, y bienaventuranza perpetua: el justo también quiere que Dios sea honrado de todos, y desea de todo su corazón, y entrañas sea glorificado. Ves aquí cuanta es la dignidad de la caridad infundida por la Gracia al alma; cuan admirables, y excelentísimos efectos causa en el alma: y no es maravilla, pues es una sobrenatural semejanza del amor increado; esto es, del Espíritu Santo. ¡O cuán grande es esta nobleza de la creatura racional de tener participación de la Naturaleza Divina, y hacer compañía con su Creador! Pero ay que como estuviese el hombre en honra, no lo entendió. Fue igualado a los jumentos rudos, y por vicios espirituales, y carnales se conforman, y agregan muchísimos a los demonios, y bestias, pero nosotros, huyendo de la vanidad, vileza, y maldad de estos, estudiemos de la manera que hemos dicho, de tener compañía con Dios, el cual dice lo que dijo en el Génesis a Jacob. Yo seré compañero de tu camino. Todo esto es de Dionisio.

III.

De esta compañía, que hacen las Personas de la Santísima Trinidad al que está en Gracia, se ha de sacar una grande estima de los siervos de Dios, y los que se entiende están en amistad, y Gracia suya, mirándolos como un Relicario de Dios, como un Sagrario de la Divinidad. ¿Con qué decencia y reverencia se guardan algunas Reliquias de Santos, que por solo atreverse a mirarlas, muchos se han quedado muertos? Pues no es más un Sagrario, donde están los huesos de cuerpos muertos, aunque de hombres santos, que el Sagrario donde está la Divinidad viva, y que vivirá eternamente. No es

más el Relicario donde están cenizas de los justos, que el Relicario donde están las mismas Personas Divinas. ¡O quién pudiera declarar la reverencia que se debe a un alma que está en Gracia! ¡O Alma santa, si te conocieras, como te estimaras! ¡O Alma santa cuan inexplicable es tu dignidad, y grandeza! ¡O Alma santa querida de Dios, habitada de Dios, querida, y reverenciada de los Ángeles! ¡O Alma santa, deleitable Paraíso de tu Creador! ¡O Alma Santa, Tálamo de Dios esplendidísimo! ¡O Alma Santa, Tabernáculo de la Santísima Trinidad, más hermoso que el Sol; Arca de oro, no del Viejo sino del Nuevo Testamento! ¡O Alma Santa, Altísimo Trono de la Divinidad! ¡O Alma santa, Cielo mayor, que los Cielos, más capaz, que el Firmamento; que encierras en ti, no Estrellas, sino las tres Divinas Personas! ¡O Alma Santa, Corte Divina de toda la Deidad! ¡O Alma santa, Relicario de Dios Vivo! ¡O Alma Santa, sacrosanto Altar del Dios de la Majestad! ¡O Alma Santa, Cielo Empíreo y mansión deseada de Dios! ¡O alma santa, hija de Dios Padre! ¡O Alma Santa, hermana de Dios Hijo, Esposa del Espíritu Santo, Templo de la Santísima Trinidad! ¡O alma santa, hermosura de todo lo creado, mayor que el Mundo, Tesoro de los Dones del Espíritu Santo, Palacio de la Majestad increada, Sagrario de la santidad del Mundo! ¡O alma santa compañera de las tres Divinas Personas! ¡O alma santa si te conocieras, y cómo te estimaras, no por lo que de ti tienes, sino por lo que te viene de la Gracia!

No hay encarecimiento que pueda significar lo que es estar en Gracia, solo por este favor de estar las tres Personas Divinas haciendo compañía, y morando en quien la tiene: ¿qué dijéramos, si hiciera Dios a una creatura este incomparable favor, que así como la acompaña un ángel, la acompañasen todos cuantos Ángeles, y Arcángeles y Principados, y Dominaciones, y Tronos, y Serafines, y Querubines, y cuantos Espíritus hay en todas las Jerarquías del Cielo? ¿Qué majestad fuera la de este acompañamiento, si siempre anduviesen tantas, y tan hermosas personas, como las de los Espíritus Celestiales, acompañando a aquella alma? ¿Qué respeto se le debería, sino por sí, por la compañía que llevaba tan autorizada? Pero ¿qué comparación tiene todo este acompañamiento de creaturas, con el del Creador solo, que con asistencia, y presencia muy particular, acompaña a quien está en Gracia? ¿Qué comparación tiene el acompañamiento de personas angélicas, con el de Personas Divinas? Lo que va de lo vivo a lo pintado, de la creatura al Creador. Mas es el acompañar Dios a un alma, que si todos los Ángeles, no solo que hay, sino que son posibles, la acompañasen; porque todas las creaturas son como nada, respecto del Creador. Razón pues, será, que se estime quien está en Gracia, después de haber recibido dignamente los Sacramentos. Y no haga cosa indigna de su autoridad, y de la autoridad, y Majestad infinita de las tres Divinas Personas, que le acompañan: porque si aquel a quien acompañasen todos los ángeles, no se atreviera en medio de tanta Majestad a hacer cosa porque le dejasen; y si no estimase su compañía, sino que quisiese andarse solo, y por eso los echase ignominiosamente de sí, fuera el más infame, y maldito del Mundo. Si esto se hiciese con las Personas Divinas, ¿qué prodigio de atrevimiento, y maldad no sería? Y quién podrá; creer, que esto se haga tantas veces cada día, cuantas pierden los pecadores la Gracia con culpa grave? Consideremos esto, y no haya atrevimiento para despreciar de esta manera la Majestad inmensa de Dios, y

desterrar de nuestra alma las tres Personas Divinas, echándolas de su Casa, y Paraíso. Antes deben los que han recibido el Sacramento de la Penitencia, y todos los que humildemente confían en la misericordia Divina, que están en Gracia, tratarse como compañeros de Dios, buscando en todo solo su honra, y Gloria, conversando en el Cielo más, que en la tierra, amando, reverenciando, sirviendo a aquella Omnipotente Majestad, que se dignó albergar en el rincón, y estrechura, con que puede recibir un alma las Personas Divinas; y pues vienen a nosotros, vengamos a ellas, salgamos al encuentro, pues nos buscan; ni las ahuyentemos, ni huyamos, sino pues vienen, vengamos. Porque como S. Agustín dice: *Padre, Hijo,* y *Espíritu Santo vienen a nosotros cuando venimos a ellos. Vienen ayudando, venimos obedeciendo. Vienen alumbrando, venimos conociendo. Vienen llenando, venimos recibiendo, para que su vista no sea en nosotros por afuera*, *sino interior,* y *su mansión sea en nosotros, no de paso, sino eterna.*

CAPÍTULO III. Cuán estimada debe ser la Gracia, por ser vida del alma.

I.

Todo lo que hasta aquí hemos dicho pertenece a la participación de Dios, que tienen los que están en Gracia. Ahora trataremos otros admirables efectos de la misma Gracia. Cada uno es tal, que aunque fuera solo, admirara, y debía por él ser estimada sobre todas las cosas creadas. Empecemos por él, que es fundamento de otros muchos, y es dar, vida al alma, resucitándola de muerta a vida; porque el pecado mata, y el pecado es muerte del alma; como la Gracia es su vida. El Sabio dice: *El hombre por la maldad mata su alma.* Y en el Apocalipsis dijo el Señor *a* un pecador: (Ap. 3, 1) *Bien conozco tus obras, y que estás en opinión que vives*; *pero estás muerto.* Porque pensaban los hombres que era Santo, y no era sino pecador y por eso le llama muerto. Todos fuimos muertos en Adán por el pecado, que es muerte del alma; pero la Gracia es su vida, y *vida eterna,* como la llamó San Pablo. Y San Agustín dice: *La muerte del alma se causa cuando Dios la deja; como la del cuerpo, cuando el alma le deja.* No es necesario detenernos más en esto, sino llegar luego a declarar, cuan gran bien sea este de la Gracia en ser vida del alma. En lo cual se deben considerar tres cosas. La primera, qué cosa sea la vida, qué precio, y estimación tiene. La segunda, qué sea el alma, que por la Gracia vive: porque cuanto fuere ella más excelente, más preciosa ha de ser su vida. La tercera, qué género y calidad de vida es la Gracia, que no es como quiera, sino la suma que puede alcanzar una creatura pura. De todas estas tres cosas diremos algo, con más brevedad, que la materia requería. La vida es cosa, tan preciosa, que no hay cosa a que no se prefiera, y en sí es tan perfecta, y excelente, que la cosa más vil del mundo; que viva, es más perfecta, y en sí más preciosa, que todas las minas de oro y plata del mundo; tanto, que dijo San Agustín, que una mosca asquerosa, por razón solo de la vida, era más perfecta, que esos Cielos purísimos, y esas hermosas Estrellas. Mas consumada cosa es, más perfecta, más estimable en sí un vil gusanillo, que no el Sol, que admira el sentido humano, no más sino porque el uno tiene vida, y sentido, el otro no. El Sol es la hermosura del mundo, la alegría de la naturaleza, el espejo de la limpieza, el mayor espectáculo del cielo que vemos el Rey de la luz, y es mayor muchas veces que la tierra. Todas estas excelencias no equivalen a una sola del vivir de un gusarapillo. El vivir es más que todo, por solo la perfección de la vida; lo más imperfecto de la naturaleza que vive, y siente es más perfecto, que todo el firmamento, aunque tan esmaltado de astros, y hermoso a los ojos. Por lo cual dijeron algunos, que lo extremo, y sumo de la naturaleza era la vida, y así la llamaron la extrema naturaleza. Pues si cosas tan viles son tan perfectas, y excelentes por solo la vida, cosa preciosísima es vivir; y ¿qué será cuando la vida es de cosas más excelentes? Verdaderamente los hombres no tienen cosa de mayor precio, y estima que la vida, por ella dan todas las demás cosas. Y Aristóteles dijo: *La misma vida, aunque no consiga otro bien, con todo, es por sí sola se ama, se desea y se codicia.*

II.

Esto sintió el filósofo, hablando de la vida del cuerpo: porque en la del alma mucha mayor razón hay para ser estimada, cuanto va del alma al cuerpo, y cuanto es más excelente el alma, que las demás vidas, y naturalezas de todo este mundo; porque la dignidad del alma, no hay elocuencia que la pueda declarar. San Crisóstomo se halló falto, y así en breves palabras procuró decir lo que pudo. Suya es aquella sentencia: *Ninguna cosa hay que se pueda comparar con el ánima, ni el mundo universo.* San Ambrosio confirma lo mismo diciendo: *Es cosa pequeña toda la redondez de la tierra, respecto de la pérdida de solo un alma.* El mismo Redentor del mundo dijo a Santa Brígida: *El alma es de mucho mejor naturaleza, que el cuerpo, porque es de la virtud de mi Divinidad, e inmortal: tiene participación con los Ángeles, es más excelente, que el Sol y la Luna, y. los otros Planetas, y más noble, que todo el Mundo.* Mas es una ánima sola, que todos los Elementos, Cielos, y vivientes, y todo el resto de la naturaleza: ¿qué será su vida, pues el alma es tan preciosa, y la vida es lo más precioso de ella? Porque si la vida de una cosa tan-vil, como una mosca, es cosa más perfecta, que los Cielos; la vida de cosa tan preciosa, que vale más, que todas las demás vidas de la naturaleza, ¿qué será? Y más, no la vida como quiera, sino la vida sobrenatural, y Divina, que se comunica por la Gracia. Esta perfección, y grandeza del alma se puede echar de ver por lo que es en sí en términos de filosofía, y por lo que Cristo la estimó. El alma en sí es la creatura más noble de este mundo, es de su esencia espiritual, en duración inmortal, hecha a imagen, y semejanza de su Creador, y así preciosísima: es el principio, y forma de la vida del hombre, a quien da muchas vidas: esto es, todo género de vidas, la nutritiva, la motiva, la sensitiva, la racional. Y si la vida más ínfima, y baja es más, que lo más subido, y primoroso de los demás cuerpos inánimes de la naturaleza, por hermosos, y lucidos, que sean aunque entren los Cielos, y lo que tiene por más precioso el mundo: ¿qué será la que no una sola vida da, ni esa baja, y vil, sino todo género de vidas naturales, hasta las más altas, y preciosas, y ella vive con vida intelectual de ángeles, y es capaz de vivir por la Gracia con vida Divina?

Pero no puede la razón filosófica alcanzar tanto lo que es un alma racional, como nos dio a entender la Pasión de Cristo, y el aprecio, que de ella Dios hace. Por este camino se puede echar de ver mejor lo que es, como lo hizo San Bernardo, que dice: *(Epist. 54) Gran cosa es el alma, que fue redimida con la Sangre de Cristo: gravísima cosa es su caída, que no se puede reparar sino con la Cruz de Cristo.* Este precio, que dio Cristo por el alma, no fue a ciegas, no fue sin saber lo que compraba; porque bien entendido tenía lo que es el alma, y cuan inestimable es su vida, por lo cual dijo San Agustín: *(In Psal. 102) Redimida fue tu vida, y librada de corrupción: está ya seguro que el contrato que se ha hecho es legítimo, y de buena fe: nadie engaña a tu Redentor, nadie le hizo trampa, nadie le forzó, hizo su contrato, pagó el precio derramando su Sangre. El único Hijo de Dios derramó su Sangre por nosotros. ¡O alma! anímate*;

tanto como esto es lo que vales. Todo esto es de San Agustín; y San Hilario, por la misma causa dijo: *Que parece valer el hombre tanto como Dios.* Aun los Filósofos, sin la consideración del infinito precio, que costó el alma, juzgaron casi lo mismo, Séneca dijo, que los que miran al hombre por el ánima le medirán con Dios. ¿Pues si tan preciosa cosa es el alma cuan preciosa cosa será su vida? y ¿qué monstruosa será la muerte de una naturaleza inmortal? ¿Cuán prodigiosa es la locura de los hombres, que la estiman en tan poco, que dan su alma al demonio por un gusto tan vil, que socorriera de él el mismo demonio? En menos estiman al alma que el demonio, que tanto la aborrece, el cual juzga, que debe dar el hombre por ella todas las cosas, antes: que perder a ella sola; y así respondió a Dios, que daría el hombre cuanto tiene por su ánima. Las cuales palabras considerando Salviano, Obispo antiguo de Marsella, dice: *Que deba ser el alma del hombre muy querida, y amada, aun el mismo diablo no lo negó: y el que procura apartar a todos, que tengan amor a sus almas, confiesa el mismo, que todos deben tener muy amadas sus almas: pues ¿qué locura tan furiosa es, que vosotros tengáis por viles a vuestras almas, que el demonio dice, que las debéis tener en grande estima, aunque las procura él envilecer? Y por esto, cualquiera que no hace caso de su alma, se ama menos que lo que debe; a juicio del mismo diablo.*

Por ventura ¿esto no es un furor de locos de atar, malbaratar por una palabra, lo que en sí es más que cuantas obras hay de naturaleza, y lo que se contrapesó con la sangre y vida de Dios; lo que se compró con precio de no menor estima que la vida del que era Dios; lo que se valuó, no por menos, que por precio infinito; lo que aun los que más lo aborrecen, no se atreven a desacreditar; lo que el demonio mismo confiesa, y lo que debes estimar más que todas las cosas, por lo que Dios padeció todo lo que en esta vida se pudo padecer, y por lo que el demonio padecerá penas del infierno? Dios por guardarlo, el demonio por destruirlo. ¿Es posible, que se estime un hombre menos, que el demonio le estima? ¿Es posible, que se aborrezca un cristiano tanto? El demonio por hacer algún daño a nuestras almas, sufrirá que le atormenten de nuevo en el infierno: y que tú, por no recibirle, no quieras siquiera privarte de un gusto, que te envilece, y afrenta, y te pierde? ¡O locos hombres, o furiosos, o dementes hijos de Adán! ¿Qué pensáis ganar, si recibís alguna, pérdida del alma? Es, verdad, o mentira, lo que publica la Verdad Eterna, y la Sabiduría de Dios, que dice (Mt. 16, 26): *¿Qué le aprovecha al hombre, si gana todo el Mundo, padeciendo algún daño de su alma?* ¿Qué ganas en ese gusto, que antes se pasa que llega? ¿Qué ganas en esa palabra de injuria? ¿Qué ganas en ese mal pensamiento que tienes? ¿Qué ganas en eso que usurpas, y en la hacienda que no se restituye con pérdida de tu alma? ¿Es por ventura eso todo el mundo? Lejos está de ser un Reino de la tierra: pues si aunque ganases todo el mundo, aunque él fuera de rubíes, y diamantes, con una pequeña pérdida de tu alma todo es poco, pues pierdes más que todo el mundo: cuando ganas tan poco, ¿cómo te atreves a perder tanto? Desengáñate, que es imposible que ganes algo, cuando interviene menoscabo de tu alma; antes todo es daño, todo es ponzoña, todo es perdición: sino ganas tu alma, ella es tan preciosa, que en su comparación toda otra ganancia es perdición. Con mucha verdad dijo Salviano: *Los daños del alma te quitan totalmente todo, y se lo llevan consigo, y no*

puede en modo alguno tener el hombre nada, que se pierde a sí mismo, con el daño del alma, que perece. Por tanto no dudes en dar todo por ti, porque si a ti te perdieres, pierdes en ti todas las cosas: pero si a ti te ganares, tendrás en ti y contigo todo. Tan gran cosa es el alma, que ella vale todo: sin su ganancia todo es nada, y con su ganancia se gana todo.

III.

Si la vida es la cosa más preciosa que hay aun en las naturalezas más bajas y viles; y si el alma racional es la sustancia más sublime, y preciosa, que hay en todo este mundo, pues ella sola vale más que todo él, ¿qué será la vida del alma? Y ¿qué será la vida que es tan preciosa en cosa tan preciosa? Un raro diamante, o carbunclo, donde quiera es precioso, aun envuelto en cieno: una Corona Real de oro también es preciosa; pero si están en toda ella engastados preciosísimos carbunclos, toda esta unión es más preciosa. De la misma manera porque es preciosa la vida, y preciosa el alma, viene a ser, que la vida del alma es preciosísima sobre todo valor y estima. ¡O mortales, y cuan mortales, y viles sois, pues estimáis mas la vida mortal del cuerpo, que la vida tan vital, y eterna del alma! ¿Cómo es posible, que se haga tanto caso de la vida mortal del cuerpo, que es cierto ha de morir, estimándose más que otro bien del mundo; y que la vida verdadera del alma inmortal se dé por el menor bien de la tierra por un gusto del cuerpo? Aprendamos a estimar la vida del alma, por lo que se estima la del cuerpo. ¿Qué no hacen los hombres por defenderla, qué no sufren por dilatarla, qué no padecen por sustentarla? ¿A quién no pasma ver, que toda la ocupación de tantos millones de hombres, como hay en ciudades, campos, mares, en tantos reinos, y repúblicas del mundo, todos están trabajando, y afanándose por sustentar la vida? Los labradores sudan en la agricultura, los soldados padecen en sus estancias, los artífices trabajan en sus obras, los repúblicos se desvelan en sus trazas; a todo el trabajo de los hombres sustenta el amor, y deseo que tienen de la vida, y esa mortal, y esa corta, y esa miserable: pues ¿cómo la vida del alma inmortal, y eterna, no dará algún cuidado? Más merece la *del* espíritu, que la de la carne: más importa que viva el alma; que el cuerpo; no es menos horrible la muerte del alma, que la de la carne. ¿Qué horror no causaría ver un cuerpo de ocho días muerto, desfigurado, yerto, sin acción, ni movimiento, echando de sí un hedor pestilencial, y olor de infierno, podridas las entrañas, y la mitad del cuerpo, todo manando gusanos? ¿Qué miedo y asco no te causará estar junto a este espectáculo una hora? Pues ¿qué, si te ataran con él, que cayeras boca con boca, pecho con pecho, y manos con manos, y así te dejaran algún tiempo atado? ¿Quién duda, sino que a pocos días te hallaran muerto? ¿Cómo se te sufre traer ocho días contigo, y un mes, y un año, tu alma muerta, con la cual no estás atado exteriormente, sino íntimamente unido? Mas abominable es el alma muerta, que el cuerpo; mas fiera está, mayor hediondez hecha de sí.

Escribe San Antonino, que como una vez caminase un Santo Monge,

acompañándole un ángel en forma humana, se encontraron con un hombre muerto; y por el mal olor que echaba de sí, el Monge se tapó las narices con la capa, mas el ángel no hizo demostración alguna. Poco después se encontraron un gallardo mancebo ricamente vestido, con mucho olor de ámbar, que echaba de él: viéndole el ángel se tapó fuertemente las narices. Maravillado el Monge de ver a su compañero, se tapase las narices a los olores de aquel bizarro mancebo, y no a la hediondez del muerto; le respondió el ángel, ser la causa estar aquel mancebo en pecado mortal, porque los ángeles no sentían el mal olor de los cuerpos, sino la hediondez de las almas que por los pecados tienen más maldita y abominable sin comparación, que las de los cuerpos muertos. También en las vidas de los Padres se cuenta, que otro santo Anacoreta iba acompañado de dos ángeles, y encontrándose un cuerpo muerto, se tapó las narices: los ángeles le dijeron que ellos no hacían asco de la suciedad, y hediondez corporal, sino solo de la de las almas, cuando por el pecado mortal echan de sí hediondez y mal olor. De Santa Catalina de Sena se cuenta en su vida, que estando en la Ciudad de Sena sentía el olor, pestilencial de los pecadores, que estaban en Roma. ¡Qué fuerte pestilencia, que tantas leguas arrojaba tan hediondos vapores! ¡Qué fuertemente que a tanto espacio se sentía su corrupción! Una vez llegando una mujer muy bien compuesta a hablar a la Santa, no le habló palabra Santa Catalina, y preguntándole la causa su confesor, le dijo: Que porque estaba en pecado mortal y echaba de sí un olor tan pestilencial, que la hacía echar las entrañas. También San Felipe Neri no podía sufrir el mal olor de los que estaban en pecado, y por ello solía taparse las narices con un lienzo: porque aun sensiblemente le parecían abominables y hediondos. ¡O si viera uno que está en culpa grave, como está su alma muerta, creo que se quedara muerto! ¡O si viese la pesadumbre que da al ángel de tu guarda, que contristado le trae (signifiquémoslo así) dándole siempre en las narices el mal olor de su espíritu mortecino y maldito. San Basilio dice: *Como el humo ahuyenta a las abejas, y la hediondez a las palomas; así también arredra al ángel custodio de nuestra vida el pecado hediondo, y digno de ser llorado.* Y ¿qué horror será en una comunidad de hombres santos, entre los cuales andan sus ángeles gozosísimos, si estuviese uno en pecado mortal, que con la podredumbre de su alma muerta ofendiese a todos aquellos Santos Espíritus, y retraer de donde estaba, andando siempre cuanto es de su parte, como espantándolos (digámoslo así) con su espíritu muerto y corrompido?

Así como es más el alma que el cuerpo, así la muerte del alma es mucho más horrible que la muerte del cuerpo: y así como el alma vale más que cuantos cuerpos hay en la naturaleza, así la muerte de un alma sola es más que la muerte de cuantos cuerpos hay y ha habido en la naturaleza. ¿Quién pudiera sufrir el ver totalmente en un momento los cuerpos muertos de cuantos hombres hay y ha habido en el mundo, todos medio comidos de gusanos, echando de sí el hedor que tantos millones de muertos pudiera exhalar? Creo que en cien leguas alrededor no parara hombre. ¿Qué contaminación causara en el aire toda aquella corrupción? Pues más horrible y asquerosa cosa es la muerte de un alma sola. Bien se puede echar de ver esto por la muerte espiritual de nuestro primer padre, que fue el pecado que cometió, el cual se castigó con la muerte

corporal de todos los hombres del mundo y no excedió la pena a la culpa, porque es todo solo una muerte de un alma, que es un pecado grave, que la muerte de los cuerpos de todos los hombres que son, fueron y serán. Mire ahora el pecador qué cosa es el pecado: mire que estrago causa por no irse a la mano en un gusto vilísimo. Si le dijeran que su gusto era una espada con que mataría de un golpe cuantos hombres había en un reino, no creo por precipitado y desalmado que fuese, que se atreviera a ejecutarlo: pues que si le dijeran, que no quedaría viviente en el mundo, ni persona viva, ni alma, ni ave, ni pez, ni árbol, ni planta alguna. ¡O ciegos sentidos que no nos dejáis hacer peso de eso, que es más estrago la muerte de sola un alma! Dios por su misericordia nos lo dé a entender y ponga en nuestro corazón horror y temblor de cualquier pecado: ¿cuántos hay que no pudieran dormir a solas con un difunto en el aposento? No pudieran comer bocado teniendo un muerto sobre la mesa y que teniendo dentro de sí su alma muerta, puedan comer dormir y reír. Digna cosa es de lágrimas y sentimiento.

IV.

Pues cuanto la muerte del alma es más monstruosa y horrible, tanto es su vida más deseable y preciosa, y así la Gracia, que es su vida, debe ser la cosa más deseada y estimada del mundo. Agréguese a esto, que la Gracia no es vida del alma como quiera, sino tal que la saca y levanta a un orden de vida común solo con Dios, a acciones y obras sobrenaturales, a que tenga una vida semejante con la Divina, vivificada con el Espíritu Santo: el alma es cosa tan excelente, que aunque su vida se quedara dentro de la jurisdicción de la naturaleza, de modo que solo que fuese de orden natural, fuera más preciosa que todas las vidas de los cuerpos más hermosos del mundo: pues siendo de orden sobrenatural, elevándola a una vida Divina y acciones Deíficas y nacidas de un mismo espíritu con el deDios, ¿qué estima merecerá? Verdaderamente la excelencia de la vida del alma no se ha de medir tanto por las ventajas que hace el alma al cuerpo, cuanto por las que hace el Espíritu Santo al alma, el Creador a la creatura, y Dios a las demás cosas; porque el oficio que hace el alma con el cuerpo, hace Dios con el alma, y por eso han llamado algunos a Dios ánima del alma. Y Santo Tomás dice, que el primer ser, y vida tiene el cuerpo del alma, como de su forma substancial: mas el segundo ser y vida tiene el alma de Dios, como de suma, y primera forma, que efectivamente hace en el alma, lo que el alma en el cuerpo por su unión; porque el mismo Espíritu de Dios da vida al alma. Y así dijo Cristo: *El Espíritu es el que vivifica;* esto es, el Espíritu Santo, y su Divinidad, cuyo Espíritu se infunde en el que está en Gracia. Esto mismo significó el mismo Señor, cuando se dignó pronunciar aquellas dulces palabras (Jn. 6, 56*) Así como me envió mi Padre*, *que vive*, *y Yo vivo, por mi Padre*; *así también quien me comiere, vivirá para mí.* Como si dijera, dice un Doctor: Así como Yo recibí la vida de mi Padre, que me envió, y así también el que por comer mi Cuerpo recibe Gracia, recibirá de mí la vida; porque la vida que recibí de mi Padre la traspasaré en aquellos que me comen, para que con una misma vida el Padre, y Yo, y ellos vivan. Pues la vida que recibió del Padre

es la Divinidad, la cual como Verbo de Dios, la recibió por la generación eterna, y como Hombre por la unión hipostática: pues esta vida transfunde en nosotros por la Gracia. ¿Qué es esto, que viva el hombre con el Espíritu de Dios, que así como vive Cristo, por su Padre viva el que está en Gracia por Cristo? ¿Qué mayor excelencia se puede decir de la Gracia, pues da vida, y tal vida? Da una vida tan viva, que en su comparación se pueden llamar muertes las más excelentes vidas. San Pablo como conocía esta grandeza, no hacía caso de otro ser, ni de otra vida; y así dice (1Co. 15, 10): *Por la Gracia de Dios soy lo que soy.* Y otra vez dice (Gal. 2, 20): *Vivo yo, ya no yo, sino Cristo, que vive en mí.* Porque vivía vida Divina de Gracia con el Espíritu de Cristo, y así a la vida natural tenía por muerte. ¡O incomparable bien, y grandeza de los justos, que tengan, en sí el Espíritu de Dios, que les vivifica! La excelencia por sí del alma racional, su grandeza, y estima sobre toda otra creatura de este mundo, que vemos, es por ser imagen de Dios, mirada aun según su naturaleza; pero en esta consideración, no se le puede atribuir más excelencia, que en cuanto es retrato muy propio de Dios por ser espiritual, intelectual, inmortal, indivisible, estar toda en todo el cuerpo, y toda en cada parte; pero todo eso no es más, que una representación muerta, porque no tiene, según su naturaleza, la vida y Espíritu de Dios. ¿Qué será cuando por la Gracia vive ya, y obra con espíritu Divino? Una estatua: muerta de un Príncipe es de tanta estima, que se tiene por crimen *laesae Majestatis* el derribarla. Pues si en esa estatua se transfundiese el espíritu, y alma del mismo Príncipe, para que con ella viviese, ¿qué veneración no se le debería? ¿Cuán grande estimación se le acrecentaría con esto? Lo mismo pasa con el alma, que es por sí estimabilísima sobre todas las demás substancias de este mundo visible, solo por ser imagen y estatua de Dios, aunque inánime, sin su vida, y espíritu. Mas por la Gracia se infunde el Espíritu de Dios, con que ya vive con vida Divina; ¿qué aprecio y estimación se le acrecienta con esto? ¿Hay quién lo pueda decir? Por cierto, ni quien lo sepa entender. No es posible estimarse esto como debe, mientras no se despida el alma de los sentidos, que con la tosquedad y bulto de sus objetos nos engañan; pero la fe y consideración los ha de desmentir. Mienten, mienten los sentidos, cuando te proponen por bien algún gusto, con que has de atropellar con la Gracia. Mienten, malvados son, y traidores a tu alma. No hay bien donde hay tanto mal, como la muerte del ánima. No hay bien en comparación de la vida, y más de la vida del alma. Aprenda el alma del cuerpo a desear su vida: no tiene el cuerpo cosa más estimada, no desea más; no perdona trabajo por ella; todo se ocupa en sustentarla, y conservarla; creciendo va y alimentándola cada día. No menos ha de hacer el alma, sino mucho más; no ha de tener cosa más deseada, que la Gracia; nada más estimado; por ella no ha de perdonar trabajo; toda se ha de ocupar en sustentarla, y acrecentarla más, y más cada día: porque no solo se pierde mucho, cuando se pierde totalmente la Gracia, y queda el alma muerta, sino cuando no se gana la Gracia, que se puede, y queda el alma menoscabada. ¿Sabes lo que se pierde en no ganar la Gracia, que pudiste? (con el siervo de Dios, y temeroso de su Ley hablo) ¿Sabes que se pierde en la obra de virtud, que dejaste de hacer? No pierdes la vida; pero pierdes el aumento de la Gracia, y en esto se pierde más, que pudieras ganar la posesión de todo el mundo. ¿Qué aprovechará al hombre (dice el Señor) aunque

ganase todo el mundo, con menoscabo de su alma? Menoscabo del alma es el menoscabo de la Gracia, y menoscabo de la Gracia, es no ganar la que pudiste, dejando de hacer alguna buena obra por respecto mundano, *o* comodidad de tierra.

Estime también el alma a lo que no solo es como su alma, sino más que si fuera ánima suya, que es Dios, de quien recibe ser, vida y movimiento divino y ámele como a alma. Tiernamente se requebró con Dios San Bernardo, cuando dijo: *Mucho te tengo de amar. Señor, pues por Ti soy vivo, y conozco:* como si dijera el alma: (dice Santo Tomás) *Muy amada soy del cuerpo, porque recibe de mí estas cosas: y así, Señor, más vehementemente te tengo de amar, pues las recibo mucho mejores de Ti*. Si un cuerpo humano, sin alma, tuviera sentido, y conociera el bien que le había de venir con el alma, cómo la deseara, para que a sus miembros fríos diera valor, a sus potencias viveza, a todos sus sentidos vigor, y a todo él vida, movimiento, y hermosura, y lugar entre los hombres. Aprenda el alma a desear a Dios, para que le dé calor de caridad v viveza de fe, vigor a su voluntad, y a toda ella vida, movimiento, y hermosura espiritual, conversación en los Cielos con los Ángeles, y Santos. Mire el alma, qué es el cuerpo sin el ser humano, vida, y movimiento, que ella le da; y tenga horror de lo que será ella misma sin el ser divino, vida, y movimiento, que le da Dios, como aconseja Santo Tomás, el cual dice: *¡O alma! Mira que tienes de tu Dios tres cosas, que das a tu cuerpo; conviene a saber, vida, sentido, y movimiento moral: y todas las veces que el cuerpo te quisiere abatir, entonces te conviene a oponerle a tu vida, que es Dios: y si esto no pudieres haz con la vida de tu alma, esto es, con Dios, la que el cuerpo hace con la suya; apetece el continuar su unión, y ten horror de su separación.* Asombro nos había de causar, ver cómo quedará el alma sin Dios, por lo que vemos como queda el cuerpo sin alma.

CAPÍTULO IV. Cuán estimada debe ser la Gracia, por hacer hijos adoptivos de Dios y herederos del Reino de los Cielos a los que la tienen.

I.

La vida divinísima, que juntamente con el Espíritu de Dios da la Gracia, no es como quiera, sino que por ella se hacen también los justos hijos de Dios con todo rigor y propiedad. Y así dice San Ambrosio: *La Gracia del Espíritu Santo hace hijos de Dios.* Y San Máximo dice; *por la Gracia Dios se dice y hace padre de aquellos que solo tienen la natividad de su alma, conforme a la virtud que es por el Espíritu.* Y como los que están en Gracia son hijos de Dios, son por consiguiente herederos de sus bienes, como de padre suyo; este bien y alteza es tan inopinable y grande, que no se atreviera el pensamiento humano a imaginarlo, si el mismo Espíritu Santo, que pasa con sus beneficios muy delante de todas nuestras esperanzas, no nos lo ha afirmado. Por San Pablo dice (Rm. 8, 14): *Todos los que se mueven por el Espíritu de Dios son hijos de Dios*. Porque el Espíritu de Dios ya es suyo; y así son semejantes al mismo Dios y partícipes de su naturaleza Divina por la Gracia. En otra parte dice (Gal. 4, 6): *Porque sois hijos envió Dios al Espíritu de su hijo en vuestros corazones y que clama: Padre, Padre.* Y San Juan escribe (1Jn. 3, 2): *Ahora somos hijos de Dios y no se ha descubierto aun lo que seremos.* San Pablo declaró qué género de filiación es esta, que es adoptiva, de hijos adoptados, que es de grande amor y merced. Sus palabras son estas (Rm 8, 15): *No recibisteis otra vez espíritu de servidumbre en temor; pero recibisteis espíritu de adopción de hijos, en el cual clamamos; Padre, Padre: porque el mismo espíritu da testimonio a nuestro espíritu, que somos hijos de Dios; y si somos hijos, también somos herederos verdaderamente de Dios*, *pero herederos juntamente con Cristo:* El misino apóstol, escribiendo a los de Éfeso bendice a Dios, *(Ef. 1, 5) que nos eligió por Cristo, antes de crear el mundo para que fuésemos en su acatamiento santos, e inmaculados en caridad; que nos predestinó para ser sus hijos adoptivos por Cristo*, *según el propósito de su voluntad para alabanza de la gloria de su Gracia.* Considerando San Anselmo estas palabras, nota, que dijo San Pablo cosa mayor en decir, hijos adoptivos de Dios, que en decir Santos, inmaculados, y que es como la gloria de la Gracia la adopción eterna.

Para entender el bien que hay en este beneficio, que por la Gracia alcanzamos, y lo mucho que en las palabras referidas nos dice el apóstol, se ha de suponer, que antiguamente, y nunca más que en tiempo de Cristo nuestro Redentor, y de San Pablo, estuvo muy usado el prohijar hijos, que los Latinos llaman adoptar, dando a los extraños el mismo derecho, y dignidad, que si fueran hijos naturales de legítimo matrimonio. De suerte, que admitían al que hacían hijo adoptivo a su misma familia, y apellido, teniéndole igual amor, y tratándole con igual autoridad, como si fuera propio hijo natural, y dándole derecho universal a sus bienes; de manera, que por este modo de filiación se heredaban grandes patrimonios, aunque fuesen de reinos, e imperios. Todos los

Emperadores Romanos, que vivieron en el tiempo que Cristo nuestro Redentor estuvo en el Mundo, solo por hijos adoptivos heredaron el Imperio Romano, que fueron Augusto, y Tiberio. Los que después sucedieron en tiempo de San Pablo de la misma manera: Calígula fue hijo de Tiberio: Claudio entró también por adopción, por ser hermano de Germánico ya difunto, a quien había adoptado el mismo Tiberio; y al Emperador Nerón, que martirizó al apóstol, le dio tanto derecho el haberle prohijado Claudio, que fue antepuesto en la sucesión del Imperio a Británico, hijo natural del mismo Emperador. Tenía tanta fuerza este modo de filiación, que no solo por ella entraba el más extraño del mundo a la herencia del Padre, como Trajano, que siendo Español, entró a heredar el imperio Romano a un Monarca Romano, solo porque lo adoptó por hijo; pero muchas veces eran preferidos los hijos adoptivos a los naturales. Moisés también fue adoptado de la hija de Faraón, y así tuvo derecho al Reino de Egipto. Y Efraín, y Manasés, porque fueron prohijados del Patriarca Jacob, tuvieron iguales partes en el Pueblo de Israel, y su división, como los otros hijos naturales del mismo Jacob. Pues a quien no admira, que lo que hace la adopción entre los hombres, haga la Gracia entre Dios, y los hombres; o por mejor decir, ¿que haga más la Gracia que la adopción humana? Considerando, y admirando esto San Anselmo, dice: *(Lib. de Similitud. c. 66) Pongamos delante de los ojos a un hombre pobre, destituido de todo consuelo, corrompido, y podrido con la ascosidad de muchas llagas, y otras enfermedades, desnudo totalmente, sin tener con que defenderse del frío. Si a este tal, y tan malparado, sin poderse valer en nada, pasando junto a él un Rey poderosísimo, le viese, y compadecido de él le hiciera curar, y ya sano, le vistiera con sus vestiduras Reales, y le adoptara por hijo, mandando que en todo su Reino fuera tenido por su hijo, y que en nada que mandase le contradijera alguno, constituyéndole por heredero, y heredero juntamente con su hijo natural, y queriendo que tomase su nombre, y apellido; no dijeras, que este tal subió a una honra grandísima, y nunca tal pensada. Pues sabe, que verdaderamente hace todas estas cosas Dios con nosotros, porque nacimos de la podredumbre de carne, llenos de muchas miserias, en las cuales estábamos caídos, sin consuelo, ni remedio alguno, presos de las pasiones de todas enfermedades espirituales cubiertos de llagas de pecados, y corrupción; y Dios, solo por su misericordia, nos curará, y sanos nos adornará, con vestiduras de perfecta justicia, e incorrupción, adoptándonos por hijos, admitiéndonos por compañeros de su Reino, y sus herederos. Haciéndonos herederos juntamente con su Hijo natural el Unigénito, que es en todo su igual, y Omnipotente como él, mandando a toda creatura, que en todo lo que quisiéremos se nos sujete, llamándonos con su nombre y volviéndonos dioses, porque él mismo dice: Yo dije, Dioses sois, e hijos todos del Altísimo. De manera, que él es Dios Deificador, y tú con Dios deificado.* Esto es de San Anselmo.

Pues ¿a quién no admira este favor, que no se hallará semejante entre los hombres? ¡Que suba un hombre a ser hijo de Dios, y heredero de su Reino! Qué dicha sea esta, y que alteza, no se puede declarar con ejemplos, porque todos quedan cortos. ¿Por cuán rara ventura se tuvo la adopción de Trajano por Nerva? Que un Monarca Romano señor

del Mundo, pusiese los ojos en un hombre, no de su sangre, ni del linaje Cesareo, no de su patria, no de su Provincia; sino extraño, y extranjero, y le prohijase, haciéndole heredero universal del mundo que mandaba; pero al fin hubo merecimientos en el adoptado para tanta honra. Mas si un Emperador levantase a la dignidad de hijo a un vil esclavo, que le había sido traidor, y estaba flaco, y enfermo en una mazmorra, condenado ya a muerte, y le llevase a su Palacio, tratase como hijo, vistiese de rica púrpura, y diese derecho a todos sus bienes, y reinos; ¿qué dicha se podía imaginar mayor? Por cierto ninguna en el mundo; pero no tiene que ver con lo que es que el Rey de Reyes, Emperador, de Emperadores, Señor de los Señores, y Omnipotente Dios, Creador del Cielo, y Tierra, adopte al que era esclavo del demonio, al que le había sido traidor, al condenado a muerte eterna, y le tenga por hijo, y trate como a tal, y dé derecho de su Reino: ¿hay quien pueda imaginar mayor ventura? Esta da la Gracia al justo. Lo cual no es modo de decir, ni encarecimiento, sino verdad llana, y cierta. Y así lo define el Concilio Tridentino por Fe; el cual, declarando lo que es la justificación, que se hace por la Gracia dice: *(Sess.* 6. *c.* 4*) Que es una traslación de aquel estado, en que el hombre nace hijo del primer Adán, al estado de Gracia, y de adopción de hijos de Dios por el segundo Adán Jesucristo Salvador nuestro.* ¿Qué estado es aquel, en que nace un hijo del primer Adán, sino estado de esclavitud de Satanás, estado de condenación eterna, estado de extraños de Dios, estado de miseria, estado de suma deshonra? Y ¿qué estado es el de Gracia, y adopción de hijos de Dios? Estado de libertad, estado de vida, estado de Reino, estado de toda grandeza, y dicha sobre todo ser, y bien de la naturaleza: finalmente, estado Divino. ¿Qué estados son estos, para no ser una inmensa dicha el pasar de uno a otro? Solo dejar el uno, sin más bien, se tuviera por suma dicha: el adquirir el otro, aunque no hubiera precedido mal, fuera suma felicidad: ¿qué será la junta de estos extremos, tan extremos pasar de suma desdicha a suma dicha? Un condenado sin remedio a la horca, con solo quedar con vida, le parecería no poderle suceder mayor ventura: y si sobre la merced de la vida se hallase hijo de un Rey, y con derecho a su Reino, no sería mucho morir de contento. ¡O grandeza! ¡O dicha dichosísima de los justos! ¡O ventura afortunadísima de los Santos! ¡O suerte felicísima de los que están en Gracia, que se hallan hijos y herederos de Dios, los que estaban condenados al infierno, y esclavos de Lucifer! ¡O inopinable felicidad, ser hijos de Dios, ser herederos de Dios! Ruego por el mismo Dios a los que aquí llegaren, que ponderen, qué significan estas palabras: Hijos, y de Dios herederos, y de Dios, los que antes nada, sino solo esclavos, y miserables. ¿Qué es esto hijos de Dios, sin ser este nombre encarecimiento, ni metáfora? ¿Qué es ser hijo? Nombre es todo de amor, y de unidad; pues ser hijo en casa de Dios, ¿qué mayor dicha? ¿Qué felicidad será ser hijo, donde lo es suma ser siervo? Muy ancho nombre venía al mayor Santo del mundo el ser esclavo de tan gran Señor, y Omnipotente Dios; pero ser hijo, ¿qué bien es este? Pues ¿qué quiere decir heredero do Dios, y heredero juntamente con Cristo? ¿Ay quien pueda alcanzar esta dicha? ¿Qué es esto, que tenga un alma derecho a los bienes de Dios e investidura al Reino de los Cielo? No sé cómo dé a sentir esta grandeza: séame lícito fingir lo que no puede ser, para declarar lo que es. Pregunto, ¿si la Divinidad de

Dios pudiera morir, y faltar del mundo, *o* pudiera Dios renunciar el ser Dios, y el dominio supremo de todas las cosas, qué dicha fuera el que entrara a heredar todo esto? ¿Qué felicidad fuera ser sucesor de Dios? ¿Qué dignidad ser el heredero de un Dios Omnipotente, entrando a poseer sus bienes? Hágase por aquí concepto de lo que es ser justo, y estar en Gracia; lo cual no es menos, que ser heredero de Dios. Porque pregunto yo, pasando adelante con este imposible, que supongo, si la Divinidad muriera, y se hubiera de dar el ser Dios a otro, juntamente con el reconocimiento, y vasallaje de las creaturas: quien tuviera derecho a esto, sino los que están en Gracia. Estos son hijos de Dios: estos son herederos de Dios, estos son los segundos después de Dios, estos son lo que más pueden ser después de Dios, y estos se deben estimar como tales, no degenerando de su grandeza, y título, no haciendo caso de cosa alguna después de Dios; porque como dice S. Cipriano: (*Lib. de Spectaculis*) *Nunca admirará las obras de hombres, quien se conociere que es hijo de Dios, abátase a sí mismo de la cumbre de su generosidad, quien después de Dios puede admirar otra cosa.* Considerad, hombres, que dignidad es esta de ser hijos de Dios. Considerad, que dignación es esta de tenernos Dios por hijos. Considerad, cuanto es en esto la caridad de Dios, como Padre; y cuanta debe ser la nuestra, como de hijos: *Considerad* (dice San Juan) *(1Jn. 3, 1) cuanta caridad nos dio Dios, que nos nombremos hijos de Dios, y lo seamos.* Son los justos hijos de Dios: no solo usurpan el nombre: son hijos de Dios propiamente, no como las demás creaturas, que impropiamente se pueden llamar así, mas no es en rigor su Padre Dios: solo de los justos es legítimo Padre: solo los justos sin impropiedad son hijos de Dios adoptivos. Digno es esto de consideración; digno de agradecimiento, y caridad.

Antiguamente se esmeraban tanto los hijos adoptivos en reverenciar, servir, y amar a los que los prohijaban, que hicieron ventaja en esto a muchos de los hijos naturales: porque viéndose extraños, y que no les debían los padres nada; pero que con todo eso, por el amor que en ellos pusieron, les admitieron a su casa, nombre, y bienes, tratándoles como hijos, se daban por más obligados, que si hubieran salido de sus entrañas, y era como una S, y clavo, que les echaba el amor tan gracioso, y liberal, de quien les prohijó; y así Casiodoro hablando de los hijos adoptivos dice: (*Lib.* 4. *var.* 2) *Cuando los extraños con el vínculo de los ánimos se unen con parentesco, tanta es la fuerza, que en este acto hay, que primero querrán morir que hacer algo, que parezca de molestia, y disgusto de sus padres.* Por esto, aunque todos los hombres deben morir mil muertes, antes que dar disgusto a su Creador, y tienen obligación a ello, por ser Dios Supremo Señor, y Rey de todo: los que están en Gracia, por ser hijos adoptivos de su Divina Majestad, tienen más especial, y rigurosa obligación de no darle en cosa disgusto, sino esmerarse en dar todo contento a su amoroso Padre: con millones de almas le habíamos de servir; con millones de corazones amar, y dar millones de vidas antes, que disgustarle con una culpa ligera, no queriendo otra cosa, sino tenerle siempre grato, y entrañarnos en él como dijo Atalarico Rey a su abuelo adoptivo el Emperador Justiniano: *(Cassiod. l. 8, var. 1) Metedme en vuestra misma alma, pues que he alcanzado la herencia Real; esto es lo que más estimo, que el mismo Señorío, y Reino, tener contento a tan grande Emperador.* Esto hemos de decir *a* Dios: Señor entrañarme en Vos quisiera, y

desentrañarme a mí por serviros, que más estimo tener contento a tan buen Padre, que el mismo Reino de los Cielos, que por herencia me prometéis.

II.

Fuera del amor que debemos a nuestro Padre Dios, debemos tener obras de hijos de tal Padre. Escribe San Agustín, que Varron decía: *(Libr. 3 de civit. c. 4) Ser cosa muy provechosa a las Repúblicas, que entendiesen los varones fuertes, aunque fuese falso, que eran hijos de los Dioses, para que de esta manera confiado el ánimo humano de su linaje Divino, presumiese más atrevidamente anhelar a cosas grandes, y las ejecutase con más fervor, y resolución, y las acabase con esta seguridad más dichosamente.* A Alejandro Magno le fue de gran importancia para sus grandes pensamientos, y hechos, que fuese tenido por hijo de un Dios falso. Gloríense los que están en Gracia de ser hijos de Dios verdadero, no falsamente, sino con toda verdad; y anímense a hacer obras de tales. Alentando Teodorico Rey a uno que adoptó a hacer obras dignas de hijo suyo, lo hizo con estas palabras: *Tal persona te adopta, que te estremecerás de su linaje.* ¡O almas santas! Tal es quien os prohíja, y adopta, que os estremeceréis de su grandeza, y naturaleza infinita: no un Rey de la tierra, no descendiente de Hércules, no de un Dios falso de los Godos: el mismo a quien tiemblan los Ángeles, de quien se estremecen las columnas del Cielo: el que es Monarca Omnipotente del Mundo, el Dios verdadero, este os prohíja, haced obras dignas de Dios, temblad, y estremeceos, aun de un pecado venial: lejos ha de estar de pensamientos bajos, quien es hijo del Altísimo: lejos ha de estar de pensamientos de tierra, quien es heredero del Cielo: lejos ha de estar de pensamientos humanos, quien es Divino. Oigamos lo que dice el mismo Dios a los que están en Gracia: *Yo dije Dioses sois, y todos hijos del excelso.* Excelsos, y altos pensamientos, y obras ha de tener quien es hijo de tan alto Señor. Siempre debemos repetir lo que el elevado, y divino varón, el Padre Baltasar Álvarez decía: *No queramos degenerar de los altos pensamientos de hijos de Dios.* Hijos de Dios somos, y por eso nos hemos de mirar como unos Dioses, pues por la Gracia participamos la naturaleza Divina, y somos nueva hechura, y creatura de Dios que en los justos habita, con modo muy más alto, que Epicteto imaginó. Y con todo eso dice este Filósofo esta notable exhortación, que pueden oír todos los cristianos, y salirles los colores al rostro, que un gentil hablase mejor que nosotros obramos: *Tu* (dice) *eres una cosa principalísima, derivado de la Naturaleza Divina, que en ti mismo participas; ¿por qué ignoras tu casa, y linaje? ¿No sabes de dónde has venido? ¿Por qué no quieres acordarte cuando comes, quien eres tú que estás comiendo, y a quien sustentas? ¿Y cuando vives entre otros, y hablas con hombres, cuando te ejercitas, cuando razonas, no sabes que sustentas a un Dios, que mueves a un Dios, que llevas contigo un Dios? Ignoras esto ¡o miserable! ¿Piensas que hablo de alguna imagen de oro, o plata, que exteriormente traes contigo? No digo eso, sino que dentro de ti traes a Dios, el cual no sientes que le profanas: lo cual haces con los pensamientos poco*

limpios, y acciones bajas, y torpes. ¿Si una imagen de Dios tuvieras presente, no tuvieras atrevimiento para hacer cosa semejante: pues estando Dios presente en tus entrañas, cómo no te avergüenzas de pensar, y hacer tales cosas, olvidado de tu naturaleza? Conozca el que está en Gracia su dignidad, mire que está en él Dios, y que él es hijo de Dios: no haga el propio lo que si hiciera otro delante de sus ojos tuviera por afrenta: mire lo que es, y mire lo que será: es hijo de Dios, y heredero del Cielo. Esto tengamos siempre fijo en nuestra alma, y como dice San Sixto Papa: *(Epist. de Malis Duct) Estas cosas, hermanos míos muy queridos, revolvamos siempre en nuestro corazón: estas cosas meditemos de día, y de noche. Grandiosa cosa es ser hijo de Dios: infinito es tener el Cielo después de la tierra: rica, y abundante es la posesión de la vida eterna: resplandecer con los rayos del Sol, cosa es más esclarecida, que la finísima claridad: reinar con Dios, cosa es más noble, que la misma nobleza; cosa inenarrable es lo que creemos; inmenso es lo que esperamos.*

Conózcase quién es el que está en Gracia, y reverénciese a sí mismo, y repita muchas veces en su corazón: Hijo de Dios soy, no tengo de hacer obras de diablo: hijo de Dios soy, no tengo de abatirme a gustos de bestia: hijo de Dios soy, no tengo de estimar honras de hombres: hijo de Dios soy, mayor soy que el mundo: hijo de Dios soy, lo que es menos que Dios no dice conmigo: hijo de Dios soy, no ha de ocupar mi corazón lo que no es Divino: hijo de Dios soy, respecto de mi dignidad, las riquezas del mundo son estiércol: hijo de Dios soy, respecto de esta honra, afrenta es para mí hacer caso de la del mundo: hijo de Dios soy, mi generosidad no ha de admitir deleites viles: me he confesado ya, debo ser muy otro: hijo de Dios soy, esto tengo de ser eternamente. Este pensamiento ha de servir como escudo para resistir a todos los tiros de las tentaciones del demonio, y de la carne. Cuando te tiente la gula, responde: Hijo de Dios soy, ¿cómo tengo de tener por Dios al vientre? Para más nací, que para sujetarme a cosa tan vil. Cuando te tienta la carne, responde: Hijo de Dios soy, ¿cómo me tengo de hacer esclavo del apetito? Cuando te tienta el demonio con ambición de honras, responde: Hijo de Dios soy, y heredero del Cielo: ¿cómo me tengo de hacer hijo de Lucifer? Derecho tengo al Reino de Dios, y toda honra de la tierra es poca para mí; ella en sí, es un poco de humo; ¿qué será respecto de mi dignidad? Cuando tu codicia te tienta con riquezas: o comodidades superfinas de la tierra, responde: Hijo de Dios soy, a Dios tengo que heredar; bastante esto, esto quiero asegurar, y no quiero en la tierra lo que me puede quitar las riquezas del Cielo: Hijo de Dios soy; una vez que subí a esta honra, no tengo que ser más vil: Hijo de Dios soy, siendo antes esclavo del demonio; pero no me verá más en sus manos: Hijo de Dios soy, y todo cuanto fui de malo, tengo que procurar ser bueno: Hijo de Dios soy, y le tengo de agradecer eternamente, que siendo su enemigo, y esclavo del demonio, me escogiese por hijo. No volveré más a las manos de aquel amo maldito: buen Padre me ha topado, pues me prohijó siendo yo tan malo. Verdaderamente este beneficio debemos tener fijo siempre en nuestro corazón, de que hayamos sido adoptados por hijos de tan infinito Señor, y que esto fuese estando tan lejos de merecerlo nosotros pues éramos cautivos de Satanás: *No se digna un Rey* (dice San Crisóstomo) *(In cap. 1 Joan) de recibir por soldados a los que son de condición servil; y Dios se*

digna de recibir por hijos a los publicanos, a los esclavos, y aun a los que son más bajos; y viles, que esta gente. Pero lo que más es, que no solo a los esclavos de los hombres, sino a los que eran esclavos del demonio, adopta por hijos. Seamos agradecidos a tan inopinado favor, y cuanto más bajo fue lo que éramos, tanto a más alto aspiremos: cuanto más servimos al demonio, tanto más sirvamos a Dios. Una fuente tanto más sube, cuanto más descendió. Del Cielo caímos, hasta el Cielo hemos de subir. Por eso llamó nuestro Redentor a la Gracia agua, que salta hasta la vida eterna. Del Cielo nos abatió hasta el infierno el padre de nuestra carne Adán, y del Infierno nos ensalzó hasta el Cielo el Padre de nuestro Espíritu Jesús. ¿De cuál Padre nos hemos de preciar ser hijos, del terreno o del Celestial? Pues trajimos la imagen del terreno, traigamos la imagen del Divino. No sea menos Cristo para nuestro bien, que Adán fue para nuestro mal. Despojémonos de la deformidad del viejo hombre, y vistámonos la hermosura del nuevo, renovando en nosotros la imagen de nuestro Dios, y Padre. Si nos preciamos de hijos de Dios, parezcámonos a Dios. Dios es Santo por Esencia, seamos santos por Gracia: Dios es bueno por su naturaleza, seamos buenos por obras: Dios es impecable, seamos justos: Dios es inmutable, seamos constantes: Dios es Omnipotente para nuestra salud, seamos fuertes para su servicio: Dios es Rey de todo, procuremos reinar en el Cielo, que nuestro es. Si somos hijos de nuestro Padre Celestial, no troquemos esta honra, por ser condenados al infierno. ¿Qué seso tuviera el que siendo un bajo hombre, y fue adoptado de un poderoso Rey, si levantado a tal extremo de fortuna, no mudara sus costumbres, y en ofreciéndose ocasión arrojara de sí la Púrpura Real, y se vendiera por esclavo a un Turco, que le había de tratar mal, y moler cada día a palos? Menos loco sería este tan gran loco, que lo es, quien después de confesado vuelve a cometer un pecado mortal; pues siendo adoptado de Dios, es tan infame, y tan vil, y tan mil veces maldito, que arrojando en la calle la Gracia, se vende por esclavo a satanás, que le compra para atormentarle eternamente. Todo el género humano había de estar corrido, que hubiese en su linaje quien tal se atreva a hacer, y con lágrimas de sangre lo deben llorar los siervos de Dios*

III.

Últimamente quiero advertir, como de este beneficio de la adopción resulta gran gloria de Cristo, y conocimiento de la gran bondad, y liberalidad de Dios, como lo declara Guillermo Parisiense con este ejemplo: *Si hubiese un Rey entre los hombres, Señor de un Reino riquísimo, y glorioso, y no tuviese más que un hijo pero el Rey no fuese de tal condición que por la multitud de herederos no se le disminuyera a alguno la herencia, antes se le acrecentaba al hijo unigénito grande gloria, y lustre, por tener muchos compañeros en la herencia, sin duda que la bondad, y largueza de aquel Rey, llamara a muchos herederos, junto con su hijo, y adoptara a muchos hijos, porque así ha acontecido muchas veces entre los hombres, que no teniendo hijos propios, prohíjan a los extraños. Ni habrá duda entre los entendidos, sino que hiciera aquel Rey lo*

mismo, aunque tuviera muchos hijos naturales; supuesto que por muchos, a quien hiciera gracia de adoptarles, no se defraudaba nada al hijo unigénito de las riquezas, y gloria de su Reino, y antes se le aumentaba gran gloria, y esplendor extrínseco, más de lo que se puede pensar, y admirar; pues si de la multitud de la soldadesca, y ejército, si de la numerosidad, y grandeza de Príncipes, crece la gloria de un Rey; cuánto más servirá la innumerable muchedumbre de Reyes Celestiales, para decencia, y gloria del Rey de todos los Reyes? Porque si el imperar sobre diez Reyes fuera grande gloria, y el mandar a todos los Reyes de la tierra, imperando sobre ellos, sería tanta mayor gloria, cuanto mayor es el número de ellos, y la potencia de todos los Reyes excede a la de diez solo: la obediencia, y sujeción de todos los Reyes del Cielo, cuanto de mayor gloria será para el Rey de todos los siglos. ¡O cuanta gloria crece con esto al Imperio de Cristo, verle Señor en un Reino de tan innumerables Reyes, que todos le dan mayor gloria y extienden su Reino! Gloria suya, y de su Padre es, que admita muchos hermanos, y herederos a su Reino, y Gloria. Añade más este Doctor que daría Cristo tanta Gloria a los hombres sus hermanos, y compañeros en la herencia, si ellos fuesen capaces de ello, cuanta es su propia Gloria, igualándolos consigo. Agradezcamos esta voluntad del Hijo de Dios, y dispongámonos para ser más hermanos suyos, y capaces de su gloria y si no nos mueve la nuestra, sea por acrecentar la saya. Pero juntándose tan gran gloria de Cristo, y tan gran gloria nuestra; ¿cómo puede haber persona tan vil, que no la estime, y que se quiera quedar esclavo del demonio, antes que ser hijo de Dios? Considerando San Crisóstomo lo que dice San Juan al principio de su Evangelio, que dio Dios potestad a todos los que recibiesen a Cristo, para hacerse hijos de Dios, pregunta, ¿por qué no declaró la pena que merecían los que no le recibiesen? Y responde *(Hom. 9, in cap. I Joan) Por ventura que mayor castigo pudiera ser, que estando en su potestad, hacerse hijos, no lo quieran ser, sino que por su propia voluntad* se *hagan indignos de tan grande nobleza y tan grande honra.* Por cierto, que esta infamia, e ingratitud a Dios, y este desprecio de sus infinitos beneficios, habíamos de tener por más horrible cosa, que las penas del infierno.

CAPÍTULO V. Como la adopción de hijos de Dios, que se hace por la Gracia, es más excelente filiación, que la generación natural entre los hombres, y así debe ser estimadísima.

I.

Es tan grande esta honra, que por la Gracia tenemos, en ser hijos de Dios, y tan dulce su consideración, y tan admirable su modo, que nos ocuparemos en la misma materia por todo este Capítulo, y el siguiente. Las obras de Dios son tan extremadas, y admirables, que aun cuando se acomodan a las cosas humanas, las exceden mucho. Hay entre los hombres hijos adoptivos, y naturales, y Dios también tiene un Hijo natural, y muchos adoptivos; pero son tales los hijos adoptivos de Dios, que exceden en el modo de su filiación a los hijos naturales de los hombres. De manera, que más participa de Dios un hijo adoptivo suyo, que el hijo natural del hombre, que le engendró; y más hechura de Dios es un hijo adoptivo, que es hechura de su padre el hijo natural entre los hombres: porque así como la generación eterna del Hijo de Dios excede, sin comparación alguna, a la generación de los hombres, pues por ella no comunica el Padre Eterno naturaleza semejante, sino su misma naturaleza; así también la adopción divina de los hijos de Dios excede a la adopción humana con un modo muy excelente, y raro. Toda la adopción de los hombres no es más que reputación, sin ninguna mudanza real del hijo adoptivo, a quien el padre adopta, porque no da intrínsecamente ninguna cosa: no le da más salud, no le da mejor sangre, no mejor temperamento, ni disposición corporal, ni participación alguna de su sustancia; sino solo reputa al adoptado por hijo, y le da derecho a los bienes extrínsecos, que posee. Esto es todo lo que hay en la adopción humana; y es de tanta honra, y estimación entre los hombres, y lo fuera también grandísima, aunque no hubiera otra cosa en la adopción, y prohijamiento, que Dios hace de los que están en Gracia; pero hay mucho más en los prohijados de Dios: porque al que Dios adopta por hijo, le mejora interiormente, y totalmente renueva tanto, que le vuelve, como habla San Pablo, nueva creatura: le hace participante de su Naturaleza Divina por la Gracia, e infúndele su mismo Espíritu, y le da derecho para los bienes intrínsecos de Dios, que es su misma bienaventuranza; por lo cual es más excelente el modo de filiación en la adopción de Dios, que la generación natural de los hombres. ¿Qué es lo que da el padre al hijo, que engendra? No más que un poco de materia que le sobra. Y ¿qué obra en el hijo? No la materia, no la forma, y alma; sino solo dispone la materia, y la une con el alma; pero cuando Dios adopta a uno por hijo, fuera de darle la participación de su Divina Naturaleza en la Gracia, le da su mismo Espíritu, para que habite en él; en lo cual da más Dios al hijo adoptivo, que el hombre da al natural: porque el hombre solo da a su hijo parte de su sangre, no su alma, que fuera mucho más; pero Dios da su Espíritu mismo a quien prohíja. ¿Quién duda, sino que sería un excelentísimo modo de prohijar, si un hombre pusiese en otro su misma alma? Pues lo que no puede la flaqueza humana, puede la Omnipotencia Divina: el hombre no puede traspasar su

ánima; pero Dios puede infundir su Espíritu: y así, a quien adopta por hijo, junto con su afecto, y amor, le comunica su Espíritu. Además de esto, Dios hace en su adopción una nueva creatura, y nuevo hombre, porque causa la Gracia, la cual da nuevo ser: de manera, que no causando el hombre, cuando engendra, la forma de su hijo: causa Dios, cuando adopta, la forma de la Gracia, con que se hace el hombre hijo adoptivo de Dios. Por estas excelencias de la adopción de Dios, en que excede a la generación natural de los hombres, no quiso el Espíritu Santo negar a los hijos adoptivos de Dios, los modos de hablar con que significa generación: no porque ellos sean hijos naturales de Dios, sino porque exceden a los hijos naturales de los hombres; por esto los llama nacidos de Dios, y reengendrados, y a la Gracia misma llama simiente de Dios.

Todas estas ventajas de la adopción divina nos significó Santiago cuando dijo: *(St. 1, 18) Que Dios voluntariamente nos engendró con la palabra de verdad, para que fuéramos algún principio de su creatura:* esto es, las primicias, y lo principal de todas las creaturas; *o* como leen otros: *Para que alancemos el Principado entre sus creaturas.* Llama el apóstol al adoptar de Dios, engendrar por la razón dicha, porque no es la adopción Divina solo nombre, no solo imaginación, no reputación solamente; sino nuevo ser, nueva forma, nueva creatura, que renueva interiormente al hombre viejo, y repara la primera, y antigua fábrica, reformando la imagen de Dios: es nueva obra más principal, y la mayor de las obras Divinas, como habla Santo Tomás. No es solo la adopción de Dios para llamarnos hijos; sino para que lo seamos, haciéndonos de nuevo hechuras suyas, las primeras, y las más principales de sus hechuras.

La obligación, que por esta obra, y segunda formación tenemos, se puede colegir por lo que por la primera debemos, por voto de un filósofo gentil, el cual después de haber dicho, que el hombre era obra principalísima, añade: *Si fueras un estatua del famoso escultor Fidias, como algún Dios, que hizo, ora Minerva, ora Jove, te debieras acordar de ti mismo, y de quien te fabricó: y si tuvieras algún sentido, debías con todas fuerzas procurar no hacer cosa indigna de tu Artífice, ni de ti mismo, y no te dejaras ver, ni parecieras delante de los ojos de hombre alguno, con hábito indecente. Pues si el sumo Dios te hizo, ¿cómo no te da cuidado de ti mismo? ¿Cómo no miras como pareces delante de los hombres? ¿Y cuánta distancia va de las obras, y de los artífices? ¿Qué estatua, y obra hay de artífice alguno, que en acabando de hacerse tenga tales facultades, y potencias en sí, que las pueda ejercitar con su formación, sino que es, o piedra, o bronce, u oro, o marfil? Por lo cual la estatua de Minerva, que hizo Fidias, una vez extendida la mano, se está así parada, y sin hacer movimiento alguno para siempre; pero las obras, y fábricas de Dios tienen movimiento, y espíritu: pueden usar de sentido, y no carecer de facultad de estimar, y calificar las cosas: pues como seas obra de tal artífice, ¿por qué le afrentas? ¿Qué diré? Que no solo te fabricó Dios; pero te fio de ti mismo solamente, y te mandó lo que debías hacer y tampoco te acuerdas de esto, antes desprecias, y afrentas la tutela de ti mismo, que te cometió. Por ventura, si Dios te encomendara algún niño para que fueras su tutor, ¿descuidaras de él con este menosprecio? Pues a ti mismo te encomienda Dios, diciéndote amorosamente: No tengo otro más fiel a quien te encomiende, y encargue de ti, sino a*

ti mismo: Yo quiero que este pupilo, que te encargo, que eres tú mismo, me le guardes, y mires por él, como pide su naturaleza, que le conserves casto, fiel, generoso, constante, desembarazado de afectos torcidos, sin perturbación alguna: pues ¿cómo no te encargarás de mirar por ti? Todo esto es de aquel Filósofo, y todo esto debe el hombre a Dios por la hechura vieja de su naturaleza: ¿qué deberá por la nueva de la Gracia? Mil cuidados de sí debe tener el que fue creado de Dios: pues ¿quién es adoptado, que no deberá? El que es solo creatura, debe no afrentar a su Autor; el que es hijo, ¡por qué ha de afrentar a su Padre! Por tener espíritu humano debemos ser castos, fieles, generosos, constantes, sin perturbación de pasiones: quien tiene el Espíritu Divino ¿qué debe ser? Si nos encomendara Dios encarecidamente un extraño, y el esclavo más vil, debíamos cuidar de él más que de nosotros. Pues cuando encarga a quien es hijo suyo, y es nuestra misma alma: ¿porque ha de haber descuido? Los prohijados de los hombres deben a sus padres adoptivos todo agradecimiento, sin ser hechuras suyas: el que es prohijado de Dios, haciéndole la mayor de sus obras, y las primicias de todas las creaturas puras: ¿qué obligación tendrá de mirar por sí, y por la honra de su Padre?

II.

Otra grande excelencia de la adopción Divina notó el apóstol Santiago, cuando dijo, que el engendrar de Dios por ella fue voluntariamente. En lo cual excede mucho la adopción de Dios *a la* generación de los hombres: porque un hombre no engendra voluntariamente a otro, en cuanto no está en su voluntad engendrar: ni puede escoger el hijo que quiere, y así lo que deben los hijos a los padres, no es su elección, y voluntad, sino su sangre solamente; pero Dios cuando adopta, voluntariamente escoge al hijo que quiere, y con elección prohíja a uno dejándose a otros muchos. Lo cual es una notable obligación que tienen los hijos adoptivos más que los naturales; porque estos no deben la voluntad con que fueron preferidos, los adoptivos sí. Y pues la voluntad es lo que más se estima en las dádivas: ¿qué se deberá a Dios por su adopción, pues nos da en ella por la Gracia mayor beneficio, que recibimos por la naturaleza, y juntamente su voluntad? La tasa de los beneficios no es tanto la cantidad de ellos, cuanto la gana con que se dan: pues donde se recibe cosa tan grande como la Gracia, y tan grande voluntad como la Divina, ¿qué se deberá? Muy subidamente tasaron los Filósofos solo el beneficio de la naturaleza, sin voluntad alguna, que reciben los hijos naturales, apreciándole en mucho más, que cuanto son, valen y pueden los hijos: ¿qué será lo que deben los adoptivos de Dios, por la Gracia, y por la voluntad de Dios? No es posible pagarse la deuda de los hijos naturales de los hombres: ¡cómo se podrá pagar la deuda de los hijos adoptivos de Dios! Y si por la creación debemos a Dios infinitamente más, que deben los hijos naturales a sus padres: ¿qué le deberemos por la adopción? Si por la primera hechura debemos todo lo que somos: por la segunda, ¿qué deberemos? Por la formación de nuestra naturaleza debemos infinito, por la reformación de su Gracia le deberemos más que infinito: y más haciéndosenos este beneficio con tanta voluntad, que por hacernos hijos suyos adoptivos, no perdonó a su Hijo natural, que perdió su vida por reparar la

nuestra. Así dijo bien San Bernardo: *(Tract. de Diligend. Deum.) Si todo me debo por haberme hecho Dios la primera vez: ¿qué deberé por haberme vuelto a rehacer, y más siendo con tal modo? Porque no he sido tan fácilmente reformado, como fui formado; porque me formó una vez, y solo con decir una palabra, para reformarme, dijo muchas cosas, hizo grandes maravillas, y padeció terribles penas, y no solo sufrió cosas terribles, pero indignísimas. ¿Qué pagaré a Dios por sí mismo? Aunque mil veces me venda para pagarle, ¿qué comparación hay de mí a Dios? ¿Qué soy yo para con Dios?* Pues ¿qué es lo que hacemos? ¿Qué es lo que pensamos, no siendo agradecidos *a* esta voluntad de Dios, con que nos adoptó, y voluntariamente nos reengendró, y más tan voluntariamente? ¿Qué deberemos a Dios por nuestra naturaleza, y luego por su Gracia, y luego por su voluntad, y luego por tan inmensa; y fervorosa voluntad, que por hacernos hijos adoptivos entregó a la muerte su Hijo natural? ¿Qué puedo decir a esto, sino lo que dice San Pedro Crisólogo? *(serm.* 70*) O hombre, amado con tal extremo de Dios, vuélvete a Dios, entrégate todo a la gloria de aquel, que se entregó todo por ti a la injuria. Llama confiadamente Padre, a quien con tanto amor has experimentado serlo tuyo.* Mira cuan voluntariamente te engendró, pues como dice San Bernardo: *(Serm.* 16. *in Cant.) No perdonó a su Unigénito, porque fueses tú su engendrado. De este modo él se me ha mostrado Padre, pero yo no me he mostrado hijo: con qué cara levanto los ojos al rostro de Padre tan bueno, siendo yo tan maldito hijo? Avergüénceme de haber hecho cosas indignas de mi generación: avergüénzome de haber degenerado de hijo de tan gran Padre.* Esto dice San Bernardo, Santo tan penitente, tan contemplativo, tan crucificado al mundo: ¿qué podemos decir nosotros, olvidados de los pensamientos de hijos de Dios, inmortificados, indevotos y tan vivos al amor propio? ¿Qué pueden decir los que con un pecado mortal deshonran a su Padre, e ignominiosamente le apartan de su pecho, y echan de su casa? Peores son que el hijo pródigo, el cual salió de la casa de su padre: mas el que peca echa de casa a su Padre, echa a Dios de su alma, echa al Espíritu Santo de su Templo.

Fuera de esto, aun comparando la adopción Divina con la humana, excede mucho aquella a esta voluntad. Por lo cual se dice con mucha particularidad, que voluntariamente nos prohíja Dios; porque si bien es verdad que la adopción humana se hace por voluntad, y elección del que adopta; pero supone partes en el adoptado, y méritos para aquel favor: mas la elección de la adopción divina los da. Esta notable diferencia va entre el hombre, y Dios, cuando adoptan, que la adopción humana no hace digno al adoptado, sino le supone. La Divina no lo supone digno, pero le hace; aquella supone méritos, esta los da; por lo cual es más voluntaria, así porque da más, como porque halla menos que dar. ¿Qué pudo Dios hallar en el hombre para poner en él su amor, su corazón, su Gracia, y Espíritu? Halló en él pecados, miserias, indignidad: no mérito del hombre, no obra buena suya, sino la buena voluntad de Dios, hace hijos del Altísimo a los que eran miserables esclavos del demonio. Grande voluntad de Dios fue sacarnos de tan bajo estado, y ponernos en tan alto orden: grande amor le debemos por esto, y es justo, que lo consideremos. *Levantónos* (dice un Doctor) *a los que éramos enemigos, indignos de todo bien, y benevolencia, y condenados a eternos tormentos.*

Levantónos, no a un estado, como quiera, no a la felicidad de la naturaleza angélica; *sino a un supremo, y divino estado, para que fuésemos hijos de Dios, hijos del Rey Eterno, herederos de Dios*, *y herederos juntamente con Cristo, partícipes de su gloria, y de todos sus bienes Divinos: por lo cual esperamos tanto bien, tanto gozo, tanta gloria, cuanta ni los ojos vieron, ni los oídos oyeron, ni el corazón humano lo puede pensar. ¡O qué gran distancia, y extendidísimo campo hay del estado de donde fuimos sacados, y adonde somos levantados, entre lo profundo donde estábamos abatidos debajo de toda creatura*, *y lo sumo adonde somos sublimados sobre toda excelencia de naturaleza creada, entre el estado enemigo, y de hijo amantísimo! Verdaderamente no se puede negar, que es inmensa esta distancia, como sea entre grados de diverso orden: y por eso su diferencia es incomparable, e inmensa*; *porque entre el estado del pecado, y estado de la naturaleza pura, e inocente sin pecado hay un intervalo infinito. De la misma manera le hay entre el estado de nuestra naturaleza pura, y el de la felicidad angélica; y finalmente entre el estado de ángeles puros, y de los hijos de Dios: porque es tan grande la distancia de estos estados*, *que por más bienes de aquel orden, que se amontonen en cada uno*, *no puede pasar del estado inferior al superior; porque quien está en estado de pecado mortal*, *aunque le llenen por toda una eternidad, sin término ni fin, de riquezas, honras, reinos, e imperios, será miserabilísimo, ni jamás se podrá comparar en dicha con aquel, que viviese en el estado de pura naturaleza, porque la malicia del pecado mortal, no puede disminuirse con bienes algunos del mundo, para que no haga a quien le tiene vilísimo, e infelicísimo*; *y el que estuviese en estado de pura naturaleza, nunca podrá llegar a la perfección de ángel, aunque amontonen en él sin fin alguno todos los bienes, de que es capaz nuestra naturaleza, como son, fortaleza, ligereza, hermosura, salud, elocuencia industria, experiencia, Artes liberales y mecánicas, Matemática, Astronomía, y las demás Ciencias: porque toda la perfección humana, comparada con la Angélica, es nada, y como un punto, respecto de la inmensidad de los Cielos*: *finalmente, la perfección Angélica, aunque esté creciendo sin fin en su género, nunca igualará con el estado de hijos de Dios, ni con la gloria que está preparada para ellos. De aquí se podrá echar de ver claramente, cuan inmensa distancia hay de aquel estado*, *del cual fuimos sacados por pura misericordia de Dios, respecto de aquel al cual fuimos ensalzados, y por consiguiente, cuan inmenso beneficio sea este de la adopción.*

¡Cuánta voluntad fue la de Dios, hallando tan poco, hacer de tantas maneras mucho, y sin hallar méritos, darlos! Es cosa tan notable esto, que un hombre antes de ser adoptado de Dios, aunque hiciera todas las buenas obras, que son posibles, aunque hiciera todas las penitencias imaginables, y padeciera todos los tormentos, que han padecido todos los hombres del mundo: y esto lo hiciera, no por un año, *o* dos, sino desde que se creó el mundo, hasta que se acabe: no haría obra, que cabal, y dignamente mereciese la adopción divina, ni en la cual se agradase Dios, para darle parte de su Reino: pero una vez adoptado por hijo, es tanta la dignidad que adquiere, que con solo menear la mano con buena intención con solo un pensamiento de Dios, no solo merece dignamente mayor gracia de adopción, sino la bienaventuranza eterna, y ser heredero del

Reino de Dios: tanto es lo que se gana por esta adopción. A ¿quién no admira, que sea cosa tan digna solo un santo pensamiento de los hijos adoptivos de Dios, que no hay premio en el Mundo premio, que le iguale? No tiene Dios con que pagarle, sino es consigo mismo, con entregarse a ser poseído eternamente en el Cielo: bien tan inmenso como la Gracia, que causa todo esto, no es para desestimar, sino apreciarle sobretodos los bienes del mundo, pues no hay bien creado, que pueda ser paga de la menor obra de virtud hecha en Gracia: por lo cual, el derecho de los hijos adoptivos de Dios, no es como el derecho de los hijos adoptivos de los hombres, sino mucho mayor: el derecho de los hijos adoptivos de algún hombre, solo es a los bienes de fortuna, y externos de su padre, no a su propia persona, ni a los bienes intrínsecos, y naturales de él: pero los hijos adoptivos de Dios por la Gracia, como no hay bien alguno fuera de Dios, que pueda pagar a sus obras, y al cual no sobrepuje la Gracia, tienen derecho a los mismos bienes naturales, y más íntimos de Dios; esto es, a su misma bienaventuranza, que es a la posesión del mismo Dios. Por cierto que no se a quien no pasma tan incomparable bien, y dignidad, como es esta soberana adopción.

Es también más voluntaria la adopción de Dios, que la de los hombres; porque el prohijar de Dios no es por defecto de hijo natural, como lo es la adopción humana, que se introdujo, como remedio de la naturaleza, y consuelo de la falta de hijos naturales, o por la malicia de ellos: porque hallándose los hombres sin hijos, suplieron con arte lo que les negó la naturaleza, adoptando por hijos tales personas, cuales ellos quisieran, fueran los suyos: otros, aunque tenían hijos naturales, porque no eran como quisieran, *o* no les daban gusto, prohijaron a otros mejores, y de más gusto suyo. De suerte, que la falta, o malicia de los hijos naturales, introdujo la adopción entre los hombres; pero la adopción Divina, es totalmente voluntaria, porque no tiene Dios falta de Hijo natural, ni su Hijo natural falta de bondad, ni dejó de dar gusto a su Padre ni al Padre le falta amor para con su hijo, en quien solo se complace sobre todas las cosas, más que en todo lo creado: con todo eso, aquella inmensa bondad, y misericordia de Dios, quiso voluntariamente escoger a los hombres por hijos adoptivos: no porque eran buenos, sino para hacerlos; no por falta de bondad en su Hijo natural, sino porque de su bondad todos participásemos. Por complacerse Dios en su Unigénito, quiso tener muchos semejantes; y así, escogió hijos adoptivos, comunicándoles el Espíritu de su Hijo natural. Bien diferentemente, que la adopción humana, que aunque elige hijos, no da espíritu de hijos; mas la Divina, como más excelente, escoge hijos, y da espíritu de hijos; no como quiera, sino el mismo Espíritu del Hijo natural de Dios. Esto significó el apóstol Santiago, cuando dijo, que voluntariamente nos engendró con la palabra de Verdad; esto es, por medio y con el Espíritu de su Hijo natural que es el Verbo Eterno, y palabra de Verdad del Padre, resplandor de su gloria, y figura de su sustancia. Lo cual es otra excelencia admirable de la adopción Divina, que de todas maneras, y modos está llena de amor, y favores, y dones Divinos: porque no solo esta adopción es en sí un bien incomparable; pero el medio, y modo con que se hizo, es para quedarse admirados los Ángeles de la grande voluntad de Dios, y amor que nos tuvo; porque fuera de prohijarnos por medio de la Gracia, que es bien creado, lo hace por medio del Espíritu de su Unigénito Hijo,

que es bien increado, e infinito. Pues para adoptar a los hombres escogió primero un Hombre, y ensalzóle a que fuera su Hijo natural, derramando en él toda la plenitud de la Divinidad, uniendo substancialmente la Humanidad de Cristo a la Persona del Verbo Eterno, su unigénito Hijo natural, comunicando con esto a la Humanidad la Naturaleza Divina. Después por este Hombre Dios adopta, y hace hijos a todos aquellos que por la Fe, y Sacramentos se unen con aquel que ya es Hijo natural de Dios y se unieren en Cristo como los sarmientos en la vid; y luego que uno se junta, y uniere en aquel Hombre Dios, que es Cristo, le vivifica el Espíritu de Cristo: esto es, su dignidad, y así se hace Hijo de Dios; porque como dice el apóstol, todos los que son movidos por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios: porque viven la vida sobrenatural, y divina de la Gracia, con aquel Espíritu, con que el mismo Dios, y Cristo su Hijo natural viven. Si bien, de diversa manera, se comunica este Espíritu: porque a las Personas Divinas se les comunica por identidad; esto es, porque ellas son una misma cosa con Él, conviene a saber, con la Divinidad: a la Humanidad de Cristo se comunica, por estar la unión hipostática; esto es, por unida a la Persona del Verbo. Y a los hombres se comunica por una admirable extensión, por la cual mediando el don de la Gracia, empieza el Espíritu de Dios a ser nuestro, habitando en nosotros, adornándonos, moviéndonos, rigiéndonos, y dándonos una vida divina, y obrando con él obras divinas, y agradables a Dios. De manera, que las personas Divinas viven con este Espíritu naturalmente, las demás sobrenaturalmente, y así es nuestra vida sobre vital, y sobre esencial. Hemos de imaginar al Espíritu y Divinidad de Cristo, que es como una vida, y forma inmensa, que no estrechándose en los términos de su Humanidad, rebosa, y se extiende infinitamente, y es bastantísima, no solo para dar vida divina al ánima de la Humanidad de Cristo, sino a todas las almas de los demás hombres, que fueren miembros vivos del mismo Cristo, y partícipes de sus Sacramentos. De esta manera, procediendo Dios con maravilloso orden, como en todas las cosas, nos trajo a sí, y redujo a un cuerpo, y a una cabeza, y a una persona, con la cual nos incorporamos y con cuyo Espíritu nos vivificamos; porque es Cristo cabeza de todos los que están en Gracia, y todos los que están en Gracia con cuerpo de Cristo, que reciben de él vida, e influjo espiritual: *Y así Cristo es* (como habla un Doctor) *hipostasis y subsistencia, en quien están estribando los justos: el cual sustenta a todos; y el Espíritu que recibió de su Padre, con una maravillosa extensión los vivifica, y hace hijos de Dios.* De *manera, que aunque fuesen infinitos los Santos, pudiera vivificar a todos.*

Concluye el apóstol Santiago, diciendo, que todo esto es para que seamos el principio de la creatura de Dios, esto es, la principal, y las primicias de las creaturas; porque entre todas ellas, las que más estima Dios, y las principales en los ojos Divinos, son sus hijos adoptivos. Ecumenio lee: *Para que seamos los primeros y honradísimos.* Porque no hay entre todas las creaturas puras cosa primera, ni de más honra, que ser hijos de Dios. Beda dice: *Para que seamos los mejores de todas las creaturas.* Porque no hay cosa mejor que participe pura creatura, que la adopción Divina: y por esto, quien es hijo de Dios siempre debe ser mejor, debe ser santísimo, debe ser divino.

CAPÍTULO VI. De la incomparable grandeza de la Gracia, por lo que Dios quiere, y estima a los hijos adoptivos, que por ella prohíja dándoles por sustento el Cuerpo, y Sangre de Cristo.

I.

Es tan incomparable, y suave este beneficio de la adopción de Dios, que libros enteros se pudieran hacer de esta dulcísima materia, sin cansar mucho a las almas devotas; pero yo pretendo brevedad, y no detenerme todo lo que pide la dignidad de los argumentos que trato: porque ellos son tan grandes, que no es menester más que su noticia para admirarlos. Con todo eso, no puedo dejar de insistir en este; porque aunque hemos dicho mucho del inmenso bien, que nos trae la Gracia con la adopción de Dios, pues nos trae al mismo Espíritu de Dios; con todo eso, subirá mucho de punto la estimación de este beneficio, ver el caso que Dios hace de sus hijos adoptivos: porque a ley de Padre, debe sustentarlos, y mirar por ellos: lo cual hizo tan tierna, tan amorosa, tan espléndida, y cumplidamente, que pasmó al mundo la primera vez que le oyó; de tal manera, que le pareció increíble; pero la grandeza de la liberalidad de Dios había de vencer todo pensamiento, y esperanza de los hombres. Desde que el mundo se creó, no se ha visto tal extremo de amor de padre, o madre para con su hijo: no digo adoptivo, pero ni natural, ni único, como ha mostrado Dios con sus hijos adoptivos: y aunque todos los ángeles, y hombres de más alto, y perspicaz ingenio estuvieran pensando hasta el fin del mundo, qué extremo, y fineza de amor pudiera hacer un padre con su hijo, no les cayera en el pensamiento tal obra, como nuestro Padre Celestial ejecutó por nosotros, dando para sustento de sus hijos adoptivos la propia Carne, y Sangre de su Hijo natural y más tal Hijo natural como Cristo, que es Dios como su Padre, tan infinitamente bueno, y Santo como el Espíritu Santo. Con que se pudiera dar más a entender, ¿qué cosa era ser hijo adoptivo, que con la majestad, y regalo con que le trata Dios, pues le da por leche la Sangre preciosísima de Jesucristo, y por pan aquel Cuerpo más puro, que las estrellas, y de infinito valor? ¡O grandeza estupenda de los que están en Gracia, que por ser hijos de Dios se crían con la Sangre de Dios, y se sustentan con su carne! Es tan grande este bien, que al mismo Dios le pareció grandísimo. Y así por el Profeta Isaías, prometiendo místicamente este favor al Alma Santa le dice; *(Is. 60, 16) Yo le pondré para soberbia de los siglos*, *gozo de generación, y generación: chuparás la leche de las gentes, y mamarás del pecho de los Reyes.* Dijo soberbia de los siglos, por el pasmo, que es la suma grandeza de este favor, y magnificencia de este don; porque en todos los siglos de los siglos, en los pasados, y en los porvenir, no se verá mayor honra, y majestad, con que Padre haya tratado a hijo, ni más regalada, ni más grandiosamente; y si se hubiese de hablar al modo humano más soberbiamente. Ni ha habido cosa, que en las generaciones de generaciones haya de haber mayor gozo que ver, que para cada día se dé a los hijos de Dios tal leche que es espanto de las gentes, y que sean criados a tales pechos, que ningún Rey los tuvo mejores, porque es a los pechos de Dios, sirviéndoles

por leche la Sangre del mismo Dios; porque no quiso el mismo amor de nuestro Padre Celestial, que a los hijos naturales hiciese más favor la naturaleza, que a sus hijos adoptivos la Gracia: antes cuanto tienen más de Dios, y son más hijos de Dios los que están en Gracia por la adopción divina, que los hijos naturales de los hombres por naturaleza, pues tienen menos de sus padres: tanto quiso Dios tratar más tierna, y amorosamente a sus hijos adoptivos, que la naturaleza a los naturales: pues ¿cómo habían de sufrir aquellas entrañas divinas, que la madre natural sustente a su hijo de sus entrañas, y dé a mamar de su sustancia, y alimente con su sangre, sin hacer con sus hijos adoptivos mayor extremo de amor, y ternura, y juntamente ostentación de majestad, y grandeza, conforme a la dignidad de hijos suyos? Por eso determinó el Salvador del Mundo la mayor obra de amor, que fue imaginable, que es dar su Sangre por bebida, y leche, y sus mismas entrañas en comida, y sustento; y no solo sus entrañas, sino toda su sustancia, y ser, sin dejar parte de su Cuerpo, y Sangre, y con su Cuerpo su misma Alma, y Divinidad, y cuanto tiene bueno, y es; porque según dijo el Profeta, ¿qué es lo bueno, y hermoso que tiene Dios, sino este sustento de escogidos, e hijos suyos? ¿Qué madre natural ha habido, que no teniendo otra cosa, se haya echo manjar de sus hijos? Antes lo que se ha visto, dice San Juan Crisóstomo, es: *Que los padres entreguen a los hijos, para que los sustenten otros; pero Yo dice Cristo, no lo hago así, antes los sustento con mis propias carnes y a mí mismo me entrego por comida*, *porque quiero que seáis generosos*, *y que concibáis grandes esperanzas para adelante.* Se han visto madres, que han comido a sus hijos, no que sustenten a sus hijos de sus propias carnes; pero la Gracia había de hacer más extremos de amor, que la naturaleza.

Verdaderamente es de maravillar, cómo junta Dios aquí el mayor amor del Mundo, y la mayor majestad, y ostentación, con que trata a sus hijos, venciendo a todos los amores y faustos, con que los mayores Emperadores han criado a sus primogénitos. Por lo cual llamó Isaías esta magnificencia, *soberbia de los siglos*, *y gozo de las generaciones*, excediendo Dios infinitamente a todo amor natural, y entrañas maternas. La madre, con lo que sustenta al hijo, es con parte de su sangre, que se le va destilando poco a poco; Cristo con toda su Sangre. La madre no da a su hijo sino la sangre imperfecta que le sobra, y esto es la leche; Cristo la Sangre misma del corazón, y todos sus espíritus vitales. La madre no sustenta a su hijo con su misma carne; Cristo da su Carne, y Sangre. La madre no da a su hijo por alimento la parte más pequeña de su cuerpo, ni un dedo, ni un artejo; Cristo da todos sus miembros, y potencias de pies a cabeza. Finalmente, la madre no da a su hijo sus entrañas; Cristo da su corazón, sus entrañas, sus manos, sus pies, y todo cuanto es. Y ¿que va de lo que pueden dar las madres, a lo que da Cristo? ¿Qué va de sangre de persona humana, a Sangre de Persona Divina? Una gota de Sangre de Cristo es cosa de más valor, que Cielo, y Tierra, que todas las almas de los hombres, y todos los Espíritus de los Ángeles. ¿Qué magnificencia es esta, que sustente Dios, a sus hijos con manjar tan precioso? Que se dé en solo un bocado a los hijos de Dios, más que valen todas las riquezas del mundo, más que todos los tesoros de los Monarcas, más que todas las Estrellas del Firmamento, más que todos los Bienaventurados del Cielo. Y así, cuando dijo David, que la magnificencia de Dios

era sublimada sobre los mismos Cielos, y aun cuanto está en ellos, añade luego lo que se puede acomodar a lo que vamos tratando, diciendo: *De la boca de los niños*, *y de los que maman.* Porque la leche, y sustento, que Dios da a sus hijos como niños recién nacidos, conforme al apóstol San Pedro, es el don más liberal, y magnífico del mundo; con la cual consuma, y perfecciona Dios sus alabanzas: porque no hay donde se extienda más su magnificencia.

La mayor magnificencia, que se lee haber sucedido en convites, fue de Clodio, que dio a cada convidado a comer una preciosísima margarita: y porque la Reina de Egipto se quiso comer sobre cena millón y medio, y se sorbió desleída una prodigiosa perla, que valía la mitad, espantó a la soberbia de los Romanos; pero no tiene que ver esto con lo que Dios da en un trago, *o* bocado a sus hijos, que con razón, por significarlo vivamente Isaías, dijo, que era soberbia de los siglos. Esto es tal magnificencia, que no se ha visto en siglo alguno semejante, ni se verá. Oigamos qué magnificencia sea esta, como *lo* dice Santo Tomás por estas palabras: *(S.* Thom. *opusc.* 63. *de Beatitudin. cap.* 2*) Todo lo que el mismo Dios es, y tiene juntamente con el Espíritu Santo, lo dio aquí en sumo grado*; *no hay cosa en el mundo fuera de la naturaleza corporal*, *y espiritual, y Divina. La corporal encierra en sí todo lo que se percibe por los sentidos. La espiritual contiene los Ángeles, y las almas humanas, y todos los Dones espirituales, y virtudes. Y la Naturaleza Divina comprehende en sí naturalmente lo que es perfectísimo: pues cuando nos concedió Dios Padre el Cuerpo y Sangre de su Hijo, en el Santísimo Sacramento, entonces nos dio la naturaleza corporal, subida de punto; esto es*, *en lo sumo que pudo*; *y cuando juntamente nos dio su Alma, entonces nos dio su sustancia espiritual, también en lo sumo que pudo: porque el Alma de Cristo es más perfecta en santidad, que todos los Ángeles y Almas santas. Además de esto*, *nos dio toda la naturaleza Divina, que contiene en sí eternamente, y naturalmente todo bien*; *y esto, no solo una o dos veces en toda la vida, sino en todo tiempo, y lugar, que por cualquier sacerdote bueno, o malo fuere ofrecido aquel saludable Sacrificio; tantas veces se da Dios Padre con el Espíritu Santo a gozar todo a cada alma.* Tan preciosa leche da Dios a sus queridos hijos, tan suntuosamente sustenta a sus prohijados, con tanta majestad, y magnificencia trata a sus adoptivos, para que conozca el hombre que se ha confesado, cómo ha de estimar la Gracia, y la dignidad de Hijo de Dios, que ha recibido; y cuando se llega a comulgar, mire a qué pechos llega con sus labios; mire, que sustento tan rico, y precioso le dan, que es, no solo todo lo precioso del mundo, sino todo lo precioso de Dios; mire, qué cosa hace su amorosísimo Padre, dándole en un bocado tantos tesoros juntos, porque viva, y crezca en la vida divina, que ha recibido. Sepa estimar el ser hijo de Dios, pues Dios lo estima tanto. No se abata a cosas de tierra, a quien Dios da lo mejor del Cielo. Trátese como hijo del Altísimo, teniendo pensamientos altos, y generosos, pues Dios le trata tan generosa, y magníficamente. Sea liberal con Dios, pues Dios es tan magnífico con él. No repare en hacer todo por Dios, pues Dios no reparó en hacer todo por él.

II.

Pasmo es considerar lo que Dios hizo para venir a dar este bocado tan precioso a sus hijos. En lo cual no solo hay que admirar lo que se da, sino como se da; esto es lo que hizo Dios para darlo, con cuantas leyes de la naturaleza atropelló, cuantos milagros obró, cuantos extremos hizo, a cuanto se abatió por esta causa. El Profeta David, en el Salmo ciento diez, donde habló de este alimento, que Dios da a sus hijos pequeñuelos, que le temen, y reverencian, dice: que las obras de Dios son grandiosas y exquisitas para todos sus quereres: y después, hablando en singular, añade, que *su obra es alabanza, y magnificencia:* porque verdaderamente, este plato magnífico, que Dios da a sus hijos, en una obra encierra muchas, y todas exquisitas, y en que campea mas, que en otra cosa alguna la Omnipotencia Divina, para hacer lo que quiere; y así luego concluye, que hizo en esto una memoria, y cifra de sus maravillas: porque cuando llega a la boca de un hijo de Dios este Divino sustento, primero se han hecho grandes prodigios, y milagros. ¿Qué no costó a Dios dar a sus hijos por leche la Sangre de su Unigénito? Lo primero que aquel Omnipotente Señor del Cielo, y Tierra, encarnase, anonadándose el que es todo; obra, que no pudo hacerse sin todo el caudal de la Omnipotencia Divina. Después fue necesario, que el mismo que era Dios, y Vida eterna, hubiese de morir, y derramar su Sangre, cuya muerte representase en este Misterio, que es otra segunda maravilla maravillosísima. Pues en la obra misma de la Consagración de este Misterio ¿qué maravillas no hay? Son sin número: tantos milagros hay en este Sacramento, y Pan de Ángeles, cuantas gotas de Sangre tiene Cristo en sus Venas, cuantos articulaciones en su Cuerpo, y cuantos pelos en la Cabeza. Para ponerse cada una de estas cosas debajo de las Especies de Pan, y Vino, fue necesario todo el Brazo Omnipotente de Dios, y toda su Majestad, derogando las más fijas, y constantes leyes de la naturaleza. Además de esto, cuantas gotas hay de Vino en el Cáliz, y cuantas migajas puede haber en la Hostia, tantos prodigios, y maravillas son: pero recogiendo estos milagros a cabezas principales, los reducen algunos teólogos por mayor a doce, aunque se puedan hallar más.

Lo primero, es raro milagro, perecer totalmente la sustancia del pan, y del vino, para lo cual es menester más Omnipotencia, que para trastornar el Mundo, y trabucar toda la naturaleza, haciendo de los Cielos los Elementos, y de los Elementos el Cielo: porque aunque no es aniquilación el faltar allí toda la sustancia hasta la materia primera, es necesario el mismo poder, que para aniquilar, y crear, y hacer una cosa de nada: y lo que es algo, resolverlo en nada, es solo de un poder infinito. De manera, que aunque un ángel pudiera trastornar los Cielos, y Elementos, no pudiera aniquilar una migaja de pan, ni un átomo del aire. Otro milagro igual es reproducir una sustancia entera con toda su materia primera, cuando se corrompen los accidentes de Pan, y Vino, para lo cual es necesario la misma virtud infinita. Todas estas cosas no suceden, ni sucederán en otros casos, sino es aquí por la Majestad de este Sacramento. Y si es verdad, como pienso lo es, que cuando se corrompen las especies, se reproduce la misma materia, que estaba antes, y pereció es otra grande, y nunca vista maravilla, porque es contra todos los

fueros de la naturaleza, que se vuelve *a* producir de nuevo una misma cosa, que había ya perecido totalmente.

Estos raros milagros hay, cuanto a la sustancia del pan; otros hay maravillosísimos, cuanto a los accidentes, y especies Sacramentales, que quedan: porque es prodigio nunca visto: que perseveren los accidentes del Pan sin sujeto ninguno, ni sustancia que los sustente: sino que contra su misma naturaleza se mantengan por sí mismos. Otro milagro es, que no teniendo sustancia, reciban las impresiones de otras calidades de la misma forma, como si estuviesen con su propia sustancia, calentándose, enfriándose, secándose, corrompiéndose. Acerca del Cuerpo y Sangre de Cristo, y las demás cosas que le siguen, y acompañan, pasan más estupendas maravillas: porque ¿a quién no admira, que se ponga el Cuerpo de Cristo en la Hostia, y en tantas Hostias como hay en el mundo, estando también en el Cielo? De modo, que no está menos verdadera, y real, y sustancialmente en los accidentes de pan, y vino, que está en el Trono de su Majestad, a la diestra de Dios Padre. Lo cual se hace, conforme hablan los Padres de la Iglesia, San Cipriano, San Ambrosio, San Juan Damasceno, y Tertuliano, por una acción productiva. La cual es tan poderosa, y eficaz, que si el Cuerpo Sacratísimo de Cristo nuestro Redentor no estuviera en el mundo en su ser natural, se produjera por ella de nada, como lo dicen gravísimos Escolásticos: y por eso Escoto confiesa, que se pudo instituir este Misterio antes de la Encarnación de Cristo, con la misma virtud que ahora, aunque entonces no tuviera Cristo modo de esta natural.

Fuera del Cuerpo de Cristo, son raras maravillas las otras cosas que se ponen allí, como hablan los Teólogos, por concomitancia, como es el ánima misma de Cristo con toda su sustancia, y potencias, que se constituyen presentes, con tan poderosa acción, como fue su creación. También es rara maravilla, que de la misma manera se pongan allí todos los hábitos de virtudes sobrenaturales de Cristo, y su visión bienaventurada; y sobre todo lo dicho, la unión hipostática, que se constituye allí por semejante acción, la cual es el mayor efecto de la omnipotencia Divina, y consiguientemente se pone también en este Sacramento, con muy particular presencia, el Verbo Divino, y juntamente la naturaleza Divina, y el Padre, y Espíritu Santo.

Además de esto, es estupendo milagro el modo con que se pone el Cuerpo de Cristo en los accidentes de pan, que es con un modo propio de las cosas espirituales cosa nunca oída, ni pensada, que un cuerpo esté como un espíritu; porque el Cuerpo de Cristo, con toda su cantidad, y calidades, se eleva por virtud divina sobre la condición de las cosas corporales, y recibe un modo de estar espiritual. De manera que está todo en toda la Hostia, y todo en cada parte, como está el ángel en el espacio que ocupa, y el alma racional en el cuerpo que da vida. Este milagro es nunca visto, ni se verá en otra cosa corpórea, y extensa, que esté en lugar como si fuera espíritu, e indivisible. Con esto se junta, que todos los miembros y partes de Cristo están allí sin confusión, porque aunque todas están aún en un punto, cada una tiene su propio temperamento, su unión, su conexión, su orden, y toda su interna disposición, la cual no depende de respeto alguno de lugar. Añádase a esto la multiplicación, hablemos así, del Cuerpo de Cristo, debajo de

unas mismas especies, o la presencia multiplicada que tiene, que es otra rarísima maravilla, con que el modo espiritual, con que está allí el Cuerpo de Cristo, excede al modo con que están presentes las cosas espirituales; porque no solo está todo en toda la Hostia junta, y todo en cada parte unida, sino aun en las desunidas queda con un cierto modo de inmensidad, respecto de aquel espacio de los accidentes; porque aunque fueran inmensos, y se dividieran infinitamente, en todos, y en cada uno dividido estuviera Cristo a la manera que Dios está en un cuerpo, y estará en cada parte de él dividida, plena y totalmente. Verdad es, que el ánima racional está toda en todo el cuerpo, y toda en cada parte; pero no está en cada parte plena, y totalmente como en el todo; por lo cual cortando una parte del cuerpo, no se puede conservar en ella el alma; pero el Cuerpo de Cristo está tan milagrosamente en la Hostia, que en cada parte de ella está completa, y totalmente, y tan perfectamente como en toda la Hostia, no dependiendo la presencia que tiene en una parte de las otras partes vecinas, sino en todas está cumplida, total, y perfectamente. Y así, por más que dividan la Hostia, permanece en cada parte igualmente: lo cual no tiene otra sustancia, por espiritual qua sea, sino solo Dios, que es inmenso. Esto que hemos dicho, es para quedar atónitos de la inmensa caridad de nuestro Redentor, el cual en una Hostia sola, no una vez solamente, sino millones de veces, se nos quiso dar, para que recibiéndole en una Forma en cierta manera, le recibiésemos millones de veces. ¡O Señor mío, que tantas veces queréis ser mío! Acabe yo de ser totalmente de una vez vuestro. Si una vez me dais vuestro Sacratísimo Cuerpo millones de veces: ¿por qué, Señor, en tantas veces como me he dado a Vos, no acabo de darme de una vez? No más, Señor, no más tengo de ser mío, sino vuestro, única, y total, y eternamente. Lo mismo que se ha dicho del Cuerpo de Cristo, se ha de entender de su Sangre, de su alma, de sus gracias, de sus virtudes, y de la unión hipostática. A ¿quién no pasma ver tanta multitud de prodigios, y maravillas? Las cuales aún no se han acabado, porque otra es muy grande, cuando corrompidas las especies Sacramentales, falta de allí la presencia Real del Cuerpo de Cristo; porque también es necesario poder infinito para quitarle de allí, como para ponerle.

Pues lo que pasa en la potestad Sacerdotal para consagrar la Hostia, ¿a quién no admira, que tenga potestad para ello tanta multitud de Sacerdotes, sin perderse cosa tan santa por falta de santidad de vida en los Ministros, ni quitarse por enormes delitos que se cometan? Si un hombre solo tuviese este inmenso poder, ¿de cuánta admiración fuera? ¿Cómo correrían a él de todo el mundo? ¿En cuanta reverencia la tendrían? Todos le miraran como un Dios en la tierra; pero la inmensa bondad de Dios, y su paternal amor, porque no faltase copioso sustento a sus hijos, ha concedido esta estupenda facultad, no a uno, ni dos solamente, sino a innumerables, sin haber reparado en personas: porque la ha concedido a una pecadores, adúlteros, blasfemos, cismáticos, y herejes: Con lo cual, como dice un Doctor, parece que se ha olvidado Dios de su dignidad, y descuidado de su honor; porque la multitud, e indignidad de algunos, que tienen este incomparable poder, ha hecho que sea menos estimado del mundo; pero el sumo amor, que Dios tiene a sus hijos, le hizo que sin reparar en nada, lo determinase así, porque no les faltase leche. No menor espanto es la facilidad con que obran los

Sacerdotes; no es menester que trabajen, ni suden, para hacer obras tan grandes, y exquisitas, como hay en la consagración de la Hostia; sino con suma facilidad hacen tan estupendas maravillas. ¿Qué cosa hay más fácil a los hombres que hablar? Pues con solo cuatro, *o* cinco palabras obran esta suma de milagros. A ¿quién no espantará, que estuviese en la mano de un hombre traspasar los montes de una parte a otra, sacar al Océano de su asiento, resucitar muertos? Pues todos estos prodigios, ¿qué son, comparados con este misterio, que de suyo es más arduo, que la creación de Cielo, y Tierra? Todo esto lo dispuso tiernamente nuestro tierno, y amorosísimo Padre, para que tuviésemos muy a mano la leche, y sustento digno de hijos de Dios.

Pues qué si miramos los raros efectos de este Divino Sacramento, ¿qué maravillas no se verán en ellos? Lo primero, del aumento de Gracia habitual, que causa en quien la recibe dignamente, que es otra maravilla de maravillas conforta al alma, esfuerza todas las virtudes, extingue los malos hábitos, castiga al cuerpo, une de tal manera con Cristo, que no solo hace al alma un espíritu con el de Dios, sino a la misma carne del hombre hace carne de Cristo, uniéndola a la carne del mismo Cristo; de tal manera, que dicen los Padres, se hacen una carne por una unión real, de tal modo, que por ser la carne del que comulga una con la de Cristo, resucitaría, y se vestiría con los dotes de gloria, aunque los demás hombres no resucitasen. Verdaderamente es una grande maravilla esta unión tan maravillosa. Grande maravilla, que convirtiéndose los otros alimentos en los que los comen, este alimento convierta en sí al que le come. Por lo cual dijo Algero: *Nosotros mismos somos hechos Cuerpo de Cristo y por su gran misericordia somos los que recibimos.* Todo es admirable, todo raro, todo sumo, todo magnífico, este alimento que da el Padre de misericordias a los que son sus hijos adoptivos por Gracia.

Verdaderamente es una cifra de maravillas este Misterio, por las muchas que en él concurren, y porque en él está una suma de todas las obras maravillosas de Dios, las cuales si consideramos, todas se hallarán aquí. La primera maravilla fue la obra de la creación, haciendo Dios las cosas de nada, fabricando aun desde la materia primera. Esta maravilla se halla en este Misterio, porque corrompidas las especies Sacramentales, produce Dios totalmente la materia substancial de pan, y vino, volviendo a hacer una sustancia enteramente desde la materia primera; y antes la destruyó también con su materia, que es tan gran poder, como crear de nada, y reducir a nada. Además de esto, el Alma de Cristo se pone en el Sacramento, con tan poderosa acción, como fue su creación. Lo mismo se ha de decir de la acción, con que se ponen allí las gracias, virtudes, y dones sobrenaturales de Cristo, y de la unión hipostática; la cual si no estuviera en el mundo, se produjera de nuevo por aquella acción, con que se pone presente en el Santísimo Sacramento. En esto también se ve como encierra este Divino Misterio la otra maravilla de Dios, que es la obra de la Encarnación, de la cual obra, que es la mayor de las mayores, es un vivo retrato este Santísimo Sacramento: porque así como por la Encarnación, la Divinidad invisible está unida a la carne visible de Cristo: así aquí la carne de Cristo está unida a las especies Sacramentales visibles. Allí todo el Verbo Eterno está unido a todas las partes de la Humanidad; aquí todo Cristo está unido a cada parte de las especies. Allí está sin lesión la Divinidad, aunque estuviese maltratada la

Humanidad: aquí está sin lesión Cristo partida la Hostia. Allí de la unión del Verbo, y la Humanidad, resultó un solo Cristo: aquí de la unión de Cristo, y las especies, resulta un Sacramento. Allí por la comunicación de idiomas, por causa de la unión personal, se dice Dios azotado, coronado de espinas, crucificado, y muerto, sin padecer esto la Divinidad: aquí también se dice, que se come la carne de Cristo, y se bebe su Sangre, y se toca su Cuerpo, y se ve, y se parte, solo porque se toquen, vean, y partan las especies, sin que padezca nada el Cuerpo de Cristo. Allí no tuyo la Humanidad de Cristo su modo natural de estar, que se llama subsistencia propia, sino fue sustentada por el Verbo Eterno: también aquí las especies Sacramentales no tienen su modo natural de estar; pero se contienen por virtud del Cuerpo de Cristo fuera de su sujeto natural. Allí ninguna fuerza creada podrá deshacer la unión, que hay entre el Verbo, y la Humanidad; aquí tampoco podrá deshacer la unión, que hay entre Cristo y las especies Sacramentales, mientras ellas perseveran: tan vivo retablo es este Divino Sacramento de la obra Divinísima de la Encarnación, y no lo es menos de la Pasión de Cristo, y del tremendo Sacrificio, que ofreció por nuestros pecados con su Muerte, y el derramamiento de su Sangre: del cual Sacrificio, y Muerte del Hijo de Dios, es una perfectísima representación este Misterio: porque si Cristo ofreció su Sangre derramada en la Cruz aquí también se ofrece la sangre de Cristo derramada. Si Crist0 murió en la Cruz desangrado su Cuerpo: aquí también místicamente se ve la Muerte de Cristo, apartándose por virtud de las palabras de la Consagración, la Sangre de Cristo de su Cuerpo, poniéndose por virtud de las mismas palabras la Sangre de Cristo en el Cáliz, y el Cuerpo en la Hostia. Y si en todo Sacrificio ha de haber mudanza, como dicen los Teólogos: ¿qué mayor, que lo que era sustancia de pan, y vino, deje de ser pan y vino?

Las otras obras maravillosas de Dios, son la Santidad, la Gracia, la glorificación de las ánimas, la resurrección de los muertos, y la glorificación de los cuerpos gloriosos. Aquí está todo: porque aquí está Cristo Santo y Santísimo lleno de Gracia, bienaventurado, y glorificado en su alma con su Cuerpo resucitado, y con los cuatro dotes de gloria, y gloriosísimo. Fuera de esto, el efecto de este Sacramento, es dar mucha Gracia, y derecho muy particular a la vida eterna y bienaventuranza, no solo del alma, sino especialísimamente también del cuerpo, de cuya resurrección es causa de manera, que no hay obra de naturaleza, ni de Gracia, que no se haya sumado en este Misterio, ni ha hecho Dios obra grande, que no se halle aquí; antes hay en este Sacramento muchas maravillas estupendas, que no había obrado antes, ni obrará jamás, ni se hallarán semejantes en otra cosa: porque sobre ser este Sacramento suma de las demás maravillas de Dios, añade otras grandes maravillas, que no las ha hecho el poder Divino, ni hará por otra causa. Tan maravillosa obra es esta, tan exquisita, tan estupenda. No podrán alcanzar los entendimientos de los Querubines ser posible cosa más maravillosa, ni más preciosa, que este Divinísimo Misterio, cuyas maravillas he querido referir aquí, para que conozcamos cuan maravillosa cosa es ser hijos adoptivos de Dios, cuanto los estima su Omnipotente Padre, pues por darles alimento proporcionado a su dignidad, ha hecho tanta costa de milagros, y se ha extendido a todo lo que ha podido su Omnipotente brazo.

III.

Ruego, pues, por la Sangre de Jesús, que se nos da en este Sacramento, que se considere esto. Miremos como estima Dios la vida que nos da de Gracia, pues por sustentarla ha hecho cosas tan maravillosas, y obrado tantos prodigios, atropellando tantas veces con los estatutos, y fueros de la naturaleza, para que nosotros también estimemos esta vida de Gracia, y entendamos, que por conservarla, hemos también de atropellar con nuestro natural, y rasgar las leyes, que en nuestros miembros militan contra el Espíritu. Dios hace y deshace y destruye en este Sacramento sustancias enteras de la naturaleza, por sustentarnos en la Gracia, y vida de hijos suyos: tampoco ha de haber cosa, que no hagamos nosotros por lo mismo, pues nos va en ello la vida, y más tal vida. Cualquier impedimento hemos de deshacer, destruir, y aniquilar. Abramos los ojos, para ver cuánto importa esto, por las veras con que Dios lo toma. Como no asombra ver a Dios que porque conserve el hombre la Gracia, haga tantas finezas, y prodigios, y ¿que el hombre no haga caso de ella, y pierda el ser hijo de Dios y su vida divina, por un gusto de bestias, por una avaricia del infierno, por una ambición de demonios? ¿Cuánta es hasta el día de hoy la ignominia de Esaú, que por una escudilla de lentejas, perdiese su Mayorazgo: y que el cristiano el patrimonio, y herencia de los Cielos, el vivir eternamente; el ser hijo de Dios, lo pierda, por quebrantar un ayuno, por un juramento falso, que ni le va, ni le viene, por un deseo de venganza, que le estaría muy mal ejecutarle, por una complacencia torpe, que sabe no ha de tener efecto. Dios da la Sangre de su Unigénito, porque conservemos la Gracia; y el hombre ¿no querrá dar lo que debe? Dios da todo lo bueno que tiene, y el hombre ¿no querrá hacer una obra buena? Dios hace tantas maravillas, y cosas tan extraordinarias, y nunca vistas: mas el hombre ¿no ha de salir de su paso, ni ha de hacer fineza alguna por su Creador? Dios estima tanto ser Padre nuestro, que en cada bocado que da a sus hijos, les da todo lo precioso del Cielo, y tierra; y el hombre estima tan poco el ser hijo de Dios, que aunque se condene al infierno, lo deja de ser. ¡O insensibilidad humana! ¡O brutalidad de los hijos de Adán! ¿Dónde está el juicio de los hombres: desagradecidos, a tantos amores de Dios? ¡Que dejen a Dios burlado, y se vuelvan por gusto de un momento a los brazos de Lucifer! ¡Qué dejen las palmas en que los trae su Padre Celestial, y se entren por las uñas del Demonio! Es posible, que haya hombre, que quiera afrentar de esta manera a su Padre, y su Dios, dejándole burlado con todas sus trazas, riéndose de tantas maravillas que obra, para que sustentemos la Gracia, tirándole a la cara la investidura del Reino de los Cielos, rasgando su púrpura Divina, rompiendo el título de nuestra adopción. Ruego otra vez, por la Sangre de Jesús, que ponderemos esto. Ruego, por la Sangre de Jesús, que miremos que Sangre bebemos. La Sangre del Hijo de Dios es para que tengamos espíritu de hijos de tal Padre. Bebemos la Sangre del Hijo de Dios, para que derramemos la nuestra antes de disgustar a nuestro Dios, y Padre. La Sangre de Cristo nos sustenta, para que tengamos en nuestras venas honra, y sangre de hijos del

Altísimo. Estimemos esta grandeza, y no solo no la perdamos; pero pues Dios hizo tanta costa de maravillas para aumentarla, procuremos siempre crecer en Gracia, no haciendo obra, que no sea por Dios, y de hijo de Dios; porque verdaderamente esta fineza de Dios en darnos por sustento preciosísimo de la vida de Gracia, el Cuerpo y Sangre de su Hijo natural, no solo nos ha de obligar a no perder la Gracia, sino también a granjearla mayor cada día. Porque no solo nos sustenta Dios tan costosamente, para que no muramos con alguna obra mala, sino para que crezcamos con muchas buenas. Por esta causa el apóstol San Pedro quiere, que nos consideremos como niños, a los cuales se da leche para que crezcan, por ser la leche muy proporcionado alimento, no solo para sustentar la vida de las criaturas, sino para hacerlas crecer. Y así, hablando de este Sacramento, según San Dionisio, y San Cirilo, dice: *Como niños recién nacidos*, *apetece la leche racional sin engaño.* Los hijos de Dios niños han de ser en la inocencia de vida, niños en la pureza, niños en la simplicidad, niños a este mundo, donde han de vivir sin prudencia mundana, sin engaño, ni doblez: niños en la disposición de crecer, niños que se aumentan siempre: hasta que lleguemos a varones perfectos en la otra vida, donde nos daría nuestra herencia, y patrimonio del Reino de los Cielos.

CAPÍTULO VII. Cuánto debe ser estimada la Gracia, por causar entre Dios y los hombres verdadera amistad.

I.

Con ser tan inopinable grandeza la de la Gracia, en hacer a los justos hijos adoptivos del Altísimo, no es singular, ni la mayor que tiene; antes parece que es cosa más grande el hacerlos amigos de Dios, propia, y rigurosamente, como lo afirma Santo Tomás, con los demás Teólogos, y lo confirma el Concilio Tridentino, que absolutamente llama a los justos amigos de Dios; y se colige de muchos lugares de la Escritura, especialmente de lo que dijo Cristo nuestro Redentor, cuando consoló a sus discípulos con aquellas dulces palabras: *Digoos, amigos míos:* Y por San Juan (Jn. 15, 14): *Vosotros sois mis amigos.* Otras más veces nos favoreció con tan amoroso nombre y más regaladamente que nunca cuando dijo: *Ya no os llamo siervos*, *sino amigos.* ¡O amoroso Señor! ¿No era bastante honra para una creatura, compuesta de lodo, ser ella vuestra esclava y Vos su Señor? ¿Qué es esto, que queréis ser su amigo? ¿Qué digo ser bastante honra del hombre ser esclavo de Dios? Por mucha honra había de tener ser esclavo de un ángel, aunque fuera el hombre señor de todos los reinos del mundo: pues ¿qué extremo es, que nos haga Dios sus amigos? Considerando esto Santo Tomás, y admirado de tal favor exclama: *Pásmate de la suma dignación de Dios para contigo. Te ennobleció Dios, oh hombre constituyéndote señor de los animales irracionales, que te son inferiores*, *según se dice en el Salmo: Todas las cosas sujetaste a sus pies*; *pero aunque reinas sobre los brutos, no fuera maravilla que te sujetaras al dominio de los Ángeles, por lo menos de los Serafines. Mas no pasa esto así, sino que tu nobleza, es aun respecto de lo que está sobre ti, solo Dios es tu verdadero Señor. Espántate aún más, extiende, dilata tu admiración hasta que mueras de puro asombro, que aquel cuyo esclavo debieras ser, manda que seas su amigo, &c. Ten pues cuidado de ser amigo de aquel de quien estás tan obligado.* Esto es de Santo Tomás, que con mucha razón se maravilla de este gran favor, y dicha; porque si el Eclesiástico dice: *(6, 5-17) Bienaventurado es el que haya un amigo verdadero.* Quien halla a Dios por amigo ¿qué felicidad será la suya? Si el hombre, que es verdadero amigo, basta hacer a esta vida, aunque llena da miserias, bienaventurada, quien halla por amigo al que es la misma bienaventuranza, ¿qué dicha no tendrá? Gran cosa es tener a Dios por Padre adoptivo; pero tenerlo por amigo, aun dice más grandeza, y amor. Porque no solo muchos filósofos, sino Santo Tomás antepone el vínculo de amistad al de la sangre y parentesco. Por lo cual dicen algunos teólogos que tan fino puede ser un amigo, que se deba amar más que a los propios padres. Tiene esto más el nombre de amigo que el de hijo, que el nombre de hijo, y más adoptivo, es de alguna inferioridad, y no significa necesariamente amor, porque puede ser uno hijo y padre, sin ser amado ni amar; pero el amigo no puede sin amor. Fuera de esto, el amor de padres, e hijos no dice tanta nobleza, y pureza de amor; porque puede ser, y es ordinariamente por respeto de algún provecho propio: mas el amor de amigo

verdadero es el más primo y noble, y acendrado de todos: y esto no como quiera, sino recíproco de una parte y otra, amando, y siendo amado. Además de esto, el nombre de amigo no es de inferioridad, sino de igualdad; porque la amistad no puede estar sino entre iguales, como Aristóteles enseñó. Y San Gerónimo dijo: *La amistad admite a los iguales o los hace.* Por esto se admiran tanto los Santos, que el hombre sea amigo de aquel Dios Omnipotente, que dista infinitamente de toda la grandeza de los Reyes de la tierra. Maravillado de esto San Gregorio, exclama: ¡O *admirable dignación de la bondad Divina, no somos dignos siervos, y somos llamados amigos! ¡O cuanta dignidad es de los hombres ser amigos de Dios!* Verdaderamente no hay otra mayor. El ser siervo de Dios es más que ser Rey del mundo: ¿que será ser amigo? Porque si dicen los Filósofos que el amigo es otro yo: el que es amigo de Dios, será como un Dios, y se ha de reverenciar como en quien está Dios.

II.

Esta grandeza de ser el hombre amigo de Dios, es tan soberana, y sobre todo el pensamiento humano, que habiendo los Filósofos sentido altísimamente de la dignidad del alma racional, excediendo en esto tanto, que erraron, atribuyéndola mas que la fe enseña; porque pensaron, que por su naturaleza era divina, y no menos que una parte de Dios, cortada de su misma sustancia: no dieron en este pensamiento, .que podía ser el hombre rigurosamente amigo de Dios; antes el príncipe de los filósofos Aristóteles claramente dijo, que entre Dios, y los hombres no podía haber amistad. La causa es la grande desigualdad, que hay entre el Creador y las creaturas; porque si aún entre los reyes, y los vasallos, dice el mismo Filósofo, que no puede haber amistad por la desigualdad de su estado: donde hay tan inmensa desigualdad como entre Dios, y los hombres, más imposible parece, que puedan ser propia, y rigurosamente amigos. Además de este hay otra razón más particular en Dios, que en los reyes, para que no pueda ser amigo de los hombres; y es, que el verdadero amigo ha de amar a su amigo por sí mismo, por ser quien es, sin otros respectos particulares: y aunque un rey podrá querer bien a un vasallo por sí mismo, por sus partes y excelencias, no es esto decente a Dios, ni posible que ame a una creatura por sí misma, sino por respeto del mismo Dios. Estas razones hacen que parezca imposible la amistad entre Dios y los hombres.

Con todo eso, es tanta la fuerza de la Gracia, y tan sublime su grandeza, y honra, que da a los justos, que causa verdadera, y como notó el Padre Francisco Suarez, sobre todas, perfectísima amistad entre Dios, y el hombre; y da, no solo nombre de amigo de Dios al que aun el llamarse siervo de sus siervos fuera muy honroso; pero hace que sea en sustancia, y verdad amigo. La causa es la suma excelencia de la Gracia, que eleva a los hombres a un estado de suficiente igualdad, o proporción, y semejanza, para formar amistad con Dios; esto es, a estado divino, dándoles tal honor, y ser que no desdiga de la infinita Majestad del Creador, tener, no por esclavos, sino por amigos a los hombres. De lo cual admirado David, dijo: *Demasiadamente son honrados tus amigos, Dios mío,*

demasiadamente se ha fortalecido su Principado. Porque para venir a ser amigos de Dios, la Gracia les da una honra excesiva, y dignidad incomparable de hombres miserables suben a un ser Divino, y los que estaban en estado de miserias, y culpa, han alcanzado un sumo principado, y estado divinísimo. Por lo cual ya pueden ser, no solo dignos siervos, sino generosos amigos del Señor de todo.

De manera, que aunque un esclavo no puede venir a ser amigo de un rey, por la grande desigualdad que hay entre estas dos personas; con todo eso, puede un hombre venir a ser amigo de Dios; porque la Gracia le saca del estado de mera servidumbre, y le sublima a tan excesiva honra, y dignidad que ya puede ser amigo de Dios, por no faltarle con la Gracia la proporción, y semejanza bastante para tener, y conservar entre Dios, y el hombre verdadera amistad, que llaman los Teólogos de excelencia; porque aunque Dios haga infinitas ventajas a una creatura por buena, excelente y perfecta que sea, y por más dones creados que tenga e infinitamente sean mayores estas ventajas, que los que el rey hace a un vil esclavo; con todo eso, el estado, y orden de *Gracia,* como sea divino, es uno con el de Dios; y lo que es un mismo orden, no dista infinitamente de sí mismo. Por lo cual quien está en Gracia, está en tal estado, que no le puede impedir la desigualdad ser amigo del más alto Rey Monarca del Mundo, del mismo Señor Omnipotente, Creador de Cielo, y Tierra, de quien fuera mucha honra a los mismos Serafines ser siervos: pues ¿qué honra será llamarnos Cristo, no siervos sino amigos? Con razón dice San Cirilo: *(Lib. 10 Comment. In Joan. 22) ¿Qué cosa mayor*, *qué cosa más esclarecida, que ser, y nombrarse amigos de Cristo? Excede esta dignidad a los términos de la naturaleza humana: porque todas las cosas sirven al Creador como dice el salmista*; *ni hay cosa, que no se sujeta al yugo de su servidumbre*. Lo cual como sea así a los que guardan los Mandamientos de Dios, los llama el Señor, no siervos sino amigos, y en todas las cosas les trata como tales. Grandioso, y espléndido es este galardón.

Por cierto, que aunque la Gracia no tuviera otro provecho, ni honra, sino esta de hacernos capaces de la amistad de Dios, había de ser estimada sobre toda nuestra vida, y honra. Y pues no solo nos hace capaces, sino verdaderos amigos de Dios, y a Dios verdadero amigo nuestro, no hay vidas en el alma, ni honras en el mundo, ni bienes en la naturaleza, ni afición en nuestro corazón, que no debíamos dar por sola la Gracia: porque así con ella tendremos una vida mayor que todas las vidas y una honra mayor, que todas las honras, y un bien mayor, que todos los bienes: porque si el que tiene a otro hombre miserable como él, por verdadero amigo, tiene todo lo que se puede desear en esta vida: ¿qué tendrá quien a un Señor Omnipotente tiene por amigo fidelísimo? El Eclesiástico, fuera de haber llamado Bienaventurado al que hubiese hallado un amigo verdadero, dice: *(Eccles. 6) El amigo fiel es un amparo fuerte: y el que le halla, halla un tesoro: no hay comparación de la bondad de su lealtad: no hay precio bastante, ni se puede pagar a peso de oro, ni plata. El amigo fino: es el remedio de la vida*, *y de la inmortalidad.*

Tan notable bien es un hombre, que es fino amigo, pues es un tesoro incomparable,

que no digo se debía pesar a oro; pero no hay oro, ni plata en el mundo, que se pueda comparar con él: él vale por todos los tesoros; él es un fortísimo presidio de las miserias de la vida: él es remedio, no solo de los males de esta mortalidad, sino de los de la eternidad; porque un amigo verdadero, si lo es, no solo ayuda a pasar esta vida perecedera con alivio, pero a alcanzar la eterna: todo esto dice el Espíritu Santo, que puede un hombre, que es fiel, y verdadero amigo. Y si el hombre hace eso, ¿qué hará Dios, cuando es amigo? ¿Qué bien tendrá el que está en Gracia, pues es amigo de Dios, y Dios lo es suyo? ¿Qué tesoro no ha encontrado? No hay bien, ni riqueza imaginable, que no se deba dejar por tal amigo, que le ha de ser único remedio contra los males de esta vida, y de la venidera, contra las culpas de la una y penas de la otra.

Considere el hombre ¿qué puede granjear por un pecado, si pierde con eso tal amigo, y con él todos los bienes, no solo perdiendo tal amigo, pero convirtiéndole en enemigo capital? ¿Es cosa de poca importancia, tener por amigo a un Señor Omnipotente, o no? ¿Va poca diferencia, tener el Rey del Cielo, y Tierra por amigo fino, o por enemigo declarado? Porque cuanto es bueno tener un amigo verdadero, tanto es malo tener un enemigo cordial; y cuanto es más tener a Dios solo por amigo, que a todos los amigos del mundo: tanto es peor tener a Dios solo por enemigo, y contrario, que a todos los hombres del mundo por enemigos. Pues si hubiese uno tan aborrecido de todos, que no hubiese persona en parte alguna de la tierra, que no fuese su capital enemigo, y que no le quisiera beber la sangre, y aborreciese como la muerte, y hubiese ya determinado en su corazón quitarle la vida, y mil vidas que tuviese, ¿pudiérase imaginar hombre más desdichado? No pudiera tal hombre parar en el mundo, ni pudiera dormir seguro, ni comer un bocado sin sobresalto, ni cuidado. Pues mucho mayor desventura es tener solo a Dios por enemigo, que aborrece al que está en pecado y abomina de él, y le tiene entrañable odio en su corazón, y está determinado darle la muerte eterna, mientras estuviere en tal estado. Pues ¿cómo puede con esto sosegar, quien tiene conciencia de pecado grave, viéndose así aborrecido de un Rey tan poderoso, que es Omnipotente? ¿Cómo puede dormir seguro el pecador? ¿Cómo puede comer, o beber descuidado? ¿Cómo puede parar en el mundo? ¿Cómo puede durar ni un punto de tiempo, en tan desdichada suerte? Dios por su misericordia, nos dé a entender esto, para que estimemos su Gracia sobre todo bien de esta vida.

Al contrario: si hubiese un hombre tan entrañablemente querido de todos, que no hubiese persona en el mundo grande, ni pequeña, pariente, ni extraño, que no quisiera darle las entrañas, y no estuviese aparejado para dar por él vida y sangre, y que cada día le diesen mil dádivas por prendas de su amor, no pudiera haber más grande felicidad. Pues toda ella no tiene que ver, con tener solo a Dios por amigo del alma, que está amando al que está en Gracia, infinitamente más, que cuanto pueden amar todos los padres y madres del mundo a un hijo único, más que cuantas esposas aman a sus desposados, y cuantos amigos hay a sus amigos. ¡O Señor, que dicha es vuestra amistad! Vos valéis más que los amores de todos los hombres y ángeles: Vos me amáis por todos, y vuestra amistad tengo de estimar más, que todo. Sin ella, ni vida quiero, ni contento. No permitáis, que haya quien la pierda, y desestime vuestra Gracia, pues con ella tiene

más bien, que el amor de todo el mundo; y sin ella mayor mal, que el odio de todo el mundo.

Si a uno le representaran como posibles, y fáciles estos dos estados que hemos dicho; uno de ser amado de todos los hombres con tal extremo, que no hubiera persona viva, que no le tuviese en su corazón, y quisiese más, que a su alma, y muriese por darle gusto; el otro, de quien fuese odiado de tal suerte que no hubiese creatura, que no le quisiese comer las entrañas, y sacar el alma: ¿cuánto estimará la suerte, y cuánto hiciera por no venir a la otra? Y si ya puesto en el estado de amor, tuviese peligro de trocarse totalmente la ventura, ¿que no padeciera por asegurarse? Pues si cayese de un extremo en otro ¿qué tragedia se podía imaginar más lamentable? Por cierto ninguna, sino la pérdida de la Gracia: esta es lastimosísima tragedia, caer de *ser amigo de* Dios, a ser su enemigo. Poco es, en comparación de esto, la caída de Amán, que de querido, y honrado del mayor monarca de la tierra, pasó a ser aborrecido de él, y afrentado, hasta parar en una horca. Poco es caer del amor de todos los hombres, en odio igual de todo el mundo: porque más es el amor de Dios, que el de todos; peor es el aborrecimiento de Dios, que el de todos. Aquí se verá cuán grande cosa es la Gracia, pues sin ella queda el hombre un monstruo abominable, aborrecido de su Redentor. Con ella es la hermosura del mundo, los amores de su Creador, los placeres del Rey del Cielo, las delicias del Señor de todo: finalmente, con ella es amigo de Dios, y Dios su verdadero amigo.

III.

Tiene, pues, tanta fuerza este Divinísimo don, y levanta al hombre a un estado tan soberano sobre todo otro ser, y naturaleza creada, que le pone en un orden con Dios, para que pueda ser su amigo, haciéndole su semejante; y fuera de esto, le vuelve tan agradable a aquel Omnipotente Señor, que hace ame al hombre con amor finísimo, y desinteresado de verdadera amistad: porque no hay, ni habrá amistad más desinteresada, ni de más puro, y acendrado amor, que la que Dios tiene con el que está en Gracia: porque no hace, ni ha hecho ni hará obra en que mire a su propio provecho, y útil sino únicamente al provecho de los que están en Gracia. De manera, que el amor que Dios tiene a un alma santa, en cuanto a la utilidad, es por ella misma, en cuanto no es por respeto a provecho alguno, ni bien intrínseco del mismo Dios. ¿Qué mayor grandeza puede haber, que esto, que la Gracia, y lo que a ella se sigue, sea lo que es la mira única de la utilidad de todas las obras divinas? De suerte que no concurre Dios al menearse una hoja en el árbol, en que mire su provecho propio, sino de los que están en Gracia y singularmente de sus escogidos, y predestinados: todo lo hace Dios por la Gracia, y por premiar con la Gloria a los que la tienen; toda la utilidad de sus obras va a parar aquí: ¿qué amistad puede haber más tierna y fiel, y pura, que cuanto haga sea por su amigo, y para su amigo? No la hay, ni la habrá: cosa es esta para admirar, y estimar sobre los ojos. Todo Dios está en esto, todo hace, y obra por razón de la Gracia, para que estemos en Gracia, o porque lo estamos. ¡O cuan maldito es el hombre, que fía de amor de creatura,

sino del amor tan puro, y fino de su Creador! ¡Maldito el que por amor de otro hombre atropella con el amor de Dios! ¡Maldito el que por la Gracia del mundo menosprecia la Gracia del Señor del Mundo! ¿De quién otro hay que fiar más que del que tan puramente ama? ¿La Naturaleza, los Elementos, los Cielos, para quién los fabricó Dios? ¿Para su provecho? No, sino de los suyos, de los que habían de poseer su Gracia. Lo mucho que padeció, la muerte que sufrió, ¿por quién fue? ¿Acaso por su salvación propia, o por algún provecho suyo? No, sino de los que habían de ser suyos, y sus amigos queridos, como él mismo declaró, que no podía haber mayor amor, que dar el alma por los amigos. Su misma vida ¿para quién la quiso? ¿Para su provecho? No sino de los suyos, y así la dio por ellos. El mismo Ser Divino, y cuanto provecho puede ser la Divinidad, para nosotros lo quiere, y por nosotros le da; y lo que es también de estimar, a nosotros nos quiere para sí no para provecho suyo, sino nuestro; y si bien para Gloria suya, también por honra nuestra.

Este es otro favor incomparable del amor de Dios, que nos ama con el modo que nos está más bien, amándonos inmediatamente para sí mismo, y su gloria divina, lo cual está tan lejos de impedir el amor de verdadera amistad, que pudiéramos estar quejosos, si nos amara de otra manera; porque más bien, y honra nuestra es, que nos ame Dios para sí que para nosotros, porque así nos ama más noblemente, que es para cosa más noble: cuanto va de Dios a nosotros, tanto es mejor ser amados por Dios, y para Dios, que para nosotros. Pero en todo esto no pretende Dios interés de provecho propio, sino nuestro. Todas las obras divinas tienen honra, y provecho: del provecho no quiere Dios nada, porque los hombres lo han menester; y así todo lo quiere para los suyos. La Gloria quiere para sí, porque así lo pide la razón, a que no puede Dios faltar, y porque eso mismo es mayor gloria nuestra, y de esa manera nos ama más perfectamente. No se puede imaginar amor de más subidos quilates, que querer Dios todas las cosas para nosotros, y a nosotros para sí mismo, no buscando en nada su provecho, y buscando en nosotros su gloria.

A ¿qué otra cosa puede aspirar el corazón humano, más que a esta dichosísima dicha y dignidad de tener a su Dios por amigo, pudiéndolo alcanzar sin los riesgos, y trabajos de las pretensiones humanas? Bien dijo un pretendiente del mundo a otro compañero suyo, tan engañado como él, según refiere San Agustín: *(Lib.* 8. *Confes. cap. 6) Ruégote que me digas, adonde desearás llegar con todos estos trabajos: ¿qué buscamos? ¿Qué es por lo que militamos? ¿Pueden llegar nuestras esperanzas en Palacio a más que a ser amigos del Emperador? ¿Pues en esto que estabilidad hay? Todo está lleno de peligros: y ¿por cuántos peligros se llega a este peligro mayor? Y ¿cuándo será ello? Pero si quiero ser amigo de Dios*, *al momento lo seré.* ¿Pues es posible, que esta honra tan fácil se desprecie o no pretendiéndola los hombres, o no conservándola? ¿Que haya quien se atreva a perder a Dios por amigo? San Crisóstomo, hablando de la estima, que se ha de hacer de un amigo humano sobre toda otra pérdida del mundo, dice estas palabras: *Un amigo (del verdadero hablo*) *es cosa más agradable que la luz. No te maravilles de esto, porque más nos holgaremos*, *que el Sol se apague, y perezca, que ser privados de la conversación de nuestros amigos.* Pues si hemos de

querer, que antes perezca el Sol, y las Estrellas que perder un amigo de la tierra: ¿qué cosa no se ha de despreciar, antes de perder al del Cielo, y no solo al del Cielo, sino al Señor de Cielo y Tierra? Nunca falta la amistad por Dios, a quien le importa poco: pues ¿porque ha de quebrar siempre por el hombre, a quien le va tanto? Guardemos nosotros las leyes de amigos, pues Dios las ha guardado: tengamos un mismo sentir, y un mismo querer, no negando nada a Dios, ni mirando en algo nuestro gusto, sino solo el Divino, siendo en todo semejantes a nuestro amigo tan fino. Lo cual es una principalísima condición, que señaló Aristóteles, para fundar una verdadera amistad, que no puede estar sin semejanza, no solo de costumbres, sino de virtudes. Y así dicen los filósofos, que la amistad en sí no es virtud alguna, sino uso, y empleo de todas las virtudes, y si la amistad humana tiene esto, ¿cómo podrá carecer de ello la Divina? Cuán grande bien es que la suma Santidad de Dios ejercite para con el justo todas sus virtudes, y que el justo deba usar de ellas para con su Dios. De los amigos es la mucha familiaridad, y así ha de ser nuestro trato con Dios, y nuestra conversación con los ángeles. Los semejantes gustan de comunicarse: hagámonos semejantes a Dios, y gustaremos de su trato. Dios por hacerse semejante al hombre, se hizo Hombre: por hacernos, semejantes a Dios, hagámonos divinos, y semejantes a Jesús Dios, y Hombre. Este amigo único tengamos, siquiera (como advierte Santo Tomás) por ser amigos del mejor Hombre del mundo: *Si eres amigo* (dice el Santo) *de uno, que es un hombre común, síguese de aquí, que debes ser amigo del que es el sumo Hombre, pues aun entre los hombres apeteces más ser amigo de los magnates.*

CAPÍTULO VIII. Del amor excesivo que tiene Dios a los que están en Gracia, por la cual debe sernos más preciosa, que la vida.

I.

Para que mejor entendamos cuan inmenso bien es esta amistad de Dios, y la Gracia, que es causa de ella, diremos ahora alguna cosa, de cuan fidelísimamente es Dios amigo nuestro, por el infinito, y extático amor (hablemos conforme a San Dionisio) que tiene a los que están en Gracia. Porque ¿cuán gran cosa será por la que Dios ama tan grandemente? ¿Qué es de suyo el hombre, porque Dios le magnifique, como dijo Job, y ponga en él su corazón? ¿*Qué es*? (dice San Bernardo (*Serm.* 5. *in Ded. Eccl.*) *Sin duda alguna una semejanza de vanidades el hombre, reducido a nada es el hombre, nada es el hombre; pero ¿cómo es totalmente nada a quien Dios magnífica? ¿Cómo es nada aquel en quien pone su corazón divino?* Porque nada es de sí, pero por la Gracia es mucho que merece que Dios le engrandezca con su amor: nada debe ser en su corazón, pero el corazón de Dios muchísimo es, si tiene Gracia, y digno de que en él ponga su amor. Y así añade San Bernardo: *Respiremos*, *hermanos míos*, *que aunque en nuestros corazones somos nada; pero en el corazón de Dios podrá estar secreta otra cosa. ¡O Padre de misericordia! ¡O Padre de los miserables! ¿Para qué pones en ellos tu corazón? Bien se la causa, bien la sé*, *porque adonde está tu tesoro*, *allí está tu corazón; pues ¿cómo hemos de ser nada si somos tu tesoro?* Esto es de San Bernardo. De manera, que es un divino tesoro quien está en Gracia, y es amigo de Dios; porque según el Eclesiástico, el amigo es un tesoro que se halla; y así el que está en Gracia, como amigo de Dios, es tesoro de Dios, porque en él pone su amor, y con el amor sus riquezas, y dones, y su misma Divinidad. Gran cosa es la Gracia, pues así tira del corazón de Dios. Gran cosa es, pues ocupa su amor inmenso. ¡O que amor es este, todo abrasado! Un amor, que dice San Dionisio, le hace como salir de sí; un amor extático, que lleva su espíritu divino tras sus amigos; un amor insuperable, un amor inseparable, un amor insociable, un amor insaciable. No hay calidad, ni circunstancia, de un excesivo amor, que no se halle en este, que Dios tiene a los que están en Gracia. Ricardo Victorino señala los grados de una caridad ardiente, violenta, y excesiva, que son otras tantas señas de los mayores extremos de amor, y todas se hallan en el amor de Dios para con una creatura, a la cual hizo hermosa, y amable su Divina Gracia. *El primer grado de violencia es*, *cuando no puede el alma resistir a su deseo: el segundo, cuando no le puede olvidar: el tercero, cuando no le puede dar gusto otra cosa: el cuarto, y último, cuando no se puede satisfacer a sí misma. En el primer grado el amor es insuperable, en el segundo inseparable, en el tercero singular, en el cuarto insaciable. Insuperable es, cuando no se rinde a otro afecto; inseparable es cuando nunca se aparta de la memoria*; *singular es*, *e insociable cuando no admite compañía*; *insaciable es, cuando no se puede hartar su hambre. Y aunque por cada grado se pudieran notar sus particularidades, especialmente resplandece en el primer grado su excelencia, en el*

segundo su vehemencia, en el tercero su violencia, en el cuarto su sobreeminencia. ¡Cuán grande es la excelencia del amor, que vence toda otra pasión! ¡Cuán grande es la vehemencia de efecto, que no deja descansar al alma! ¡Cuán grande es la violencia de caridad, que destierra de sí violentamente todo otro afecto! ¡Cuán grande es la sobreeminencia de la emulación, y celo amoroso, a que nada le basta! Todo esto es de Ricardo, y no pudo pintar este Doctor con más vivos colores una idea de un excesivo amor: pero que tal amor tuviese un alma confortada sobrenaturalmente, respecto de su Creador, que es infinito en hermosura, y perfecciones, no es mucho de espantar: más que el Creador, siendo infinito le tenga respecto de su creatura, no puede ser sin que haya puesto en la creatura alguna cosa divina, que la hermosee, y levante del ser natural y la haga agradabilísima a su Creador: de manera que ya la ame con amor de verdadero amante y finísimo amigo.

II.

Veamos, pues cómo están todas estas finezas en el amor de Dios. El mismo Señor nos lo de a sentir con todos los Santos, cuáles sean estos cuatro extremos, que son los que dice San Pablo, lo ancho, y lo largo; lo alto, y lo profundo de la sobreeminente caridad de Cristo. ¿Quién no ve estar en el primer grado de ser insuperable, pues la caridad de Dios es tan Omnipotente entre los Atributos Divinos, que sacó al Hijo, y Verbo Eterno del seno del Padre, para bien de los que habían de estar en Gracia? En lo cual, no solo venció el amor de Dios las maldades, y miserias humanas, sino que triunfó de la justicia, y Majestad Divina. Y así dijo Basilio Seleuciense: *Tal es la naturaleza de la Divinidad, que siendo así que vence en virtud, es vencida del amor de los hombres.* Ricardo Victorino admirado de esto, exclama: ¡*O insuperable virtud de la caridad, que venciste al que es insuperable, y aquel a quien están sujetas todas las cosas, le hiciste en cierta manera sujeto a todas las cosas, cuando vencido de amor, se humilló Dios Altísimo, tomando forma de siervo!* Esta fuerza de su amor confesó el mismo Señor al Alma Santa, cuando le dijo: *Hermosa eres, amiga mía, suave y agraciada como Jerusalén, terrible como un ejército bien ordenado en sus Reales; aparta tus ojos de mí porque ellos me han hecho volar:* esto es, como salir de mí. Llama terrible como ejército a la hermosura del alma, que está en Gracia; y así, es amiga de Dios, por la fuerza que por ella le hace su amor a que se da por vencido. Y así, al modo de otros amantes, la pide, para que pueda como respirar, y vivir, que recoja sus ojos purísimos que fomentaban la vehemencia de su afecto amoroso, para que no desmaye, o se arrobe, exhalándose los espíritus, y volando el alma del cuerpo. Por esto dijo San Dionisio, que por el amor salía Dios como de sí, para habitar en sus amados; y por lo mismo llama a su infinita caridad virtud extática. Y Gerson dice, que siendo Dios infinito, cuando ama a la creatura finita, se sale en cierto modo de su infinidad, vencido de su potentísima caridad. Toda esta fuerza del amor divino está en su punto, para los que están en Gracia, y son sus fieles amigos: porque a las demás cosas no ama con la fineza de verdadera

amistad. A los que están en Gracia, si a estos ama Dios como amigo fino, que llevado de su inmenso amor, como saliendo de sí, se comunica a ellos, infundiéndoles su Divino Espíritu, para que habite en los justos, y con el Espíritu Santo toda la Divinidad, y por consiguiente todas tres Divinas Personas. Y es imposible, que una vez dada al hombre la Gracia, y el Espíritu Santo, deje de amarle Dios, sino que se rinde la Majestad Divina a su amor, para que ame como amigo, a quien con sus Divinos dones hizo tan amable. Esta es grande fineza de Dios, que excede a todo extremo de otro amor porque todo lo que puede hacer otro amor, es salir de sí el que ama, pasándose con solo el afecto en el amado, estando en él, no por presencia real, sino solo por la memoria que le fijó de él su afición. Por lo cual dice San Agustín, que la mitad del alma de quien ama está en el amigo. Pero este éxtasis del amor creado es imperfecto, y falto, por la imperfección del amante; mas Dios, como es infinitamente perfecto, así es perfectísimo amante, y amigo de sus amigos; y así, su amor es perfectísimamente extático, que quedándose en sí, se pasa, e infunde en los que ama, no solo por afecto, sino también por su propia sustancia; no solo la mitad de su espíritu, sino todo entero su Divino Espíritu está en el que está en Gracia, por ser amigo suyo: de manera, que lo que no puede otro amor, puede el amor de Dios Omnipotente que es insuperable de todas maneras, pues que nada le puede vencer, y él vence a todo.

No es menos extremado, y sumo este amor de Dios en el segundo grado, que es ser inseparable, y nunca olvidarse de sus amigos, como el mismo Dios lo dice por el Profeta Isaías, cuyas regaladísimas palabras son estas: *Por ventura ¿habrá alguna mujer, que se olvide del niño chiquito, que salió de sus entrañas? Posible será, que ella se olvide; mas Yo no me olvidaré jamás de ti, porque en mis manos te tengo escrito.* Bien podrán olvidarse las madres de sus hijos, bien podrán olvidarse los amigos de sus amados, bien podrán olvidarse los hombres de sus mismas almas, y vidas; pero Dios no se podrá olvidar de los que están en Gracia: de tal manera, que toda la memoria de los más amorosos padres del mundo será olvido, respecto de la que nuestro Padre Celestial tiene para con sus amigos e hijos. David dice de sí*:(Sal. 27, 10) Mi padre, y mi madre me dejaron*; *pero el Señor me tomó a su cargo.* Todo cuidado, y providencia de los padres de nuestra carne es desamparo, respecto del cuidado, y memoria que tiene el Padre de nuestro espíritu. Bien conocía el mismo Unigénito del Padre este amor, como quien salió de su seno, y así nos encarga, por la grandeza suya, no solo que le llamemos Padre, sino que no llamemos a otro padre sobre la tierra, pues en su comparación no hay amor de padre, ni madre, que tanto se acuerde de su hijo único porque así como Dios es bueno por la excelencia de su bondad Divina; así el solo tiene buenas entrañas de Padre, y de tal manera es Padre, y tales regalos, y tan buenas obras hace a los que están en Gracia, que no hay quien pueda en su comparación tener este amoroso título.

Pero ser el amor de Dios inseparable, no está solo en no olvidarse de sus amigos, sino también en no apartarse de ellos: no está solo en la presencia de su memoria, sino también en la de su sustancia: no está solo en tener en ellos su pensamiento, sino también su mismo ser. En lo cual excede con infinito extremo a todo otro amor, y la fineza de su caridad sobrepuja a toda otra amistad, porque no solo piensa Dios

continuamente en los que están en Gracia, sino que está con ellos, y poco es estar a su lado, porque dentro de ellos está con un modo particular: no solo los mira, sino los asiste, y sirve de espíritu, y alma, que les causa una vida divinísima; porque como San Ambrosio, San Agustín, y Santo Tomás afirman, y ya hemos dicho, el Espíritu Santo está en los que tienen Gracia, no solo por algún efecto suyo, sino también por su propia persona, y sustancia. La razón que de esto da el Padre Francisco Suarez porque se contrae por la Gracia entre el hombre y Dios, una finísima amistad; y como la amistad apetezca de suyo la presencia, y conjunción de los que son amigos, la amistad de Dios, que es perfectísima, ha de causar una perfectísima, íntima, e inseparable presencia. Y así, el Espíritu Santo, por ser el más fino amigo del mundo, está íntimamente presente por su misma sustancia, y persona, en el que está en Gracia: de suerte, que si por razón de su inmensidad no estuviera en todas partes, volara luego, y estuviera siempre en el que está en Gracia, sin apartarse de él. Esta es fineza de amor inseparable.

No es menos fino el amor de Dios en el tercer grado, que es ser singular, e insociable: porque tan singularmente, y tan sin admitir compañía ama Dios a los que están en Gracia con verdadero amor, que no ama semejantemente a otra creatura; y si no es con los justos, no tiene amistad. Esta singularidad de amor significó el Espíritu Santo, cuando dijo: (Ct. 5, 2) *Una es mi paloma, y mi perfecta*: Esto es, mi hermosa por extremo. Lo mismo significa el título de esposa, que le da: porque el amor de la esposa es insociable, no admitiendo compañía, ni igual. De este amor dice la Escritura: *(Gn. 2, 24; Mt. 19, 5; Ef. 5, 31) Por esta dejará el hombre a su padre, y madre, y se llegará a su mujer y serán dos en una carne.* Pues si no admite el amor de esposo igualdad de amor, aun con los mismos padres, que le engendraron, claro está, que excluye la compañía de otro amor; y claro está, que Dios tiene amor más que de esposo, mucho más fiel, y fino y así dijo Jeremías: *Si el marido echare a la mujer de su casa, y después de así echada se juntare con otro, por ventura volverá otra vez a él. Mas tú has fornicado con cuantos amadores has querido, y con todo eso vuélvete a mí, dice el Señor, Yo te recibiré.* Es fidelísimo Dios a sus justos, amándolos con tal singularidad, como si no hubiera otras creaturas en el mundo; a los pecadores está tan lejos de amar, en cuanto son tales, que los aborrece por la contrariedad, y desemejanza que tienen con los justos, y amigos; a las demás creaturas la benevolencia, que les tiene, no es de amor amigable, y esa es por los que están en Gracia, o han de estar, porque no hace Dios caso de otra cosa; de la Gracia muchísimo, por ella atropella con las demás cosas; turbará los elementos, asolará los campos, destruirá ciudades, acabará con reinos enteros, por conservar, *o* aumentar la Gracia a sus justos, *o* darla a uno de sus escogidos. ¿Cuántas cabezas de reyes ha segado la muerte? ¿Cuántas provincias ha despoblado la peste? ¿Cuántos ejércitos ha destrozado, y consumido la guerra? Todo dispuesto por Dios, para bien de sus hijos, y amigos; porque más vale en sus ojos un justo por la Gracia, que un mundo de hombres por la naturaleza. Ni la luz de las Estrellas, ni la hermosura de los Cielos, ni la harmonía de los Elementos, ni la sustancia de los mixtos, ni la vida de lo vegetable, ni el sentido de lo animado, ni el discurso de lo racional, ni la agudeza de lo intelectual, agradan a Dios, sino es por los que están en Gracia, para que todo sirva a su

bien, y provecho. ¿Qué más fineza de amor, que lo que dijo el mismo Dios a Santa Gertrudis, por la Gracia con que estaba hermoseada? *Yo, ni en el cielo, ni en la tierra hallo cosa en quien me deleite sin ti*; *porque todo el contento que en ti tengo, es por el amor que en ti he puesto.* Este amor era de esposo, y de amigo, y todo singular.

Últimamente, en el cuarto grado de amor, que es ser insaciable, es extremada la caridad de Dios, que no se harta de amarnos, y hacernos bien, no satisfaciéndose aun con la misma infinidad. ¿A quién no maravilla, que después de tales extremos de amor como hizo el Hijo de Dios, dijo en lo último de su vida, que tenía sed, no por cierto de algún regalo para sí, sino de alguna mayor pena, y fineza para nuestro bien? ¿Qué es esto Señor, que aun cuando dais la vida por nosotros, y vida de valor infinito, tenéis deseo de dar más? ¿Qué es esto, que aun después de muerto, convino se abriese vuestro costado, para desahogarse vuestro corazón? ¿No basta por una creatura haber hecho infinito, para satisfacerse vuestra caridad, sino que aun tenéis sed? ¿Aún no os deja quedar satisfecho vuestro amor? ¿Tan gran fuego es, que así os deseca, y abrasa? ¿Tan ferviente, y encendido es, que tantas aguas de tribulaciones no le han refrigerado, sino que aun tenéis sed, y os estáis abrazando? Acordaos, Señor, de lo que habéis hecho por amor; criasteis Cielo, y Tierra, y cuanto en ello hay, para el hombre: obra es esta para quedar satisfecho, pues vuestra Omnipotencia ocupasteis en nuestro bien: y si esto no bastaba, encarnasteis por el hombre, haciendo por él la mayor obra que podéis hacer, y un tal extremo, que no cayera en el pensamiento a vuestros Querubines, por sabios que son; bastaba esto para quedar satisfecha vuestra caridad infinita, pues lo quedó vuestra Omnipotencia, y con todo eso decís que tenéis sed. Acordaos de los treinta y tres años que vivisteis por el hombre, pasando por él pobreza, hambre, frío, y malas noches. Acordaos de tantas veces como disteis, andando a pie, vuelta a Galilea, Samaria, y Judea. Acordaos de las gotas de sudor, que corrieron de vuestro rostro. Acordaos de las buenas obras que en todo este tiempo hicisteis, que cada una era de valor infinito, ellas eran infinitas; con cada una podía quedar satisfecho un amor infinito, y todas ellas no bastan al vuestro sino que aun quedasteis con sed, aun os punzaba el deseo de mi bien. Acordaos, Señor, que después de todo lo dicho, dijisteis, que con deseo deseasteis: y vuestro discípulo dijo, que amasteis hasta el fin. ¿Fue acaso, que deseasteis topar algún fin en lo que no le hubo de amarnos? Por cierto, que se pudiera hartar vuestra sed, y hambre, e infinitas hambres, con el Pan del Cielo, que nos disteis, y con el Cáliz de vuestra Sangre, con que nos recreasteis. ¿Es posible, Señor, que después de tal extremo de amor, tengáis más hambre? ¿Es posible, que os quede más sed? ¡O que infinita sed, que después de tales finezas, se entre en un mar de tribulaciones, y no quede harta! Por mil partes disteis por los vuestros la Sangre. En el Huerto no quedó poro en vuestro Cuerpo, que no destilase aquellas gotas, que cada una valía millones de mundos, porque eran de infinito precio. Después ¿qué no padecisteis? Azotes, Espinas, Cruz, un extremo tras otro. Ea, Señor, este es el baño que antes tenías tan deseado, que dijisteis os afligías hasta que llegase. ¿Quedaos más que desear? Aun decís después de todo, que tenéis sed. Mirad, Señor, que os habéis sorbido un océano de tribulaciones, y todas las aguas de dolores; no hay más agua. Aun quedáis con sed. ¿De qué os quejáis Señor, mío, cuando

decís que tenéis sed? Es la queja de vuestra sed, ¿o que no hay agua que la apague? Sed, Señor, tenéis, y tendréis, que es vuestra caridad insaciable. No os hartáis, ni hartareis de hacerme bien, y enriquecerme con vuestros dones: me disteis, Dios mío, y Omnipotente Señor, Padre de mi Redentor Jesucristo: me disteis todas las creaturas, me disteis vuestro Hijo una vez en la Encarnación, me le disteis en su predicación, me le disteis en su Pasión, me le disteis en su Resurrección. Bastaba, Señor, esto, sino que queréis tanto a los que están en Gracia, vuestros queridos amigos, que inventasteis modos para darles dádivas infinitas: hicisteis, que vuestro Hijo se les diese en comida y bebida, y se les entrase en cuerpo, y alma. No contento, con esto les disteis vuestro Divino Espíritu. No contento con darnos dos Personas Divinas, nos dais vuestra misma Persona. Ea, Señor, Padre de misericordias, ¿hay más que dar? Ya tienen vuestros amigos a vuestro Hijo, ya tienen a vuestro Espíritu, ya tienen a vuestra misma Persona, ya tienen toda la Santísima Trinidad. No hay más que desear; pero aún no se satisface el deseo divino, que aunque no tiene más que dar, quiere esto mismo darlo muchas veces, saboreándose sin término, ni fin en nuestro amor, y bien. O amor de Dios insaciable, que aún no le basta dar de una vez al mismo Dios.

III.

¡O inmensa felicidad del alma, que está en Gracia, verse querida de un Señor Omnipotente, con tales extremos, y finezas! Verse amada de Dios tan abrasado de amores, pues con tal afecto la quiere, con amor insuperable, inseparable, insociable; y lo que es sobre todo insaciable. Demos que la Gracia no tuviera otro bien, ni provecho sino este, ¿sería cosa para perder? No por cierto, ni por todos los bienes del mundo: ¿qué cosa más estiman los hombres, que ser amados, y qué es lo que mejor hay en los beneficios, que se hacen, sino la voluntad, y amor? ¿Qué será ser amado uno con tal amor ¿y de tal Señor? Asombra verdaderamente el solo oír, que por amor de la creatura haya hombre que pierda el amor del Creador; porque así como no hay cosa más estimable que el amor; así el desprecio suyo es cosa insufrible y un desagradecimiento enorme. Pues ¿qué monstruo de ingratitud es la pérdida de la Gracia, por la cual se desprecia este inmenso amor de Dios? Júzguelo el más perdido pecador, y dé sentencia de lo que merece. El amor de Dios, para quien está en Gracia, es invencible en todas las cosas, por ser fiel, y tierno a su creatura; el hombre por no vencerse en un gusto, es desleal, y traidor a su Creador. El amor de Dios es inseparable, que de puro afecto no se puede olvidar, ni apartar del alma santa; el hombre huye, y no quiere acordarse de quien tan extremadamente le ama. El amor de Dios es singularísimo con el justo, no ama otra cosa con verdadera amistad; el hombre, por amar a cualquier otra cosa, no quiere amar a su Dios, y a toda creatura ama antes que al Creador. El amor de Dios es insaciable, que no se harta de hacernos bien; el hombre, a un paso que dé por su bien, y la honra de su Señor queda cansado. Venid, amigos de Dios: venid, y lloremos esto; rómpasenos el corazón de oír tan infame ingratitud, que se usa con nuestro amador. ¡O Santo Jeremías!

Aquí vienen bien vuestras lágrimas. ¡O Santo Tobías! Aquí tiene lugar vuestro desconsuelo. ¡O Santo Elías! Aquí, aquí estará bien ocupada vuestra tristeza mortal. Venid, Santo Job, con vuestros amigos, que aquí se empleará bien el asombro, y pasmo de muchos días. ¡Que desprecian los hombres al amor de Dios, que le venden por un gusto bestial, hay dolor como este! ¡Dios amante, y el hombre le es infiel: Dios fidelísimo, y el hombre traidor! Venid, fieles a Jesús: venid amigos de Dios, y lloremos esto. Venid, amigos de Dios, y miremos por la honra de nuestro amigo fiel. Tengámosle la fe, que merece su fineza. Imitemos con nuestro amor el suyo. No haya cosa que no venza el amor, que a Dios debemos. No hay cosa, que no venzamos con él, y por él. El contento, la comodidad, la honra, y el alma, pongamos a sus pies. Atropellemos con la vida, porque viva, y venza el amor de Dios. No nos apartemos de Dios, aunque nos despedacen. No nos olvidemos de nuestro amigo, aunque nos olvidemos de respirar. En Dios tengamos clavado eternamente el entendimiento, la memoria, el alma, y corazón. No suframos en nuestro pecho amor de otra cosa. Únicamente, singularmente, insociablemente, insaciablemente amemos a nuestro amor. A solo Dios, y por Dios amemos. No haya lugar aún para amarnos a nosotros. No nos cansemos de servir, a quien no se cansó de amar, desde una eternidad. No nos hartemos de agradar, a quien no se harta de beneficiar. Amemos a Dios insuperablemente: amemos *a* Jesús inseparablemente: amemos a nuestro Creador singularmente: amemos a nuestro Rey, y Señor y todo nuestro bien, insaciablemente. Seamos amigos de tan buen amigo, como Dios, y digamos con San Pablo: *(Rm. 8, 35) ¿Quién nos apartará, de la caridad de Cristo? ¿Por ventura, la tribulación? ¿Por ventura, alguna grave angustia, o hambre, o desnudez o peligro? ¿Por ventura, alguna fuerte persecución? ¿Por ventura, el cuchillo a la garganta, según está escrito, que por ti nos mortificamos todo el día, y estamos reputados como ovejas, que van al matadero?* De todas estas cosas hemos de salir vencedores, por aquel que nos amó con inseparable caridad, e insuperable amor; y ni la muerte, ni la vida, ni los Ángeles, ni los Principados, y Virtudes Celestiales, ni lo presente, ni lo futuro, ni violencia de fuerza, ni la alteza del cielo, ni lo profundo del infierno, ni creatura imaginable nos podrá apartar de la caridad de Dios; ni el cielo, sin caridad, hay que desear. Ni el infierno con ella tuviera que temer. Júntense las creaturas, ármense los elementos, conjúrense los hombres, no han de apartarnos de la caridad de Dios. Aunque las Dominaciones del Cielo, y todos los ejércitos de Ángeles, se pudieran alistar para hacer guerra contra el amigo de Dios, no le habían de hacer mella en este propósito, quien debe tener clavado en el corazón, de ser amigo leal, y amar eternamente aquel Dios Omnipotente, que con tanto extremo nos amó desde una eternidad. Hagamos por él lo que podemos, y deseemos hacer más, que podemos. *La caridad* (dice San Anselmo) *nunca deja de querer lo que puede*, *y siempre quiere más de lo que puede.*

CAPÍTULO IX. La suma hermosura que en las almas causa la Gracia.

I.

Tan grande amor de Dios para con los que están en Gracia, no es ocioso, sino muy activo, y eficaz, obrando en ellos una hermosura admirable aun a los mismos ángeles: porque como el amar a uno sea querer, y desearle algún bien, y la voluntad de Dios es causa de las cosas: síguese necesariamente, que en aquel a quien Dios ama, cause siempre algún bien; esto es, el mismo bien que se desea, y ama, como enseña el Angélico Doctor Santo Tomás; el cual advierte la diferencia que hay entre el amor creado, y el increado: el de la creatura, y el del Creador, que cuando una creatura ama a otra, presupone en ella alguna bondad, no la causa; pero cuando Dios ama, él mismo la causa. Y así, al paso que el amor, que Dios tiene a sus amigos, es excesivo, y tal como hemos dicho; es también grande el bien que en ellos causa. Los hombres aman la hermosura que ven; Dios ama la hermosura que hace: y así, pues ama tan tierna, y finamente a los que están en Gracia: será incomparable la hermosura de la misma Gracia, que pone en el alma, junto con su amor y corazón. Y esto es un admirable milagro de la Gracia, volver al alma pecadora, hermosísima. Y así dice San Agustín: *La naturaleza, cuando es justificada por la Gracia de su Creador*, *de un rostro disforme, pasa a tener una hermosura hermosísima.* En nuestros anales se escribe, que un hombre, después de haber cometido adulterio, se tornó a su casa, pero tan disforme, y horrible, que su mujer huyó de él, y no le quería admitir en casa: lo mismo hicieron los criados. Conoció ser la causa de aquel espanto que causaba, la fealdad de su pecado, con lo cual se fue a confesar; pero los religiosos, que le veían, huían de él de la misma manera, hasta que un siervo de Dios le conoció, y se llegó a él, oyéndole de penitencia, con la cual se transformó en otro, trocándose aquella monstruosa fealdad en un hermoso resplandor, y decencia, que no menos admiró a su mujer, pidiéndole perdón de lo que antes había hecho. En el libro de los Cantares de Salomón no hay cosa más celebrada, que la hermosura del alma santa.

Pero cuanta sea esta hermosura, no hay pensamiento que lo pueda alcanzar: porque si mirada un alma sola según su naturaleza pura, es cosa más hermosa, y preciosa, que toda la hermosura natural de los cuerpos posible, e imaginable, ¿qué será adornada con la hermosura de la Gracia? Porque incomparablemente hay mayor diferencia de la hermosura sobrenatural de la Gracia en el alma, a su hermosura natural, que hay de la hermosura espiritual de la misma alma, a la hermosura material del cuerpo. Blosio dice: *Es tan grande la belleza y hermosura del alma racional, mientras no estuviere turbada con las manchas de pecados, que si la pudieras ver claramente, de pura admiración y gozo, no supieras donde estabas.* Creo que no supiera uno, si estaba en Tierra, o Cielo: porque es tan grande el resplandor, y hermosura de quien está en Gracia, que le parecería a quien la viese, estar en la Gloria, y en él venerar a una expresa, y viva imagen de Dios, hermosísima sobremanera. A Santa Catalina de Sena hizo Dios favor de

darle a entender algo de esto, y se quedaba suspensa, enajenada de los sentidos, solo de pensar cuán grande era esta hermosura, que daba la Gracia y decía a su confesor: *O Padre, si vieses la belleza, y hermosura de un alma en Gracia, no dudo*, *sino que por una sola te pusieras a morir muchas muertes.* Pues si la hermosura de la gracia ajena merece que se den por ella mil vidas, ¿cuánto más se debe dar una vida por conservar la propia? Y cuan lastimosa cosa es, que por no negarse un gusto, la pierdan los hombres, y se hagan monstruos infernales. La misma Santa, cuando veía a algún Predicador, u otro hombre, que se empleaba en convertir pecadores, besaba con mucha devoción el suelo, donde había puesto sus pies. Preguntada la causa de esto, respondía, que era, porque Dios le había dado a entender la hermosura de un alma, que estaba adornada de Gracia, y por eso se estaba abrasando de deseos, que todas las almas del mundo resplandeciesen con esta divina belleza; y así, tenía por bienaventurados a los que se ocupaban en sacar almas de pecado, y restituirlas a la Gracia. Esta hermosura fue mostrada en un ángel a San Juan Evangelista, (Ap. 16) al cual vio tan lleno de resplandor, que con haber visto en el Monte Tabor el rostro de Cristo transfigurado, y con los dotes de gloria, y después resucitado, y con la hermosura, que subió a los Cielos; con todo eso, se le hizo tan nueva, y admirable la hermosura de aquel ángel, que le derribó en tierra, y le quiso adorar, si el mismo ángel no le detuviera; y no creo que le fue mostrada la misma espiritual, y sobrenatural hermosura: porque esta le dejara sin sentido, si no fuera por especial socorro del Cielo. Cristo nuestro Redentor, y Sabiduría eterna, que conoció esto mejor que nadie, y así se enamoró tanto de las almas, dijo a Santa Brígida: *Si tuvieras la hermosura espiritual de los ángeles, y almas santas, no lo pudiera sufrir tu cuerpo, sino que reventara, y se rompiera como un vaso podrido, y corrompido, por el gozo, que con tal vista tuviera tu alma.* No se dijo más a Moisés del que en vida viese a Dios que ningún hombre le pudiera ver que viviese, y no muriese; porque de pura admiración, y gozo no pudiera el corazón humano sufrirlo. Y si los ojos corporales no pueden sufrir el ver la reflexión de la imagen del Sol, que reverbera de un espejo; tampoco podrían las fuerzas naturales del entendimiento humano sufrir la hermosura, y resplandor de la imagen de Dios, que reverbera en el que está en Gracia, como desde un cristalino espejo. La Gracia, según Alejandro de Alés, y otros doctores, es un candor, *o* blancura de la luz eterna, que clarifica el entendimiento, inflama la voluntad, y hermosea toda el alma. Y como el rayo del Sol hiriendo a un espejo, forma una expresa imagen del sol, casi tan hermosa, y luciente como el mismo sol, así también por la Gracia reverbera en el alma un retrato divino, que llamó Santo Tomás expresa imagen de Dios: de tal manera, que deja al alma toda endiosada, que no parece a otra cosa más que a Dios. Y así no es mucho que un hombre desfalleciera, si Dios le descubriese la hermosura, y resplandor Divino de la Gracia. Fuera de que va muy notable diferencia de la representación de los rayos del sol, que se hace por la reflexión de la luz material en el espejo, *o* la representación de Dios, que se causa por la Gracia en el alma; porque el rayo que da en el espejo, no trae a sí la misma sustancia del cuerpo solar, porque no está el mismo sol dentro del espejo; pero la Gracia que se infunde en el alma, trae consigo la misma sustancia del Espíritu de Dios: porque se infunde con la Gracia en el alma la misma

Persona del Espíritu Santo, y es el alma en Gracia como un relicario de Dios. Quien pudiera sufrir delante de los ojos un hermoso cristal, dentro del cual estuviese el sol, *o* un cuerpo humano todo transparente, y lleno del sol, como aquella mujer del Apocalipsis. Pues si no pudieran los ojos corporales sufrir la vista de cuerpo tan lucido, ¿cómo podría el corazón humano sufrir y el más perspicaz ingenio, con solo sus fuerzas naturales, atender a la hermosura sobrenatural de un alma, que está llena del Espíritu Santo, y echa de sí rayos de Luz Divina? No es por cierto encarecimiento lo que dijo Cristo nuestro Redentor, que no pudiera el hombre, sin partírsele el corazón, ver con claridad la hermosura y resplandor de la Gracia en las almas santas. A Santa Francisca Romana fue mostrada esta hermosura por figuras corporales, en un ángel que vio tan hermoso, y claro, que en su comparación el sol no parecía sino una nubecilla oscura. Pues si aun en esta sombra de la luz material excedía tanto al sol, ¿cómo la pudiera sufrir a la luz espiritual el corazón humano por solas sus fuerzas, sin partirse por medio de pura admiración y gozo?

II.

Pero qué mucho, que así pasmase a los hombres la hermosura de un alma en Gracia, pues a los mismos Serafines admira, como dice San Juan Crisóstomo. Y así en los cantares unos a otros, viendo la hermosura del alma, como admirados se preguntan (Ct. 8, 5): *Quién es esta, que sube del desierto, vertiendo por todas partes amores, y delicias, reclinada sobre su Amado.* Y no fue esta admiración a la primera vista de su hermosura, cuando las cosas suelen admirar más por nuevas; porque ya en otra ocasión la habían visto hermosísima, y con semejante admiración se habían preguntado: *Quién es esta, que sube por el desierto, como un incienso oloroso.* Por cierto, que no dos, *o* tres veces, sino mil veces se pueden admirar los serafines de la hermosura y gracias que recibe un alma santa, que poco antes era un yermo, y desierto seco, sin tener cosa que la hermosease, sino muchas monstruosidades de culpas, que la afeaban como un demonio. Dos cosas grandes hay que maravillar en un pecador, cuando es hermoseado de la Gracia. Una la alteza de la misma Gracia, y hermosura, que causa en él. La otra; la vileza, y deformidad del estado que deja, al cual llama la escritura yermo, por estar el alma en pecado, desamparada de todo bien. Pues viendo los ángeles, que por la Gracia, la que era monstruo del infierno, se hermosea como un ángel del Cielo, y que el hombre viejo hijo del primer Adán, se renueva con la imagen de Cristo, y se hace hijo de Dios, y viste de su púrpura divina, no acaban de admirarse, ni se hartan de mirar tan extraña hermosura, como dice San Crisóstomo. *(Homil. 1. in Ep. ad Eph.) Porque de la manera, que si uno tomase para curar a quien estuviese todo lleno de pies a cabeza, de ronchas asquerosas, de sarna, o lepra, y fuera de esto estuviese inficionado de peste, u otra enfermedad incurable; además de esto, fuese un viejo decrépito, y pobre, y hambriento: y a este tal de repente, de estado tan feo y abominable le hiciese hermosísimo, y muy gallardo y de viejo le volviese mozo, aventajándole, a todos los*

hombres del mundo en hermosura; de manera, que de los mismos males., y llagas sacara resplandores, y unos rayos sonroseados, y graciosos; y al triste vejezuelo le pusiese en la flor de su edad y fuera de eso le vistiese de una rica púrpura, y pusiese en la cabeza una diadema preciosa, y le adornase todo con grade majestad: de este mismo modo atavió Dio; a nuestra anima, y la hizo hermosísima, muy para codiciar, y amable; porque los mismos ángeles desean vehementemente verla, y contemplarla y lo mismo hacen los arcángeles, y *los demás santos. Con tal extremo nos hizo Dios graciosos y para desear aun de sí mismo.* Esto es de San Juan Crisóstomo.

Verdaderamente tal es la hermosura de la Gracia, que no solo los hombres se quedaran muertos de gozo si la vieran, y no solo se maravillan de ella los ángeles; pero al señor de los ángeles enamora tanto, que le hace como salir de sí según dice San Dionisio; y el mismo Señor lo significa en los Cantares, donde pide al alma, que aparte de él sus ojos, porque le hacían como desmayar, por el exceso de amor; y confiesa claramente, que está llagado de sus amores, repitiendo una y muchas veces, que es hermosa, y bella. Y David dijo, que el Rey de Cielo, y Tierra codiciaría su belleza. También son palabras de quien se admira, cuando exclama el Esposo Santo: (Ct. 4, 1) *Cuan hermosa eres, amiga mía, cuan hermosa eres.* Pues si a los ángeles, y al mismo Dios, es tan amable por su hermosura nuestra Gracia, sin irles nada en ella; nosotros a quien importa, ¿por qué no la deseamos, y estimamos? Si de sola la virtud natural dijeron los Filósofos, que era hermosísima: las virtudes sobrenaturales, que con la Gracia vienen, y hermosean al alma, ¿cuán amables, y hermosas serán? Platón dijo, de solo lo que era honesto, que era tan sobremanera hermoso, que si los hombres lo vieran con los ojos del cuerpo, les causara admirables amores, y deseo de alcanzarlo. ¿Qué deseos, qué amores, qué ansias de la Gracia debe tener el cristiano, pues no solo tiene el bien de la honestidad moral, sino de la santidad sobrenatural? Toda la hermosura corporal está en la debida proporción de partes: y así, cuanto las cosas fueren más excelentes, y la proporción, y conveniencia entre sí fuere mayor, excederá la hermosura: pues como la proporción, que hay en lo honesto, y en la virtud natural, con la razón sea entre cosas nobilísimas, y espirituales, y la proporción sea mucho mayor, que la que puede haber entre las cosas corporales: de ahí nace, que lo honesto, y la virtud moral, sea en sí cosa casi inmensamente más hermosa, que toda la belleza corporal, que puede ser: y si se viera, causara un intensísimo amor, y deseo de ser virtuoso. Pero la Gracia añade mucho más a la hermosura de la virtud natural, porque es un ajustamiento del alma, no solo a la razón natural, sino a la sobrenatural. Es una excelentísima conveniencia, y ajustamiento, no a cosa creada, sino al mismo Creador, al mismo Dios, que en ella resplandece, y así es la mayor hermosura, que puede alcanzar una creatura pura.

No miran los hombres este bien que tienen, *o* que pueden tener: y es la razón que se repare en ello, y conozcamos esta grandeza, que está secreta en nuestra alma. Miremos su resplandor, y dignidad, no la perdamos. Por este descuido y olvido de la hermosura de la Gracia, advierte Dios al alma, que mire lo que es, cuando en los Cantares la dice, y repite (Ct. 1, 5): *Mira que eres hermosa, amiga mía: mira que eres hermosa.* Mire el alma que ha recibido dignamente los Sacramentos, con cuánta hermosura queda. Mire,

que es tan hermosa, que los mismos ángeles la admiran. Mire, que es tan hermosa, que excede a toda la hermosura, que puede caber en el pensamiento humano, Mire, que es tan hermosa, que el sol en su comparación es un carbón requemado. Mire, que es tan hermosa, que los Cielos en su comparación están manchados. Mire, que es tan hermosa, que aventaja a la hermosura natural de los Serafines. Mire, que es tan hermosa, que al mismo Dios enamora, y admira. Mire, que es hermosa; y mire, que es hermosa, una, y otra vez; esto es, dos veces hermosa: porque no sin misterio, cuando llama el Esposo hermosa al alma santa, lo dice dos veces; y es la razón, porque es dos veces hermosa, como se da a entender en aquellas palabras: *Cuan hermosa eres*, *amiga mía: cuan hermosa eres. Tus ojos son de paloma, sin aquello*, *que está en lo íntimo escondido.* Y después añade: *Como los granos de una granada partida son tus mejillas*, *sin aquello que está en lo interior escondido.* Y el Salmo cuarenta y cuatro, después de haber pintado la hermosura exterior del Alma Santa dice: *Toda la gloria de la hija del Rey está de dentro.* En lo cual se da *a* entender, que el alma que está en Gracia tiene dos hermosuras. La una declara Salomón con alguna comparación de cosas corporales: de la otra no dice nada, porque es inefable. Tiene, pues, en sí el alma que está en Gracia una hermosura creada, aunque sobrenatural, que es la misma Gracia; la cual la hace más hermosa, que todo lo hermoso de la naturaleza; y esta hermosura, aunque es incomparable, pero por ser creada, se puede en parte explicar con los ejemplos de algunas creaturas. Pero fuera de esto, está en el alma, que está en Gracia, la hermosura increada, que es la misma Persona del Espíritu Santo, y esta en sí es inefable, y está escondida a las fuerzas del ingenio humano: porque es la misma hermosura de Dios, que hermosea al alma, no como forma suya, sino como riquísimo ornato; y de esta no dice nada el Esposo, sino solo significa, que es grande, y mayor, que toda hermosura: y el salmista, sin detenerse más, dijo, que era toda su gloria, en lo cual dijo mucho. Mire, pues, el alma santa, que es hermosa, por tener la hermosura de la Gracia; y mire, qué cosa tan hermosa en sí tiene, que es la hermosura del Espíritu Santo, para que por una, y por otra hermosura se estime. Mire, pues, que es hermosa, para que no se manche, ni envilezca, perdiendo la Gracia.

III.

Y si no desea el alma su hermosura, tema la deformidad, y horrible fealdad, con que queda sin la Gracia. A Santa Teresa mostró Dios esta diferencia, con una notable visión que tuvo: porque habiendo deseado mucho ver la hermosura del alma, que está en Gracia, se lo concedió el Señor, la víspera de la Santísima Trinidad, mostrósele un hermosísimo globo de cristal muy puro, que a manera de castillo tenía siete estancias o moradas. En la séptima, que era la que estaba en el centro de él estaba el Rey de Gloria, con tan admirable resplandor, que ilustraba todas aquellas habitaciones, las cuales tenían tanto mayor luz, cuanto más cerca estaban del centro; la cual luz no salía fuera de aquel globo, antes todo lo que estaba fuera de él, eran horribles tinieblas, víboras, culebras, y

otros animales venenosos. Quedó admirada la Santa de la grandeza de la hermosura, que causaba el globo, todo iluminado con la presencia del Señor, que estaba en medio. Pero yéndose de allí aquel Rey de Gloria, que sustentaba tanta claridad, y hermosura, al punto desapareció toda la luz, quedando aquel hermoso globo todo oscuro, abominable, y negro como un carbón, y con un hedor intolerable. En lo cual, y en aquellos animales ponzoñosos, le significaron el miserable estado, y monstruosa fealdad, que tienen los que están en pecado mortal. También al Santo Abad Pablo le fue mostrada parte de esta monstruosidad: porque viendo a los que estaban en Gracia muy hermosos, a uno, que carecía de ella, le vio todo negro más que un Etíope, y anublado, rodeado de demonios, que le traían de una parte a otra de las narices, con un freno, o zarcillo, que le habían echado en ellas, y el ángel de su guarda estaba apartado de él muy triste. Rufino escribe también de un Santo Obispo, que veía a los que estaban en Gracia, muy hermosos, y blancos; y a los que carecían de ella, negros más que el carbón, y horribles, con los ojos hechos sangre, y todos llenos de llamas, que hacían erizar el cabello con mirarlos. Todo esto es una tosca sombra de la deformidad del pecado: porque cuantas monstruosidades corporales hay, juntadas en una, no llegarán a significar lo que es la fealdad de una sola alma, después de perdida la Gracia. Y así cuando el Señor significa esta deformidad a sus siervos, suele ser solamente por figuras corporales, para que no revienten de tristeza, y espanto: porque si la vieran espiritualmente, como es en sí, quedaran muertos de temblor, y pena, no menos, que de ver *a* los demonios, cuya fealdad sola es por el pecado. Y así dijo Cristo nuestro bien *a* Santa Brígida: *Si vieses a los demonios como son en sí, o vivieras con un dolor excesivo, o murieras de repente, por su vista terrible: y así solo se te representan las cosas espirituales, con figuras de corporales.* Aun los santos, que vieron la fealdad del pecado en los demonios, quedaron atónitos, y espantados: ¿qué fuera si la vieran espiritualmente como es en sí? A Eusebio, discípulo de San Gerónimo, le causó tanto horror la figura corporal de esta fealdad, que dijo, que no se podía imaginar cosa más horrible, ni espantosa: porque todos los espantos, horribilidades, y terrores del mundo, eran juego de niños en su comparación. Otro, que en tiempo del mismo San Gerónimo le vio, le pareció lo mismo, y dijo, que antes se metiera en medio de un gran incendio, y se dejara quemar vivo, que volver a verla. A los Monjes de San Ricardo permitió Dios, que se les mostrase en la hora de la muerte, para que la pena de su horrible vista les sirviese de purgatorio. También a Santa Catalina de Sena se le mostró el demonio con la fealdad de su pecado, solo por un cerrar, y abrir de ojos, y le causó tal espanto, y pena, que escogiera antes andar hasta el día del juicio los pies descalzos, por un camino de fuego, que verlo otra vez: con todo eso le dijo Nuestro Señor, que no había visto bien su fealdad. Y Dionisio Cartusiano dice, que la vista de solamente un demonio sobrepuja a todo tormento de esta vida. Pues semejante horribilidad, y tan abominable fealdad tendrán los hombres, que atropellan con la Ley de Dios y desprecian la Sangre de su Hijo benditísimo; lo cual aún no hicieron los demonios cuando pecaron. Dígame el pecador, si se atreviera a parecer delante del hombre nacido, si amaneciese una mañana monstruosas, o faltas todas las facciones de su cara, y partes de su cuerpo, con una oreja cortada, con la otra de mula, uno de los ojos menos, el otro

de basilisco, las narices de elefante, la frente tuerta, la boca no en medio de la cara, sino junto a una oreja, una mano de oso, la otra como pie de harpía y todo él negro, como la pez, con las demás partes del cuerpo, monstruosas de la misma manera. Por cierto, que de sí mismo temblara. Pues si esta monstruosidad corporal no pudiera sufrir, ¿cómo puede sufrir la espiritual, que le causa la falta de la Gracia? Porque si una oreja o una pestaña de los ojos, que le falte a uno, le hace feo; la falta de la Gracia, ¿qué monstruosidad será? Un ojo menos causa deformidad: con Dios menos, qué hermosura puede quedar, y ¿qué abominación no será quien carece de tanto bien? Fuera de que en la falta de la Gracia concurren dos cosas, que cada una hace al alma monstruosísima. La primera, la falta de la misma Gracia, que hace a uno más falta, que si le faltaran los pies, y las manos, y los ojos: y con la falta de estas *cosas*, ¿quién no quedaría disforme? La otra es la horrenda monstruosidad del pecado contra la razón, que es más que si uno tuviera en lugar de los miembros humanos los de bruto, en lugar de la tez escamas, en lugar de narices trompa, en lugar de boca pico, en lugar de manos pesuñas, en lugar de pies de hombre los tuviese de elefante. ¿Qué fiereza sería esta, qué horribilidad? No es este traje para estar un punto con él: y que con un pecado, que es cosa más fea, que cuantas fealdades, y monstruos son posibles, e imaginables, pueda uno vivir. Maldito por cierto es, maldito mil veces, quien una hora quiere estar en pecado. ¿Qué sería ver al ángel de guarda de un pecador, cómo sentirá ver a su encomendado tan perdido, y abominable? Y que se le sufra al hombre dar este sentimiento a su ángel, pudiéndolo remediar tan presto con una buena confesión, y un acto de verdadera contrición, transformándose con tan poco trabajo, de monstruo del infierno, en una hermosura del Cielo. Pues la menor hermosura de la Gracia, es más que cuantas cosas hermosas se pueden ver, ni imaginar, dando contento a todos los Ángeles, y Arcángeles, y Serafines, que admiran, aman, y veneran la hermosura divina de la Gracia. ¿Por qué no hace el pecador esta mudanza tan fácil, pues la puede hacer en menos que un cuarto de hora? El Santo Paulo el Simple vio una vez, que estaba mucha gente en una Iglesia; todos iban hermosos como unos Ángeles, solo uno entró fiero, y negro como demonio: le dolió al siervo de Dios en el alma, llorando amargamente el estado miserable de aquel hombre; pero volviendo a salir, echó de ver que salía ya otro, y hermosísimo sobre manera. Le preguntó ¿qué había hecho? Respondió que entre tanto que estuvo en la Iglesia, tuvo verdadera contrición de sus pecados, y con lágrimas de fino amor de Dios, que le tocó el corazón, los había lavado. A los criados de Naamán les pareció cosa muy fácil el lavarse siete veces en el Jordán, para que quedase su amo limpio de solo la lepra: y al cristiano para quedar limpio de la lepra, y asquerosidad de sus culpas y de la monstruosa horribilidad de ellos, y alcanzar la Gracia, porque le ha de parecer dificultoso lavarse con lágrimas, entrando siquiera una vez en el baño de la Sangre de Cristo, a que nos convida con el Sacramento de la Penitencia. Bendito sea aquel Padre de misericordias, y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que con menores diligencias nos da su Gracia, que un hombre alcanza salud. Naamán salió de su casa, y Reino, vino a tierra de enemigos, preparó grandes riquezas, trajo cartas de favor de un Rey muy poderoso, dispuesto él a hacer todo lo que quisiesen por sanar de su mal, y limpiar la fealdad de su cuerpo. Pero

para que uno alcance la Gracia, y sane de mal incurable, y deformidad del pecado, y adquiera una hermosura divina, no son menester cartas de favor, no son necesarias dádivas, ni presentes que dé, no le costará una blanca, no ha menester desterrarse de su tierra, ni a veces dar un paso; y que con todo eso no lo haga el cristiano. ¿Qué excusa podemos dar a Dios, y a nuestra propia honra, y amor que nos debemos tener? ¿Qué desesperado se puede hacer más daño que esto? Pues peor es la culpa monstruosa del pecado mortal, aun por un momento que la pena del infierno por una eternidad.

IV.

También el alma temerosa de Dios, que confía en su infinita misericordia, que está en su Gracia, sepa guardarse limpia, estime esta divina hermosura: esté como quiere el Esposo, y amador de las almas, toda hermosa, y sin mancha; porque cuanto más hermosa una cosa, tanto más disonancia hace cualquier defecto. En una riquísima tela de brocado parece muy mal una mancha de aceite, aunque sea pequeña. Gran cuanta han de tener consigo los siervos de Dios, por no perder, ni marchitar la hermosura de su alma. Prevénganse cada día, y laven con lágrimas sus faltas. ¿Cuánto tiempo gasta ms hermosura perecedera del cuerpo, para sustentarla? Mujeres hay, que en tocarse, lavarse, aderezarse, y vestirse, gastan tres, o cuatro horas cada día: no será mucho que la Esposa de Cristo, por la hermosura de la Gracia, gaste cada día una, *o* dos horas de oración. Y después, ¿qué cuidado tiene entre día una dama, en que no se manche el vestido, de no tocar donde pueda deslucirse, de no hacer acción sin gracia, y cortesía? No menos cuidado han de tener entre día las almas santas, en no mancharse en cosa, ni tocar donde se pueda deslustrar su vida, ni hacer acción que no sea con Gracia, y mayor gloria de su Creador, no descuidándose en cosa, por pequeña que sea; porque lo pequeño, hecho con la Gracia Divina, y conforme a la rectitud, y decoro de la Gracia, clava el corazón a Dios para abrazarse de amores del alma santa, como él mismo se lo confiesa, diciendo (Ct. 4, 9): *Heriste mi corazón con solo el uno de tus ojos, y con un cabello.* ¿Con qué se podía encarecer la hermosura de la Gracia, que con esto? Pues no solo toda la hermosura junta, sino cualquiera cosa, aunque sea solo un pelo, digámoslo así; es tan admirable, que con ella hiere el alma de amor *a* su Creador. ¿Qué significa uno de los ojos, sino la pura intensión? Y ¿qué es uno de los cabellos, sino un santo pensamiento? ¡Y qué baste un pensamiento solo del alma santa, para atravesar el corazón de Dios con flecha de amor! Grandemente debe ser esto agradable a sus divinos ojos. Grandemente debe ser hermosa la Gracia, pues comunica tan grande hermosura a cosas tan pequeñas. Inmensa es su luz, si tan pequeña centella así hiere los ojos, y alma de Cristo: pues así como cosas tan pequeñas son agradables a Dios; así también defectos, y faltas pequeñas, no las hemos de tener por tales, sino por muy indignas de quien está en Gracia, y desagradables a nuestro Creador, y que apartan al alma de los brazos íntimos de su Esposo. Muy graciosa, y hermosa era el ánima de Annon Arzobispo, toda resplandeciente, y blanca como la nieve: pero por una sola mancha, que

fue visto tener en el pecho, fue reprendido, aunque él la procuraba encubrir, y excluido de la compañía de otros Santos Prelados. No es poco lo que desagrada a Dios cuando le es el alma agradable. De esta hermosura espiritual de la Gracia, tan escondida a los sentidos, y no conocida de nosotros, se ha de sacar gran temor de no despreciar a nadie, por despreciable que parezca a los ojos humanos; y así, cuando viéremos alguno manco, contrahecho, enfermo, o de otra manera contentible en el aspecto por disforme que sea, no le hemos de dejar de amar por eso, ni pararnos a considerar la figura del cuerpo miserable, y corruptible, sino la hermosura que puede tener en su alma; y la verdadera hermosura es la espiritual, que no pueden discernir los ojos. Y un hombre santo, aunque sea de mal gesto, y talle, debe ser preferido al más hermoso, y dispuesto del mundo, si es pecador; porque en realidad de verdad, aquel es más hermoso que este; y el cuerpo del que es justo, por horrible, y feo que sea, resucitará más hermoso, y resplandeciente que el sol. No se ha de guiar el juicio humano, por lo que los sentidos representan, sino por lo que la razón, y la fe enseñan. La razón dice, que la virtud es más hermosa, que los mismos Cielos, y cuanta hermosura natural es imaginable aun en los mismos ángeles.

CAPÍTULO X. De la admirable unión con Dios, y con todos los Santos, y Ángeles, que causa la Gracia, haciendo al alma un espíritu con el Divino.

I.

Los bienes, y grandezas de la Gracia son tan extraordinarios de grandes, que uno a otro de tal manera, se exceden, que considerando cada uno de por sí, se juzgara ser el mayor; porque cada uno es tal, que parece no ser posible otro que le iguale; aunque declarando después otros, parecen siempre más grandes, y el último mayor que todos, porque excita nueva admiración. A quien no admirará, aun después de cosas tan admirables, y bienes tan incomparables, como hasta aquí hemos declarado de la Gracia, lo que dice el apóstol, (1Co. 6, 17) que quien se llega a Dios por Gracia, se hace un espíritu con él. ¿Qué mayor grandeza se podría imaginar? ¿A qué mayor alteza puede aspirar el corazón humano, que a ser uno con Dios? Es tan grande este bien, que el Hijo de Dios le encareció, si así se puede decir, por ser cualquier encarecimiento corto, y no exceder la humana sabiduría de Jesús un punto a la verdad; con todo eso nos lo encomienda con estas palabras, que hablando con su Padre, de los que están en Gracia, dice: *(Jn. 17, 22) Yo les he dado la claridad que me diste*, *para que sean una cosa, como nosotros somos una cosa: Yo estoy en ellos*, *y tú en mí*, *para que sean consumados, y perfectos en ser una misma cosa.* Y poco antes dijo, que le había costado muy particulares oraciones, que fueran todos una misma cosa, declarándolo así: *Como tú, Padre mío, estás en mí*, *y yo en ti*, *para que ellos sean en nosotros una misma cosa.* Ruego a los que esto leyeren, que ponderen estas amorosas palabras de Jesús, y de cuan inmensa dignación haya usado con los suyos. Ponderen que cosa es ser una cosa con Dios, y estar en Dios, y Dios estar en nosotros. Con razón lo llamó el Salvador, esclarecimiento, o claridad, y gloria; y no como quiera, sino la que el Padre Eterno le dio, y esa nos la ha dado el mismo Jesucristo: ¿Qué claridad es esta, sino el haber dado Dios *a* su Hijo su mismo Espíritu, y Divinidad? Pues esta tan grande claridad y honra dio el Hijo de Dios a los hombres, que con su Muerte y Pasión les alcanzó la Gracia, porque con ella les dio también su espíritu; esto es, su Divinidad, con la Persona del Espíritu Santo, para que habite, como realmente habita, en los justos, con lo cual somos una cosa con Dios y con todos los Apóstoles, Mártires, Confesores, Vírgenes, Ángeles, Arcángeles, Querubines, y Serafines; finalmente, con todos los Santos del Cielo, y la Tierra, con todos los hombres justos, y las Jerarquías de todos los Espíritus Celestiales.

Esta unión con Dios en el que está en Gracia, se causa no de una manera solamente; porque se causa, lo primero, por razón de la misma naturaleza de la Gracia, que por ser de su esencia participación de la naturaleza Divina, y expresa, y viva imagen de Dios, une al alma con el mismo Dios, haciéndola divina, y como endiosándola. Lo segundo, se causa esta unión con Dios, de manera, que se hace el que está en Gracia, un espíritu con Dios, por razón de la Persona misma del Espíritu Santo, que se infunde en el alma: y por esta razón, el que está en Gracia no solo se hace uno con el Espíritu de

Dios, sino con el espíritu de todos los Santos, y Ángeles buenos. No solo es uno con Dios, sino con todos los justos, que hay en la tierra, y bienaventurados en el Cielo. *Y* así dice San Buenaventura sobre el primer libro de las sentencias: *El Espíritu Santo se da para unir y ligar los miembros del cuerpo místico*; *pues estos miembros místicos están unidos entre sí mismos, como dijo el Señor, para que sean consumados en una misma cosa, y la perfecta unión no puede ser sino en una cosa simple: de donde se sigue que estos miembros unidos se han de unir por una cosa, que sea una, y la misma en todos. Mas esto no puede ser por don alguno creado, sino increado*; *y así es necesario, que con el don creado de la Gracia se dé el don increado del Espíritu Santo.* De manera, que nos unimos con Dios, no solo por la semejanza de la Gracia, sino por tener verdaderamente su misino espíritu. Lo cual es la mayor unión de una pura creatura para con su Creador, que se puede imaginar, ni hay entre nosotros ejemplo semejante con que se pueda declarar; porque las mayores uniones, que puede haber entre los hombres, es del padre con el hijo, del marido con la mujer, y de un amigo con otro; pero en todas estas personas no se ve, que las substancias de las almas estén unidas, sino solamente los afectos, y alguna participación de la naturaleza corporal, pero las almas santas están unidas con Dios por la participación de la Naturaleza Divina, y luego porque el mismo Espíritu de Dios está en ellas. De manera, que el Espíritu que comunicó Dios a su Hijo, comunica el Hijo a los justos, para que así como el Padre, y el Hijo son unos, y el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre; así también, con un modo admirable, el alma, que está en Gracia, sea una con el Padre, y el Hijo, y el Padre, y el Hijo estén en ella. ¿Qué unión semejante hay entre los hombres, que uno esté realmente en otro? Pero lo que no puede haber en las cosas humanas, por su incapacidad, y mengua, lo hay en las divinas por su grandeza, e infinidad. Por cuan dichosos tuvieran todos a aquel, que fuese tan uno con un poderoso re*y,* que tuviese dentro de su mismo corazón el alma del Rey, o el Rey tuviese en su pecho la suya. No se pudiera imaginar mayor privanza, ni fortuna. Pues ¿cuánta será la dicha de el que está en Gracia, pues tiene dentro de sí al Espíritu del mismo Dios? Cesen todos sus deseos, cese toda ambición: pare aquí el corazón humano, que no puede llegar a mayor felicidad, ni honra que esta.

Agréguese a esto, que por la infinidad del Espíritu Santo, que está en el que tiene Gracia, fuera de hacerle uno con Dios, le hace uno con las mejores personas que hay en el Cielo, y en la Tierra, pues tiene en sí el mismo Espíritu, que tuvieron todos los reyes santos, que reinaron en el mundo, y los justos que reinan, y reinarán en el Cielo. Si fuera la mayor felicidad del mundo ser una cosa con un rey de la tierra, teniendo en sí su misma alma: considere el justo su felicidad, que tiene en sí al mismo espíritu, que tuvieron los mejores reyes de la tierra: considere, que dentro de su pecho está el espíritu del Santo Job, que fue rey en Idumea; el espíritu del Profeta David, Rey tan poderoso, y valiente, que se señoreó de toda la Tierra Prometida: el espíritu del Santo Rey Ezequiel, y el de San Luis Rey de Francia, de San Lacio Rey de Inglaterra, de San Esteban de Hungría, del Emperador Enrique el Casto, y de otros infinitos Príncipes. Considérese muy contento, que tiene en sí el espíritu de San Juan Bautista, el de San Pablo, el de San Francisco, el de Santo Domingo, el de San Ignacio. Considérese y reverénciese, porque

tiene el mismo espíritu de San Miguel, y San Gabriel; y de los mayores Serafines del Cielo; y lo que más es, que tiene el mismo espíritu que estuvo en la Reina de los Ángeles, y fue santificada con él. Y si se tuviera por gran suerte tener una reliquia de los cuerpos de estos Santos, y mucho más el alma de ellos natural: más dicha es tener el mismo espíritu, que les santificó, y fue como el alma y vida de sus almas. Considérese quien está en Gracia, trabado, y eslabonado con tantos Santos Religiosos, que están sirviendo al Señor en penitencia, y obediencia, deshechos de sí mismos, y que tienen su conversación solo en los Cielos. Considérese, que está enlazado con estrechísimo vínculo con tantos Santos como hay en los desiertos, y escondidos en las ciudades, que desconocidos de los hombres, son muy a menudo visitados de Dios. Considérese, que está junto con los Bienaventurados del Cielo, y con los Serafines, que están más juntos con Dios. Finalmente, considérese, que está no solo abrazado con su Dios, sino que es uno con él, y con cuanto bueno, y santo hay después de Dios. Considérese, pues, qué pierde quien pierde la Gracia, porque pierde la compañía, y estrecha unión con tantos buenos: pierde el parentesco de tantos Santos, y tantos Ángeles como hay en el Cielo: se sale de aquel anillo preciosísimo, en que están asidos los Serafines más abrazados de amor: desatase de aquella riquísima cadena, en que están eslabonados los nueve Coros de los Ángeles, con los demás Bienaventurados del Cielo y justos de la tierra: desengarzase de aquel precioso joyel, en que están resplandeciendo todos los Espíritus Celestiales: finalmente, desasese de Dios, con lo cual el que era un espíritu con Dios, se hace uno con Lucifer. Y si aun en las cosas naturales, las inferiores se perfeccionan con la unión de las superiores: ¿qué perfección adquirirá el alma con la unión con Dios, y de tantas creaturas tan perfectas, y santas, con los Principados del Cielo, con las Dominaciones, con los Tronos, con los Querubines, y Serafines? Al contrario: ¿qué destrucción será la del alma, que se desune de su Creador y de inteligencias tan sublimes, perfectas, y santas; y se pega a las vilezas de la tierra, y une por el pecado con Satanás, y se encadena con los condenados del infierno, alistándose en una misma matrícula, en que están Caín, Judas, Nerón, Arrio, Mahoma, Lutero, y todos los hombres malditos del Mundo? Dios, por su misericordia, nos dé a entender esto, y engendre en nuestras almas grande estimación de la Gracia, y horror de su pérdida y menoscabo, con un temor y asombro infinito de todo pecado.

También nos ha de ayudar la consideración de esta Divina unión, para tener entrañable amor de Dios, con quien nos unimos por la Gracia, porque la unión y compañía es causa de amor. Dos bueyes que han estado algún tiempo unidos a un mismo yugo, y han arado juntos, se ha visto, que apartados no se hallaban, y derramaban lágrimas de sentimiento. Por la unión del alma al cuerpo hay grande amor entre los dos, aunque sean tan distantes en naturaleza, que la una es espíritu, y el otro vilísima materia: con todo eso desean sea eterna su compañía, y unión: mucho mayor amor debe engendrar en nosotros este soberano ayuntamiento con Dios, deseando sea eterno; porque así como no hay en lo creado mayor unión; así tampoco debe haber mayor amor. No hay junta más íntima, que la de Dios al alma, ni en que más perfeccione el extremo superior al inferior, y así no debe haber unión más deseable, ni

estimable. La unión del alma al cuerpo no puede hacer más, sino que resulte de ella un compuesto, que ni sea el alma, ni el cuerpo: porque el alma no hace al cuerpo alma, ni el cuerpo hace al alma cuerpo, sino entrambos unidos hacen al hombre. Mas de la junta del alma con el Espíritu Santo se hace el alma un Espíritu con Dios, con un modo admirable: porque no pierde el alma su ser natural, sino porque lo adquiere sobrenatural y divino, viviendo sobrenaturalmente por el Espíritu de Dios, que en ella habita. En lo cual va muy notable diferencia a lo que pasa entre la carne, y espíritu humano: porque el alma del hombre, que es espíritu, por más que se una a su cuerpo, y le perfeccione, no podrá hacerle espiritual; mas Dios, juntándose con nuestra alma, la hace divina: y así, debe el alma desear a Dios infinitamente más que el cuerpo a ella. Para declarar esto, imaginemos este caso, que Dios hubiese creado al alma racional, con todas sus potencias, y dotes excelentísimos antes del cuerpo, y que estuviese en la libertad del alma juntarse al cuerpo, sin vida, ni movimiento, hecho una estatua de lodo, que por momentos se iba desmoronando, y corrompiendo; y movida ella de compasión, se juntase con el cuerpo para darle vida, y preservarle de corrupción, y acompañarle en todas sus acciones, y movimientos. Si el cuerpo después pudiera tener conocimiento de este beneficio, ¿con qué amor la amará? ¿Qué agradecido le quedará? ¿Qué no padeciera porque no se le fuera? ¿Y qué lejos estaría de ahuyentarla, y quererla perder? Pero qué tiene que ver esta misericordia, con la que Dios usa con el alma, que viéndola muerta, y abominable, siendo libre a Dios el unirse a ella, *o* no, por Gracia, con todo eso, movido de compasión, se entra en el alma y le da vida divina y hermosea, y perfecciona, y acompaña con su Gracia, para que haga obras dignas de la vida eterna. ¿Con qué amor debe el alma amar a su Dios? ¿Qué agradecimiento le debe? ¿Y cuánto debe hacer, porque no se le vaya? ¿Cuánto debe sufrir, por no ahuyentarle? Pedazos se ha de dejar hacer, por no desunirse un momento de tanto bien con culpa alguna.

II.

Mucho es para admirar, como siendo Dios el que no es interesado en esta unión, sino que por su voluntad, y misericordia entra en ella; con todo eso, se dé por obligado a amar más al alma, y hacerle nuevos favores, y confirmar, y extender la misma unión, haciéndose de todas maneras más uno con el hombre, para que entienda el alma, pues es la interesada, lo que debe hacer. ¿Qué no deberá el hombre hacer, y padecer por su Dios, si el mismo Hijo de Dios, no contentándose con la unión de su espíritu con el nuestro, extendió su Divina misericordia a unirse también con nuestra carne? No hablo solo de aquella estupenda unión, que asombró a los Serafines, por la cual unió *a* su Persona Divina la Humanidad de Cristo; sino de otra admirable unión de nuestra carne con la suya, para que no solo fuésemos un espíritu con el suyo, sino también una carne con la suya, para que en todo fuésemos unos con Cristo, y que como nuestro espíritu está unido por la Gracia con el de su Divinidad; así por un admirable Sacramento de la Gracia, fuese nuestro cuerpo unido al de su Sacrosanta Humanidad, y fuese nuestra

carne una con la de Cristo. Por lo cual dijo San Juan Crisóstomo: *(Hom.* 83. *in Matth.) No se contentó el Hijo de Dios en hacerse Hombre, y ser azotado, y crucificado, sino que nos juntó consigo, como en una misma masa: hizo un mismo cuerpo; no solamente por fe, sino realmente.* Este fue un notable efecto del amor, que tiene a las almas que están en Gracia; y así dice el mismo Santo: *(Hom.* 45. *in Joan.) Como quisiese mostrar su amor para con nosotros, se entró, y como mezcló con nosotros, y quiso que se entrase en nosotros su cuerpo para que nos hiciéramos una cosa, como el cuerpo unido a la cabeza: porque esto es propio de los que aman vehementemente.* Y San Cirilo Alejandrino dice: *(Lib.* 4. *in Joan. c.* 17*) Debe considerarse, que Cristo está en nosotros, no solo por el afecto de caridad, sino por participación natural: porque de la manera, que una cera derretida, si la echan en otra tal, es necesario mezclarse una con otra; así también quien recibe la Carne, y Sangre de Cristo, se junta con él de tal manera, que Cristo está en él y él se halla en Cristo.* Tan encarecidamente hablan de esta unión San Cipriano y San León, que la llaman tránsito de nuestra carne en la de Cristo. De esta manera hablan los Santos: porque la unión es tan admirable, que no se pueda dar bien a entender. Porque aunque la carne de los que comulgan dignamente no pierda su naturaleza, adquiere muchas prerrogativas de la Carne Sacratísima de nuestro Redentor como lo dan *a* entender otros muchos testimonios de los Santos. San Cirilo Hierosolimitano dice, que este Sacramento santifica alma, y cuerpo. San Juan Damasceno dice, que es para presidio, y salvación también del cuerpo. San Gregorio Niseno le llama saludable medicamento, con que se curan las malas afecciones del cuerpo. San Cirilo Alejandrino dice: *(Lib.* 4. *in Joan. c.* 17*) No solo ahuyenta la muerte, pero todas las enfermedades: porque como en nosotros quede Cristo, apacigua la cruel ley de nuestros miembros, esfuerza la piedad apaga las perturbaciones del ánimo, cura a los enfermos, y a los lisiados reforma.* San Crisóstomo predicando contra la ira, dice será su remedio, *si bebiéremos el Cáliz del Señor, que mata las sabandijas, y serpientes, que están dentro de nosotros.* Esto lo dice, por las malas calidades del cuerpo, con que se inclina a pecar. De todo lo dicho se colige, que es efecto de la unión de nuestra carne con la de Cristo, conformar nuestro cuerpo con el suyo, santificando nuestra carne y reformando en ella la propensión al pecado, reduciéndola a la obediencia del espíritu. Y como la Divinidad de Cristo da a nuestra alma un vigor singular; así su Humanidad Santísima da a nuestro cuerpo particular limpieza en los que dignamente la reciben, y juntamente un raro esfuerzo para llevar las penitencias, y asperezas corporales, como ayunos, y todo género de maltratamiento de la carne, y le dispone, y condiciona con más nobles calidades, y le castifica: *Porque si la justicia original* (dice un Doctor) *siendo espiritual, pertenecía también al cuerpo, de manera, que por la comida del árbol de la vida, fuera el cuerpo exento de la muerte, tedio y cansancio, pide también la buena razón, que a quien pura y castamente se junta a Cristo en este Sacramento, le dé una alegría, y prontitud singular, y vigor para los actos de virtudes y para reprimir la contumacia de la carne.* La propiedad de este divino Manjar es, no convertirse en quien le come, porque el Cuerpo de Cristo no se había de convertir en el cuerpo corruptible, y vicioso, del que poco antes fue pecador, sino el manjar convierte

en sí a quien le come; esto es, Cristo al que comulga. Y como la naturaleza con el calor natural, tres veces cuece al manjar, y le digiere, antes que le una a sí perfectamente; así Cristo tres veces nos purifica, y acrisola, para unirnos así perfectísimamente. Lo primero, consume los deseos desordenados de bienes, y riquezas de la tierra. Lo segundo, consume la ambición de honras mundanas. Lo tercero, consume el apetito rebelde de la carne. De suerte, que no solo purifica nuestro espíritu, y alma, sino también el cuerpo, castificándole, y conformándole al suyo, que es lo que se dice de este Sacramento, que es vino, que engendra vírgenes. Es también fruto de este Divino Misterio, el deberse a los que dignamente, comulgan la resurrección de sus cuerpos, con los cuatro dotes de gloria, por la unión de su carne con la de Cristo, como enseña San Irineo; de manera, que aunque no resucitaran otros, ellos resucitarán gloriosos. Por esto entienden los Doctores místicos, y algunos, dice el Padre Saliano, hablan por experiencia, que en algunas personas purísimas llega a ser esta unión de Cristo por el Sacramento, real, inmediata y natural, por cuanto se les manifiesta el mismo Cristo, de manera, que perciban y experimenten su presencia, no tanto por alguna visión, o revelación, cuanto por unos abrazos dulcísimos, con que inefable, y suavísimamente junta a sí al alma, y ella lo siente, y goza de su presencia, y bondad, y regalos. Y allega a tanto esto, que el mismo cuerpo purísimo de los que suben a esta dichosísima unión, siente con un inefable contacto la presencia de Cristo y su Cuerpo: porque aunque en el Sacramento no pueda tocarse, ni sentirse en sí; pero por virtud divina puede tocar, y ser tocado: Ni solo aquellas almas purísimas, sino el cuerpo de ellas inmediatamente le sienten. Porque no es absurdo (dice el Padre Saliano) que el Cuerpo de Cristo se pueda tocar, palpar, y sentir por virtud divina, aunque sea glorioso, pues el mismo Cristo, después de resucitado, se dio a tocar a los discípulos, lo cual no hiciera, si no pudiera ser tocado. (Mt. 28, 9) Y las santas mujeres, después de la resurrección, le tuvieron los pies, y le adoraron. Considere, pues, el hombre, qué amor debe a Cristo por unión tan admirable de su espíritu, y carne: conque reverencia debe llegar *a* los Sacramentos, en que recibe tales favores: cómo ha de quedar después de confesado, y comulgado. No se ha de mirar ya como hombre, sino como ángel; porque habiendo una vez sola tocado nuestro cuerpo la sacrosanta, *e* impecable Carne de Cristo, había de quedar la nuestra más pura que el cristal, más limpia que el oro sacado del crisol, más resplandeciente que las Estrellas; y para sujetarse a la razón, más blanda que la cera, y más devota que la misma devoción, y más espiritual que los Ángeles; y a todo gusto del sentido más muerta, que los mismos muertos. ¡O que maravillosas transformaciones de las vidas de los cristianos se vieran con la eficacia de los Sacramentos, si ellos se dispusieran como es razón, y no pusieran impedimento a la Gracia! Pero como ni antes de recibirlos se pone el cuidado debido, ni después la solicitud, que pide el estado, y vida divinísima de la Gracia, que les dan, suélese ver poca, *o* rara la mejoría, por culpa nuestra. Porque, ¿qué disposición es para tan altos misterios, después de haber sido uno todo un año, *o* medio año, un demonio, de la noche a la mañana quererse asentar a la mesa con Cristo, sin costar esto verter una lágrima, ni sacarse una gota de sangre; ni sentir un golpe de disciplina, ni por un día la aspereza del silicio, ni dejar de cenar una noche, ni atropellar

con lo que fue impedimento del servicio divino? Estas cosas siempre habían de preceder aun en los que tienen cuenta con su conciencia, y no les remuerde cosa grave. Y ¿qué cuidado es, después de haberse incorporado en aquella sacrosanta Carne de nuestro Redentor, vivir con los mismos gustos de hombres que antes? ¡Grande confusión, y vergüenza, que haya quien después de tal beneficio se acuerde de gusto de la tierra, y aun quien se acuerde de que hay mundo, y que hay cuerpo! Todo ha de ser espiritual, todo angélico, todo Celestial, todo Divino. A Cristo solo ha de amar, a Cristo solo entender, a Cristo solo gustar, a Cristo solo tener, y Cristo solo ha de ser: porque se ha de mirar ya, no como hombre, sino como Cristo, después de tal unión.

También se debe considerar en esta incorporación nuestra (como hablan los Santos) con el Sacratísimo Cuerpo de Cristo nuestro Redentor, que por medio de él nos hacemos también un cuerpo con todos los Santos, que viven en la Iglesia; porque así como el Alma Santa, haciéndose una con el Espíritu de Dios, se viene a unir con las demás almas de los Santos, porque es un mismo Espíritu Santo, el que está en uno, que está en Gracia, y el que está en los demás, y por eso se traban, y unen todas las almas que están en Gracia en el Espíritu Santo, como en un vínculo simplicísimo en sí, pero común a todas: así también el cuerpo del que ha comulgado dignamente, por unirse al Cuerpo de Cristo nuestro Redentor, se viene a unir a los cuerpos de todos cuantos Santos han comulgado, y se ha hecho una con su carne la Carne de Cristo; porque es vínculo de todos el Cuerpo inmaculado, e impecable del Hijo de Dios, que es también una cosa de gran consuelo. Porque si se tiene por gran dicha tratar fácilmente con algún Santo o ser pariente suyo, ¿qué mayores Santos, que los apóstoles, y San Lorenzo, San Basilio, San Benito, San Francisco, Santo Domingo, San Francisco de Paula, San Ignacio, y otros Santísimos Fundadores de Religiones? Y ¿qué mayor Santo, que la Santa de las Santas, y Reina de los Ángeles, la Madre de Dios, pues no parentesco, que eso no fuera tanto, ni familiaridad solo, sino una maravillosa unión de nuestro cuerpo tenemos con la Carne, y Sangre purísima, y gloriosa de la Madre de Dios; con la cual, por medio de la Carne, y Sangre de su Hijo nos unimos? ¡O admirable Sabiduría de Dios, que halló modo para que todos los justos fuesen una cosa! Como lo dijo la verdad Eterna, no solo siendo un Espíritu por la Divinidad de Cristo, sino una carne por su sacrosanta Carne, que en el Pan de su Divino Sacramento recibimos. Por lo cual dijo San Pablo (Rm. 12, 5): *Un pan, y un mismo cuerpo somos muchos, todos los que participamos de un Pan.* Y en otra parte dice: *(1Co. 12, 27) Muchos somos un mismo cuerpo en Cristo y cada uno es miembro del otro.* Notan algunos Doctores, que este cuerpo uno, que hacen muchos, según el apóstol, no es solo un cuerpo místico, y generalmente, sino propia y corporalmente; porque todos realmente nos juntamos, y unimos con el Cuerpo de Cristo Nuestro Redentor en la Eucaristía. Mire, pues, quien comulga, cómo ha de mirar por la pureza de su alma, y cuerpo. Mire cuál espiritual, y pura ha de ser su carne; pues se hace un cuerpo con el cuerpo de los Santos, y de la Madre de Dios. Y si no quisiera perder un hueso, o reliquia de San Francisco, o de otro Santo grande, no quiera perderse uno con todo su cuerpo: y lo que más es, con los huesos, y carne, y Sangre de la Virgen, y de nuestro Redentor. No quiera dejar de ser el Cuerpo de Jesucristo, por ser de una

mujer perdida, como habla el apóstol. Estimemos esta dignidad de ser unos con el Espíritu Santo, y con todos aquellos, que fueron Templos del mismo Espíritu Santo.

III.

Aprendamos del mismo Dios *a* estimar esta grandeza, y dignidad de los que están en Gracia, y participan del Cuerpo, y Sangre del mismo Señor de la Gracia; pues por hacerse una cosa con Dios, les da el más grande nombre que se puede dar, que es de Dioses, y de Cristos; porque con menos se podía significar el bien, y grandeza de esta unión. Y así se dice en un Salmo 82: *Dios se alza en la asamblea Divina.* Y en otro: *No queráis tocar a mis Cristos.* Y en otra parte (: *Dioses sois, e hijos del Altísimo,* que son los que están, en Gracia: y así San Gregorio Nazianceno tampoco duda de llamar Dioses a los Santos. Y San Gerónimo dice: *(*Hyeron. *in Matth. 17) Los apóstoles, no hombres, sino Dioses se llaman*; *porque como preguntase Cristo: ¿quién dicen los hombres*, *que es el Hijo del Hombre?* Luego añadió: *Y vosotros*, *¿quién decís que soy? Como si dijera: Los hombres, como hombres, no piensan sino cosas humanas; pero vosotros, que sois Dioses, quién pensáis que soy?* San Anselmo advierte, que este nombre de Dioses no solo compete a los apóstoles, y grandes Santos, sino a todos los justos por Gracia. Y así dice: *(Lib. de simil. cap.* 66*.) Atiende a esto, te ruego, y entiende, que a ningún justo excluyó Dios de esta deidad, cuando dijo Dioses sois, y todos hijos del Altísimo.* No es poca la honra, que se hace a los justos con título tan esclarecido; porque si por grande honra se tiene entre los hombres, tener el nombre de algún Príncipe insigne: ¿por cuánta honra se debe estimar tener nombre Divino? Los Emperadores Romanos tenían por grandeza el llamarse Cesar, o Augusto, por ser estos dos Príncipes tan señalados, y favorecidos de la fortuna. Y los Reyes de Egipto se honraban con el nombre de Ptolomeo, por ser el nombre del primero de sus Reyes. ¿Qué gloria es que se llamen Dioses los que están en Gracia? Título, no de un monarca temporal, sino de un Rey Omnipotente de Cielo y Tierra. Y esto es mucho más de considerar, por el fundamento que hay para tal nombre; porque es incomparablemente mayor, que el que tuvieron los Príncipes de Roma, y Egipto, para llamarse Césares, Augustos, y Ptolomeos, no más que porque les sucedieron en sus imperios; no porque tuviesen en sí las propiedades de Cesar, ni Augusto, ni Ptolomeo, ni porque vivieron con su alma, *o* tuvieron algunos miembros de su cuerpo. Mas los que están en Gracia llámense con más derecho Dioses, porque viven con el mismo Espíritu de Dios, pues que su alma está con admirable vínculo unida por Gracia al Espíritu Santo, y su carne al Cuerpo de Cristo, Dios, y Hombre. Es tan notable esta unión, que no se significa bastantemente con el ejemplo de unión alguna, que haya entre personas creadas, por ser más semejante, a la unión de las Personas Divinas. Y así no se podía declarar con apellido alguno relativo a Dios, sino con el que derechamente le significa; porque ni con decir, que los que están en Gracia son amigos de Dios, ni que con hijos de Dios, con ser nombres tan honoríficos, se declara su unión, pues entre amigos, por íntimos que sean, se ha visto unión

semejante; ni entre hijos, por parecidos, y queridos que sean: porque ni el más fino amigo, ni el más obediente hijo, ha sido tan uno con su amigo, o padre, que viviese con la misma alma del padre. Mas los que están en Gracia son tan unos con Dios, que viven con el Espíritu de Dios, y están unidos, y aun son unos con él. Ni hay en las cosas creadas ejemplo, que pueda llegar a esto; y así, no se declara esta unión suficientemente con nombre alguno, que competa a creatura, aunque haga relación a Dios. Con lo que solo se puede declarar más significativamente, es con el nombre absoluto Dios: porque si bien ellos no sean absolutamente Dioses, son todo lo mayor que puede ser después de Dios; y tienen tal unión, que transciende toda unión, y se parece a la que hay en las Personas Divinas: porque así como el Hijo, y el Espíritu Santo son Dios, porque tienen una misma vida, y Espíritu de Dios, y Divinidad; así el que está en Gracia, porque tiene en sí, aunque participadamente, la Vida, Espíritu, y Divinidad de Dios, se llama justamente Dios, por la participación que tiene del ser Divino. De manera, que solo en la Santísima Trinidad hay el ejemplo, con que más se pueda declarar lo que es esta unión de la Gracia; y así Cristo nuestro Redentor la declaró con el ejemplo de las Personas Divinas, y en toda otra naturaleza no hay ejemplo, que así lo declare; porque ¿qué persona natural hay, que así se una a otra, que esté en ella, y le dé vida? Ninguna, ni se hallará, aunque se revuelva toda la naturaleza. Las Personas Divinas sí, porque el Padre está en el Hijo, y el Hijo vive por el Padre. Pues como en el que está en Gracia está el Espíritu de Dios, y vive por el mismo Espíritu, por eso le declara esta unión Divina, no por nombre, que compete a creatura, sino por el que compete a solo el Creador. ¿Qué substancias creadas hay, que así se amen, que la fuerza del amor no solo las haga una cosa por afecto, sino por su mismo ser? Ninguna se halla en la naturaleza de tan fino, generoso, y eficaz amor: pero las Personas Divinas sí, porque el Padre, e Hijo, cuyo vínculo se llama el Espíritu Santo, de tal manera se aman, que no solo por afecto, sino por su sustancia, son una misma cosa. Pues como el amor de Dios para con el que está en Gracia, porque es eficacísimo sobre todos los demás amores, une a Dios con el alma, no solo por afecto, sino también con efecto, estando en ella con su mismo ser, y habitando en ella: por eso no hay ejemplo, que declare esta unión amorosa de la Gracia en las cosas naturales, sino en solo Dios; y así no es mucho se dé al que está en Gracia, el nombre, que declare más su unión tan estrecha con Dios, llamándose también Dios; pues por participación tiene la Naturaleza Divina, y es uno con el Espíritu de Dios. ¿Qué género de fineza es esta, y qué grandeza de los cristianos? Por grande favor se tuvo, que diese Dios al Patriarca Abrahán una letra tan solo de su nombre; cuanto mayor favor es, que se dé a los justos todo el nombre de Dios, y no solamente el nombre sino su realidad, y ser? Porque el que está en Gracia, no solo participa del nombre de Dios, sino de su Naturaleza Divina; y con esta participación se le da el mismo Espíritu Santo, que es el amor de Dios. ¿Con qué amor debe responder el alma a este amor de su Creador, tan unitivo, y liberal? ¿Cómo debe amar el hombre a Dios, porque quiso ser uno con él, y le ama hasta ser uno? Procure, pues, amar a quien tanto le amó, no solo con el afecto, sino con el efecto; no solo con amores tiernos, sino con obras varoniles, haciéndose uno con Dios por imitación, no haciendo obra, que no sea digna de Dios, porque a nosotros

mismos nos hiciéramos gran agravio, si teniendo nombre Divino, tuviésemos obras diabólicas.

CAPÍTULO XI. Por la Gracia se sublima el alma a ser Esposa de Dios, con vínculo más estrecho, que todo matrimonio humano, y los gustos celestiales, que hay en él.

I.

Este amor, que debe el alma a Dios por estar unida con él por Gracia, declara la Sagrada Escritura, con la semejanza del amor que tiene la Esposa al Esposo, por la unión, y vínculo conyugal. Y así en todo el libro de los Cantares se llama Esposa el alma santa: la cual significó bien esta unión, y el amor que por ella se debe, cuando dijo: *Mi amado para mí, y yo para él.* Y otra vez dice, que morará entre sus pechos: pero si bien se considera, es figura, y sombra todo vínculo conyugal, y matrimonio humano, respecto de la unión, y vínculo, que tiene el alma santa con Dios. Y así dice Santo Tomás: *(Opuscul. de Dilec. Dei, cap.* 13*) Cuantas ventajas hace lo que es significado, a la señal que lo significa*; *tanto se aventaja el amor, y unidad de Dios con el alma, al amor del Esposo a la Esposa; y el amor, y unión del alma con Dios, al amor de la Esposa para con el Esposo.* Sombra, y figura es toda la unión matrimonial de los hombres, comparada con esta unión del alma. Y así*, a* todo amor, y fe humana debe exceder infinitamente el amor, y lealtad que debe el alma a Dios, como verdaderamente excede el que tiene Dios al alma. Por el amor de su esposa, dice la Escritura, que dejará el hombre a su padre, y madre, y se llegará a su mujer, y que son una misma carne, y un hueso. *Grande Sacramento es este,* (exclama el apóstol, Ef. 5, 31-32) *pero yo digo, que es entre Cristo, y la Iglesia.* Y entre Dios, y el alma Santa, entre los cuales hay mayor unión, y amor, que en el más legítimo, y amoroso matrimonio del mundo: porque lo que causa el matrimonio es, que estén dos en una carne; pero lo que causa la Gracia es, que estén dos en un espíritu. Considere el alma esta grandeza, si es para estimar, *o* si es para perder. Si viéramos, que un monarca soberano tomara por esposa una labradora del campo, y la ensalzara al trono y corona real, y amara más que a su vida: ¿qué género de felicidad fuera esta? Sería razón, que aquella labradora no le amase, ni quisiese mirarle a la cara, ni le fuese leal, sino que cometiese adulterio con cuantos se topaba, y que fuese tan poco detenida en sus apetitos, que por cumplir un gusto muy ligero, quisiera antes que dejar su afición, hacer divorcio con su esposo, y Rey, que tanto la amaba, ¿volviéndose a la bajeza de lo que antes era? ¡No pudiera imaginarse mayor villanía, ni más enorme traición, ni más abominable hecho: y que haya hombre, que se atreva a hacer esto con Dios! ¡Que habiéndole levantado a unión tan estrecha consigo, y más perpetua, que el matrimonio humano, pues es eterna de suyo quiera hacer divorcio con su Creador, perdiendo su Gracia! ¡Quiera hacer traición a su Rey, y Redentor, y levantado al tálamo divino, y Corona del Reino de los Cielos, se quiera volver a su villanía, y ruindad, siendo infiel, y desagradecido, a quien puso en él sus amorosos ojos, y ensalzó *a* tan soberano estado! Considere el alma, que está en Gracia, *a* que suprema Majestad ha subido, no menos que a ser Esposa de Dios, y más que Esposa, cuanto va de la sombra a su cuerpo, y de lo pintado a lo vivo; pues el matrimonio humano es

sombra, respecto de la unión divina, con el alma que está en Gracia; y las obras de Dios exceden incomparablemente a las de los hombres: porque así como la filiación de Dios adoptiva por la Gracia, excede a la filiación natural de los hombres, como hemos dicho; y la amistad de Dios por la misma Gracia, sobrepuja a la amistad más pura y estrecha de los hombres: así la unión, y desposorios de Dios, hacen incomparables ventajas al matrimonio humano. Pues si el matrimonio humano levanta a la esposa a la dignidad del esposo, de manera, que si el esposo es Conde, o Duque, *o* Rey, se sublima la esposa, aunque sea de baja condición a la misma dignidad: el matrimonio, y unión con Dios, tanto más estrecha, ¿qué dignidad dará al alma santa? Claro está, que la levantará sobre toda la naturaleza, a un ser sobrenatural, y divino. De modo, que todas las creaturas deben reconocer al alma, que está en Gracia, como señora suya, y Esposa de su Señor, y Creador. Por esto se llama Reina en el salmo cuarenta y cuatro, proponiéndose con gran majestad, para ser reverenciada de las hijas de Tiro, y de los ricos del Pueblo; esto es, de todas las especies de naturalezas, y creaturas del mundo universo, que no tuvieren semejante dignidad, por nobles y excelentes que sean: porque dado caso, que no tuviera la Gracia por su esencia ser sobrenatural, y constituir al que la tiene sobre toda la naturaleza; por solo este título de Esposa del Espíritu Santo, se ensalzará el alna sobre todo ser natural, y colocaría en un grado soberano. Estime, pues, esta suprema honra, y no haga traición a su Esposo, con que lo pierda todo. No le dé disgusto con que merezca ser depuesta del Reino de Dios. Considere las diferentes suertes, de las Reinas Vastí y Ester. La Reina Vastí, de Emperatriz, y señora de la monarquía del mundo, fue repudiada ignominiosamente, y desechada del mayor Rey de la tierra, por solo que quebrantó un precepto suyo, lo cual fue una tragedia lastimosísima, que puso espanto a toda el Asia. Pero mucho más para llorar es la miserable caída que da el alma, cuando quebranta gravemente un precepto divino, porque es desechada de Dios, repudiada de su Esposo, Rey Omnipotente, desnuda de la majestad de la Gracia, arrojada del primado sobre toda la naturaleza, y restituida a su vileza, y a la cautividad del demonio; de suerte, que de esposa querida del que es sumo de todo bien, se hace esclava del que es primero en todo mal, y el sumamente malo, y maldito entre las creaturas. Esto gana el hombre por un pecado, siendo desleal, adúltero, traidor, e infiel contra su Dios, y bienhechor tan amoroso. Solo el considerar esto hace temblar: ¿qué miseria no tendrá en quien pasa todo esto real, y verdaderamente?

Al contrario de la Reina Vastí, fue grande la fortuna de la Reina Ester, que de cautiva y extranjera fuese ensalzada al Trono, e Imperio de toda Asia, desposada con el Monarca del Mundo, querida de él, y favorecida con todo extremo. Esta dicha tan inopinable no fue más que una sombra oscura, respecto de lo que pasa en el alma, cuando recibe Gracia, que de esclava vil del demonio, es ensalzada al Reino de los Cielos, y escogida por esposa de Dios, y hecha celestial, y divina: ¿qué lealtad debe guardar a su esposo? ¿Qué agradecida le ha de estar? ¿En cuánto debe estimar agradarle? ¿Cuánto debe temer el perderle? ¿Cuánto ha de procurar el amarle?

Agregase a todo esto, que hay muy grande diferencia entre la unión del matrimonio humano, y la del matrimonio espiritual, y divino, en cuanto a la comunicación de los

títulos de grandeza; porque el matrimonio humano, solo da a la esposa el nombre de los títulos de su marido, no la propiedad de ellos, mas el matrimonio espiritual, por la Gracia da al alma, no solo nombres, sino realidades. Dios es un ser sobrenatural y divino; y el alma en Gracia, no solo se llama divina, sino por forma intrínseca es divina y está verdaderamente sublimada a un estado sobrenatural, y divino. Dios es Santo, y el alma en Gracia, no solo se llama Santa, sino que lo es verdaderamente. Dios es justo, Dios es hermoso, Dios es misericordioso, Dios es caritativo, Dios es bueno: y el alma que está en Gracia tiene las mismas virtudes, no solo su nombre, sino su verdad. Porque en el punto que le infunden la Gracia, le dan juntamente todas estas virtudes sobrenaturales, y se hace justa, hermosa, misericordiosa, caritativa y buena. Finalmente la esposa que se casa con un Rey, aunque le dan el nombre de Reina, no tiene derecho al Reino: mas al alma, que está en Gracia, le dan verdadero derecho al Reino de Dios. Pues el nombre, y título vano de las grandezas vanas del mundo, es tan apetecible, y codiciado, la realidad y verdad de grandezas tan verdaderas como la santidad, justicia, y derecho al Reino de los Cielos, ¿cuánto deben estimarse? Por un título, y apellido, sin más provecho, que su nombre, se pierden los hombres, y matan por conservarle: pues por conservar los nombres, y realidades de cosas de tanto provecho para nosotros, y en sí grandes; porque no nos hemos de ganar, y ¿por qué no hemos de procurar vivir la mejor vida del mundo, que es la de Gracia? No sé por cierto donde está el juicio de los hombres: no sé dónde está la memoria de sí, no sé dónde está su amor propio, no sé dónde está su honra, cuando se atreven a perder todo esto, y a perderse a sí mismos con perder la Gracia, que es lo más apreciable.

II.

Añade Santo Tomás, para declarar las ventajas de la unión, y desposorio espiritual entre Dios y el alma, la fineza y extremo con que están en él los tres bienes del matrimonio, cuanto es de parte de Dios, los cuales son estos: Fe contra el adulterio, inseparabilidad contra el divorcio, y la fecundidad contra el oprobio de la esterilidad; porque en el matrimonio espiritual la Fe es más inviolable, la inseparabilidad mayor, y la fecundidad más útil. Cuanto toca a la Fe, y lealtad, dijo el mismo Dios por el Profeta Oseas: *(Os. 2, 22) Yo me desposaré contigo en fe.* Porque ¿qué mayor fe que la de Dios, que excede a todos los desposados del mundo en lealtad y fineza, pues que guarda fe al alma, después que ella la ha violado. Y así dice por Jeremías: *(3, 1) Con muchos enamorados has adulterado, pero con todo eso, vuélvete a mí.* ¿Qué mayor extremo de amor, y lealtad se puede imaginar, que este? ¡Que es posible, que después de haber sido traidores a Dios nos busque, y quiera él perdonar; y que a Dios, después de haber sido tan fino con nosotros, no le queramos buscar, ni pedir perdón! Además de esto, por parte de Dios, ¿cuándo ha faltado, ni faltará lealtad, y fe? ¿Cuándo se ha podido quejar algún alma, que Dios le haya quebrado su palabra, *o* dado muestras de menos amor? Satisfecho de esto Santo Tomás, dice: *Con tan maravilloso modo te ama Dios, oh alma*

mía, todo Dios a ti toda, que no por eso te ama menos, aunque ama contigo a otra; esto es, a otra distinta de ti en la sustancia; pero una contigo en la caridad, y amistad: y no te amará más, si sola te amara, antes si no te diera compañeras, por ventura te pudiera amar menos que ahora. No lo hizo así Jacob, al cual fue permitido tener muchas esposas, mas no le fue concedido que pudiese amar cada una como si fuera sola: porque veo, que esto es propio de la Omnipotencia, y de una bondad Omnipotente. Y así exclama *San* Agustín: ¡*O buen Señor Omnipotente, que así cuidas de cada uno de nosotros, como si cuidaras de él solo, y así cuidas de todos, como de cada uno!* Y ¿qué amor más fiel, que llegará dar la vida por las almas? Por eso San Pablo propuso a los casados, por idea del amor matrimonial, el amor de Cristo para con la Iglesia; esto es, con las almas santas; y así dice (Ef. 5, 25-26): *Maridos amad a vuestras mujeres, como Cristo amó a la Iglesia, entregándose a sí mismo a la muerte por ella, para santificarla, limpiándola con un baño de agua en la palabra de vida para hacerla gloriosa para sí, sin que tuviese mancha, o arruga, o cosa semejante, sino que fuera santa, e inmaculada.*

Debe, pues, el alma, que está en Gracia, corresponder a esta lealtad de Dios, y no hacer cosa en que falte a la fe de esposa fiel. Toda se ha de hacer ojos en dar gusto a su esposo querido: toda ha de ser para su amado, como su amado es todo para ella: todo su afecto ha de estar en servirle, todo su corazón en amarle, toda su memoria en acordarse de él, todo su entendimiento en conocerle, y admirarle; porque aunque todos debamos servir a Dios con todas nuestras fuerzas, a título de ser creaturas suyas; pero a quien está en Gracia corre nueva obligación, y tan estrecha por esta unión, y matrimonio espiritual, que aunque no fuera creado por Dios, sino que tuviera ser de sí mismo, debía desojarse en agradarle, y amarle, y guardarle toda fe, y lealtad. Tiemble, pues, con estas obligaciones dobladas, tiemble el alma, y estremézcase, aun de solo pensar, que le puede ser traidora con un pecado mortal. Déjese el cristiano hacer pedazos antes que sea tan alevoso, y adultero, e infiel contra un Dios tan leal, y amoroso para consigo.

En el segundo bien del matrimonio, que es la inseparabilidad, es Dios tan extremado, que quiere estar eternamente con su esposa, y por parte suya no puede faltar, porque es inmortal, que no puede morir; y es inmudable, que no puede arrepentirse; y es justísimo, que no puede agraviar. El vínculo de los matrimonios humanos se puede deshacer con la muerte del esposo, *o* puede violarse con su arrepentimiento, e injusticia; pero Dios por su inmortalidad está libre de morirse, y de deshacer esta unión; y por su inmutabilidad, y justicia no puede violarla; antes es tan fino con el alma, que eternamente no se apartará de ella, sin querer jamás divorcio. Y así dice Santo Tomás: *Alma mía, el matrimonio que entre ti, y Dios se comenzó en el Bautismo, y es rato con la buena vida, en la Patria Celestial será consumado, y después de aquel primer consorcio será imposible haber divorcio.* Porque así el esposo, como la esposa serán inmortales en el Cielo. En esta vida solo puede faltar este matrimonio por la muerte del alma, cuando cae en pecado; porque así como se acaba el matrimonio humano con la muerte de uno de los casados; así el matrimonio divino del alma con Dios, acaba con la muerte del alma, si comete algún pecado grave; pero aun en esto hay gran diferencia entre el matrimonio de

Dios, y de los hombres, que el excusar la muerte del cuerpo no está en nuestras manos y así no está en la libertad humana continuar el matrimonio; pero el excusar la muerte del alma está en nuestra mano, y así puede el alma eternizar este divinísimo vínculo conyugal con Dios. Pues ¿por qué se ha de apartar un alma tan favorecida de Dios con unión tan estrecha, de lo que también le está? Mire la grandeza, que pierde: mire, que honra le faltará y con ella la vida: porque lo mismo será pecar, que perder ser esposa de Dios, y morir ella. Verdaderamente, aunque no perdiera un alma por el pecado mortal la vida de la Gracia, con solo que perdiera el ser querida de Dios, y estar unida al sumo bien con vínculo tan estrecho, había de padecer todos los tormentos del mundo, por no perder el título solamente de Esposa de Dios, pero perdiendo esta inmensa honra, y luego la vida, y vida tan vital, y divina, como la de la Gracia, todo el mundo había de perder antes. Mire, pues, el cristiano por su vida, y por su honra, y diga con el fervor de San Pablo. ¿Quién nos apartará de la caridad de Dios? ¿por ventura trabajo, *o* tribulación alguna? Por cierto, que ni la vida, ni la muerte, ni el Cielo, ni la Tierra, ni cosa creada, ni por crear. Eterna ha de ser mi lealtad con Jesucristo, eterno ha de ser mi matrimonio, eternamente he de gozar de mi amado, eternamente tengo de estar con él y él conmigo, eternamente le he de amar, y por amarle he de aborrecer al mundo, a mis apetitos, a mi carne, a mi misma alma, en cuanto da vida al cuerpo.

En el tercero bien del matrimonio, que es la fecundidad, es maravillosa la que hay en este vínculo espiritual del alma con Dios. Del cual dice esta sentencia el Angélico Doctor: *Los hijos son más útiles*, *y de muchos más modos*, *pues son las buenas obras*, *porque el esposo fecunda a la esposa; esto es*, *Dios al alma por su Gracia, y los hijos proceden de entrambas unidos.* Luego añade: *Estos hijos son provechosos, que no matan a su madre, antes le adquieren vida eterna, al contrario de la concupiscencia*, *que cuando concibe pare el pecado*, *y el pecado cuando es consumado*, *engendra la muerte.* Y en el Salmo séptimo se dice: *Concibió el dolor y parió la maldad. Por lo cual no se debe llamar el hijo espiritual de este matrimonio, que es un acto de virtud: Bennoni, que significa hijo de dolor, sino hijo de gozo, y de honor*; *aunque al principio fuese de trabajo: porque aunque la mujer*, *cuando pare*, *tiene tristeza*, *después de haber parido, ya no se acuerda del aprieto de su dolor, por el gozo que se sigue.* Antes de Santo Tomás dijo Platón, *(In Symposio)* que era mejor engendrar virtudes, que hijos. Y así, mucho mayor, y mucho más dichosa es la fecundidad del alma, que está en Gracia, por el matrimonio espiritual con Dios, que la fecundidad de Lía, en el matrimonio con Jacob, aunque fue tan celebrada de fecunda. En la multitud, y en la variedad, en la calidad, en la facilidad, en la prosperidad, en todo hace muchas ventajas la fecundidad, y fruto de bendición del matrimonio divino del alma, al matrimonio humano. En este es gran fecundidad, si se llegan a tener doce hijos por toda la vida: en aquel se pueden tener en un día ciento, haciendo otras tantas buenas obras. En aquel para tener un hijo, ha da padecer la madre, nueve meses muchos accidentes, y al cabo grandes dolores; en este no cuesta más que querer, y las más veces con incomparable gozo. En aquel, el hijo que se amaba mucho, puede morirse, *o* salir avieso, y dar disgusto a sus padres: en este, todas las obras de virtud han de permanecer

eternamente para ser premiadas, y serán de gran gozo al alma que las hizo. En aquel cuesta gran cuidado a la madre la crianza de los hijos, después de haberlos parido; en este, después de echa una buena obra, no hay que acordarse de ella, sino procurar hacer otras. Por lo cual concluye Santo Tomás que debe ser preferido el fruto de esta unión, y vínculo matrimonial con Dios, al fruto del matrimonio humano; pues en el matrimonio espiritual se producen buenas obras, y se engendra por ellas espiritualmente Cristo en el corazón propio, *o* ajeno. Y así dice hablando con el alma*: Tu alma, ama más al hijo, que sobreviniendo el Espíritu Santo en el vientre de tu entendimiento concibes más limpiamente, traes más gozosamente*, *pares más seguramente, crías más fácilmente. El cual sea báculo de tu vejez*, *ojos de tu ceguedad, que con una fe filial en tu muerte se acordará de ti*. Mire el alma las ventajas de esta fecundidad, y procure dar el fruto de bendición de este divino matrimonio. ¿Qué deseo suele tener una Reina (que la hubiese escogido por esposa un poderoso Monarca) de tener algún hijo? ¿Y cuan extraño es el regocijo, qué cuando le tiene recibe? Procure el alma no ser estéril en el matrimonio con Dios: desee obrar bien, más que Raquel deseaba los hijos: tema no produzca monstruos de culpas, la que ha de producir hermosas virtudes: no haga obra, que no sea digna de Dios, y agradable al Padre Celestial. Si estando un Emperador poderosísimo, como Asuero, esperando un hijo, heredero de sus reinos, de una esclava con quien se había casado, y levantado al Trono Real, como a Ester: ella cuando esperaba con más regocijo un hermoso hijo, pariese un horrible monstruo, con facciones no humanas, sino de brutos diferentes: ¿qué tristeza causara en el Rey, y todo el Reino? ¿Qué confusión en la Reina, aunque no estuviese esto de su mano? Eche de ver por esto el alma, que está en Gracia, desposada con el Rey Omnipotente de cielo, y tierra, qué confusión debe tener, cuando por voluntad suya, en lugar de heroicos actos de virtudes, comete algún pecado, que no puede haber más horrible monstruo. ¿Qué dirá a esto su Esposo? ¿Qué dirán sus vasallos los Ángeles? ¿Y qué puede la misma alma decir, si lo considera bien? Pues si se averiguase, que aquel parto monstruoso de una Reina temporal fuese concebido por adulterio, ¿qué castigo no se juzgara menor, que lo que tan gran traición merecía? Tiemble de esta consideración el alma, pues cuantas culpas hace, es malparir otros tantos monstruos, y todos son por adulterio, porque no producen de Dios, sino del diablo, y del mundo, con quien adulteramos. Un alma que está en Gracia, ha de ser muy leal a Dios, no ha de hacer obra, que no proceda de su Gracia, sin perder inspiración del Cielo. Solo al Espíritu de Dios ha de oír, solo ha de concebir del Espíritu Santo: porque guiarse por leyes del mundo, por el antojo de su apetito, y sentimientos de la carne, y sangre, no conforme a la razón, ni al Evangelio, no es otra cosa, que adulterar con Satanás, que le inspira tales cosas, y fecunda para todo pecado. Guarde a su Esposo con mucha fe el corazón la Esposa del Espíritu Santo. Guárdese limpia y pura, como su Esposo lo es, para que lo sean sus obras.

III.

Del cuidado de obrar virtuosamente, y de las perfecciones de las obras, se sigue en el que está en Gracia, hacerse más estrecho su vínculo, y unión con Dios, confirmándose siempre más este divinísimo matrimonio: porque así como entre un rey, y una reina, entonces hay mayor amor, unión, y firmeza en su vínculo conyugal, cuando tienen hijos: entonces es más favorecida la reina, más amada de su esposo, y más estimada de los súbditos; así en el matrimonio espiritual del alma por la Gracia, cuando tiene frutos de buenas obras, y es fidelísima a Dios en no hacer cosa alguna, que no sea por el Espíritu Santo, sin dar oídos al demonio, o a la carne, ni adulterar con el mundo: entonces se une más a Dios, y es favorecida más de su Divina Majestad, más regalada, y más ilustrada de su luz, y hermosura. La fecundidad espiritual de las buenas obras es de mucho mejor condición, que la carnal: porque cuanto una mujer ha parido más hijos, tanto más se marchita su hermosura, y va perdiendo lo florido, y gracioso de su rostro, y últimamente cesa su fecundidad, y su hermosura. Pero la fecundidad espiritual hermosea al alma de manera, que cuantas más obras buenas hace, más graciosa es, y más admirable, y hermosa, y juntamente más regalada de Dios, y más fecunda, y poderosa para producir más heroicas obras de virtud, y frutos de santa vida, como lo prometió Dios por Isaías. Después de haber exhortado a hacer buenas obras, dice al alma que las hiciere: *(58, 8) Entonces brotará como la Aurora tu luz, y tu salud nacerá más presto, y delante de tu rostro irá la justicia, y la gloria del Señor te cogerá.* Luego añade: *Nacerá en tinieblas tu luz, y tus tinieblas serán como medio día, y el Señor te dará descanso siempre, e hinchará tu alma de resplandores, y librará tus huesos, y será como un huerto regado, y como una fuente de aguas, cuya corriente nunca faltará.* Porque cuanto más bien obra el alma, más fuerza tiene para mayores obras, y como fuente ella perenne las continúa, y es más visitada de Dios, como un huerto amenísimo, y su Paraíso de deleites. Con las cuales visitas, la hinche el Señor de luz, y levanta a un estado, y unión semejante a la gloria, que parece se le ha anticipado. Añade poco después el Profeta: *(Is. 58, 14) Entonces te deleitarás en el Señor y Yo te levantaré sobre las Altezas de la tierra.* Todo esto que promete Dios *a* las almas, que tienen hijos legítimos de su Gracia por santas obras, lo han experimentado muchos Santos. Y San Bernardo, Ricardo Victorino, y otros autores de Teología Mística, hablando del matrimonio espiritual, lo enseñan, y lo llaman algunos, unión de gozo, el cual suele ser tan grande, que parece revienta el corazón. Se hace esta unión entrándose el esposo, que es Dios, como ser infinito, e inmenso, en las potencias del alma, haciéndose *a* ellas presente, y comunicándose a sí mismo, como su propio objeto. Manifiéstese al entendimiento como una luz inmensa, y la voluntad le ama perfectísima, y estrechísimamente. Y como dice San Bernardo: (*Serm.* 31. *in Cantic. de Amore Dei.*) *Por especial prerrogativa, con íntimos afectos, y con las mismas médulas del corazón, recibe al Esposo venido del Cielo, teniendo ya a mano, a quien desea, no figurado, sino infuso; no aparente, sino eficiente.* Son grandes las maravillas que obra el Espíritu Santo con esta unión en las potencias del alma, a las cuales se une Dios; porque esto añade esta unión a la unión simple de la Gracia, que por la Gracia se une Dios al alma, no a sus potencias, con actual representación; pero por esta unión, que se merece después que largo tiempo ha sido el

alma fidelísima a su Esposo, y con grande fecundidad dándole frutos de santas obras, y siempre partos legítimos de su Gracia, se une Dios también a sus potencias. De manera, que baña a su entendimiento de una luz superior a todo sentido, y le eleva de manera, que propone a la voluntad presente su Esposo unido altísimamente, y la voluntad se une a él apretadísimamente en razón de sumo bien, y sumamente deleitable. De suerte, que por esta unión percibe, experimenta, y goza el alma, y todas sus potencias interiores, de la hermosura, bondad, y suavidad de su amado, quedando la misma alma más hermoseada, y graciosa, y adornada de todas virtudes, con aquel vestido de oro, que dijo David era bordado de varias labores. Entonces la requiebra amorosamente el Esposo, diciendo: *(Ct. 2, 14) Muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos, porque tu voz es dulce*, *y tu rostro hermoso.* ¡O alma mil veces bienaventurada, que aun viviendo en este destierro, puede alcanzar tales prendas de su Patria! ¡O alma mil veces dichosa, que llega a gustar casi del mismo plato de los bienaventurados! ¿Quién podrá explicar cuan íntimos son estos abrazos de Dios, cuan entrañado el afecto, y amor, que favores se reciben aquí? Aun los mismos que los sienten, no los pueden decir, porque ni los ojos vieron, ni los oídos escucharon lo que prepara, y hace Dios para quien con semejante lealtad le ama. San Efrén, que experimentó esta dulzura, y regalos de la Gracia, no acaba de engrandecerlos, y los compara a un Paraíso ameno, como hizo el Profeta: *En viniendo la Gracia* (dice este Santo) *toda mi amargura se endulza, porque la presencia de la Gracia, juntamente con la compunción del corazón, trae la dulzura*, *y tranquilidad del alma, Recrean las aguas de la Gracia Divina nuestros pechos*, *y el resplandor del Espíritu Santo*, *y hacen que el alma de repente se olvide de las cosas de la tierra, y deseos carnales, y dañosos. Regalan las aguas de la Divina Gracia mi entendimiento*, *y al alma. Es semejante la Gracia de Dios en nuestra alma, a un Paraíso, o Jardín Real, que está lleno de hermosos árboles, y sazonados frutos*, *que en el sabor*, *y olor*, *y suavidad*, *y hermosura, causan en todos los sentidos una admirable recreación y deleites: así también los frutos de la Gracia Divina nos dan grande dulzura, alegría, y resplandor. ¡O dichosa aquella alma, que resplandece con las obras de la Divina Gracia, se ilustra con sus rayos, gusta de su dulzura, y se baña toda de gozo con la suavidad, de su olor y de la contemplación! Otra vez repito: ¡O dichosa el alma, que está adornada con los dones de la Gracia de Dios! Esta tal alma nada considera de la tierra, pero toda está elevada en Dios*; *porque la Gracia*, *y suavidad del Esposo, no le permiten volverse a otra parle.* Todo esto es de San Efrén. Y no es mucho, que sea tan grande la dulzura de la Gracia, en los que con santas obras la conservan; porque si Dios puso gusto en todas las obras de la naturaleza, que son necesarias para conservarse como es en la comida, y generación: cómo había de faltar en poner gran gozo en las obras santas, y heroicas, ¿con qué se ha de conservar la Gracia? Antes cuanto va de obras a obras, y de la naturaleza, a la Gracia; tanto mayor dulzura, y suavidad, y gozo, y purísimo deleite pone en el alma santa, fecunda de santas obras. He querido advertir esto, para que vean las almas que están en Gracia, y por la Gracia son esposas de Jesús, lo que les regala aun en esta vida su Esposo querido, si le son fieles. Y que esta unión, y matrimonio espiritual con Dios, no carece de incomparables gustos, y celestiales deleites;

en comparación de los cuales son hieles todas las dulzuras de la tierra, y tormentos sus contentos; pero a esto no llegará el alma, que fuere remisa en el servicio de su Esposo, y que diere lugar a poner su afición en otra cosa, porque es celosísimo Dios, él solo quiere ser amado, como él solo lo merece: él solo debe ser servido. Conozca el alma sus obligaciones, y a lo que debe aspirar. Ha de unirse con Dios, con todo lo que es, y vale, con toda su sustancia, y con todos sus accidentes, y potencias. A Dios vea su entendimiento, a Dios conserve su memoria, a Dios quiera su voluntad, a Dios tenga en lo ínfimo de su esencia.

CAPÍTULO XII. De qué manera alcanza el sumo Principado, y Reino de todas las cosas, quien está en Gracia, y del derecho que por ella adquiere al señorío del mundo.

I.

De las grandezas, que hasta aquí se han dicho de la Gracia, sacan algunos Doctores una muy notable, y es, que sublima al que la tiene a la monarquía del mundo, y señorío de todas las cosas. Y parece que bastaba para esto, que la Gracia hace al alma esposa de Dios y así le dará señorío de todo cuanto Dios tiene, como dijo Filipo Abad. Porque la doncella que se casa con un Rey, es señora también, y Reina de todas sus Provincias. Por lo cual considera este Doctor, que en el libro de los Cantares, donde se hablan el Esposo, y la Esposa, usan de la palabra *Nuestra;* no dice el Esposo, tierra mía, sino nuestra, porque por el derecho de este divino matrimonio se hace el Alma Santa señora de la tierra, porque lo es Dios. En otra parte, tampoco dice el Esposo mi viña, sino nuestra viña: *Gocemos* (dice este Abad) *que todas las cosas de Dios nos son comunes*, *lo cual pide el derecho de los desposorios.* Con todo eso, no es este título solo, ni el más riguroso, porque por otros muchos parece se concede al que está en Gracia el Principado del mundo, como luego veremos. Porque primero quiero advertir, cuanto fundamento puede tener esto, que parecerá a muchos nuevo, y no lo es para muchos Doctores, que lo coligen de la Sagrada Escritura, y ellos con gravísimos testimonios lo autorizan. El cual señorío es de mayor gloria, y excelencia, que el que tienen los mayores Emperadores, y Reyes en sus Provincias, cuyos dominios políticos no impiden el señorío excelentísimo, y universal de los justos, como tampoco impiden al Señorío de Cristo, y de su Madre sobre todas las cosas. Y así como Cristo nuestro Redentor es Rey de todo el Universo verdaderísimamente, así también los que están en Gracia tienen un Principado muy excelente de todas las cosas, que es una rara excelencia, y dignidad de la Gracia. Gerson disputa más rigurosa, y particularmente este punto en un docto discurso, que hizo del dominio Evangélico. (*Tom.* 2. *serm. de Domin. Evang.*) Y considerándolo escolásticamente, prueba como los que están en Gracia tienen por muchos títulos la Monarquía de todas las cosas, y Principado del Universo: y después de haber advertido que dice cosas fundados, y sólidas, concluye diciendo: *El señorío, que nace del título de estar en Gracia, es más hermoso, más fecundo, más divino, que aquel que nace de derecho civil, o justicia política.* Después dice: *El Principado Monárquico, que nace del título de estar en Gracia, fue restituido por la Pasión de Cristo, más extendida, y copiosamente, que fue antes del pecado.* Y reprendiendo luego a los pecadores añade: *Arrojan lejos de sí al título de la Gracia, excelentísimo y provechosísimo: el cual, en teniéndole, se nos ponen en las manos todas las cosas.* Habla este Doctor tan rigurosamente, que preguntando este caso, si dos hombres estuviesen muriéndose de hambre, el uno sin Gracia, y el otro con ella, y no hubiese sino un pan para uno solo, y el que estaba sin Gracia fuese dueño de él, por el título del dominio civil, mas el otro solo

tuviese el título de Gracia, ¿quién había de comerse aquel pan? Y responde, que parece que el justo, por el título de Gracia, por el cual ganó, y fundó para sí más verdadero derecho, y más agradable a Dios. Pero esta cuestión no toca a mi propósito, ni la conclusión es cierta, ni es necesaria para el Principado de excelencia, y de muy diverso género, que tienen los que están en Gracia. Ni el justo, sabiendo que estaba en Gracia, quisiera comer de aquel pan, aunque fuera suyo, sino que comiese el otro, porque no se condenase su prójimo, muriendo en pecado mortal. Si bien mirada la dignidad de las personas, no merecía que sirviese aquel pan sino al justo, como hijo de Dios, que es Señor de todo, y de cualquier manera había de ceder en provecho, y uso del que está en Gracia, aunque no le comiese: porque es su señorío sobre todas las cosas de tal género, que todas las cosas le han de servir siempre, sino queda por él. De suerte, que nada se le puede escapar, ni salir de las manos, ni de su servicio, como Príncipe, y Rey, por lo menos en cuanto tiene el buen uso, y legítimo de todo, que le sirve, y ayuda a su salud eterna. Añade también, y exclama el mismo Gerson: *(Col.* 585. *post med.) ¿Qué cosa más admirable, qué cosa más gustosa se puede oír, que saber, que cualquier fiel que está en Gracia, es como Cristo, Monarca de todas las cosas? Abrid los oídos (hermanos muy amados) alégrese vuestro rostro, serenense vuestros ojos, todo afecto del corazón se alboroce*, *resuenen acciones de Gracias: la boca, la lengua, el entendimiento, el sentido, el vigor del alma entonen alabanzas a Dios y bendiciones y júbilo. ¿Qué modo, y que novedad de gozos tan grandes? Grandísimos por cierto, excelentes cosas, y muy señaladas son estas, no se puede desear más: porque no por un título, sino por tres doblados, es el cristiano Monarca. Al cristiano entregan todas las cosas en sus manos. Lícito es decir, que el cristiano es poderosísimo, yo no tengo empacho de decir, que es Omnipotentísimo: y acúsenme de blasfemo, sino confesó esto de sí el apóstol, siendo semejante a nosotros, cuando dijo (Flp. 4, 13): Todas las cosas puedo en aquel que me conforta. San Bernardo lo declara, diciendo: Omnipotente soy. Y si es poco la autoridad del apóstol, baste la de Cristo, que dice: Al que cree, nada le es imposible. Si con todo eso dudare alguno de lo que decimos, pareciéndole, que hablamos sin fundamento, y que fingimos lo que queremos, acerca de este señorío del universo, oiga lo que escribe el apóstol a los Romanos: (Rm. 8, 32) El que no perdonó a su propio hijo, sino que le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dio también con él todas las cosas? Ves como aquí tienes, oh alma fiel a Jesucristo, un claro testimonio del apóstol, y aun probanza de que entregó el Padre Eterno todas las cosas en tus manos. Del cual Padre, escribiendo el mismo San Pablo a Timoteo, dice, que nos da abundantemente a gozar todas las cosas. No calló este dominio San Gerónimo, escribiendo a Paulino*, *donde dice*: *Todo el mundo de riquezas es del que cree.* Todo esto es de Gerson. Y lo mismo confirman fuera de él San Gerónimo, Clemente Alejandrino, San Ambrosio, Filipo Abad, San Anselmo, y otros Padres. Y no sin misterio se llaman en la Sagrada Escritura los justos, Reyes: y así, donde dijo el Evangelista San Mateo, que muchos Profetas y justos habían deseado ver a Cristo: San Lucas dijo, que muchos Profetas, y Reyes, como notó Beda, llamando Reyes a los que otro Evangelista llamó justos; y es, porque los que están en Gracia son Reyes, y más que Reyes, por el

Principado dilatadísimo, y universal, que tienen de todas las cosas. Por eso se honra Dios tanto, llamándose Rey de Reyes, y Señor de los Señores; esto es, de los justos, que son Reyes, y Señores del mundo. Porque esta grandeza de los imperios, y reinos, que pueden tener hombres pecadores, no es cosa digna que se haga caso de ella. Por la misma razón se llama la Gracia, Reino: porque es el título con que son Reyes los que la tienen. El mismo Salvador del mundo dijo, que buscásemos el Reino de Dios y su justicia, y que con ella se nos darían todas las demás cosas. La justicia del Reino de Dios es la Gracia, como dice Gerson, porque ella da derecho, y justicia para el Reino, y Monarquía de todas las cosas. Verdaderamente, la liberalidad del Creador debía vencer por obra al pensamiento de todas las creaturas. Y si el demonio, porque le adorasen, prometió todas las cosas, convenía a aquella infinita bondad, que diese todas las cosas a quien le adora, y sirve como el justo. (a) El apóstol San Pablo, hablando de parte de Dios a los que son de Cristo, por estar en Gracia les dice absolutamente: Todas las cosas son vuestras. Lo cual se debe entender en el sentido, que después declararemos, salvando su dominio civil, propio, y particular de cada uno; no en el mal sentido de Juan Uviclef, y de otros.

II.

Pero qué mucho sean todas las cosas de los que están en Gracia, por privilegio de Dios, y por la Naturaleza Divina, que participan, si los Filósofos dijeron lo mismo, por la naturaleza de la virtud de todos los que vivían conforme a razón, a los cuales llamaban Sabios. De estos afirmaban, como escribe Laercio, que eran suyas todas las cosas, que solos ellos eran ricos, que de todas las cosas de los demás eran Señores, que tenían total potestad en ellas. Y Seneca dice: *Cosa es de grande ánimo; cuando dieres la vuelta con el pensamiento por el Oriente, y Occidente, cuando vieres tantos animales, y tanta multitud de cosas, que produjo la naturaleza abundantísimamente, pronunciar esta voz propia de Dios: Todas las cosas son mías.* Con la luz de la razón tuvieron los Estoicos tan alto sentimiento, de la virtud natural, que juzgaron que hacía a los hombres virtuosos, Señores del Universo: y así debían, que eran los verdaderos Reyes, como escriben Laercio, Plutarco, y Clemente Alejandrino. Y hablando Tulio del Sabio dice: *Con más razón se llamará Rey, que Tarquín no,* el cual fue Rey de Roma. Y Filón dice: *Como el Gobernador, en la Nave, el Magistrado en la Ciudad, el Emperador en el Ejército, el ánima en el cuerpo, y el entendimiento en el alma; así también en realidad de verdad, es el Príncipe en el género humano el Sabio.* Seneca, declarando como se compadecía el señorío del Sabio en todas las cosas, teniendo ellas otros dueños particulares, lo declara con el ejemplo del Rey: *No es impedimento* (dice este Filósofo) que *sea alguna cosa del sabio, y juntamente de aquel particular a quien se dio, y aplicó: porque por Derecho Civil todas las cosas son del Rey, y con todo eso aquellas cosas, cuya posesión universal pertenece al Rey, se dividen, y aplican a particulares dueños. Al Rey pertenece el poderío, y a cada uno el dominio.* Con esto declara, como

puede tener la virtud, la dignidad, y Monarquía de Rey, con el dominio de otros particulares.

Pues si la virtud natural puede sublimar tanto a los hombres, que se señoreen de todo: cuanto mejor lo hará la Gracia, que es la perfección, y vida de las virtudes, y trae consigo todas las sobrenaturales, que hacen incomparables ventajas a toda la virtud natural, que pudieron alcanzar los Filósofos. Y da muchos más, y mayores, y más verdaderos títulos y la legítima investidura para una excelente monarquía de todo el mundo. Las razones que dijeron los Estoicos, (Apul. *de Filoso.*) *y* Platónicos, porque el Sabio era rico, y tan rico, que tenía todas las cosas, son dos que dio Platón. La primera es, porque tiene las virtudes, las cuales son los más ricos tesoros, que hay, y una sola vale más, que todas las riquezas del mundo; porque como dice Tulio: (*Paradoxa ultima*) *Pues se ha de estimar por riquísimo cada uno, que poseyere lo que es de grandísima estima, ¿quién duda, sino que en la virtud están las riquezas? Porque ninguna posesión, ninguna abundancia de oro, y plata se ha de estimar más que la virtud.* Pues como ella vale más, que todos los haberes del mundo, que no tienen comparación con su excelencia, y el sabio tiene la virtud, viene a ser más rico, que si tuviera todas la riquezas de la tierra, y ser más que Rey, y como un Monarca de todo el Mundo. Y así dice Sexto Empírico: (*Sixtus Empyr. advenus Mathema.*) *El que posee aquellas cosas que son de grande estimación, y grande precio, es rico; pues la virtud, es de gran precio, y estima, y solo el sabio la posee, y así solo el sabio es rico.* Esta razón corre con más fuerza en la Gracia, porque si el precio solo de la virtud natural hace tan ricos a los hombres; las virtudes sobrenaturales, y la misma Gracia, ¿cuánto les enriquecerán? Mil veces vale más, que toda la naturaleza, un átomo solo de Gracia; y así mil veces es más quien está en Gracia, que el Emperador de todo el Mundo. Añádase a esto la segunda razón, que es porque el sabio sabe usar bien, y a provecho suyo, de todas las cosas, y así todas le sirven, con lo cual es señor de todo. Esto también tiene mejor lugar en el que está en Gracia; porque como dice la Escritura: A los amadores de Dios todas las cosas les ayudan al bien, todas se les convierten en bien, porque ellos solos pueden tener buen uso de las cosas, pues las usan para Dios, y Dios usa, y gobierna todas las cosas para su bien.

Estas razones de los Filósofos, con que afirmaban, que el sabio era Rey, y señor de todo, solo convencen, que es tanto como si tuviera todas las cosas en el buen uso de ellas, y que tiene mayores riquezas en solo la virtud, mas no prueban que es señor de todo lo demás. La Gracia sí, que da títulos mayores al que la tiene, para que se diga, y sea señor de todas las cosas, y que todo el mundo sea suyo. De manera, que no solo tiene el justo en la Gracia, y en la virtud mayores riquezas, que fueran la posesión de todo el mundo, aunque todo el fuese de oro, ni solo tiene el buen uso de todas las cosas; pero juntamente un género de dominio de grande excelencia sobre ellas. Y esto por muchos títulos.

III.

El primer título es, por ser verdaderamente Hijo de Dios, a quien el mismo Dios prohijó, y adoptó por Hijo querido, dándole derecho de herencia a su Reino, y toda su hacienda: y como Dios, es Señor, y Monarca de todo, así se comunica a su Hijo la dignidad de este señorío, y Monarquía sobre todo. A Dios llama Judith, Señor de la Tierra universal; y quien es su Hijo, será también Señor de toda la Tierra; porque lo que es del Padre es del Hijo, y este mucho más respecto de Dios, donde no es menester que muera el Padre para que herede el Hijo, sino que siendo el Padre Eterno, se da en tiempo la herencia al Hijo. Cristo Nuestro Redentor no dijo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos será el Reino de los Cielos, sino que de ellos es. Ni prometió solo el Señorío del Cielo en las Bienaventuranzas, sino también la posesión de la tierra. Dios es Señor de Cielo, y Tierra, y así sus hijos verdaderos serán señores del Cielo, y Tierra, Considerando esta potestad, y señorío de los justos, por ser hijos de Dios, que se consumará en el Cielo, dice San Anselmo: *Es tan grande esta honra*, *que no puede comprenderla ingenio humano. Pero pongamos ejemplo en un esclavo, a quien su señor quisiera honrar. Verdaderamente si algún Emperador*, *o Rey honrara a un esclavo de manera, que le diese libertad, y pusiese en orden, y estado igual con otros soldados nobles, se tendría este siervo por muy obligado a su Señor. Y si le sublimara a que fuese grande y príncipe en su reino, ¿con cuánto regocijo estuviera, y cuán grandemente amará a su señor? Por cuyo respeto todos se honrarán a aquel hombre, todos le servirían, por no enojar al señor*, *que así le quería honrar. Y si su amo le amase de tal manera, que le adoptase por hijo, e hiciese su heredero, ya sería el contento de este esclavo, después de tan notable honra*, *sin modo, ni medida. De aquí puedes entender, cuan admirable es aquella honra que hace Dios, que es Creador de todo, cuando a los que le sirven, no solo les concede*, *que vivan en eterna paz, ni solo les llamará amigos, sino que los hace hijos, y herederos de su Reino de los Cielos: ¿cómo se puede pensar cuanta honra recibirá de toda creatura aquel a quien el Dios de toda creatura le tendrá por amigo, e hijo? Toda creatura estará sujeta a él, lo cual será una grande, e incomparable honra. Será también la potestad de aquellos bienaventurados tanta, cuanta quisieren*; *porque todo lo que quisiere alguno de ellos que se haga, o en el Cielo, o en la Tierra*, *o en el Mar, o en el profundo del Infierno, o lo mandare, sin contradicción alguna se hará. Parecerá esto que decimos maravilla; pero si bien se considera donde están sublimados, y de que cuerpo seremos miembros, y que ninguna cosa faltará a los que le aman, no será increíble.* Todo esto es de San Anselmo, el cual añade luego: *esta potestad tendrán los Santos de Dios, porque poseerán todas las cosas con el Hijo de Dios.*

El segundo título es, por ser el alma que está en Gracia esposa de Dios, y hacerse un espíritu con él; porque como ya notamos, si el matrimonio humano, por hacer a dos una carne, comunica el señorío del uno al otro; de modo, que por casarse con una reina, es rey el marido: y al contrario la dignidad del esposo se comunica a la esposa ¿porque no había de tener el matrimonio espiritual de la Gracia semejante privilegio, pues por él se hace el hombre un espíritu con Dios, como dice San Pablo? Añade Gerson: *Si un*

espíritu también un Señor. Y como Dios es Señor de todas las cosas, también es Señor de todas las cosas quien está en Gracia. Y así Filipo Abad, ponderando aquellas palabras de los Cantares: *La voz de la tórtola se ha oído en nuestra tierra,* dice: *La que antiguamente, cuando pecó, se sujetó al señorío, y esclavitud de otro, usurpando otro nuevo Dios, y poseedor suyo, que era el demonio, ya después que nuevamente está inspirada del Espíritu Santo, y segura de los yerros pasados, con razón, y derecho se dice nuestra; porque ya la posesión es común de entrambos* (Esto es, del Esposo y de la Esposa) *no se ha de decir, que tienen cosa que no sea común, aquellos cuyo espíritu, y carne se ha hecho una cosa, sino que lo que es de la Esposa, eso lo toma el Esposo, porque tampoco lo que es suyo lo quiere retener como propio, sino que lo comunica al alma, para que se gocen de tener las cosas todas comunes, y así dijo: Padre nuestro que estás en los Cielos; como si dijera: Si al Padre que está en los Cielos no le llamo mío, sino nuestro, con razón, Esposa mía no digo tierra tuya, sino nuestra; porque te di, e hice participante de todas mis cosas, y así también tengo de participar de las tuyas.* Agregase a esto, que el alma no solo se hace un espíritu con Dios, sino un cuerpo, y una carne con Cristo, con unión mucho más estrecha que puede haber entre los hombres; y así, si el matrimonio humano, por hacer a dos una carne con menos estrechura, les da un mismo señorío; el matrimonio Divino, pues hace un mismo espíritu, y una carne, con vínculo más estrecho, debe tener la misma virtud. Por lo cual Arnulfo Lexoviense absolutamente infiere, que si Cristo Esposo es Señor, que la Esposa ha de ser Señora.

El tercer título es, porque el hombre que está en Gracia, es el fin de todas las cosas naturales, pues Dios para él las creó, y ordenó, no para el pecador. Este título de fin es tan considerable, que como notan algunos, el título de dominio, que Dios tiene en las creaturas, por ser el último fin de ellas, es el mayor que hay; y tal (dice un Doctor) que no es posible imaginarse mayor; porque aunque fingiésemos, que no dependía de Dios la creatura, como de su causa eficiente, o conservadora de su ser; con todo eso, en siendo Dios su último fin, tendría su autoridad, y potestad sobre ella: y esta autoridad de fin, es en alguna manera mayor, que la autoridad de causa eficiente: porque quien hace una cosa, se mueve a obrar por el fin, y la obra tiene su medida, y estimación del fin para que se hace, y así el fin es la primera de las causas, por cuya causa se hacen todas las cosas: y es una manera de entrega, y donación de ellas, a aquella cosa para la cual se hacen. Pues a este modo, por ser el hombre santo, el último fin creado de las demás cosas, es señor de las demás creaturas de todo el mundo por un modo admirable. Por lo cual, cuando usa de ellas el pecador, están violentas, y como injuriadas, y gimen (según dice la Escritura) y lamentan tu injuria, que vengarán el día del Juicio.

El cuarto título es, por ser el que está en Gracia amigo de Dios con todo rigor; porque entre los amigos todas las cosas son comunes: y como Dios es Señor de todo, el que es su verdadero amigo, es también señor de todo. Esto tiene lugar entre Dios y el hombre, mucho más que entre dos hombres: porque la amistad de los hombres solo puede llegar a unir las voluntades, no las personas; mas la amistad divina llega a unir a Dios con el hombre, entrándose Dios en el que es su amigo, y habitando en él,

entregando al hombre, por ser amigo suyo, no solo su afecto, sino su ser. La amistad humana, como no es tan fina, ni tan poderosa, une solo los accidentes, y esto solo moralmente y entrega entre los amigos solo las voluntades, y a estas une, no a las substancias de los amigos, que pueden estar muy lejos uno de otro: mas como en Dios, no haya accidente, sino todo es sustancia, y su amor sea el mismo Dios, y por otra parte su amistad sea finísima, y eficacísima, une no accidente, y entrega no accidente, sino su misma sustancia, y la Persona del Espíritu Santo: el cual no se aparta, ni puede apartar de quien está en Gracia. Y así como el que está en Gracia no solo tiene, por ser amigo de Dios, su amor, sino también al mismo Dios realmente; viene a ser, que tenga juntamente todo cuanto tiene Dios: y como Dios no haga *a* su amigo solo moral entrega de sí, sino real; viene a ser que la comunicación, de todas las cosas, y bienes de Dios, sea mayor, que la que puede haber entre otros amigos: porque es por entrega, y profesión real de la persona del Espíritu Santo. Por todo esto dijo Santa Ángela de Fulgino, que por la caridad, que es por donde se constituye la amistad de Dios, merece el alma heredar todos los bienes divinos. La misma Santa dice: *Mirad lo que dice Dios*: *Todas las cosas son tuyas. ¡O quien será el que merezca esto*, *que todos los bienes de Dios sean suyos! En realidad de verdad*, *no hay cosa, que lo merezca*, *sino la caridad.* Porque hace amigos de Dios.

El quinto título es la excelencia de la Gracia: porque el señorío natural, como dicen los Filósofos, se funda en la excelencia de las cosas: y como la Gracia exceda incomparablemente a la naturaleza, a ella se le debe el dominio de la naturaleza. De manera, que si todas las naturalezas hubiesen de elegir Rey, y Señor, y hubiese alguna creatura, que estuviese en Gracia, a esta se debía el mando, y señorío de todos, así por la excelencia del ser que tiene, como por la sabiduría sobrenatural que tendría, por lo menos de la virtud de fe. Todo el mundo debiera hincar la rodilla, y reverenciar, y sujetarse a un alma en Gracia. Agregase a esto la hermosura de la misma Gracia: porque si de una gran hermosura se dijo, que era digna del Imperio; la mayor hermosura de todas las del mundo, cual es la de la Gracia, será digna del Imperio y Monarquía del mundo.

Se puede juntar a todos estos títulos, el título de victoria; esto es, por ser el que ha alcanzado la Gracia vencedor del mundo y así adquiere señorío sobre él. Añado este título, porque para con algunos Doctores es de tanta consideración, que uno de los derechos porque Gerson, Lesio, y otros, atribuyen a Cristo el Señorío del mundo, es el de vencedor. Y San Pedro dijo: (2P. 2, 19) *De aquel por quien es uno vencido, es siervo suyo. Y* el Poeta cantó: *Al vencedor todas las cosas siguen.* Pues así como a Cristo, a título de vencedor, se le debe el señorío del mundo, y el Trono de su Imperio; a este modo, al que por alcanzar, y conservar la Gracia, venció al Mundo y Demonio, y Carne, y todas las cosas, parece se le debe el Trono, y señorío de todo. Por eso se le promete el mismo Cristo, cuando dijo en el Apocalipsis *(Ap. 3, 21) Al que venciere*, *le daré que se siente conmigo en mi Trono,* c*omo Yo, que también vencí y me senté con mi Padre en su propio Trono.* Este Trono de Cristo es de Majestad, *e* Imperio sobre todas las cosas, y eso mismo promete al cristiano que venciere. Otra vez dice: *(Ap. 2,*

26) El que venciere, y guardare hasta el fin mis obras, le daré poderío sobre las gentes, como Yo le recibí de mi Padre. Y porque este poderío, y Trono de tan gran Principado no se conoce en esta vida, dice en otra parte (Ap. 2, 17): *Al vencedor daré Maná escondido.* Con mucha razón se puede llamar Maná escondido este señorío: porque es escondido, pues no se hecha de ver. Y dícese Maná, porque es universal: porque así como el Maná era una comida general, que era todas las comidas, porque sabía a todo lo que uno quería: así era todos los sabores, por lo cual encerraba en sí todo sabor y todo manjar: así también esta suerte de señorío, que se da al que está en Gracia, es general, y universal de todas las cosas. De manera, que aunque por la naturaleza de la victoria no se debiese a los Santos el Trono, y Majestad sobre todas las cosas; por la promesa, y favor que Cristo les hace, se les daría.

Por tantos títulos como estos, se dice el que está en Gracia Señor, y Monarca del mundo, y tiene un excelente Principado de todas las cosas. Con tal autoridad, que todos los reinos del mundo le deben reverenciar, y toda la Majestad que se ve en los mayores monarcas, y reyes, es vileza, respecto de su grandeza, e imperio. Grande cosa es la Gracia, grande cosa es la Majestad, grande su Principado, universal su Monarquía. Sépase estimar, pero con humildad, quien ha llegado a esta honra, y todos los reinos del mundo estime menos, que la Gracia, pues con ella los tiene más excelente, y provechosamente. No es lo que digo encarecimiento, que no porque no lo vean los sentidos, es increíble. ¿Quién viera a Cristo pobre, y comiendo de limosna, y dijera, que era verdaderamente Señor, y Rey universal de todo? No lo dijera el sentido; pero díselo la fe, y es la verdad. ¿Quién viera a la Virgen Santísima no hallar posada en Belén, y darle con la puerta en los ojos, y dijera, que aquella humilde Doncellita era Reina Soberana de todas las creaturas, y tenía el imperio de Cielo, y Tierra, y cuantas creaturas hay en él? Los ojos no pudieran creerlo; pero la verdad no es lo que ellos juzgan. A este modo, aunque interiormente, tienen los que están en Gracia su Majestad y Monarquía escondida. Cosa es esta admirable, pero verdadera. Admirable es, que Lázaro mendigo, hambriento, llagado, y podridas sus carnes, fuese mayor monarca que Herodes, y que Tiberio Cesar. Mayor señor era que ellos, pero no se parecía: mas la verdad no está siempre a la vista. Gran cosa es la Gracia; pero es Maná escondido, no se conoce lo que es. Somos por ella hijos de Dios y con este fundamento se puede creer todo lo que de ella se dice. No se ha descubierto hasta ahora, como dice San Juan, lo que con ella seremos, ni lo que somos ahora. No se distinguen en la apariencia los reyes del mundo por la Gracia, de los esclavos del demonio por el pecado; pero hay entre unos, y otros mayor distancia, que hay del Cielo a la Tierra. Bien notó esto San Pablo, y así dijo: *(Gal. 4, 1) El heredero, todo el tiempo que es pequeño, no se distingue del esclavo aunque es señor de todas las cosas.* En esta vida somos pequeños, hasta que en la otra crezcamos en varones perfectos. Pequeñuelos somos aquí, y así no sabemos lo que nos tenemos con la Gracia: porque como un niño, heredero legítimo de un grande reino, que estuviese escondido, como le estuvo el Rey Joás, ni él conoce que es rey, ni lo saben otros; pero en realidad de verdad es rey, así los que están en Gracia, no saben en esta vida lo que se tienen, ni lo saben otros; pero en la verdad, Reyes son, Monarcas son del mundo, y

mayores señores, que Augusto Cesar, y Alejandro Magno. Todo el tiempo que anduvo Nabucodonosor por los campos, no sabía él que era el mayor Emperador del Mundo, ni otros que le encontrasen lo juzgaron, siendo, como era, el rey mayor, y más victorioso, y glorioso de la tierra, que dentro de poco tiempo se tornó a su grandeza. En el desierto de este mundo andan deslustrados los justos, y desfigurados de lo que son, nadie conoce su dignidad; pero en la verdad, Principado tienen de todas las cosas, y el dominio de excelencia en todo el mundo, al modo que Cristo, y su Santísima Madre le tienen, si bien con la misma excelencia, pero con mayor que todos los demás Señores, y Reyes del mundo, y de mayor honra.

IV.

No queremos igualar totalmente esta monarquía de los hijos adoptivos de Dios, con la calidad de Monarquía que tiene el Hijo natural Cristo Jesús; pero la preferimos a toda dignidad de cualquier monarquía civil. Ni es menor que los señores humanos, porque el justo no pueda destruir, ni consumir por su gusto las cosas de otros; pues tampoco los reyes pueden destruir las haciendas de sus vasallos, y con todo eso tienen la monarquía, y principado en su reino. Fuera de esto, muy mejoradas calidades tiene este dominio de la Gracia, que las del dominio civil, y político; porque este se introdujo por ocasión del pecado, y le fundaron hombres; pero aquel le fundó Dios y se reparó por la Sangre de Cristo, y antes fue concedido de Dios a Adán, cuando estaba en Gracia. Y así, si no hubiera habido pecado, vivieran los hombres como ángeles, con su dominio universal, y común, sin la introducción de varios, y particulares dominios, que después del pecado se empezaron, y así saben a la pega; porque como su fuente fue venenosa, traen consigo mucho de veneno. La raíz está corrompida, y así los frutos no salen sanos. La experiencia muestra cuantos pecados se hacen en la adquisición del dominio civil, en su posesión, en su disposición, en su administración, con tantos cuidados, afanes, pesadumbres, pleitos, desasosiegos, y peligros. De suerte, que como se introdujo con el pecado, ni le faltan pecados, ni las penas de los pecados. Al contrario es el señorío de la Gracia, puro, alegre, seguro, santo, suave, quieto: al fin fundado, y concedido por Dios a sus hijos queridos.

Otra condición muy mala del dominio civil es, ser grandemente estrecho, y limitado, que no se puede comunicar a muchos enteramente, de modo que una cosa tenga muchos dueños, ni su uso puede igualmente servir a muchos. Al contrario es el dominio de la Gracia, que es dilatadísimo, y comunicable a muchos, de modo, que por muchos que estén en Gracia, no se disminuye el dominio de cada uno, antes se dilata. Sabe este dominio a las cosas Espirituales, y Divinas, que son comunicables a muchos sin diminución, y siendo de cada uno, son de todos, sin hacerse daño unos a otros; como la gloria, que por más Bienaventurados que entren en el Cielo, no se disminuye en alguno. De esta manera, ni el dominio de la Gracia, ni el buen uso de él se disminuye, por más que estén en Gracia. Todos serán reyes, todos monarcas; porque es de esta calidad este

soberano dominio, que no se mengua con muchos señores; y lo que más es, que su uso se extiende a muchos, porque no es limitado a solo un modo su usufructo; porque las cosas no sirven a los Santos solo con su presencia, sino también con su ausencia; ni solo con su posesión, sino con su carencia, y privación. De un pan solo pueden usar muchos justos, aun no comiendo de él todos. Si dos justos estuviesen muriéndose de hambre, y el uno solo comiese del pan, que solo fue suficiente para escapar a uno de la muerte, y no bastaba a dos: en este caso, aunque uno solo comió del pan, entrambos a dos se sirvieron de él: a uno sirvió para la vida, a otro para la paciencia, aunque se le siguiese la muerte; porque la muerte también servirá al justo, y milita en su servicio, y es para bien suyo, y por ventura mayor, que al otro le fue el pan que comió, porque con eso se salva, y asegura su gloria. Y el dominio, y uso de las cosas, que tienen los que están en Gracia, no es para la vida temporal, sino para la eterna; y así no impide su dominio al uso, y derecho que tienen los señores particulares en sus dominios civiles: antes es tan noble el género de señorío de la Gracia, que no solo permite, que otros justos tengan igual señorío, sino que deja a los pecadores en el dominio civil que tienen, sin hacerles agravio en él. De esta manera se debe entender este señorío de la Gracia; porque los que dijeron, que la Gracia daba señorío civil, y político a los que la tenían de modo, que se le quitaba a los pecadores, los cuales, no quedaban propios dueños, y señores de sus cosas, erraron con Juan UvicIef, y no engrandecieron por eso a la Gracia.

También es grande falta del dominio civil estar pendiente de voluntad ajena, y poderse perder contra la voluntad de su señor; porque puede un enemigo destruir las cosas, que caen debajo de él. No es así en el dominio de la Gracia, porque así como a la Gracia nadie nos la puede quitar, tampoco el dominio, que ella causa, que aun de las cosas que se pierden, se sirve, y tiene uso de ellas, llevándolo en paciencia, y ofreciéndolo todo a Dios, dándole gracias, y sacando provecho para el alma. Además de esto, es mengua del dominio civil poderse privar uno de él: no pudiéndose comunicar a otro, sin que falte al que le comunica. De lo cual se sigue tanto trafago, y distracción en el mundo, de mercancías, intereses, contratos, tanto ruido de pleitos, y contiendas: al fin toda la avaricia. Pero en el dominio de la Gracia es todo lo contrario, porque tiene esta rara prerrogativa, que aunque se comuniquen sus bienes a otros, no se pierde nada: porque así como *Dios comunica su dominio* (dice Gerson) *sin perderle, ni apartarse de sí; así también se pueden complacer con un justo otros muchos señores, sin perder nada, antes extendiendo más su señorío: y así el justo no tiene necesidad de pleitear*, *ni de andar en Tribunales, por su dominio, porque sabe, que todas las cosas son suyas, en cualquier parte que las llevaren, y pusieren: puede apropiarse a sí el dicho de aquel Filósofo*, *que saliendo de una ciudad, que se quemaba, y no llevando cosa alguna consigo, decía: conmigo llevo todas mis cosas. Embravézcanse los tiranos, levántese la fortuna furiosa contra el cuerpo del justo*, *y sus bienes exteriores: ninguna cosa le quitarán, que no quede en su dominio, siéndole de provecho, sirviéndole aun en el estado de la naturaleza caída después del pecado; porque en el estado de la integridad de la naturaleza, o cuando esté en el Cielo glorificada no hay donde.* Todo esto es de Gerson, el cual añado luego: *Mucho más, sin comparación alguna, adquiere la caridad*

liberal, dando, y comunicando, la mezquina y avarienta tenacidad, reservando, y apropiando todo a sí. Con verdad, y Filosofía dijo S. Gerónimo de la avaricia, escribiendo a Paulino, que tanto le falta lo que tiene, como lo que no tiene: al contrario de la caridad del justo, que tanto tiene lo que dio, como lo que posee. Fuera de esto, es grandísima excelencia del dominio de la Gracia, que recibe el justo más copioso, y más suave fruto de las riquezas ajenas, por el dominio civil, que el mismo que las posee, y ama. Esto consideraba el Sabio cuando dijo: (Eccless. 5, 10) *El que ama las riquezas, no recibirá fruto de ellas;* porque el fruto de todas las cosas, ha de ser el bien del alma; y la salvación eterna, la seguridad, y el contento del corazón. Pues estos frutos más los coge el justo, despreciando las riquezas, que los que las tienen en propiedad política por Derecho Civil. Todo esto es confusión del avariento, y envidioso; aquel neciesísimo, y este cruelísimo: ¿qué mayor necedad que la de la avaricia que quiere tener sola lo que puede ser común, y por apropiarse a sí las cosas, las pierde de suerte, que ni tenga lo que le sobra, ni lo que le falta, y por tener más pierde todo, pudiendo tener todo, con no querer nada, sino la Gracia de Dios? ¿Y qué mayor inhumanidad, que la del envidioso, que sus mismos bienes, *o* que puede hacer suyos, los aborrece por estar en otro?

Conozcamos esta excelencia de la Monarquía de la Gracia, y conozcamos las excelencias de su dominio. Rico es quien la tiene, Rey, y señor de todo: al contrario, quien carece de ella, pobre es, y miserable esclavo: ¿quién más pobre, que el que no tiene cosa que le aproveche, porque todo se le convierte en mal? Y pues que no sirve con sus bienes al Creador, no tiene bienes, ni justa posesión aun de su hacienda. Por lo cual dice Guillermo Parisiense: *(Tract. De meritis., col. 1) Aquello solamente poseemos con justo título, que totalmente Dios posee en nosotros; esto es, aquello con que totalmente le servimos porque de otra manera, no solo usurpadores, sino ladrones* so*mos*; *porque en ninguna cosa tenemos algún derecho, sino es en aquello con que le servimos*, *y en cuanto le servimos con ello. Esta es la compañía que hay entre Dios, y nosotros, para que todo sea suyo, y todo nuestro.* Y así, el pecador que usa mal de las cosas, no tendrá cosa, es pobre, es miserable, es esclavo de muchos amos, de la culpa, de la pena, del demonio, de su apetito, de sus pasiones, de la muerte eterna, y temporal.

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO. Cómo la Gracia es causa, que tenga el alma la Caridad Divina, y cuán incomparable es este bien.

I.

La unión, que causa la Gracia entre el hombre y Dios, no es solo por razón de su esencia tan admirable y divina, ni solo por traer al alma la persona del Espíritu Santo, sino también por razón del amor del hombre a Dios, porque el amor es grandemente unitivo; y así, no había de faltar en esto la gracia, para que por beneficio suyo nos uniéramos de todas maneras con la suma hermosura, y bondad del Creador; y por eso es causa de la caridad, por la cual se une afectuosamente el hombre con Dios. Porque es de tantos modos excelente, y divina la Gracia, que pide su grandeza, que junto con ella, se infunda la caridad, y la acompañe la Reina de todas las Virtudes humanas, y divinas. ¿Qué hermoso será el árbol, que tales frutos produce? Y ¿qué nobilísima la esencia, que tales propiedades pide? Porque como la Gracia sirva al justo como la naturaleza sobrenatural, levantándole a un ser Divino; así trae consigo propiedades, excelentísimas, y competentes a su perfección, y la principal es la caridad: al modo que la naturaleza del alma pide sus propiedades convenientes a su ser. Y así dice Santo Tomás: (Opusc. De dilect. Dei. C. 6 in fin)) *Como la voluntad procede de la sustancia del alma*, *así procede la caridad de la Gracia*, *como también otras virtudes sobrenaturales de las otras potencias*, *vienen de la Gracia; pero todas sin la caridad son informes*, *y sin la Gracia no pueden estar. Y en influyendo Dios su forma, y esencia*, *y la Gracia en la sustancia del alma*, *se influye también el hábito de caridad en la potencia de la voluntad.* Porque así como la naturaleza de las demás cosas, es principio de algún movimiento ordenado a la perfección suya, y para esto pide, *o* según su perfección, sus facultades, propiedades, y potencias; como la naturaleza del fuego es principio de la acción con que abrasa, y quema, y para esto pide tener la calidad del calor: así la Gracia, que es como una nueva sobrenatural naturaleza, y Divina forma, que, recibe el hombre, y con ella un nuevo y Divino Ser, debe también ser primer principio de algún movimiento, y acción divina: y no la hay más divina, que el amor de Dios. Para esto es necesario acompañe a la Gracia una divinísima facultad con que el hombre pueda tener este divino movimiento, que mira a Dios inmediatamente: la cual facultad es el hábito de caridad, que adorna, y eleva nuestra voluntad para amar a Dios. Y con esto se perfecciona más el alma, uniéndose por sus potencias, y afectos con su Creador. Con lo cual se cumple, y consuma aquel divino círculo de amor, tan celebrado de S. Dionisio Areopagita. *(Cap.* 4. *de Divin. Nom.)* Enseña este Seráfico Doctor, que el amor de Dios es un sempiterno círculo, que procede del Sumo Bien, y con una conversión indeclinable, viene a parar, y terminarse en el mismo Sumo Bien. Porque por ser Dios infinitamente bueno, ama a las creaturas, y singularísimamente a las racionales justas, con amor riguroso, y de finísima amistad, haciéndolas con este amor hermosísimas, santas, y divinas, por razón de la Gracia, que les infunde, y con eso las hace amabilísimas, y agradables en su divino acatamiento.

Hasta aquí es el progreso del amor de Dios por su suma bondad; conviene a saber, hasta causar la Gracia en la creatura, por lo cual se hace el alma objeto, y término a que mira el amor de Dios, de amistad verdadera; y es como la mitad del círculo. Pero desde la misma Gracia comienza la conversión, y la otra mitad del círculo del amor de Dios, con que se vuelve al mismo punto de donde salió, y reduce a su mismo principio, que es la Suma Bondad de Dios; porque infundida la Gracia en el alma, resulta de ella la caridad, que inseparablemente la acompaña, con la cual la creatura ama a Dios, por ser infinitamente bueno y se convierte a su Creador, apreciándole sobre todo lo amable, y hermoso del mundo. Con lo cual se cumple la otra mitad del círculo perfectísimo de amor de Dios, saliendo por él Dios en sus obras a las creaturas, y volviendo por él las creaturas al misino Dios, procediendo por su bondad a las creaturas, y reduciendo a sí las creaturas, por su misma bondad; porque la misma bondad infinita del Creador, que fue causa que produjese, y amase a sus creaturas, esa es causa que las creaturas se vayan a él, y le amen fidelísimamente. De manera, que la Gracia es el término de donde revuelve el círculo de amor, y se da principio a la divina conversión, y reducimiento de las creaturas a Dios; porque así como la Naturaleza Divina, por ser infinitamente buena, es causa de su amor infinito: así la Gracia por ser participación de la Naturaleza Divina, lo es de la bondad infinita: y por eso ha de ser también principio de un excesivo, y sobrenatural amor de Dios. Y como del amor infinito de Dios se colige ser su bondad, y grandeza infinita; así de la grandeza de la caridad se puede colegir la grandeza de la Gracia, que da tal fruto.

II.

Pero ¿quién podrá declarar cuan inmenso bien, y grandeza sea la caridad, y cuanto se levante sobre todo otro bien de la tierra, y aun dones del Cielo? San Agustín dice: *(Epist. 106) La caridad es tan grande don de Dios*, *que se llama Dios.* No supo el Santo que decir menos, si se había de decir cosa digna de la caridad; porque cualquier otro encarecimiento le pareció desigual. También al Maestro de las Sentencias le pareció tal este don Divino, que juzgó no podía ser menos, que la misma Persona del Espíritu Santo: y que no había otro hábito de caridad más que esta Divina Persona, por ser tan notables sus bienes, y efectos, que le pareció no podían estar, ni proceder de don alguno creado, sino de increado. Y aunque con razón le refuta Santo Tomás, nació este enredo de la grande estima que merece esta virtud. El angélico Doctor con más acierto dice, que aunque no es el mismo Dios, ni es infinita la caridad, hace efecto infinito, juntando al alma con Dios; porque levanta, y allega el alma a lo infinito, siendo ella finita, y limitada. ¿Qué dijéramos de la grandeza de aquella fuerza, que a un peñasco, que pesase muchos millones de quintales, o un monte que fuese mayor que los Alpes, y Pirineos, en un instante lo levantase hasta donde está el cielo del sol, y lo encajase todo en medio del cuerpo lucidísimo del mismo sol, para que resplandeciese como la luz de sus rayos? Fuera menester para esto una virtud inmensa; pero mayor es la fuerza de la caridad, la

cual al peso de la voluntad humana, que es su amor, inclinado a las cosas de la tierra lo levanta sobre el sol, y las estrellas, y sobre el mismo firmamento, y traspasado a todo lo creado posible, e imaginable llega hasta el Creador, y une con él a la creatura racional, ilustrándola, y hermoseándola con una claridad divina. Esto es cosa incomparablemente mayor, que levantar toda la redondez de la tierra sobre la cumbre de los cielos; porque toda esta distancia no es infinita, mas la distancia que hay de lo natural a lo Divino, de la creatura al Creador, es exceso infinito y así la fuerza de la caridad se puede llamar, en cierto modo, infinita, y con ella se fortalece, y eleva la voluntad humana, para la mayor obra que puede hacer creatura. Porque si le dado a un hombre el fabricar cielos, y tierra, el resucitar muertos, el poder hacer cuanto quisiera de toda la naturaleza, no hiciera obra mejor, que un acto de caridad: porque la caridad excede, no solo a toda potencia de las cosas naturales; pero a todas las potencias, y virtudes sobrenaturales, y a todos los dones, y gracias, que reparte el Espíritu Santo, con tan notable exceso, que todos los dones del mismo Espíritu, y gracias gratis dadas, aunque sean de profecía, y lenguas, y milagros, comparándose con la caridad, son como nada. Y lo que más es, miradas absolutamente en sí, si no las acompaña la caridad, son también como la misma nada, para salvarse uno. No digo en esto encarecimiento alguno, sino verdad de Fe, y lo mismo que el apóstol San Pablo, inspirado, y enseñado del Espíritu Santo, el cual dice esta notable sentencia: *(1Co. 13, 1) Si tuviera tal don de lenguas, que hablara todas las lenguas de los hombres, y no solo las de los hombres*, *sino las de los Ángeles*; *sino tengo caridad, no seré más que la lengua de un cencerro, que hace ruido, o el retintín de una campana.* Y si tuviera tales dones de profecía, y ciencia, que alcanzara todos los Misterios Divinos, excediendo en este don a Isaías, a David, y Daniel: y aunque tuviera fe, no solo la Teologal, sino aquella con que se hacen los milagros, y tuviera tal don de milagros, que traspasara los montes de una parte a otra, y no tuviese caridad, nada soy: porque todas estas cosas, sin caridad, nada son, en cuanto sin ella no pueden aprovechar para agradar a Dios, y salvarse uno. Luego añade, lo que pone más admiración: Aunque fuera el más limosnero del mundo, de modo, que distribuyese toda mi hacienda, y cuanto tengo, aunque fueran reinos enteros, para sustentar pobres: y lo que más es, aunque me dejase quemar vivo: si acaso esto lo hiciera sin caridad, nada me aprovechará: como no aprovechó a Salpricio el ofrecerse al martirio y ser llevado a morir por Jesucristo, por faltarle caridad, no queriendo perdonar a San Nicéforo. *(In Vita S. Nicephor.)* De manera, que no solo los dones de Dios, como quiera, si no las obras de suyo virtuosas, sin caridad, son como si no fuesen, para salvarse el alma. Yo no sé cómo se puede declarar más vivamente lo que es esta caridad, que con la Gracia granjeamos: pues respecto de ella, no solo son nada todos los bienes de la tierra, sino los dones tan grandes, que vienen del Cielo. No solo excede a las cosas naturales, sino a tantos favores, aunque sean sobrenaturales.

Fuera de no ser de valor don alguno, ni virtud hecha sin caridad para merecer la gloria: la misma caridad da valor, y vida a las demás virtudes, y ella sola vale por todas; y donde está ella en su punto, están las demás. Por eso la llamó San Pablo, vínculo de la perfección. Y Santo Tomás dijo, que era forma de todas las virtudes, porque ella les da

vida, valor, y mérito de vida eterna: ¿qué mayor eficacia que esta, que siendo una virtud la caridad, valga por todas las virtudes, y que todas las virtudes sin ella estén muertas, y ella dé vida a todas? Por lo cual San Pablo atribuye a la caridad todas las obras virtuosas; y así dice, que la caridad es paciente, porque ella vale por la paciencia, y a la misma paciencia da forma, y vida. La caridad es benigna, porque ella vale por la benignidad, y da a la misma benignidad forma, y vida. La caridad no tiene emulación, porque vale por la concordia, y da a la misma concordia forma, y vida. La caridad no hace mal a persona nacida, porque vale por la justicia, y da a la misma justicia vida. La caridad no se hincha vanamente, porque vale por la humildad, y da a la misma humildad vida. La caridad no es ambiciosa, porque vale por la modestia, y da a la misma modestia vida. La caridad no se irrita, ni enoja, porque vale por la mansedumbre, y da a la misma mansedumbre vida. Lo mismo es de las demás virtudes, cuya Reina, y vida, y forma, y alma, y fin, es la caridad.

Además de esto, así como la caridad da vida a todas las virtudes, así también mata, y consume todos los pecados. ¿Qué mayor eficacia que la de esta virtud, que expelió siete demonios de la Magdalena? Esto es, toda la multitud de pecados que tenía; la cual, porque tuvo caridad, oyó de la boca del Salvador, que le fueron perdonados todos. ¿Qué mayor maravilla, que aquella mujer pecadora, y escándalo de su ciudad, en un momento de una sentina abominable de vicios, se hiciese por la caridad Templo del Espíritu Santo? Tanta es la eficacia de esta virtud contra los pecados, que si un hombre solo tuviera cuantos pecados mortales hicieron Caín, Judas, Arrio, Nestorio, Mahoma, Lutero, Calvino, Nerón, y hará el Anticristo, y cuantos se han hecho por hombres, y ángeles, desde que Dios creó el mundo, y se harán hasta que se acabe: una sola gota de verdadera caridad los anegará a todos: una sola centella de amor de Dios los consumiera, y quedara aquel hombre, de maldito, bendito, y de pecador, santo. ¿Qué género de fuego sería aquel que con una sola chispa consumiese cuanta agua tiene el océano? Mayor virtud es la del fuego de amor de Dios, que consumiría todos los pecados del mundo, si un hombre solo los tuviera. Por todo esto antepone el apóstol la caridad al apostolado, y profecía, y don de milagros, y a toda virtud, y a cuantos dones Dios puede dar, después de la Gracia. Y conforme a esta doctrina del apóstol, dice San Laurencio Justiniano: *La caridad es la más gloriosa de todas las virtudes, y por su dignidad se compara al aceite, que siempre está superior a los demás licores. Y lo mismo hace la caridad con las demás virtudes, porque si sufriésemos martirio sin caridad, y diésemos toda nuestra hacienda*, *hasta ser forzoso pedir de puerta en puerta*, *no tanto se debería premio a esta obra, cuanto pena*, *y más tormentos por la perfidia, que corona por la victoria.* Esto se entiende, cuando se hiciese por fin contrario a la caridad. *Comparase también al oro entre los metales, porque las obras aunque sean en su género buenas*, *son de plomo, y de ningún valor para el mérito de gloria sin caridad: porque no aumenta el merecimiento la multitud de obras, ni la duración de ellas, sino la caridad, que es de oro; esto es, sin el hábito de caridad. Quien tiene caridad en sus costumbres este goza de cuanto está en los Sagrados Libros claramente escrito, o en misterio escondido. De ella se dice en el Apocalipsis: Yo te persuado, que compres de mi oro*

flamante, y probado, para que te hagas rico. Compárese también por su excelencia la caridad al fuego, del cual dijo el Señor: Fuego vine a arrojar en la tierra; y que quiero sino que arda. Y con razón se compara al fuego: *porque así como el fuego, con gran eficacia vuelve al hierro en una brasa*; *así la caridad enciende el alma, que posee, y la hace un fuego: porque el alma que hubiere una vez impresionado la caridad, no es señora de sí, por no ofender a Dios: teme aun lo que no sabe, duélase aun de lo que no importa, solicitase aún más de lo que quiere, aun no queriéndose compadecer, y sin querer, tiene misericordia. El fuego también nunca está ocioso*; *tampoco la caridad: porque el amor de Dios nunca está parado mano sobre mano. Si le hay obra grandes cosas. Si no las quiera obrar, no hay amor. El fuego hecha resplandores, también la caridad, porque no resplandecerá el alma con los rayos de la hermosura eterna, sino fuere abrasada en la oficina de la caridad. El fuego vuelve las cosas en polvo, y ceniza, lo mismo hace la caridad. Y así dijo Abrahán: Hablaré a mi Señor*, *aunque sea polvo y ceniza. El fuego sube a lo alto, lo mismo tiene la caridad. Y* así dijo San Pablo: *Deseo ser desatado, y estar con Cristo. Estaba el apóstol lleno de caridad. Esto tiene la caridad santa, e impaciente, que cree siempre que ve, y halla a quien desea. No sabe pensar en otra cosa, sino en su amado, y así se sube al Cielo, donde conoce está su amor. El fuego es consumidor, también la caridad; porque con tan gran fuego se consume el orín del pecado, con cuanto fuego de caridad se abrasare el corazón del pecador. También se compara la caridad a una madre, cuyo afecto es más eficaz, y oficioso*: *así la caridad es madre de todas las virtudes.* Luego añade: *La Caridad, por su excelencia*, *se cuenta la primera entre los Frutos del Espíritu Santo, como lo dice el apóstol: Porque ¿qué otra virtud había de tener el primado entre los Frutos del Espíritu Santo, sino la Caridad, sin la cual las demás virtudes no se reputan por virtudes? Porque antes que esté ella en el alma, ningún fruto es agradable*; *pero donde está la caridad, allí hay mucho fruto.*

III.

La causa de tantas maravillas de la caridad, no es porque ella es el mismo Espíritu Santo, como se engañó el Maestro de las Sentencias, sino porque es una divinísima participación del Espíritu Santo, como enseña Santo Tomás (S Thom. Art. 3, ad. 3). Por lo cual Dionisio Cartusiano (Lib. De element. Theolog. Propositio 152) la llamó: *Preciosísimo bálsamo de la divinidad*, *y sobrenatural semejanza del Espíritu Santo.* Porque así como la Gracia es participación de la Naturaleza Divina, que es el mismo Dios; así la caridad es participación del amor divino, que es el Espíritu Santo. Y así, como el amor divino procede de Dios; así la caridad procede de la Gracia: porque como es propio de la Naturaleza Divina tener amor; así lo es de la Gracia la caridad: cuyo hábito es una excelentísima potencia debida a la Gracia; como una nueva, y divina naturaleza del hombre justo, para obrar una acción y movimiento divino, proporcionado a su ser, y estado divino. Para que vea el cristiano, que se ha hecho en Cristo nueva

creatura, y nuevo hombre, habiéndose confesado devotamente, qué nuevas obligaciones tiene, y qué acciones debe tener competentes a su estado, no debe tener otro ímpetu, sino de caridad. Mire cómo se levanta de los pies del Sacerdote, habiendo recibido la Gracia, y con ella una nueva, y divina naturaleza. Ya no ha de tener otra acción más conveniente a su ser divino, sino amor de Dios. Para eso le infunden, junto con la Gracia, la caridad, y le habilitan para tan alta obra. No deje estar ociosa virtud tan eficaz, y fuerza tan poderosa. Ya amor del mundo se ha de acabar para él. Ya amor de sí mismo se ha de haber consumido. Ya deseo de la tierra ha de estar abrasado con el fuego de caridad: caridad solo ha de tener, caridad ha de ejercitar, caridad ha de desear, caridad ha de respirar, por caridad, y con caridad se ha de mover: porque así como es propio de las aves volar, de los peces nadar, de los animales crecer, de los elementos irse a su centro, de la tierra la gravedad, y del fuego la levedad; así es propio de la Gracia la caridad y con ella subir a lo alto, e irse a Dios, como su centro, uniéndose con él íntimamente.

¡O si los hombres no pusiesen estorbo a esta divina inclinación de la Gracia, qué fácil, y que suave les fuera el amor de Dios! Porque como dice Santo Tomás: (*Art.* 2. *in corpur.*) *Ninguna virtud tiene tanta inclinación a su acto, como la caridad y ninguna obra tan deleitablemente.* Por lo mismo dice S. Prospero *(Lib.* 3. *Vitae. Contemp. c.* 13*)* que la caridad es poderosísima entre todos los afectos, invencible en todas las cosas. Pues ¿cómo con tanta fuerza, inclinación, y suavidad de la caridad, sienten los hombres tanta dificultad, y molestia en las cosas del servicio divino, sino por los impedimentos que ponemos? Porque si desembarazáramos nuestra alma del amor propio, y deseos de las cosas de la tierra, luego sintiéramos la facilidad, y gusto de esta virtud divina. No hagamos violencia a tan noble, *y* fuerte inclinación, con los estorbos que le ponemos, y presto sentiremos, que no hay cosa más suave, ni de mayor deleite, que el amor de Dios. Estimemos mucho la caridad, y por ella perdamos todo; porque como dice el Espíritu Santo, si diere el hombre toda su hacienda, y sustancia por ella, no la estimará más, que la misma nada. No debe hacer uno más caso de todos los bienes del mundo, a trueque de conservar la caridad, que si no fuesen: porque la caridad es más preciosa, que todo lo precioso: más suave, que todo lo suave: más provechosa, que todo lo provechoso, si uno se aprovecha de ella. Demos los bienes de la tierra, demos los de la naturaleza, por los de Gracia, que nos dará el amor de Dios, demos lo que somos, demos nuestras entrañas, demos toda nuestra sustancia; porque no haya cosa, que impida el amor a Dios. Mucho impide el amor de las creaturas: arranquémosle de nuestro corazón; y si fuere menester, el mismo corazón. Avergoncémonos de lo que dice Seneca: *(Epist. 51 in fine) Arroja todo lo que hace pedazos tu corazón*, *y si no lo puedes sacar de otra manera, el mismo corazón has de arrancar.* El amor de la tierra despedaza nuestro corazón, para que enteramente no pueda amar al Señor del Cielo: sacarle del alma debemos, y si fuera menester, por sacarle, las telas del corazón, nos habíamos de arrancar. Solo el amor de Dios ha de quedar, y vivir en nosotros.

Teniendo, caudal tan grande, ¿por qué le dejamos parar? ¿Por qué dejamos estar baldía una facultad tan poderosa, como es la caridad? Con la cual podemos hacer mayores obras, que fabricar Cielo, y Tierra. A ¿quién no hiciera disonancia, si uno

supiese una facultad, o arte, con que pudiera enriquecerse, ennoblecerse, y honrarse, sin más trabajo, que querer, y lo dejara de hacer, teniendo sin uso alguno aquella tan admirable Gracia? ¿Quién, teniendo grandes riquezas, pudiendo doblarlas con toda seguridad, las dejara estar perdidas, como si no fuesen? Mayor sinrazón es, que quien está en Gracia, y tiene el hábito de caridad, deje de hacer muchos actos de amor de Dios, y obrar muchas obras virtuosas por el mismo Dios, con que se enriquece de merecimientos, y ennoblece más a su alma: ¿cómo deja estar baldía una facultad tan divina, y caudal tan soberano? ¿Con qué puede granjear inmensos tesoros en el Cielo? ¿Qué dijéramos de un hombre, que teniendo sus dos manos sanas, y enteras, nunca las usase, y por no moverlas, *se* dejara morir de hambre? ¿Qué tiene que ver con esto, tener la Gracia, y caridad, como si no la tuviese, sin tener movimiento propio, y digno de esta habilidad soberana? No es creíble la disonancia, que debe hacer a los ángeles, ver a uno que está en Gracia, y fortalecido con el hábito de caridad, que se le pase medio día sin hacer un acto de amor de Dios, haciendo ciento de amor propio; y estando ocupado en pensamientos de tierra, no levante algunas veces el corazón, y alma al Cielo. El servir, y amar a Dios deuda es de todos; pero muy especial obligación es de los que están en Gracia, así porque deben ser más agradecidos a su Divina Majestad por beneficio tan grande, y porque tienen ya potestad proporcionada, y poderosa para ello, como porque son amados de Dios, con amor de verdadera amistad: lo cual no hace con los que carecen de Gracia, por no ser amigos suyos. Y este infinito, y finísimo amor de Dios merece correspondencia. Por lo cual será mayor ingratitud del mundo, ser una creatura amada de Dios con tanta fineza, y extremo, y no pagarle este amor con amor. ¿Qué es esto? ¡Dios muriendo de amores por el alma que está en Gracia, (séame licito hablar así, pues verdaderamente murió por amor nuestro, y cuanto es por su caridad, ahora volviera a morir por nosotros, si fuera menester) y que haya alma, que antes quiera morir eternamente, que amar con fineza a su Amador! Por lo menos que se olvide de él, cuando ni una hora, ni un punto había de cesar de amarle, y adorarle, y más habiendo recibido esta sobrenatural facultad, y divina potencia del hábito de caridad, solo para que paguemos el amor de nuestro Creador, y consumemos el preciosísimo círculo de amor, que comenzó su infinita bondad. No dejemos por acabar la más hermosa obra del mundo. Dios salió de sí en sus efectos para amarnos: salga el alma de sí en sus afectos para amarle. Dios salió de sí amando, tórnese el alma a Dios, amando también. Ame aquella bondad, que tanto le amó, únase con su principio, júntese con su Dios, y consume el círculo de amor, amando con todas sus fuerzas a quien para amarle empleó toda su Omnipotencia. Esta ha de ser la ocupación del alma después de haberse confesado, amar a Dios y amarle con toda la fuerza de la caridad, teniendo a Dios, y a las cosas de su servicio, mayor inclinación, que las cosas naturales tienen a su centro, y a otras perfecciones de su naturaleza. Mas constante ha de estar en buscar, y mirar a Dios solamente, que la aguja de la brújula mira al Norte, y el hierro se une con la piedra imán. Mas presto se ha de ir para Dios, que el fuego sube a lo alto, y un peñasco cayera de las nubes: porque mayor es la inclinación sobrenatural de la caridad, que recibimos con la Gracia para amar a Dios, que todas las inclinaciones naturales para sus centros, y las

potencias para sus objetos. Y así, porque no hay cosa en la naturaleza más activa, ni que con mayor ímpetu busque su centro, que el fuego, se compara a él la caridad en la Sagrada Escritura. Ella es el fuego celestial, que mandó Dios, que ardiese siempre en el Altar: porque quien por la Gracia se ha hecho Altar del Espíritu Santo, debe también tener en sí el fuego de la caridad. Oiga el cristiano lo que mandó Dios en el Levítico: *(6, 12) Fuego arderá siempre en mi Altar, el cual sustentará el Sacerdote*, *echándole leña cada día por la mañana, y puesto el holocausto encima, abrasará las grosuras de las bestias pacíficas. Este fuego es perpetuo, que nunca faltará en el Altar.* Este Altar es el corazón humano: el fuego que está en él, es la caridad, que es como aquel fuego, que bajó del cielo, y no se encendió en la tierra: porque la caridad solo Dios la infunde, y no hay fuerzas naturales que la puedan adquirir: el Sacerdote es el alma devota: las ramas, y leña, con que se ha de sustentar el fuego, son los ejemplos de la Vida de Cristo, los Misterios Sagrados, los beneficios divinos, las santas meditaciones de las perfecciones de Dios. Con esta materia ha de cebar su caridad el siervo de Dios cada día, por la mañana, teniendo algún rato de oración sosegada. También ha de hacer holocausto de sí mismo; porque si no se consume el amor propio, estorbará mucho al amor de Dios; el cual ha de abrasar, y consumir todos los regalos de la carne, y sangre, y hacer de todo agradable sacrificio al Señor. Con esto será perpetuo este fuego de la caridad en el altar de nuestro corazón.

CAPÍTULO II. La Gracia enriquece al alma con todos los hábitos de virtudes sobrenaturales.

I.

No solo enriquece la Gracia al alma con la caridad, sino con otros muchos dones sobrenaturales; porque fuera de las virtudes Teologales de Fe, y Esperanza, que si no estuvieran antes en el alma, se infundieran con la Gracia misma, nos adorna con los hábitos de todas las virtudes morales, no como quiera, sino sobrenaturales, e infusas, que exceden a las naturales, más que el Cielo a la tierra. Con las cuales queda el alma riquísima, y hecha un retrato del Cielo e imagen consumada de la hermosura Divina: la cual describió el Profeta Ezequiel, cuando nos pintó el estado de la Gracia del primer ángel: *Tu eres un ejemplar de la semejanza divina, lleno de sabiduría, y perfecto en hermosura: estuviste en las delicias del Paraíso de Dios: toda piedra preciosa fue tu ornamento, el sardio, el topacio*, *el jaspe, el crisolito, la cornerina, el berilo, el zafiro, el carbunclo, y la esmeralda: todo es oro la obra de tu hermosura, y tus clarines se prepararon en el día que naciste.* Porque en el punto que nace uno por la Gracia a ser hijo de Dios, y nueva creatura, se hace fiesta en el Cielo, y los Ángeles se regocijan con mayor alborozo, que los hombres en sus mayores celebridades, cuando tocan clarines, y otros instrumentos músicos: el Cielo se alegra todo, cuando renace el justo a Cristo y admira su hermosura, y los Dones con que le enriquecen: porque el alma con la Gracia participa la naturaleza, y hermosura divina, y es hecha un dechado de Dios. Llénese su entendimiento de una sabiduría del Cielo, con un don soberano del Espíritu Santo. La voluntad se perfecciona con la virtud de la caridad, con una hermosura divina. Con esto es el alma donde Dios tiene sus delicias, y su Paraíso de deleites: fuera de eso es vestida riquísimamente, cubierta toda de piedras preciosísimas, y joyas de las demás virtudes, con el sardio de la Templanza, el topacio de la Justicia, el jaspe de la Fortaleza, el crisolito de la Prudencia, la cornerina de la Obediencia, el berilo de la Humanidad, el zafiro de la Paciencia, el carbunclo de la Religión, y la esmeralda de la Caridad. Todo lo que hay en el alma en Gracia, todo es oro, y preciosísimo, y anda en medio de rubíes. Por estas riquezas, que derrama el Espíritu Santo, cuando comunica su Gracia, dijo San Pablo: *(Tit. 3, 5) Que nos hizo Dios salvos por el Bautismo de la generación, y renovación del Espíritu Santo que derramó en nosotros abundantemente.* Lo cual declara la Glosa, que es por la copia de virtudes. Por lo mismo dijo David, pintándonos la hermosura del alma santa, que estaba con vestido de brocado de oro guarnecido todo alrededor con variedad, por la multitud, y diferencia de virtudes, que adornan todas sus potencias. Y Salomón dijo, que era como la Aurora que nace, hermosa como la Luna, escogida como el Sol, terrible como un ejército de escuadrones ordenado; porque no solo tiene el alma, que está en Gracia, las tres Virtudes Teologales, conviene a saber la Esperanza, que es como una Aurora, que nos promete la claridad de la gloria: la Fe, que es como la Luna, que da luz pero no clara, la cual ha de faltar en el Cielo, cuando nos

amanezca el día de la eterna felicidad: y la Caridad, que es como el Sol, que abrasa, y enciende el corazón, y Reina entre las demás virtudes, como el Sol entre los Planetas; pero también es adornada, y fortalecida el alma con el ejército de todas las virtudes, ordenadas en sus escuadrones: porque le dan la justicia, con todas las demás virtudes, que en sí encierra, como la fidelidad, la veracidad, la religión, y las demás, que están en su cuartel. También le dan la templanza, con la castidad, la abstinencia, y la humildad y las demás de su compañía. Le dan juntamente la fortaleza, con la magnanimidad, constancia, y confianza, y las otras de su escuadra. Y lo mismo es de la prudencia, con todas sus partes, y bando. Todas las cuales son un ejército de cuatro escuadrones bien ordenados, contra el Mundo, Infierno, y la Carne.

Agréguese a esto, que esta multitud de virtudes, con que es ordenada el alma con la Gracia, no son como quiera, sino todas de mucho mayores quilates, que las que conocieron los Filósofos, y nunca acaban de alabar: porque lo que les pudo enseñar la Filosofía a la luz de la razón, solo fue la hermosura de las virtudes naturales: pero las que se infunden junto con la Gracia son todas sobrenaturales y divinas, como lo enseña Santo Tomás; porque esto pide la perfección de la Gracia, por servirnos como la nueva naturaleza, y ser justicia sobrenatural, que hace justos, y santos aquellos que la tienen; porque así como la naturaleza de cada cosa pide tener principios intrínsecos, potencias y facultades, con las cuales puede obrar competentemente, y según su fin natural, como la naturaleza de la tierra pide tener gravedad, sequedad, y densidad, y el fuego levedad, y raridad, calor, y claridad, y los animales sus sentidos, y calor en el estómago para sustentarse, y potencia para moverse donde quieren; así también la Gracia, que hace al hombre nueva creatura, y le sirve de una Naturaleza Divina, pide tener principios intrínsecos, y competentes facultades para obrar en toda materia proporcionadamente a su fin último sobrenatural; porque al ser se sigue el poder, y al poder el obrar, y todo con su proporción; conforme al ser ha de ser el poder, y conforme al poder el obrar. Por lo cual, de la misma manera que le dan al alma, cuando la crían, sus potencias naturales para obrar; así dan a la Gracia, al mismo punto que se infunde en el alma, sus potencias sobrenaturales, conforme a su ser, y estado divino, que son las virtudes infusas, y sobrenaturales.

Fuera de esto, la Gracia es verdadera justicia sobrenatural, y santidad del alma, por la cual debe ser principio, de que obre en todo justa, y santamente; y así ha de traer consigo todas las virtudes necesarias, para poder obrar obras justas, santas, y sobrenaturales. Por esto trae consigo todas las virtudes infusas, que la adornan, hermosean, y fortalecen. Además de esto, por la Gracia se hace el hombre amigo verdadero de Dios, y el amor tira a transformar al amante en el amado, dándose *a* sí, y a todos sus bienes. Para lo cual no tiene tantas fuerzas el amor creado; pero el amor eterno, e increado de Dios, como más eficaz, une a Dios con el hombre, no solo por afecto, sino juntándole con efecto, entrando el mismo Dios en el alma en Gracia, y comunicándole sus riquezas divinas, y en cuanto es capaz, sus atributos soberanos, haciéndola partícipe de sus perfecciones divinas; y así le infunde, junto con la Gracia, las virtudes infusas, que son unas participaciones de los atributos divinos. Se hace también

el que está en Gracia hijo de Dios, y es propio de los hijos ser imagen de los padres, no solo en una semejanza general, y por mayor sino muy particular, de las inclinaciones, y condiciones suyas. Y como los hijos de Dios por Gracia son más hijos, como hemos dicho, que lo son entre los hombres los hijos naturales de sus padres; así ha de haber más parecida semejanza de Dios, y de cosas más particulares, en los que están en Gracia, que no en los que son engendrados de otros hombres. Por lo cual, los que están en Gracia se hacen semejantes a Dios, no solo por la participación de la Naturaleza Divina, sino de su justicia, su misericordia, su verdad, su clemencia, y las otras virtudes divinas, para lo cual les infunden virtudes semejantes. Finalmente los justos, por la Gracia se hacen Ciudadanos del Cielo, compañeros de los Ángeles, son más que hombres, levantados a un ser, y estado divino; y así han de tener propiedades, y virtudes divinas, conforme a su dignidad, y estado: porque esta diferencia hay entre las virtudes naturales, que llaman adquiridas, y las sobrenaturales, que llaman infusas, que aquellas dan facilidad al hombre, para que obre bien, como ciudadano de este mundo, y que vive con otros hombres; pero estas dan facultad, para que viva como Ciudadano del Cielo, compañero de los Ángeles, e Hijo de Dios, elevándole para que obre como tal, conforme al estado divino a que ha sido promovido, y elevado por la Gracia; y así, hay mayor diferencia en obrar por las virtudes infusas, *o* adquiridas, que hay distancia entre las acciones de un grande príncipe, a las de un rústico. Porque una misma acción obrarán con gran diferencia, como es hablar, andar, comer: porque el villano hará todo esto groseramente; mas el príncipe con gran urbanidad. Y si llegasen a un rey, muy diferentemente haría el príncipe las reverencias, y cortesías, y le hablara todo con decoro, y gracia, y prudencia; mas el villano muy tosco andaría y se turbaría. Pues el que obra por las virtudes infusas, que por la Gracia tiene, obra como Ciudadano del Cielo, vecino de los Ángeles, y Príncipe en el Reino de Dios. El que obra por las virtudes adquiridas, obra como aldeano de la tierra: aquel obra conforme a la Gracia; este solo conforme a la naturaleza.

Π.

Consideremos ahora, qué bien es este, que con la Gracia se nos da: porque si los mejores Filósofos juzgaron, que consistía la bienaventuranza del hombre en la virtud natural, y adquirida: ¿qué dicha es tener tantas virtudes sobrenaturales, e infusas, que hacen tan incomparable ventaja a las que los Filósofos alcanzaron, que aun conocer estas no supieron, ni imaginarlas pudieron? Debemos admirar mucho, que cosas tan grandes se nos dan sin trabajo, ni sudor, sino liberalísimamente; y que se halle el hombre en un momento con ellas, costando tanto las virtudes naturales *a* los Filósofos, que las pretendieron y no salieron con ellas: se desapropiaban de sus haciendas, se desterraban de sus patrias, se enajenaban de sus padres, hijos, y parientes, se abstenían de gustos, se retiraban del mundo, y aun de la misma naturaleza; y con todo eso no salieron con las virtudes, que con tanta pena, y costa buscaban: y que de una vez se den todas las

virtudes sobrenaturales al alma, sin costa, ni trabajo suyo. ¿Qué mayor felicidad que esta? ¿Qué diferente ventura sería la de un jornalero, que todo el día desde la mañana a la noche, estuviese trabajando, y sudando, y luego se quedase sin jornal, ni paga: y la de uno, que al primer paso que diese, se encontrase con un grande tesoro, de mucha riqueza, y valor? Esta ventura es del que recibe la Gracia, pues le dan liberalmente todo el tesoro de las virtudes infusas, no alcanzando otros las naturales con mucho afán, y fatiga. Estimemos este gran tesoro, y no perdamos por un gusto, lo que con todas nuestras fuerzas, y todas las penas del mundo no pudiéramos adquirir. Conservemos siquiera con trabajo, lo que con trabajo, no se adquiere: guardémoslo con algún cuidado, pues lo que es menos, ni con cuidado, ni con pena muchos alcanzaron. Mire el hombre qué pierde, cuando pierde la Gracia: mire lo mucho que con ella pierde, pues pierde cuanto con ella ganó. Fuera de perder la Gracia, pierde tan hermosas virtudes, que con ella le dieron, y queda desnudo, el que estaba cubierto de piedras preciosísimas, y andaba entre rubíes. Este miserable estado del que peca, y la pérdida de tantas virtudes, lloró el profeta Jeremías con arroyos de lágrimas, y lamentó inconsolablemente, cuando dijo: *Como se ha obscurecido el oro, como se ha mudado aquel excelentísimo, y vivo color, y se han desperdiciado las piedras del Santuario por las calles, y plazas. Los hijos esclarecidos de Sión, que estaban vestidos de oro finísimo, como se reputan por unos vasos de barro, y por obra de un ollero. Los que comían delicadamente, perecieron por los caminos. Los que fueron criados en grana, y púrpura, han abrazado al estiércol. Eran sus Nazareos más blancos, que la nieve, de una candidez más resplandeciente, que la leche: más colorados, que el marfil antiguo: más hermosos, que el zafiro. Ya se ha ennegrecido su rostro más que el carbón. No hay quien los conozca en las calles. La piel se les ha pegado a los huesos, seca y enjuta como un palo.* A este estado se reduce quien se atreve a pecar perdiendo la Gracia, y con ella la caridad, y las demás virtudes sobrenaturales; con lo cual, el que era más precioso, que el oro, se hace más vil que el lodo y cieno. El que era más blanco que la nieve, y leche, se hace más negro que la pez, y el carbón. El que era más hermoso que el zafiro, se vuelve más disforme, que un monstruo. El que estaba adornado de piedras preciosísimas, y de las joyas de tantas virtudes, las ha desperdiciado todas. El que estaba vestido de púrpura, está todo manchado, y asqueroso, por abrazarse con el estiércol. El que estaba armado con la fortaleza infusa, con la justicia sobrenatural, con una prudencia divina, con una templanza más que humana; está desnudo, debilitado, y flaco, con la piel en los huesos, sin fuerzas ni aliento y despojado de todas las virtudes morales, y sobrenaturales, que la fortalecían, y adornaban. Sintiera uno perder las fuerzas del cuerpo: ¿cómo no siente perder las fuerzas del alma? Tuviera por gran desgracia, que le cortaran los brazos de carne: ¿cómo es tan inhumano contra sí, que corte los brazos de su espíritu? Porque no son las virtudes infusas otra cosa, sino unas fuerzas divinas, y brazos espirituales, para que obre el hombre obras divinas, y que excedan *a* todas las fuerzas naturales. ¿Cuán vil hecho fue el de Sansón, en dar ocasión por el amor que tuvo a una mujer, a que le cortasen los cabellos, en que tenía sus fuerzas corporales, la cual el no daría, aunque le sacasen el alma, si supiera lo que había de suceder? Y tuvo por tan gran agravio el que le

cortasen los cabellos, prendas de su fortaleza, que por tomar castigo de sus injuriadores, no dudó el perder la vida. Pero ¿qué tienen que ver las fuerzas corporales de Sansón con las espirituales, que dan las virtudes infusas al que está en Gracia? ¿Y que sea el hombre que peca tan vil, que voluntariamente las quiere perder, y cortarse a sí mismo los brazos, y fuerzas sobrenaturales, sin enojarse consigo, ni con el demonio, que le engaña, para que sea inhumano, e infame contra sí mismo? Dios nos dé luz para entender esto, porque aunque con perder la Gracia, no se perdiera la Gloria, ni la amistad de Dios, por solo no perder las virtudes sobrenaturales, y resplandor que nos dan, la sangre, el corazón, la vida, y el alma habíamos de dar. Y no solo por no perder tantas, pero por no perder una sola, todos los bienes de la tierra se habían de dar. Tiembla, pues, del estrago que hace en ti la pérdida de la Gracia, anegándose con ella tantos dones divinos, y riquezas espirituales.

Pero no se ha de contentar el que está en Gracia, con solo guardar los tesoros de virtudes, que con ella posee, sino debe procurar lograrlos. No se ha de contentar con su guarda, sino con su uso; porque así como es culpable el perderlas, como no será loable el no usarlas. Por siervo inicuo, y malo tuvo el Señor al que guardó el talento, porque no le logró, ni le multiplicó, y por eso se lo quitaron. Para temblar es, que habiendo dado al que está en Gracia tantos talentos, y riquezas espirituales, las deje estar ociosas, pues aun en el mundo es aborrecido el que tiene muchas riquezas guardadas sin uso, ni provecho. Y la causa de perder muchos la Gracia es, por no usar las virtudes que con ella les dan. Y ¿a quién no hiciera disonancia, que un hombre robusto, sano y con grandes fuerzas, se estuviera ocioso, sin hacer nada, y se dejara morir de pobreza? Grandes fuerzas tiene quien está en Gracia para obras sobrenaturales: no esté ocioso, no se deje morir por no ejercitarlas. Emplee bien tantos brazos espirituales como tiene, obre como hijo de Dios, trate con su Padre Celestial, y haga obras de hijo. Amigo de Dios es, haga muchos servicios, pues puede, a su Amigo, y su Padre que está en los Cielos. Ciudadano del Cielo es, tenga su conversación en los Cielos, y obre como los Ángeles: mírese como Ciudadano de la Gloria, y doméstico de Dios, como noble en su Corte, y obre noblemente. Sublimado está sobre la tierra, no obre como bestia, sino como ángel. No deje virtud que no ejercite, todas heroica, y sobrenaturalmente, por fines superiores, y respetos dignos de su estado como hijo de Dios, como amigo suyo, como Cortesano del Cielo, con perfección, y limpieza de alma, con instancia, y solicitud.

III.

Últimamente se debe advertir mucho la diferencia que hay entre las virtudes sobrenaturales, que se nos dan con la Gracia, y las naturales, que adquirimos con nuestras obras: porque aquellas dan facultad al alma para obrar las obras que antes no podía; estas solo dan facilidad. Para las obras naturales el alma tiene bastante facultad en sus potencias naturales: y así, con las virtudes naturales no adquiere facultad, porque ya la tiene, y solo adquiere facilidad. Mas como no tengan de suyo las potencias del alma

facultad para obras sobrenaturales, se la dan con las virtudes infusas, y por esto solo debían ser de mucho más estima, y deben guardarse más: porque perdidas ellas, no tiene poder el alma sola para tales obras. Lo cual no pasa así en las obras de las virtudes adquiridas: porque aunque las perdiese todas, con todo eso le queda facultad en sus potencias, para hacer obras semejantes: porque así como va mucha diferencia en un caminante, si le quitasen solo el caballo en que iba, o si juntamente le quitasen con el caballo los pies: porque quitándole el caballo solo, le quitaban la facilidad del camino; pero quitándole los pies, le quitaban también la facultad de caminar, quedando imposibilitado de dar un paso adelante; así también hay grandísima diferencia entre las virtudes adquiridas, y las infusas: porque perdiendo aquellas, solo pierde uno facilidad de obrar virtuosamente; pero queda la facultad en sus potencias naturales para poderlo hacer, aunque no con tal facilidad: pero perdiendo las virtudes infusas, queda sin facilidad, y sin facultad de obrar sobrenaturalmente los actos que antes solo por ellas podía. Pues si a la virtud natural estimaban los Filósofos más que todas las riquezas de la tierra, por la facilidad que solamente daba para obrar según razón; las virtudes sobrenaturales, que dan facultad para obrar, según hijos de Dios, cuanto se deben estimar, y la Gracia que nos la trae. Y cuánta razón es, que la ejercitemos. Porque aunque no den facilidad de obrar, esta se adquirirá con el tiempo, quitando los malos hábitos. Y no es excusa dejar de hacer obra virtuosa, por tener dificultad, pues es propia gloria de la virtud vencer dificultades. Fuera por ventura escusa de un paralítico de entrambos pies, y brazos, si fuese adoptado por hijo de un Rey, y juntamente para que ejercitase esta dignidad, le aplicase su padre tan eficaz medicina, que diese vida, y movimiento a aquellos miembros muertos, para que quedase autorizada su persona, y usase de ellos, según su estado: sería bueno, que porque no tuviese gran destreza en andar a caballo, no quisiese ir en el acompañamiento en que iba el rey con los grandes, a jurarle por heredero del reino, ni quisiese echar una firma, por no escribir con presteza. Pues ¿qué fuera, si no quisiera mover pie, ni mano, para cosa alguna del servicio del rey su padre, sino estarse de la misma suerte que antes, sin uso de sus miembros, como si estuvieran muertos, que ni los pies quisiese mover para hacer una reverencia a su padre, ni alargar la mano para besar la del rey? Mire ahora cada uno, que confiare humildemente que está en Gracia, ¿qué dirán los Ángeles, pues habiendo sido adoptado de Dios, y recibido pies, y manos con las virtudes infusas, para servirle conforme a hijo suyo, con obras sobrenaturales, no quiere usarlas, ni da paso adelante, ni levanta las manos al Cielo, sin fervor, sin oración, sin hacer obra, que tenga respetos de hijo de Dios, y compañero de los Ángeles? Por cierto, que no hay honra en quien tan descuidado anda después de confesado: porque si tuviera buenos respetos, estimara este favor que Dios le hace, estimara la Gracia, estimara las virtudes, estimara sus fuerzas espirituales, y las empleara en servicio de quien tanto bien le hizo. Aquel cojo, desde su nacimiento, que San Pedro, luego que se vio con pies, y fuerzas para andar, no se cansaba de saltar, y ejercitar los pies, y fuerzas, que acababa de recibir. A un paralítico, que sanó el Señor, también le mandó luego ejercitarse, y probar el movimiento, y fuerzas de sus miembros, le mandó tomar acuestas su cama, y caminar con ella. Mayores

fuerzas espirituales de virtudes recibimos con la Gracia: gocémoslas, y no se estime más el movimiento de los pies de la naturaleza, que de las fuerzas sobrenaturales de la Gracia. No hagamos esta afrenta al dador de la misma Gracia.

IV.

Fuera mayor estima de este bien, que nos trae la Gracia en adornarnos con las virtudes sobrenaturales, se ha de considerar cuan gran cosa es aun la virtud natural. De la cual dijeron los gentiles, con lo poco que alcanzaron de ella, grandes excelencias. Decían, que era cosa tan hermosa, que si la conocieran los hombres, no desearan, ni amaran otra cosa; dijeron, que era la cosa más preciosa del mundo, que en ella consistía la bienaventuranza de la vida, que la virtud hacía los hombres divinos, y que en los virtuosos habitaba Dios. Llegaron a decir, que su excelencia era tal, que hacía a los hombres iguales a Dios. Archiras dijo, *(*Apud Stob. *Serm.* i.*)* que en esto se diferenciaban de Dios, y el hombre virtuoso, en que uno era más virtuoso, que otro; y que en Dios estaba la virtud nacida, en el hombre adquirida. Seneca dijo, *(Epist. 59)* que el virtuoso vivía a las igualas con Dios, que corría *a* la par con él. Y en otra parte dijo por la virtud (Epist. 31): *Este es sumo bien, que si le alcanzas*, *empezarás a ser compañero de Dios.* El mismo dice, que la cosa que hace al hombre Dios es la virtud. Chrisipo dijo, *(Ep. III.* 83. apud Stob*)* que la felicidad del virtuoso no se distinguía de la divina, y que por esta parte no era mejor, ni más noble la bienaventuranza de Dios, que la humana. Epitecto dijo (Apud Arrian. *diss.* i. *cap.* 12.) por la misma virtud, que no era el hombre menos que Dios. Sextio decía un notable encarecimiento, que no podía mas Dios, que el varón bueno; *(*Apud Senec. *epist.* 73*) y* que aunque tenga más Dios que dar a los hombres, pero entre dos buenos, no es mejor el que es más rico. Cicerón dice: (2. *de Natur. deorum*) *De las virtudes consta la vida bienaventurada, igual, y semejante a Dios, en ninguna cosa menor, que los habitadores del Cielo, sino es la inmortalidad, la cual no pertenece para vivir bien.* Séneca dijo también: *El que es bueno, solo se diferencia de Dios en el tiempo.* En otra parte dice, *(Lib. de Provid. cap.* 2.*)* que la cosa que hace Dios al hombre era la virtud. Verdad es, que excedieron estos Filósofos en las grandezas que dijeron de la virtud natural, igualándola con Dios, con el cual nada se debe comparar; pero significaron con estos encarecimientos, como la virtud es la mayor cosa que se podía desear, y que no hay en todas las grandezas, y felicidades humanas, cosa que de mil leguas pueda llegar a compararse con ella. Lo cual es verdad, aun hablando solo de una virtud natural, a la cual hacen mayores ventajas, que hay del cielo a la tierra, las virtudes sobrenaturales, y más entrando en ellas la caridad, que es la vida de todas. No es creíble, cuán grande sea este beneficio de la Gracia. No se puede estimar una virtud sola que nos da, con todos los haberes del mundo. Avergoncémonos, que hablaron con más estima los filósofos de las virtudes de la naturaleza, que obramos nosotros con las que son sobre la misma naturaleza.

CAPÍTULO III. La Gracia trae al alma los dones del Espíritu Santo.

I.

Fuera de las virtudes sobrenaturales, trae la Gracia consigo los dones del Espíritu Santo, que son unos hábitos más excelentes y divinos, que las virtudes infusas, y sobrenaturales, como enseña Santo Tomás, *(*S. Thom. i. 2. *quest. 6*8. *art.* 3*)* San Buenaventura, Dionisio Cartesiano, y comúnmente los Escolásticos, con los cuales queda el alma tan rica y hermosa, y más fortalecida, y con más perfectas, y hermosas propiedades, debidas a la perfección de la Gracia. Porque como dice Dionisio Richel: *Así como por el alma recibe el hombre el ser natural*, *y específico; así también por la Gracia recibe el ser espiritual y divino. Y como de una simple esencia del alma nacen*, *no solo diversas potencias*, *sino proceden ordenadamente*, *según su dignidad; y así se dice, que es causa de unas potencias por otras: de la misma manera manan de la Gracia diversas virtudes y dones; y así hecha la Gracia muchas ramas de virtudes, y dones.* No entra en balde el Espíritu Divino en quien está en Gracia, sino llenándole de sus riquezas celestiales, y así la llena de sus dones. Es tan notable este bien y grandeza, que el profeta Isaías, para encomendarnos la santidad de Cristo nuestro Redentor, la significa por posesión de estos divinos dones, como una gran cosa; y dice así: *(Is. 11,2) Saldrá una vara de la raíz de Jesé*, *y una flor subirá de su raíz*, *sobre la cual reposará el Espíritu del Señor: Espíritu de Sabiduría*, *y de Entendimiento: Espíritu de Consejo y de Fortaleza: Espíritu de Ciencia*, *y de Piedad, y le henchirá el Espíritu de temor del Señor.* Pues lo que dijo el Profeta como gran alabanza del Hijo de Dios, eso se da, por ser tan gran cosa la Gracia, a todos los que la tienen. En ellos viene el Espíritu del Señor, y les infunde estos siete Dones divinísimos, los cuales son bienes tan notables, que del Don de la Sabiduría solamente dice el Santo Job: (28, 14-19) *No sabe el hombre su precio, ni se halla en la tierra de los que viven regaladamente. El abismo dice: No está en mí*; *y el mar habla: No está conmigo. No se pagará dando por él oro finísimo*, *ni con pesar plata por su trueco. No son comparables con él los colores teñidos de la India*, *ni la piedra preciosísima del sardónico*, *o zafiro. No le llega el oro, ni el diamante, ni aparadores de oro son dignos de trocarse por él. Las cosas más sublimes*, *y levantadas de punto, que hubiere en el mundo, no se mentarán*, *por no hacerse caso de ellas, para compararlas con él. Traese la sabiduría de lo oculto. No es igual a ella el topacio de Etiopia, ni la tela más preciosa*, *y limpia se puede poner a su lado.* Con todas estas figuras, y metáforas quiso significar el Espíritu Santo, ser este Don suyo incomparable merced, más que sí diera a uno, todo lo más precioso del mundo. Y si un Don suyo es tal; ¿que dicha es recibir siete semejantes de una vez? Es favor tan considerable en los ojos de Dios, que quiso se significase en un instrumento principalísimo del Tabernáculo, que ordenó estuviese siempre delante de su presencia, y en aquella parte del Templo, que llamaban Santa. Y para significar más la estimación, que de eso hacía, reveló al Santo Moisés muy por menudo la traza, y materia, y demás

circunstancias de él. Y fue aquel candelero todo de oro en cantidad de un talento, el cual tenía siete luces, que representaban siete Dones, y estaban ardiendo en el acatamiento divino, las tres todo el día, y todas siete las noches enteras; porque como de los siete Dones, tres pertenezcan a la voluntad, para ejecutar siempre obras virtuosas, y los cuatro al entendimiento, para dar luz al alma, no se ofusque en las tentaciones, y tinieblas de este mundo; cuando no está segura de esto, ni inflamada, ni ilustrada bastantemente, ha menester particular luz, y ayuda de los cuatro dones intelectuales. Mas como las obras buenas han de ser perpetuas, así cuando hay tentaciones, y oscuridad, como cuando hay quietud, y serenidad; así en la noche de la tribulación, como en el día de la consolación: por eso las tres luces estaban de día, y noche ardiendo. Todo este hermoso candelero estaba limpísimo, y era de oro purísimo: de lo mismo eran las lamparillas en que estaban las luces; porque para llegar a tener estos dones, ha de estar el alma limpia por la Gracia, y tener la caridad de Dios, significada por el oro: y sin la Gracia, y caridad no duran, porque la Gracia es la que trae todo este bien al alma. Tenían los vasos, en que estaban las luces, forma de oídos, como notan algunos intérpretes; porque estos Dones son unas calidades soberanas, que nos disponen para oír las inspiraciones del Espíritu Santo, y dejarnos mover de su divino instituto. Esta diferencia señala Santo Tomás entre las virtudes infusas, y los Dones del Espíritu Santo, que las virtudes se dan para obrar excelentemente, por propia elección y libre totalmente el uso del propio arbitrio, aunque ayudado siempre con la Gracia. Los Dones son para obrar, movido el hombre del Espíritu Santo, para obedecer a su inspiración. Para lo cual sirven los dones, disponiendo a uno para dejarse mover de este Divino Espíritu; como las velas de la nave, la disponen para dejarse mover del viento. Esta diferencia significó también el profeta Isaías, cuando admirado de tan singular bien, como tienen los que están en Gracia, de estar adornados con las virtudes infusas, y luego con los Dones del Espíritu Santo, pregunta: *(Is. 60, 8) ¿Quién son éstos, que como nubes vuelan, y como palomas*? Los siervos de Dios han de estar levantados del mundo no han de andar por la tierra, sino volar vecinos al Cielo: y así los compara a las palomas voladoras, y a las nubes; porque cuando obran por las virtudes sobrenaturales, vuelan, y no muy alto, como las palomas, que es obrando ellos, y trabajando, poniendo de su parte gran esfuerzo; pero los que obran por los Dones del Espíritu Santo, son como las nubes, que sin conato propio, movidas del viento, y elevadas con impulso exterior, van más altas. Lo mismo fue significado al Profeta Ezequiel en aquellos Querubines, y maravillosos animales, que vio, los cuales eran símbolo de las Almas Santas. Cada uno tenía cuatro alas, que son cuatro virtudes infusas principales, con las cuales vuelan sobre la tierra, y sobre sí mismos. Fuera de eso, tenían debajo de las alas una mano humana, que es símbolo de los Dones, que las llevaba, y movía. Lo cual significaba lo que la mano poderosa del Espíritu Santo suele con sus Dones obrar en los justos, moviéndolos, y asistiendo a sus virtudes, relevándolas con los Dones. Por lo cual dice San Macario: *(Machar. Hom. I) Son impelidos los Querubines, no adonde quieren ir, sino adonde guía quien los dirige*: *él los lleva, y allí van donde los encamina, porque una mano estaba debajo. De esta manera las Almas Santas son regidas por el Espíritu de Cristo, que las mueve adonde quiere.*

Para entender mejor la grandeza de este bien, que se da con estos Dones al que está en Gracia, dice Santo Tomás, (i 2. *q*. 68. *artic*. I) y lo mismo enseñó Aristóteles, *(*Aristo. *lib*. 7. *Mor. Eudem. c. 18)* que en el hombre hay dos principios con que se puede mover a obrar virtuosamente: uno interior en el mismo hombre, que es la razón: otro, que no es el hombre, sino cosa fuera de él que es Dios. Además de esto, toda cosa, que es movida de otra, se ha de proporcionar con la que mueve; y cuanto más alto es el principio que mueve, tanto mayor disposición es necesaria en lo que fuere movido. Pues así como se requieren las virtudes para ser movido el hombre de la razón; así son necesarias otras disposiciones, y perfecciones mucho más excelentes para ser movido por Dios. Pues estas altísimas perfecciones son los Dones del Espíritu Santo; los cuales disponen al hombre para actos más excelentes, y heroicos, que los de las virtudes solas, para los cuales se mueve con gran facilidad, y alegría, sin esperar más consejo para cosas muy arduas, como Finees para mirar por la Gloria de Dios, matando al deshonesto; y Eleazar para acometer lo más arduo del ejército infiel; y Sansón para derribar la columna en que estribaba el Templo, a costa de su vida; y Daniel para introducirse juez de los dos ancianos enemigos de Susana; y Salomón para averiguar la madre legítima del niño, por quien pleiteaban dos mujeres. Porque así como notan los Filósofos en las virtudes naturales haber dos géneros, *o* modos de obrar bien, uno moralmente con las virtudes ordinarias, otro heroicamente por algún instinto, y espíritu superior: así también en las obras sobrenaturales no había de faltar un modo de obrar por las virtudes infusas ordinarias, y otro más excelente, y divino por los Dones del Espíritu Santo, más por instinto divino, que por elección humana.

II.

Estos Divinos Dones son siete. Los cuatro, que son intelectuales, son necesarios para ilustrar al entendimiento. Los tres, para que la voluntad ejecute obras excelentes, y divinísimas. El Don de Sabiduría sirve para ilustrar al alma para el conocimiento de Dios, y sus Divinos Atributos. El de Ciencia, para conocer las creaturas, para usarlas bien, y hacer juicio de ellas acertado. El Don de Entendimiento es para penetrar los Misterios Divinos. El Don de Consejo, para usar con prudencia en orden al obrar bien de todos estos divinos conocimientos. Y así, estos cuatro Dones consuman una prudencia divinísima, y perfeccionan la parte intelectiva del hombre, con las virtudes que en ella están. Los otros tres perfeccionan la Fortaleza, Templanza, y Justicia; esto es, la parte apetitiva, y las virtudes que en ella viven. La irascible, y la virtud de fortaleza, con las demás que en sí encierra, se perfeccionan con el Don de Fortaleza, menospreciando los temores mundanos. La concupiscible, y la virtud de la Templanza, con las otras que contiene, se perfeccionan con el Don de Temor de Dios, con que refrena el hombre su apetito, y deseos desordenados. La voluntad, y la justicia, con todas las demás que tienen respeto a otro, se perfeccionan con el Don de Piedad, como enseña Santo Tomás. Fuera de esto señala otro uso de estos Dones Divinos San Gregorio Magno, y es dar

esfuerzo al alma *contra las* tentaciones principales. Y así dice: *(Art. 4 Lib. I Moral. c. 26) El Don del Espíritu, que ante todas cosas forma en el alma, a él sujeta la Prudencia, Templanza, Fortaleza, y Justicia. Después para instruir a la misma alma contra todas las tentaciones, la condiciona con otras siete fuerzas, dándole sabiduría contra la simpleza, entendimiento contra la rudeza, consejo contra la precipitación, fortaleza contra el temor vano, ciencia contra la ignorancia, piedad contra la dureza, temor de Dios contra la soberbia.*

San Buenaventura añade, que estos Dones son también para quitar los impedimentos de la perfección. De manera, que no solo sirven para esforzar las virtudes, ni solo contra los pecados, sino contra los impedimentos de la vida santa. Y así dice: *Dios no solo perfecciona al hombre contra los torcimientos de los vicios, por los hábitos de virtudes; pero sobre todo esto le perfecciona, para que se desembarace, y apreste contra los impedimentos de las virtudes, y reliquias de los vicios, por los hábitos de los Dones, para que desembarazada, y prontamente arroje de sí los extremos de la virtud. Por lo cual deben ser tantos los dones, cuantos bastan para esta prontitud, y expedición. Y así tiene el alma necesidad de siete Dones, si totalmente ha de evitar, y desembarazarse de los vicios. Lo primero contra la soberbia, lo cual se hace por el Don de Temor de Dios, del cual dice la Escritura: El que teme a Dios, no desprecia cosa. Y en otra parte: El temor del Señor destierra al pecado, porque como reprima a la madre de todos los vicios, que es la Soberbia, nada menosprecia, y a todo pecado ahuyenta. Lo segundo, contra la Envidia, lo cual se hace por la piedad, la cual quiere, y hace bien a los prójimos; porque conforme al apóstol, es útil para todas las cosas, y el que ama al prójimo cumple la ley: por lo cual la Piedad, en cuanto es Don, fortalece la caridad fraterna, destruyendo frontísimamente toda envidia, mostrando siempre un suave, y benigno afecto a su hermano. Lo tercero contra la Ira, que es locura del ánimo, lo cual se hace por el Don de Ciencia. Lo cuarto, contra la Pereza, lo cual se hace por el Don de Fortaleza, la cual vuelve al alma robusta, y ágil para las cosas divinas. Lo quinto contra la Avaricia, por el Don de Consejo, por el cual uno se abraza con la pobreza voluntaria, y así desembaraza su afecto de los bienes de la tierra. Lo sexto contra la Gula, por el Don de Entendimiento, porque este vicio vuelve en tinieblas la luz del alma, según dice el Salvador: Mirad no se agrave vuestro corazón con revolvimiento de la cabeza, y embriaguez, que son especies de gula: mas el Don de entendimiento adelgaza al alma, y expele fácilmente todo lo que anubla la razón. Lo séptimo contra la Lujuria, que totalmente ciega la vista espiritual de tal manera, que en el mismo acto venéreo no se puede usar de algún acto de la parte intelectiva; y así se sorbe la delectación carnal a la razón, conforme a San Agustín. Y según San Jerónimo, nunca vino el espíritu de profecía sobre alguno con tal acto. Pues contra este mal se da el Don de Sabiduría, cuyo resplandor es tan grade, que puede expeler, por lo menos moderar esta ceguera del alma.* Todo esto es de San Buenaventura. El mismo Doctor señala otro maravilloso efecto de estos Dones, que es desembarazar, *y* disponer las fuerzas del alma para todos tiempos, el próspero, y adverso. Añade Dionisio Cartusiano *(Tract.* i. *artic.* 8.*)* otros dos frutos de gran

importancia: uno es perfeccionarse con los Dones la creatura racional para la contemplación: otro es para declinar el mal, y obrar el bien, no solo en las obras de precepto, sino de supererogación. Por lo cual dijeron otros Doctores, que alega Santo Tomás (1.2. *q.* 68 *artic.* I.), servían estos mismos Dones para conformarse uno con la perfecta imitación de Cristo Nuestro Bien, que es ejemplo de toda perfección. El mismo Santo dice, (*1.* 2. *q.* 69. *artic.* I) que son obras de los Dones del Espíritu Santo las ocho Bienaventuranzas, en las cuales se encierra la perfecta imitación del Hijo de Dios.

¿Quién no se admira, cuan hacendoso, y trabajador está el Espíritu Santo en el alma, que está en Gracia, si ella no lo estorba; y con cuantas manos obra su salud, y perfección, y cuantos buenos oficios hace con estos Dones Soberanos, haciendo con cada uno muchos oficios, y obras, y consumando la perfección, y el edificio espiritual del alma? Porque como dijo San Anselmo, y lo repite Dionisio Cartusiano: *El primero de estos Dones, como fundamento de los demás es el temor del Señor. Este Don pone el Espíritu Santo por cimiento en el campo de nuestra alma, y va sobreponiendo por su orden los demás, haciendo un hermoso edificio. Porque lo primero que hace el Espíritu Santo es hacer que tema el hombre no ser atormentado con los demonios. Sobre este santo temor coloca el Espíritu Santo la piedad, inspirando al alma temerosa de Dios, la compasión de sí, y de los prójimos, y dándola a conocer cuan miserable será, sí se apartare de Dios, y fuere condenada al Infierno. Por lo cual se dice en el Eclesiástico: Ten misericordia de tu alma, agradando a Dios. Y otra vez dice: El varón misericordioso hace bien a su alma. Y así, con mucha razón se sube al Don de la Piedad, por el Don de Temor de Dios. Sobre el Don de piedad pone el Don de Ciencia, porque temiéndose, y compadeciéndose de manera, que se busque el camino de la salvación, le comunica el Espíritu Santo su conocimiento. Sobre el Don de Ciencia constituye el espíritu de verdad, en el edificio espiritual, al Don de Fortaleza; porque cuando el alma, temerosa, y dolorida, reconoce lo que debe hacer, conviene que el Espíritu Santo le dé fortaleza para ejecutar lo que aprendió ser bueno, y con lo que confía salvarse, porque la ciencia sin la vida buena no aprovecha sino daña. Al Don de Fortaleza añade el Don de Consejo, porque habiéndose hecho el alma fuerte para obrar, y con temor piadoso, conocido lo que ha de hacer, aprende del Espíritu Santo, como ha de consultar de estas cosas. Es el Don de Consejo una habitual perfección del alma, que la imprime el Espíritu Santo; por la cual se mueve a obrar en todas las cosas, según los Consejos Divinos. Sobre este Don de Consejo pone el Espíritu Santo el Don de Entendimiento, para que después de la perfección de todos los Dones dichos, entienda el hombre, por qué debe hacer unas cosas, y otras no, y que de solo Dios debe esperar galardón, y premio. Finalmente, todos estos Dones colma el Espíritu Santo con el Don de Sabiduría, para que lo que se conoce con el Don de Entendimiento, sea sabroso y dulce con el Don de la Sabiduría. Y así, solo por amor de la justicia y santidad siga el alma lo que entiende se debe seguir.*

III.

Tantos bienes como estos trae la Gracia al alma, atrayendo al Espíritu Santo con sus riquezas, y dones, para obrar en ella tantos bienes, y consumar el edificio espiritual de su perfección. Pero el mal es, que nosotros no nos dejamos labrar, no respondiendo a sus santas inspiraciones. Miremos cuanto va de estar en Gracia a no estarlo; pues quien carece de ella, no tiene en sí estas riquezas, y fuerzas divinas; y quien la tiene las goza. Quien está sin Gracia, está como tronchados los brazos, y sin tener un amigo fiel que le ayude; pero quien está en Gracia está con los brazos sanos y enteros, de las virtudes infusas, y fuera de esto tiene los brazos del Espíritu Santo, amigo fidelísimo, que con sus Dones le ayuda, y mueve para lo que no puede con las virtudes. Mire el que acaba de confesarse bien, qué fortalecida queda, y prevenido de parte de Dios, si él se quiere ayudar para crecer en el servicio divino, y la obligación que a ello tiene, y cuan infame desagradecimiento será, no aspirar a más. Por lo cual solo merecía, que Dios le dejase de su mano, pues no hace caso de tantas manos que le da, para que obre su salvación, no queriendo usar, ni las que él recibe con las virtudes infusas, ni las que el Espíritu Santo quiere emplear en su bien con los Dones; sino que con poco agradecimiento, y estima de su estado divino, dentro de pocos días se vuelve a lo que era, atando las manos, *o* tronchándoselas al Espíritu Santo (sea lícito hablar así, para significarlo mejor) desobedeciendo a sus inspiraciones, y poniéndose en tal estado, que aún no las sienta, ni merezca tenerlas. Uno dijo, que sería infiel, y traidor a la República, quien cortase las manos a Fidias, porque le privara de hacer estatuas, y obras tan primas como hacía: ¿qué dirán las Jerarquías de los Ángeles, del que corta las manos al Espíritu del Señor, para que no haga obra tan rara, como la de la salvación eterna, y perfección espiritual, y deje de perfeccionar una vivísima, y muy semejante imagen de Dios?

¿Quién, no ve en todo lo dicho lo que es Gracia, pues lleva tales frutos, trae tantas hermosuras, amontona tan grandes riquezas, da tan nobles fuerzas, pide tan perfectas propiedades? Y ¿quién no ve lo que pretende Dios de aquel a quien da su Gracia, pues la guarnece, y esfuerza tanto? No es tan grande aparato para cualquier intento. No haca Dios las cosas desproporcionadamente. Enriquecer al alma con las Virtudes Teologales, después con las demás virtudes infusas, después con los Dones del Espíritu Santo: no es todo esto para que se quede el hombre tan insensible, y semejante a las bestias, como antes cautivo de su carne, y sentidos. No es para que esté sujeto al príncipe de este mundo el demonio, guiándose por leyes mundanas, y vanos pundonores. No es para que codicie, y amontone el estiércol de los bienes de la tierra. No es para que sea uno mismo, después de ser Hijo de Dios, que era cuando fue hijo del demonio. Échese de ver alguna diferencia, cuando uno se ha confesado, y recibido en su pecho al Señor de Cielo y Tierra. Sea otro que cuando estaba entre las uñas de Lucifer: témplese en sus gustos, modere sus vanidades, evite entretenimientos seglares, desprecie honras mundanas, empléese en obras santas, tenga su conversación en el Cielo, y gaste con su Dios algunos buenos ratos en lección santa, y oración: sea diverso de sí en lo exterior, pues en lo interior es otro. Si Dios abriera los ojos a uno, para que viera después de confesado, qué mudanza, y transformación ha pasado por su alma, no dudo sino que la hiciera también

en el modo de vida, y costumbres, y que no sufrirá en sí tal desproporción, ser tan otro en lo interior, y ser tan el mismo en lo exterior, mal sufrido como antes, impaciente, vano, descuidado de sus obligaciones, perezoso, hablador: no ha de ser un mismo hombre el hombre que fue esclavo de Satanás, y el que es hijo del Altísimo: no ha de ser hombre quien ya es un espíritu con Dios: quien tiene tantas virtudes sobrenaturales, y al Espíritu Santo en su pecho, con todos sus Dones, diferente ha de ser, que cuando era monstruo del infierno, y manantial de vicios, y cueva de demonios.

CAPÍTULO IV. La virtud que tiene la Gracia para destruir al pecado mortal, cuya gravedad se propone.

I.

No solamente es preciosísima la Gracia, por lo que es en sí, y por los bienes que causa tan inestimables, como hemos dicho, y diremos; sino también por los males que quita, porque no es menos fecunda de lo bueno, que ella es buena en sí: y cuanto es buena en sí, y fértil para causar el bien, es también eficaz para destruir el mal contra el cual es poderosísima. Y así, en el Libro de los Cantares se compara el alma, que está en Gracia, a los ejércitos bien ordenados, y terribles, por la fuerza que tiene contra sus contrarios. San Bernardo (Serm. 39 in Cantic.), considerando aquella semejanza, en que se compara la Esposa a la caballería de los carros de guerra, con que se peleaba antiguamente, repara, ¿por qué siendo una el alma, se dice semejante a tan grande multitud, como la de una caballería militar? La causa es, por las grandes fuerzas que tiene con la Gracia; y así dice el Santo: *No te maravillarás*, *que siendo una el alma*, *se diga semejante a la muchedumbre de la caballería, si adviertes, cuan grandes ejércitos de virtudes están en un alma santa, cuán grande ordenación en sus oficios, cuanta disciplina en sus costumbres, cuán grande armería en sus oraciones, cuán grande fortaleza en sus acciones, cuán grande terror en su celo, finalmente*, *cuanta continuación de batallas con el enemigo, y numerosidad de triunfos. Terrible es como un ejército de escuadrones bien ordenados*. No solo tiene la Gracia manos para llenarnos de bienes, sino armas fuertes para destruir en nosotros los males. No solo amontona bienes en quien la tiene; pero le quita sus verdaderos males. Por todas partes es buena la Gracia, buena por lo que es, buena por lo que causa, buena por los bienes que trae, y buena por los males que ahuyenta, que son los mayores de todos, pues son los pecados. Muchos medicamentos hay estimadísimos, no por sí, porque en sus calidades son desapacibles a todos los sentidos: al gusto amarguísimos, al olfato violentos, al tacto ásperos, a la vista de mal color, y figura, al oído inútiles, y que tampoco tienen virtud para causar algún bien en el cuerpo sano; solo porque quitan algunas enfermedades son de suma estima, y se buscan con sudor en las entrañas de la tierra, y se traen del cabo del mundo. ¡Cuán estimada debe ser la Gracia, pues ella en sí es tal, y causa tan buenos efectos, y quita tan estrados males, y esto con circunstancias notables! Lo primero, porque lo que quita es el más poderoso, y maldito mal que hay, tomándose con el más fuerte enemigo de todos. Lo segundo, porque lo hace sin guardar proporción, pues para este efecto lo mismo hace un átomo de Gracia, que millones de grados. Lo tercero, por el modo con que le quita, que es totalmente destruyéndole. Lo cuarto, por el poco tiempo, porque instantáneamente obra. Verdaderamente, aunque no tuviera otra cosa la Gracia, sino que fuera en sí la cosa más baja del mundo; solamente por esta virtud tan notable, fuera cosa estupenda, y rarísima: porque no se puede imaginar fuerza más eficaz, que esta contrariedad que si pecado tiene, y el modo con que

le destruye, y asuela.

Consideremos las circunstancias dichas. Lo primero, quita la Gracia al mayor mal de los males, y más desahuciado de todos. Al que es imposible curar con todas las diligencias, y fuerzas de los hombres, y ángeles, y así naturales, como sobrenaturales: solo es su remedio la Gracia, porque es el pecado tan extraño mal, que en su comparación no hay otro mal, antes es él lo que solo se puede decir con verdad ser mal. Lástima es, cuan engañado anda el mundo, estimando por menos mal al pecado, que a otras cosas temporales. Por menos mal suelen estimar ofender a su Creador, que carecer de un gusto de bestias, que pasar con pobreza, que sufrir una injuria, que padecer una fuerte dolencia. ¡O necios hombres, y desatentados! Mirad, que estas cosas no son males, antes pueden ser bienes: solo el pecado es malo, y es imposible sea bien, o que os puede estar bien. No creáis a vuestra pasión, que os encanta. Mirad, que vuestro amor propio os encandila. Miente vuestro apetito. Miente vuestro afecto. Mal es solo el pecado, y en su comparación estimad todo lo demás por bien. Miente vuestra pasión, si os dice otra cosa. Miente contra el Espíritu Santo. Herejías os enseña. Temblad solo del pecado, que este es solo mal, y así solo de temer. A ¿cuál debéis creer más, a vuestro apetito bestial, o al Espíritu Divino, que solo al pecado dice a voces, que es malo, por la boca de sus Profetas? De Cristo Nuestro Redentor dijo Isaías, que había de reprobar el mal, y elegir el bien. ¿Dónde está en todo su Evangelio, que reprobase la pobreza? ¿Dónde está, que eligiese las riquezas? ¿Dónde está, que reprobase los dolores y penitencias? ¿Dónde, que eligiese, y aprobase los gustos? ¿Dónde está, que reprobase la humildad? ¿Dónde, que aprobase la honra mundana? Antes eligió, y tomó para sí tan de veras la pobreza, la humillación, y los dolores, que para dar señas suyas le llama el mismo Profeta, *(Is. 53, 3)* el despreciado, el último de los hombres, el varón de dolores. No reprobó el Hijo de Dios la mendiguez, las aflicciones, la humillación: luego no son males, antes eligió, y tomó estas cosas para sí: luego el pecado solo es mal. Al pecado solo aborreció con tal extremo, que toda su predicación gastó en vituperarle, y medicinarle, y dio sangre, y vida por condenarle. El pecado solo no eligió, sino abominó de él. Lo que el mundo juzga por males, esos no reprobó, sino eligió para sí, y con obras, y palabras los encomendó, y alabó con tal extremo, que llamó Bienaventurados los pobres de Espíritu, los afligidos, y los perseguidos. ¿Cuál será más verdad, lo que dice el Hijo de Dios, Sabiduría eterna, o lo que dice tu pasión bruta? Cristo dice, que son bienaventuranzas las penas de esta vida llevadas bien, y que solo es mala la culpa: el mundo dice lo contrario. Juzgue el cristiano a quien debe creer. El apóstol dice, que fue Cristo probado en todas las cosas adversas, fuera del pecado, porque este solo reprobó, y este solo es mal. No es malo lo que la suma Bondad puede dar, puede querer puede tener. Las penas Dios las da, Dios las quiere, Dios las quiso padecer: luego no son malas, pues se compadece con la bondad Divina. El pecado solo es tal monstruo, que ni Dios le puede causar, ni puede ver, ni puede temer; porque en el mismo punto dejaría de ser Dios. Por las penas de esta vida ninguno se dice malo, sino por solo la culpa: porque esta solo es mala, y aquellas no. Aunque tuviera uno cuantos trabajos, y tormentos hay en esta vida, y en la otra, no por eso se llamará malo; pero tenga solo un pecado mortal, por

ese solo será, y se dirá malo, porque solo el pecado es mal.

Pero demos que hubiese otros males verdaderos, el pecado será siempre el mayor mal de los males, por lo que excede a los demás, y porque es causa de los demás. El mal, dicen los Filósofos, y Padres de la Iglesia, que es privación de algún bien. Así dijo San Juan Damasceno: *(Lib. 2. de Fide, cap.* 4. *Lib. 11. de Civit. cap. 9) No es el mal otra cosa*, *sino privación de bien, como las tinieblas son privación de luz.* Y San Agustín dice: *Ninguna es la naturaleza del mal*, *sino la pérdida del bien tomó nombre del mal. Y* tal será el mal, cual fuere el bien que se pierde. Hagamos, pues, algún cómputo de los bienes de que pueden privar otras cosas, que se llaman males, con el bien de que priva el pecado. La pobreza es privación de riquezas, la ignominia de honra, la muerte de la vida, y todos sus gustos. Pues las riquezas temporales, caducas, perecederas, peligrosas, ¿qué bien pueden ser, en comparación de las riquezas eternas, y seguras, de que priva el pecado? La honra, y gloria mundana, ¿qué bien puede ser respecto de la Gloria Celestial, de que priva el pecado? La vida temporal del cuerpo, ¿qué bien puede ser respecto de la vida espiritual del alma, de que priva el pecado? Y todo junto, riquezas de este mundo, honras, gustos, y vida, ¿qué bien pueden ser respecto de Dios, de quien priva el pecado? ¡O monstruo horrendo, y pestilente, que tanto bien llevas del alma! ¡O mal infinito, que nos privas del bien infinito! ¿Qué tiene que ver Dios, del cual nos priva el pecado, con el estiércol de las riquezas temporales, de las cuales priva la pobreza, y con los demás bienes miserables del mundo, que quitan los otros males? Infinitamente excede Dios a todo otro bien; y así, al pecado que nos priva de tanto bien, le hemos de mirar como mal infinito, que infinitamente excede a todo otro mal. En Dios están todos los bienes: gran mal el que priva de tantos bienes. Todo mal es el que priva de todo bien.

II.

Fuera de esto, es mal de los males el pecado, porque fue causa de todos los males. Un solo pecado de Adán echó de sí tal pestilencia, que inficionó a todo el mundo, apestó *a* todos los hombres, e introdujo cuantos males hay, necesidades, guerras, hambres, dolores, enfermedades, pestes, afrentas, injusticias, desafueros, corrupción de la naturaleza, y la misma muerte. O si la tierra se abriera, y te mostrara los huesos de los hombres, que tiene en sí, unos carcomidos, otros deshechos, otros medio descarnados, y asquerosos: y en un punto te mostrara millones de difuntos, y asombrado de tanta multitud, te repitiera a voces: ¡Este es afecto de solo un pecado! Solo Jerusalén te representará, de los que a cuchillo, y violentamente murieron en su cerco, un millón de cadáveres: *(Ex Josep. V* Lipsium, *lib.* 2. *de Const. C. 21)* fuera de otros ¡numerables, que en su tierra perecieron entonces. En una guerra sola de las que tuvieron los romanos con Cartago, murieron millón y medio. Julio Cesar, solo de franceses, y españoles mató un millón, y ciento noventa y dos mil, sin los romanos, con que acabó en las guerras Civiles. Quinto Fabio también degolló un millón de franceses. Este estrago de Naciones,

maldad de un pecado lo causó: ¿qué digo de naciones? El estrago de todo el mundo. ¿Cuántos millones de millares de hombres murieron de una vez en el mundo, cuando las aguas le inundaron? ¿Qué diré de las pestes? Una sola pestilencia acabó en Numidia con ochocientos mil hombres. En tiempo de Justiniano morían cada día, en solo Constantinopla, pasadas de cinco mil personas, y algunos días llegaban a diez mil. El Petrarca refiere de una peste de su tiempo, que de mil hombres no quedaban diez vivos. Todo este daño, la tiranía de un pecado le introdujo. ¿Qué es todo esto, para lo que pasó en tiempo de David, que por un pecado suyo, no muy grave, murieron de peste en menos de un día setenta mil personas? ¿Qué serán las pestes, que han durado mucho tiempo? En tiempo de los Emperadores Gallo, y Volusiano duró una pestilencia quince años continuos, que casi consumió todo el Imperio Romano. *(*Proco pius *de Bello Gotico*, *lib.* 11*)* ¿Qué diré de las hambres? En tiempo de Justiniano, en solo el campo Piceno murieron de hambre cincuenta mil hombres; comíanse unos *a* otros, y hasta el mismo estiércol humano se buscaba por comida. Dos mujeres mataron a diecisiete hombres por comérselos. Todo esto obró un pecado. ¿Qué diré de las injusticias de Sulla? ¿De las crueldades de Nerón, de Domiciano, de Heliogabalo? Hasta el emperador Teodosio, con ser tan piadoso, mandó matar en un día siete mil ciudadanos de Tesalónica que no tuvieron culpa: convidándolos a unas fiestas, y juntados, hizo degollar tantos inocentes. Todo esto fue centella de un pecado: tan extraño incendio es. ¿Qué diré de otras mil miserias de los hombres? Éntrate por los hospitales, baja a los calabozos de las cárceles: ¿qué no verás? Lo que no podrá sufrir tu corazón, palidez, debilidad, podredumbre, dolor, asco, gemidos, quejas, lágrimas. Todo esto es un testimonio auténtico de lo que es un pecado, pues por el pecado de Adán nos vino. No hay miseria de la vida, que no de voces de lo que es pecar, pues ella fue parto de tal madre. De todo mal es causa el pecado, y él es mal de males. Asombro es la fuerza de esta ponzoña. Una gota sola, que derramó nuestro primer Padre en el mundo, así le corrompió con tantas calamidades, desgracias, enfermedades, dolencias, latrocinios, violencias, sinrazones, desdichas: porque cuantas ha habido, y habrá desde que Adán pecó, hasta que se acaben los hombres, todas son pestilencias de aquel veneno. Y lo que más espanto pone es, que cuantos pecados hay en el mundo, son también efecto de un pecado: porque no se puede decir más de esta pestilencia, sino que no solo es causa de tantas penas, sino de tantas culpas. Pues aunque son tan sin número las penas de la vida, y tales como hemos dicho, son más las culpas, y todas penas, y culpas brotaron del pecado. Y cada pecado mortal es tal, que inficionará todo el mundo. Pero ¿qué mal no hará, quien tiene tan mal rostro? Porque no hay monstruo más horrendo, que el pecado, ni el demonio tiene otra deformidad, sino la que el pecado le pegó. ¿No sé quién no tiembla de pensar solo que pueda pecar? ¿No sé quién no revienta antes que se atreva a pecar?

Pues a esta fiera infernal, solo hace pedazos la Gracia. A este monstruo tan robusto, y violento, solo la Gracia le destruye. A este veneno pestilente, solo la Gracia es medicina. Fortísimo es este enemigo; pero más fuerte es la Gracia, que contra él prevalece. El pecado mata al hombre, la Gracia lo vivifica. El pecado le disforma, la

Gracia le hermosea. El pecado le agrava, la Gracia le sublima. ¡O mortales! ¿Cómo abrazáis tal muerte? ¿Cómo no os morís con tal monstruosidad? ¿Cómo sufrís peso tan grave, que os hunde en el abismo del infierno, y os abruma, de donde no es posible salir con fuerzas creadas? David dijo de sus pecados, que como peso muy grave, se habían agravado sobre él. Porque verdaderamente, todo lo que puede hacer un gran peso, obra el pecado en quien le tiene. Lo primero quien lleva una gran carga, no puede andar derecho, sino inclinado: y así confesó David de sí, que los pecados le habían encorvado. Lo segundo, un gran peso puede precipitar a uno, y hundirle en un profundo, como el mismo David dijo, que de los profundos clamó al Señor. Lo tercero, tal puede ser el peso, que cayendo sobre uno, fuese imposible a fuerza ni potencia alguna sacarle de ahí: como sí un gran monte cayese sobre un hombre, y le hiciese pedazos, y sepultase dentro de sí mismo. A esto llega la gravedad del pecado mortal. No hay potencia, que pueda librar a quien cogiere debajo. Ni la misma Omnipotencia de Dios, quedándose tal peso, podrá resucitar, y levantar al que así fuese muerto, y oprimido del pecado. Bien pudiera Dios librar a un hombre, a quien hubiese cogido debajo una montaña, que fuese mayor, que todos los Alpes, y Pirineos, quedándose ella en su ser, y puesto; y pudiera Dios volver al hombre la vida, pero no podrá resucitar a la vida espiritual de hijo suyo querido, al que estuviese con un solo pecado mortal oprimido, quedando en pie el mismo pecado. Le ha de destruir el pecado; mas esto solo la Gracia lo hace. La Gracia es tan poderosa, que destruye esta inmensa gravedad del pecado, tan fácilmente, como a la espuma deshace un soplo. La Gracia levanta al hombre caído. La Gracia resucita al que estaba muerto. La Gracia reconcilia al que era enemigo de Dios. La Gracia descarga, y recrea al que estaba oprimido. Todo esto puede la Gracia, por ser santidad de la creatura, con que hace agradable a Dios a quien la tiene, y entrando en el alma, asuela cuantos pecados mortales topa, arrasa tan inmobles montañas, y despedaza tan extraños monstruos, y quita todos los males.

III.

Pero esta fuerza de la Gracia, no es solo quitar tan grande mal, y tan imposible de quitar. Otra segunda maravilla es, que le quita, y vence, sin guardar proporción: porque por eficaz que sea una medicina, tal puede ser la grandeza del mal y tan poca la cantidad del medicamento que se aplica, que no haga efecto alguno: y así es menester, que se proporcione la cantidad del medicamento, con la calidad del enfermo. No es así en la Gracia: porque aunque uno tuviera todos cuantos pecados hicieron, y harán todos los mayores pecadores del mundo, desde Caín hasta el Anticristo: la más mínima Gracia como dice Santo Tomás, bastara para destruirlos todos de una vez. Tanta es su eficacia, y contrariedad, que tiene a lo malo, que no puede ser, sí ella no fuera muy buena, y la verdadera santidad.

La tercera circunstancia, que hace admirable la eficacia de la Gracia, es, que no solo quita tan inmenso mal como el pecado, ni solo que esto se haría con cualquier átomo de

Gracia, sino que destruye al pecado, como sí no hubiera sido: porque no solo sana en la superficie, sino en lo interior, y más profundo del alma, de la cual no solo le limpia, sino le arranca, y destruye, como si tal no fuese, sin dejar culpa grave. Por eso dijo Dios por el Profeta *Isaías (1, 18): Lavaos, estad limpios, quitad de mis ojos el mal que tenéis en vuestros pensamientos. Si fueran vuestros pecados como la grana, se emblanquecerán como la nieve: y si fueran colorados como la púrpura, serán blancos como la lana.* Porque así como la blancura no permite mezcla de otro color; así la Gracia no permite consigo mezcla de pecado mortal, que no destruya, y lave. Lo mismo quiso significar el Profeta Miqueas, cuando dijo: *(7, 19) Volveráse el Señor, y se apiadará de nosotros: depondrá nuestras maldades y arrojará en el profundo del mar todos nuestros pecados*; esto es, echarlos donde más no aparezcan, sino que queden ahogados eternamente; en lo cual vence la eficacia de la Gracia a la del pecado: porque una vez perdonado el pecado, queda tan muerto, y deshecho, que aunque vuelva el hombre a pecar jamás revivirá la culpa, que una vez destruyó la Gracia: pero aunque los merecimientos que se hicieron en Gracia se pierdan por el pecado mortal que se comete, si después vuelve uno a estar en Gracia, reviven todos. Finalmente, David declaró esto bien vivamente, diciendo: *(103, 12) Cuanto dista el Oriente del Occidente, tanto puso Dios lejos de nosotros nuestras maldades.* Porque así como no hay en la tierra más distantes extremos, que Oriente, y Ocaso; así no hay mayor extremo en el alma que de la Gracia, y pecado: porque amaneciendo la luz de la Gracia, deshace las tinieblas de los pecados: y así como el día destruye totalmente la noche; así el pecado mortal queda destruido por la Gracia.

Lo último en que se manifiesta la fuerza de la Gracia es, que ejecuta su virtud, no en largo tiempo, sino en un instante: porque así como un medicamento, tanto es más eficaz, cuanto en más breve tiempo tiene su operación; así también la Gracia, como no ha menester tiempo, sino un momento, tiene inmensa la contrariedad, y virtud contra el pecado. En el punto que con verdadero dolor dijo David: *(Sal. 50, 6) Pequé contra el Señor,* reveló Dios al Profeta Natán, que le había perdonado sus pecados; y yo pienso, que antes que lo pronunciase. El mismo David, celebrando en un Salmo esta brevedad con que le fueron perdonados sus pecados, lo cuenta así (Sal. 50): *Yo dije Confesaré al Señor contra mí mismo mí maldad, y Tú perdonaste la impiedad de mi pecado.* Tan presto como propuso, y dijo David en su corazón, con verdadera contrición, que quería, confesar sus pecados, antes que lo hiciese, y lo oyese el profeta Natán, ya Dios por la Gracia le perdonó, y de un demonio, se volvió en un instante como Ángel del Cielo. ¿Quién no se admira de esta brevedad, y virtud inmensa de la Gracia con que obra? No venciendo cualquier contrario, sino tan enorme, y fuerte, y monstruoso enemigo como la culpa mortal. Y esto no contrapesándose las cantidades, sino obrando un minuto de Gracia para prevalecer contra millones de pecados, y todos los del mundo. Y esta victoria no es solo ahuyentándolos, sino asolándolos totalmente, y aniquilándolos para no alzar más cabeza; y esto todo, no en mucho tiempo, sino en el mismo instante que se infunde en el alma. ¿A quién no admira tanta facilidad, donde había imposibilidad? El librarse uno con sus fuerzas del pecado, imposible es totalmente. ¿Quién hay, que se reduzca a estado tan desesperado por su propia voluntad? ¿Quién hay, que no estime la

Gracia, pues es tan poderosa, que haga lo que es imposible, no solo posible, sino tan fácil? ¿Quién hay que no estime lo que tan provechoso le es? Va la vida en conservar la Gracia. Va más, que mil vidas del cuerpo. Demos siquiera una que tenemos, antes que perder la que vale por mil: muera el cuerpo, hágase pedazos el corazón, despedacen todos nuestros miembros, perdamos hacienda, honra, gustos, brazos, pies, sangre, y vida, antes que se pierda la Gracia. Bien podemos conservar la Gracia con la Gracia; pero adquirirla no podemos sin Gracia. Agregase a esto, que la Gracia no solo nos quita tan grande, y tan desesperado mal como el pecado, sino que nos libra del infierno, y con esto nos libra de ¡numerables penas, y males; y no solo nos libra de tantos males, sino que nos da de presente grandísimos bienes. Ahora hace hijos de Dios; después nos hará poseedores del mismo Dios. Estimemos esta medicina divina, que no solo sana enfermedades, sino muertes; ni solo da salud, sino también inmortalidad. ¿Qué diligencias no se hacen, por quitar un mal del cuerpo, un agudo dolor, *o* una enfermedad peligrosa? ¿Quién reparó en la hacienda por comprar la salud, aunque dudosamente, y a costa de su sangre y tormentos, que suelen causar médicos, y cirujanos; aunque hagan carnicería de sí, y corten brazos, y piernas, todo se juzga por menos, que la vida del cuerpo: pues cómo es posible, que se dé salud, y vida del alma, por conservarla hacienda, o cumplir un gusto? Cosa es de admirar la estrechura de vida a que se reduce un doliente, por sanar de un mal corporal. Vergüenza es, que no haya Religión tan áspera, y estrecha, como es la vida, que voluntariamente toma un enfermo por la vida corporal, y que por la vida espiritual nos parezca riguroso el estado Religioso. ¿Qué Religión hay tan observante, y áspera, como la vida de un enfermo? No hace en nada su voluntad; quiere beber, no se lo dan: no quiere comer, y fuérzanle a ello: quiere dormir, y estórbenselo: quiere hablar, prohíbenselo: si le mandan dar la sangre, ha de extender el brazo: si le mandan abrasar con yerros ardientes para algún cauterio, lo ha de sufrir. ¿Qué Religión hay, en que de esta manera se ejerciten los súbditos? ¿Qué obediencia se ha practicado con este rigor? Y calla, y no propone el doliente. Además de esto, de negocios de esta vida no ha de tratar: cesan todas las correspondencias: ¿qué Religión hay más retirada? ¿Pues qué clausura no guarda? No hay Cartujo, ni Monja, que así la tenga; de un aposento no ha de salir: tantos males se padecen por librarse de un mal. Y si tantos males ciertos se sufren por un incierto; ¿por qué no se busca el bien de la Gracia, por librarse del mal del pecado, y del infierno? La medicina del pecado no es *a* tanta costa, no es mal que libra inciertamente de otro mal; sino un bien sobre todos los bienes del mundo, que libra certísimamente del mayor mal de los males. Si en esta aspereza de vida se ponen los hombres por la vida temporal; ¿qué escusa puede haber delante de Dios, de no ponernos en alguna estrechura, por la salud espiritual, y vida eterna? Por la vida del cuerpo se priva uno de todo gusto de los sentidos, y gasta su hacienda. Bien merece la vida del alma dar por ella algunos gustos. El mal del pecado mortal no es enfermedad, sino muerte. Con la Gracia no se trata solo de sanar achaques, sino sanar muertes y muertes mortalísimas, que son las del alma. Si hubiera un medicamento, que aplicado a un difunto le sanara de la muerte, ¿qué precio no se diera por él? La Gracia es esta medicina eficacísima, que sana muertos, y restituye a una vida divina: y esa

medicina es sin molestias, sin congojas, sin amargura, sin peligro, sin costa. Bendito sea Dios, que tanto nos hizo más fácil la vida eterna, que la temporal, cuanto importa menos vivir en tiempo, que por una eternidad.

CAPÍTULO V. La luz es una sombra de la Gracia. Se hace comparación de la hermosura de la luz con la de la Gracia.

I.

Las excelencias, que hasta aquí hemos dicho de la Gracia; son tan grandes, que exceden toda comparación, y semejanza. Con todo eso, para dárnoslas a entender San Efrén, San Macario, y otros Santos, la comparan a la luz, que es la cosa más admirable, y noble, que conocen los sentidos: porque no hallaron en todas las cosas materiales, ninguna que más dibuje a la Gracia, que la más noble calidad que en los cuerpos conocemos. Por lo cual, así como llamó Drogo Hostiense a la luz: *La Gracia del Sol*; así los Santos Padres llaman a la Gracia: *La luz de Dios*; porque si bien no hay comparación entre la Gracia, que es espiritual, y la luz material, hay alguna proporción que declarará lo que hasta aquí hemos dicho. De la manera que entre la sombra, y el cuerpo, de que es sombra, no hay comparación, y con todo eso hay alguna proporción, para que por la sombra que se extiende por el suelo, se pueda conocer la alteza de una torre, que se levanta hasta el Cielo; así también por esta luz material que vemos, se puede rastrear algo de la luz espiritual. Y no es poca esta grandeza, que sea la misma luz que alegra el mundo, no más que una sombra de la Gracia.

Esta comparación de la luz, y Gracia, es muy conforme a la Sagrada Escritura; y así, por ser Dios Autor de la Gracia, le llama Santiago (1, 17), Padre de las Luces, del cual desciende todo don perfecto; esto es, la Gracia, que es don de Dios, y perfectísimo; así por ser muy gracioso, como por ser grande. Por la misma causa los que están en Gracia se llaman hijos de luz, y sus obras de luz. Al contrario del pecado que se llama tinieblas, y los demonios, que son causa de él, rectores de las tinieblas. Comparase, pues, la Gracia a la luz, por la excelencia de esta calidad: porque la luz es la más noble de todas las calidades sensibles, y que excede incomparablemente a todas las demás; y todas las cosas sin luz no son de estima, ni pueden dar gusto a la vista. Es, pues, la luz una calidad tan eminente y rara, que ha admirado a los más despiertos ingenios de la naturaleza, que no acaban de acertar a decirnos qué cosa es, por sus raras condiciones. Y así dijo un Filósofo, que no había cosa más clara, que la luz, ni cosa más oscura: clara, al sentido que la ve: oscura, al ingenio que no la comprende, ni sabe definir qué cosa es. Lo que más se puede saber de ella, es lo que no es, que no es cuerpo, no es espíritu, no tiene contrario. Al modo de Dios, que mejor sabemos lo que no es, que lo que es. Por eso más la suelen alabar, que definir. Unos dijeron, que la luz era la flor de los colores: otros, que era la hermosura del mundo: otros, que era apacible risa del Cielo: otros, alegría de la naturaleza: otros, estatua de Dios: otros, vínculo del universo: otros, vida de las cosas: otros, regalo del sentido: otros, recreación del espíritu: otros, los ojos del mundo: otros, bizarría de Dios: otros dijeron, que la luz era un alma visible de las cosas, como el alma luz invisible: otros, que era un Dios limitado, para acomodarse a obrar en las cosas: otros decían, que era calidad espiritual: los Fenices dijeron, que era acto de la naturaleza

Angélica, y Divina. San Dionisio Areopagita dice, que el Sumo Bien es alabado con renombre de Luz. Pero lo que más es, lo que primero alabó el Sumo Bien, es la luz, y la primera cosa con que adornó el mundo, a la cual hizo primero, que a todas las naturalezas, porque ella diese a todas hermosura, y color, y lustre. Por cierto, que no es maravilla les tuviese suspensos esta calidad tan hermosa, que recrea toda la naturaleza. ¿Quién no ve la diferencia, que hay de un día claro, a una noche lóbrega? ¿Qué va de uno a otro? Aquel alegra, y asegura a toda la naturaleza: esta la entristece, que a los mismos animales espanta, y llena de temor. Considere de aquí, qué irá de la Gracia al pecado, el cual todo es horror, oscuridad, lobreguez, espanto, y un manto de luto sobre el alma muerta. La Gracia es alegría, y gozo, *y* amenidad, y hermosura, y seguridad, y vida.

II.

Consideremos ahora los efectos de la luz maravillosa, para que proporcionalmente filosofemos en los efectos de la Gracia; maravillosísimos que por la comparación de la luz se nos traslucirán. La luz eleva los colores, para que sean vistos, y hermosos; así la Gracia eleva a las almas sobre su propia naturaleza, para que sean miradas de Dios, y hermosas, y agradables a sus divinos ojos. Lo que son los colores sin luz, eso es un alma sin Gracia. No es más agradable a Dios, que un sapo, y un escuerzo asqueroso, y feo. En un aposento oscuro no hay diferencia del resplandor de oro, ni de la blancura de la plata, a la negrura del carbón, y azabache; ni de la joya más hermosa, y perla más preciosa del mundo, al estiércol más vil: todo es uno sin luz, todo está muerto, no hay diferencia de blanco a negro, ni de amarillo a colorado: todo es como si no fuera. De esta manera se han de mirar todas las creaturas racionales: sin Gracia están muertas, sin ella no son, respecto de Dios, sino como si no fuesen; pero así como llegando la luz, corre el velo a los colores, que no se veían, y descubre la hermosura que no parecía, e ilustrándolo todo, eleva las cosas, para lo que por sí solo no podían, y de muertas las vivifica, y hace visibles; así en llegando la Gracia resucita las almas y las ilustra, y eleva sobre su mismo ser, y las representa a Dios muy hermosas. No hay cosa en el mundo, que sin luz sea hermosa: no hay tampoco hermosura espiritual sin Gracia. No hay cosa que sin luz se pueda ver, la luz las ha de elevar; pero la luz por sí misma se ve, sin ayuda de otra cosa. Así es, que sin la Gracia no hay cosa agradable a Dios; y la Gracia sin otra cosa le es muy agradable. Lo que es la luz a los ojos humanos, eso es la Gracia, respecto de los divinos. La luz es el principal objeto de la vista, y sin el cual no hay vista. La Gracia es lo que principalmente mira Dios, y sin ella no le agrada, ni mira con ojos de amigo a ningún alma.

Fuera de elevar la luz corporal a los cuerpos sobre su mismo ser, para que sean vistos, y hermosos: tiene el ser participación del cuerpo más admirable, y más noble, que hay en la naturaleza, que es el sol, cuya claridad, y hermosura participan por medio de la luz las estrellas, los espejos, y otros cuerpos diáfanos; así la luz espiritual de la Gracia,

no solo eleva a las creaturas espirituales sobre sí mismas, sino que es participación del Espíritu más noble que hay, que es Dios, de cuya naturaleza participan las almas puras, por medio de la Gracia. Quien quisiere ver cómo están las almas en Gracia, y Dios, considere como están las estrellas, *o* unos espejos cristalinos ilustrados del sol, que no parecen otra cosa, sino unos soles; así también las almas que están en Gracia, no parecen sino unos dioses. La diferencia que hay en lo corporal de los carbones, a las estrellas resplandecientes, y de una gota de pez, al lucero de la mañana, eso va y mucho más, en lo espiritual del alma sin Gracia, *o* con ella. Los pecadores no son más que un montón de carbones, que están aparejados para el fuego del infierno. Los justos hacen un Cielo estrellado, resplandeciendo como unas estrellas clarísimas. Y así se dice en Daniel, que relucirán como el resplandor del firmamento, y como las estrellas, en perpetuas eternidades. Si uno estuviera en el firmamento donde están las estrellas, quedara sin duda pasmado de aquellos cuerpos inmensos, y resplandecientes como el sol; porque allá arriba no parecerá una estrella, sino el mismo sol: ¿qué comparación juzgara que había de un carboncillo denegrido, respecto de un cuerpo tan hermoso, reluciente, claro, puro, y tan grande, que es mayor muchas veces, que toda la redondez de la tierra? Juzgue lo que hay, de un hombre en pecado, a otro en Gracia. Si la luz faltara a las estrellas, ¿qué fueran sino iguales a los tizones muertos? ¿Y qué fue el primer Ángel, faltándole la Gracia con que resplandecía, como el lucero de la mañana? Quedó hecho un tizón del infierno. Pero porque están apartados estos cuerpos tan excelentes, pongamos el ejemplo en cosas que podemos experimentar. La diferencia que hay de un claro, y cristalino espejo sin luz, a cuando le ponen a los rayos del sol, cuya claridad al punto participa, y su calor, y su pureza, y su imagen, y su hermosura; esto va de carecer de la Gracia, a tenerla: porque el alma, que es una creatura tan noble, y pura de toda materia, cuando está sin Gracia, está oscura, ociosa, muerta, y no se diferencia, respecto de Dios, de las demás naturalezas; pero en ilustrándola la Gracia, se transforma en una claridad, y hermosura divina, haciéndose como *Dios*, y representando en sí a Dios: porque así como un espejo bañado de los rayos del sol, no parece sino sol; así el alma vestida de la luz divina de la Gracia, no parece sino Dios. Si no fuera ordinaria esta experiencia del espejo, cuando resplandece como el sol, herido con su luz, y nunca se hubiera experimentado, la primera vez que sucediera nos pareciera un raro milagro; y cierto que de cualquier manera es de maravillar, que tan brevemente se haga una transformación tan rara, que se pinte en un momento una imagen de cosa tan hermosa, y con tanta propiedad, y viveza, y con todas sus calidades, de claridad, pureza, resplandor, y calor. Y el espejo, si tuviera sentido, pudiera estar muy ufano de verse, el que poco antes no tenía forma alguna; *o* si la tenía, era de cosa vil, ya elevado a tanta hermosura, y claridad. Esta maravilla no tiene que ver con que el alma que poco antes tenía la forma de un demonio, sea en un instante sublimada, y transformada con solo recibir la Gracia, en una forma divina, resplandeciendo como si fuera Dios. Fuera de que en esta transformación del alma por la Gracia, pasa una cosa más particular, que no la puede haber en el espejo, respecto del sol: porque el sol solo puede unir a si al espejo, y hacerle participante de su hermosura, por medio de la luz que emboa a gran distancia,

quedándose él apartado millares de leguas; pero si se viera, que el sol se bajaba al espejo, y penetrándole le henchía, y llenaba de su misma luz, ¿qué maravilla fuera esta? Pues lo que no puede pasar en las cosas naturales, pasa en esta obra sobrenatural de la Gracia. Por la cual, no solo resplandece el alma, representando la claridad de Dios, sino que el mismo Dios viene a ella, y la llena, e hinche, e ilustra. No es explicable, cuan endiosada queda la creatura con esta divina luz de Gracia; y así, por no haber de esto semejanza total en las cosas naturales, nos lo significa San Juan místicamente en aquella mujer, que nos propuso en el Apocalipsis, que estaba vestida toda del sol. Además de esto, por la luz no solo participa el espejo de la naturaleza del sol como quiera, sino en aquello que es superior a los demás cuerpos: porque por la luz se participa lo supremo que tiene, que es su hermosura, su claridad, su pureza, su calor; así también por la Gracia no se participa Dios como quiera, sino en aquello que es sumo en él, y por lo cual excede a todo otro ser, en cuanto es plenitud de todo ser, intelectualísimo, purísimo, santísimo. Bien dijeron los Filósofos, que la luz en virtud era todas las cosas, y que comprende en si las calidades de los demás cuerpos: porque así como los cuerpos celestes contienen eminentemente los demás; así la luz, que es propia calidad de los cuerpos celestes, contiene eminentemente las calidades de las demás cosas materiales. De la misma manera la Gracia, vale por todas las cosas del mundo. ¿Qué pureza hay como la de la luz? ¿Qué limpieza hay como la de la Gracia? Si el sol tuviera conocimiento, ¿qué cosa del mundo le agradaría más, que verse retratado en los espejos, y en las estrellas? Claro está, que tuviera por amigos a todos los cuerpos en que viese su imagen, y naturaleza: y a las estrellas mirara como padre suyo, y fuera su amigo. Pues lo que el sol material no puede, lo hace el Sol Espiritual, que es Dios; y a todas aquellas creaturas en que ve sus resplandores, y que participan de su Naturaleza Divina tan altamente, las ama, y se complace en ellas, y tiene por hijas, y amigas. La luz es el alma que da el sol a los cuerpos transparentes, y también por medio de ella vivifica a las plantas; por lo cual llamó Plotino (Ennead. 4 lib. 5, cap. 7) a la luz: *Vida muchísima;* y Orfeo y Heráclito: *ánima invisible,* por la cual vivían todas las cosas. Así también por la Gracia comunica Dios vida, y alma, digámoslo así, porque le comunica una forma divina, que la vivifica, y da vigor, y fuerzas.

III.

Además de esto, no solo es causa la luz, que participen los espejos, y las estrellas la naturaleza del sol, en cuanto a ser imagen suya, sino en cuanto a sus virtudes, y eficacia; porque participan también el calentar, el inflamar, y otras virtudes. Así también por la Gracia, no solo participamos la Naturaleza Divina, sino fuerzas, y atributos; porque juntamente con la luz de la Gracia tenemos el calor de la caridad, y las demás virtudes sobrenaturales, con que obramos efectos raros, y sobrenaturales, que exceden toda la capacidad de nuestra naturaleza. ¿Quién pensará, que un vidrio frío del espejo pudiera quemar? Pero tiene tanta fuerza, con la luz que recibe del sol, que quema, e inflama, y

abrasa el paño que se pone delante. Pues así como el vidrio tiene efecto tan sobre su naturaleza, con las fuerzas que le da la luz para quemar, siendo él de suyo frío; así el alma tiene fuerzas, por medio de la Gracia, para efectos que son sobre toda la naturaleza: y lo que va de enfriar a abrasar, eso puede más el alma con Gracia, que si careciera de ella. Siete efectos principales de la luz señalan los Filósofos, *(*Marfil. Ficinusi *de Lumine c.* 12.*)* penetrar, ilustrar, encender, excitar, amplificar, elevar y formar: los mismos se hallan con eminencia en la Gracia. Penetrase en el alma con su pureza, ilústrala con su claridad, enciéndela con su caridad, excítala con su actividad, amplifícala con su grandeza, elévala sobre todo lo natural, fórmala con la imagen divina; pero como la luz es propia de las naturalezas celestes, así dice Marsilio, (Cap. 11 de lumine*)* quiere comunicarse en cuerpos, que tengan algo de celeste, como son los diáfanos, *e* ígneos, en los cuales pueden conservarse: de la misma manera la Gracia, por ser calidad tan pura, y divina, quiere pureza, y caridad para su conservación.

No hay tampoco cosa más eficaz que la luz contra las tinieblas: porque en un momento las expele, y las resuelve en nada. Por oscura que esté una noche, si se pusiera el sol sobre nosotros, no era menester tiempo para que desapareciera toda aquella oscuridad; en menos que en un cerrar y abrir de ojos, en un pestañear, en un momento, no parecieran todas aquellas tinieblas: todo se volviera día claro, porque no hay cosa que resista a la luz; y así, no ha menester tiempo, sino en un instante obra. Así es la Gracia, que en un instante expele las tinieblas del pecado. No hay cosa que la resista; en entrando en el alma, la ilustra, y clarifica, y vivifica. Al contrario de la Gracia es el pecado, porque como la Gracia es luz, el pecado es tinieblas, no exteriores, sino interiores, que son peores. Las tinieblas exteriores son las del infierno: las interiores son las del pecado, que obscurecen al alma, la enfrían, la amancillan, y ponen como una noche. Y así, los que acaban de confesarse, digan con el apóstol: *(Rm. 13, 12-14) Ya se pasó la noche, y se llegó el día. Arrojemos*, *pues, de nosotros las obras de tinieblas, y vistámonos armas de luz: andemos ya como de día honestamente.* Y en otra parte: (Ef. 5, 8-9) *Erases algún tiempo tinieblas*; *ahora sois luz en el Señor: andad como hijos de luz: el fruto de la luz es en todo bondad y justicia.* Luz son, hijos de luz, los que han recibido la Gracia: procedan como tales, no se vea en ellos sombra de pecado, sino obras, y frutos de luz, santidad, justicia, bondad, caridad, y todas las virtudes. Luzca su luz delante de los hombres de tal manera que glorifiquen a su Padre Celestial, que es Padre de las Luces. Los que no están en Gracia, mírense como ciegos en unas horribles tinieblas, llenos de horror, y luto: no tengan consuelo hasta verse en la claridad de la Gracia. Al Santo Tobías, solo verse privado de la luz del Sol, le tenía tan desconsolado, que dijo: *¿Que gozo puedo tener, que estoy en tinieblas, y no veo la luz del Cielo?* ¿Qué tiene que ver esta luz corporal, que es común a hombres y bestias, con la luz espiritual de la Gracia, que es tan preciosa, que aún no es común a todos los Ángeles? ¿Qué tiene que ver la luz, que es participación de una creatura inferior al hombre, con la luz, que es participación del mismo Creador del hombre? ¿Qué contento puede tener quien está ciego con su culpa? ¿Cómo puede reírse quien está en las tinieblas del pecado? ¿Y cómo puede sosegar quien está privado de Dios, que habita en la luz

inaccesible? Si a un varón, justo, como Tobías, lo desconsolaba verse privado de la luz material: un pecador, ¿cómo tiene contento, estando privado de la luz eterna? Llore, laméntese, gima, clame al Cielo, busque la luz de la Gracia, que regocija al alma, y hermosea, y sublima a estado divino. Tema sus tinieblas, y tiemble; no venga de las tinieblas interiores de su culpa, a las exteriores de su pena: no venga del pecado al infierno, y de unas tinieblas a otras. Porque como dijo un Platónico: *(*Facinus *de Lumine cap.* 17*) De la manera que es el premio de los justos una maravillosa participación de la luz; así también el castigo de los malos es la misma privación de la luz. Y el mismo Sol Divino, que maravillosamente fortalece, y conserva los ojos de los Santos sanos, y vitales, hace lo contrario con los malos, que ofende sus ojos flacos, y abrasa su conciencia con grave incendio.*

Para ejemplo de lo que hemos dicho, quiero decir lo que sucedió estando un día el B. Padre San Francisco de Borja diciendo Misa en Oporto de Portugal, que se eclipsó el Sol al mediodía de tal manera, que convertida la luz en obscuras tinieblas, se contaban las estrellas del cielo, como si la media noche fuera en tiempo sereno. Fue tanto el espanto de aquella gente, que como si el juicio universal llegara, y el mundo se acabara, daban gritos, y con alaridos pedían misericordia, y desamparadas sus casas, los vecinos se fueron a la iglesia del colegio, donde el santo padre decía misa, consolándose con tener allí tan santo varón, confiando, que por sus merecimientos, e intercesión, había el Señor de usar misericordia con ellos. Allí lloraban, y gritaban de manera, que tuvo necesidad el Siervo de Dios, acabando de decir el Evangelio, de volverse hacia el pueblo, y pidiendo silencio, hizo un muy devoto, y prudente razonamiento, en el cual les exhortó que considerasen, que si por esconderse una sola hora la luz, y alegría de este sol corporal, por ponérsele delante la luna, sentían tanta angustia, y tribulación sus corazones; en cuanto debían estimar, y procurar que nunca se les obscureciese, y faltase el eterno Sol de Justicia, que creó a este sol, y a nosotros, con cuya falta, tantas faltas, y miserias se le recrecen al hombre. Luego les declaró, como por el pecado mortal pierde a Dios el alma, y el daño, y peligro que de este eclipse resulta.

IV.

Últimamente, se ha de guardar la Gracia de la manera que se guarda una luz, como nos lo encarga San Juan Crisóstomo; con cuyas palabras quiero rematar este Capítulo. Considerando este Santo a la Gracia como una hermosa, y clara antorcha, y encomendándonos el tenerla siempre ardiendo, dice: (*Hom. II. inpriore ad Thesal.*) *Del modo que si a una antorcha de luz la echara alguno agua, o cubriera de plomo; y aunque no hiciera algunas de estas cosas, solo con que la quitara el aceite, se apagara: de esta misma manera se ha el espíritu de la Gracia, que si llenares el corazón de las cosas de la tierra, y cuidados de lo perecedero, y deleznable se apagará: y aunque nada de esto hagas, si corriere algún fuerte viento de tentación, y no fuere grande la llama, o tuviere poco aceite, o no cerrares la puerta de la lámpara,*

sin duda perecerá. Preguntarás, ¿qué puerta es esta? Sabe, que al modo de las lámparas, también tenemos puertas nosotros, que son los ojos, y oídos. No permitas, que entre por ellos algún vehemente soplo de malicia, porque matarás tu luz; pero cierra todas las puertas, y agujeros, con el temor de Dios. La boca puerta es: ciérrala, y ciérrala de manera, que dé luz y que se guarde del viento, u otra violencia que de fuera pueda venir; conviene a saber que si alguno te injuriare, tú cierres tu boca: porque si la abrieres, avivarás más este viento. ¿No has visto en algunas casas, cuando dos puertas tienen correspondencia, y corre grande aire? *Si cierras la una puerta de manera que quites la correspondencia, ya no se siente el viento*, *quitándole con esto su fuerza. También en nuestro caso hay dos puertas; la una es tu boca, la otra la del injuriador: pues si tú cerrares tu boca, y no le respondieres, se quita la correspondencia, con lo cual impedirás toda esta tempestad; pero si abrieres tú también tu puerta, no habrá ya quien se pueda averiguar con ella. Lo que importa es*, *que no apaguemos el espíritu. Acontece muchas veces que se apague una luz, sin que haya alguna violencia extrínseca, cuando falta aceite; y así cuando no hacemos obras de misericordia, se extingue la luz del espíritu: y acabado el espíritu, ¿qué se seguirá? Bien lo podréis colegir, si habéis caminado en alguna noche muy tenebrosa: porque si caminar de una tierra para otra de noche es cosa trabajosa, y molesta: ¿cómo se puede caminar seguramente desde la tierra al Cielo sin esta luz de Gracia*? *No sabéis cuantos demonios hay, en el espacio de este camino*, *cuántas fieras, cuántos engaños espirituales; porque aun los ladrones primero apagan la luz, y luego hacen el hurto.* Todo esto es de San Juan Crisóstomo.

CAPÍTULO VI. La estimación que hacen de la Gracia los Ángeles, holgándose la conversión de un pecador.

Cuanta estima se deba tener de la Gracia, se podrá también echar de ver por lo que los Ángeles, y Bienaventurados la estiman, y se regocijan cuando la alcanza un hombre en la tierra, por estar en ellos en su punto la caridad, y ver tantos males como hemos dicho, de que nos libramos por la Gracia, y el bien que con ella ganamos. Por cierto, que por esto solo debíamos procurarla, por dar contento a tantos buenos. Y así dice San Ambrosio: (Lib. 7 in Luca ad. Cap. 15) *Aproveche esto, para sacar cada uno incentivos de ser bueno, si cree que su conversión ha de ser agradable a los Coros de los Ángeles, cuyo patrocinio, o ha de desear, o temer su ofensa. Sé, pues, causa de alegría a los Ángeles, huélguense con tu vuelta a Dios.* Este regocijo de los Ciudadanos del Cielo, nos reveló quien bien lo supo, el mismo que bajó de allá, y lo vio, que fue el Hijo de Dios: el cual nos dijo, que habrá gozo en el Cielo entre los Ángeles, con la penitencia de un pecador. ¿Quién no ve aquí la grandeza de la Gracia, pues es causa de tan alegre fiesta de los Espíritus Soberanos? ¿Qué bien puede ser el que en la posesión del Sumo Bien puede sobresalir tanto, que añade gozo tan grande, y mas no siendo la Gracia, que se da al pecador, bien particular, y propio de los Ángeles, sino ajeno, que no les toca, pues no está en sus personas, ni en su especie de naturaleza? Con todo eso, en la presencia de tan gran bien propio, como la posesión eterna del Creador, causa tan notable regocijo el bien ajeno de la Gracia. Gran cosa es la Gracia, pues es causa de tanta fiesta, donde no se hace ninguna por otras felicidades que alcancen los hombres. Aunque consiga uno un reino de la tierra, o el imperio del mundo, no se hace por esto fiesta en el Cielo, no se hablará palabra de ello entre los ángeles, no se dará un parabién por esta causa a los parientes del que salió con aquella dicha. Pero si alcanza la Gracia, luego se regocija todo el Cielo, y todo es parabienes, aun a los que no les toca. De la Gracia, como cosa grande, se hace allá cuenta; de lo demás no se hace caso, más que si no fuese. En grandes alegrías, no hace uno cuenta de las menores; y a la presencia de un grande bien, no se estima a los pequeños: pues como puede ser, sino cosa muy grande, la Gracia del hombre, pues a la presencia del Sumo Bien hace alegrar tanto a los Serafines. ¡Grande bien es el que a los que gozan de la bienaventuranza causa nuevo gozo! Un mercader muy caudaloso no hace caso sino de grandes ganancias. Al lado del bien infinito no puede mover sino un bien inestimable. Mucho estiman los Ángeles la Gracia ajena, pues se gozan de ella en los gozos eternos. Y sí los Ángeles la Gracia ajena, y estando en la bienaventuranza, la estiman tanto, el hombre, ¿por qué no estimará la propia, y estando en este valle de lágrimas, y miserias? Los Ángeles se gozan en el Cielo con que estemos en Gracia: alegrémonos los que estamos en la tierra de tenerla. Así como es de maravillar, que los Ángeles estando en la bienaventuranza reciban nuevo gozo con nuestra Gracia; así es para espantar, que los que estamos en este destierro tengamos otro gozo, sino es el de la Gracia. ¡Prodigio, y espanto es, que pueda un hombre sin Gracia tener contento alguno! ¡Portento infernal es, que estando uno en

pecado mortal pueda reír, y comer y echar el habla del cuerpo! ¿Qué contento puede tener quien se ve desheredado del Cielo, condenado a penas eternas, enemigo de Dios, cautivo de Satanás, monstruo del infierno, infame, e infiel a su Creador, y maldito de Dios? ¿Qué contento puede tener con estos males, y más no teniendo otro remedio para salir de ellos, sino llanto, y penitencia? Lloren los pecadores, para que se alegren los Ángeles. Lloren, porque perdieron la Gracia. Lloren hasta tenerla, y no se gocen sino con ella. Miren a cuántos regocijarán con su penitencia: los Serafines se alegrarán; los Querubines se darán el parabién; los Tronos se gozarán; las Dominaciones harán fiesta; las Potestades triunfarán; las Virtudes se festejarán; los Principados no cabrán de contento; los Arcángeles tendrán fiesta; los Ángeles recibirán nuevo gozo: para todo el Cielo será grande festividad. Procuremos, pues, alegrar a tantos Bienaventurados con nuestro mismo bien, y gocémonos de él, pues ellos así se alegran.

Bien conoció el Profeta Isaías, que no había otra cosa de que pudiésemos gozarnos, sino de la Gracia; así lo hacía él, diciendo con gran contento: *(Is. 61, 10) Gozándome me gozaré en el Señor*, *y mi ánima dará faltos de placer en mi Dios: porque me vistió con vestiduras de salud*, *y me cubrió alrededor con un palio de justicia, como a un esposo adornado con guirnalda, y como una esposa ataviada con ricos joyeles.* No dice el Profeta, que solo se gozará, sino añade, que *gozando se gozará*, para significar un gozo doblado, y excesivo, que sobrepujaba a todo otro gozo: un gozo lleno, y cumplido, que excluía toda mezcla de cualquier pesar. Esta calidad no tienen otros gozos, y contentos: porque en los bienes temporales no se goza su poseedor gozando, sino temiendo no se los quiten. En los gustos no se goza gozando, sino sobresaltándose por su peligro. En la honra no se goza gozando, sino carcomiéndose, y recelándose del envidioso. No hay gozo en la tierra que sea gozoso; esto es, no hay gozo puro, y lleno, sino muy menguado, y con mezcla de muchas pesadumbres; pero el gozo de la Gracia es puro, y lleno, y que en las mayores penas se sabe hacer lugar. ¿Estás enfermo? No importa si estás en Gracia, bien puedes gozarte mucho. ¿Estás pobre, estás olvidado, estás con trabajos afligido? Todo importa poco si estás en Gracia, mucho tienes porque regocijarte. Y en estos mismos trabajos puedes, no solo gozarte, sino gloriarte con el apóstol. El contento de estar en Gracia debe ser tan grande, que excluya toda otra pena porque así como la Gracia del hombre regocija tanto *a* los ángeles, que aun gozando de la gloria, los hace que les quepa nuevo gozo por nuestra gracia: así nosotros debemos de tal manera gozarnos de la Gracia, que no nos quepa en el corazón otro gozo de la tierra.

La causa de tan gran contento significa luego el Profeta, diciendo, que es porque le vistió Dios con vestidos de salud, que es la Gracia; por la cual le sanó de tan extraños males, como son los pecados; y porque le cubrió de justicia, y santidad, coronándole juntamente de las virtudes intelectuales infusas, adornándole con las demás morales sobrenaturales, y enriqueciéndole con los dones del Espíritu Santo, como con unos preciosísimos joyeles, y con la riquísima perla de la caridad de Dios, para que fuese el alma digna Esposa de su Creador. Estas son causas de gozo, y contento; no las que tienen los hombres en las felicidades temporales, que son para daño suyo. Errado anda el mundo, no sabe en qué se debe holgar; y muchas veces tienen los hombres más contento

de aquello, que les ha de ser más dañoso. Contento tenía en sus riquezas aquel hacendado del Evangelio; pero fueron la ocasión de su muerte; y si supiera lo que le había de suceder las aborreciera más que la muerte. Contento estaba en sus gustos, y banquetes aquel comelón, tan inhumano, que negó al pobre Lázaro las migajas de su mesa; pero volvieronsele sus placeres en hieles, y en una sed infernal: si supiera el fin que había de tener, se muriera de pena en ver cosa de gusto. Muy ufano estaba Amán con las honras, y favores, que había recibo de los Reyes de Persia, y no sirvieron más que para fabricarle una horca, en que murió ignominiosamente. ¡O cuan tristes alegrías son las del mundo con fines tan desastrados! Llenas están de veneno, y con su extremidad, como los escorpiones hieren. Esta diferencia hay entre los bienes de la tierra, y los de la Gracia, que los bienes de la tierra en sí son muy menguados, y cortos; mas los males que le siguen son muy grandes: de presente tienen muy poco de bien, y ese en la apariencia solo, mas en su fin mucho de mal. Mucho mejor condición son los bienes de la Gracia: de presente son mucho, y en lo por venir muchísimo. ¿Qué tienen que ver las riquezas, aunque libren del mal de la pobreza, si traen el mal de la muerte, pues a muchos han muerto por su causa, y no hacen a quien las tiene mejor, y suelen hacerle peor? ¿Qué tiene que ver este bien tan maleado, y para con los mas tan malo, que les hace malos: con la Gracia, que libra de males eternos, y da santidad, y justicia, hermoseando el alma? ¿Qué tienen que ver las raíces de vides, y olivares, con las virtudes infusas? ¿Qué tienen que ver grandes trechos de tierra, que cuanto más tuvieren de estiércol serán mejores, con los Dones purísimos del Espíritu Santo? ¿Qué tiene que ver el oro, que es un poco de tierra amarilla, con la caridad, que trae consigo la Gracia? ¿En cuáles de estas cosas será razón que nos gocemos? ¿Y qué tiene que ver la brevedad de las cosas de esta vida, que faltan aún antes de acabarse, con la eternidad de los bienes de la Gracia? ¿Qué tiene que ver la incertidumbre de la fortuna, con la seguridad de la virtud? Pues aquella te la pueden quitar, aunque no quieras; esta no podrá, si tu no quieres sacarla de tus manos todo el mundo. ¿Qué tiene que ver la muerte temporal, y eterna, que suelen ocasionar las riquezas, con la gloria, y bienaventuranza de la otra vida? ¿Qué tienen que ver todas las felicidades del mundo, que son otras tantas muertes, para quien las ama, respecto de la vida eterna? Por cierto, que si somos cuerdos, en la Gracia solo nos podemos gozar, de lo demás entristecernos. Gocémonos gozando en la Gracia, como el Profeta Isaías, pues en ella hay tantas razones para gozarnos, como en lo demás para entristecernos. Gocémonos en la Gracia, porque con ella gozaremos de la Gloria, y alcanzamos derecho a la vida eterna, que es aquella grande causa de alegría, que encomendó el Salvador a sus Discípulos, cuando viniendo ellos muy contentos, porque los demonios les obedecían, les dijo (Lc. 10, 20): *No tenéis porque alegraros de tener señorío sobre los demonios, pero alegraos, porque vuestros nombres están escritos en el Reino de los Cielos.* Esto nos trae la Gracia, que es el mayor bien, que el corazón humano puede desear. Por la Gracia se escriben nuestros nombres en el Cielo, y de la Gracia nos hemos de gozar sobre todo lo que hay en la tierra.

II.

Veamos ahora, qué causas tienen los Ángeles para hacer fiesta cuando ven a un pecador, que ha recobrado la Gracia. Tres son estas causas: una por Dios, otra por sí, y la tercera por nosotros. La primera, y más principal es, porque ven lo mucho que el mismo Dios se recrea en este caso, como nos lo significó Cristo con varias parábolas. En una se compara *a* sí mismo a un Pastor, que habiendo perdido una oveja, y buscándola con mucha diligencia, cuando la halló la puso sobre sus hombros muy gozoso, y llegando a su casa, llamó a todos sus amigos, y vecinos, y les dijo: *(Lc. 2, 12) Dadme el parabién, que hallé mi oveja que había perdido.* De esta manera, dice el Señor habrá gozo en el Cielo sobre un pecador, que hace penitencia. En la misma parte se compara este contento de Cristo, al que puede tener una pobre mujer, que después de haber revuelto la casa halló la dracma, que había perdido, y de que tenía gran necesidad: la cual en hallándola, llamó a todas sus amigas, y vecinas, y les pidió de la misma manera le diesen el parabién de haber hallado la dracma tan deseada; así dice Cristo, será grande el regocijo delante los Ángeles de Dios, por un pecador que hace penitencia. Aquí hay tres cosas que considerar. Una es las ansias con que Dios desea tengamos su Gracia, pues nos busca para dárnosla con tan grande deseo, como si le hiciésemos mucha falta. ¡O, Señor, y que grande es la estimación que hacéis de este Don Divino, pues por su causa así anduvisteis solícito, y trabajado! ¿Qué cosa puede ser digna de los deseos, y solicitud de Dios, sino lo que era cosa, más digna, que Cielo y Tierra? Dístenos, Señor, ejemplo de estimar, y desear lo que nos está tan bien. Vos, Señor, por darnos vuestra Gracia, tanto lo deseasteis, y procurasteis: y nosotros, por recibirla, y conservarla, ¿por qué no lo procuramos y deseamos con toda nuestra alma y vida? Vos moristeis por darnos la Gracia, nosotros por recibirla: ¿por qué siquiera no nos mortificaremos?

Otra cosa muy para considerar es el gozo, y contento que recibe Dios con vernos en su Gracia, el cual es tan grande, como fueron los deseos; y si los deseos fueron tales, que por verlos cumplidos dio la vida, ¿cuál será este gozo de nuestro Creador? Bendito seáis Señor, que así os gozáis del bien del hombre; y maldito es el hombre, que no se goza de vuestro gozo, y su bien. En vuestra esencial, y eterna bienaventuranza os acordáis de nuestro provecho, y *os* gozáis de él: ¿por qué el hombre en su miseria no se gozará de su bien y dicha? Vos estando en vuestra gloria substancial, os alegráis de nuestra Gracia: el hombre estando a riesgo de su condenación, ¿cómo puede holgarse de otra cosa, sino en la posesión de vuestra Gracia, y esperanza de la gloria? Este gozo de Dios por la Gracia de los hombres, nos significó también Cristo Señor nuestro, cuando dijo a sus discípulos aquellas amorosas palabras: *No queráis temer, pequeñita grey, porque se complació mi Padre de daros el Reino.* No dice solamente, se agradó, sino se complació, que da a entender más contento, y así común con otros. Complacese, y regocijase el Padre, cuando ve a uno en Gracia, juntamente con el Hijo, y el Espíritu Santo. Complacese toda la Santísima Trinidad, y complacese con la Virgen, con los serafines, con todas las Jerarquías de los Ángeles, y Coros de los Santos. Complacese, y regocijase tanto, que les da su reino. Herodes, en un gran contento, y fiesta que tuvo, solo prometió la mitad de su reino: mas Dios por el contento que tiene de ver a uno en

Gracia, le da todo su Reino.

Últimamente hay que considerar en estas parábolas, la fiesta que harán los ángeles viendo a su Dios tan gozoso: porque como están aquellos espíritus soberanos colgados del gusto de su Creador, hechos mil ojos, y entendimientos para contemplarle, y remirarse en él, gozándose en todo de su santísima voluntad, viendo que con tanto extremo se huelga con la Gracia del pecador, no pueden ellos dejar de regocijarse, haciendo grandes fiestas en el Cielo, y más viendo que en esto le dan tan grande gusto, y que convoca el mismo Señor a todos, para que se huelguen con él, y le den el parabién de que un pecador recobre la Gracia. ¡O infinita Bondad, que no solo os dignáis, sino os holgáis de recibir parabienes de mi dicha! Señor, ¿qué recibís porque yo reciba la Gracia? ¿Qué mando se os acrecienta de nuevo? Por cierto, a vos nada os va; pero a mí me va más, que es el mundo todo: me va vuestra Gracia, y en esto me va todo. ¿Qué será de ver al Señor del Cielo, y al que por su misma esencia es bienaventurado, tan lleno de contento, que convoque a todas las jerarquías de los Ángeles, para darles parte de su gozo, porque un hombrecillo como yo esté en Gracia, pidiéndoles, que se regocijen, y le den hora buena por ello? ¿Señor, no hay en vos infinitos bienes, y perfecciones, por las cuales os pueden dar mil bendiciones, y parabienes? ¿Cómo mandáis a vuestros Cortesanos, y amigos, que por mi bien os los den? Sea, Señor, en hora buena, que seáis Omnipotente, que tengáis ser de vos mismo, sin dependencia de otro: que seáis infinitamente sabio, bueno, misericordioso, y misericordiosísimo: ¿cómo mandáis a los ángeles, que están ocupados en bendeciros por vuestras infinitas perfecciones, y en daros parabienes de vuestros atributos, que os los den por mi bien, y perfección? ¡O grandeza de la Gracia, tan deseada, y estimada y festejada del Señor de la Gracia! ¿Cómo no estimamos tanto bien; y como estimamos otro bien? La Gracia ha de ser nuestro cuidado, Gracia nuestro deseo, Gracia nuestro regocijo. ¡O hombre estima tu Gracia, por la cual se regocija todo el Cielo! Gran cosa es, por la cual hacen fiesta los Ángeles; y lo que más es, el Señor de los Ángeles está tan gozoso, que quiere le den los parabienes todos sus amigos, y vecinos, que son los Espíritus Bienaventurados. ¿Pues qué cosa tan horrible será después de haberse confesado uno, y recibido la Gracia, y por eso dado mil parabienes a Cristo los Querubines, Serafines, y Tronos, y puesto de fiesta todo el Cielo, y dadose unos a otros los Ángeles la enhorabuena, que vuelva uno a pecar y eche un jarro de agua (digámoslo así) a todo aquel gozo, para que como dice el Profeta, lloren los Ángeles de la paz, y ce contriste (según habla el apóstol) el Espíritu Santo, y con él tantos buenos? Si pudieran tener tristeza, y pena los Espíritus Celestes, no se entristecieran, sino de que un hombre pierda la Gracia.

La segunda causa porque hacen fiesta los Espíritus Celestiales, de ver con Gracia al que poco antes fue pecador, es porque consideran, que las sillas de los ángeles sus compañeros, que cayeron del Cielo, se han de poblar por la dignidad de la Gracia de los hombres, la cual los levanta aun sobre la excelencia angélica. Esta misma razón ha de hacer gran peso en nosotros, para estimar la misma Gracia, pues es una divina investidura del Reino de los Cielos, y patente para introducirse en las sillas angélicas. Acuérdese el que está en Gracia de esta grandeza: tema caer de tanta dignidad, no sea

como Satanás, cuando cayó como un rayo del Cielo: mire, que lo mismo que sucedió a Lucifer, le sucederá cuando pierda la Gracia: porque la ruina de los ángeles malos, no fue más que perder este Don Divino; y la felicidad de los ángeles buenos, no fue más que conservarla. No va menos en tener la Gracia, *o* carecer de ella, que ser ángel, *o* demonio. Tiemble quien va *a* cometer un pecado mortal, y mire, que es lo que va a hacer. Estremézcase de tu ruina, cayendo de más alto, que el firmamento está. Mire si conserva, y usa bien de la Gracia: porque no solo puede igualar a los Arcángeles sino asentarse en las sillas de los mismos Tronos, y Querubines. ¡Gran campo de felicidad se nos abre por la Gracia, gran materia de gozo: que pueda un hombre miserable tener la gloria de un Serafín! De esto se recrean los Serafines, los Principados, y Dominaciones: y de esto nos hemos de recrear nosotros, y aspirar a sentarnos entre las jerarquías angélicas, pisando toda otra honra, y dignidad del mundo.

La tercera causa porque celebran los Ángeles la Gracia, que recibe un pecador, es por nuestro mismo bien, por los males del pecado, de que nos libramos con la Gracia, y por los bienes que recibimos, haciéndonos hijos de Dios: porque así como se hace fiesta en todo un Reino, cuando nace algún hijo a su Rey; de la misma manera, cuando hace por la Gracia un hijo a Dios, lo festeja todo el Cielo, y recibe gran gozo todo el Reino de Dios. Si un niño, que naciera primogénito de un gran rey cuando todo el Reino estaba en fiestas, y regocijos, el conociera, que todo aquello era por su causa, que gozo tendría. Pues lo que no puede suceder en un niño chiquito, considere el que acaba de confesarse con verdadero dolor, qué pasa por sí, por haberse hecho hijo de Dios, y renacido por la Gracia a una vida divina. Por él se pone de fiesta todo el Cielo, los Arcángeles se regocijan, y alegran los Principados, y todo es darse parabienes entre los demás Órdenes Angélicos. Conozca el hombre, que por sí se hacen tantas fiestas: y estime ser hijo de Dios, no contriste con su vida desigual al Espíritu Santo, a quien se dieron tantos parabienes por su nuevo nacimiento.

CAPÍTULO VII. Los que están en Gracia tienen por singular privilegio, que muchos ángeles los suelen asistir, y guardar. Al contrario los pecadores, que los ahuyentan, y aun a su Ángel Custodio desobligan.

I.

La estimación, que tienen de la Gracia, y contento que reciben de vernos hijos de Dios, los santos Ángeles, les hace que miren con gran cuidado por los justos, de modo que no solo el Ángel de Guarda de cada uno, sino muchos otros le suelen guardar, y acompañar, y miran por él, que es un singular privilegio, y honra de los siervos de Dios. Aquella mujer, que nos pinta el Evangelista San Juan, que estaba vestida del Sol, es figura del alma santa que está en gracia: porque de la misma manera está llena toda de resplandores y hermosura y vestida del Sol de justicia, a la cual vio el evangelista, que San Miguel, y grande multitud de Ángeles, vinieron en su ayuda, y favor a guardarla. Del Santo Jacob, cuando se volvía a su tierra, dice la sagrada Escritura, que le salieron a recibir los Ángeles de Dios; los cuales como viese el Santo Patriarca, dijo, que eran Ejércitos del Señor, y puso por nombre a aquel lugar *Monachin,* que quiere decir dos Escuadrones militares, o dos Ejércitos: porque vio en aquel puesto dos Ejércitos de los Ángeles Tutelares de dos Provincias, de Mesopotamia, y de la tierra de Canaán; los unos, que le habían acompañado hasta aquel punto, y se despedían de él: y los otros, que le salían al encuentro a recibirle, para acompañarle desde allí adelante, y defenderle: los cuales fueron, como dice Diódoro Tarsense, San Miguel, y los demás Ángeles de Palestina. También el Profeta Elíseo vio muchos Escuadrones de Espíritus Celestiales, que venían a guardarle. Estando una vez muy tentado el Abad Moisés, *(In Vitis Patrum.)* se fue a ver con el Abad Isidoro: el cual subiéndole *a* lo alto de la casa, le mostró un grande Ejército de Espíritus Soberanos, y le dij*o:* Todos estos Ángeles envía el Señor de los Ejércitos, en favor de sus siervos; mira como están muchos más por nosotros, como dijo el Profeta Eliseo. De la misma manera consoló Dios a la bienaventurada Magdalena de Pazzis, diciéndole que le enviaba muchos Ángeles que la guardasen. Lo cual dijo en un salmo el Profeta David (Sal. 34, 7): *Enviará el ángel alrededor de los que temen;* esto es, de los justos. En el Hebreo, en el lugar de aquellas palabras, enviará el ángel, este pondrá sus escuadrones: porque el Ángel de superior orden, envía escuadrones de otros muchos Ángeles, que guarden por todas partes a los siervos de Dios. Esto mismo se significa en el libro de los Cantares, según San Bernardo, *(Serm. 39 In Cant.)* cuando se compara el alma santa a la caballería, y carros de guerra de Faraón: y cuando se dice, *(Ct. 1, 9)* que es terrible como los escuadrones bien ordenados: y otra vez, (Ct. 7) que se pregunta: ¿*Qué verás en la Sunamite*, *sino es coros de escuadrones?* Esto es, Coros de Ángeles, que son los Escuadrones, y Ejércitos de Dios. Por lo cual dice San Bernardo: *Has de saber*, *que el alma santa nunca está sin guarda de Ángeles: los cuales tienen celo de ella, con un cel*o *Divino*, *solícitos de guardarla para su Esposo, y dársela a Cristo como virgen casta en pureza. Anda*

guardada la Esposa con los ministerios angélicos, y rodeada, de un Escuadrón Soberano. Otra vez dice el salmista, hablando con el justo: (Sal. 91 (90), 11-12) *El Señor mandó a sus Ángeles, que tengan cuidado de ti, para que te guarden en todos tus caminos para que no ofenda, ni tropiece tu pie con alguna piedra.* Con lo cual se significa el singular cuidado que tienen los Espíritus Celestiales, de uno que está en Gracia. Donde advierte Dionisio, que no dijo el Profeta: Mandó a tu ángel, sino en número plural: *A tus Ángeles*: porque el tener un Ángel de guarda, es cosa común a todos los hombres; pero los que están en Gracia tienen este singular privilegio, que muchos Ángeles los suelen acompañar, y vienen a guardar; *Guardamos* (dice el devoto Doctor) (In Psalm 90) *los Ángeles, cuanto es de su parte, en todos nuestros caminos; esto es, en todas nuestras obras nos guardan, para que no cesemos de obrar bien, sino que perseveremos siempre hasta el fin. También nos guardan en las obras malas, para que no seamos violentados del demonio, y no estemos en vicios. Guárdannos juntamente de las tentaciones de los malos espíritus, para que no nos molesten, todo lo que ellos desean. Guárdannos de otros muchos peligros del alma, y cuerpo. Ayudan con su virtud nuestra flaqueza: y con su sabiduría iluminan las tinieblas de nuestro corazón, y así andan siempre acompañándonos, y llevándonos consigo, cooperando con nosotros en toda obra buena.* Para esto no un ángel solo, sino muchos acuden para asistir al alma santa que posee este don incomparable de la Gracia, y es compañera suya, y tiene título, y derecho para llenar sus sillas vacías en la Gloria; para eso procuran ataviarla de todas virtudes, y alcanzarle de Dios muchas gracias. Y así en el libro de los Cantares, como advierte Pselo, y lo trae Teodoreto, prometen al alma santa joyas muy preciosas de virtudes, diciéndole que la harán manecillas de oro con labores de plata: esto es, que la han de ayudar a hacer muchos actos de caridad, y obras de las demás virtudes. Por lo cual dice este Doctor, que es costumbre de los Ángeles amigos de Dios, cuando ven a un alma pura, que con fervor sirve a Jesucristo, rodearla por todas partes para guardarla, y ayudarla, y alentarla para que viva santamente, para hacerla muy grata, y amable al Señor. Cuando en el Apocalipsis promete el Señor dar al que venciere la Estrella de la mañana, explican algunos Doctores, que es un Ángel más sublime, y excelente, que le guarde, por la mayor Gracia, que con la victoria de las tentaciones adquirió.

Llega a tanto la estimación que hacen aquellos Espíritus Celestiales del alma que está en Gracia, que no solo se emplean en su bien, y aprovechamiento los Ángeles de las Jerarquías inferiores, sino los de la suprema. Por lo cual dijo el apóstol, que todos eran espíritus serviciales, deputados por Dios, y enviados para que ayuden a aquellos, que han de alcanzar la herencia de la salvación eterna; esto es, de los que están en Gracia, que son los hijos de Dios, y herederos del Reino de los Cielos. Todos, dice San Pablo, que se emplean en esto, no solo los Ángeles inferiores, sino hasta los más supremos espíritus, como notan San Basilio, y San Crisóstomo. Los más altos Serafines, y Querubines, aunque están en el Cielo, se emplean en hacer bien a los que están en Gracia: parte disponiendo, que vayan otros Ángeles a asistirles, como hemos dicho: y parte, porque ellos oran por los siervos de Dios, y ofrecen sus oraciones. Esto significó

Salomón, cuando por ordenación Divina, añadió dos Querubines, que son Ángeles de suprema Jerarquía, que asistiesen al Propiciatorio. Y San Juan (Ap. 8, 2-4) vio a uno de los mayores Ángeles, que estaba delante del Altar con un incensario de oro, para ofrecer en él a Dios las oraciones de los hombres santos. Vio también a cuatro Querubines, y otros muchos Ciudadanos del Cielo, que tenían pomos de oro, llenos de suaves olores, que eran las oraciones de los que estaban en Gracia. San Rafael, que es uno de los siete primeros Príncipes del Cielo, y no fue el Ángel Custodio de Tobías el viejo: con todo eso, cuando oraba, y se ejercitaba el Santo Tobías en obras de misericordia, estaba entretanto este grande Ángel ofreciendo aquello mismo al Señor.

Al contrario pasa en los pecadores, que con la monstruosa fealdad de sus pecados, ahuyentan los Santos Ángeles, y llaman a sí a los demonios, que por permisión Divina, cuanto más pecados hace uno, más licencia tienen sobre él; y no un demonio, sino muchos acuden: de modo, que así como a los que están en Gracia se llegan muchos Ángeles; así a los que carecen de ella acuden muchos demonios, más o menos, conforme sus pecados, y la licencia que Dios les da. Y así, cuando a la Magdalena le perdonaron los pecados, se dice, que echó de ella el Salvador siete demonios, significándose por el número de siete, la multitud de ellos. ¿Qué miseria puede ser mayor que esta, que un hombre débil esté en enemistad de Dios, y rodeado de demonios, y tan desamparado de los Ángeles, que aun su Ángel Custodio, diputado para su propia guarda desde que nació, está desobligado y sentido, para no favorecerle tanto? ¿Y qué mayor dicha, que la de aquel, que por estar en Gracia, y servir a su Creador con fineza, tiene tantos Ángeles en la tierra que le asistan, y en el Cielo, que oren por él?

II.

Es tan grande la hermosura de la Gracia, y la dignidad que da *a* los justos, haciéndolos hijos, y amigos de Dios, que no acaban los Ángeles de complacerse en un alma que la tiene, deseando que persevere en aquella hermosura, y estado tan Divino. Para eso vienen, y la asisten con tan particular cuidado, y los que están en el Cielo son sus Procuradores, representando al Señor sus buenas obras, sus penitencias, sus santos pensamientos, y propósitos, solícitos de su perseverancia. Los Ángeles la acompañan, los Arcángeles la acuden, las Virtudes la fortalecen, las Dominaciones disponen su bien, los Querubines ofrecen sus oraciones, hasta los más altos Serafines están cuidadosos de ella. Tan gran cosa es nuestra perseverancia: por la cual tanto cuidan los Ángeles, que no les toca; y suelen descuidar el hombre, a quien le va en ello la vida, y vida eterna. Animémonos con el favor de las Potestades del Cielo, para vencer las potestades de tinieblas. No piense el justo que está solo: los Espíritus Soberanos le asisten: cercado está de Ángeles, que le defenderán de los demonios: no se entre él por las puertas de sus contrarios: no se dé de su voluntad, que guardado estará con los Ejércitos de Dios. Muchos son en la tierra con él, y le defenderán. Muchos son en el Cielo por él, y oran a Dios por su bien. Josué peleando, y Moisés orando, prevalecieron contra los enemigos

del Pueblo de Dios. Ángeles están con el justo peleando; Serafines están por el justo orando. Sí él no se deja atar las manos, y no se va por su paso a meter entre los enemigos, vencerá con tales ayudas; haga de su parte alguna cosa: aprenda de los Ángeles *a* estimar su Gracia; de los Cielos bajan por guardársela: en los Cielos están gozando de la eterna seguridad, y tienen cuidado de su peligro. Ore el cristiano, y pelee; haga en su propia causa lo que los Ángeles hacen por la ajena; no malogre su buena voluntad, y obras; persevere en lo que comenzó: porque no contriste tantos Espíritus del Cielo. Mire, qué honra será acompañarse de Ángeles, que están contentos de su compañía. Mire qué ignominia sería andar rodeado de demonios: siquiera por la mala compañía no debía pecar.

La grandeza de este beneficio, en venir a guardar al justo muchos Ángeles, se ha de medir al paso de la malicie del demonio, y flaqueza de nuestra naturaleza, y excelencia de los mismos Ángeles. ¿Qué beneficio fuera, si a una oveja, que por sí no podía defenderse, y poco antes estaba cercada de diez, *o* doce lobos, después se viese rodeada de otros tantos Pastores? Cuanto mayor es su poca defensa, y más rabiosa el hambre, y enemistad de los lobos, y la seguridad de tantos Pastores, tanto mayor sería su ventura. Pues sepa un hombre, que con los pecados mortales está tan débil, que de suyo no resistirá a tentación alguna, ni es posible, que con todas las fuerzas que tiene, de sí haga obra sobrenatural. De suerte está, que con un soplo le harán caer: y tan delicado, y de vidrio, que una china que le tire el mundo, o la carne, le harán pedazos: pues con toda esta flaqueza, como podrá valerse contra tantos lobos rabiosos de demonios, que le rodean, y bramando como leones, le cercan para despedazarle, y tragársele cada hora. Esta miseria, a que llega el pecador, no se puede explicar: porque es invisible, y pasa en lo interior: pero él mismo lo podrá conocer cuando llega a tal estado, que jamás imaginó, antes le pareciera imposible: porque llegan algunos a una miseria tan prodigiosa, que no hay vicio en que no caigan, ni se les ofrece pecado en que no consientan, sin sentir fuerzas para resistir, y se les ofrecen cosas que nunca tal pensarán, tan fuera de razón, y de su bien y su crédito, y de todo seso, que no puede ser más: con todo eso se arrojan a ellas, que es una cosa de encanto, y juzgando que hacen mal, lo quieren, y queriendo no ejecutarlo, lo cumplen, y acabando de proponer lo contrario, luego vuelven a lo mismo, de modo, que ellos mismos no sé conocen, ni saben en qué va, y va en lo que vamos diciendo. Esta miseria, y mala ventura del pecador, esta flaqueza tan prodigiosa, y malicia tan desenfrenada, lo causa que quedan en sus manos, y las bocas de los demonios, desamparados de Dios, y de sus Ángeles: porque siendo su flaqueza para el bien infinita, la mayor que se puede pensar, y por otra parte el oído, y furia, y tiranía del espíritu de tinieblas tan rabiosa: ¿qué maravilla es, que faltando la ayuda del Cielo sucedan tantos males? Porque sin Cristo, y en nanos del demonio, y poseída el alma del espíritu malo, ¿qué mal no hará? Porque así como Cristo es fuente de todos los bienes, que se comunica a las ánimas que están en Gracia; así el demonio es padre de males y pecados infinitos, que instiga para que hagan los que una vez son cautivos suyos por el pecado. ¡O miseria del pecador, que no tiene pastores que le defiendan, y tiene cerca tantos lobos que le muerden! ¡O dichoso el justo, de quien huyen los lobos, y le cercan

los Pastores! Dichosa es el alma, que en vez de estar cercada de demonios, está rodeada de Ángeles, defendida de los Ejércitos de Dios.

¿Qué dicha se puede comparar, con estar acompañada de tan nobles guardas, y Procuradores de nuestro bien? Solo su acompañamiento era grande honra, pero es también para nuestra defensa. ¿Qué honra, y provecho sería de una pequeña, y flaca ovejita, que un poderoso Rey señalase, no uno, sino muchos Grandes de su Rey no para que fuesen sus pastores, y la anduviesen guardando siempre, mientras ella andaba por los campos, desiertos, y en la Corte estuviesen los demás Grandes, e hijos del Rey, cuidadosos de ella; unos intercediendo por ella, para que la llevasen a mejores, y más seguros pastos; otros dando órdenes en las cosas que le tocaban, contando al Rey cuantos pasos andaba, y cuantos balidos daba? Por cierto, que fuera cosa que espantara al mundo esta tan noble solicitud de personas tan grandes, por un vil animalejo. Grande honra, y dicha tiene un hombrecillo débil, que alcanza tan notable privilegio, que unas naturalezas tan nobles, y sublimes como las angélicas, y que son Grandes en la Casa de Dios, se ocupen en la guarda; y que no uno solo, sino muchos anden acompañándole, y defendiéndole donde quiera que vaya: y que aun los otros Espíritus Soberanos, que residen en la Corte de Dios, estén desde el Cielo Empíreo cuidando de él, ofreciendo al Señor cuantos suspiros da, cuantos buenos pensamientos tiene, cuantos pasos anda, y obras hace del servicio Divino. Pues ¿qué es lo que hace, que cuiden tan nobles personas, y con tanto extremo, de una creatura tan vil, como el hombre; que se soliciten aquellas naturalezas inmortales, de un hombre terreno, y mortal; y los espíritus gloriosos, del que está en este valle de lágrimas? La grandeza de la Gracia es la que merece, que cuiden del alma que la tiene, los Ángeles que están en la Gloria. Por aquí se podrá conocer, cuan incomparable sea este don Divino: porque ¿qué cosa podía hacer digna a una oveja, que es animal bruto, y torpe que la guardasen los grandes de un reino, y los hijos del mismo rey? Por cierto ninguna cosa, sino es que fuese de oro, y sudase ámbar, o derramase diamantes, *o* se transformase en querida esposa de su rey, e igual a los mismos grandes. Esta transformación no se puede hacer en las cosas naturales; pero sobrenaturalmente se hace una maravillosa transformación del hombre, sublimándole por la Gracia a un ser sobrenatural, y de la vileza de bestias a un estado Divino, a ser compañero de los ángeles, e hijo de Dios como ellos, y así merece su favor, y ayuda, y compañía, y amor. Sepamos estimar esta honra, y bien que por la Gracia tenemos, y estimemos a la misma Gracia, que tanto, estiman los del Cielo. Reverénciencienlo nuestras guardas, y favorecedores, y cooperadores de nuestras buenas obras, no haciendo mal, sino lo que ellos procuran, que es hagamos bien. Vivan los siervos de Dios de manera, que merezcan sus obras, y oraciones tener por testigos a los Ángeles, y ser dignas que los Serafines las representen en el Trono de Dios. Vivan de tal manera que merezcan su compañía, teniendo su conservación en los Cielos, pues los Ciudadanos del Cielo buscan su compañía en la tierra. Háganse la cuenta que el Abad Macario, cuando decía: *(*Palad. Hist. *Lausiaca*, *cap.* 20*) Tienes los Ángeles, los Arcángeles, todas las Potestades soberanas, los Querubines, y Serafines, y al mismo Dios, Creador de todos ellos: habla con ellos, no bajes de los Cielos, no te abatas a los pensamientos del mundo.*

Todo esto que hemos dicho del acompañamiento que hacen los ángeles a los que están en Gracia, no es mucho, pues el mismo Dios les hace compañía. El Espíritu Santo habita en el alma que está en Gracia: que mucho que los Espíritus angélicos la rodeen. Dios está dentro de ella: que mucho estén sus criados por afuera. El Padre, Hijo, y Espíritu Santo vienen desde el Cielo, para hacer su morada en el justo: ¿qué mucho que los Ángeles vengan donde está su Cabeza, y Señor? Aquella particular presencia de Dios, con que asiste en el pecho de un justo, admiran los Espíritus Celestiales y gustan estar donde su Creador está. Reverencian a su Señor dentro de nosotros, enseñándonos como lo hemos de adorar, y reverenciarnos a nosotros mismos, mientras somos Templo del Espíritu Santo.

CAPÍTULO VIII. El inestimable valor que comunica la Gracia a las obras del que la tiene, para que merezcan Gloria eterna.

I.

Entre tantas grandezas, y bienes que trae consigo la Gracia, tiene principalísimo lugar lo sumo que agrada a Dios, y la grandeza de dignidad a que sublima a los que la tienen: porque de tal manera rebosa, y redunda su bien, que hace que todas sus obras, que no fueren pecado, sean tan agradables a Dios, que por ellas, y cada una se merezca más Gracia, y Gloria eterna. Conforme a lo que el Concilio Tridentino nos enseña (Ses. 6, cap. 10), y consta de la Sagrada Escritura, y Santos Padres. Por lo cual dijo el Sabio, *(Pr. 11, 30)* que *el fruto del Justo es árbol de vida:* porque sus obras buenas merecen la inmortalidad, y vida eterna. De manera que hay tan grande diferencia en hacer una obra buena, estando en Gracia, a hacerle careciendo de ella, que si se hace en Gracia, cualquiera que sea, merece más Gracia, y más Gloria; y esa misma obra, si la hiciera uno que carece de Gracia, no merecería nada de esto; si bien, siempre es provechosísimo obrar bien: porque aun a los que están en pecado mortal les sirve para salir de él, y mover las entrañas de la misericordia Divina, para tener compasión de su estado, y ayudarles a levantar de la miseria en que están caídos, si bien, para que por sus obras les den premio eterno, no son suficientes: pero la eficacia, y el valor de la Gracia es tan notable, que al punto que está en el hombre, realza de manera todas sus obras, que por ellas le debe Dios justamente, no menos que la bienaventuranza eterna. Esto no es tanto por la sustancia de la obra, la cual puede estar en quien no está en Gracia, sino por la dignidad de la persona. La cual dignidad viene de la Gracia, porque ella la dio, que es una extraña maravilla, y no se declara bien, sino por lo que pasó en el Hijo de Dios nuestro Redentor Jesús, cuyas obras fueron de infinito valor, y bastante la menor de ellas para redimir mil mundos. Esto no lo tuvieron las obras de Cristo, por lo que eran en sí, sino por la dignidad de su Persona, por tener Cristo la Gracia susbtancial; esto es, la misma Divinidad, a la cual estaba unida su sacratísima Humanidad substancialmente, por razón de la unión personal. De manera, que las mayores obras de Cristo, como el ser azotado, coronado de espinas, y crucificado, si las hiciera las mismas un hombre puro, aunque fuera por igual intensión de caridad, que tuvo el Alma de Cristo, no fueran bastantes para merecer Gracia dignamente, *o* como hablan los Teólogos, de condigno, a otro hombre, pero solamente por la dignidad de la persona en Cristo se realzaron de manera, que no digo el ser crucificado, pero solo el levantar Jesucristo los ojos a su Padre, fuera bastante para redimir todos los hombres, y mil mundos de hombres que hubiera. A este modo, con la mayor obra virtuosa que hiciera quien carece de Gracia, no mereciera migaja de Gloria; pero si la misma obra, y aun menor hiciese quien está en Gracia se realza tanto por la dignidad de la persona, que tiene Gracia, y es adoptada ya por hijo de Dios, que cualquier acción suya, siendo buena, fuera merecedora de un Reino, no menos que el de los Cielos.

¿Quién no se maravilla aquí lo que es la Gracia, pues pega tal valor a las obras? Cuanto agrada a Dios la hermosura de la Gracia, pues así enamora la hermosura eterna que con cualquier acción, y movimiento que proceda de ella, no se pague con menos que con el Cielo, y robe el corazón de Dios, y le hiera de amor, como el mismo confiesa, diciendo al Alma Santa: (Ct. 4, 9) *Heriste mi corazón, hermana mía*, *esposa: heriste mi corazón en uno de tus ojos*, *y en un cabello que te cuelga por el cuello;* esto es, en un santo pensamiento, y en una buena intención que tienes: porque, esto significan en la Sagrada Escritura los cabellos, y los ojos. Tan notablemente se agrada el Esposo Celestial de tod*o* lo que hay, o toca al alma que está en Gracia, que no solo con todas sus acciones, y obras le roba el corazón por amores suyos, sino con solo un pensamiento. Esta es la causa, porque no solo alaba la hermosura de la Esposa, sino todos sus meneos, y acciones: porque todo es hermoso en ella, todo le enamora. Su hablar le agrada tanto, que dice: (Ct. 2) *Suene tu voz en mis oídos, porque tu voz me es dulce.* El solo menear los labios le enamoraba de suerte, que dice: *Como una cinta de carmesí son tus labios, y tu habla dulce.* Y otra vez repite: *Un panal, que corre miel*, *son tus labios Esposa mía: miel y leche están debajo de tu lengua.* Con solo el mirar del alma se enternece de manera, que le pide aparte sus ojos de él, porque le hicieron como salírsele el alma de enternecido, y enamorado. Otras veces alaba sus ojos con varias comparaciones de la Piscina de Hesebon, y de las palomas. No menos le enamora el andar de la Esposa; *y* así dice: *O qué hermosas son las huellas de tus zapatos, hija del Príncipe.* Con la misma admiración pregunta: *¿Quién es esta, que va andando como la Aurora que nace, hermosa como la Luna, escogida como el Sol?* Tanto contento le daban sus pasos, que por gozarlos mejor, luego le pide: *Da la vuelta*: *da la vuelta, Sunamite: da la vuelta, para que te veamos.* Los vestidos también le enamoraban; de los cuales dice: *El olor de tus vestidos es como de incienso.* Hasta el dormir de la Esposa le daba tal gusto, que dice: *Pidoos*, *hijas de Jerusalén, por las cabras*, *y siervos de los campos*, *no despertéis, ni hagáis desvelar a mi amada, hasta que ella quiera.* Y *si* estas acciones así contentaban al Esposo, ¿cómo se agradaría de los regalos que le hacía la misma Esposa? De lo cual él no se olvidó; y así dice: ¡*Qué hermosa eres*, *y qué bella en tus regaladas ternuras*! Finalmente, todo cuanto veía en la Esposa, le parecía de perlas, y tan bien, que le dice: *Toda eres hermosa*, *amiga mía*, *y no hay en ti una mancha.*

¿Qué es todo esto, sino significarnos, que no solo roba al corazón de Dios el Alma Santa, por la hermosura de la Gracia, sino que de ahí redunda tanto agrado, y valor a todas sus obras, y acciones, cuando proceden de la Gracia, que cada una se lleva los ojos, y el corazón de Dios? Quien está en Gracia, con el abrir los ojos, (si lo hace por fin bueno) y con el menear los labios, con el dar un paso, con el mismo echarse a dormir, si se refiere a Dios, le agrada más, que cuanto tiene creado en la naturaleza, y se complace tanto el corazón de aquel Señor Omnipotente, y de infinita autoridad, que por estas niñerías da al justo mayor Gracia, y Gloria. Inmensa cosa debe ser la Gracia, pues da tal valor a obras tan pequeñas: porque ¿quién no queda pasmado de ver, que sea de tanta estimación en uno que está en Gracia, el menear solo la mano, si lo hace por amor de Dios, que no haya en el mundo premio digno con que se pueda pagar, y solo sea

suficiente premio el mismo Dios, y esto no como quiera, sino poseído, y gozado por toda una eternidad? ¿Quién no ve aquí de cuán grande estima es la Gracia, pues a cosa tan ligera da tan inmensa estimación? ¿Quién hay que quiera perder tal posesión? ¿Quién hay que el mismo arranque de su alma tan provechosa raíz que brota tales frutos? ¡O si acabáramos de entender, que se pierde perdiendo nuestra Gracia, y qué se gana conservándola! Porque fuera de perder al mismo Dios, y de perder la misma Gracia, con todas las virtudes infusas, y los Dones del Espíritu Santo, y la caridad, se pierden tantas obras con que se pudiera ganar grande gloria, y mucho mayor Gracia: piérdanse innumerables ganancias de eternos premios. Esto no sé con qué se puede echar de ver más, que por la diferencia que va de las obras de uno que está en Gracia, a las de aquel que careciere de ella. Haga este más penitencias, que hicieron todos los anacoretas juntos: tenga pegada la piel y los huesos por sus grandes ayunos: traiga todo su cuerpo prensado de rallos, y ásperos silicios: descarne a disciplinas todas sus espaldas: no descanse jamás sus miembros afligidos, sino en el duro suelo: dé su hacienda toda a pobres: haga cuanto bien quisiere: si no está en Gracia, no puede merecer con todo esto un adarme de gloria, ni es todo delante de Dios para este efecto agradable, ni más que si no fuese. Pero está en Gracia uno, con solo decir: Jesús y María, merece gloria eterna; y tantos cuantos actos buenos hiciere, merece más Gracia, y más gloria. Por ventura va a decir poco en esto. ¿Qué diferencia fuera entre dos Soldados, que uno, por haber recibido mil heridas de muerte, y haber batallado largos años, sudado, y afanado, y pasado muchas hambres, y fríos, y malas noches, sin desnudarse jamás, no le dieran más que un escudo por premio; pero a otro, solo por decir una vez que quería ir a la guerra, le diesen en galardón un reino entero; y después a cada paso que diese le fuesen dando nuevas Provincias, y Reinos? Mayor diferencia hay del premio de quien está en Gracia, al que no lo está. A este no le pagarán un punto de gloria por cuanto hiciere; a aquel le dan el Reino de Dios, no solo por cualquier cosa que haga, sino por quererla hacer. Esta diferencia ¿en qué va, sino en el estupendo valor de la Gracia, que así califica a quien la tiene, y a todas sus obras buenas? Pues ¿con qué se puede estimar cosa de tanta estimación, y que agrade tanto a Dios?

II.

Ruego por el mismo Jesús, que nos mereció la Gracia, que se pondere esto; y para mejor entenderlo, considérese, que es el premio que se merece por una obra de estas hecha en Gracia, y luego que es la obra: porque de ahí se conocerá mejor lo inmensa, que es la misma Gracia. San Pablo lo ponderó bien, diciendo, que lo que era momentáneo, y ligero en esta vida, obrará para la otra un eterno peso de gloria, y esa por excelencia, y sobre manera grande. Pues ¿qué es lo que puede dar tal peso a lo que es tan ligero, sino es arrimándosele otra cosa tan pesada? ¿Qué cosa puede igualar dos balanzas, que en la una esté una paja, y en otra un quintal? No puede ser, sino es que se eche donde estaba la paja otro quintal. Pues una acción tan ligera, como es querer solo

dar un jarro de agua al pobre, ¿cómo puede equivaler al peso de la bienaventuranza, y esa eterna? Peso tan inmenso no puede ser, sino es porque acompaña a la obra otra cosa de inmenso precio. La Gracia es este peso, que se arrima a obras tan ligeras, que las hace igualar con un peso de gloria eterna. El mismo apóstol dijo, que no eran iguales los trabajos, y penas de esta vida, a la gloria que nos ha de venir. No por cierto, no son iguales por sí; pero es tal la Gracia, que las hace igualar. ¡O inmensa dignidad, que haga a cosas tan momentáneas, y ligeras, dignas de un peso de eterna gloria, merecedoras del Reino de Dios! Fijemos en esto la consideración, y miremos qué es esta gloria, y este Reino, que con tan poco se merece. Gloria es la consumación de todo bien, la suma de todo gozo, la felicidad última, el fin para que fuimos creados, la posesión de Dios, la igualdad con los Ángeles, el cumplimiento de todos los deseos, el Reino de Dios. ¡O grande maravilla, que se da a una creatura el Reino de su Creador, y que se le dé por tan poco! Con razón se maravilla de esto y exclama San Pedro de Revena: *(Serm. 22) ¡O bondad de Dios tan derramada! ¡*O *piedad nunca oída*! ¡*O inefable amor! Levanta el pastor a las ovejas*, *a que entren a compañía en su hacienda: el Señor llama a los siervos a participación de su dominio: el Rey admite a la grey del pueblo al Principado de su Reino. Así da: así da aquel que dando*, *nada le puede faltar*, *ni disminuirse el Reino*, *ni desvanecerse su poder.* Tanto da *Dios* por la Gracia, y por cualquier obra nacida de la Gracia. ¿A quién no maravilla su grandeza? Reino de Dios, y este dado por un poco de agua, que se dé al pobre sediento, por decir Jesús de corazón, por un poco de paciencia que se tenga, por un buen afecto que se proponga, por un santo pensamiento que se conciba: ¿que se dé tan barato un Reino, y este Reino de Dios? ¿Qué cosa es el Reino de Dios? No es toda la tierra, no todos los Cielos, no todo este mundo elemental no el señorío de toda la naturaleza, no ser señor de los Ángeles: cosa mayor es, cosa más admirable: es su eterna bienaventuranza, la posesión de sí mismo, la independencia de otra cosa para ser dichoso, la felicidad eterna. Esto se da, y va multiplicando a los que están en Gracia, por cada obra buena que hacen, oh palabra santa que pronuncian, oh piadoso propósito que conciban: ¿qué es lo sumo que puede hacer el hombre, respecto de lo menos que puede dar Dios en el Cielo? Pues ¿qué será lo menos que puede hacer el hombre, que es un propósito bueno, respecto de lo sumo que puede dar Dios a los suyos, que es su bienaventuranza, y la posesión de sí mismo? ¡O si pensásemos esto, que es gloria eterna, y que es jarro de agua! ¡Que es un peso en que entra Dios poseído, y que es ligereza de un pensamiento solo de querer mi salvación! ¿Qué es lo que iguala cosas tan desiguales? La Gracia es por la dignidad que da a quien la tiene. ¡O mil veces bienaventurado, quien se confiesa con verdadero dolor! ¡O millones de veces dichoso, pues ha recibido tal dignidad, que todo cuanto hiciere bueno se le convierte en gloria! ¡O mil veces bienaventurado, pues a cada paso, que diere por Dios, merece una bienaventuranza, y esta eterna! Goce, pues, de este barato, logre intereses tan grandes, dese prisa a merecer reinos, hágase todo manos para coger bienaventuranzas.

Uno que está en Gracia, después de haberse reconciliado con Dios por los Sacramentos, no había de cesar de obrar bien, sino con una santa avaricia darse todo a

granjear más Gracia y gloria, pues se la dan tan de balde, dándose mucha prisa a merecer con santas obras mayor Cielo, y corona; y más, pues se junta en esto nuestro provecho, y el agrado de Dios. Esta es la causa porque siempre da prisa el Esposo Divino al Alma Santa. Una vez la dice: *Levántate, y date prisa, amiga mía, paloma mía*, *hermosa mía y ven.* Compárala a la paloma, por lo mismo, porque quiere que no solo ande, sino que vuele en su aprovechamiento. Y luego vuelve a instarla: *Levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven.* En otra ocasión la da la misma prisa, diciendo a voces: *(Ct. 4, 8) Ven del Líbano esposa, mía, ven del Líbano: ven, y serás coronada.* Aquí señala la causa, porque quiere tanto apresuramiento, que es muy justa, pues es para alcanzar nuevas coronas. En otra parte se agrada tanto de que se apresure el alma en santas obras, para subir a mayor gloria, que maravillado dice: *(Ct. 8, 5) ¿Quién es esta, que sube del desierto, derramando por todas partes amores*, *y delicias*? Siempre debe ir creciendo en santas obras, mereciendo más Gracia, y subiendo a mayor gloria, el que una vez se fía puesto en este estado divino. Y aunque es verdad, que por más pecados que uno tuviese, siempre debe procurar hacer obras buenas, porque aunque no merezca por ellas corona de gloria, sirven con todo eso de muchísimo, aprovechándole para que Dios use con él de misericordia, y no le sucedan más desgracias temporales, ni espirituales; pero los que están en Gracia tienen particular obligación de obrar siempre bien, por muchas causas; por ser más agradecidos *a* Dios, por corresponder a su estado, por agradar más a su Creador, y por merecer mayor gloria con lo que antes no podían merecerla, haciéndose cada día más santos, y justos. Por lo cual nos encomienda muchas veces el Espíritu Santo nuestra mayor justificación, y aumento de Gracia. Por el Sabio aconseja: *No tengas vergüenza de justificarte hasta la muerte.* Y en el Apocalipsis se dice: *(Ap. 22, 11) El que es justo se justifique más, y el santo se santifique más.* San Pablo, con oraciones pedía: *Vuestra caridad más, y más abunde.* Y a los de Éfeso los amonesta: *Crezcamos en caridad.* Esta ha de ser la ocupación de los que han recibido la Gracia, y caridad. Al que esto hiciere, llama David (Sal. 84 (83), 6) dichoso y *bienaventurado el hombre que pusiere su corazón en las subidas:* esto es, que siempre quiere subir *a* más grande santidad, disponiendo de tal manera sus obras, que una sea grado para otra, y el acto de una virtud sea escalón para otros más perfectos. A estos (dice el Profeta) les dará Dios su bendición: *Caminarán de virtud en virtud.* Porque como Salomón dijo: *(Pr. 4, 18) El camino de los justos es como luz resplandeciente, que va caminando*, *y crece hasta el día perfecto.* Esta es la obligación de los justos, resplandecer siempre con buenas obras. Esta ha de ser la tarea de los que acaban de confesarse, llevar frutos de santidad, *Los que estáis libertados del pecado,* (dice el apóstol: Rm. 6, 22) *y sois hechos siervos de Dios, teméis vuestro fruto en satisfacción*; esto es, no habéis de hacer otras obras, sino todas santas. El mismo San Pablo pide a los colosenses: (1, 10) *Andad dignamente fructificando para Dios en toda obra buena*, *y creciendo en ellas.* En tantas partes y otras muchas, se encarga en la Sagrada Escritura, cuanto debe procurar quien está en Gracia obrar siempre bien, y mejor: porque no es de perder el fruto de la gloria, que con las buenas obras recibirá muy barato. No se ha de dejar pasar la ocasión de tales ferias, donde se da la gloria tan de balde.

Agréguese a esto, que corre gran riesgo de perder la Gracia quien no la quiere doblar. Forzosa es esta negociación. Quien no quiere perder, ha de querer ganar. Temase siquiera la pérdida de lo que no se quiere granjearía. Nunca esté contento de su justicia, y obras, quien quiere solo guardarlas. Camino es de pecadores, no de justos, el estar parados. Género de presunción peligrosa es, sino se presume subir *a* la perfección. *Esto es* (dice San León) *(Serm. 2. Quadr.) la verdadera justicia de los perfectos*, *que nunca presuman que son perfectos; porque faltándoles ánimo de acabar el camino no acabando*, *no caigan en peligro de faltar allí donde dejaron el deseo y ansia de aprovechar*.

Todo esto he dicho, no solo para alentar a los siervos de Dios a que le agraden siempre, aunque no fuera sino por nuestro provecho; pero también, para que hagan todos mayor concepto de lo que es la Gracia, y lo mucho que a Dios agrada, pues le agradan tanto todas las obras que de ella proceden, y procure el cristiano devoto obrar, según la dignidad de hijo y amigo de Dios, y por agradar a quien tanto se agrada de un justo, y de cualquier acción suya. ¡O si entendiesen esto los hombres, y como nos agradaría Dios! ¡Y como tendríamos conformidad en todas las cosas, que hace su Divina Majestad! Dios se agrada de un alma que está en Gracia: ¿por qué el alma no se ha de agradar mucho de Dios? Dios se agrada de cuantas obras hace un justo con caridad: ¿por qué el justo no se ha de agradar de cuantas obras hace Dios con infinita caridad? Dios se agrada tanto de las obras virtuosas del que está en Gracia, por la suma hermosura que el alma tiene, porque es hija querida suya, porque es su amiga entrañable, porque es su esposa muy amada, y por las grandes riquezas de gracias, y dones que en ella ha depositado, porque con todos estos títulos está Dios tan prendado de amores del Alma Santa, y ella está en tal dignidad, que no hace obra de virtud, que fuere conforme a su estado, que no lleve a Dios los ojos, y ella sea de gran valor. Porque así como un Rey, que tuviese un hijo querido, unigénito, con quien de solo pensar en él se enterneciese, se agradaría más de cualquier hazaña, o servicio que le hiciese, que con muchos de sus esclavos: y sería aquella obra del príncipe más admirada, y alabada de los vasallos, que las mayores de los particulares. De la misma manera, como Dios ama al que está en Gracia más tiernamente, que ningún padre a su hijo; y el que está en Gracia está en tal dignidad, que no es menos que hijo del Altísimo: por eso se agrada Dios tan notablemente con cualquier servicio suyo; y cualquier obra del justo es más digna, y loable, que las de aquellos que no lo son. Ame, pues, el cristiano a Dios por títulos semejantes, *y* agrádese en cuanto hace su Divina Majestad, por su infinita bondad, y hermosura, por ser Padre providentísimo, amigo fidelísimo, y Esposo dulcísimo, y por las infinitas perfecciones, y riquezas de su misericordia. Agrádenos Dios por tantos títulos, agrádenos Dios en cuanto es, agrádenos Dios en cuanto hace.

CAPÍTULO IX. Cuan infinito cuidado se ha de tener de conservar la Gracia, por el grande interés de gloria que se sigue de las obras hechas en Gracia.

I.

De lo dicho en el capítulo pasado hemos de fijar un vivo sentimiento en nuestro corazón, de lo que importa conservar la Gracia, y no interrumpirla con pecado mortal; porque es para llorar con lágrimas de sangre, lo que pasa en esta parte, de los que confiando en la misericordia Divina, se arrojan a pecar, diciendo: Presto me confesaré. ¡O locos! ¿Dónde sabéis esto? Porque si Dios es misericordioso, también es justo. Infinitos están en el infierno, por haber hecho semejante cuenta, que es bien necia, y la más desvergonzada del mundo, abusando con ella de la infinita bondad de nuestro Creador. Pero demos que suceda así: ¿piensas que se pierde poco, en perder por una semana, *o* por un día la Gracia? Asombro es lo que se pierde, aunque luego te vuelvas a confesar, y te salves: porque dejado aparte la infamia, y horrendo abatimiento de quien está en pecado, la monstruosa deformidad en que cae, el ser aborrecido de Dios, y enemigo suyo declarado, el ser prisionero de Lucifer, todas son cosas, que el pensarlas, atemoriza: que ni por una hora, ni momento, son para sufrir, ni decirse. Piérdanse, pues, fuera de todo lo dicho, muchos bienes; y esto irreparablemente, aunque se confiese uno después: porque desde que uno peca, hasta que se confiesa, en cuantas obras hace no merece gloria: y esto es una pérdida inmensa; porque si estuviera en Gracia, por todas las obras buenas mereciera gloria; y porque no lo está, ya no la merece, ni con la Misa que oye, ni con la limosna que da, ni con la paciencia que tiene, ni con el ayuno que observa: y la gloria que había de merecer por estas obras, queda perdida enteramente, sin remedio alguno, aunque se confiese con más lágrimas, que derramó San Pedro por toda su vida; pero como ya he advertido, no por eso ha de dejar uno de obrar bien, y hacer todo eso, y mucho más: porque sí bien el pecador no puede merecer con sus obras gloria, merecerá perdón congruentemente, y se dispone para que Dios se apiade de él, que es un grande bien, aunque no tiene que ver con lo que mereciera si estuviese en Gracia. Supuesto esto, sería buena cuenta, de uno que tuviese gran cantidad de oro, y plata, con que cada día tuviese tanta ganancia, que lo doblase, si lo quitara todo de donde sacaba tan considerable ganancia, y echase en la mar, con esperanza, que dentro de un mes, *o* de ocho días, se lo habían de volver, lo cual no pudiera ser sin algún caso raro. ¿Este, aunque se lo volviesen por milagro, pudiera dejar de ser condenado por loco? ¿Pudiera por ventura decir, que no había perdido nada, pues había perdido tan notables intereses? Porque si no luciera aquel hecho tan necio, tendría doblado: ¿por ventura no es pérdida, que pudiendo hallarse con cuarenta, se halle solo con veinte? Claro está, que los veinte quedan perdidos. De la misma manera, ¿no se puede decir, que no ha perdido nada, quien por un mes, y aun por menos ha perdido la Gracia, aunque después se la restituyan? Pues al cabo del mes, cuando la vuelva *a* recibir, se hallará con mucho menos derecho a la gloria, que se hallara, si hubiera perseverado en Gracia. Esta pérdida

es irreparable, y va mucho en entrar en el Cielo con más, o menos Gracia; porque un átomo solo de Gracia vale más, que todo el universo. Pues ¿qué cuenta es decir: me confesaré, no importa que peque por ahora? ¡O maldita creatura, y desagradecida a tu Creador! Sí importa, que Dios no sea ofendido: sí importa, que no seas esclavo de Satanás: sí importa, que no se pueda decir de ti que fuiste alevoso a Dios: sí importa, que de cierto pierdes mucho, y de probable puedes perder todo. ¿Parécete cosa poco importante, que te pongas en tal estado, que te puedas quedar sin nada, y si no es que haga Dios una maravilla mayor que todos los milagros del mundo, haya de ser así, que pierdas todo? Esto será, si Dios no lo remedia con su brazo Omnipotente, porque consideradas tus fuerzas, y las de todas las creaturas, será imposible, sino que perderás todo, pues no hay fuerza en la naturaleza, que te pueda sacar de pecado. Pero demos, que salgas bien librado por la misericordia Divina, estarás con menos gloria, cuanta ganarías con las obras buenas, que entretanto hiciste: porque por todas las que obraste en desgracia de tu Creador, no merecerás un átomo de gloria. Por bien que libres, tienes esta pérdida cierta, y en esta pérdida pierdes más que si perdieras mil reinos. Mira con que juicio piensas, que es esto cosa de poca importancia.

II.

Agréguese a esto, que no solo se gana con las obras de los que están en Gracia más gloria, sino que también se recibe más Gracia; y esta no es de futuro, sino de presente, y con ella más caridad, y aumento de la perfección de las virtudes infusas, y de todos los Dones del Espíritu Santo. De manera, que con cada obra buena se merece gloria, que se ha de dar en el Cielo; y Gracia, que se da luego de contado; con lo cual crece desde luego la posesión de mayor Gracia, y caridad, y las demás virtudes sobrenaturales, conforme a San Agustín; el cual dice, *(Epist. 57 ad Dardanum)* que el Espíritu Santo por la Gracia habita en unos más que en otros; que no es por otra razón, sino porque en unos está mayor Gracia: y como por la mayor caridad, y obras mejores, se dice uno más santo que otro: así también se dice, que habita en él Dios más que en otros: y por consiguiente, que tiene actualmente más Gracia, que otros. Pues si un adarme de Gracia, vale más que quintales de honra, y gustos, y oro, y plata, y que todo el bien del Universo; qué locura es perder esta ganancia, y la que se espera de la gloria, por un gusto que se pasa o un pundonor vano, o una infame codicia? ¿Qué locura es, puesto un hombre en ocasión, en que puede quedar adornado con más Gracia, dejarla pasar? Por cierto, no habíamos de perder ocasión de merecer. ¡O siervo de Dios! A una palabra que te dicen de poca estima, ¿qué va en callar, *o* responder, aunque no se ofenda Dios gravemente? Si callas, te dan luego más Gracia, y te darán después más Gloria; si respondes te quedas sin nada: no va por cierto poco en esto. Pues en muchas ocasiones de estas, ¿qué irá al cabo del año, o al cabo de la vida? Si te acostumbrases a una vida santa, y devota, conforme al Evangelio de Cristo, viviendo con fervor, y caridad: ¿qué tendrás de más a más al cabo del día, al cabo de la semana, al cabo del mes, al cabo del

año, y cuando venga la muerte? ¿Qué va en ser uno fervoroso, *o* tibio? ¿Qué va en hacer dos o tres actos de mortificación más o menos al día? Irá tener cada día tres grados de Gracia de renta; al cabo del mes tendrás cerca de cien grados de más a más; al cabo del año serán cerca de mil doscientos: ¿será esta mala renta? Mas preciosa por cierto, que si tuvieras mil millones cada año. Y como la Gracia no se gasta, ni la puede hurtar el ladrón ¿cuánta tendrás al cabo de la vida? Demos que vivas solo diez años con este cuidado; no irá a decir menos, que entrar en el Cielo con casi doce mil grados de Gracia más, y poseer otros tantos de gloria, y esto por toda una eternidad. ¿Por ventura es cosa de poca monta gozar de Dios con doce mil grados de mayor gloria, y amarle con otros tantos mil grados de caridad? Gran cosa es esta, y no para perder. Pues que será en aquellos, que toda la vida es un perpetuo merecimiento, que pueden decir como el apóstol: Por ti nos mortificamos todo el día; de modo, que se hallará en la noche, que con todas las obras, palabras, y pensamientos han merecido. ¡Estos, cuando mueran, con que majestad, y riquezas de Gracia entrarán en el Cielo! ¿Por qué no te animas a procurar ser de estos? Y si no te alientas a tanto, si puedes hacer cada día veinte obras buenas, no te contentes con solo diecinueve; si puedes tomar cada semana seis disciplinas, no te contentes con cinco; si puedes dar cada mes treinta reales de limosna, no te contentes con un cuarto menos; si puedes ayudar cada año los Viernes, y Sábados, no te contentes con los Viernes solos; si puedes hacer cada cuarto de hora un acto de amor de Dios, *o* una comunión espiritual, no te contentes con que sea cada hora: guiándote siempre, no por tu cabeza, sino por tu Padre Espiritual, que tienes en lugar de Dios, sin perder un punto de merecimiento.

Esto se ha de entender, aunque no arriesgues cosa en no hacerlo, y aunque no ofendieses a Dios en dejar la obra meritoria; pero cuando se atraviesa disgusto de Dios, aunque sea el pecado más ligero del mundo, entonces mil mundos se han de hundir, antes que dejes de merecer más Gracia, y Gloria, y ofendas a tu Creador, por levemente que sea. En lo cual advierto, que aunque son libres las mortificaciones exteriores, de modo que sin ofensa alguna de Dios se puedan dejar con sus debidas circunstancias: pero la mortificación interior no es de esta suerte, porque no se puede dejar pasar un afecto desordenado sin ofensa de Dios, venial por lo menos. De modo, que dejarse de mortificar, y reprimir, es culpa. Y así, en este punto de la mortificación interior nos hemos de tratar sin misericordia, y mirar como necesaria esta mortificación, y ocasión de merecer: porque si no se merece Gracia mortificando la pasión que sobresale, se merece pena con el desorden de la voluntad, y se ofende con ello Dios. Y así, esta es la ocasión forzosa de mortificación, y merecimiento. Bien se pueden dejar de tomar muchas disciplinas, y de traer silicio sin culpa: pero ser una sola vez impaciente, *o* presuntuoso, no puede ser sin alguna culpa; ni un deseo libre desordenado, puede ser sin pecado, por lo menos venial, ni hay circunstancia que lo excuse: y así, no se engañe nadie, pensando que hace algo de supererogación en esta mortificación interior: porque no hace ninguna cosa más de lo que debe. A todo esto está obligado, no debe disimular en sí pasión desconcertada, que no corrija, ni propia voluntad, que no haga mil añicos. Toda esta fuerza es poca, cuando va en ello no ofender a Dios, y ganar más gracia. Y si esto se

debe hacer en cualquier mortificación del corazón, cuando se puede topar con pecado venial: ¿qué debe hacer el cristiano, cuando va pecado mortal en dejar de hacer alguna obra buena? ¿Qué furor más que de locos fuera, si puesto en este punto, o has de hacer un acto de virtud, con que merecerás más Gracia, y Gloria, o has de hacer un pecado mortal? ¿Dejarás esta ocasión de merecimiento? Porque en este estado, no solo perdieras la Gracia, que podías ganar, sino cuanto antes tenías. Aquí es forzoso reventar, antes que dejar de merecer Gracia, porque no se pierda toda la que tiene uno de presente, y la que tuviera con las obras buenas, si no pecase.

III.

De este aumentarse la Gracia de presente, por las buenas obras de los justos, sin aguardar a la otra vida, se ha de sacar otra consideración de gran importancia, para que conservemos la Gracia una vez adquirida. Y no se piense, que se perdería poco en perderla, aunque después se tornase a ganar; porque aumentándose la Gracia en el justo, viene también a crecer la dignidad de su persona, siendo más acepta a Dios, más digna en sí, y más estrecho amigo de Dios. De donde coligen muchos Doctores, que las obras buenas que hiciere, no solo serán merecedoras de gloria eterna, sino mucho más merecedoras: y que este merecimiento crecerá, al paso de la mayor dignidad que tiene: porque así como el que hace una obra buena, en acabando de confesarse bien, merece por ella gloria eterna, por estar en Gracia, lo cual no mereciera si careciera de ella: por razón de que la Gracia, como hemos dicho deifica tanto a la persona que la tiene, que da este valor inestimable a sus obras; así también parece, que siendo más digna, y más santa la persona, dignifica más a sus obras. De modo, que al paso de la Gracia, y santidad personal, será la grandeza del merecimiento: porque de la manera que un padre que tiene dos hijos, si a uno quiere más, se agrada más en sus obras, y le parecen mejor; así Dios, que tiene por hijos a todos los que están en Gracia, y quiere más a los que la tienen mayor, también se agradará más en sus obras. Esto es un consuelo grandísimo. Y fuera de que está puesto en razón, es cosa muy conforme a la liberalidad Divina, y amor que tiene a los justos, y más amor a los más justos, agradándose más en los que tienen más Gracia. Van en esto intereses grandísimos; por los cuales habíamos siempre de procurar obrar más, y mejor, y temblar de perder la Gracia, pues va tanto en ser más, *o* menos santo, no solo en el premio de la otra vida, sino en el de esta, por el valor mayor de las obras meritorias: porque entre dos Siervos de Dios, que tuviesen desigual Gracia, de modo, que uno tuviese sesenta grados, otro solo veinte; si estos hiciesen una obra igual en sí misma cuanto al efecto, y fervor, y las demás circunstancias; con todo esto recibirán premio desigual: porque si el que tenía veinte grados mereciese seis grados por aquella obra, y el que tenía sesenta recibiera tres doblados, de seis a dieciocho va notable diferencia: pues si en una obra sola va esta distancia, en las obras de todo el día, y de toda la vida, ¿qué notable diferencia irá? ¿Y cuánto irá de hacer una obra buena, más *o* menos? Porque la Gracia de la obra buena, según lo dicho, no para en sí sola, sino

redunda en todas las obras siguientes de todo el resto de la vida, que todas irán mereciendo más Gracia, por aquella obra más que se hizo. De modo, que dos que tuviesen sesenta grados de Gracia, y con ellos hiciesen, el uno en un día veinte obras buenas todas iguales, y el otro solo diecinueve, también iguales todas con las del otro: si por la primera que hiciesen merecieron seis grados, el que llegó a veinte obras, no solo tendrá más que el otro seis grados, por aquella obra de más que hizo, sino ciento catorce, por lo menos un grande exceso: porque redunda la Gracia mayor que adquirió en el mayor mérito de la obra, que según la proporción dicha, por lo menos es aquel exceso tan notable, y después por toda la vida tendrá esta ventaja más. No es creíble lo que va en hacer una obra buena más: y así tampoco es creíble el daño que es el dejar de hacer muchas, *o* dejar de merecer con ellas más Gracia, y Gloria, cometiendo pecado mortal: porque con todo lo bueno, que hiciere en este estado, no merece nada de Gracia: y así, aunque después se convierta, y salve, es increíble la pérdida que le quedará por toda la vida, por la interrupción de obras meritorias que tuvo, cuanto tiempo duró en pecado: porque no solo se pierde la mayor gloria, que pudo merecer con aquellas obras; pero la mayor dignidad, y santidad, que había de adquirir, y con ella dar mayor valor a todas las obras restantes de la vida. Esta es cosa de mucha consideración, que cuando se deja de hacer una obra buena, no solo se pierde el mérito de aquella obra, sino el mayor mérito de todas cuantas obras hiciera, que es cosa de notable importancia. Pues ¿con qué seso podrá uno decir, que poco importará el pecar como después se confiese? Porque aunque después se confiese, importan muchísimo muchos, y muchísimos grados de Gracia, y Gloria, de cuyas ventajas no gozará por toda una eternidad, por haber pecado.

III.

Y porque temblemos más de todo pecado, para no perder la Gracia, ni por un instante, por parecer no se pierde nada, si después se vuelva en confesando, se ha de advertir lo que enseñan insignes Doctores, *(*Vazq. 12. *disp. 221.* V. Meraciura, *tom.* 3. *Tract. de paenis. Disput. 16 cap.* 2*)* que aunque es verdad, que cuando uno que estuvo en Gracia, y después pecó, reconciliándose otra vez con Dios, se le restituye toda cuanta Gracia había merecido antes con sus obras, pero no la Gracia que le habían dado en los Sacramentos que había recibido, sino que esta se queda pérdida. De modo, que reciba solo la Gracia de las buenas obras, no la de los Sacramentos. Si esto es así, ¿cómo puede decirse, que no se pierde nada pecando, pues irreparablemente, y para siempre, se pierde tanta Gracia, como en tantos sacramentos se recibe, y queda perdida, aunque se restituya uno a la amistad de Dios? De modo que si uno hubiese recibido doscientos grados de Gracia, por las confesiones, y comuniones que había hecho, y peca por un momento solo, porque luego se arrepintió de corazón, aunque reciba por la contrición nueva Gracia, y le vuelvan la que había ganado antes por todas las buenas: con todo eso se quedará sin aquellos doscientos grados, según la doctrina referida. Lo cual es cosa de gran consideración, y mucho para reparar, no solo por la pérdida de aquellos doscientos

grados, sino también por el menoscabo de dignidad de las obras buenas, con que quedará de allí adelante correspondiente a aquella cantidad de Gracia: porque si este hombre antes de pecar, por razón de aquella mayor dignidad, que tenía con los doscientos grados de Gracia de los Sacramentos, merecía con una obra buena cincuenta grados más de Gracia, después por haber pecado, aunque se confiese, y reconcilie con Dios, tendrá estos cincuenta grados menos, por las buenas obras que hiciere; y todo lo que pudiera ir ganando, si no los hubiera perdido, que viene *a* ser muchísimo, por todas las obras, palabras, y pensamientos de toda la vida. ¿Acaso es poco todo este menoscabo de Gracia? ¿Porque si uno conociera lo que es perder un solo minuto de Gracia y Gloria, le causaría asombro; el perder tan innumerables grados qué será? Y si bien es verdad, que no concuerdan todos los Escolásticos en esta sentencia, de que no se restituye la Gracia de los Sacramentos; pero si fuese así, claro está que se perderá todo lo dicho: y en cosa de tanta importancia, cualquier contingencia es de grande consideración. Y no parezca a nadie menudencia los cómputos, que en este capítulo hemos hecho: porque tan menuda cuenta, y razón, es justo tengamos en cosa de tan grande estima. Lo cierto es, que podrá ser más lo que se pierde, que lo que en este capítulo hemos significado, y se pudieran hacer cómputos que espantaran. Dios nos dé su Gracia, para que no perdamos punto de Gracia, y merecimientos, y nos dé a entender cuanto se pierde, por solo estar espacio de un Ave María en pecado mortal.

CAPÍTULO X. Lo que ha de ser estimada la Gracia, por hacer las obras buenas, que satisfagan por las penas de los pecados.

I.

También nos debe hacer mucho peso para estimar la Gracia, que no solo da valor para merecer la vida eterna a las buenas obras, que hacemos, sino también les da virtud para satisfacer por las penas, que por nuestros pecados merecíamos: lo cual no tienen las obras de los que carecen de la Gracia: y es también esto cosa de notable consideración. Para lo cual se ha de entender, que por los pecados que hacemos somos dignos de penas, y tormentos, en castigo de habernos apartado de Dios, y vuéltole las espaldas, por volver la cara a las creaturas perecederas, y haber puesto en ellas el corazón. De suerte que aunque se nos haya perdonado toda la culpa, no se suele perdonar toda la pena que por la culpa merecíamos, sino que quedamos deudores de ella, por la cual hemos de satisfacer en esta vida; y si no Dios tomará de ella satisfacción en el Purgatorio, si uno se salva, *o* la castigará en el infierno, si se condena. Como si dos hombres fuesen enemigos, porque uno hubiese agraviado a otro, haciéndole algún daño, e injusticia, y después se hiciesen amigos; no por eso quitaba, que quedase el agraviador, aun después de reconciliado, con obligación de satisfacer el daño que había hecho: porque muy bien podía el agraviado admitir al que le agravió por amigo, perdonándole la ofensa que le hizo, no la deuda que de allí resultó. De la misma manera, aunque a uno se le perdone la ofensa que hizo a Dios, no por eso se le perdona toda la pena que de allí nació, y debe pagar, y así ha de irla pagando con santas obras de penitencia, limosna, y oración, y otras, y con llevar con paciencia las calamidades, enfermedades, dolores, y otros trabajos, que Dios le envía. De modo, que no hay obra buena ninguna, ni trabajo llevado en paciencia, que no pueda satisfacer, para que no le paguemos en la otra vida, donde se paga con incomparable más rigor de tormentos, que en esta. Pues la desdicha, y mala ventura del que carece de Gracia, es, que con cuanto hace, y padece, no satisfacerá un adarme por la pena de sus pecados: no solo por la que debe por los que actualmente tiene por confesar; pero ni aun por la pena que quedó a deber de cuentas antiguas; (digámoslo así) esto es, de los pecados pasados, que ya había confesado y se le habían perdonado.

Esto es cosa de más momento de lo que parecerá a algunos, por lo mucho que se pierde en ello; y si no se hace concepto de las terribilísimas, y largas penas del Purgatorio, y las eternas del infierno, no podrá hacer juicio cabal de la importancia de este punto: porque aunque uno, que carece de Gracia, padeciese cuanto padecieron los Mártires, *y* padeció el mismo Cristo, no pagaría con todo por la pena más mínima, aun de los pecados ya perdonados; de suerte que cuanto mal padeciere que suele ser mucho, y cuanto bien hiciere, no le puede hacer que satisfaga por nada. Al contrario es quien está en Gracia, que con cuanto bien hace, y con cuanto mal sufre, se le va descontado de la pena que debe por pecados antiguos. De manera, que con todas sus buenas obras

va satisfaciendo, y disminuyendo, y extinguiendo lo que en el Purgatorio debía pagar, que sería cosa horrenda, porque son terribilísimas aquellas penas. San Bernardo dice, *(Serm. de Obiti Humberti.)* que allí se han de pagar cien doblado las negligencias que en esta vida se cometen: mira si va poco de ciento a uno. ¿Quién hay que debiendo cantidad de mil ducados, hallara traza de salir de aquella deuda con solo pagar diez? El Cielo le pareciera que se le abría, y no pensara que iba poco en esto. Pues lo que hace quien está en Gracia con sus obrases satisfacer con uno por ciento: quien carece de Gracia, por uno que deja de pagar, pagará a lo menos ciento, con que le saldrá la burla muy pesada. Otros Santos hablan de tal manera en este punto, que San Bernardo queda corto; porque más exceso que cien doblado significan. San Gregorio dice, que son más grandes las penas del Purgatorio, que las penas más crueles de los mártires. Santo Tomás explica, y aumenta más esto diciendo, que las penas del Purgatorio no solo son mayores, que las de todos los mártires, sino también que las que padeció el Salvador en su Pasión, y Muerte dolorosísima. San Agustín dice, *(Lib. de Cura pro mortuis, cap.* 8*)* que aquel fuego es sumamente penoso, porque excede todas las penas, que jamás sufrió algún hombre en esta vida. Nunca se ha hallado pena, que con aquellas se pueda comparar, por atroces, y raros tormentos que hayan padecido los mártires, y otros hombres facinerosos, por sus delitos. San Anselmo extiende, y aventaja este rigor de las penas del Purgatorio, a todo lo que es posible padecerse en esta vida. San Cesario declaró esto más terriblemente, no contentándose con que excedan a todo dolor posible, que puede suceder en esta vida, sino a todo lo que se puede pensar; y así dice: *(Comment. in epist. I. ad Corint. cap. 3) Aquel fuego del Purgatorio es más duro, que todo lo que de penas puede en este siglo acontecer*, *o sentirse*, *o pensarse.* Los Teólogos dicen comúnmente, que es el fuego del Purgatorio el mismo en especie, que el fuego del infierno; y así no hay que espantar, que sean tan terribles aquellas penas, principalmente, pues se dan con consideración a la gloria, para que purifiquen, y a la gravedad de los pecados, porque satisfacen. Uno, y otro es una cosa inmensa, la gloria de bien, y el pecado de mal. También se considera la eternidad horrible del infierno, cuyas penas eternas se conmutan en las temporales del Purgatorio. Y así como un infierno eterno es para asombrar: así aquello, en que se conmuta lo eterno, y más guardando Dios leyes de justicia, es para espantar. Además de esto, obra allí el brazo Omnipotente de Dios extraordinariamente, no por medios naturales, como son los dolores de esta vida, como los significó por el profeta Isaías (1, 25), cuando dijo: *Yo convertiré sobre ti mi mano y coceré tu escoria hasta apurarla, y quitaré tu estaño: después de lo cual te llamarás Ciudad del justo, y fiel.* El convertir Dios su mano es cosa que significa mucho, como está empleada toda la Omnipotencia de Dios, significada por la mano, en aquel fuego limpiador: como si dijera, que es tan poderoso en el Dios, como si no se ocupara en otra cosa ni se divirtiera a obrar en otra parte; sino que todas sus fuerzas convirtiera, y ocupara en aquella obra de rigor. También decir Dios que apurará, significa muchísimo; y así sin duda son mayores aquellas penas de lo que podemos pensar. Lo cual todo confirman varias apariciones, y revelaciones, que ha habido de aquellos tormentos, aun por faltas pequeñas, y veniales, que excedían a todo lo que en esta vida se puede padecer; y si pecados ligeros, y pocos,

son castigados tan severa, y extraordinariamente, ¿qué sería las penas de los graves, y muchos?

Esto es acerca de la pena de sentido del Purgatorio: porque la pena de daño, que es dilatarse aquel bien inmenso de la gloria, y estar privado de ver a Dios por toda aquella detención, con los ardentísimos deseos de gozarle, que allí tienen las almas, y no los ven hasta entonces cumplidos, es una pena mayor, mucho que la de sentido, para aquellas santas Esposas de Cristo, que están abrasadas de divino amor. A David, con no estar padeciendo, antes con la esperanza, *o* posesión de la potencia de un Reino tan grande como fue el suyo, donde resplandeció su Púrpura Real, asentado en Trono tan soberano, coronado con diadema tan preciosa, servido, y amado de todos, sin faltarle nada de la felicidad de esta vida; con todo eso, no le parecía nada toda su grandeza, y dicha; y los regalos y contentos, y fortuna de esta vida estimaba por miserias, todo por las ansias que tenía de gozar de Dios: y así sus vivos deseos le hacían prorrumpir en gemidos, y quejas con que muy sentidamente se lamentaba: *Ay de mí, que se ha alargado mi destierro mucho tiempo ha sido desterrada mi alma.* Estas voces de tanto sentimiento le hacían dar los deseos, que en, otra parte dice: *(Sal. 42, 1-2) De la manera que desea el ciervo las fuentes de las aguas, así mi alma te desea a ti, Dios: cuando vendré, y me apareceré delante de tu rostro.* Y si estos deseos, y ansias de David eran por andar lejos del Santuario, y desearle visitar; mucho más confirma la grandeza de sentimiento, y pena que tendrán las Almas Santas por verse detenidas en el camino, y que no llegan a su patria a gozar de Dios, y ver cara a cara su Creador, y mas no estando en regalos, sino en tales tormentos. Verdaderamente no es encarecimiento lo que dice San Cesario, que se padece allí más de lo que se puede pensar: y como dijo San Bernardo, que se padece en el Purgatorio cien doblado más que en esta vida. Pudiera decir sin mucha exageración, que se padece mil doblado de lo que en este mundo se suele sufrir: porque si en esta vida hay tan grande diferencia de los tormentos extraños, que algunos han padecido, respecto del dolor de la disciplina, y silicio, y pena del ayuno, y otras penalidades, por la dificultad de las obras virtuosas: que sean mayores los tormentos de los tiranos, o de las enfermedades, que las penitencias de los Religiosos, cien veces más, y aun mil veces más: que serán las penas excesivas de daño, y sentido del Purgatorio? ¿Y cuántas ventajas harán a las penalidades de la virtud?

II.

Pues díganme ahora los que más bien se aman, ¿con qué podrán pagar el privilegio que les da la Gracia, y con qué lágrimas podrán lamentar lo que se pierde sin ella, pues da la Gracia este notable privilegio, que con cuantas buenas obras hacen los que la tienen, y malas les hacen, llevándolas con paciencia, purguen uno por mil, por lo menos por ciento? ¿Qué dichoso fuera uno en la República, a quien el Rey hubiese hecho este privilegio, que su real valiera mil? Porque con bien poco se desempeñará de mucho, pues con once reales pagara por mil ducados. ¿En qué precio se puede estimar esta

prerrogativa de la Gracia, por la cual, las obras que no valían cosa alguna para satisfacer en esta vida, ya valen para eso; y no solamente valen, sino que valen con tanto exceso, que por una pena se satisfaga por muchas, y por una obra de virtud, que se hace en un momento, se paga por mucho tiempo de dolor? Parece, que por lo menos se paga por las penas de sentido ciento doblado, conforme a lo que dice el Salvador del Mundo, que quien dejare alguna cosa de esta vida por él, recibirá ciento y tantos, y después poseerá la vida eterna. Esta sentencia de nuestra Redentor tiene entre los Sagrados Intérpretes dificultad en su explicación, como se puede entender, que antes de la vida eterna se reciba en esta vida cien doblado por lo menos, por cualquier cosa que se dejare por Cristo; pero puede tener sentido muy acomodado, según lo que vamos diciendo, si cada obra de virtud, hecha en Gracia de Dios, tiene estas dos cosas, de ser merecedora en la otra vida de la gloria eterna, y en esta vida ser satisfactoria por ciento y tanto: de manera, que quien en esta vida se priva por Dios de un gusto, *o* se da algún disgusto, es como si se diera cien disgustos, *o* se privara de cien gustos, e hiciera ciento y tanto, para que en el purgatorio se tenga menos de tormento ciento y tanto. A lo cual parece, que miró San Bernardo, cuando dijo, que en esta vida se padecía ciento y tanto menos que en el Purgatorio. Lo cual es un bien inestimable entre otros muchos de la Gracia, y que nos ha de animar grandemente a hacer y padecer por Dios todo lo que pudiéremos; porque no solo han de procurar los justos evitar el Purgatorio con no cometer pecados veniales, pero también con hacer obras buenas; porque muchos tendrán gran Purgatorio, no solo por comisión de pecados nuevos, sino también por omisión de actos virtuosos, con que extinguieran las penas debidas por los pecados antiguos.

Goza también otro notable privilegio quien está en Gracia, porque tiene a su voluntad la disposición de la satisfacción de sus obras: de manera, que cuando él no tuviese deudas de penas por sus pecados que pagar, y aunque las tenga, si quiere hacer a otro esa misericordia, puede satisfacer por quien quisiere, y hacer bien a otros justos, vivos, o difuntos, como le diere gusto, aplicándoles sus obras, y satisfaciendo por ellos, como si por sí satisfaciera.

De todo esto carece quien está privado de Gracia, porque no solo no puede satisfacer con sus obras por diez: pero ni mil por uno: antes no pueden valerle, para que satisfaga cosa alguna. De modo, que por mucho que padezca, por enfermedades que tenga, por necesidades que sienta, por miserias que sufra, no puede pagar mientras está sin Gracia ni por un adarme de las penas que debe, y ya que por sí no puede satisfacer, menos puede por otros, con lo cual pierde más de lo que se puede pensar, sea se salve después, sea se condene: porque si después se arrepiente, y se salva, tendrá aquello más que penar, cuanto pudiera haber satisfecho, y no lo hizo en el estado antecedente, cuando estuvo sin Gracia; y si se condena, claro está, que lo pagará todo en el infierno. De manera, que aunque uno supiera que se había de condenar, había de procurar estar en Gracia todo lo que pudiese, porque cuanto más hubiese durado en este estado, tanto más habría satisfecho por las penas que debía; y así, tuviera eso menos que penar en el infierno. De todas maneras es provechosa la Gracia; y un instante más que esté uno en ella, es de grande consideración, de cualquier manera que sea: y un momento más que

carezca de ella, es de incomparable daño: porque por una obra buena que hiciese en un instante, mientras tuvo Gracia, aunque después se condene, satisface por algo de las penas que debía por los pecados antecedentes, y eso tendrá menos que penar en el infierno, lo cual tendría más de tormentos, si no hubiera estado por aquel poco tiempo en Gracia: porque aun de los pecados perdonados, cuanto a la culpa, si no se ha satisfecho por la pena, se habrá de pagar en el infierno, si uno después muriese sin Gracia. Considérese de todo lo dicho, los bienes que causa estar en Gracia, cuya dignidad es tanta, que pueda un hombre con ella satisfacer totalmente a Dios en esta vida por todos sus pecados, y no puede Dios pagarle en esta vida totalmente una obra hecha en Gracia, aunque le diese todo el mundo, y el señorío de los Ángeles, y cuantos bienes creados hay, y puede crear. Solo el mismo Dios, poseído eternamente, con la gloria de la bienaventuranza, es digna paga de una obra hecha en Gracia.

CAPÍTULO XI. Otro privilegio incomparable de la Gracia, es que por ella está uno eternamente en la comunión de los Santos participando de todos sus bienes espirituales.

I.

Otro privilegio grande de la Gracia es hacer al que la tiene capaz de las obras satisfactorias de los Santos, y de todos sus bienes espirituales, gozando entera, y cumplidamente del bien que hay en la comunión de los Santos, participando da todas sus riquezas. Lo cual no tienen así los que están sin Gracia: porque no tienen aquella causa de alegría, como tenía David, cuando dijo al Señor con gran gozo de su alma: *participante soy de todos los que temen, y guardan tus mandamientos.* Con razón se goza de esto el Santo Rey: porque es una cosa de grande honra, y provecho, ser uno participante de todos los bienes espirituales de los Santos del Cielo, y Tierra: mas los pecadores están excluidos de muchos de estos bienes, y descomulgados de gran parte de ellos; porque lo primero les falta el espíritu de vida, y alma de la Gracia, estando muertos a Dios, pues no vive en ellos el Espíritu Santo, que mora y vivifica a todos los Santos. Además de esto, no son capaces de la satisfacción de las obras de los justos: porque ni ellos pueden satisfacer por sí ni por otros: y así no comunican en este privilegio tan grande. A lo cual se añade, que ni otro puede satisfacer por ellos, no solo para alcanzarles perdón de la culpa de condigno, como hablan los teólogos; pero ni la remisión de la pena: porque siendo capaz uno que está en Gracia, que otro siervo de Dios satisfaga por su pena, no lo es el que está en pecado. Fuera de esto, los que están sin Gracia no comunican en el bien de las indulgencias, no tienen parte en el tesoro riquísimo de la Iglesia, para que se las puedan aplicar. Tampoco pueden comunicar en cinco Sacramentos, de los cuales solo pueden participar los que están sin pecado mortal. De la misma manera están sin tener parte en el perdón de las deudas de los pecados, que se alcanza por el sacrificio de la Misa. Todas estas cosas son de notable consideración, y se pierden sin ellas bienes inestimables, y se cae en miserias, y malaventuras grandes. Y dejando aparte lo que en otra sazón hemos ponderado, de carecer el pecador del Espíritu de Dios, y de los Santos: ¿qué mayor desdicha se puede imaginar, que debiendo uno alguna grande deuda, si hubiera una ley, que nadie pudiera dar un centavo a aquel hombre tan necesitado, para ayudarle; de suerte que repartiendo hombres ricos grandes limosnas, y derramando dineros a montones a quien querían, solo a tal persona no le alcanzase una blanca, y ella estuviese inhabilitada para recibirla? En esta desdicha está quien carece de Gracia el cual debiendo a Dios pagar las penas de sus pecados, ni él puede mientras está en este estado, ni pueden otros ayudarle para esto: y repartiendo los siervos de Dios la satisfacción de sus obras liberalísimamente a quien quieren, a ellos no les dan, ni pueden dar una migaja de ellas, ni aunque les dieran todas, pudieran ayudarles a satisfacer de la más mínima de las penas que deben. De suerte que aunque aplicasen los Mártires todos cuanta satisfacción tenían sus tormentos, los Patriarcas sus limosnas,

los Profetas sus ansias, y deseos, los Apóstoles sus trabajos, los Confesores sus penitencias, y Santos Religiosos sus observancias; y aun si la Virgen Santísima les ofreciera los inestimables tesoros de sus merecimientos, para satisfacción de las que deben, no fueran admitidos, ni les aprovechará cosa alguna toda la satisfacción de los Santos. Y lo que más es, ni la infinita satisfacción de Cristo fuera admitida, ni lo pudiera ser, para que se le perdonase al que está sin Gracia la deuda de las penas que debe, en cuanto por estar en pecado mortal merece de suyo ser castigado. Además de esto, del tesoro de la Iglesia, riquísimo sobremanera, están privados, para que no puedan gozar de las indulgencias, ni que otros las puedan ganar por ellos: lo cual es otra gran desdicha de los que carecen de Gracia. Por muy desdichado hombre se tuviera, el que no teniendo que llegar a la boca, y repartiéndose en su República los tesoros de ella entre todos los demás, con que se hacían riquísimos, a él no le cupiese un centavo solo, quedando infinito dinero sobrado, y baldío. Esta desdicha tiene el pecador, porque del Tesoro inmenso de la iglesia no se le puede hacer merced de parte alguna, para satisfacer por sus deudas, repartiéndose tan liberalmente a otros, y quedando infinito sobrado. De suerte, que ni a él dan nada de esto para sí, ni a otros para que se lo puedan dar a él. Lo mismo es del Sacrificio Santo de la Misa, cuanto a la satisfacción de las penas de sus pecados, y también del Santísimo Sacramento, y los demás Sacramentos de los vivos, que no les valdrán, para que por ellos se les perdone alguna deuda: antes si llegan a ellos estando privados de Gracia, contraen nuevas deudas de culpas, y penas. Solo les queda libre a los cristianos que están sin Gracia, el Sacramento de la Penitencia, para que por él se reconcilien con Dios; y mientras no lo hicieren, están privados de los demás. Pues ¿qué mayor desdicha, que estando francos muy grandes tesoros, para que todos los que llegan saquen de ellos todas cuantas riquezas de oro y plata pueden llevar a cuestas, si uno fuese tan malaventurado, que no pudiese llegar a ellos, y si llegase, no sacase sino carbones, y veneno, que le dañase? Esta miseria tiene quien carece de Gracia, que no puede llegar a tan ricos tesoros, como es el Cuerpo, y Sangre de Cristo, y los otros cuatro Sacramentos de vivos; y si llega, no sacará para sí sino condenación eterna. En todas estas cosas está el que carece de Gracia descomulgado, y maldito de Dios, y fuera de la comunión estrecha, y total de los Santos: *Y no es necesario* (dice un Doctor) (V. Salian lib. 6 de timore Dei cap. 27) *para contraer delante de Dios esta censura, que fulmine, y tire este rayo algún pontífice sobre la cabeza del que peca: tu misma conciencia. ¡O desdichado pecador! Te hace delante de Dios, y de todos los Espíritus Celestiales, que no tengas parte en esta comunión. Si una ardiente calentura abrasa tus entrañas, por ventura no estarás enfermo, aunque el médico no lo diga. El decirlo el médico supone que estás enfermo, no hace que lo seas; como el homicidio hace al matador digno de castigo, antes que el juez pronuncie la sentencia de muerte, con que declara el crimen: al contrario, si a un justo inocente, convencido con testigos falsos, castigare su superior con censura, como a delincuente, si muriere, no hallará el Cielo cerrado, y mientras viviere será participante de la Gracia, con que todos los Santos viven: como miembro que tiene vida, y que está unido con los demás, aunque para lo exterior esté como muerto y apartado; porque el ramo del árbol, que en el rigor del*

invierno parece seco, con todo eso, en lo interior vive, y trae vida, y jugo vital de su raíz. Pues si una censura de la Iglesia es tan formidable, que algunas veces aun los hombres más perdidos la tienen por sumo mal, y deshonra: si les parece cosa horrible ser privados del Sacrificio de la Misa, de la entrada de los templos, de la sepultura sagrada, de llegar a los tribunales, de testificar, de estar presentes a las oraciones comunes, de ofrecer con los demás en el Altar, y otras cosas a este modo: ¿cuánto más formidable cosa es un pecado que propiamente priva al hombre de la comunión, antes que sea denunciado? Y si el temor de la descomuuión compele a los hombres a hacer, y decir lo que de otra manera no quisieran, aunque les mataran: ¿cómo no se muere de miedo el pecador, y tiembla de esta oculta descomunión? ¿Por qué no pelea hasta morir, por no venir a tan gran desdicha? ¿Cómo por cosas que no tienen ser, ni sustancia, como el deleite, la honra, el interés, que se encuentra con la Ley de Dios, permite ser prescrito, entregado a Satanás, y ser borrado de la lista de los hijos de Dios?

II.

¡O temeridad del pecador, que se arroja a tanto mal, y pierde tanto bien! Que hace quien peca, sino decir con sus obras: No quiero tener parte con los buenos: no hago caso de sus bienes, ni que me quieran bien: no quiero tener a Dios por Padre, ni al Espíritu Santo por vida, ni a los Ángeles por hermanos: renuncio todo el derecho del Cielo, que por el Bautismo adquirí: protesto que suelto la palabra de cuantas promesas me ha hecho Dios: no quiero pagar a mi Creador las deudas que le debo, ni que otros las paguen por mí: yo me vuelvo a entregar al demonio, a quien antes dejé; arrepentido estoy de haberme llegado a Dios, de haber sido escrito en el número de los Santos: no quiero participar de loa Sacramentos de Cristo nuestro Redentor: al Demonio quiero servir: no se me da nada que haya muerto por mí el Hijo de Dios: quiero que su Sangre, que a otros fue medio de salud, a mí me sirva para morir eternamente; los trabajos de mi Redentor, su sudor, sus oraciones, sus ayunos, sus lágrimas, su Pasión, su Cruz, no quiero que me aprovechen más que a Lucifer: con él quiero condenarme: con los Demonios quiero tener parte, no con Jesucristo, ni con sus Santos? ¡O espantosa ceguera del pecador! O juicio errado, que cosas de tanta importancia no las estima, ni sabe hacer aprehensión de ellas. ¡O miserable de ti: desdichado de ti, que te afrentarías ser echado como descomulgado de una Iglesia, si fuera delante de algunos hombres, por pocos que fuesen; y que ser echado del Cielo, y estar privado de ser ciudadano de la Celestial Jerusalén, ser apartado de los Santos, ¡no lo tienes en nada! No quisieras ser escrito en una tablilla de los descomulgados, y quieres ser borrado del libro de la Vida, y del Catálogo de los hijos de Dios. Asombro es éste desatino de los hombres, que por ser participantes con las bestias en sus gustos, no quieran ser participantes de los Ángeles en sus glorias: por comunicar con los brutos en sus pasiones, no quieran gozar de la comunión de los Santos en sus virtudes: que por cometer un mal, no quieran, ni puedan

tanto de bueno. En todos estos bienes está el pecador fuera de la Comunión entera de los Santos; pero goza de ellos el que tiene Gracia: porque el mismo Espíritu que vivifica a los Serafines, y endiosa a los Bienaventurados, participa él, y tiene dentro de sí; satisface con todas sus obras buenas por las penas que debe, y puede satisfacer por quien quisiere, y otros justos por él: goza francamente del tesoro de la Iglesia, del Sacrificio de la Misa, de los Sacramentos, y de otros muchos bienes espirituales; de modo, que por solo esto, aunque no tuviera otra grandeza, sería incomparable bien la Gracia; pero siendo tal bien, que está lleno de tantos bienes, ¿cómo se debe estimar? Y es bien que está lleno de bendiciones de Dios, y de sus Santos, de cuyos bienes comunica. Dios echa por bendición al que está en Gracia, que todos le bendigan, no como al pecador, que como descomulgado, está maldito. A quien está en Gracia conviene aquella bendición de Dios: *Echaré mi bendición a quien te echare bendiciones*; *y echaré mi maldición a quien te maldijere.* Pero los que carecen de Gracia son tan malditos, y descomulgados, y tan execrables a Dios, que aún lo bueno que parece que tienen les es abominable, y como descomulgados no quiere hablarles, ni quiere que le hablen. Por ventura pudiérase hacer más con un descomulgado, que lo que amenaza Dios a unos pecadores por el Profeta Isaías (1, 15) *Cuando extendieres vuestras manos*, *apartaré mis ojos de vosotros*; *y cuando multiplicares la oración no os oiré.* Por el mismo Profeta, y por Amós, y Malaquías, abomina de los sacrificios que le hacían los malos, del incienso que le ofrecían, de las fiestas que le hacían. El Sabio dice (Pr. 28,9): *El que aparta sus orejas para no oír la ley*, *su oración será execrable.* Y en un salmo prohíbe el Señor al pecador contar su justicia, y tomar su testamento en la boca. David, que era según el corazón de Dios, y conocía, que quien está sin Gracia es maldito, y descomulgado, y execrable al Señor, le echa en varias partes grandes maldiciones, y una vez está tan terrible, que dice: *Su oración se le vuelva en pecado.* Los ángeles también como se cuenta en las vidas de los Padres, huyen de los pecadores, tratándolos como descomulgados. Al Profeta Jeremías le mandó el Señor no orase por los malos de su Pueblo, diciendo: *No quieras orar por este Pueblo*, *ni hagas por él oración, ni alabanza; y no me resistas porque no té oiré. A* este extremo, y aborrecimiento pueden llegar algunos pecadores, que ni Dios se agrade en sus oraciones: porque no son para querer salir de pecado, ni quiere que sus siervos rueguen por ellos. El pecador, como pecador, siempre es detestable, y maldito de Dios, y ninguna cosa, que como tal hiciere, le puede agradar: si bien es la misericordia Divina tan grande que cuando le piden los pecadores su Gracia, y perdón de los pecados, les oye, y favorece, y quiere que se la pidan; es tan grande la excelencia, y dignidad de la Gracia, que gusta que los que la tienen oren por los que carecen de ella, mandando a sus siervos intercedan por ellos, para que salgan de su desdicha, y miseria, y maldición eterna; porque los justos, que están en Gracia, son los benditos, los agradables, los favorecidos, los amigos del Señor; los que conversan con los Ángeles, que con particular providencia les guardan los que comunican en todos los bienes de los Santos.

CAPÍTULO XII. La Gracia que se da a los hombres, tiene mayor título para ser estimada, que la Gracia que se dio a los Ángeles.

I.

Después de tantas excelencias de la Gracia, se debe advertir, que la Gracia que gozamos los hombres, tiene porque se haya de hacer de ella mayor estimación, que la Gracia que *se* dio a los Ángeles, por algunas circunstancias más excelentes, que la suben de punto. Además de esto, la Gracia que se dio a los hombres antes de nacer Jesucristo nuestro Señor, y bien del linaje humano, no tuvo las calidades que tiene la que se da en nuestros tiempos, después que el Hijo de Dios nació, padeció, y murió por nuestra redención, como luego declararé: para que veamos cuan agradecidos debemos estar a Dios por este tan singular don, pues por él le debemos más que los mismos Ángeles: que si bien la esencia, y naturaleza de la Gracia es la misma en los Ángeles, y en todos los hombres: con todo eso, tiene algunos privilegios, y prerrogativas la Gracia que se da a los hombres, por las cuales la debemos estimar más, y Dios la estima más, mirándola con particulares ojos. De manera, que siendo la Gracia en sí tan preciosa por su misma naturaleza, y tan admirable, como hasta aquí hemos dicho, y causar tan milagrosos efectos, enriqueciendo al alma con tantas joyas, y riquezas de virtudes infusas, y Dones del Espíritu Santo; con todo eso tiene nuestra Gracia mucho porque ser estimada más que la que se dio a los Serafines. Se compró nuestra Gracia con la Sangre del Hijo de Dios, y costó a Dios infinito; pero la Gracia que dio a los Ángeles no le costó nada, y la estimación de las cosas no es siempre por lo que son en sí, sino por su costa. Y pues la Gracia que se nos da a nosotros costó precio infinito, infinitamente la debíamos estimar, y ser por ella agradecidos a Dios infinitamente. La Gracia de los Ángeles no costó a Jesús, ni a otra creatura una gota de sudor ni de Sangre; no costó un paso a Dios: mas la Gracia que se nos da a nosotros costó padecer al Hijo de Dios en esta vida mortal treinta y tres años: porque desde el punto que tuvo ser en el vientre de su Madre, comenzó a padecer, y pagar el precio de ella, ganándonosla con trabajos, con oraciones, con lágrimas, con actos de excelentes virtudes, con largas peregrinaciones que hizo, con hambre que padeció, con cinco mil y tantos azotes que sufrió, con las llagas de su Cabeza, que causaron las espinas de su Corona, con sufrimiento de grandes afrentas, y persecuciones; finalmente con su Muerte. Todo eso tuvo infinito valor, de modo que costó nuestra Gracia, no solo precio infinito sino innumerables veces infinito; y más hemos de ser agradecidos y lo debemos ser a Cristo, por el más pequeño grado de Gracia que da a un hombre, que los Ángeles por cuanta Gracia, y Gloria se ha dado a todos ellos juntos; pues su Gracia no costó a Dios nada en dársela, y la nuestra le costó la vida, que era de valor infinito.

Además de esto, Dios mira con particulares ojos a la Gracia, que se dio por la Sangre, y trabajos de su Unigénito, y amado Hijo, en quien se complace; y así es más privilegiada en su divino acatamiento. Una madre suele amar más al hijo que le costó

mayores dolores. Y Benjamín, que costó la vida a su madre Raquel, fue más amado de Jacob. También David estimó más a Sion, que a su misma Patria, porque la ganó a punta de lanza. Así Dios estima más la Gracia, que le costó más, y ganó con sudor, y Sangre, y mira con benignísimos ojos a los predestinados por la Sangre de su Hijo. Pues si cuando perdieron los Ángeles su Gracia, que no tenía esta circunstancia, se alborotó el Cielo, y fue cosa tan horrible, que les trasformó en demonios: ¿qué llanto debe hacer el hombre, que pierde la Gracia de Cristo, y es traidor, no solo *a* su Creador, de quien recibió la vida, sino también a su Redentor, que perdió la suya por amor de nosotros? Tiene que llorar el hombre que peca más que tuvieron los Ángeles que pecaron: porque fuera de su pecado, y la pérdida de la Gracia, tiene que lamentarse haber hecho burla de la Sangre de Jesús. Los Ángeles solo debían llorar su pecado, con que perdieron la Gracia desnuda, sin más estimación, que la que por su naturaleza tiene; pero el hombre pecador tiene que llorar, además de esto, los méritos infinitos, y Sangre y Vida de Cristo con que se cobró su Gracia solo por esta causa infinitamente estimable; y así es infinitamente digna de llorarse su pérdida con lágrimas de sangre. Llore el pecador, y hártese de llorar; y gócese el justo, y no se harte de gozarse, porque tiene tanto bien: y sea agradecido a su Dios más que los mismos Serafines, pues tiene tanto por qué.

II.

Agréguese a esto otra causa, porque debe ser más estimada la Gracia de los hombres, y es por haber sido perdida, y de nuevo cobrada. Esto nos significó Cristo Señor nuestro, con las mayores demostraciones de alegría, que hizo aquel místico Pastor con una sola oveja perdida, que con las noventa y nueve que siempre poseyó; y la mujer, que se regocijó más con la dracma hallada, después de buscada, que con nueve, que tenía guardadas, y no le dieron cuidado; y el padre, que hizo mayor fiesta al hijo prodigo, después de reducido, que al hijo, que siempre estuvo a su lado. En todas estas parábolas se comparan la naturaleza angélica, y la humana; juntamente con las condiciones de gracias de entrambos a dos: y la fiesta y regocijo fue mayor por lo hallado, que por lo guardado. ¿Quién no se enternecerá con el modo que nos propone el Salvador del Mundo la estimación, y fiesta, que hace con nuestra Gracia más que con la angélica; porque nos lo significa con lo que pasó a aquel Pastor, que convidó a sus amigos, y conocidos para que se holgasen, y diesen los parabienes: y con aquel Padre de familia, que por el hijo perdido, después de vuelto a su casa, hizo un solemne convite a todos los suyos, y dijo al hermano mayor, que convenía banquetear, y holgarse, porque su hermano que había muerto volvió a vida: habíase perdido y fue hallado. Pues si en el Cielo se hace mayor fiesta por nuestra Gracia, por ser hallada, más que por las de los Ángeles: tenga en la tierra mayor llanto quien ha perdido segunda vez: porque así como lo que se cobra, después de haber sido perdido, es causa de mayor gozo: así también, volver la segunda vez a perder lo que una vez se recobró, causa mayor sentimiento; y como se guarda más lo que fue perdido, guardemos más la Gracia, que los Ángeles que

la perdieron: estimamos más lo que nos halló Jesucristo, y nos restituyó sin merecerlo, y más restituyéndola con mejoras. Por lo cual dice Gerson: *(Tom. 2 Serm. de dominio Evangelico, col. 596) La Monarquía del título de Gracia fue restituido por la Pasión de Cristo, más extendida, y cumplidamente, que lo fue antes del pecado. Dije más extendidamente*: *porque el infierno de los condenados, y su multitud, y pecados, no fueron entonces*, *y todas estas cosas son ya del dominio del justo y le sirven*, *y militan por él, para corona, gozo, y circunspección. Agréguense a esta Monarquía todos los hechos de Cristo*, *sus dichos, sus ejemplos, y sobre todo los Sacramentos, y finalmente los misterios de la Ley nueva.* Todas estas mejoras de nuestra Gracia restituida, han de servir para estimarla cuando la poseemos, y llorarla cuando se pierde.

III.

Pero por donde tiene más justamente mayor estimación nuestra Gracia, es por estribar en los méritos de Cristo, por los cuales se nos da, y así participa particular dignidad, y estimación, como prueba el doctísimo Padre Francisco Suarez. (Suarez l*ib.* 7. *de Grat. cap.* 5. n. 7) Por razón de la cual tiene algunos efectos morales, muy admirables. Que mayor cosa que lo que el Concilio Tridentino (*Sess.* 6. *c.* 7) dice, de ingerirnos por la Gracia en Cristo, *y* hacernos sus miembros: lo cual no tiene la Gracia por solo su naturaleza, sino por influir en nosotros Cristo con sus infinitos merecimientos, para comunicarnos este don soberano, como la vid comunica su virtud a los sarmientos. Y así, el mismo Cristo se comparó a la cepa, y los justos *a* los sarmientos, que no pueden vivir si no están en la vid: porque cortados, no sirven sino para el fuego. Pues este estar injertos en Cristo, es particular dignidad, y estimación de los hombres justos. Por lo cual dijo San León, hablando del Nacimiento del Señor: (*Serm. I. de Nativ.*) *Conoce: oh cristiano, tu dignidad y ya que eres partícipe de la naturaleza Divina*, *no quieras volver a tu antigua vileza con degenerar en el modo de tu vida*, *y conversación: acuérdate de qué cabeza, y de qué cuerpo eres miembro.* Esto se declara con el ejemplo del mismo Cristo: porque aunque la Gracia habitual, que estuvo en él, sea de la misma naturaleza, que la de los Ángeles y hombres, con todo eso dicen los teólogos, que por estas junta con la santidad infinita que tiene Cristo, por razón de la unión hipostática, es Gracia de cabeza: lo cual es particular dignidad, que le viene por la unión con el Verbo. Así también en los hombres justos, por la particular conjunción que tienen con Cristo, se añade a su Gracia particular dignidad, y estimación, haciendo al hombre miembro vivo de Cristo, y un cuerpo, con aquel que es persona infinita. Agréguese a esto otra notable circunstancia de nuestra Gracia, que aunque sea beneficio, respecto de nosotros; pero respecto de Cristo es justicia, y es cosa debida, porque es premio de sus merecimientos; y esto es gran honra, y dignidad nuestra, de ser santificados por virtud, e influjo de nuestra cabeza, y de otro hombre: porque así como es especial honra poseer la bienaventuranza alcanzada por premio, y corona debida a las buenas obras, y heroicos hechos; así es especial dignidad ser la Gracia premio de uno de

nuestro linaje, y merecida con rigor de justicia, del que es cabeza de nuestra naturaleza, lo cual no tuvo la Gracia de Adán, en el estado de la inocencia, ni la Gracia de los ángeles. Fuera de esto, tiene esto más nuestra Gracia, como dicen gravísimos Doctores, que en cuanto se funda en los merecimientos de Cristo, es principio de merecer delante de Dios, con modo más perfecto, o con justicia más propia: y se puede decir, que justamente nos perdona los pecados: lo cual todo aumenta la dignidad moral de la Gracia, que se da a los hombres, y no es poca honra nuestra que se pueda decir que satisfacemos por nuestros pecados con modo más perfecto, en cuanto está fundada nuestra satisfacción en la infinita de Cristo nuestro Bien: y parece conforme a razón lo que nota el Padre Francisco Suarez, *(V. Suarez tom. 1 in. 3 p. disp. 4 fect. 12 & Lib. 7 de Grat. c. 5 n. 7) que* una misma obra del hombre justo, siendo en lo demás igual, es ahora más satisfactoria delante de Dios que si no fuéramos miembros vivos de Cristo por Gracia. Lo mismo afirma el mismo Doctor, de la eficacia de nuestras oraciones, que es ahora mayor por Cristo, no solo cuando pedimos expresamente por él, lo cual es cosa más cierta; pero también cuando pedimos sin esta circunstancia. Generalmente dice este sapientísimo Padre, que es muy verosímil que Dios socorre ahora con mayores auxilios, y favorece con más benignidad a los justos, que tienen Gracia por Cristo; esto es, más abundantemente, que lo que es debido a la Gracia, según su naturaleza, si no *se* mirara a Cristo: porque por respeto de ser Gracia dada por Jesucristo, aun en igual grado, es privilegiada con mayores favores, y para más heroicas obras. De donde viene, que ahora en muy pocos años haya habido mayores Santos, que en el estado de la inocencia sería por millares de años. Conozca, pues, el hombre su dignidad: conozca la dignidad de su Gracia, y conozca lo que debe a su Redentor. No sea más despreciador de los beneficios divinos que Lucifer. No sea más desagradecido a Dios que los demonios. Estime más su Gracia merecida por Cristo, pues Dios la estima en más. No se aparte de esta raíz, de donde le viene tal virtud. No se arranque de esta vid, donde está injerto, y lleva tan preciosos frutos. Ame mucho a su Redentor, por quien somos tan amados de Dios. Honre mucho a Jesucristo, que nos honra tanto. Dese prisa a merecer: logre la justicia, con que el Hijo de Dios nos mereció tantos bienes: no la desperdicie, ni malbarate. Si un hijo de un Rey poderosísimo, con grandes guerras, peligros, y afrentas, con sudor, y afán suyo, con derramamiento de su sangre, con un gasto inmenso, hubiese alcanzado una preciosísima presa, y este fruto tan deseado de sus trabajos, le diese con grande amor a un hombre ordinario, para levantarle a gran dignidad, y hacerle grande en su reino, y el hombre no hiciese caso de tan notable beneficio, y favor, sino que le desperdiciase, o no quisiese usar de él: ¿qué mayor desagradecimiento pudiera ser? ¿O qué hombre más vil se pudiera imaginar? Todo el pueblo le tirara piedras, y aborreciera como infame, e ingrato, pues lo que con tanta costa alcanzó su príncipe, y señor, que era de tanta estima, y le estaba a él tan bien, así lo menospreció tan presto. Este término guarda con el Hijo de Dios quien comete un pecado, despreciando su Gracia: porque malbarata el premio que alcanzó Jesús por punta de lanza, a costa de su Sangre, y Vida. No puede ser más vil alevosía, ni más infame correspondencia, que esta maravilla es, que los ángeles no le tiren rayos, y que los elementos no se levanten contra él.

IV.

Admiró estas excelencias, y privilegios de nuestra Gracia, sobre la de los ángeles, Jobio, Monge doctísimo, de manera, que tiene por más dicha haber sido creado hombre, que ángel. Pondré aquí algunos notables efectos, que nota de la Gracia, que mereció el Hijo de Dios a los hombres, y no se ve en la de los ángeles. Sus palabras son estas: (*Lib.* 3. *de Verb. Incarnat. c. 15 Vide* Photiun.) *Como nos pudiera ser más conveniente haber sido creados ángeles, que hombres, pues el pecado de los ángeles no fue admitido a penitencia, y así carece de todo perdón; pero nuestro linaje de hombres mortales, aunque peque, se levanta otra vez por la penitencia. Verdaderamente, después de la venida de Cristo nuestro Señor, se ven mayores obras en los hombres, que cualquiera otras que los ángeles hacen. Por lo cual dice San Pablo: Mirad lo que os digo, aunque un ángel del Cielo os evangelice otra cosa fuera de lo que os he predicado, sea anatema. Y en otra parte dice San Judas Tadeo: El Arcángel Miguel no se atrevió a juzgar blasfemando al diablo; pero nosotros hemos recibido potestad para hollar, y pisar sobre las serpientes, y escorpiones, y toda la virtud del enemigo. Ni ha habido ángel, que se haya osado llamar a sí, o a otro, Dios, o Hijo de Dios; pero los hombres se llaman Dioses, e Hijos de Dios y como dijese Lucifer, que había de ser semejante al Altísimo, y que había de poner su solio en el Cielo: perdiendo todos los bienes que tenía fue infamado, escarnecido, y condenado para siempre; pero a nosotros, la misma verdad de Dios nos ha dado tan grande potestad, que nos hagamos semejantes al Padre y que con el Hijo nos sentemos en Tronos. Y así dice el apóstol (Ef. 2, 6): Nos resucitó juntamente, e nos hizo sentar en los reinos celestiales con Cristo. Otra vez dice (2Tm. 2, 12): Si sufriéremos, reinaremos con él. Y San Juan Evangelista testifica, diciendo (1Jn. 3, 2): Sabemos que cuando aparecerá, seremos semejantes a él. De manera, que aquellos hombres mismos, que desean la honra de los ángeles, ya la vienen a tener concedida. Pero dirá alguno, que pecamos los hombres con facilidad: verdad es; pero cuanto más fácilmente faltamos, tanto más fácil nos reparamos si queremos, porque nuestro sapientísimo Protector y Patrón Jesucristo nos abrió mil caminos para salvarnos, y hacer penitencia. Advierte también quien quiera que desea ser ángel, que tienes un bien mayor; porque somos ya hechos parientes de Cristo, aun según la carne. Y el pecado que los Ángeles hicieron, aunque fuese acaso menor que el nuestro, es castigado con mayor pena; porque los poderosos, como dice el Sabio, padecerán tormentos poderosamente. A nosotros también se nos perdona presto el pecado: porque el que ellos hicieron no se borrará eternamente; porque esta nuestra junta, y prisión con el cuerpo, es causa para que se nos perdone; pero a ellos, cuanto son más excelentes que todo cuerpo tanto más sin indulgencia se les asienta el castigo. Por lo cual dijo el vaso de Elección San Palo: Juzgaremos a los ángeles, cuanto más a las cosas del siglo: y los Santos juzgarán al mundo; esto es, que los que estamos atados en esta carne pesada, y tosca, pero son todo esto hacemos cosas*

mejores, juzgaremos a los espíritus, que estando libres de cuerpo, con todo eso, o no hicieron lo bueno que nosotros, o cometieron cosas peores; porque nosotros cumplimos con menos poder, lo que es mejor, y ellos no, aunque tuvieron mayor facultad. También cuando pecamos nosotros, nos queda el resto de la vida para hacer penitencia, y enmendarnos; pero en cayendo los Ángeles, luego tuvieron sobre sí su pena: porque sumergidos en las tinieblas del infierno, fueron entregados, y reservados en juicio, y condenación eterna. Con otros mil argumentos se puede echar de ver la providencia de Dios sapientísima para con nosotros, y se manifiesta claramente, qué grande locura, y desatino es la de aquellos, que quisieran ser antes creados ángeles, que hombres. Todo esto es de Jobio, Padre antiguo.

LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO. Cuánto debe ser estimada la Gracia, por quitar la indignidad, que tienen los pecadores, de recibir los auxilios divinos, e inspiraciones del Espíritu Santo.

I.

Lleguemos a declarar otra notable excelencia de la Gracia, que es la providencia singular, de que es digna en las cosas que no son debidas a nuestra naturaleza; pero por razón de ella tiene Dios de nosotros muy particular cuenta, no solo en los bienes naturales, que nos convienen, sino en los sobrenaturales. Y empezando por lo que en esta parte hay, es una grande excelencia de la Gracia, con que somos agradables a Dios, quitamos la indignidad que teníamos, para que nos socorriese con sus auxilios Divinos, y previniese con santos pensamientos para obrar virtuosa, y meritoriamente: porque sin ella estamos perdidos. Para entender esto mejor, se ha de suponer la necesidad que tenemos de estos auxilios de Dios, que es tanta, que sin ellos no podemos poner en ejecución, ni un propósito bueno, ni se hace obra meritoria, sino es que con ellos seamos prevenidos: porque si bien es verdad, que a nuestra naturaleza, por ser libre y capaz de razón, le convenga algún conocimiento del bien, y del mal; pero cumplía Dios con ella sobradamente con el más mínimo pensamiento natural y noticia del bien: porque con esto se salvaba la libertad humana, sin que fuese menester darle mayor luz, o conocimiento sobrenatural. Y todo lo demás que se da, es de Gracia porque no es debido: y sin hacerle violencia, ni justicia, se lo pueden negar. De donde se sigue, que todo auxilio, y pensamiento, con que en efecto obramos bien, no es debido a nuestra naturaleza, sino favor singular que se le hace: y por esto se llaman estos santos pensamientos Gracia, porque no son debidos a nosotros. Llámense Gracia actual, para distinguirla de la Gracia habitual, con la cual somos gratos, y amigos de Dios; de la cual hemos hablado hasta aquí. De manera, que aunque de solo poder obrar bien, *o* poder no obrar mal, fuéramos capaces, con aquel mínimo pensamiento, con que se salvaría la libertad; mas nunca llegáramos *a* obrar bien: y para obras sobrenaturales, aun posibilidad, *o* facultad no teníamos. Y todo lo que de ahí excede, como es del mayor conocimiento, y tal luz, con que en efecto obrásemos bien, *o* pudiésemos obrar obras sobrenaturales, es Gracia. De modo, que poner la obra buena en ejecución, no se hace sin auxilio particular, y grande Gracia de Dios: lo cual no nos es debido, esto es, aun hablando de la naturaleza del hombre, cuando no estuviese inficionada del pecado sino considerada en el estado puro de naturaleza racional, sin haber ofendido *a* su Creador, ni ser aborrecida de él. Mas agregase a esto, que con culpa de Adán, quedó nuestra naturaleza corrupta, e inficionada por el pecado, destruida de todo favor del Cielo, aborrecida de Dios, indigna de toda Gracia: y así, no solo enflaquecida, sino muerta, para obrar obra alguna meritoria: y primero hablaran las piedras, y las peñas más pesadas volaran por el aire, y los muertos resucitarán de suyo, que nosotros hiciéramos alguna acción de virtud, ni tuviéramos un pensamiento santo, sin el auxilio de Dios. Como claramente nos lo enseñó

Cristo nuestro Redentor, diciendo (Jn. 21) *Sin mí no podéis hacer cosa:* esto es, ejecutar obra buena. De la misma manera dice San Pablo: *(2Co. 3, 5) Que no somos suficientes para pensar alguna cosa de nosotros*, *como de nosotros*, *sino que nuestra suficiencia es de Dios.* Y que ni aun decir Jesús podemos, sino es en el Espíritu Santo; esto es, si no fuere por la Gracia de Dios. Y el Profeta Jeremías dice: *(10, 23) Conocí, Señor*, *que no está en el hombre su ánimo*, *ni es del varón*, *que ande y enderece sus pasos.* Por lo cual define el Concilio Milevitano, que uno, *y* otro es don de Dios: el saber lo que debemos hacer, *y* el querer hacerlo. Lo mismo confirma el Concilio Arausicano, y añade esta notable sentencia: *Nadie tiene de suyo sino mentira y pecado.* El obrar bien, o el saber para obrar bien, es de Dios: beneficio divino es del cual éramos indignos cuantos están en pecado. Y es un raro bien de la Gracia habitual, quitarnos esta indignidad y oprobio. Para estimar esto más, declaremos cuán grande cosa se debe hacer de estos auxilios, y santas inspiraciones, y cuan estimables son. Lo cual colegiremos de tres cabezas: la primera, de su necesidad, que da gran precio a las cosas: la segunda, de lo que costaron a Cristo: la tercera, de lo que Dios siente no respondamos a ellas, y como lo castiga. Lo primero importará mucho para fundarnos en grande humildad. Lo segundo, y tercero, para aprovecharnos en nuestro espíritu, y lograr la Gracia de santos pensamientos, que Dios nos comunica, estimándola como es razón.

III.

Viniendo, pues, a la necesidad de la Gracia, y ayuda de Dios, quien no la echará de ver, pues quedó nuestra naturaleza en lo moral, tan contaminada del pecado ¿que de suyo no tiene otra cosa sino mentira, y maldad? Quedó ciega con la ignorancia, curvada con la mala inclinación, manca, y sin brazo derecho para obrar bien, tullida para no dar paso en la virtud, y toda enferma, podrida, y corrompida hasta las entrañas, y los huesos: ¿qué mayor necesidad que esta? Porque un hombre ciego, sin manos, y sin pies, y enfermo, ¿cómo se podrá valer por sí? ¿Y que tiene tal hombre de suyo, sino miseria, y desdicha y la muerte? De la misma manera nuestra naturaleza, no tiene de suyo obra alguna meritoria sino solo pecado, y miseria, y muerte eterna; no se puede valer por sí sino la vale Dios: pero siendo enemiga de su Creador, y aborrecida del mismo que la puede valer, que tiene porque presumir de suyo, ni confiar de sí. La Gracia de Dios solamente la puede ayudar, aunque a esa misma Gracia la desmerece. Por cierto, que cuanto a si toca, quedó en estado desesperado, si no fuera por nuestro Redentor Jesús, cuya Sangre es la que solo puede socorrerla, y vivificarla, y sanarla. Sangre y Gracia de Cristo es, que tengas un pensamiento de salud, y un afecto piadoso, y una obra virtuosa. Dime, ¿estuvo acaso, en tu mano que tuvieses Fe? quien habló por ti antes que nacieses, para que no te echara Dios a tierra de Turcos, o en medio de Berberia? ¿Qué hiciste tú antes que tuvieses ser, porque nacieras donde habías de conocer a Dios, que fue principio de tu bien? Y una vez nacido entre cristianos, ¿quién te deparó padres, que te criasen en temor de Dios, y Maestros, que te enseñasen el camino del Cielo, y

compañeros, que te alentasen? Tú no pudiste prevenir todo esto porque esta disposición, con que has venido al conocimiento que tienes, depende de tantas cosas, que solo Dios lo pudo así gobernar.

Algunas veces dependió que viviesen unos, y muriesen otros, y Dios es el Autor de la vida, y el que dispone la muerte. Otras veces dependió de la pobreza, o enfermedad de unos, y de las riquezas, y salud de otros; pero tú no eres el que gobiernas este mundo, para que sucediesen de esta manera las cosas: Dios solo es el que así lo puede ordenar. Finalmente, dependió esto de voluntad de hombres, mas tú no puedes gobernar los corazones ajenos, que aun con el tuyo solo no te sabes entender; pero todos están en las manos de Dios, que hace de ellos lo que quiere, y los movió para tu bien. Pues que diré en otros pensamientos, y afectos, y obras que tienen algo sobre la naturaleza. Ni las ocasiones que a ellos dieron principio, ni las inspiraciones que interiormente te compungieron, pudieron tener otra cosa, que las dispusiese, sino Dios: porque excede esto a todas las fuerzas naturales, que ni aun la naturaleza humana, sana, y entera, pudiera por sí cosas semejantes: pues cuando está tan inficionada, enferma, y débil, ¿cómo podrá algo de esto? No puede, e imposibilitada esta por si de otra cosa, sino de obrar mentira, y pecado. Lo demás es de Dios: Dios empieza nuestro bien, con Dios cooperamos a él, y sin Dios no le consumamos. ¿Qué puedes presumir de ti, pues no tienes nada bueno de ti? Tu hacienda y cosecha es mentira, engaño, y pecado; la verdad de Dios es, la virtud de Dios es, de Dios tuvo principio; y la perdición de ti tan solamente. El buen pensamiento que tuviste, cuando menos pensabas, y fue origen de tu bien, ¿fue por ventura gracia tuya? ¿Fuiste tú el que dispusiste tener en tal, o tal ocasión un sentimiento bueno? No por cierto, que nunca pensaste tal cosa, ni la pensaras. Dios lo previno todo, y te lo trajo al pensamiento, y ordenó la ocasión que te había de ser causa de él; y quitó los impedimentos que te le habían de estorbar. Grande obra hay para que llegues a tener una santa, y fuerte inspiración. Solo Dios lo puede disponer; de suerte que la admitas; él te la ha de dar: tú no la puedes negociar; ¿pues de que te ensoberbeces? ¿Qué tienes que no recibiste? *Si* recibiste todo de otro, ¿cómo te atreves a gloriarte?

Esta gloria puede ser de dos maneras: una, entendiendo que es tuyo, lo que es de Dios, la cual gloria, y soberbia, ni aun Lucifer la tuvo, y es herejía: otra es entendiendo que es todo lo bueno de Dios; pero queriendo tú la gloria para ti, no para Dios. Esto es hurto de la cosa que Dios más estima: esta es injusticia a tu Creador, y no creo que querrás hacer tal agravio a quien te ha hecho tales beneficios; pero mira, que no es mejor pensar que es tuyo lo que es de Dios: desengáñate que de ti no tienes sino maldad, y engaño, y este es uno muy grande: Pues ¿de qué te ensoberbeces? ¿Qué tienes, que no hayas recibido de Dios? Recibiste tu mismo ser de Dios, y ahora le estás recibiendo: recibiste más de lo que se debe a tu ser, muchos dones, pensamientos, sobrenaturales, que no te son debidos: y supuesto el pecado, te son indebidos, y eres indigno de ellos: y más imposibles son a tu naturaleza agraviada, y corrompida del pecado, que a una gran piedra subir hacia arriba. Si tienes algo bueno, Dios es la causa, no tienes por qué gloriarte: y si te dejase Dios un momento, apartando su mano de ti, vieras lo que eres de tuyo. Sería bueno, que llevando un hombre por una cuesta arriba muy agria un peñasco,

se gloriase el peñasco que iba por sí, y por sus fuerzas, subiendo al Cielo, pues subía no por virtud suya, sino ajena, y si no le ayudara el hombre resbalaría, y rodaría al profundo del Valle? Esto eres, aunque tuvieses la santidad de San Pablo, de Dios es todo: si dejara Dios de asistir, y llevarte, cayeras de lo más alto del Cielo al profundo del infierno. Nadie pudo estar más alto, que el primer ángel: no tienes tu tantas gracias, ni tanto amor de Dios, como él tuvo: no se pudo él poner en aquel estado: Dios le puso, suspendió Dios sus auxilios, y resbaló al infierno: semejantes caídas leemos en muchas historias: no fíes de ti, que Dios es el que te sustenta, y da buenos deseos, y si cesase de ayudarte, te perderás. Necesitados estamos de la Gracia de Dios, pobres somos de nosotros, desnudos de todo bien, no hay de que te ensoberbezcas: si hay bien en ti, de Dios es, y suya debe ser la gloria: si mal, tuyo es, y tuya la confusión. Porque conoció esto San Agustín, fue tan humilde, y hablando con Dios, dice: *(Solil. 15, tom. 9) Abriste, Señor, mis ojos, y alumbrásteme, y vi, que el hombre no se debe gloriar delante de ti: porque si alguna cosa tiene buena, grande, o pequeña, don es tuyo*, *y nuestro no es*, *sino el pecado: pues ¿de a dónde se gloría el hombre? Si de lo malo no es gloria, sino miseria*; *y si de lo bueno se quiere gloriar, es ajeno: porque tuyo es el bien*, *Señor y a ti se te ha de dar la gloria.* Conozcámonos, pues, humillémonos, y desconfiemos de nosotros; pero confiemos mucho en Dios. Rompamos estos Cielos con oraciones, y clamores de lo profundo del corazón, que no es para menos nuestra necesidad: así lo hacían los mayores santos, pidiendo luz, y acierto para andar el camino del Cielo. David decía: *(Sal. 25, 4) Muéstrame, Señor, tus caminos, y enséñame tus sendas.* Otra vez pide: *(Sal. 143, 10) Haz, que conozca el camino en que debo andar: enséñame a hacer tu voluntad.* Bien sabía David toda la Ley de Dios, y lo que por Moisés ordenó su Divina Majestad: con todo eso, pide su Gracia, para saber lo que ya sabía; porque va mucho de saber, a saber: va mucho de saber para obrar, a saber para hablar. No aprovecha ser docto, si la Gracia no nos ayuda. Después de saber, es menester Gracia de Dios para saber; esto es, para saber de tal manera que se obre. Bien sabio era Salomón, pues tenía la mayor sabiduría del mundo; con todo eso, pidió de nuevo sabiduría para obrar, orando así a Dios: *Dame la sabiduría que asiste a tus altos Tronos: envíala de tus Cielos Santos*, *y desde el Solio de tu Majestad: porque esté conmigo, y trabaje conmigo, para que sepa qué es lo que te es acepto.* Y pues en la Sagrada Escritura se implora tantas veces el favor divino, aun por personas tan sabias, para saber lo que han de hacer para obrar bien con efecto, claro está, que no tienen esto por sus fuerzas, porque no fuera necesario pedirlo, como notan el Concilio Cartaginense, *(*Conc. Carthag. *Epist. ad Innoc. I. Et Innoc. in rescripto ad idem Concilium.* August. *lib. 2. de peccat. merit. & rem. cap. 6. Epist. ad Episc.)* Inocencio Primero, y San Agustín. De donde coligen también la necesidad que tenemos del favor divino, y la pobreza, y miseria con que quedó nuestra naturaleza, pues no tenemos de nosotros sino flaqueza, y engaño, y pecado, y perdición, y muerte. De Dios es todo lo bueno, a él se lo pidamos siempre, como nos aconseja el Papa Celestino, que confirma todo lo que hasta aquí hemos dicho, diciendo, que *de tal manera obra Dios en nuestros corazones, y en nuestro libre albedrío, que todo buen pensamiento*, *piadoso consejo y todo movimiento*

bueno de nuestra voluntad, *todo es de Dios. Por él podemos todo lo bueno que podemos y sin él nada podemos hacer: y pues no hay tiempo alguno, en que no tengamos necesidad de este socorro divino para bien obrar*; *por eso en todas nuestras obras, pensamientos, y movimientos*, *debemos hacer oración a este Señor, que en todo es nuestro ayudador: porque es gran soberbia, que el hombre presuma alguna cosa de sí mismo, siendo verdad lo que dice el apóstol, (Ef. 6, 12) que estamos en lucha y batalla, no contra carne, y sangre*, *que es contra otros hombres flacos*, *como nosotros, sino contra los principados, y poderíos de las tinieblas.* Es guerra tan cruel, y sangrienta, y contra enemigos tan fuertes, estamos sin armas, sin fuerzas, sin salud, sin ánimo, sin brazos: pues habiendo Dios, que nos quiere ayudar ¿cómo no damos voces al Cielo? ¿Qué otro remedio nos queda, sino el de Dios? Necesitados somos, pidamos, lloremos, gimamos.

De lo dicho hemos de sacar, como hemos de lograr las santas inspiraciones, y buenos pensamientos, que Dios por su misericordia nos comunicare: porque al paso de nuestra necesidad ha de ser su buen uso. No hay quien mejor logre la misericordia, que el más miserable. No hay quien mejor se aproveche de la limosna, que el más necesitado. Suma es nuestra necesidad, logremos la Gracia, no difiramos su provecho. Un pobre hambriento, si recibe un pedazo de pan, no lo guarda para otro día, luego lo logra: no dilates tú el cumplir el buen propósito que te ha inspirado Dios. No hay, para que aguardar a mañana, hoy puedes lograrle. Guarda no se pase la ocasión, no le arrojes de ti. ¿Qué hombre estando desnudo, y necesitado de un vestido, habría, que dándosele de limosna le hiciese pedazos; *o* estando muriendo de hambre, dándole de misericordia de comer, no lo quisiese, sino echase su comida a los perros; *o* estando enfermo, dándole la pócima con que había de sanar, la derramase? Esto hace quien no responde a las inspiraciones Divinas. Desnudo estás, necesitado estás, enfermo estás: ¿por qué no logras tu remedio, que está en lograr la Gracia, y poner por obra los buenos pensamientos, que Dios te da de limosna? No puede ser en el mundo mayor locura, *o* desesperación. Muerto estás a todo lo bueno: si se te abre la puerta para vivir, ¿por qué la cierras tú? Mira, que locura es despreciar los auxilios de Dios, y no cooperar a su Gracia. Conoce tu necesidad, y abraza tu remedio. Tiembla de despreciar las inspiraciones, y avisos, que te da el Espíritu Santo. La vida te va en ello. No desprecies la mano de Dios, que alarga para levantarte del abismo de miserias, en que estás hundido. Uno, que se está ahogando, y hundiendo sin remedio en lo profundo del mar, si le echasen una espada, se asiría de ella, aunque se cortase las manos, por no perecer. No te va menos, que no hundirte en los infiernos: aunque te cueste sangre, abraza la inspiración y luz, que Dios te envía; y estímala tanto, cuanto es el extremo de miserias, que de tuyo tienes: apréciala tanto, cuanto eres indigno de ella. Solo la Gracia habitual te puede quitar esta indignidad.

Pero no solo nuestra extrema necesidad hace preciosas las inspiraciones divinas, y santos pensamientos con que obramos bien, sino lo mucho que costaron al Hijo de Dios. Cosa extraña es, y dignísima, para que reparemos en ello, que un desengaño, o buen pensamiento, con que obramos bien, es cosa tan grande, que fue menester, para que se

nos diese, encarnar el Hijo de Dios; el cual padeciendo, derramando su Sangre, y muriendo, nos le mereció; y con menos, que con precio infinito no se nos diera. ¿A quién no admira esto? ¿Y quién no mira, que es lo que desprecia, cuando no oye a una santa inspiración? Es cosa esta tan grande, que aunque todo el género humano despedazase sus carnes a puras penitencias, y todos los ángeles encarnasen, y padeciese cada uno mil muertes de Cruz, y las mismas penas del infierno; no bastaría todo para que se te diese un santo pensamiento, después que el pecado nos hizo indignos de la Gracia. Y aunque diesen todos los Emperadores, y Reyes de la tierra sus tesoros, y entregasen todo el oro, y plata del mundo, no sería bastante precio para comprar una mínima inspiración del Espíritu Santo. Mira si es poco lo que cada día desprecias. Solo una Persona Divina pudo hacerte esta merced, encarnando, humillándose, anonadándose (como habla el apóstol) sudando trabajando, padeciendo, dando la vida, porque te diesen un sentimiento del Cielo. No costó menos que esto un desengaño, que te dan, o conocimiento de tu bien. Cualquier inspiración, teñida va con Sangre del Hijo de Dios, mira lo que deprecias: desprecias el principio de tu bien, y el amor, y Pasión de tu Redentor. No hay santo pensamiento que desechas, en que no desperdicies las riquezas de la misericordia Divina, que compró el Hijo de Dios con su Pasión y Muerte. No se te da desengaño alguno, en que no seas en cargo de la vida de Jesús.

III.

Finalmente se puede echar de ver la estima, que debemos hacer de estos auxilios Divinos, con los cuales el Espíritu Santo nos avisa de lo bueno, y llama para su servicio, por lo que Dios se muestra enojado de los que los desprecian. La Esposa en los Cantares experimentó esto con su daño: porque deteniéndose en abrir la puerta al Esposo del Cielo, que llamaba, luego la dejó con las manos chorreando mirra desabrida, con que se nos significa la amargura con que quedó, y el daño que con aquello recibió: y aunque quiso después, no podía hallar al Esposo, que una vez no cuidó de oír. Por cierto, que es para estremecernos lo que dice el apóstol, que pasó con aquellos filósofos, que fueron ilustrados para conocer a Dios, y no quisieron aprovecharse de este conocimiento: porque por no lograrle, les entregó Dios a unos sentimientos errados, y reprobados, a las concupiscencias de su corazón, a toda inmundicia, quedando llenos de toda maldad. En el Evangelio, aquel que no ganó con el talento recibido, fue condenado. Este talento significa el auxilio Divino, y santo pensamiento: pues porque no ganó con él, poniéndole por obra, fue severamente castigado. A las Vírgenes locas dieron en los ojos con las puertas del Cielo: porque a las lámparas, que son las ilustraciones Divinas, no echaron aceite, que es el ejercicio de buenas obras, conforme lo explica San Hilario, y San Juan Damasceno: No nos descuidemos de lograr la Gracia con buenas obras, y no las difiramos para cuando no se nos dará tanta, y se nos cierre el Cielo. Terribles son los juicios de Dios. (*De Parvulis ad Christum trohendo*) *Muchas veces acontece* (dice Gerson) *por justo juicio de Dios, en aquel que despreció, o repugnó a la Gracia,*

usando mal de los dones de Dios, y de los talentos del Sumo Padre de familias, cuando estaba en su primera edad, y convenía obrar, que después no haya recurso para tener aquella Gracia. Y sin la Gracia de Dios, ¿qué será de uno? Todo será perdición, pecado, e infierno. Bien declaró este daño Salomón, cuando en persona de Dios, hablando con los despreciadores de estos Divinos llamamientos, dice: *(Pr. 1, 24-26) Porque os llame, y no quisisteis corresponder, Yo extendí mi mano, y no hubo quien mirase*; *despreciasteis todo mi consejo y menospreciaste mis reprensiones: pues Yo también me reiré en vuestra perdición, Yo haré mofa cuando os sucediere lo que temías.* ¿A quién no harán estremecer estas amenazas de la suma misericordia, que siendo tan compasivo Dios de nosotros, se reirá de la condenación eterna de los que no oyeron sus santas inspiraciones, y hará burla de su eterna perdición? Y si viene a parar en esto quien desprecia la luz que Dios da, no es cosa de poca consideración, antes por ser de tanta importancia, y darse a quien no la merecía, y haber costado la vida, y Sangre de Cristo, se da Dios por tan desobligado de los despreciadores de las riquezas de su misericordia, que en estas inspiraciones están. Estimémosla mucho, pues Dios las estima tanto; y estimemos la Gracia habitual, que nos quita la indignidad que teníamos para recibirlas y nos trae tantos hábitos sobrenaturales de las virtudes infusas, y Dones del Espíritu Santo, con que nos disponemos para cooperar con Dios a sus ilustraciones sobrenaturales, que ya por el estado de Gracia y por su dignidad, se nos hacen proporcionadas. Sepamos aprovecharnos de tanta misericordia, y corresponder a tan soberanos favores, y cooperar con aquel sumo Artífice de justos, que quiere reformarnos en la imagen de su Hijo, y darnos salvación eterna: porque como dice San Agustín: *Dios que te formó sin ti, no te salvará sin ti*. Nos formó Dios sin cooperación nuestra, porque no éramos, y así no podíamos cooperar con él: pero después que somos, no nos quiere reformar, sin que cooperemos nosotros, y respondamos a sus llamamientos. Obra Dios el edificio espiritual de nuestra santidad, y justicia, en materia viva, por la cual debe la misma materia obrar. Y así dice San León: *(*Serm. 5. de quadrag.*) Aunque nuestro edificio espiritual no puede consistir sin la ayuda de su Artífice, ni nuestra fábrica puede estar salva sino tuviera el amparo de su Creador*; *con todo eso, porque somos piedras racionales, y materia viva, de tal manera nos edifica la mano de nuestro Autor que quiere que aquel mismo que se repara, coopere con su Artífice. Por lo cual no falte la obediencia*, *y correspondencia humana a la Gracia Divina: porque no falte el alma de aquel bien, sin el cual no puede ser buena.* Fuera de esto, la Gracia habitual es santidad de la naturaleza, con que la dispone para aprovecharse mejor de estos divinos auxilios Lo que es de tan gran importancia, que por ello dice Santo Tomas, (1. 2 q. 109, art. 8) que sin Gracia habitual no puede uno durar sin hacer pecados mortales: porque es necesario para esto el estado de Gracia que repara la enfermedad de la naturaleza corrompida. Agréguese a todo lo dicho, que a la Gracia que se da en los Sacramentos, están anexos algunos auxilios proporcionados al fin de cada Sacramento; lo cual se llama Gracia Sacramental, y es tan gran bien, como se podrá echar de ver por el bien, que son los auxilios divinos, pues es tan extrema la necesidad que de ellos tenemos, y la costa en que estuvieron al Hijo de Dios, no fue menos que su Sangre y vida; y el despreciarlos los

hombres, les saldrá tan caro, que lo pagarán con eterna condenación. Al contrario será a los que se aprovecharen de ellos, que crecerá de virtud en virtud, y se les dará Gracia por Gracia con la eterna posesión de la gloria. Por tales dijo Hildelberto: *(Epist. 33) La Gracia de Dios es oficiosísima para con los hombres, y como juramentada en su servicio.*

CAPÍTULO II. Cuan inestimable bien sea la Gracia habitual, pues sin ella no puede durar uno mucho tiempo, sin hacer pecado mortal. Tratase cuanto importa evitar un solo pecado.

I.

En lo que acabamos de decir en el capítulo pasado, es mucho para ponderar otro insigne beneficio de la Gracia, y es, que nos haga capaces, y disponga para durar toda la vida, sin hacer pecado grave: y que sin ella no se pueda durar sin cometer pecados mortales. Y así dice Santo Tomas: *(*1. 2. q. 109 art. 8.*) En el estado de la naturaleza corrupta, tiene el hombre necesidad de la Gracia habitual, que sane a la naturaleza para que totalmente se abstenga de pecado.* Enseña este Doctor Angélico, que el hombre en el estado de la inocencia, por estar entonces la naturaleza perfectamente sana, podía con solo el auxilio general evitar todos, y cada uno de los pecados mortales y veniales: pero en el estado de la naturaleza, como quedó después del pecado de Adán, solo puede si está en Gracia evitar todos los pecados mortales, y cada uno de ellos: mas si carece de la Gracia habitual, no puede sin cometer pecados graves. La causa que da de esto el Santo, es que *así como el apetito inferior debe estar sujeto a la razón, así también la razón debe estar sujeta a Dios, y poner en él el fin último de su voluntad; y conviene que todos los actos humanos se regulen por su fin, como también los movimientos del apetito, se han de regular por el juicio de la razón. Pues así como no estando el apetito inferior totalmente sujeto a la razón, no puede ser sino es que sucedan en el apetito sensitivo muchos movimientos desordenados: de la misma manera, no estando la razón totalmente sujeta a Dios, se ha de seguir de ahí, que haya muchos desordenes en los actos de la razón: porque como no tenga el hombre su corazón firme en Dios, de tal manera, que ni por alcanzar bien alguno ni evitar mal se quiera apartar de él, ocurren muchas cosas en la vida que o por conseguirlas, o huirlas se aparta el hombre de Dios, menospreciando sus preceptos, y así peca mortalmente, principalmente porque de repente obra el hombre, según el fin que tiene concebido, y el hábito ya engendrado, como dice el filósofo, (Lib.* 3. *eth. cap.* 8. *non multum remote a fine) aunque por la consideración anticipada de la razón podrá el hombre hacer algo contra la inclinación de su hábito, y el fin que tenía concebido; pero porque el hombre no puede estar siempre con esta consideración, y atención prevenida, no puede acontecer, que persevere algún tiempo sin obrar conforme a su voluntad desordenada, y apartada de Dios, sino es que por la Gracia se repare, y restituya a su orden debido.* Porque como dice el mismo Santo, la Gracia habitual sana la naturaleza corrompida, y ordénala con Dios; y sin esta santidad, y ordenación, está pronta para pecar, como se ha dicho. Lo mismo confirma San Gregorio, cuando dijo *(Homil. II. in Ezech. post medium)* que *el pecado que no se borra luego por tu penitencia, impele para caer en otro con su mismo peso.* Esta miserable suerte de los que carecen de Gracia, lamentaba Isaías, y suspirando dice:(Is. 5, 18) *Ay de vosotros,*

que traéis la maldad con cordeles de vanidad, y el pecado, como una atadura de carro. Porque estando uno sin Gracia no hace sino labrar una soga, *o* cadena de pecados, añadiendo uno a otro, con que le tiran los demonios al infierno. La Gracia es la que corta este vínculo, y desata estas ataduras: y pone al hombre en estado de libertad de los hijos de Dios, para que nunca pueda pecar.

Cuan inexplicable bien sea este, que entre otros innumerables nos trae este don divino, lo podrá echar de ver el que tuviere entendido, cuan formidable mal sea el pecado, y cuanto deba evitarse no cometer una culpa de más, porque es tan horrible cosa cualquier pecado mortal, que aunque te hubieras de condenar, así, como así, habías de procurar evitar solo uno; y aun si estando condenado a los infiernos, por muchos pecados que hubieras hecho, y te fuera otorgado no ir allá, porque hicieras uno de nuevo no le habías de cometer, antes por solo evitar una sola culpa, no solo habías de escoger no tener otra comida, sino raíces de árboles, ni tener otra vestido, sino un silicio, que enconase tus carnes, ni tener otra cama sino de agudos abrojos, ni tener más libertad, que estar en una sepultura cerrado; sino también los mismos tormentos del infierno habías de sufrir por toda una eternidad: porque menos mal fuera este mal, que hacer un pecado más. Y si parece terrible cosa tantos tormentos, te pregunto: ¿cuál es mayor mal, la pena, o la culpa? Porque si te pareciere cosa terrible llevar tanta pena, parézcate, terribilísima llevar una culpa más: porque sábete, que entre la pena, y la culpa, en razón de mal, no hay comparación, y que el menor de los pecados mortales excede en malicia infinitamente a la mayor pena que fuese posible a la Omnipotencia Divina. La razón es, porque la pena en sí no es mala, antes es en sí buena, pues es acto de justica; y aunque no se guardase en ella proporción de justicia, la puede Dios dar, y quererla, por ejercitar el supremo dominio que tiene de todas las cosas; mas el pecado no le puede Dios querer, ni hacer determinadamente que uno peque: porque el pecado es esencialmente malo, y tan malo, que es contra el mismo Dios a quien injuria, y tira a matarle, destruirle, cuanto es de su parte, y por esto es mal infinito. Pues dime ahora: si un solo pecado, por razón de maldad excede infinitamente a todas las penas posibles, aunque fuesen infinitas; como te parece, que no hay mucho que reparar en cometer un pecado más, pues ¿repararías en que no te dieran una pena de más? Dime, que condenado hubiera, que padeciendo los tormentos de dos demonios, dijera: Ya que padezco los tormentos de dos, ¿vengan los tormentos de tres, y de cuatro, y de cinco, y de todos los condenados del Infierno? Muy necia cuenta sería esta, y presto se arrepentiría de ella. Mayor locura es la de aquel, que después de haber cometido dos pecados, no repara en cometer tres *o* cuatro: porque con uno solo que cometa más, tiene mayor mal infinitamente, que si tuviera todos los tormentos de Lucifer, y de todas las potestades de tinieblas. Pues si temes lo menos, ¿por qué no temes lo que es más? Temes la pena: ¿por qué no temes la culpa, que es causa de la pena, y más mala y abominable infinitamente, que cuantas penas hay, aunque fuesen infinitas? Locura es esta intolerable.

Y otra locura es, que ni aun temes la pena, porque cada pecado mortal trae nueva pena consigo. ¿Piensas, que va poco, de condenarse uno con un pecado mortal más o menos? No va sino muchísimo; no digo en un pecado mortal, pero en un venial más con

que se condene: si supiera la pena mayor, que por aquella culpa, aunque pequeña, había de padecer por toda una eternidad, se estremeciera de espanto, y quisiera haber padecido cuantos tormentos han padecido los mártires y los que pueden causar todas las enfermedades dolorosas que hay, antes que haber cometido una culpa más, por ligera que fuese: ¿qué será la pena mayor, que corresponderá a un pecado mortal de más a más? Y así se debe temer infinitamente, aun después de haber pecado, cometer otro pecado, no solo por la deformidad de su culpa, sino por la horribilidad de su pena. Y aunque se perdone después este pecado mortal con todos los demás, queda la obligación de pena temporal, la cual se ha de pagar en el Purgatorio con los mismos tormentos de fuego, que en el Infierno, como dicen los teólogos. Por lo cual dijo San Cirilo, (Cir. lib. 10. In Joan. c. 14.) que los que murieren sin satisfacer, aun por lo que pecaron levemente, irían al fuego eterno; pero que no quedaban allí eternamente: y es porque la especie del fuego, que atormenta eternamente a los condenados, es la misma que la que atormenta temporalmente a los del Purgatorio. Y aunque este tormento no es eterno, dura largo tiempo, y más de lo que pensamos. Mire ahora el pecador, si es cosa de poca consideración un pecado de más, pues ha de pagar por el particular tormento, o eternamente, si no se perdona, o temporalmente, si alcanza perdón. Y penas temporales hay, aun en esta vida, que no las sufriera uno, aunque le hicieran rey por ellas. ¿Qué hombre hay, que porque haya de padecer un tormento grande, no se le dé nada, que le añadan otro igual? Bien ha habido hombres, que se hayan muerto de desesperados; pero quien hay por desesperado que esté, que estando condenado a ser atenaceado, pida, que fuera de esto le den el tormento de rueda, en que le hayan de quebrantar todos los miembros? Más desesperación, o desatino es del pecador, después de haber hecho un pecado, arrojarse a hacer otro, porque es decir: Quiero doblada pena, y lo que es peor: Quiero tener doblada monstruosidad con la pena doblada. ¿Y qué seso fuera de uno, que estuviese con tabardillo malicioso, en evidente peligro de la vida, procurar tener también dolor de costado, con que se imposibilitase más la vida? ¿Quién hay que habiéndole dado un fuerte veneno, buscase otro con que se le dificultase la virtud del remedio, que le había de sanar? ¿Quién hay, que habiendo caído en un barranco donde no podía salir, se arrojase en otro donde fuera más dificultosa la salida? ¿Quién estando oprimido de un grande peñasco, donde no pudiese menearse, dijese, que le echasen otro encima? Esa es la cordura del que habiendo pecado una vez, vuelve a pecar otra, con que dificulta más su vida eterna, y el salir de su eterna condenación, echándose un monte sobre otro, y un infierno sobre otro.

Y si no se quiere mirar a sí el pecador, mire a su Creador, y Redentor. Baste haberle sido traidor una vez, no lo sea dos. ¿Qué cristiano hay, que si pudiera estorbar, que al Hijo de Dios no le clavasen más que una mano, dejara enclavarle entrambas? Pues ¿qué ley es con el Hijo de Dios, y que humanidad, volverle a crucificar? No hace otra cosa el pecador, que comete nuevo pecado, sino después de haber crucificado a su Redentor, volverle a crucificar otra Vez. ¿Qué rabia, y furor es este contra nuestro bien? ¿Qué es un pecado, sino volver a crucificar al Hijo de Dios? Es acocear a Cristo, como dice el apóstol. ¿Qué odio tan entrañable fuera de uno, que después de dejar muerto su

enemigo, volviera a él, y le pasara a estocadas, y no se hartara de pisarle la boca? Esto sería una furia del infierno: pues esto hace el que peca dos veces, porque después de haber crucificado al Hijo de Dios, vuelve a crucificarle, y acocearle: después de haber desperdiciado, como cosa vil, y sucia, la sangre del Testamento en que fue santificado, vuelve otra vez a derramarla, y estimarla por cosa contaminada, y asquerosa, haciendo contumelia al Espíritu de la Gracia, conforme habla el apóstol: después de haber dado una bofetada a su Creador, que por ello le habían de hacer pedazos las creaturas, y hundirle en mil infiernos, vuelva a asegundar en otra: ¿qué furor es este de los pecadores? ¿Qué rabia es esta, con que se hacen tanto daño a sí mismos, que encarnizan en el derramamiento, y desperdicio de la Sangre de su Redentor? ¿Qué mayor inhumanidad, que esta, que usan con Jesucristo, crucificándole, y volviéndole a crucificar? ¿Qué ira han concebido contra su Bienhechor, acoceándole y volviéndole a acocear? ¡Que esto pase en el mundo, y que no se repute por nada! ¡Que no se haga caso de tal arrojamiento, y temeridad! Por un azote menos que hubiesen dado al Hijo de Dios, habíamos de dar nosotros mil vidas: y que haya hombre, que la vida del alma pierda, y repierda, volviéndole a crucificar, y a acocear. Quien esto leyere u oyere, mire si le toca, no pase adelante con este furor. Miren aquí los agravios a su Redentor, pare aquí el derramamiento de la Sangre de Jesús; pare aquí su desprecio, no le ofenda más, basta la crueldad que ha usado hasta aquí con el inocente Jesús, que no tiene por qué ser maltratado con nuevo pecado mortal: bueno está, o por mejor decir malo está lo hecho; no pase adelante la furia y perdición del pecador: tenga la mano, no asiente más el golpe no abofetee más a su Dios, tenga el pie, no dé más pisadas al Hijo de Dios: vuelva en sí, y mire qué pecado hizo Jesús, para ser así despreciado: mire, que causa tiene él para despreciarle: ¿qué agravio le hizo Jesús? Mire, si fue agravio morir por nosotros: mire si fue injuria redimirnos: mire si fue traición el armarnos con tanta fidelidad, y extremo, pues nos amó hasta la muerte: vuelva en sí el hombre, y mire cómo trata a su Dios, a su Juez, a cuyas manos ha de venir: no haga las partes del demonio contra su Redentor: puedan más en nuestro pecho los infinitos beneficios del Dios de la Paz, que el veneno dorado que nos ofrece Lucifer, nuestro capital enemigo.

II.

Considere el pecador, qué es lo que mueve a asegundar el golpe de su alevosía contra su Creador, cometiendo nuevo pecado. Muchas veces no es tanto la importunación de su apetito, cuanto decir: Ya he pecado una vez, poco importa que peque otra, que todo se confesará junto. ¡O que pobre razón para tan fuerte golpe, como descargas en tu alma, y contra JESÚS tu Redentor! No con más fuertes cadenas, sino con estos hilos tan delgados te arrastra el demonio tras sí, *y* ensartas pecados, y más pecados. Con razón, y como dije arriba, exclamó Isaías: *Ay de vosotros*, *que traéis en cordelillos de vanidad a la maldad.* No dijo en maromas, ni en cordeles, sino en cordelillos, y bramante, y no como quiera sino de vanidad: porque sin razón, sin ley, sin

fundamento, sin ocasión se arrojan los hombres a la culpa, y de un hilo los trae el demonio, y ese vano, y fantástico, esto es, de una aparente quimera de deleite, *o* de codicia, *o* de ambición, o de una razón mundana, que es contra toda razón. Estos cordelillos de vanidad, con que le arrastra el demonio, no quiere romper el hombre, y rompe con las cadenas fortísimas y ataduras inviolables de los beneficios divinos, y de otros grandes motivos con que tiran de nosotros la Ley, la razón y la Sangre de Cristo, y el mismo Dios, que con razón da por Jeremías esta justísima queja al pecador: *Rompiste mis cadenas y dijiste: No serviré.* Propone Dios al hombre la grandeza de la bienaventuranza, que le promete: la terribilidad del infierno con que le amenaza: la gravedad de la ofensa en que cae: los peligros que se seguirán de ella: la multitud, y grandeza de los beneficios divinos, que ha recibido: la muerte dolorosa de JESÚS por su redención y bien. Con todo atropella el pecador, con todo rompe y quebranta ataduras, y prisiones de hierro, dejándose llevar del demonio al infierno, de un hilo de bramante, y de cordelillos, atándole el pecado con tan fuerte prisión, como si fuera una soga de carro, según dijo el Profeta. ¿Qué infiernos no merece esta desigualdad, que usas con tu Creador? ¿Qué eternidad de tormentos no merece este desprecio de tu Redentor, y desagradecimiento de los beneficios divinos? Malditamente juzgas entre Dios, y el demonio: Dios alega para que no le ofendas, ser tú creatura suya, alega tus obligaciones, alega sus beneficios divinos, alega la Sangre, Pasión, y Muerte de su Hijo, y promete el Cielo: mas el demonio, con solo un breve deleite, que trae a la memoria, aunque te ha de llevar a los infiernos; con todo eso juzgas en favor de Satanás, y condenas a tu Redentor, y haces tanto, como si dijeras: Veden lo que quisieren las leyes; haya muerto el Hijo de Dios, porque no se peque; pierda yo el Cielo; más vale el diablo que todo, y por él me tengo de arrojar en los infiernos. ¡O blasfemia horrenda! ¡O hecho insolente! Injustamente pesas a Dios, y al deleite. ¿Que importe más un ligero y momentáneo gusto con serpentinos tormentos, que la sangre de Cristo, y la razón, con eterna bienaventuranza? ¿Que prepondere más en tu corazón la misma vanidad, que el peso eterno de gloria? ¿Que quieras más irte al infierno con Lucifer, que al Cielo con Cristo Señor nuestro? ¿No son estos dos males que asombran a los Cielos, menospreciar tanto a Jesucristo, y hacer tanto por el demonio? Con razón exclama el Profeta Jeremías: *(2, 13) Pasmaos Cielos sobre esto, y sus puertas sean asoladas grandemente*, *dice el Señor; porque dos males hizo mi pueblo dejaronme a mí, que soy fuente de agua viva*, *y cavaron para sí aljibes*, *aljibes desmantelados*, *que no pueden retener las aguas.* Ofrece Dios agua de vida eterna, ofrece el demonio infierno de muerte eterna, y puede más con los hombres. ¿Puede ser mayor injuria a Jesucristo? Que con tan impía elección dar alas a Satanás, para que baldone a nuestro Redentor y le diga: Ves aquí los que redimiste, ves cómo te aman, ves cómo te honran aquellos por quienes derramaste la Sangre, por quienes trabajaste tantos años, y diste la vida: pues yo con no hacer nada por ellos, antes procurando beberles la sangre, y deseando verles rabiar en mil tormentos; con todo eso me siguen, y a ti te dejan: a mí, con ser su enemigo capital, me aman: a ti, con amarles más que a tu vida, te aborrecen: yo no sufrí por ellos bofetada alguna, no derramé gota de sangre, ni de sudor: no sufrí tantos millares de azotes: no

padecí muerte de Cruz como tú; con todo eso despreciándote a ti, y a mí me sirven, y adoran cuanto les ofrezco para perdición suya: y más quieren perderse conmigo, que vivir contigo: y si a ti te sirven algunas veces, es flojamente, y luego se vuelven a mi casa; mas a mí me sirven constantemente, añadiendo pecados a pecados. ¿Puede ser mayor maldad, que ésta? ¿Qué hay que preguntar, porque un pecado mortal, que se comete en un instante, merece pena eterna? La respuesta es esta, que es tan enorme este atrevimiento, y desprecio de Dios, que mil siglos, y mil eternidades debe ser castigado con fuego abrasador, pues con telas de arañas se deja el pecador prender del demonio; y de parte de su Redentor, no bastan tan fuertes prisiones de infinitos beneficios.

A este despeñadero vienen los hombres en pecando, y no se hartan de pecar, no estremeciéndose de la primera culpa mortal, y no temblando de cometer la segunda, debiendo temer tanto la una, como la otra, pues es igual desprecio de su Creador: y aun en cierta manera debían temer más la segunda que la primera, por dificultar más su salida, trayendo un pecado a otro, engendrándose el mal hábito, *y* confirmándose el pecador en su malicia, clavando con cada pecado (como con un clavo) más el decreto de su condenación eterna, haciendo que lo que al principio fue hilo, después se haga maroma: porque al principio peca el hombre traído de un hilo bramante, que le fuera fácil romper; pero después con la costumbre se engruesa la malicia, y hace soga muy recia, como lo significó Isaías, diciendo, que se trae la maldad con cordelillos; pero añade, y el pecado es como una soga de carro: porque poseído el corazón algún tiempo con un pecado, se fabrica con los segundos un fuerte vínculo, que le detienen, y le traen más fuertemente a su perdición eterna. Este mal tan malo es carecer de Gracia, no poder durar uno sin nuevos males, sin caer en nuevos infiernos, sin cometer nuevos pecados. Este bien nos trae la Gracia de poder perseverar sin el mayor mal de los males, basta para estimarla sobre toda honra, hacienda, gusto, y vida, no solo el librarnos con ella de un pecado más; pero el poderlo mejor evitar.

CAPÍTULO III. Cuanta diferencia va de un hombre con Gracia, o sin ella.

I.

Se conoce mejor este bien de la Gracia, con darnos fuerza contra el pecado, y el mal que es carecer de ella, cayendo en nuevas culpas, por lo que cada día se experimenta, que un mismo hombre es tan diferente de sí mismo, como lo es un hombre de un bruto, o por mejor decir, como es un ángel de un demonio. Va gran diferencia de un hombre con Gracia, o sin ella. ¿Qué es el hombre sin Gracia? Es una fiera (como dice Sin Crisóstomo) sin razón, sin ley, precipitado *a* su perdición. ¿Qué es el hombre con Gracia? Más que hombre: una regla de la razón, espejo de justicia, y moderación. Consideremos algunos ejemplos de esto, que tenemos en la Sagrada Escritura, para que viendo la distancia que va de uno en estado de Gracia, asimismo en estado de pecado, temblemos de perder la Gracia: porque se han visto por esta causa transformaciones prodigiosas, y al parecer imposibles.

¿Qué distancia hubo de Saúl a Saúl, de David a David, de Salomón a Salomón, de Pablo a Pablo, de Magdalena a Magdalena, y de Judas a Judas, cuando estaban en un estado, a cuando, estuvieron en otro? ¿Quién fue Saúl, cuando estaba en Gracia, y quién fue cuando estuvo en pecado? Cuando estaba en Gracia fue tan modesto, y humilde, que se escondió para no ser Rey de Israel, ni hubo remedio de hallarle, hasta que Dios le descubrió. Fue tan paciente, y sufrido, y menospreciador de injurias, que calló a tal que le dijeron y perdonó los baldones de los que no le que le querían reconocer por Rey. Fue de tan gran silencio, que no quiso descubrir a su tío, ni a su mismo padre, ni hijos, el haber sido ungido de Samuel. Fue tan obediente a su padre, que siendo ya casado, y con hijos, se andaba buscándole unas jumentas por montes, y riscos. Fue de tanta sinceridad, e inocencia, que dice la Escritura, que era como niño de un año. Fue tan religioso, que solo al profeta del Señor quiso consultar. Pero después que perdió la Gracia, ¿quién fue, sino todo lo contrario, transformándose en una furia del infierno? Fue tan soberbio, que no pudo llegar oír las alabanzas de otro, sino las suyas. Fue tan ambicioso, que se moría de rabia: porque entendió, que David había de reinar. Fue tan impaciente, que no quiso perdonar a quien le perdonó a él la vida, pudiéndole matar. Fue tan desobediente a Samuel, y al mismo Dios, que usurpó, contra expresa obediencia, el oficio Sacerdotal y no cumplió el mandato manifiesto de la desolación de Amalec. (1R. 15) Fue tan hablador, que se jactaba con mentira de haber obedecido al Señor, y excusaba vanamente su pecado, desmintiendo al Profeta. Fue tan doblado, y mentiroso, y perjuro, que no solo quiso vengarse de David, por engaños, sino que a Samuel, y al mismo Dios quiso engañar; y cuando dijo que pecó, fue solamente con la boca, no estando en el corazón arrepentido. Fue tan supersticioso, que se aprovechó de hechizos, y encantos, para saber lo por venir. Finalmente, la rabia, y odio infernal, con que persiguió injustamente a David, las injusticias que por ello hizo, mas fue de diablo, que de hombre: porque no solo estuvo endemoniado, sino que él se hizo un demonio. Mira ahora, que va de Saúl a Saúl, de Saúl con Gracia, a Saúl sin ella.

Pues ¿qué diré de David? ¿Qué virtudes no tuvo mientras estuvo en Gracia? Diré solamente de la más señalada, que le ilustró, que fue la benignidad, y mansedumbre contra sus enemigos, en lo cual fue tan extremado, que en un salmo se dice: *Acordaos, Señor*, *de David*, *y de toda su mansedumbre.* Por la misma virtud dijo el Señor, que halló a David, que era conforme a su corazón; pero después que perdió la Gracia, nada menos, porque se transformó por todo aquel tiempo que estuvo en pecado, en una fiera rabiosa, y muy sangrienta; así, fuera de haber hecho matar tan impía, y alevosamente al inocente Urías, usó en aquel mismo tiempo la mayor crueldad, que se oyó hasta entonces, y después acá no sé yo que se haya visto mayor ni aun en tiempo de Nerón: *(*2. Reg. 12. Paralipom. 20.*)* porque a todos los de la Ciudad de Rabbá, chicos, y grandes, hombres, y mujeres inocentes, mató con tormentos inhumanos, los aserró, los hizo pedazos con cuchillos, molió hombres, como si fuesen paja, con trillos horrendos, a otros hizo pasar por encima de ellos carros de hierro, otros hizo quemar en hornos, como si fuesen ladrillos, no compadeciéndose más de ver quemarse hombres vivos, que uno que hace ladrillos de que se tuesten los adobes: y esto no solo hizo con una ciudad, sino con cuantas ciudades tenían los Amonitas, que era un reino entero atormentando impiísimamente a innumerables inocentes: cometiendo tantos pecados, cuantos hizo morir injustamente. ¿Quién dirá, que es este David el manso? Aquel que tantas veces perdonó a su enemigo Saúl, aquel que no se quiso vengar de Semei, aquel dechado de mansedumbre y afabilidad: ¿cómo es ahora contra los Amonitas tan inhumano, y fiero, que ni Nerón, ni Domiciano, ni Falaris, parece pudieron hacer mayores inhumanidades? ¿Qué fue la causa de esta transformación de hombre, en fiera carnicera; de tanta mansedumbre, en tan impía crueldad? Lo uno fue estando en Gracia, lo otro estando sin ella.

Vengamos *a* su hijo Salomón, cuyas virtudes principales estando en Gracia, fueron la Sabiduría, y Religión: porque la Sabiduría que tuvo, fue la mayor del mundo; el grado en que puso la Religión, y Culto Divino, fue nunca visto hasta entonces mayor edificando aquel Templo a Dios, tan raro, y magnifico, y lleno de riquezas, en que le ofreció innumerables hostias, y holocaustos: perdió la Gracia; ¿qué fue ya sino loco? ¿Porque no hiciera el hombre más? mentecato del mundo lo que él hizo, dejándose guiar de mujeres, y adorando a dioses falsos: al ídolo de Moloch y Astarte: (1R. 11, 7) edificó un gran Templo al Dios de Moab, *y* otro al de los Amonitas. ¿Que va de Salomón a Salomón? ¿De Salomón en Gracia a Salomón sin ella? ¿Qué diré de Judas, sino la mayor mudanza que puede imaginar un entendimiento? Cuando estaba en Gracia dejó hacienda, dineros, y todas las cosas, haciéndose pobre voluntario por Jesucristo: mas después que perdió la Gracia, al mismo Jesucristo vendió por tener treinta dineros. Prodigiosa transformación, de despreciador del mundo, en avariento; de apóstol, en más que demonio. También la Magdalena, ¿a quién no pasma la mudanza que hizo? ¿Qué era sin Gracia? El escándalo de las gentes, y lazo de Satanás: el entretenimiento de las conversaciones, inventora de galas, llena de aceites, profana en su andar, en su hablar, en su vestido; no había festín en que no fuese la primera, ni se le ofrecía gusto, que no lograse; pero después que tuvo la Gracia se transformó en un espectáculo de penitencia,

vertiendo arroyos de lágrimas, desgreñando sus cabellos, vistiendo no solamente un saco, ni apartándose solo de conversaciones profanas; pero retiróse al desierto, donde no tenía conversación con hombre nacido, ni tenía un trapo que cubriese sus carnes. Pues san Pablo, cuando carecía de Gracia, ¿qué hizo sino perseguir a la Iglesia? Pero cuando la tenía ¿qué mayor defensor, y propagador ha habido del Reino de Cristo? ¿Quién no ve lo que es Gracia, y lo que se debe estimar? ¿Cuántos pecados evita quien la tiene, y en cuántos se precipita quien no la tiene, cuando una vez ha perdido el respecto a Dios? Un poco de tiempo que San Pedro careció de ella, ¿cómo se iba despeñando? Negando una y otra vez a su Maestro, perjurándose, y volviéndose a perjurar, temiendo el habla sola de unas mujercillas. ¿Quién conociera ahora a Pedro, que le hubiese conocido antes? Este fue el elegido de Cristo para Cabeza de la Iglesia, el Discípulo privilegiado, el que hizo la más alta confesión de la fe, que ha hecho hombre, el que fue escogido para Oráculo del mundo, para Columna de la verdad: pues este mismo, una vez caído en pecado, no cesaba de negar a Cristo lo más infamemente, que hombre del mundo ha negado la fe: no cesaba de mentir, y perjurarse: ¿y en que parara, si los misericordiosos ojos del Salvador no le miraran con benignidad? ¿En qué abismo de males no cayera? Porque una culpa empeña en otra, un abismo de pecado llama a otro, hasta que se haga aquella inundación, que dijo el Profeta Oseas: *(4, 2) La maldición y la mentira, y el homicidio, y el hurto*, *y el adulterio*, *inundaron, y la sangre tocó a la sangre*; esto es, que toca una culpa a otra, un derramamiento de la Sangre de Cristo a otro: porque cada vez que se peca, es volver a crucificar al Hijo de Dios, y despreciar su Sangre. Por eso dice el Profeta, que la sangre tocó a la sangre, porque está tan junto un pecado con otro, que no dejan vacío en medio, pues es un pecado continuo pecar. ¿Qué cosa estorba estos males, sino la Gracia de Dios que sana la naturaleza corrompida, ordena al corazón, compone al alma, y quita la indignidad de los auxilios Divinos? No pierda nadie la Gracia, porque se pierde sin ella; transformase en demonio; vuélvese una fiera: maravilla es el mal que no hace. Pierda todo lo demás, porque él no se pierda, perdiendo tan gran cosa. Atropelle con todo otro bien del mundo porque no se pierda él, perdiendo este bien del Cielo. Bien dijo Zenón a un amigo suyo, muy gastado, y maltratado del trabajo que había puesto por la vida temporal, en cultivar una heredad que tenía; viéndole tan mal parado, le dijo: Si tu no perdieres tu hacienda, ella te perderá. Perdamos todo lo temporal por lo cual se peca tanto porque no perdamos con la Gracia lo eterno. Perdamos la honra, y gusto, y vida, porque no nos pierdan, si por estas cosas perdemos la Gracia. Si quiere el hombre saber lo que fuera de suyo perdida la Gracia, mire lo que es Lucifer, mire la diferencia que hubo del ángel en estado de Gracia, al mismo en estado de pecador, la diferencia que hay del lucero de la mañana, a un tizón denegrido: de la luz, a las tinieblas: de ángel del Cielo, a diablo del infierno. Mire lo que perdió Lucifer perdiendo la Gracia: perdió eternamente a Dios, ganó el infierno, en el cual quedará para siempre sin fin perdido.

II.

Por esta tan notable diferencia del que carece de Gracia, al que está con ella, se puede echar de ver la necesidad que tenemos del favor Divino, y la estima en que se ha de tener la Gracia y cuan diverso principio es de nuestras obras, que lo es la naturaleza. De que debe estar uno advertido, para seguir la luz de la Gracia y no confundirse en las tinieblas de la naturaleza estragada, y ciega, para mirar su bien. Para todo esto propondré aquí lo que el Doctor desengañado considera en esta parte. La naturaleza es astuta, y trae muchos enlazados, y engañados, y siempre se pone a sí por principal fin: mas la Gracia conversa, y anda sin doblez; desviase de todo color de mal: no busca engaños; mas hace todas las cosas puramente por Dios, en el cual descansa, como en su fin. La naturaleza no quiere morir de gana, ni quiere ser apremiada, ni vencida, ni sojuzgada: la Gracia estudia en la propia mortificación, y resiste a la sensualidad: quiere ser sujeta, desea ser vencida, no quiere usar de su propia libertad, huelga de estar debajo de corrección, y disciplina, no codicia señorear alguno, mas servir, y estar debajo de la mano de Dios, y por Dios está aparejada a obedecer con toda humildad a cualquiera humana creatura. La naturaleza trabaja de continuo por su interés, y tiene el ojo a la ganancia que le puede venir: la Gracia considera el provecho de muchos, y no el suyo. La naturaleza muy de gana recibe la honra, y la reverencia: la Gracia fidelísimamente atribuye *a* solo Dios toda honra, y gloria. La naturaleza teme la confusión, y el desprecio: mas la Gracia alegrase en sufrir injurias por el nombre de JESÚS. La naturaleza ama el ocio, y la holganza corporal: mas la Gracia no puede estar ociosa, antes abraza de buena voluntad el trabajo. La naturaleza quiere tener cosas curiosas, y hermosas, y aborrece las viles, y groseras: mas la Gracia deleitase con cosas llanas, y bajas; no desecha las ásperas, ni rehúsa de vestir ropas viejas. La naturaleza mira lo temporal, y gozase de las ganancias terrenas, entristecese del daño, y ensañase de cualquier palabra injuriosa: mas la Gracia mira las cosas eternas, y no está arrimada a lo temporal, ni se turba cuando lo pierde, ni se aceda con duras palabras: porque puso su tesoro, y gozo en el Cielo, donde ninguna cosa perece. La naturaleza es codiciosa, y de mejor gana toma, que da, y ama las cosas propias, y particulares: mas la Gracia es piadosa, y común para todos, esquiva a la singularidad y contentase con lo poco, y tiene por mayor felicidad dar, que recibir. La naturaleza inclínanos a las creaturas, y a la propia carne, a la vanidad, y a distracciones: mas la Gracia llévanos a Dios, y a las virtudes, renuncia las creaturas, huye el mundo, y aborrece los deseos de la carne, refrena los pasos vanos y avergüénzase de parecer en público. La naturaleza de gana toma cualquier placer exterior, en que deleite sus sentidos: mas la Gracia en solo Dios se quiere consolar, y deleitarse en el sumo bien sobre todo lo visible. La naturaleza cuanto hace es por su propio interese, y ganancia, y no se puede hacer cosa de balde, mas espera alcanzar otro tanto más *o* mejor o loor, o favor, y codicia, que sea a sus obras, y sus dadivas muy estimadas: mas la Gracia, ninguna cosa temporal busca, ni quiere otro premio, sino a solo Dios, y de lo temporal no quiere más de cuanto basta para conseguir lo eterno. La naturaleza se alegra de muchos amigos, y parientes: gloriase del noble lugar, y del gran linaje: sigue el apetito de los poderosos, lisonjea a los ricos, regocija sus iguales: la Gracia aun a los enemigos ama,

y no se ensalza por los muchos amigos, ni estima el lugar, ni el linaje de donde viene, si no hay en ello mayor virtud: más favorece al pobre que al rico: tiene mayor compasión del inocente, que del poderoso: alegrase con el verdadero, y no con el mentiroso: amonesta siempre a los buenos, que sean mejores, y que por las virtudes imiten al Hijo de Dios. La naturaleza luego se queja del trabajo, y de la mengua: mas la Gracia sufre con buen rostro la pobreza. La naturaleza todas las cosas retorna a sí y por sí pelea, y porfía: la Gracia todo lo refiere a Dios, de donde originalmente mana: ningún bien atribuye a sí, ni presume vanamente: no contiende, ni prefiere su razón a las otras, mas en todo sentido, y entendimiento, se sujeta a la Sabiduría eterna, y al divino examen. La naturaleza desea saber y oír nuevos secretos, y quiere mostrarse de fuera, y experimentar muchas cosas con los sentidos: desea ser conocida, y hacer cosas donde proceda loor, y fama; mas la Gracia no cura de entender cosas nuevas, y delgadas: porque esto todo nace de la vieja corrupción, como no haya cosa nueva, ni durable sobre la tierra. De manera, que enseña a recoger los sentidos, y a evitar la vana pompa, y contentamiento, y esconder humildemente las cosas maravillosas, y dignas de loar, y busca, como saque de toda cosa, y de toda ciencia provechoso fruto, y loor, y honra de Dios; no quiere que él, ni sus cosas sean pregonadas, mas desea, que Dios sea glorificado en sus dones, que los da todos de purísimo amor. A esta Gracia es una lumbre sobrenatural, y un singularísimo don de nuestro Señor Dios, y propiamente una serial de los escogidos, y una prenda de la salud eterna, que levanta a los hombres de lo terreno a amar lo celestial, y de carnales los hace espirituales. Finalmente, la Gracia es tan gran bien, que no se hace bien sin ella, y faltando ella todo se hace mal. Cuantas obras buenas se han hecho en el mundo, todas son por la Gracia; y cuantas malas se han hecho, ocasionó la falta de cosa tan buena.

III.

Concédenos, Señor, esta Gracia, la cual me es tan preciosa, y muy necesaria a la salud: porque yo pueda vencer mi dañada naturaleza, que me lleva a los pecados, y a la perdición. Yo siento en mi carne la ley de mi ánima, y me lleva cautivo a consentir en muchas cosas a la sensualidad, y no puedo resistir, si no está presente en mi corazón tu santísima Gracia, derramada con amor ardentísimo. Menester es tu Gracia, y muy grande Gracia, para vencer la naturaleza, inclinada siempre a lo malo desde su mocedad: porque después de la caída de Adán, quedó corrupta por el pecado, y así desciende en todos los hombres la pena de esta mancilla. De manera, que la misma naturaleza, que fue creada por ti buena, y derecha, ya se cuenta por vicio, y enfermedad de la naturaleza corrupta: porque el mismo movimiento suyo, que le quedó, la trae a lo malo, y a las cosas exteriores, y una poquita fuerza que le ha quedado, es como una centella escondida en la ceniza. Esta es la razón natural, cercada de grande oscuridad, que tiene todavía un juicio libre del bien y del mal, y conoce la diferencia de lo verdadero y de lo falso, aunque no tiene fuerza para cumplir todo lo que parece bueno, ni usa de la

cumplida luz de la verdad, ni tiene sanas sus afecciones. De aquí viene, Dios mío, que yo, según el hombre interior, me deleito en tu ley, sabiendo, que tu mandamiento es bueno, justo, y santo; y juzgo que todo mal, y pecado se debe huir: mas con la carne sirvo a la ley del pecado, pues obedezco más a la sensualidad, que a la razón. De aquí es, que tengo un buen querer, mas no hallo poder para cumplirlo. De aquí, procede, que propongo muchas veces hacer muchos bienes, mas como falta la Gracia para ayudar a mi flaqueza, con poca contradicción vuelvo atrás, y desfallezco. De aquí también viene que conozco la senda de la perfección, y veo claramente, como la debo seguir: mas agravado del peso de mi propia corrupción, no me levanto a cosas más perfecta. ¡O Señor, y cuan necesaria me es tu Gracia para comenzar el bien, y para crecer, y para perfeccionarlo: porque sin ella ninguna cosa puedo hacer; mas en ti todo lo puedo confortado con ella! ¡O Gracia verdaderamente celestial, sin ti ningunos son los merecimientos propios, no valen nada los dones naturales, ni la hermosura, ni el esfuerzo ni el ingenio, ni la elocuencia, las artes, ni las riquezas, ni hay cosa en los hombres que valga ante ti, Señor mío, sin tu Gracia: porque los dones naturales comunes son a buenos, y malos: mas la Gracia, y amor, es propio don de los escogidos, con la cual señalados, son dignos de la vida eterna. Tanto es altísima esta Gracia, que ni el don de la profecía, ni la operación de milagros, ni ningún saber, por sutil que sea, es estimado en algo sin ella. Aún más digo, que ni la Fe, ni la Esperanza, ni las otras Virtudes son a ti aceptas sin caridad, y Gracia. ¡O beatísima Gracia, que haces al pobre de espíritu, rico en virtudes: y al rico en lo temporal, vuelves humilde de corazón! Ven, y desciende a mí, e híncheme de tu consolación: porque no desmaye mi ánima de cansancio, y sequedad de corazón. Suplícote, Señor que halle Gracia en tus ojos, que de verdad me basta tu Gracia, aunque me falte todo lo que la naturaleza desea. Si fuere tentado y atormentado, y de muchas tribulaciones, no temeré los males, estando tu Gracia conmigo. Ella es mi fortaleza, ella es mi consejo, y mi favor. Mucho más poderosa es que todos los enemigos. Mucho más sabia es, que cuantos saben. Maestra es de la verdad y enseña la disciplina, alumbra el corazón, consuela en los trabajos, y destierra la tristeza, quita el temor, y aumenta la devoción, y produce dulces lágrimas. ¿Qué soy yo sin ella, sino un madero seco, y tronco sin provecho? ¡O Señor! Prevéngame la Gracia siempre, y acompáñeme, y hágame continuamente muy diligente en buenas obras, por Jesucristo tu Hijo.

CAPÍTULO IV. De las maravillosas fuerzas que da la Gracia fortaleciendo nuestra débil naturaleza.

I.

Son tan maravillosas las fuerzas que pone la Gracia en nuestra débil naturaleza, para obras que exceden todas las fuerzas naturales, que me ha parecido hacer capítulo aparte de este punto, por ser tan considerable, que David convida a su consideración, y advertencia, como de un prodigio raro. Por lo cual dice, según explica Casiano: *Venid y ved las obras del Señor*, *los prodigios que puso sobre la tierra.* Prodigio es, que un hombre de carne guste de afligir a la carne. Prodigio es que un hombre soberbio se ponga a los pies de todos. Prodigio es, que un ambicioso huya de las honras, como de la muerte. Prodigio es, que un avariento deje todo, y no desee nada. Prodigio es, que un vengativo dé las entrañas y el alma por su mismo enemigo. Prodigio es, que el que era una fiera rabiosa, le mude la Gracia en un ángel. Prodigio es, que el hombre terreno se transforme en celestial, y se mude en una nueva creatura. Esta mudanza (dice un Doctor) a penas podríamos creer, sino la experimentásemos en nosotros, y viésemos en otros y la hallásemos confirmada con tantos testimonios de Santos. Casiano declara aquel verso del Salmo: *Maravillosas son vuestras obras. Señor, y mi alma las conocerá.* De las maravillas que Dios hace de las mudanzas interiores: porque quien no se maravillará de las obras de Dios en sí mismo, cuando vea, y sienta la moderación de sus pasiones, la gula puesta a raya, y la lujuria enfrenada, la codicia acabada, y que se sustenta con tan poco, que hace admiración. ¿Quién no alaba, y bendice a Dios, viendo que aquel fuego deshonesto que ardía en el pecho, y que parecía no poderse acabar, se haya resfriado, hasta no sentir ya encendimiento carnal? ¿Cómo no se admirará el que ve, que hombres que eran la misma cólera, e ira, se hayan amansado tanto, que aun incitados, y movidos, no se descompongan, antes gusten de verse despreciados, e insultado? ¿Quién no reconoce a Dios, y el poder de su Gracia, viendo hecho a uno, de robador liberal, y de prodigo, medido, y templado; de soberbio, humilde; de delicado, y afeminado, robusto, y fuerte; y de glotón, abstinente de su propia voluntad? Estas son verdaderamente obras de Dios, en que se deleita el alma del Profeta, y del que las conoce en sí: estos son los prodigios que puso Dios en la tierra, que predica a todo el mundo el Profeta, cuando dice: *(Sal. 134)* Venid y ved las obras de Dios, que puso prodigios en la tierra, y quitó las guerras por todos los términos de la tierra, y quebrantó las armas, y quemó los escudos. ¿Qué mayor prodigio, que en un punto, de un publicano hacer un apóstol, y de un lobo un predicador; y hacer, que por aquella fe, que persiguieron, derramen la sangre y pierdan la vida? Estas son las obras de Dios, que profesa el unigénito Hijo que su Padre, y él hacen cada día, diciendo: Mi padre hasta ahora está obrando, y yo también obro con él. Todo esto es de Casiano; lo cual confirma S. Bernardo con decir: *(Serm. 85 In Cant.)* que es tan poderosa esta Gracia, que en cierta manera hace omnipotente a uno, no por sus fuerzas, sino por las de Dios. Y a este

propósito declara aquello de la Esposa, que sube del desierto enriquecida de bienes, y estribando en su amado: (Ct. 8) *Así es que se sobrepuja así mismo el alma*, *que rinde debajo de si la ira y codicia el gozo y miedo como buen cochero y enfrenador de caballos que tiran del carro, rige, y enfrena sus apetitos, movimientos y sujeta todo carnal afecto al imperio de la razón*; *pero qué mucho*, *pues estriba en aquel que todo lo puede. En cuya virtud decía el apóstol: Todo lo puedo en aquel que me conforta. (Flp. 4, 13) No hay cosa que así descubra la Omnipotencia de Dios*, *que hacer omnipotentes a los que en él esperan: y así, el que no confía de sí, sino en el Verbo de Dios*, *en su virtud podrá sin duda señorearse de sí*, *porque no le señoree la injusticia; porque estribando en Dios y vestido de su soberana fortaleza*, *vencerá todo el poder, romperá cualquier lazo, no habrá tentación que le derribe y sujete.* Hasta aquí San Bernardo. Y por eso llama San Crisóstomo a la Gracia, muro inexpugnable, y dice: *(Hom. 49 in 21 Genes.) Si una vez alcanzaremos la Gracia de Dios*, *nada prevalecerá contra nosotros*, *antes seremos nosotros más poderosos que todas las cosas.* Y así dice el mismo Santo:(Hom. 54 in Genes. C. 29) *Cuando la Gracia de Dios es nuestra ayudadora*, *las cosas difíciles se hacen fáciles, y las pesadas ligeras.* Esta facilidad, y prontitud en cosas arduas, significó el Profeta, cuando dijo, (Sal. 18, 34) que Dios perfeccionó sus pies como los siervos, y le levantó sobre los montes altos, enseñó sus manos para la batalla, y puso sus brazos como arco de bronce. Cuanta verdad sea esta, lo confirma lo que el Padre Jerónimo Plati refiere del Padre Antires de Espinola, de nuestra Compañía; *(Lib.* 3. *de Bon. fin. Rel. cap. 16)* el cual siendo ya de mayor edad, que como solía decir con un don aire lleno de humildad, treinta y ocho años había pasado en su enfermedad, significando los que había vivido en el siglo: como tratase de dejarle, luego se le pusieron delante mil inconvenientes, y dificultades, la flaqueza de su salud, la costumbre al regalo, y sus riquezas, y dignidades; y por otra parte la aspereza de la vida religiosa, y un escuadrón de dificultades: de repente la Divina bondad le trajo a la memoria este mismo verso del Profeta: El pondrá mis pies como si fuesen de ciervos, con lo cual fue tan alumbrado, y enseñado interiormente, que luego (decía él) se le deshicieron como nieblas todas aquellas dificultades, y miedos, y quedó tan superior a todo aquel tropel de pensamientos, que le fatigaban, que quedó quieto, y sosegado; y así determinó entrarse a religioso, con grande admiración de los que antes le habían conocido en una vida tan blanda, y delicada, trocándole Dios totalmente el gusto y condición, y todo él en otro hombre. Pues la fuerza que tuvo esta promesa divina en este varón, la misma tendrá en todos, si se disponen, lo cual bastará para rendir todos los trabajos del mundo; porque esto hace la Divina Gracia, que ablanda, y aligera todo lo áspero que tiene la virtud, y aun lo hace dulce, y sabroso. De lo cual no hay que maravillarnos mucho, porque si hay artes de hacer los manjares desabridos, sabrosos, y dulces, con alguna mezcla de miel, o azúcar; no es mucho que haya espiritualmente alguna cosa que haga sabrosas las dificultades de la virtud, y aun mucho mejor; pues vemos, que con la Gracia todo se puede. A este Padre se le hizo, después de entrado en la Compañía, tan fácil todo el ejercicio religioso, que las cosas a que antes tenía notable repugnancia, le eran deleitables. Isaías dice, *(Is. 40, 31)* que los que confían en el Señor

mudarán la fortaleza y tomarán alas de águila, y volarán, correrán y no trabajarán, ni se cansarán. Pues ¿qué más hay que desear? Que no solo promete pies para andar, sino alas; y lo que es más, que no nos cansemos. Habacuc llama a Dios su fortaleza en todos los peligros; porque de la manera que el Sol clarifica al aire, sin que nos importe mucho saber, si tal luz es natural, *o* si se la presta el sol, teniéndola tan a mano; *como* si fuera suya propia; así por usar el cristiano de la ayuda de Dios, como de propias fuerzas, le llamamos nuestra fortaleza, la cual hará en nosotros aligerar nuestros pies, como los de los ciervos, para correr sin cansancio, y no solo por lo llano, sino por lo dificultoso, y arduo de la perfección; y así dice *Y subirme ha sobre los altos montes*, *cantando Himnos al vencedor amado.* Él es el vencedor, que no nosotros; y si lo somos con él también, es por él, que nos dio victoria por Cristo: él peleará por nosotros, y vencerá nuestros contrarios, y enemigos, y nos llevará por este camino de la perfección, no gimiendo, ni reventando, sino cantando, y con grande alegría, y contentamiento.

II.

Verdad grande es lo que dice San Agustín: *(De Verbis Apoit. Ser. 6) Más fuerzas tiene el alma para refrenar la carne*, *porque no dé armas a la maldad*, *que la misma concupiscencia carnal para incitar al apetito*, *si es ayudada el alma con la Gracia de Dios*; *por lo cual está escrito: Debajo de ti estará tu apetito, y tú le dominarás.* Por experiencia halló ser esto verdad el mismo Santo, porque quiso escribir para bien de todos, lo que él mismo experimentó en aquella lucha que tuvo, cuando quería mudar de vida, el cual dice: *Detenían*me *unas niñerías*, *y unas vanidades de vanidad, como amigas mías antiguas: decían*me*: ¿Cómo nos dejas*? *Y es posible, ¿qué de hoy mas no hemos de estar contigo para siempre*? *Y procuraban detenerme el paso, y ponían*me *delante mi costumbre envejecida, y decían*me*: ¿Cómo piensas poder vivir sin estas cosas?* Esto pasaba en aquella grande lucha de la carne, y el espíritu de San Agustín; pero luego que quebró las ataduras, y se determinó de una vez al servicio de Dios, y arrojó de sí el cuidado de mujer, y de las vanidades, se halló otro. Y añade luego lo que sintió en sí por estas palabras: *Cuan suave me fue carecer de estas burlerías, que antes temía perder*, *y ya gusto de haberlas dejado. Las quitabas de mí*, *tu Señor*, *suavidad inmensa, y en tu lugar entrabas a darme contento, no según la carne, y sangre*, *sino según el espíritu: me dabas luz, Tú que eres más Claro, que toda luz, y más interior, que todo lo que hay escondido*, *y secreto, más levantado, que toda cumbre, y altura, aunque esto no lo descubres a los entonados*, *y que se pagan de sí mismos.* Lo mismo dice San Cipriano: *(Lib. 2 epist. 2) Cuando yo vivía en las tinieblas de mi ceguera*, *y andaba dudoso entre mis yerros, parecíame cosa dificultosa, y dura, apartarme de mis costumbres, y veía, que me prometía Dios salud, y victoria, si volvía a renacer, y que me había de mudar en otro, y parecíame imposible tan grande mudanza, y que en un punto se hubiese de deshacer todo lo que en tan largo tiempo se había engendrado, y hecho como natural, con el uso y costumbre había echado hondas, y profundas raíces,*

porque como había de deprender templanza, el que estaba acostumbrado a banquetes, y comidas abundantes. ¿Cómo a andar honesto, el que se vestía de purpuras, y blanduras? ¿Cómo a andar solo, y sin fausto, el que andaba acompañado de criados, y autorizado? ¿Cómo a padecer hambre, y sed, el que buscaba preciosos, y adobados vinos? Esto decía yo muchas veces a mí mismo, porque me parecía, que no podía vivir sin estas cosas; y así, obedecía a mis pasiones; y desesperado de mejorarme, ya me contentaba con no ser más malo, y entreteníame con mis vicios, como con mis caseros, y continuos compañeros. Pero después que aquella Divina Luz se entró en mi alma purificada, y limpia con el Agua del Bautismo, y penetró el pecho, y pacificó el alma de la antigua maldad, después que el segundo nacimiento reparó, y. reformó este hombre viejo, comenzó a fortificarse el alma, y descubrióse lo escondido, y resplandeció lo tenebroso, y engendróse una esperanza, de que se podía hacer lo que me parecía difícil, y que era posible lo que se me había representado por no tal. Esta notable fuerza de la Gracia, para mudar en otros a los hombres, también se nos declara, según San Gregorio dice, en lo que pasó a Saúl a quien dijo Samuel, *(In c. 10 l. 1 Reg.) Saltará en ti el Espíritu del Señor, y profetizarás y te mudarás en otro varón.* Las cuales palabras considerando San Gregorio, dice: *(L.4 c.4) Dícese, que salta el Espíritu del Señor, porque los corazones de los escogidos se llenan de repente con sus dones.* Luego añade: *Nuestra naturaleza, por el pecado del primer hombre quedó tan lisiada, que resbalando cada día falta, y descaeciéndose envejece; pero aunque descaezcamos en nosotros, cuando viene el Espíritu, somos renovados, y nos hacemos luego lo que no éramos. Era un tibio; pero visitado del Espíritu Santo se hace de repente fervoroso, comienza a arder en devoción,* y *a ejercitarse con grande fortaleza en buenas obras. De manera, que se muda en otro varón, el que comienza a ser: lo que antes que, viniese a él el Espíritu no podía en sí ser, ya comienza a hacer una vida buena, ama las cosas del Cielo, desprecia las de la tierra, y prorrumpe en fuentes de lágrimas. Mudase en otro varón, quien recibe la Gracia de la compunción, por haber vencido a él el Espíritu, lo cual no tenía antes de su venida; pero arrebatado de repente, deja de ser carnal, en virtud del Espíritu que sobrevino, deja con grande esfuerzo los cuidados del siglo, y se levanta a la contemplación de lo eterno: con admirable pureza de corazón: maravillase, que ya es lo que antes no era; y maravillase, que no haya sido antes lo que ya es.* En otra parte dice el mismo Santo *(Lib.* 2. *Moral. cap.* 3. & *in cap. 2 Lib.* I. *Reg.) Cuando el Espíritu Santo visita los corazones de los escogidos con su Gracia, les limpia poderosamente de la basura de sus pecados: porque luego que se infunde en el alma la despierta, y excita infaliblemente al odio de los vicios, y amor de las virtudes: la hace luego que aborrezca lo que antes amaba, y que ame ardientemente lo que antes aborrecía:* esto es, mudarse en otro varón, y es mudanza de la diestra del Altísimo, por las muchas fuerzas que comunica la Gracia por las cuales dijo Gerson, *(De Dominio. Evang. & Ser. de Circu.)* que era el cristiano; con la Gracia omnipotentísimo: y en otra parte que la Gracia era Señora, y Reina de la naturaleza: y Ricardo Victorino, que la caridad que acompaña a la Gracia, era omnipotente.

III.

Estas fuerzas, que comunica la Gracia para vencer los vicios, y obrar las virtudes, son para una cosa muy conforme a la naturaleza; y así no parecerá a todos tanta maravilla, que ayude la Gracia a la naturaleza racional en huir lo que es contrario a la razón, y seguir lo que es conforme a ella; pero que dé fuerzas, y gusto, para aceptar tormentos, y no huir la muerte, que es contraria a la naturaleza: esta es cosa, que no puede nadie dejar de maravillar mucho. ¿Qué obra más maravillosa, que niños, y doncellas tiernas se hayan ofrecido al cuchillo, al fuego, a tormentos inhumanos, que solo el contarlos hace temblar las carnes? Pero un niño Pelagio, un Justo, y Pastor, una Inés, una Olalla, se han reído de todo. Pues ¿qué diré de las penitencias, y trabajos incomportables de algunos Confesores, a los cuales ha dado fuerza, y espíritu la Gracia para sufrir de sí más maltratamiento, que los tiranos dieron a grandes mártires? Muchos no comían de dos a dos días, y algunos de ocho a ocho, no teniendo más cama, que el suelo, y algunas veces de abrojos; ni más regalo en el vestido, que un horrible silicio, *o* duras cadenas, y crueles mallas, despedazando sus carnes cada día con recios golpes, metiéndose en estanque helados, y otras asperezas, que espantan al sentido. Pondré de esto solo el ejemplo de Barsanufío Monge, que, como dice Evagrio, *(*Evag. *lib*. 4. *cap. 42.)* hizo en la carne una vida contraria a la carne: porque pudo en él tanto la Gracia, que siendo hombre mortal, viviese como ángel inmortal, sin alimento, sin uso de cosa de esta vida. Dícese de él, que vivió más de cincuenta años, encerrado en una celdilla, donde no le vio alma nacida, ni él usó de alimento, ni de otra cosa de esta vida. Si a este siervo de Dios pudo hacer la Gracia, que contra su misma naturaleza mortal, viviese como inmortal, y que siendo hombre viviese como ángel; ¿por qué no podrá hacer a un hombre que viva como hombre y no viva como bestia? ¿Por qué no podrá mudar los afectos humanos, y de vicios transformarlos en virtudes? ¿Por qué no podrá al espíritu humano hacer como de ángel, pues al cuerpo hizo como espíritu? Todo lo puede la Gracia invencible es; no tiene el cristiano que desmayar, sino diga con el apóstol: *Todo puedo en aquel que me conforta.* Puede vencer sus apetitos, puede domar su carne, puede destruir sus malas costumbres, puede desarraigar sus vicios, puede resistir las tentaciones, puede hollar al mundo, puede despreciarse a sí, y a todo lo visible, puede morir por Cristo; y esto puede ser con gusto: ¿con qué se podrá estimar este gran poder, que da la Gracia de Dios? Por cierto, que no toda la potencia del mundo le podrá igualar; pero sin la Gracia ¿qué somos? Poco más que nada, o por mejor decir; mucho menos: porque peor es ser pecador, que el mismo no ser; y cosa más débil e impotente es quien está en pecado, para salir de él, que lo que es nada para haber de ser. Prodigio es la flaqueza del pecador, porque muchas veces quiere, y puede no pecar, (caso horrendo) y con todo eso peca, como si no pudiera otra cosa. Verdaderamente, aunque no tuviera otro bien la Gracia solo por quitarnos la suma, y vilísima flaqueza, en que por la culpa caemos, y darnos para lo bueno una virtud como omnipotente, es digna de ser antepuesta a todos los bienes de la tierra.

CAPÍTULO V. La diferencia que hay de la Gracia de Dios, a la Gracia de los hombres.

I.

También es cosa digna, que consideremos la diferencia, que va de la Gracia de Dios, a la gracia de los hombres por lo cual se pierde tantas veces la Divina; para que vea el mundo cuan errado anda en buscar el agrado, y favor humano, con pérdida del favor del Cielo. Los vientos beben, mil ojos se hacen, y se deshacen los hombres, por tener gratos a otros hombres, olvidados de dar gusto a su Creador. Infinitos yerran en esto: porque es muy poco lo que aprovecha la gracia de los hombres, y mucho lo que suele dañar. Al contrario la Gracia de Dios nunca daña, y siempre aprovecha. Por lo cual dijo San Juan Crisóstomo: *(Hom. I. in ep. I. ad Corint. tom. 4. fol. 215) El que tiene la Gracia de Dios aunque padezca males innumerables*, *no solo a hombre alguno pero ni al mismo demonio teme: mas el que ofende a Dios, aunque parezca que está seguro, teme a todos. No tiene estabilidad el género humano, y no solo los amigos, y hermanos, pero los padres a los hijos y los hijos a los padres*, *por causas ligeras, mudados los ánimos persiguen más gravemente que los más enemigos. Ruégote que consideres esto. David tuvo Gracia para con Dios, Absalón para con los hombres*: *mira cual fue el fin de uno, y otro: ¿quién alcanzó mayor gloria y alabanza*? *Esto todos lo saben. Abrahán también fue agradable delante de Dios*, *Faraón delante de los hombres, porque por hacerle los hombres un contento le trajeron la mujer del justo: mira ¿cuál de los dos fue más esclarecido*, *cuál fue bienaventurado? Nadie ignora esto. Pues de los justos, ¿qué es menester hablar*? *Los Israelitas tenían Gracia con Dios*, *y eran aborrecidos de los Gitanos*; *pero llana cosa es*, *que los sujetaron vencidos*, *y rendidos. Esforcémonos, pues, con todo conato a esto*, *a procurar la Gracia Divina. Si uno es siervo, procure antes granjear la Gracia de Dios, que la de su amo: y la casada posponga su marido a Dios, y procure primero la Gracia de nuestro Salvador: El Capitán de un Ejército procure antes la Gracia Divina, que busque la benevolencia de su Rey, o Príncipe, y de esta manera, ganarás también de camino la Gracia de los hombres.* Esto es de San Juan Crisóstomo. Pero para que veamos mejor todo esto pongamos el ejemplo en la mayor gracia del mundo, y que más se desea. La que se tiene por la felicidad de la vida, y blanco de la ambición humana, cuando llega uno a ser querido de un poderoso Rey, cuya gracia tiene ganada: veamos qué bien tiene este, y que diferentes efectos hay del favor humano al divino: porque la gracia de los hombres (si no lo evita con la suya Dios, como vemos lo ha hecho en los que ha ocupado con su santo temor, ayudados con obras de piedad, y eficacia de los Sacramentos) tiene de suyo hacer soberbios, altivos, insufribles: mas la Gracia de Dios hace humildes, modestos, mansos, pacientes, prudentes: finalmente, la gracia de los hombres viene a parar en desgracia de los mismos hombres; pero la Gracia de Dios hace a quien la tiene agradable a todos. Buen dibujo de todo esto nos propone la Sagrada

Escritura en lo que pasó con Aman, y Mardoqueo. Aman tenía la Gracia del Rey de los Persas, que era entonces el mayor Rey del mundo, y Monarca de toda Asia, que imperaba sobre ciento veintisiete Provincias. Mardoqueo solo tenía la Gracia de Dios, y era un pobre cautivo. Comparemos primero las costumbres de entrambos, y luego sus fortunas. *(Est. 3)* A Amán se le subió tanto a la cabeza la gracia del Rey Asuero, que concibió luego una soberbia Luciferina: porque una adoración, que justamente no le daban, no lo podía sufrir, y reventaba de pena. Se mudó en fiera tan sangrienta, que muchos millares de hombres inocentes determinó matar en un día. La rabia que tenía contra los que nunca le hicieron mal fue más que de Tigre. El odio que concibió contra unos pobres cautivos, fue infernal, deseándoles comer las entrañas, y hacerles pedazos, y a peso del dinero, que ofreció para, ello, quiso sacarles a todos el alma; fue falsario, infiel a su Rey, levantador de falsos testimonios a los buenos, hombre desatentado, tan presumido, y ambicioso, que no contentándose con haber sido sublimado sobre todos los grandes, y príncipes del reino, quiso vestirse de las vestiduras reales, *(Est. 6)* y con público acompañamiento ser paseado por las calles de la corte, para ser así más reverenciado de todos, y que le sirviese de lacayo el mayor príncipe de Persia. Fue envidiosísimo, y moríase de ver el bien ajeno. Estas fueron las costumbres de Aman con la mayor gracia de los hombres, y el favor del mayor emperador del mundo. No sirvió todo sino de hacerle un monstruo de vicios, y escarnios de la fortuna. Leamos ahora las virtudes de Mardoqueo, que tuvo solamente la Gracia de Dios. Fue hombre modestísimo, tan humilde, que no se quiso descubrir por tío de la Reina Ester; tan piadoso que cuidaba de los huérfanos, como de hijos propios; tan compasivo, y misericordioso, que libró de la muerte a ¡numerables hombres: tan cuerdo, que con su industria facilitó obras casi imposibles en favor de los inocentes: tuvo ánimo invencible, gran penitente, y ayunador, de mucha oración, muy celoso de la honra de Dios, y del bien de los prójimos. Fue fidelísimo al Rey, a quien libró de la muerte, desinteresado sobremanera, que no habló una palabra por sí: y esto siendo tío de la Reina de Persia (cuyo favor tenía) para que le hiciesen merced por aquel servicio, estando muy contento con su pobreza. Sobre todo fue tan fino y fiel con Dios, que por no faltar a su debida Religión, se puso a peligro evidente de la vida. Estos partos tan diferentes son de la gracia de los hombres, y de la Gracia de Dios. Aquella suele ser madre de vicios; esta no lo puede ser, sino de virtudes. Aquella lo que puede es hacer a los hombres fieras; esta ángeles. Aquella pervierte la naturaleza; esta la sana. Una y otra mudan las costumbres; pero aquella en mal, está tu bien.

Ni hay cosa más para temblar, que de la gracia de los hombres, sin la Gracia de Dios. La prosperidad, la abundancia, la adulación, la honra, el distraimiento, el poder, hace olvidar a los hombres que son hombres; y olvidados de sí, se desenfrenan las pasiones, irritase la ambición, avivase la avaricia, la razón se ofusca, y todo el hombre se altera. Si como los príncipes pueden dar dones de fortuna exteriores, tuvieran virtudes para dar los interiores, fuera de estima su gracia: mas como solo pueden dar honras, y riquezas, que cae todo de fuera, y es ocasión de muchos males, y no hay dentro del hombre virtud, ni prudencia para moderarlo, ni templanza para usar de la fortuna;

ordinariamente más daño hacen con su gracia, que provecho. Es cortísima su jurisdicción, pues no pueden mejorar a quien bien quieren, sino solo aumentarle en bienes de la tierra: darles sus bienes pueden, mas no bondad; no digo solo la bondad moral, pero la natural: no solo no pueden dar virtud, pero ni salud. Con su gracia solo muda la casa de sus favorecidos, no sus personas, no su complexión, no sus malas calidades, no sus fuerzas, no sus sentidos, y potencias. Con la naturaleza misma se quedan, empeñada en más vicios. Puede considerar cada uno dice Josefo, hablando de Joab, privado de David, cuando mato a Abner: *(Lib.7. de. Antiq. cap.* 1. *p.* 184*) A cuantas cosas, y cuales son a las que se atreven los hombres por la avaricia, y ambición, afectando el Principado, y mando, cuando no quieren ceder a otro: porque deseando alcanzar estas cosos, llegan allá por machos males, temiendo luego perderlas, se enredan, por conservarlas en hechos mucho peores, como si no fuese bastante mal, el querer solo retener el poderío de la Majestad. Cuando uno ha hecho costumbre a poseer estos bienes, teme grandemente se le huyan, como sea mayor calamidad estar en su posesión; y por eso maquina cosas más crueles, y por temor de no perder lo que ha alcanzado presume cometer cosas más graves.* No es así la Gracia de Dios, que nos limpia de pecados, y quita los vicios: porque entra en lo interior del alma: no se queda en lo de fuera: sana la naturaleza, hermosea al alma, la llena de excelentes calidades de virtudes infusas, de dones del Espíritu Santo; y así la Gracia de Dios mejora a quien la tiene renovándole interiormente. La de los hombres le malea cercándole exteriormente de engaños y encantándole con sus bienes fingidos; y esto es lo que envidian los hombres, lo que apetecen, y desean su daño con sobrenombre de fortuna, su perdición con falso sobrescrito de dicha. Consideremos en qué vino a parar la gracia que tuvo Aman con Asuero. Lo primero que aun estando en gracia de su Rey, no le podían ver las gentes, y hallando buena ocasión, le pusieron mal con él; finalmente, paró en la horca, y el mismo fin tuvieron otros diez hijos suyos. Sus casas se dieron a sus enemigos, de quien él lo fue mayor: fue desposeído de su privanza, con gozo de todo el pueblo. Contrarios efectos tuvo la Gracia de Dios con Mardoqueo: aun entre los hombres fue bien visto, amado de todos, y levantado a la mayor dignidad de los Persianos, vestido de las vestiduras reales, y reverenciado del pueblo, hecho la segunda persona en el Reino de Persia, después de la del Rey.

II.

Lo mismo que Aman ganaron Elio Seyano con la gracia de Tiberio; y Bolseo, Gronuelo, y Gramero con la de Enrique Octavo, Rey de Inglaterra; y otros infinitos con el favor de grandes Monarcas, que cuanto con su gracia llegaron a ser más poderosos, tanto fueron para con Dios peores, como Plauciano, Eutropio, Rufino, y Estilicon. Sin la Gracia de Dios fueron muchos con toda la gracia de los príncipes, siempre malos, y en sus fines mal aventurados. Vivieron mal, y no murieron mejor, pereciendo su memoria con estallido, su fin hizo estruendo en todo el mundo. Fueron ambiciosos, atropellaron

con toda razón, y derecho, pisaron toda justicia, no tuvieron más ley que su voluntad. El mundo fue poco para su soberbia, y presunción. Finalmente, perecieron entre las uñas de su fortuna, que algún tiempo les cebó a sus pechos, para comérselos a bocados, ya más pingues, y gruesos. No hay que fiar de felicidad humana; en vida suele ser dañosa al alma, en muerte al cuerpo. Mientras dura emponzoña al alma: cuando se va da el golpe, y hace presa en el cuerpo: y la que estuvo dando toda la vida, quita después la vida, y con esto se hace pago de todo. La fortuna no ayuda a la virtud, las honras mudan las costumbres; y así, hay que temer mucho de la gracia de los hombres que nunca es segura, si no la acompaña la Gracia de Dios, y siempre puede ser sospechosa. Bien entendido tenía esto el Santo Patriarca Jacob, y así, cuando le dieron nuevas de su hijo José, tan llorado por muerto, diciéndole, que aún vivía, y estaba en gran privanza, y gracia de Faraón, Rey de Egipto, y de todo su Reino, se le aguó el contento con esta circunstancia, temiéndose no le hubiese dañado a la virtud, que aprendió en su casa, tanta gracia de los hombres. Y así dice Filón: *(Lib. de Josepho) En medio de su gozo le sobresaltaban grandes temores*, *no hubiese dejado las costumbres santas de sus mayores.* Por lo mismo dice San Juan Crisóstomo, que Cristo nuestro Redentor quiso morir en la Corte de Judea, y ser allí más desfavorecido de los hombres, para poner horror a sus discípulos de la Corte donde está el favor humano. Afectar mucho y agradar a los hombres, está en peligro de desagradar a Dios. Pretender mucho la gracia de los príncipes no se suele hacer sin perjuicio de la virtud. Los mismos gentiles conocieron esto, aunque ciegos en otras cosas. Galeno, en un libro que hizo para curar las enfermedades del alma, casi no encarga en todo el, otro remedio, sino buscar un varón virtuoso, cuyos avisos oiga, y se gobierne por su consejo, el que quisiere limpiarse de la peste de los vicios; pero advierte mucho que se mire, qué varón se escoge para este magisterio, y medicina del alma, porque ha de ser de aprobada virtud, lo cual dice no se debe creer fácilmente; y dando las señas de quien se puede satisfacer ser virtuoso, señala por la más cierta el no buscar la gracia de los hombres; y sobre este punto dice esta notable sentencia:(Lib. De car. ami.) *Para que puedas hacer juicio de aquel hombre que tiene fama de virtuoso, y averiguar si es tal, como se dice*, *has de hacer primero esta experiencia. Si ves*, *que va a menudo a la casa de los ricos*, *y más poderosos*, *y que frecuenta los palacios de los príncipes*, *y reyes*, *ten por cierto*, *que esta tal persona no trata verdad*; *porque a semejantes obsequios suele acompañar la mentira. Además de esto, si echas de ver, que se huelga de saludar, y tener correspondencias con este género de gente, que gusta de andar con ellos, y acompañarlos, y se introduce a sus mesas*, *quien sigue tal vida, no solo no tratará verdad*; *pero es necesario tenga toda malicia, porque será codicioso, o de dineros, o de mandar*, *o de honra y gloria entre los hombres; o por la menos padecerá asechanzas de algunos, o de todos estos. Pero aquel que vieres, que ni saludar ni acompañar quiere a este género de personas, ni gusta de comer con los ricos, y más poderosos, y hallares que se está, y pasa en su casa con templanza, espera, que este es hombre de verdad.* Todo esto es de este filósofo, al cual le pareció imposible buscar la gracia de los hombres, con buscar la virtud. Muy lejos está el deseo de la gracia humana de hallar la Divina, pues con la

Gracia de Dios se atropella, por hallar la de los hombres. Mucho puede desagradar a su Creador, quien lo que más pretende es agradar a la creatura. No para virtud en el alma, marchítense las buenas costumbres, secase la raíz de la devoción. ¿Qué bien puede haber, si por dar gusto a los hombres, se da disgusto a Dios? Bien conoció este daño David, y así dice estas terribles palabras: *Dios disipa los huesos de los que agradan a los hombres: confundidos están, porque Dios les ha despreciado.* ¡O qué pesado trueco, e injurioso para el alma, cuando por la benevolencia humana carga sobre uno la ira divina: y por la estimación de los hombres se granjea ser menospreciado de Dios! ¿Qué puede aprovechar el favor humano, sin la Gracia Divina? No está segura la gracia de los hombres, aun de sí misma. El-mismo Asuero, que sublimó a Aman le abatió. Daña la benevolencia humana, sin el amor divino; pero teniendo contento a Dios, todo está seguro, no solo en medio de peligros, y desgracias; pero en la misma desgracia de los hombres, que es tan peligrosa. José, privado fue del Rey de Egipto: Daniel del Rey de Persia; uno, y otros tuvieron más cuenta con la Gracia de Dios, que con la de sus príncipes: y con la Gracia de Dios conservaron la de sus reyes y de los hombres.

Débase también considerar, cuan inconstante, y quebradiza es la gracia de los hombres, muy al contrario de la Gracia de Dios. (1R. 16)) Cosa es de espanto, que habiendo sido David tan familiar del Rey Saúl, que fue su page de armas, y estado en su palacio con él, tocándole cada día su harpa, y habiéndole curado de la pasión que tenía, por la cual se apoderaba de él el demonio: por solo un poco de ausencia que hizo David de palacio, cuando después volvió, habiendo muerto al Gigante Goliat, no conoció Saúl *a Dav*id; y preguntaba, ¿quién era? ¿Qué se podrá fiar de la gracia de los Reyes, y del favor de hombres, pues tan presto, no solo se olvida, pero ni conoce a los que más le sirvieron? Mardoqueo libró al Rey Asuero de la muerte, y descubrió la conjuración, que contra él tenían urdida dos traidores; y con ser este servicio tan notable, se olvidó de él totalmente, sin acordarse más de Mardoqueo, que si no estuviera en el mundo. No es así Dios para quien está en su Gracia, y le sirve: porque está tal, dice David, que estará en la memoria eterna de Dios. En él tiene puestos su Divina Majestad los ojos, y le tiene tan presente, que no solo no se olvida de él, pero ni se aparta de él. Y aun después de muerto hace Dios por su causa, y memoria muchos bienes a los suyos. Por haber estado en su Gracia Abrahán, Isaac y Jacob, hizo por ellos, aunque estaban en el Limbo, innumerables bienes al Pueblo de Israel.

CAPÍTULO VI. Como con la Gracia se dan, no solo los bienes sobrenaturales, y espirituales, sino también los temporales.

Después de tantos privilegios de la Gracia, y bienes espirituales, que consigo trae, consideremos también los temporales: porque no falta la cosa para ser por todos lados estimada. Trae consigo todos los bienes del Cielo, y trae todos los de la tierra: ¿qué más se puede desear? No se cansen los codiciosos, que no les puede dar más su avaricia, que la Gracia de Dios les daría. Nunca pudo la codicia humana poseer todo lo que quiso; mas la Gracia da todo lo que se puede, y debe querer, pues da todo lo que es menester, aun de bienes temporales, para conseguir los eternos. Este es raro privilegio, tener en una pieza todas las cosas. No falta nada al que no falta la Gracia, y todo lo tiene quien tiene la Gracia. Oigamos al Hijo de Dios, que nos dice en esta parte: (Lc. 12, 31) *Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y se os darán por añadidura todas estas cosas.* Busquemos primero la Gracia, aseguremos primero el Reino de los Cielos, anhelemos primero por la santidad, y justicia del alma, negociemos primero la vida eterna; y todas las demás cosas necesarias para la vida temporal, se nos darán de más a más. Con qué favorable condición se nos da todo bien, con que busquemos lo que solo nos está bien. Con que carga tan suave se nos promete todo; no más que buscar una cosa, que es obligación nuestra. Con que busques el Cielo, te dan la tierra. Con que quieras el Reino de Dios, te dan más que el reino del mundo. Con que busques solo la Gracia te dan la naturaleza. Todas las cosas son nuestras, con que seamos nosotros de Jesucristo. Gran consuelo es lo que escribió el apóstol a los de Corinto: *(1Co. 3, 22) Todas las cosas son vuestras, ora sea Paulo*, *ora sea Apolo*, *ora sea Cefas*, *ora sea el mundo*, *ora sea la vida*, *ora sea la muerte*, *ora sean las cosas presentes*, *ora sean las futuras*, *porque todas cosas vuestras son; pero vosotros de Cristo.* Quien está en Gracia, no se llame pobre: porque todas las cosas son suyas. Pablo, Apolo, y San Pedro son suyos, porque por él trabajaron, sudaron, predicaron. Todos los Santos del Cielo, y tierra son suyos, porque por él interceden. La vida es suya, pues la vive para Dios. La muerte es suya, pues por ella pasa a Dios. Lo presente es suyo, pues usa bien de ello, y no le faltará lo necesario. Lo por venir es suyo, porque guardado le está el Reino de los Cielos. El mundo es suyo, pues se hizo por él, y él es más que el mundo. Todas las cosas son suyas. Y lo que más es, él es de Jesucristo, y Cristo es suyo, y por eso todo es suyo. De manera, que con esto serán suyas todas las cosas, con que Cristo sea suyo. ¡O carga suave! ¡O dulcísima obligación! ¡O condición gananciosa! Porque seas tú de Cristo, todo es tuyo; y lo que más es tuyo es el mismo Cristo. Todo es tuyo, si estas en Gracia. Dios es tuyo, los Santos son tuyos, y las creaturas son tuyas: el mundo todo visible e invisible es tuyo; y si no estás en Gracia, nada será tuyo. Dios no será tuyo, porque te enajenaste de él, y te entregaste a Lucifer. Los Santos no serán tuyos, pues no te aprovecharon sus ejemplos. Las creaturas no serán tuyas, pues no se crearon para que usases mal de ellas, y se te querrán huir de las manos. La vida no será tuya, pues la tendrás perdida, y con ella no te aprovechas, ni podrás, mientras estuvieres en ese estado, merecer ni un solo

adarme de gloria. La muerte no será tuya, porque morirás para el demonio. Nada es tuyo, y tú serás de Satanás. No hay mayor pobreza, que la de aquel que carece de Gracia: porque ni a sí mismo se tiene, pues es esclavo del diablo; y no teniéndose a sí, nada puede tener: y todo lo que puede tener, será antes de Lucifer, que suyo. Pero quien está en Gracia, todo lo tiene, porque tiene a Dios, y con Dios tiene todas las cosas, tiene el amor de Dios, tiene el poder de Dios, tiene la sabiduría de Dios, tiene el cuidado de Dios, empleado en su bien, y en mirar por él. Busca *tú el Reino* de Dios, que es la Gracia, y su justicia, y con ella tendrás todas las cosas, porque Dios te las dará: *Muy justa promesa por cierto* (dice S. Buenaventura) *(In cap. 12 Luc.) porque quien busco el Reino de Dios, y su justicia, es siervo de Dios y amigo de Dios e hijo de Dios. Y fuera cosa grandemente perversa, imaginar, que Dios había de faltar a su siervo, y amigo e hijo y sin proveer de las cosas necesarias, porque este tal posee a Dios, y es poseído de Dios, y por consiguiente tiene lo que tiene Dios.* Riquísimo está con Dios el que tiene su Gracia: porque al buen siervo, con un señor liberal, ¿qué le puede faltar? El amigo fiel, con un amigo omnipotente, ¿de qué podrá carecer, que haya menester? El hijo obediente, con un Padre, Señor del Cielo, y tierra, y providentísimo; ¿qué tiene que hacer más que descuidar? Quién está en Gracia es siervo de Dios, y amigo e hijo. Dichosísimo por cierto Señor, y Amigo, y Padre tan cuidadoso de su bien. Si cuando no fuiste, tuvo Dios cuidado de ti, para que fueses: ahora que eres lo que él quiso que fueses, ¿cómo podrá descuidar? Si cuando eras nada, tuvo providencia de ti para darte todo a ti: ahora, que no solo eres, sino bueno y fiel siervo y amigo, ¿cómo te podrá negar lo que da a sus enemigos? Si cuando eras su enemigo te dio a su Hijo; ahora que eres su hijo, y amigo, ¿qué dejará de darte, que hayas menester?

Si quieras saber lo que Dios cuida de los que están en Gracia, oye lo que dice, como tierno, y amoroso Padre, por el Profeta Isaías: (49, 15-16) *¿Por ventura se podrá olvidar la mujer de su niño, para que no se compadezca del hijo de sus entrañas? Y si ella se olvidare, yo no me olvidaré de ti: mira que en mis manos te tengo escrito, y siempre tengo tus muros delante de mis ojos.* Con que palabras más vivas, y tiernas se podía significar este cuidado de nuestro amoroso Padre, sino con las que él mismo dice en otra parte: *(Is. 46, 3-4) Oídme, Casa de Jacob, y todas las reliquias de la Casa de Israel, que os traigo en mis entrañas, y os tengo dentro de mi vientre; Yo mismo hasta la vejez, y hasta las canas Yo os llevaré; Yo os hice, y Yo os llevaré; Yo andaré cargado de vosotros, y Yo os salvaré.* No puede faltar la providencia de Dios para con el que está en Gracia. La madre se podrá olvidar del hijo que tiene en sus brazos, no Dios del que tiene en sus entrañas. No solo quiso significar el Espíritu Santo, el cuidado de la providencia Divina, con el afecto de madre para con el hijo, que ha parido, sino con la necesidad de sustentar al hijo, que tiene en su vientre. Bien puede una madre dejar de dar los pechos a su hijo que tiene abrazado; pero no puede dejar de dar la sangre al que tiene en sus entrañas. Por eso dice Dios, que no solo tiene a los suyos en sus manos, pero en sus mismas entrañas; porque así como no es posible dejar de sustentar una madre a la creatura que tiene en el vientre, sino es que ella muera y la sustenta de su sangre; así también no es posible, que deje Dios de mirar por el que está en Gracia,

como si al mismo Dios le fuera la vida en ello, como le va a la madre: y de su misma Sangre, y sustancia, si no tuviera otra cosa, le sustentara Cristo; y verdaderamente nos da ahora para sustento espiritual su misma carne, y Sangre. Por esta tan singular cuenta de los justos, los llama Dios en un salmo, según la Letra Hebrea, sus escondidos. *(Sal. 82)* Dice también, que los guardará dentro de su Tabernáculo, *(Sal. 30) y* que los esconderá en lo más secreto, donde estarán siempre delante de sus ojos: (Sal. 26 y 30) y que no solo cuando le llaman, pero antes de llamarle los oye, y antes que acaben de pronunciar la palabra, hará lo que piden. Y por el Profeta dice, *(Is. 65)* que prevendrá sus peticiones con misericordia. Pues ¿qué diré de aquella fineza, y ternura, cuando dice, que quien los tocare, tocará a las niñas de sus ojos? Y así no es maravilla lo que testifica el Salmista, (58) que aunque era viejo, y lo observó con cuidado, nunca vio a justo alguno desamparado de Dios, (24) ni que sus hijos buscasen pan; porque no solo hace bien Dios al justo, sino a muchos otros con él, como dijo Labán, a Jacob: (Gn. 30) *He experimentado, que me ha echado Dios su bendición por amor de ti.* Y el mismo Jacob responde: *Poco tenías antes que viniese yo a estar contigo, y ahora te has hecho rico, y te ha echado el Señor su bendición con mi entrada.* Dé, pues, voces Isaías (8) y cumpla con aquella embajada, que Dios le mandó dar al que está en Gracia: *Decid al justo que bien;* infinito bien está encerrado en esta palabra *bien*, que tan brevemente se dice: breve en palabras, pero larga en promesas es esta embajada de Dios. Por eso no se señala que bien es este del justo; porque es todo género de bien, que le vendrá por el cuidado paternal de Dios. Tendrá bien para el alma, y bien para el cuerpo; bien para sí, y bien para los suyos; bien para esta vida y bien para la otra; bien entre los hombres, y bien entre los ángeles. Alégrese el justo, que todo le irá *bien:* busque solo un bien, y tendrá todos los bienes; busque el Cielo, y tendrá la tierra; busque la Gracia, y hallará todo; porque Dios le echará su bendición en todo. Pero temase el pecador, que todo le saldrá mal, porque perdiendo la Gracia, perderá todo bien, y hallará todo mal: *La bendición de Dios* (dice Salomón) (Pr. 10, 6-7) *vendrá sobre la cabeza del justo; pero la maldad cubrirá el rostro de los malos. La memoria del justo será con alabanzas; y el nombre de los malos se podrirá.* Dichoso el que busca el Reino de Dios, pues Dios le echa su bendición. Por lo mismo dijo el Santo Esdras: *(8) La mano de nuestro Dios está sobre todos los que le buscan en verdad; y su imperio, y fortaleza, y furor está sobre todos los que le dejan.* La mano de Dios está sobre el que está en Gracia para bendecirle, para alargarle, para cuidarle, para detenerle, para hacerle largas mercedes, para mirar por él. Porque dice el Sabio: *(Ecles. 34, 15-17) Los ojos del Señor están sobre los que le temen, él es su protector poderoso, su firmamento fuerte, el que le cubre, y defiende del ardor, y hace sombra al resistero de medio día, el que aparta de él toda ofensión, el que le ayuda en la caída, el que le ensalza el alma, y alumbra los ojos, y da sanidad, y vida, y bendición.* Alégrese el justo, que Dios está en él, y le llenará de sus bendiciones: le dará todo lo que hubiere menester: y si le faltase algún bien temporal, necesario para la vida, será para que adquiera mayores bienes eternos, para asegurar su salvación. Ni solicite para que no le falte, ni se aflija si le faltare. Su cuidado no es necesario, porque Dios le tiene por él: y su pena será sin causa, pues nadie se debe

afligir por lo que le es mayor bien.

II.

Por este cuidado tan cuidadoso y amor tan fino, que tiene Dios de los que están en Gracia, deben ellos descuidar de sí, por solo tratar de amar, y servir a su Padre Celestial, como el mismo Hijo de Dios, y nuestro hermano mayor Cristo Jesús nos encargó; porque apartándose una vez de la muchedumbre de los hombres, que le seguían, habló a parte a sus discípulos, y los exhortó con muchas razones, que descuidasen de sí en todas las cosas, porque solo procurasen la Gracia; y así les dijo: *(Lc. 12, 22) No estéis solícitos por vuestra alma de lo que habéis de comer*, *ni por vuestro cuerpo, de lo que habéis de vestir.* Como si dijera: Aun de las cosas necesarias habéis de descuidar: quiero que estéis tan libres de la solicitud, y ansias de las cosas temporales, porque cuidéis solo de la Gracia: que no solo de las superfinas, sino aun de las precisas, quiero que viváis descuidados: *El alma es cosa mucho mayor que la comida, y el cuerpo que el vestido.* Pues aquel que sin diligencia, ni cuidado vuestro, os dio lo que es más, también dará lo que es menos; y pues Dios os dio más que el alma y cuerpo, que es la Gracia, y la participación de su infinita naturaleza, y con ella una vida divina no faltará en lo necesario para la vida humana (Mt. 6, 26): *Considerad los cuervos*, *que no siembran ni siegan*, *ni tienen despensa*, *ni graneros*, *y Dios les da de comer*: *cuanto mejor no hará con vosotros*, *pues sois mejores que ellos.* No falta la Providencia Divina para hartar aves tan viles, y comedoras, y que no tienen riquezas, ni cosecha alguna: cuanto menos faltará a vosotros que sois creaturas racionales, hechas a su imagen, y semejanza, y adornadas con su Gracia. Inmensamente os estima Dios más que a las aves del aire y animales del campo; porque más es un grado de Gracia, que toda la naturaleza junta, con cuanta hermosura, y bienes tiene; *y* así, incomparablemente más cuidará Dios de vosotros; porque procediendo ordenadamente en todas sus cosas, ya que tiene cuenta de cosas tan menudas, también la tendrá de las mayores, y más tan grandes como son sus hijos queridos, y amigos del alma. Y si Dios da de comer a los cuervos, sabrá dar de comer por los cuervos a los que están en Gracia, como hizo con Elías: *Y ¿quién de vosotros*, *por más que solicite, y piense en ello*, *podrá añadir a su estatura un codo? Pues si en lo que es menos no podéis, ¿por qué estáis solícitos de las demás cosas*? Por cierto que podéis descuidar de vosotros, porque vuestra providencia, y poder es muy corto, y será vano, pues aun en vosotros mismos no podéis lo que queréis, ¿cómo podréis en las cosas, que están fuera de vosotros? No podéis hacer que crezca vuestra estatura, ¿cómo podréis hacer que se críen, y crezcan, y vengan a vuestras manos tantas cosas como son necesarias para comer y vestir? Era menester que tuvieras para esto el gobierno del mundo, y así no tenéis que solicitaros. No os metáis en la Providencia Soberana, pues en la natural no podéis nada: si no podéis acrecentar vuestro cuerpo, tampoco podréis alargar la vida: si con la medida de vuestro cuerpo debéis estar contentos, estad también con el sustento que Dios os deparará. Y dado que pudieras

algo, ¿qué sabéis si antes de gozarlo, os burlase la muerte? ¿No veis como sería ya en vano todo vuestro cuidado? Aquel rico, que había cogido con afán grandes cosechas, y de cuidados no podía dormir, habiendo hecho provisión para muchos años, con la muerte repentina lo malogró todo: la misma noche en que dispuso su hacienda para largo tiempo de vida, la perdió, y con la vida, hacienda y alma: *Considerad también los lirios, o azucenas, que no trabajan, ni hilan; pero de verdad os digo que ni el Rey Salomón en toda su gloria, y Majestad, se vistió como una de ellas.* Considerad como crecen cubiertas todas, y vestidas, hasta que echen aquella su flor tan hermosa, aunque no cuide de ellas el Labrador: con todo eso, están más vistosas, que los vestidos de Salomón, el cual fue curiosísimo en su ornato, y no le faltó riquezas, ni sabiduría para hacer lo que quisiera: *Pues si Dios tiene tal cuenta con las plantas, que son de una naturaleza con el heno, que hoy es, y mañana le arrojan en un horno que le viste: ¿cuánto más con vosotros?* Con las plantas, que duran tan poco, tiene Dios esta providencia: ¿cómo la tendrá con sus mejores creaturas, y que tienen alma inmortal? Y más con los que tienen la participación de su naturaleza infinita. Son sublimadas a un ser Divino, y son hijos queridos.

Verdaderamente, nace este cuidado de las cosas temporales de poca fe, como nos lo da a entender el mismo Jesucristo. Poca estima de la Gracia, y poca fe de las cosas divinas, es causa de esta solicitud. No quiera quien está en Gracia buscar con afán, que ha de comer, y beber, como lo encarga el Hijo de Dios, no se ha de poner nuestra principal mira en estas cosas temporales. Creado fue el hombre para la eternidad, y por la Gracia tiene ya derecho a la vida eterna. Las cosas de la tierra solo le fueron dadas por algún tiempo, y para reparo de esta vida; y así nuestro primer cuidado ha de ser de lo eterno, no de lo temporal. No queramos turbarnos por el mal tiempo, por los años estériles, que no depende el sustento de un justo de los Cielos materiales, sino de Dios, que en grandes carestías dará a los suyos, que podrán dar a otros. El observar los tiempos, y andar cuidadosos del vestido, y comida, los gentiles lo hacen, dice nuestro Redentor; de lo cual han de estar muy lejos sus discípulos. Los que no tienen conocimiento de Dios, los que no tienen esperanza de la vida eterna, los que no tienen, ni un pensamiento de las cosas del Cielo, como los Infieles, y Barbaros, tienen escusa de buscar lo temporal: mas los hijos de Dios, los que están en Gracia, y tienen no solo esperanza, sino derecho a la vida eterna, en esto han de poner su cuidado, y descuidar de todo lo transitorio. Nuestro Padre celestial sabe lo que hemos menester. Dios es y lo puede remediar con su Omnipotencia. Padre es, y lo querrá hacer. Él lo sabe, no hay sino descuidar de nosotros, por cuidar solo de servirle. No es Dios ignorante, que se le podrán esconder nuestras necesidades. No es pobre ni débil, que no las puede remediar. No nos tiene mala voluntad, para no querer hacerlo. Bástanos que él lo sepa, pues que nos ama más, que nosotros nos amamos a nosotros mismos. Busquemos, pues, el Reino de los Cielos: busquemos su justicia, viviendo santamente, haciendo obras santas, y merecedoras del Cielo: busquemos solo la Gracia, y todas las demás cosas se nos añadirán; porque no tiene estima, ni importancia cuanto hay en la vida, respecto de la Gracia de Dios. No dice absolutamente, que nos darán, sino que se nos añadirá: porque

estas cosas temporales no tienen ser respecto de lo espiritual: no se reputan por algo, y así se dan como si no fuesen: van por añadidura, con los bienes sobrenaturales que Dios hace a los justos, los cuales porque busquen lo futuro, hallan lo presente.

III.

Además de todo esto, se había uno de correr de poner la mira en las vilezas de la tierra, quien puede tener un Reino, y ese del Cielo. Quien está en Gracia tiene un Reino entero, y tan grande como el Reino de Dios dentro de sí; y es indigna cosa de una persona Real, cuidar de cosas pocas. Así dice San Pedro Crisólogo: *(Serm. 25) Quita el Señor congojosas esperanzas, quita dudosos sucesos, quita y arroja del corazón todo miedo, cuando desde el principio promete a los que nacen por Gracia un Reino: pues ¿quién estando cierto del Reino, y seguro del Imperio, suspira por la comida, por el vestido, por renta ordinaria, y la vileza de la tierra y pegujar propio? Grandemente se aborrece, el que sublimado a lo sumo, él se abate a lo vil, y se depone de lo que es, buscando la mendiguez.* Con razón añade el mismo Santo: *Pues ¿qué tiene que ver con la tierra aquel que posee el Cielo? ¿Qué tiene que ver con las cosas humanas aquel que ha alcanzado hasta las divinas? Si no es que los gemidos agraden, se elijan los trabajos, se amen los peligros, deleite una muerte pésima, y los males que suceden, sean más apacibles, que los bienes concedidos.* Gran cosa es el Reino de la Gracia, quita de cuidados, quita de peligros, quien se contenta con ella. No tienen este privilegio los reinos del mundo. Quita este Reino de Dios todos los males, y trae todos los bienes. Gran virtud es la de este Reino de los Cielos, que buscado da Cielo, y Tierra: los bienes del Cielo tiene, los de la tierra no le faltan. Venga ahora a razones la avaricia humana, ¿con qué diligencias podrá hacerse dueño de todas las cosas? La Gracia consigue esto, porque no las busca. La Gracia sin grandes gastos, y sin cuidados, depara todo. De grande ahorro es este Don Divino. ¡O grandeza de la Gracia, que sin diligencias de lo temporal, lo da juntamente con lo eterno! ¿Con qué se podría pagar el vivir sin pena, el asegurar el sustento de toda la vida, el ahorrar perder tiempo, y no tener cuidado? A esto que no puede llegar la potencia del mundo, llega la Gracia, con que se estime, y busque; dalo sin cuidado, ni trabajo. Errados andan los hombres en buscar primero lo temporal, y luego lo eterno. Primero escogen estado en que puedan vivir, y luego quieren con él servir a Dios. No ha de ser así: primero deben escoger aquel estado en que han de servir a Dios, y con esto no les faltará con que vivir. Con buscar de veras la Gracia, se asegura el sustento de toda la vida. En una pieza conservamos todo, y tal que nadie nos la puede quitar. No se puede perder este don, si no le queremos perder: pues ¿cómo se atropella con la Gracia, por menos, que el sustento de un día? Creo, que por avariento que seas, si te aseguraran, que en toda tu vida no te había de faltar nada de lo necesario, que no dieses por eso cuanto tienes. Con menos te lo asegura Cristo Redentor nuestro: no es menester, que des muchas cosas, solo que recibas una gran cosa, que es su Gracia: con que esta busques, te aseguran todo, y tu hallarás la paz del alma. Es esta seguridad tan

grande, que por ella nos podemos enajenar de todo bien de la tierra: y así nos lo aconseja el Señor, porque nos basta el Reino del Cielo. Por esto dice San Pedro Crisólogo: *(serm. 23) Da nuestro gran Padre por consejo a los que han de reinar por Gracia: Vended lo que poseéis, y dallo a los pobres. Si creéis que habéis de vivir, si creéis que habéis de reinar, si creéis que sois ricos de bienes soberanos del Cielo, adonde habéis de ir y vivir y reinar, vayan delante de vosotros vuestras cosas. Reputad por la misericordia a las riquezas, como miserias. Convertid las cosas, que son humanas, en Divinas.* Porque de esta manera, lo que es divino se nos convertirá en provecho humano, y con la Gracia tendrá lo que hubiere menester la naturaleza: fuera de que la Gracia satisface por todo. Sin ella, por más que tengas, te faltará y por mucho que busques, no hallarás lo bastante; por más que gastes, no tendrás hartura. Esto es lo que dice el Profeta Isaías: (55) *Porque pagáis plata, y no tenéis panes bastantes: porque os trabajáis, no para hartaros.* Para ¿qué tenéis corazones semejantes al infierno, que nunca se hartan? ¿Qué angustias traéis? Comprad de Cristo sin plata, ni dinero: venid a él, y os recreará: su Gracia es agua de vida; esta sola es el agua, que apagará la sed de lo temporal, y os dará una dulce hambre, y sed de lo eterno: con este bien os vendrán todos los bienes.

CAPÍTULO VII. La Gracia da la bienaventuranza de esta vida, y no la puede haber sin ella.

I.

De lo dicho se verá cuanto yerran, aun para la vida corporal, y su comodidad, los que no estiman, ni buscan la Gracia sobre todas las demás cosas, y bienes de la tierra, pues la acompañan todos los bienes. Ahora añadiremos, que trae consigo, no solo bienes tan grandes, sino la misma bienaventuranza: porque no solo tiene derecho la Gracia para la bienaventuranza eterna, sino que trae consigo también la temporal. Ella es la que da en todo rigor la bienaventuranza de esta vida, y comparado con la Gracia todo lo que los mundanos juzgan, y muchos filósofos antiguos juzgaron por bienaventuranza, no es sino malaventura, y desdicha, y maldición, como ahora veremos. Erraron muchos de los que se llamaban Epicúreos, en poner la bienaventuranza en los deleites, porque no es posible, que este bien tan grande con daño del ánimo que es la principal parte del hombre. La bienaventuranza es un estado perfecto, con la junta de todos bienes: pues si faltan con los deleites los bienes del alma, y hay sus daños, ¿qué bienaventuranza pueden dar, sino mucha malaventura? Los deleites ciegan al alma, abálenla a mil vilezas, la hacen esclava de la carne. Por lo cual dijo Seneca: *Los que se hunden en sus gustos*, *de los cuales habiendo hecho costumbre no pueden carecer; sirven a su deleite, no le gozan, y aman sus males, lo cual es lo último de los males.* ¿Qué mayor ceguera, y vileza, y maldición que esta, pues son grande ocasión de pecados los gustos? Porque como dice San Ambrosio: *(Epist. 28) Los deleites del siglo son unos anzuelos; y lo que peor es, son anzuelos de males, anzuelos de tentaciones: mientras buscas tu gusto, caes en lazos.*

Por esto Diógenes, topando a un mancebo, y preguntándole donde iba. Respondióle, que a un convite: replicó el filósofo: Anda, que tú volverás peor que vas. La felicidad verdadera no puede ser ocasión de mal, ni de pecado; porque, como enseña Aristóteles, se hubiera de huir, y no buscar, y así no fuera felicidad, que es la cosa que nunca se ha de huir, y siempre se ha de desear; y pues los deleites son ocasión de pecado, y de tan notable daño del alma, no puede estar en ellos la bienaventuranza, pues se han de aborrecer, y echar de sí. Lo cual nos significó el apóstol, cuando dijo de los dos hijos de Abrahán, Ismael, e Isaac: (Gal. 4) *Aquel que nació según la carne, perseguía al que era según el espíritu*: *de la misma manera ahora*; *pero ¿qué dice la Escritura*? *Echa la esclava, y su hijo.* En la Historia del Génesis (21) no se dice, que Ismael persiguiese a Isaac, sino solo que jugaba con él: con todo eso dice el apóstol, que lo perseguía; porque Ismael, hijo de la esclava, significa el deleite, que es hijo de la carne, que debe estar sujeta como esclava: Isaac es el ánimo, con el cual juegan el deleite con sus halagos y hacen burla de él, y acariciándole de esta manera le persiguen, y viene a matar con pecado grave, haciéndole más daño, que todas las persecuciones del mundo, y el odio de todos sus enemigos. Y no hay otro consejo, sino el que da la Escritura, de echar de nosotros la esclava con su hijo; esto es la carne con sus deleites. Ni solo al

alma, sino también al cuerpo son perjudiciales los gustos, afeminándole, y llenándole de enfermedades. Por lo cual dice San Juan Crisóstomo (Or. 6 de Fato.) *Así como la tierra, con la abundancia de muchas aguas, pierde su calor natural y virtud y no queda a propósito para la labranza, y fertilidad; así también el hombre delicioso cae en enfermedades graves, e incurables, con temblor con disolución, y flaqueza de los miembros, con pesadumbre en los pies, y tormento de las manos, y otros muchos males. Los regalos no son mejores que una ponzoña mortal: y si va a decir la verdad, mucho peores son; porque el veneno quita luego a quien le bebe la vida; pero los regalos acarrean una vida más miserable, que muchas muertes.*

Las riquezas de la misma manera están tan lejos de pertenecer a la vida bienaventurada, como los deleites, antes en parte más; porque la bienaventuranza ha de ser el fin último, y las riquezas van muy fuera de este camino; porque aun los mayores pecadores del mundo, y más codiciosos, no las aman por sí mismas, sino por los deleites, y comodidad, que por medio de ellas quieren alcanzar. Y si los gustos no causan la vida bienaventurada, mucho menos las riquezas, que se ordenan a ellos. Agréguese a esto, que las riquezas están llenas de miserias, de temores, sobresaltos, peligros, daños; por lo cual Cristo nuestro Redentor las compara a las espinas: la espina causa dolor cuando se enclava, y cuando permanece en la carne, y mucho mayor cuando se saca. Así son las riquezas, que para adquirirse cuestan trabajo, para conservarse cuidados y temores y cuando las quitan, dolor y pena grandísima. Las espinas no se pueden tomar en la mano sin daño suyo; tampoco se pueden amar las riquezas sin daño del alma. Las espinas tienen sus puntas, y aguijones en la extremidad; así las riquezas, aunque en toda la vida no causasen pena, en la hora de la muerte la dan grande. Las espinas cuanto más se aprietan con la mano, tanto más sangre le sacarán. De la misma manera las riquezas, cuanto más estrechamente se aman, más daño causan. Y así dijo San Agustín: (De Verbo Domini Ep. 60*) El oro tanto más atormenta, cuanto más abundante fuere.* Y Seneca dice por lo mismo: *Estas cosas, que así apetecemos, como que hubiesen de dar contento, y gusto, son causa de dolores.* Son, también tan insuficientes, y pobres las riquezas, que no solo no dan otros bienes, pero aun lo que es ser rico no dan; y así son vanísimas, porque no dan forma, ni ser alguno. Qué otra cosa se nos significa, cuando dice la Escritura: *Los ricos tuvieron necesidad, y hambrearon.* Porque como dice San Bernardo: *El avariento rico tiene hambre de las cosas de la tierra, como un mendigo; mas el que es fiel a Jesucristo, las desprecia como señor, aquel poseyéndolas, mendiga; a este despreciándolas, las guarda.* Al fin, tan lejos están de ser bienaventuranza, que antes son bienaventurados los que carecen de ellas, como declaró Cristo. Y muchos años antes dijo el Espíritu Santo: *Bienaventurado el hombre, que no se va tras el oro, y no puso su esperanza en los tesoros del dinero.* Y a los ricos amonesta Santiago: *(5, 1) Llorad, y lamentaos en vuestras miserias.* De ellos dice también San Pablo:*(1Tm. 6, 10) Metiéronse en muchos dolores.* Y lo que peor es, que se meten en muchas culpas. Bien conoció esto Focion, al cual envió Alejandro Magno (Plutarch. *in Adopho*) gran cantidad de oro, y plata: él maravillado de que le hiciese aquel presente, y no a otros, preguntó la causa a los mensajeros: los cuales le

respondieron, que porque le anteponía Alejandro a los demás Filósofos: entonces Focion les replicó: Andad, pues, y tornad todo su presente a vuestro rey, y decidle, que me deje ser lo que me alaba que soy.

Aun mucho menos pueden ser bienaventuranza las honras, porque como dice Aristóteles, la honra no está en el que es honrado, sino en el que honra; y la bienaventuranza ha de ser bien propia, no ajena. Y así, la honra en quien la tiene, no puede ser bienaventuranza propia, pues aun no es bien propio. Añade el filósofo, que la honra no puede ser bienaventuranza, porque no es por sí, sino por testimonio de la virtud. Son, fuera de esto, las honras vanas y peligrosas, como lo considera San Anselmo, comparando a los que las pretenden con los niños, que se cansan buscando las mariposas *Así se han* (dice el Santo) *(Cap.* 72. *de Simil.) los que apetecen las honras de este mundo*, *como los muchachos*, *que siguen las mariposas*, *las cuales cuando vuelan, no van por camino derecho, sino revoleteando aquí, y allí; y cuando parece que se sientan en alguna parte, no se detienen en ella; pues cuando los muchachos las quieren coger, procuran con gran diligencia correr tras ellas, y no mirando a los pies, sino a las mariposas, suelen caer en algún hoyo, o pozo, y se hacen mucho mal. Muchas veces*, *cuando las ven, que se fueron a alguna parte, van poco a poco, y con tiento para cogerlas; y en llegando cerca*, *dan palmadas con las manos*, *y se dicen unos a otros: Ya, ya la tenemos; pero acercándose más, y echando la mano para cogerlas*, *se les vuela la mariposa. Y si acaso alguna vez las cogen*, *se regocijan mucho con no nada, como si hubieran alcanzado una gran cosa. De la misma manera hacen los que buscan las honras de este mundo; porque las honras mundanas no tienen camino cierto, sino por varios divertimientos vuelan de uno en otro: y cuando están en poder de uno, no paran allí mucho tiempo*; *pero los hombres necios, deseando alcanzarlas*, *se dan prisa a procurarlas, por todas las vías que pueden*, *y como no consideran de qué modo las hayan de conseguir, sino solo quieren alcanzarlas de cualquiera manera*, *caen en graves pecados con que dañan a sus almas notablemente. Algunas veces, cuando las vencen con tal disposición, que las pueden haber a las manos, las buscan a escondidas y disimuladamente, como si nadie lo supiera: y cuando ya les parece que están cerca, se alegran grandemente; pero llegando más de cerca, cuando piensan que ya pueden alargar la mano para tomarlas*, *se les salen de entre los dedos, y por causas que se ofrecen, se dan a otros: pero si las alcanzan alguna vez, se dan el parabién, como si hubieran alcanzado verdadera honra, como sea así, que no podrán llegar a la cumbre de la verdadera honra, si no dejaren las honras mundanas, con satisfacción, y penitencia de los pecados*, *que han cometido.* Todo esto es de San Anselmo.

Después de alcanzadas las honras del mundo, son tan peligrosas, como cuando se pretendían, pervierten el juicio, mudan las buenas costumbres, apartan de Dios, y ellas en sí no son más que vanidad. La pompa del mundo, y el favor popular, humo es, y es una marea, que súbitamente se desvanece. Y así, *(*Jul. Anton Brancalas. *Labyrint. n.* 18*)* un Emperador Romano, que echó de ver en un privado suyo ser ambicioso de honras, y codicioso de dineros, que vendía sus favores a los que le acudían, mandóle morir

ahogado de humo, diciendo: Justo es, que mueras de humo, colgado de un pie al aire, porque en tu vida nunca apeteciste otra cosa, sino humo; y pues de él te apacentaste viviendo no pierdas ahora este mismo gusto muriendo. ¿Qué diré de los cuidados, que traen las honras, y dignidades, así de sus obligaciones, como de sus peligros? Por lo cual dijo San Crisóstomo: A las honras acompaña inseparablemente el cuidado. Pero díganlo los que lo experimentaron, los que mayores honras tienen, que son los Reyes. El Rey Seleuco solía decir, que si los hombres supieran, que era reinar, aunque hallasen la corona en el suelo, no la levantarían. También el Rey Don Alonso de Nápoles decía *(*Panormit. *in dictis Alfons Regis)*, que tenía tantos desvelos la corona, que era mejor la vida de los asnos, que la de los reyes. con tanta exageración explicaba este sabio rey su sentimiento.

Agréguese a todo esto la razón general, porque ni en los gustos, ni en las riquezas, ni en las honras, ni en todo junto puede estar la bienaventuranza: porque en ninguna de ellas, ni en todas, está la suficiencia de todos los bienes, ni la de un género de bienes. Las honras, y deleites han menester las riquezas; las riquezas han menester los gustos, para dar algún contento. Fuera de que, ni las riquezas satisfacen por riquezas, ni los gustos valen por gustos, ni las honras se contentan consigo mismas, sin llenar el corazón humano. Y la bienaventuranza esto ha de tener, quitar todo otro deseo. Pues ¿qué avariento se hartó de tener? ¿Qué hombre delicioso de gustos? ¿Qué ambicioso de honras? ¿Quién halló lo que pensó en estas cosas, sino muy inferior satisfacción de su deseo, y pensamiento? Fuera de esto, a la bienaventuranza ha de acompañar rectitud de la voluntad, a la cual ayudan poco todas estas cosas, antes pueden dañar mucho. Las riquezas suelen estragar tanto la voluntad, y depravarla de manera, que dijo el Hijo de Dios, que era tan imposible entrar un rico en el Cielo, como un camello por el ojo de una aguja. El deleite emponzoña al corazón; por *lo* cual dice San Cipriano: *Cuando le bebieres, la perdición que tragaste se enfurecerá.* Las honras corrompen las buenas costumbres, mudándolas en otras. A propósito de esto es lo que cuenta Carlos de Abram de un estudiante, que llevaba muy mal el desagradecimiento, que tenían muchos condiscípulos suyos, que habían subido a grandes Dignidades y Obispados, para con su Maestro, no acordándose más de él, teniendo necesidad, y pudiendo ellos remediarla fácilmente, con darle algún beneficio. No hablaba de cosa más que de esto, y abominaba de tan malos respetos. Sucedió después, que este tal viniese a ser grande Prelado; pero tan otro del que antes era, que de allí adelante, jamás se acordó de su maestro, hasta que el mismo maestro, viendo lo que pasaba, una vez que había de entrar en la ciudad su discípulo, se puso al encuentro con muchas hachas, que le alumbraban Preguntando ¿por qué hacía aquello? Respondió: Para que me conozcáis, y veáis que vive vuestro maestro; porque con la nueva dignidad, debéis de haber cegado para la razón. Tan extrañas mudanzas, y transformaciones de costumbres hacen las honras, torciendo, y depravando las voluntades. Al fin las virtudes que son verdaderos bienes, peligran en estas cosas, que es señal que son falsos bienes. Y así San Bernardo dice: *Huid en medio de Babilonia, huid, y salvad vuestras ánimas. La castidad peligra en los regalos*, *la humildad en las riquezas*, *la piedad en los negocios*, *la verdad en las palabras demasiadas*, *la caridad*

en este mal mundo. Además de esto, a la bienaventuranza pertenece la seguridad y duración, no dependiendo de cosa que la pueda quitar contra la voluntad de quien la posee. Muy lejos están de esta firmeza todos los bienes del mundo, pues a los gustos puede quitar la enfermedad, a las riquezas el ladrón, a la honra cualquiera. En tan grande inconstancia, no puede haber el bien de la seguridad, y por consiguiente de la bienaventuranza. Por esta misma causa no puede consistir la Bienaventuranza en la salud, y buena disposición del cuerpo, ni en creatura alguna de la naturaleza, ni bien de este mundo: porque todo él no satisface al apetito humano, y todo es inconstante, y mudable y pervertido. No sé cómo hay hombre que le estime, con pérdida de lo eterno, y menoscabo de la Gracia. Maravillado de esto San Agustín, dice: *(In Epsit. Joan) El mundo se pasa, y su concupiscencia también: ¿qué es lo que quieren? ¿Por ventura amar las cosas temporales, y pasar tú con el mismo tiempo, o quieres amar a Cristo, y vivir eternamente?*

II.

De todo lo dicho se concluye, que solo en Dios está el objeto, y blanco de la verdadera bienaventuranza: porque él solo puede llenar nuestros deseos, y nada menos que Dios. Y así dice San Bernardo: *(Serm. de dedic.) El ánimo avariento del hombre solo se puede ocupar con las creaturas, hartarse no puede y así, todo lo que es menos que Dios, no llenará al alma capaz de Dios.* Está nuestro corazón inquieto, según habla San Agustín, hasta que descanse en Dios; con Dios solo se satisface, en Dios tiene todas las cosas. *Dios* (dice este gran Doctor) *es todo para ti*: *si tienes hambre*, *te es pan; si tienes sed, te es agua; si estás en tinieblas*, *te es luz; si estás desnudo, te es vestido de inmortalidad.* Y en otra parte concluye: *¿Qué cosa hay mejor que este bien? ¿Qué cosa más dichosa, que ésta dicha, vivir para Dios, vivir de Dios?* En Dios está la Bienaventuranza verdadera, así de esta vida, como de la venidera, que sin Gracia no se puede poseer. La Gracia es el vínculo de la Bienaventuranza, porque da derecho para poseer a Dios en la Gloria, y en esta vida trae el mismo Dios al alma para que la posea, y llene de todo bien. De manera que hablando en todo rigor de la bienaventuranza de esta vida, la Gracia la trae consigo: porque fuera de traer todos los bienes, de la manera que decimos en el capítulo pasado, trae al alma al que es todo bien, trae al mismo Dios: porque el Espíritu Santo habita en el justo, y todas las tres Personas Divinas vienen a él, y hacen en él mansión, y morada, lo cual es una inexplicable grandeza, y felicidad, y el sumo estado a que en esta vida se puede llegar: y así, es la última dicha, que puede esperar quien vive en carne mortal: porque se llega a la posesión de Dios por la esencia de la Gracia, y también a poseerle por afecto; de lo cual también es causa la Gracia. La cual trae consigo la caridad o es la misma caridad para que amemos a Dios por sí mismo y en sí mismo. Y esta es la acción en que consiste la bienaventuranza práctica de esta vida; porque por medio del amor se posee Dios, como es en sí, más que por medio de la contemplación. Y así en todo rigor, como dicen gravísimos teólogos, la bienaventuranza

de esta vida consiste en la caridad. La causa es, porque la última felicidad de esta vida, ha de ser la acción que más próxima e inmediatamente le llega a uno a la última felicidad absoluta de la vida futura. Pues esto hace la caridad; y así la caridad que viene con la Gracia, es la dicha y bienaventuranza de esta vida mortal; de suerte, que aunque la Bienaventuranza de la otra vida sea la visión clara de Dios, que está en el entendimiento, y es acción suya, ayudado de él, lumbre de gloria: pero la bienaventuranza de esta vida, no es acción del entendimiento, sino de la voluntad. No es la contemplación especulativa, y sublime, sino el amor tierno con Dios; porque no es contemplación la acción, que inmediatamente lleva a la Bienaventuranza eterna, sino el amor de Dios: porque la contemplación puede estar sin Gracia, y así, sin derecho a la Gloria: y la caridad no está sin Gracia, ni sin derecho a la Gloria. Fuera de esto, ninguna contemplación de esta vida llega a conocer a Dios como es en sí; pero el amor de esta vida llega a amar a Dios como es en sí, y por sí mismo, y así, en esta vida es el más perfecto modo de poseer a Dios por amor, y cuanto a esto, del mismo modo le amó aquí, que en el Cielo le amará una alma santa. De manera, que cuando uno se parte de esta vida, y entra en el Cielo, es necesario, que se varíe el conocimiento de Dios, y que de oscuro pase a evidente, y claro; pero el amor no es necesario se mude: porque un mismo acto de amor puede ser el de esta vida, y el de la otra: y uno, y otro ama a Dios por sí mismo, y en sí mismo; y así en la Gracia, y caridad, que viene con la Gracia misma, consiste la bienaventuranza de esta vida: porque es la más inmediata posesión, que en ella podemos tener de Dios. Agréguese a esto, que en solo Gracia, y caridad se hallarán las propiedades de la Bienaventuranza, de seguridad, y rectitud de la voluntad, y suficiencia. En ellas solo hay seguridad, en cuanto contra nuestra voluntad nadie nos la puede quitar: hay en ellas solamente la rectitud de la voluntad: hay en ellas la suficiencia, que puede haber en esta vida: porque aunque falte todo, si no falta la Gracia, y caridad, no nos falta nada: y si ellas faltan, aunque tengamos todo, nos falta todo. En ellas poseemos a Dios, que es todo bien, y suma de todos los bienes: y así, con Él solo nos podemos tener por bienaventurados. Esta consideración ha de ayudarnos a desear más la Gracia, pues con ella nos vienen dos Bienaventuranzas, una de esta vida temporal, y otra de la eterna en el Cielo: despreciando por ella todo lo que el mundo miserable tiene por bien, y no es sino un tan gran mal, que por no conocido es malísimo. Con lo cual, andando los hombres tras la bienaventuranza, que no lo es, se hacen ellos malaventurados; y ocupados en adquirir, *o* conservar sus bienes perecederos, y falsos, perecen ellos verdaderamente. Vergüenza es de muchos cristianos, que tomasen en esto mejor consejo los Gentiles. Reprendiendo a Aristipo el descuido, que tenía de su hacienda, le dijeron: Mira que por tu culpa se pierde tu heredad: él respondió cuerdamente: Más vale que mi heredad se pierda por mí, que no que yo me pierda por mi heredad. Piérdanse todos los bienes de la tierra, porque no se pierda la bienaventuranza de tierra, y cielo, y no se pierda el cristiano.

CAPÍTULO VIII. Como estar sin Gracia es la suma miseria del hombre.

I.

No solo tenemos por la Gracia las dos bienaventuranzas de esta vida, y la otra: pero su privación es toda la desdicha, y miseria, y malaventura del mundo, así de la vida presente, como de la venidera. Tal bien es, que no solo está en ella todo bien; pero en su ausencia consiste todo mal. Forzosamente se debe buscar aquel bien, sin el cual forzosamente nos ha de ir mal, pues sin la Gracia no puede ir bien a alguno, y no puede dejar de ir a todos mal. Presente la Gracia en nuestra alma, trae todo bien que se puede desear; y ausente deja todo el mal, que se debe aborrecer; no hay medio en esto, fuerza es buscar la Gracia, si queremos bien y fuerza es tenerla, si aborrecemos el mal; no vale que se contente uno de no tenerla, con solo estar sin los bienes que causa no puede parar ahí: porque si no tiene la Gracia, ha de carecer de sus bienes, y fuera de eso, ha de llenarse de males: de suerte, que es inestimable por estos dos caminos: porque da bienes inestimables, y quita incomparables males; porque como no se pierde, sino por el pecado, todo cuanto es bien tener la Gracia, viene a ser mal perderla: y así, como estar en Gracia es la suma dignidad, y dicha; así carecer de ella es la suma ignominia, y malaventura. Recorramos las principales excelencias, y grandezas de la Gracia cotejándolas con las condiciones del pecado, y hallaremos, que cuanto en lo uno hubo de sumo y grande, hay en lo otro de abatido, y vil: cuanto en la Gracia hay de bueno, tanto está en el pecado de malo. Con esto crecerá la estimación de la Gracia, puesta a vista de la ignominia del pecado, porque el color blanco nunca sobresale más, que cuando se compara con lo negro. Servirá esto juntamente para engendrar igual aborrecimiento del pecado mortal, que deseo de la Gracia de Dios, y uno, y otro debe ser en sumo grado.

La Gracia como hemos dicho, es un ser sobrenatural, y lleno perfecto y divino, que levanta al hombre sobre toda la naturaleza. Todo lo contrario es el pecado, pues es una cosa tan vil, y horrenda, y baja, que es contra la naturaleza, y abate al que le tiene debajo de toda la naturaleza, y le deshace, y vuelve peor, que la nada y reduce *a* un no ser sobre todo no ser. Esta es la causa que David dijo (Sal. 1) del malo, que era como el polvo, que se lleva el viento, y que el hombre, por el pecado, quedó igualado a los jumentos, y hecho su semejante: porque por la culpa se hace peor y más vil que las mismas bestias, hundiendo su naturaleza racional y capaz de Dios, en un abismo de miseria y afrenta y maldad. Y así no pocas veces se llaman en la Sagrada Escritura los pecadores, no con nombres humanos, sino con los nombres de las horribles y fieras bestias que hay. Cristo *(Mat. 10 y 7)* nuestro Redentor les llamó lobos, perros, y lechones. Isaías *(43)*, dragones, y avestruces. Ezequiel (3), escorpiones. El Bautista, víboras. David, (Sal. 31 y 63) caballos, mulos, toros furiosos, áspides, y basiliscos. Salomón, raposas. En Job se dicen tigres: *(4)* por lo cual dijo aquel gran Teólogo, y Filosofo Severino Boecio: (Libr. 4 de cons. Pro. 3) *Todo lo que falta, y se aparta de lo bueno, cesa de ser, de tal manera*, *que los malos dejan de ser lo que eran. El haber*

sido hombres lo muestra la figura humana, que retienen, por lo cual convertidos en malicia, perdieron también la naturaleza de hombres: porque así como solo la virtud y bondad promueve a que sean más que hombres; así es necesario, que aquellos que la maldad abatió, y derribó de su condición, les hunda debajo de la naturaleza, y mérito de hombres. Así acontece, que al que ves transformado con sus vicios, no puedas pensar que es hombre. Al ladrón violentador, que arde en deseos de bienes ajenos, dile lobo. Al feroz e inquieto, que ejercita en riñas, y contiendas su lengua, comparable al perro. El traidor que se huelga con secretos engaños, se iguala a las vulpejas. El que brama precipitado de ira, cree, que tiene el alma de león. El medroso, y fugitivo, que teme lo que no ha de temer, es semejante a los ciervos. El perezoso, y torpe, vive la vida de asno. El liviano e inconstante, que muda sus propósitos, no se diferencia de las aves. El que arde en lujuria, y abominables inmundicias, está preso con el deleite de un asqueroso lechón: y así, viene a ser, que el que dejando la virtud, dejare de ser hombre, como no puede subir a estado divino, se convierte en bestia. Todo esto es de este gran Doctor. Isaías, aun abate más a los pecadores, y califica por peores que los asnos.

Y no solo se envilecen, y oprimen los malos a ser como las bestias, sino como las naturalezas más viles e insensatas y vanas: y así se llaman cañas, y pajuelas y polvito, disminuyéndose de esta manera lo vilísimo que es un pecado. Al fin para acabar de significar, cuanto abate la culpa mortal, no solo debajo de las naturalezas más abatidas del mundo, sino debajo de toda la naturaleza, se llama el pecado nada. Estas son las quejas que el Señor da por el Profeta Amós, de los que se deleitan en su pecado, diciendo (Am. 6): *Los que os alegráis en la nada.* Y por Isaías dices (55) *Los que confían en la nada.* San Agustín, considerando lo que dice: San Juan, (1) que por el Verbo Eterno fueron hechas todas las cosas, y que sin él fue hecho nada, entiende por el nada el pecado; y así dice: *El pecado no fue hecho por el Verbo; y cosa manifiesta es que el pecado es nada y los hombres cuando pecan se hacen nada.* San Bernardo hablando con el alma que peca dice: (Tract. In Joan) *Tu misma te has reducido a ser nada, y eres reputada por la nada y la vanidad.* De suerte, que así como la Gracia da un ser lleno, nobilísimo, y sobre toda la naturaleza; así el pecado extingue, oprime, y envilece, y reduce al hombre a un ser inferior a la naturaleza, no solo debajo de la racional, sino de la bruta y sensual y elemental. Llega a deshacerle, hundirle debajo de todo ser natural hasta la misma nada. Porque si bien la sustancia humana realmente se queda en el pecador pero en la estimación queda uno por el pecado más vil y despreciado y horrendo, que las víboras y los escorpiones y basiliscos y que la paja, y polvo que se lleva el viento; queda no solo como si fuera la más fiera, y horrible cosa y bajo ser del mundo; pero debajo de todo ser como la misma nada. Pero poco es igualar al pecador con la nada, pues es sin duda peor: y así dijo el Salvador del mundo, que mejor le fuera al que le entregó a la muerte no haber nacido: porque mejor fuera haber sido uno aniquilado, que haber cometido un pecado. Esto mismo significó en la parábola de la higuera infructuosa, que dice mandó cortar su dueño, por ser mejor que no fuese, que estar de aquella manera: mejor fuera no ser el pecador, que estar en pecado: porque

si se juzgó por mejor no ser la higuera; que ser sin provecho, cuanto peor será ser con tanto daño, y deformidad; peor es que el mismo no ser. Tan mal ser puede tener una cosa, que se juzgue por peor, que el mismo no ser. Pues como no sea posible peor ser, que el del pecado; peor es cometer un pecado, que ser despedazado y hundido y aniquilado.

Tanto peor es el pecado que la nada, cuanto es mejor ser que el no ser; porque cuanto es bueno ser en la naturaleza, tanto es malo ser contra la misma naturaleza. Y así como a un contrario le fuera mejor no ser su enemigo que tener enemigo; así también a la naturaleza, mejor la estuviera estar aniquilado el pecador su contrario. El pecado es opuesto, y disconforme a la naturaleza y razón; lo cual es cosa tan horrible que mejor fuera no ser que pecar. Es tan contraria la culpa a la naturaleza, que cuanto es de su parte la disolviera toda, y esto no por un camino solo; y así de muchas maneras es peor el pecado, que la misma nada. Puédanse distinguir en el pecado mortal dos malicias, según doctrina de Santo Tomás: (1. 2., q. 17 *art. 6. ad ult. Vid. Cait. tantum ibi. et* Lessium, *lib.* 12. *de Perfect. Divin. cap* 26) la una, en cuanto es cosa disonante, y contraria a la naturaleza racional a la cual deshonra, y envilece; la otra es en cuanto ofende, y desprecia a Dios, Autor de toda la naturaleza. Por lo primero tira el pecado a desconcertar, y deshacer la más noble naturaleza del mundo, que es la racional; y por consiguiente, todo el resto de la naturaleza, que se creó para el hombre; y así, quitando de en medio su fin, a toda ella, cuanto es de su parte quitará; y le hace tan notable injuria, que si las demás naturalezas fueran capaces de sentir esto, se levantaran contra el pecador, como contra traidor e infiel a toda la naturaleza para despedazarle y hundirle. Por lo segundo, aun es más contrario, y opuesto el pecado a toda la naturaleza; porque, como notó San Bernardo, tira el pecado a matar y destruir y aniquilar a Dios, cuanto es de su parte: y así Cristo nuestro Redentor, que quiso satisfacer por los pecados, quiso hacerlo muriendo; porque como el pecador, cuanto es de su parte, es homicida de Dios, y tira a quitar la divinidad del mundo, y matar a Dios quitándole la vida y ser: convino que se satisficiese por él, perdiendo la vida quien era Dios, siendo proporcionada la satisfacción a la ofensa. Pues como dependa de Dios esencialmente la naturaleza, por ser Autor de ella, y Conservador, y último fin: destruido Dios, quedará ella destruida; y todo lo que se opone al ser de Dios, se opone a la naturaleza, por esos tres títulos de ser Dios Creador, Conservador, y Fin de todas las cosas. Y así, el pecado, que es contra Dios, y tira cuanto es de suyo a deshacer a Dios, hace lo mismo contra toda la naturaleza, que sin su último fin no fuera y sin su Artífice no empezará, y sin su Conservador no durará: y así es el pecador tres veces contrario, y traidor y como homicida de Dios y de toda la naturaleza, a quien agravia enormemente. Fuera de que el pecado es tan grave ofensa del Sumo Bien, que merecía por él un hombre que peca, que Dios aniquilase toda la naturaleza que hizo por su causa. De tantas maneras es el pecado injurioso, y contrario a toda la naturaleza: y si las piedras, y los elementos tuvieran conocimiento de ello, se levantarán a hundir, y deshacer en mil muertes a cualquiera que peca. Pues si al paso de la oposición y contrariedad a la naturaleza, es la vileza, y maldad del pecado, por donde viene a ser peor que la nada: donde hay tan notable contrariedad, y de tantas maneras,

¿cuál será su bajeza, y torpeza? No es creíble este abatimiento, y horribilidad, y vileza del pecador, debajo de cuantas cosas hay creadas, y por crear. Y así, puesta en una balanza la vida, y ser de toda la naturaleza; y en otra cometer un pecado, debe escoger el cristiano no hacer un pecado, aunque se hunda, y perezca, y aniquile todo el mundo. Tan notable agravio es aun a la misma naturaleza un solo pecado, pues si ella tuviera discurso, antes quisiera ser aniquilada, que ver en una de sus substancias un pecado, con que se ofende su Creador. ¡O locura de los hombres, que por cosas viles se hagan ellos vilísimos sobre toda vileza! ¡Y por no perder un gusto, ellos se pierden, y quieren perder todo! Puédese echar de ver este exceso de vileza, y daño del pecado sobre todas las cosas del mundo, en que el demonio, por el odio que nos tiene, nos daría todo el mundo, como se le ofreció a Cristo, por solo que pecáramos una vez: pues ¿qué quiere decir, que no por todo el mundo, sino por las cosas más infames, y pequeñas del mundo, pequen los hombres? Confusión es que estimen menos, que el demonio los estima, y hagan juicio inferior de sí, que el demonio hace. Locura es, que por lo que es nada, se hagan ellos peores mucho más que la nada, y se pongan debajo de todo ser y naturaleza.

II.

Además de esto, así como la gracia no solo ensalza al hombre sobre todo ser de la naturaleza, sublimándole sobre las creaturas todas, sino que también le da un ser Divino, y pone en un orden con Dios, a ese modo el pecado, no solo abate, y precipita, y envilece al pecador debajo de todas las creaturas y ser de la naturaleza; pero le pone en un orden con el demonio, y da un ser diabólico. Por eso dijo Cristo a sus discípulos entre los cuales estaba Judas: Uno de vosotros es diablo, porque por su pecado se hizo igual al demonio: conforme a lo cual dice San Crisóstomo, que el pecado hace demonios, no en sustancia, sino en la voluntad. El mismo Santo dice, que el pecado es un demonio voluntario; y así como por la Gracia entra el Espíritu bueno en el alma, así por el pecado entra el demonio en ella. Por lo cual dijo San Macario, que por el pecado se viste el demonio del alma, y de toda su sustancia. Por lo mismo escribe el Evangelista, que Cristo echó de aquella mujer, que perdonó, siete demonios; porque aunque no los tenía en el cuerpo, teníalos en el alma, donde por sus pecados habían tomado posesión. Y así como el que está en Gracia es habitación de Dios, y hacen con el compañía las Personas de la Santísima Trinidad, que vienen a él, y moran dentro de él; así también vienen a habitar en el pecador los demonios, y hacen con él compañía, como nos declaró el Salvador del Mundo, cuando dijo (Mt. 12, 45), que volvió el demonio al hombre pecador a entrarse en él, como en su casa propia, con otros siete malos espíritus, y entrando, habitaron allí. Por eso se llama el pecador, no solo diablo o endemoniado sino infierno. San Juan dice, que el infierno, y la muerte fueron echados en el estanque de fuego; esto es, como declaran algunos intérpretes el pecador, y su pecado; porque el pecado es la muerte del alma, y muerte eterna y el pecador es infierno: porque como el infierno es la habitación de los demonios, también habitan en el pecador. Y así como

habitando Dios en el alma por Gracia, es movida a actos heroicos, y Divinos, por los sietes Dones del Espíritu Santo; así, habitando el demonio por el pecado en un hombre le suele mover con otros siete espíritus malos, a hechos horrendos, y diabólicos, que apenas parece los hace hombre, sino demonio. Esta es la causa, que se vean en alguna gente cosas increíbles de malas y malditas; porque son instigados del espíritu malo, que en ellos tiene posesión. Y peor pone el demonio al alma que posee que al cuerpo que ocupa. También como los que están en Gracia se hacen hijos de Dios, de la misma manera los que caen en pecado se hacen hijos del diablo. Por lo cual dijo el Salvador: Vosotros sois de padre diablo. Y San Gregorio Niceno, considerando el principio de la Oración del Padre nuestro, que empieza: *(Mt. 6, 9-13)* Padre Nuestro que estás en los Cielos, dice, que con mucha advertencia se añadió aquella palabra, que estás en los Cielos, para que cuando dijese esta oración el pecador se declarase con qué Padre hablaba: porque si dijera Padre solamente, y no añadiera que estás en los Cielos, entendiera el demonio, que le llamaba a él, como padre suyo por su pecado, y malas costumbres, y acudiría a la voz de su hijo. Cosas son todas estas para hacer temblar, y estremecerse de pensarlas. ¡Que pueda el cristiano sufrir un demonio en el alma! Más le valiera tener todo el infierno en el cuerpo. ¡Que pueda sufrir, que se llame Lucifer su padre, que habite en su corazón Satanás, que sea morada de demonios! Una culebra que se entrara en el cuerpo, le diera congojas de muerte: ¡y que con serpientes, y escorpiones infernales en el alma pueda comer, y dormir, y reír! ¿Por ventura puede haber juicio donde esto pasa? ¿Qué atrevimiento es, que pretendan grandezas los pecadores, estando iguales con los demonios? ¿Qué digo iguales? Peores son, porque por estar en pecado, no son superiores, y por la naturaleza son inferiores: y en el agradecimiento a Dios por la Sangra de Jesucristo derramada, son más desconocidos: porque así como la gracia de los hombres tiene algo porque ser más estimada que la de los Ángeles; así el pecado de los hombres tiene más por qué ser detectado, y aborrecido; y el hombre que peca se puede tener por peor que el demonio. Así dijo San Crisóstomo *(*Tom. 3. in cap. 9. in Joan. hom. 14*)* de un pecador, que era más diablo que el mismo diablo: porque el demonio pecó contra su Creador, mas el hombre peca contra su Creador, y Redentor. Nuevos infiernos se habían de hacer para un cristiano que peca, después de haber muerto Dios porque no pecase. El demonio no pecó habiendo usado Dios de misericordia con él alguna vez; el hombre peca después de haber sido perdonado muchas veces. El demonio pecó una vez; el hombre millones de veces. El demonio pecó sin haber visto condenar a alguno: el hombre peca sabiendo que tantos se han condenado. El demonio pecó de pensamiento; el hombre de pensamiento, palabra y obra. Bien tiene el pecador porque humillarse, y tenerse por peor que su padre Satanás.

III.

Si no basta todo para conocer, cuan vil ser, cuan abominable, y cuan infinitamente despreciable sea el pecador, conózcalo por el desprecio, que con el pecado se hace de

Dios: porque cuanto desprecia a Dios por una culpa, tanto se hace el culpado despreciable, execrable, y maldito: cuanto quiere quitar a Dios, tanto se quita así, y se reduce a un no ser sobre todo no ser, a ser diabólico y maldito *y* contentible sobre todo menosprecio y vileza; pues todo cuanto desprecia a Dios le cae sobre la cabeza: porque así como por ser la Gracia divina, y sobre la naturaleza, es inestimable su grandeza; así el pecado, por ser obra diabólica contra la naturaleza, y contra el mismo Autor de la naturaleza, es la cosa más despreciable que puede ser, o imaginarse. Veamos pues, cuanto desprecia el pecador a Dios, para que por ahí veamos, cuanto es el mismo pecador despreciable con infinito desprecio. Que mayor injuria puede ser, que poniéndose delante al cristiano Dios con toda su infinidad, bondad, majestad, hermosura, amor, e infinitas perfecciones, con las obligaciones que tenemos de servirle, por sus innumerables beneficios de la Creación, y Redención y la Sangre de Cristo, derramada por nosotros, ofreciendo al hombre su amistad, y prometiéndole el Reino de los Cielos y otros grandes premios, si guardare su Ley justísima, y santísima; y por otra parte ofreciéndosele el demonio con sus engaños, y astucias, deseándole beber la sangre, y prometiéndole cosas vilísimas, y vanas en esta vida, y aparejándole para la otra eternos tormentos, y escarnios, puesta el alma en medio determina volver las espaldas *a* Dios y no hace caso de su majestad, y beneficios, atropellando con todos, tirando a matar y destruir al mismo Dios, cuanto es de parte del pecado, volviendo *a* crucificar a su Unigénito, acoceándole, como dice el apóstol, perdiendo el Cielo con todos sus bienes, y se vuelve para el demonio, y hace su gusto sin ganar nada antes habiendo de padecer por ello eternos tormentos.

Pues despreciar de esta manera al último fin, y bien inconmutable, por una creatura perecedera, y haciendo gusto a cosa tan maldita como el demonio, es un género de idolatría horrendo, dando a la creatura el amor, y honra que se debe a Dios. ¿A quién no asombra este desprecio de tan gran Señor? A los mismos Cielos manda Dios, que se espanten de caso tan atroz, diciendo por Jeremías: *(2, 12) Espantaos, Cielos, de esto*, *y vuestras puertas se caigan de espanto.* Porque verdaderamente concurren en este caso circunstancias de un inmenso, y estupendo menosprecio. Lo primero, por ser el hombre, en comparación de Dios, una miserable creatura, lleno de miserias, y desdichas, débil, y mortal, y falto de todo. Lo segundo, por ser Dios la suma Majestad, y Autoridad, y Omnipotencia. Por lo cual, así por la vileza del hombre, como por la grandeza de Dios, viene a ser este desprecio infinito; porque la injuria, que hace uno a otro, crece al paso que es más el injuriado, y que es menos el injuriador. Un bofetón tanto es mayor delito, cuanto es más señor quien le recibe, y hombre más ordinario quien le da: y así, mayor injuria será, si se diere a un Caballero, que a un Labrador, y mayor a un Grande, que a un Caballero, y mayor a un Rey, que a un Grande: al contrario, cuando el injuriador es plebeyo, más injuria hace que un Caballero, y un Caballero, que un Grande y un Grande, que un Rey. Pues como se junte en el pecado, ser el que injuria cosa tan vil como el hombre: y el injuriado lo sumo, e infinito que hay de majestad, grandeza, bondad, y perfección, viene a ser esta injuria enorme, y un infinito desprecio. Por lo cual dice Santo Tomás, que había por este lado en el pecado mortal malicia infinita.

Agréguese a esto, que este infinito desprecio de la majestad infinita no es como quiera, sino en contraposición del demonio, posponiendo el hombre a su Creador, y anteponiéndole la cosa más vil, y abatida del mundo, y su mismo contrario. Y en los desprecios, más se suele sentir ser uno menospreciado, en comparación de otro menor, que el agravio, y desprecio absolutamente: y en despreciar a Dios, dando gusto al demonio, no solo hay no hacer caso de Dios; pero es dar a entender, que es peor que el demonio, y que más vale Satanás, aunque dé eternos tormentos, que Dios, aunque dé premios eternos. ¡O hombre, que has pecado una vez! ¿Cómo no te mueres de vergüenza, y pena de oír esto? ¿Cómo no revientas de confusión, y dolor? ¡O malaventurado, *o* maldito, *o* bestia, *o* peñasco duro! ¿Cómo no empiezas a sentir lo que debes siempre gemir y llorar? Asómbrate de tu maldad. En contraposición del demonio dejas a Dios y por un gusto momentáneo, y vilísimo: *Muchísimo abate a Dios* (dice un Doctor) *(De rogo damnat. Cap. 14) quien al interés, o un deleite o un triste dinerillo, o a una mujercilla, se atreve de anteponer a Dios. Si prefiriéramos a Dios, otro Dios igualmente hermoso, rico, liberal y santo, fuera nuestra locura menos; pero impíamente anteponemos al Creador cosas asquerosas y vilísimas; y tan pequeñas como las gotas del mar, las cosas creadas, y perecederas. Esta es una locura clara, esta es una impiedad manifiesta, esta es la causa de todos los males, y el seminario de todas las desdichas.* Añádase a todo lo dicho, que este desprecio de Dios contiene en sí muchos desprecios, tantos cuantos son los títulos, por los cuales debe ser honrado, y servido tan gran Señor. Lo primero, se desprecia a Dios como último fin, y objeto de nuestra bienaventuranza, no estimando el hombre perder este bien eterno por el temporal, y con riesgo de males eternos. Lo segundo, se desprecia a Dios como Creador nuestro con todos los beneficios de la creación, no dándosele nada al pecador de frustrar a Dios el fin de toda la naturaleza, que fue para el hombre le sirviese, y convirtiendo las creaturas contra el Creador, abusando de sus divinos beneficios. Pudiera ser mayor traición, ¿que si un padre diese a su hijo una espada para defenderse de sus enemigos: mas el hijo en lugar de agradecerlo, matase con ella a su padre? Esta traición hace el pecador contra Dios, que usando mal de las creaturas, que creó para su bien, injuria con ellas mismas a Dios, y le quiere destruir, y acabar. Lo tercero, se desprecia Dios como supremo Legislador, y Señor del Mundo atropellando sus leyes por cosas muy ligeras y esto en su presencia, y a vista de sus ojos, sin respetar a su infinita autoridad. Lo cuarto, se desprecia como Redentor con todos los bienes de la Sangre, y Pasión de Jesús, no dándosele a uno nada de que haya muerto por el Hijo de Dios, malbaratando toda su Pasión, y dolores, y cuanto hizo para que no pecáramos. Lo quinto, se desprecia Dios como Juez, con toda su justicia, y penas con que amenaza al pecador, haciendo uno que peca, poco caso de todo, por satisfacer a su gusto. Lo sexto, se desprecia Dios como amigo, no cuidando de darle gusto, ni de estar en su Gracia; de modo, que el pecador, ni teme a Dios, ni le ama, que es la mayor locura del mundo, no temer a un Señor Omnipotente, ni amar a un Bien Sumo. Lo séptimo, se desprecia a Dios como Bueno, Santo, y Benigno, abusando de su misericordia, y paciencia. Y finalmente, se desprecian cuantos atributos, y perfecciones tiene el Ser Divino; pero todo este desprecio cae sobre

el pecador: y como él injuria a Dios de tantas maneras, e infinitamente le desprecia, así le hace a él su pecado infinitamente despreciable, e infame y vil y miserable.

IV.

A esto se sigue, que así como la Gracia hace al hombre agradable a su Creador, así el pecado le hace aborrecible. ¡O Santo Dios! ¿y quién pudiera declarar este odio, que tiene la suma bondad a cosa tan mala? ¡Quien pudiera explicar cuán grande mal es ser aborrecido de tan buen Señor, y Padre! Por cierto, que aunque se juntaran en uno todos los entendimientos de las creaturas, y de todas las lenguas de ángeles, y hombres se fabricara una que valiera por todas, no se pudiera dar a entender la grandeza de este aborrecimiento. Es tal el odio que Dios tiene al pecado, que después de haber depositado tan soberanos dones, y privilegiado con tan notables prerrogativas a su Santísima Madre, si al cabo de la vida hallara en ella un solo pecado mortal, bastara eso solo para condenarla a eternos tormentos. Y no es mucho que se hiciera esto en una persona creada, pues en la Persona del Hijo querido de Dios se castigó un pecado ajeno, que fue el de Adán, con tan atroces tormentos, y penosísima muerte. De suerte que el infinito amor que tuvo Dios a su Hijo, no fue parte para disminuir el odio que tiene al pecado: y así, por serle aborrecible la culpa, hizo tan severa justicia en cosa que le agradaba tanto. No sé con qué cosa se puede más declarar este odio entrañable de Dios a la culpa, pues se le sufrieron sus tiernas entrañas ver padecer, y espirar en una cruz afrentosa, a su bendito Hijo, por pecado ajeno. Estremézcase el pecador, asómbrese de verse aborrecido de Dios con tal extremo. Y si a su propio Hijo trató así por el pecado de Adán, ¿cómo castigaría a Adán, sino se hubiera arrepentido? Por cierto, que es también para hacer erizar el cabello el fuego del infierno, y los tormentos eternos que le estaban aparejados y ahora los padecen los Ángeles que pecaron, y padecerán los condenados. ¡O culpa horrible, que merece pena tan extraña y terrible! ¿Cómo no reparan en esto los hombres? Que es tan horrenda malicia el pecado que se comete en un instante con un mal pensamiento, que no le agotará toda la eternidad de tormentos por siglos de los siglos. ¡O pecador! Mira a lo que obliga un pecado a Dios; al más notable, y lastimoso acto de justicia, y rigor, que es posible; pues obliga a que un amoroso Padre haga tan horrenda justicia en sus propios hijos. Las historias que hay de algunos jueces rectísimos, que el celo de su justicia les hizo pronunciar sentencia de muerte contra sus propios hijos, derramando lagrimas padres e hijos, son tan lastimosas, que aun después de pasados muchos años, hacen a los ausentes enternecerse cuando las leen, y derramar lágrimas: pues ¿quién no se estremecerá, de que se halle Dios obligado a condenar a tantas creaturas hijas suyas? Condenó a su Hijo natural por pecados ajenos, a muerte penosísima, y afrentosa, y ha condenado, y condena a innumerables que fueron sus hijos adoptivos y queridos. A todo esto le trae el odio justísimo, con que abomina y aborrece un pecado, pues antes quisiera perder sus creaturas, que ver en ellas cosa a que tanto odio tiene. Que concepto se puede hacer del odio que tiene la suma benignidad a una

culpa, pues la castiga con tal rigor, y por una eternidad a creaturas tan excelentes como son los Ángeles, Querubines, y Serafines. Infinito es este odio de Dios, pues eternamente ha de castigar al pecado que se comete en un instante; esto no es por falta de bondad, y mansedumbre en Dios; sino por ser tan grande su bondad, que debe aborrecer con este extremo a la maldad, y ser la maldad de un pecado mortal, tan enorme, que aunque se cometa en un momento, merece ser castigada por eternidades de tormentos. Y a quien no pasma ver, que por el aborrecimiento que tiene Dios a la culpa, por una que hizo Adán, permita que perezcan tantos hombres, que nazcan todos con pecado original, que hayan todos de morir, que padezcan tantas calamidades y miserias, que haya tantos pecados, que sean tantos los que se condenan, aun después de haber satisfecho por el mundo Cristo Jesús *(*V. Salian de timore Dei, lib. 5. cap. 24*)* tan abundantemente, y tan penosamente, que se apliquen a tan pocos con eficacia sus infinitos merecimientos. Horrible mal es el pecado, pues así le abomina el sumo bien, y le castiga tan severamente. No es poca maldad, sino suma la que así enoja al que es sumamente bueno. Mire el pecador a que punto le trae su pecado, a que sea con tal extremo aborrecido de su Creador. Mire en que viene a parar el que por Gracia fue amigo de Dios y ensalzado sobre todo el universo de la naturaleza.

Porque así como la Gracia, por hacer al hombre agradable a Dios, le hace amigo suyo; así el pecado por hacer al pecador aborrecido de Dios, le hace su enemigo capital. ¡Terrible caso, ser enemigo declarado del Señor omnipotente del mundo! ¿Cómo podrá uno vivir? ¿Cómo no se muere el pecador de temor y pena? ¿Cómo no se estremece de esto? Enemistad de Dios, y del hombre, ha de llover sobre el hombre. No es posible, ni imaginable mayor discordia, ni más perjudicial: porque aquellas enemistades son más terribles, que son entre los que debían estar más unidos, y habían de guardar vínculo más estrecho. Las guerras civiles son más penosas, y perjudiciales. La discordia entre los hermanos es más terrible. El odio entre el marido, y la mujer, es más peligrosa. La enemistad entre el padre y el hijo, es más escandalosa: porque cuanto deben ser más unos, la enemistad que entre ellos hubiere, es más discorde, y terrible y dañosa. Pues si no hay cosa que deba ser más para con uno, que el alma para con Dios, no puede dejar de ser la más dañosa, y peligrosa, y congojosa del mundo, la enemistad de Dios para con el alma. También cuanto uno tiene más dependencia, y necesidad de otro tanto más dañosa es la enemistad. ¿Cómo no teme esta enemistad de Dios el pecador, pues depende de él esencialmente, y no puede sin su ayuda hacer cosa alguna? La discordia que hay entre los humores del cuerpo, y sus miembros, es mortal al cuerpo; y estar uno desunido de otro, causa dolor insufrible. Si un hueso está quebrado, *o* desencajado de su lugar, no se puede sufrir; ¿qué será el alma desunida de su Creador, y apartada de su último fin, y discorde de su Dios? Porque así como no hay cosa que se haya creado para estar más concorde, y una con otra, que el alma fue hecha para Dios, y unirse con él; así también no hay discordia, ni apartamiento más horrible, y dañoso, que cuando el hombre está apartado de su Dios, y es su enemigo, y más siendo aborrecido de él con tan capital odio como hemos dicho.

V.

Fuera de esto, así como la Gracia da una divina hermosura al alma, que admira a los ángeles, así el pecado causa en ella una fealdad horrenda a los mismos demonios; y dejado a parte la hermosura sobrenatural de la Gracia, que pierde uno por el pecado, no solo obscurece la hermosura natural del alma, sino que la transforma en abominable, y fiera. Para lo cual se ha de suponer, que la hermosura natural del alma, es la mayor, que hay en este mundo, antes es mayor, que la de todo el mundo: y si este mundo es hermosísimo sobremanera; ¿cuál será un alma sola? Aun mirando lo natural que tiene, es más bella y hermosa que todo el universo. Por lo cual dijo San Bernardo: *(Medit. c. 3) Todo este mundo no se puede estimar en comparación del precio de un alma.* Pues la fealdad del pecado es cosa tan extraña, que a creatura tan hermosa la vuelve abominable como lo dice el Profeta Ezequiel: *(16, 25) Hiciste abominable tu hermosura.* Hermosísimo fue el primer ángel; pero con un borrón que cayó en él de pecado, se tornó un prodigio tan horrendo de fealdad, que nadie que le viera como es, pudiera dejar de morir de horror, y espanto. La causa es porque la hermosura consiste en la proporción de partes y la consonancia de las cosas: y como no haya cosa más disonante en el mundo que el pecado, a la razón, ni más desproporcionada, que una creatura racional apartarse de su último fin, que es Dios, la fealdad que de aquí resulta es la mayor deformidad, que hay ni puede haber, aunque se juntasen en una todas las fealdades corporales, y espirituales posibles e imaginables. De suerte, que aunque por el pecado no se ofendiera Dios, ni le aborreciera tanto como le aborrece, y debe ser aborrecido, por ser injuria del Sumo bien; fuera cosa horrible, y desagradable, sobre todas las cosas en su Divino acatamiento, y los ángeles se taparán los ojos por no ver cosa tan abominable, y fiera: fuera de que el pecado descompone las potencias del alma, que es otra notable fealdad: porque las desconcierta, y confunde torpísimamente, predominando el cuerpo al alma, señoreándose los sentidos sobre la razón, pervirtiendo la voluntad al entendimiento, haciendo una confusión y caos horrendo. ¿Qué deformidad fuera en un hombre, si se descompusieran sus miembros, y facciones, de modo que tuviera los pies donde habían de estar los brazos, y los ojos donde había de estar la boca y la boca donde había de estar la nariz, y la nariz se pusiera en la frente, y la frente donde había de estar la barba? Mayor fealdad es el desconcierto del alma: de manera, que se vuelve más fea, que antes era hermosa; porque así como un rostro hermoso, si después le falta uno de los ojos, *o* las narices, *o* la boca se le tuerce en un carrillo, viene a ser más feo que antes era hermoso, así también desconcertadas las potencias, y pervertidos los afectos del alma, viene a estar más abominable, que antes era hermosa. Pues si la hermosura natural del alma era mayor, que la de todo el resto del mundo, la fealdad suya viene a ser incomparable; pero allegándose a esto, que el pecado quita la hermosura sobrenatural, que añade la fealdad, y disonancia, y desproporción, que tiene con la razón y con Dios, no puede alcanzar el entendimiento la fealdad y monstruosidad, que es una culpa en el alma. No hay duda, sino que si se viera el pecador, se quedara muerto de espanto, y asombro: porque si una reina, habiendo sido muy hermosa, mirándose en la

vejez a un espejo, le dio tanto espanto verse desfigurada, que murió de pena; ¿qué asombro causaría a un alma, que antes estuvo con la hermosura de la Gracia, verse ya sin ella, y con la fealdad de la culpa? Aumentase esta deformidad del pecador, con que no solo se turba, y desconcierta todo lo hermoso de su alma, sino que se le añaden los hábitos viciosos e inclinaciones de las bestias, que es otra monstruosidad nueva: porque si fuera horrible deformidad, después de haberse confundido, y desbaratado a uno los miembros humanos, que le naciese de más a más un pie de Buey, y una mano de León, una trompeta de Elefante, un pico de Águila, unas crines de Caballo: mucho mayor fealdad será la del ánimo que después de desconcertado en sus afectos y potencias, tenga las inclinaciones de las bestias, la soberbia del León, la lujuria del Caballo, la atrocidad del Águila, la venganza del Elefante, el descuido del Buey, para lo que le está bien: porque incomparablemente es cosa más disforme, tener en el alma los vicios de los animales, que en el cuerpo su figura. Y como dijo uno, más quisiera tener alma racional en cuerpo de bestia, que no alma de bestia en cuerpo de hombre.

VI.

De aquí nace, que así como la Gracia dé vida al alma, y vida sobrenatural, y divina; así el pecado es muerte suya y muerte mortalísima y eterna, no solo porque priva de la vida de la Gracia sobrenatural, sino porque la priva de la vida de la razón natural: porque con el desconcierto de las potencias, *y* desordenamiento de los afectos, y con la inclinación de los vicios se obscurece la luz de la razón, y se enflaquecen las fuerzas de la voluntad, con la cual obra el hombre, no como hombre ajustado a la razón, sino como bestia obedeciendo al apetito. Con lo cual, la más noble cosa del hombre, que es la razón, está muerta, y baldía, como dijo David de los pecadores, que en vano recibieron sus almas racionales, porque no les sirven más que a las bestias de dar vida, y aumento al cuerpo para que engorde, no de obrar virtud: porque está en ellos muerta el alma, en cuanto racional. El cuerpo humano para que pueda vivir, quiere su determinada disposición, y proporción de sus miembros: y tal mudanza y confusión podía haber en ellos, que no fuese posible conservar la vida. Pues como por el pecado se desconciertan, y confunden (como hemos dicho) los miembros del alma que son sus potencias y afectos, y le nazcan con los vicios nuevos miembros (digámoslo así) de las bestias, y fieras, no se puede conservar con tan notable confusión, y mudanza, y monstruosidad, la vida de la razón; y así el alma del pecador está muerta sobrenatural, y naturalmente, cuanto a la vida más principal que tiene. Además de esto, ¿qué más muerte la del pecado, que dejar de ser? Muerto está el pecador, pues según dijo Boecio deja de ser, y conforme dijo San Agustín, y S. Bernardo, se vuelve a ser nada, y a peor que la nada. De suerte, que así como la Gracia no solo da vida, sino la mayor que puede ser, causando una vida sobrenatural y divina; así el pecado, no solo mata, sino aniquila; no solo causa la muerte, sino la mayor muerte que puede ser, quedando al pecador el ser que tiene, y sepultándole en un abismo más profundo, que el mismo no ser. De esta

manera hemos de mirar el pecado, cuando se nos ofrezca alguna tentación como una muerte mortalísima, y horrenda del alma. Con la cual consideración nos parecerá vida que muera el cuerpo, porque no muera el alma: así lo hizo la santa Susana, que constreñida para vender su castidad, dijo a aquellos malditos viejos con grande ánimo: *Si hiciere esto, me vendrá la muerte*, *y si no lo hiciere no huiré vuestras manos.* Antes parece que había de decir lo contrario: porque si no consentía con los adúlteros había de morir, y si consintiera, no. La causa de haber hablado de aquella manera, fue porque conociendo esta castísima Matrona, que el pecado era muerte más mortal, y verdadera del alma, que lo puede ser el apartamiento del alma del cuerpo, juzgó por vida no pecar, aunque muriera por ello. Mucha diferencia hay de la muerte espiritual a la corporal: esta pasa luego, con un golpe de espada se concluye: aquella no tiene fin, siempre persevera: y así la muerte del cuerpo, en comparación de la del alma, más se ha de decir vida, que muerte: *Ea, pues, no seamos niños* (dice San Crisóstomo) *(Hom. 5 ad pop.) porque temiendo la muerte del cuerpo, tendremos un miedo de niños. Los muchachos temen las caratulas*, *y no temen el fuego*, *porque llegan a él con la mano: de la misma manera nosotros tememos esta muerte corporal, que no es sino una caratula de muerte*, *y digna de ser despreciada*, *mas no tememos al pecado que verdaderamente es para temer.* Porque no mata de una vez, sino siempre está matando, y después de la muerte del cuerpo, sabe dar otra muerte eterna: ¿qué remedio hay, que en muriendo su enemigo no se sosiegue? La tiranía del pecado es sobre todos los tiranos, que después de muerto uno más se enfurece, y no se harta de hacer morir a los muertos.

De lo mismo se sigue, que así como la Gracia da grandes fuerzas espirituales, llenando al alma de muchas habilidades, y facultades de virtudes sobrenaturales, y Dones del Espíritu Santo; así el pecado la debilita, y enflaquece, y quita el vigor, y fuerzas que tiene, porque siendo muerta del alma, la priva con eso de las fuerzas, que por estar viva tenía: quítale las facultades de las virtudes morales infusas, y aun las fuerzas naturales le quita, por el desconcierto de sus potencias, y afectos, y la hace indigna de los auxilios Divinos; de manera que para hacer una obra buena, antes se debe decir muerta, que débil: y para obra de virtud sobrenatural, está cuanto es de suyo, no solo muerta, sino imposibilitada por entonces: y por otra parte los malos hábitos de sus vicios, y el apetito desenfrenado, la llevan a que no obre, sino maldad, y pecado. De donde nace una prodigiosa flaqueza, y espantosa inconstancia de algunos pecadores, con tan poco aliento para lo bueno, y tantas fuerzas, e inclinaciones para lo malo, que más parecen demonios, que hombres. A quien no asombra, que apenas haya acabado uno de proponer, cuando luego se hace las cejas en el peligro que propuso evitar, arrastrado de su pasión: unas veces ciego de su afecto, que ni hay para él memoria de Dios, ni temor de infierno, ni amor de Jesucristo, ni estima de su salud eterna; sino que como un bruto, se precipita a vicios, y revuelve en su cieno sin remordimiento de la conciencia, que es extremo mal, sin avergonzarse de pecar, antes corriéndose de no ser peor que otros, y jactándose de su perdición. Otras veces, teniendo despierto el conocimiento, tienen algunos tan flaca la voluntad, que considerando que se van al infierno, que son desagradecidos a Dios, que en aquello se pierden; con todo eso pecan, casi queriendo no pecar: porque con eficacia

quieren lo que no quisieran querer. Al fin, como por la Gracia tienen los justos virtudes sobrenaturales para obrar bien, los malos por el pecado tienen vicios diabólicos para obrar mal: aquellos tienen fuerzas para el bien: estos para el mal; y flaqueza para el bien.

VII.

Agregase a lo dicho, que así como la Gracia da derecho al Reino de los Cielos, así el pecador le pierde. Espanto es, como después de pecar se quedan algunos hombres tan contentos como antes, habiendo perdido cosa tan grande. ¡Espanto es, que si pierden una aguja, y un papel de poca importancia, no paran hasta hallarle: y que perdiendo un Reino, y ese de los Cielos, se estén riendo! Añade más e| pecado, porque fuera de privar del Reino de Cristo, obliga a la esclavitud del demonio, en la otra vida para eternos tormentos, y en esta con innumerables peligros y daños; porque aquella prontitud, e increíble facilidad para pecar, que acabamos de decir, efecto es de esta tiranía de Satanás y cautiverio infernal, que por fuerza, y violentamente se hace que le sirvan; porque así como un esclavo hace muchas veces lo que por ningún caso quisiera hacer; así el pecado por los vicios que causa, y el señorío que da a Lucifer, hace que obre uno lo que no quisiera; porque queriendo no quiere, y no queriendo quiere, queriendo eficazmente pecar, lo cual no quisiera, ni hacer, ni querer. Esta esclavitud es tan vil, tan ignominiosa, tan tirana, tan indigna del ánimo del hombre y más siendo una vez rescatado de ella con precio infinito de la Sangre del Hijo de Dios, que aunque no tuviera otro mal el pecado, mil pedazos nos habían de hacer antes que cometerle, aun para la comodidad corporal; porque no ha habido en el mundo tirano, que haya hecho tales crueldades, como el demonio (aun en razón de la vida temporal) ha hecho de los que son sus esclavos, de que están llenas las Historias, y en la Sagrada Escritura se hallan raros ejemplos de sacrificios de hombres que les hacía hacer, y derramamiento de sangre humana, obligando a los padres le sacrificasen sus propios hijos, abrasándolos vivos y de otros modos inhumanos, haciendo a otros que se despeñasen, y despedazasen a sí mismos, y lo mismo quisiera hacer de todos los hombres; pero esta es la menor tiranía del demonio, y una sombra, respecto de las demás; porque incomparablemente mayor es la de los daños espirituales, que causa en los pecadores. Teman, pues, este Tirano, teman los pecados, y teman sus penas, y sobre todas teman su condenación eterna: teman verse tan cerca del infierno: *El pecador* (dice Roberto Sorbenense) (Di itinerare Paradysi.) *está en la misma puerta de la muerte; y así dijo David: Acercáronse hasta las puertas de la muerte, y no dista del infierno más espacio que dos dedos. En un momento bajaría a los infiernos: no puede escaparse por sí de esto*, *porque como a ladrón ya tiene la soga, y el lazo a la garganta, la cual tiene el demonio en sus manos. Con esta soga aprieta al pecador; esto* es, *con su pecado.* Considérese uno, que ha pecado, debajo de un gran tirano, que gusta de ser verdugo de sus cautivos, condenado a muerte eterna, y ya subido la escalera para ser ahorcado, con el lazo al cuello, esperando que el verdugo le dé un vuelco, y eche de la escalera: ¿cómo puede reír, y pensar, o desear el perdón?

Fuera de esto, así como la Gracia hace que todas las obras buenas del justo sean merecedoras de eterna gloria; así el pecado es causa, que todas las obras, que nacen de él, como de tan mala raíz, sean merecedoras de eternos tormentos; y si hace algunas obras buenas el pecador; es causa su mal estado, que no tenga merecimiento de gloria por alguna de ellas: antes es tan extraña la ponzoña, que vierte por todas partes, y tal la fuerza de su veneno, que aun las obras buenas, que antes merecieron Gracia, y Gloria, las pierde y mortifica todas; de manera, que ya no merezca por ellas nada. Esta es una pérdida inmensa, a lo cual se llega, que no solo pierda las obras buenas pasadas, y que con las presentes no merezca el Cielo, y que con las malas, que son pecados graves, merezca eternidad de tormentos; pero hace el pecado mortal, que por los pecados veniales, aunque de su naturaleza no merecen sino pena temporal, haya de padecer tormentos eternos, por estar juntos con el mortal, si uno se condena, que es un daño incomparable. Tan mala condición, y perjudicial a todo, es la del pecado.

VIII.

Finalmente, por la Gracia se viene a conseguir la bienaventuranza de esta vida, y la otra: mas por el pecado se adquiere la malaventura y miseria temporal y eterna. Y cuanto a la desdicha temporal: ¿qué mayor desventura que la del pecador? Pues dejando aparte las desgracias, y calamidades, que suele padecer, aun entre las mayores dichas y prosperidades del mundo, no le deja estar contento el gusano de la mala conciencia, que le carcome, y el veneno do la envidia que le atosiga, y el fuego de la ira que le abrasa, y el riesgo de su fortuna que le alcanza con notables sobresaltos, y la multitud de vicios que le descuartizan, y atormentan cada momento. No le faltaba nada a Aman, ni de riquezas, ni de gustos, ni de honras, y se estaba muriendo de pena, y saña; porque la misma dicha es causa al pecador, que viva desdichado, fuera de que su misma dicha por sí no es felicidad, sino miseria, y castigo; porque el mismo no castigarle Dios, sino dejarle con sus pecados en la posesión de sus bienes temporales, es gran castigo, y rigor: porque si puede haber felicidad en los malos, aquellos serán más dichosos, que son castigados por sus culpas, como enseña Severino Boecio; y esto, no solo porque con el castigo se pueden corregir, sino porque la pena se proporciona *a* la culpa. No hay duda, sino que los malos son miserables: *Pues si a la miseria de alguno* (dice este Sabio) *(Lib. 4, cons. Cap. 12) se llega algún bien*: *¿por ventura*, *no será más dichoso, que aquel en quien estuviere pura y solitaria la miseria, sin mezcla de algún bien? Así lo parece por cierto. Pues si este malaventurado, que carece de todo bien, fuera de aquellas cosas por las cuales es miserable, se le ajuntare otro mal, no se ha de juzgar por más malaventurado, que aquel, cuya desdicha se disminuye con la participación de algún bien? No hay cosa en que se pueda decir contra esto. Pues los malos, cuando son castigados*, *tienen anejo algún bien, que es la pena que padecen, la cual es buena por razón de que es justicia, y en los mismos malos, cuando carecen de castigo, está algún otro mal de más a más, el cual es la privación de pena, por lo cual más desdichados*

son los pecadores, cuando sin hacer justicia en ellos, están privados de pena, que cuando con justo castigo son afligidos: Esta sentencia de este gran Filósofo la confirma Santo Tomás, diciendo: *aquel hombre*, *a cuya, malicia se añade alguna cosa buena, es más dichoso, que aquel a cuya malicia no se le junta ningún bien*; *pues cuando un malo es castigado, se allega a su maldad algún bien, que es la pena*; *pero cuando no es castigado*, *se añade a su malicia algún mal*, *que es la impunidad*, *la cual es mala: y así*, *el malo castigado*, *es más dichoso, que el malo sin castig*o. Enseña después Boecio, que no puede ser dichoso quien es digno de pena: y la verdad es, que no puede hacer mejor, carecer de castigo quien le merece. Desdichado, pues, es, en medio de las mismas dichas, quien está en pecado. Malaventurado es, aunque esté en los brazos de la fortuna. Miserable es entre sus felicidades, maldito es de Dios. No puede escapar de malaventura, aunque no le venga la eterna; basta tener culpa, aunque no padezca la pena. Tema un solo pecado más que todos los tormentos temporales, y eternos. Tema a la culpa más que al mismo infierno. No es por eso mejor el pecador en esta vida, antes si se quitara del infierno el blasfemar de Dios, el aborrecer al Creador, el estar sin remedio privado para siempre de Dios, la pena de los tormentos no es mala, sino justa, y santa, pues la causa Dios; y es una gran hermosura del Universo, que padezca castigo quien le mereció por el delito; y que se ajuste, y proporcione la pena a la culpa. Y así, más debía temer, y estremecerse uno de las culpas de esta vida, que de las penas de la otra. Excede infinitamente el mal de la culpa, al mal de la pena; porque según los Santos, tanto es mayor el mal, cuanto es mayor el bien de que priva: la pena lo que priva es del contento, y gusto humano: la culpa mortal, de Dios: y lo que va de la infinita perfección de Dios al gusto del hombre, se ha de temer más y pensar que es peor el pecado, que todos los tormentos temporales y eternos que puede dar la Omnipotencia Divina. Que locura es la del pecador, pues por no evitar una pena pequeña, se trague más mal, que son todas las penas; por no evitar una pena de esta vida, quiere padecer innumerables de la otra: y aunque pueda no suceder esto; pero si peca, no puede dejar de suceder, que tome por sus manos mayor mal, que todas estas penas, y que en virtud, y equivalencia, contiene todas las penas. Temamos las culpas en esta vida, no temamos sus penas. No hay pena en esta vida, que no tenga mucho de bien; y no hay culpa, que no sea toda mala. La pena tiene siempre anexa alguna cosa buena, porque Dios la envía y la envía para bien: el pecado todo es ponzoña, y pestilencia, toda malicia, y por todas partes es para temer, y temblar de solo su nombre. Todas las desgracias, y calamidades del mundo no son de temer, en comparación del pecado. *Nombres son de calamidades solamente* (dice San Crisóstomo) *(Hom. 5 ad pop.) la verdadera calamidad es ofender a Dios.*

CAPÍTULO IX. Lo que han hecho los Santos por tener la Gracia, y cuanto la estimaron.

I.

Por estos dos extremos tan encontrados, y opuestos, como Gracia, y pecado, no ha de haber pena, ni trabajo ni diligencia del mundo a que perdonemos, por librarnos de la malicia intolerable de lo uno, y por conseguir el bien incomparable de lo otro. Los Santos que tuvieron algún conocimiento de la Gracia, la apreciaron sobre todos los bienes del mando. Con riquezas, con honras, con gustos, con salud, con sus propios miembros, con la vida misma atropellaron, sin reparar en nada, por asegurar este Don Divino, *o* por aumentarle; y después que dieron todo por él, fue gracia, y favor el recibirle. Por eso tiene este bien tan inmenso nombre de Gracia, porque por más que se dé, y padezca por alcanzarle, es (siempre que se diere) Gracia, y beneficio no debido. Todo se debe dar por lo que es sobretodo. Nunca dijo exageración el Hijo de Dios, que faltase a la verdad: y nos encarga, que si nos escandalizan los ojos, de modo que hayamos de perder la Gracia, *o* dejárnoslos sacar, los dejemos sacar; y lo mismo es de los pies, y de las manos, que hemos de querer verlas cortadas, y que nos falten todos los miembros del cuerpo, y la vida del mismo cuerpo, antes que la Gracia. Lo cual cumplieron fidelísimamente algunos siervos suyos, y debemos cumplir todos sus redimidos.

San Quirino dio pies, y manos, que se dejó cortar, antes que perder la Gracia. El Santo Mártir Serapion, no pies ni manos solamente, sino miembro por miembro, y artejo por artejo sufrió cortasen en menudas piezas, padeciendo tantas muertes, cuantos golpes recibía, solo por no perder la Gracia: no hubo miembro que no dejase cortar en muchos trozos, con gran contento de su alma.

San Nicéforo de la misma manera, después de asado en parrillas, se dejó ir desmembrando a pedazos. ¿Qué géneros de tiranías, que tormentos no han padecido otros Santos? Horcas, cuchillos, clavos, cruces, sierras, ruedas, tenazas, fieras hambrientas, plomo derretido, todo han llevado con paciencia, y es menos que merece la Gracia, por la cual mil vidas habíamos de dar y padecer millones de tormentos, aunque no nos diesen después la Gloria.

¿Qué diré de otros Santos Confesores, que no afligidos de tiranos, sino voluntariamente, se martirizaban tanto, como lo hicieran los más crueles verdugos, temiendo más un peligro del alma, que todos los daños del cuerpo?

El bienaventurado Juan el Bueno, cañas agudas se metió por las uñas de los dedos, dando con tal fuerza contra una peña, que le salieron las puntas por las muñecas. En menos estimó padecer mayor martirio, que le diera el Anticristo, que estar a riesgo de perder la Gracia.

San Martiniano, en otra terrible tentación, hizo una hoguera de sarmientos y con los pies descalzos se arrojó en medio de las llamas, y estuvo en ella hasta que se quemó

buena parte del cuerpo, y saliendo de allí a cabo de rato y hablando consigo mismo, dijo: ¿Qué te parece Martiniano? Bueno te ha parado este fuego, con ser breve el tiempo que has estado en él: acuérdate, que el fuego del infierno es eterno; acuérdate del gusano, que nunca muere, y del crujir de dientes, y que los demonios son crueles, y nunca se cansan de atormentar a los condenados. Con esto volvió a echarse otra vez en el fuego, y a quemarse más.

San Francisco, una vez por brazas encendidas se revolcó desnudo, otra por la nieve helada, por asegurar la Gracia. Otros por zarzas, y espinos han estragado sus carnes. Menos es todo daño, que un riesgo de pecar.

Santiago Anacoreta, en una ocasión, que sospechó podía ser de peligro, detuvo la mano en el fuego, dejándosela asar y derretir. Con este esfuerzo se ha de defender el estado divino de hijos de Dios, y pelear contra el pecado, resistiendo hasta derramar sangre. Todo es poco, por tener el bien de la Gracia; todo es poco, por no tener el mal del pecado: todo es poquísimo, por tener la Gracia, y no tener pecado. Aprenda el cristiano, como debe resistir las tentaciones; no piense, que los Santos no las tuvieron, sino que las vencieron: sintiéronlas, no las consintieron; a costa de su carne guardaron su alma; afligieron su cuerpo, porque no padeciese su espíritu. También fue raro ejemplo el que cuenta San Gerónimo *(Epist. In vit S.Pauli.)* de un casto mancebo, al cual procuraron los tiranos, con todos los medios posibles, que ofendiese a Dios. Para esto le hicieron acostar desnudo en una cama regalada, en una grande amenidad de un jardín, atándole con blandas ataduras pies, y manos, para que no pudiese defenderse. Trajeron luego una mujer muy ataviada, para qué le provocase a mal. Hizo todas sus diligencias la mujer; pero viendo el purísimo mancebo el peligro que corría su Gracia, y que no podía defenderla de otra manera, se cortó la lengua con sus propios dientes, (que solo tenía libres) y la escupió en la cara de la deshonesta mujer, y así la espantó, y echó de sí con este generoso hecho, y templó con el dolor el encendimiento de su carne.

No solo en vencer las tentaciones, sino en huir las ocasiones de pecar, aunque bien apartadas, y remotas, nos dio excelente ejemplo Martiniano. Por solo que en un lugar tubo una vez solo peligro de pecar, y ese inopinado, aunque cesó el peligro, no paró allí un punto, temiéndose de aquel sitio, por sola la memoria del peligro, y por no ver en toda su vida mujer, que una vez le tentó para mal; fuera del mundo se quisiera ir, y hundir debajo de tierra: hizo lo que pudo, y desterrándose de toda la tierra, se fue a vivir al mar en una isleta solitaria, que hacía en una peña. Allí no quiso hacer choza, ni cueva, ni celda: porque en cosa semejante tuvo una vez peligro. Pasó allí con notable abstinencia, y rigor por seis años, con una vida más que humana y pareciéndole, que estaba seguro de las mujeres, conoció, que no lo estaba, y que en la tierra, y en la mar, en el fuego, y en agua, se deben temer. Porque navegando una nave por aquellos mares, el demonio, que por permisión de Dios la hizo dar en aquella roca, en que estaba Martiniano, y la quebró, y todos los que venían en ella se ahogaron, si no fue una doncella muy hermosa, que en una tabla se salvó, y asiéndose de la peña, comenzó *a* clamar: Ayúdame, siervo de Dios, y dame la mano para que no perezca en este

profundo: turbóse Martiniano cuando vio la mujer, y oyó sus palabras, y entendió la astucia del enemigo: armóse con la oración, y juzgando que le corría obligación, para que aquella mujer no pereciese allí por su culpa, le dio la mano, y la sacó del agua: y como la viese tan hermosa, y de buena gracia, le dijo: La estopa y el fuego no están bien juntos; quédate aquí y come del pan y bebe del agua que aquí queda, como yo lo hacía hasta que venga un marinero, que me suele visitar, que será de aquí a dos meses: cuéntale tu trabajo y él te sacará de aquí, y te llevará a tu ciudad. Y diciendo esto, hizo la señal de la Cruz sobre la mar, y mirando al Cielo, y hablando con Nuestro Señor, le dijo: Señor, confiado en Vos me hecho al mar: porque más quisiera morir ahogado, que no ponerme a peligro de perder vuestra Gracia y mi castidad: y exhortando a la que tenía delante a la virtud, y *a* perseverar en el temor de Dios, se arrojó a la mar. Vinieron luego dos delfines, por ordenación de aquel Señor, que nunca desampara a los suyos, y a quien todas las creaturas obedecen, y le tomaron encima, y le pusieron en tierra, y el Santo hizo gracias por ello al Señor suplicándole, que le enseñase lo que había de hacer. Y pensando entre sí, que el demonio le perseguía en el agua, y en la tierra, en la celda, y en la peña, determinó de no estar en un lugar sino irse peregrinando por el mundo, pobre y mendigo, sin llevar cosa consigo, y así lo hizo por espacio de dos años, que vivió, quedándose en cualquier parte que le tomase la noche: tanto odio tenía al pecado, que hizo, por estar más lejos de su ocasión, tanto extremos. Confusión es la flojedad y escusas de muchos para no apartar de sí las malas ocasiones, y excusándose con su comodidad, o interés, u otros respectos vanos del mundo. Donde hay peligro de pecar, se ha de poner tierra en medio: huirse tiene lo posible, con todo se ha de atropellar. No hay bien en la tierra, ni aun en el Cielo, que excuse el pecar. Piérdase todo, y no se pierda la Gracia. Piérdase el cuerpo, y muera de hambre, y no se pierda el alma. Piérdanse todos los bienes del mundo, y no se pierda Dios. Son homicidas de sí mismos los que confían de sí, deteniendo la ocasión de su muerte. Padre, y madre, y hermanos hemos de dejar por Dios: ¿por qué no se han de dejar los extraños? Asegurar la Gracia, y la salvación del alma es lo que importa, aunque huyamos de toda la tierra. Sin causa, ni ocasión ninguna dejaron muchos todas la cosas; pues ¿por qué habiendo ocasión, y necesidad forzosa, no dejará algunas quien desea salvarse? Aunque no comas sino raíces, y hojas de árboles, aunque no vistas sino pieles de animales, aunque no te acuestes sino en ese campo, por asegurarte de no perder la Gracia, conviene que lo hagas.

II.

La estima, que a la Gracia se debe, no ha de ser solamente en contraposición de alguna culpa, sino también por sí misma. Ha de estimarse, aunque no haya riesgo alguno de pecar. Y así, por alcanzar un grado más de Gracia, no perdieron diligencia los fieles siervos de Cristo, sin reparar en perder por ello ojos, manos, y pies. Santa Brígida Virgen, por granjear más de este Bien Soberano en el estado virginal, que en el

matrimonial, aunque en este pudiera vivir santamente, pidió al Señor la desfigurase, y reventándosele uno de los ojos, le dio muchas gracias por tan singular favor. La misma Santa alcanzó con sus oraciones vista a una religiosa ciega, la cual creciendo después en devoción, porque no la divirtiesen las cosas visibles de merecer más, y más Gracia, volvió a pedir a Santa Brígida la volviese a cegar. Más estimaron estas siervas de Jesucristo, sin tener riesgo de pecado, adelantar su Gracia, que todo lo sensible; y dieron sus ojos, no porque las escandalizaba, sino solo por alcanzar mayor parte del bien, que en la menor parte suya es de inestimable aprecio. También el siervo de Dios, Beato Francisco Servita, dio por Cristo sus oídos, alcanzando de la Virgen le hiciese sordo, por no oír murmurar.

Ni solamente los ojos, ni oídos, pero todos los miembros de su cuerpo quiso dar San Mandeto; *(Ex Brev. Eccles. Biburniemis)* porque siendo hijo del Rey de Irlanda, y compeliéndole a casarse por no poder la mayor Gracia de la virginidad, pidió al Señor tal enfermedad de todas las partes de su cuerpo, que no había quien parase en su presencia de un hedor pestilencial, que de sí exhalaba. Toda esta miseria tuvo por felicidad, si alcanzaba mayor grado de Gracia por aquel camino. Privóse después de la herencia del reino de la tierra, por tener un punto más de derecho al del Cielo.

En cosas muy menudas, que dejaron los Santos pasar algún merecimiento, lo sentían, y castigaban mucho. Recién entrado en el Monasterio San Sabas, viendo un hermoso árbol cargado de manzanas, cogió una; pero conociendo que perdía algún aumento de Gracia en no mortificarse, la arrojó luego de sí, como si fuera veneno, y la pisó con los pies, condenándose a no comer aquella fruta en toda su vida, como lo cumplió, en penitencia de aquel descuido en adquirir mayor Gracia. Teodoreto escribe de Eusebio Monge, (*In Historia Religiosa*) que estando un día sentado en una piedra grande con Amiano, el uno leía en los Evangelios, y el otro los estaba declarando. Sucedió, que como unos labradores estuviesen labrando sus tierras en aquella llanura, Eusebio por mirarlos se distrajo y apartó de la lección; y dudando entonces Amiano en lo que iba leyendo, dijo a Eusebio, que se lo interpretase. Eusebio, como no había estado atento, le dijo, que se lo leyese otra vez. Conociendo por esto Amino, que se había distraído de lo que estaba haciendo, reprendiéndolo, le dijo: No es maravilla, si por deleitarte con la vista de los que trabajan, no percibiste como convenía las palabras Evangélicas. Como Eusebio oyó esta reprehensión, quedó tan avergonzado con ella, que mandó a sus ojos, que en ningún tiempo se deleitasen mirando aquella vega, ni a las estrellas del cielo; y desde allí se metió por una senda estrecha, y se recogió en una choza de donde nunca más salió todo lo restante de su vida. En esta estrecha prisión vivió cuarenta años y más hasta que murió; y porque la necesidad con la razón le forzase *a* estar allí quedo, se ató por los lomos con una cinta de hierro, y con otra más pesada por la cerviz, y a estas cintas de hierro ató una cadena, y la cadena al suelo, para que por fuerza estuviese acorvado, y no pudiese andar libremente. De esta manera se castigó este siervo de Dios, por sola una inadvertencia. Un hermano Donado de nuestra compañía, gran siervo de Dios, llamado Agustín Saneri, porque una vez se distrajo con los ojos, hizo voto de no levantarlos en veinte años y lo cumplió exactísimamente, teniendo

oficios de portero, y sacristán, que son para la vista de mayor ocasión, por los muchos con quien tratan. Tan notablemente castigan los siervos de Dios, el pasarles ocasión de lograr un átomo más de cosa en que han de participar más de su Creador. También estuvo el Santo Hugon, Obispo de Granoble, cincuenta años sin ver mujer el rostro.

Aún más que todo lo dicho se mostrará la estima, que los Santos hacen de un grado más de Gracia, con lo que sucedió e hizo Maurilio Obispo, pues no por mayor Gracia propia, sino ajena; porque se le pasó la ocasión de aumentarla en un niño, se condenó a notable penitencia. Estando un día el Santo prelado diciendo Misa, vino a él una mujer, con un hijo suyo, que estaba para morir, para que le diese el Sacramento de la Confirmación, y muriese su hijo con mayor Gracia del Señor. Detuvose mucho el Santo Prelado en el Sacrosanto Sacrificio, y en aquel espacio el muchacho acabó la vida. Cuando San Maurilio vio muerto al hijo, y las lágrimas y sollozos de la madre, y la causa porque se lo había traído, no se puede creer fácilmente el dolor, que como clavo le traspasó las entrañas, temiendo, que por culpa suya aquel niño fuese muerto sin el Sacramento de la Confirmación, (que los Santos temen, que hay culpa suya, donde no la hay) fue tanto su sentimiento, que no se podía consolar, y determinó darse a mayores ayunos, asperezas y penitencias, para pagar con ellas aquella culpa, que a su parecer, había cometido. Para esto se retiró de su ciudad y en grande trabajo y humildad, hizo muchos años penitencia, sirviendo de hortelano a un Caballero. Bien se salvaría aquel niño sin el Sacramento de la Confirmación, porque ya tenía el Bautismo; con todo eso, por aquel grado más de Gracia que pudiera llevar con este otro Sacramento, juzgándolo por una pérdida incomparable, hizo el Santo tan notables extremos. De llorar es el descuido, que hay en muchos cristianos perdiendo muchos grados de Gracia, que por la frecuencia de los Sacramentos de la Confesión y Comunión, pudieran recibir, y los dejan perder, llegando a ellos tan de en tarde en tarde. Lloren este descuido y hagan penitencia de él y de los muchos pecados que cometen, por no llegar muchas veces a reparar las fuerzas espirituales en estas fuentes del Salvador. Si por no aumentarse la Gracia ajena, juzgó este siervo de Dios, que debía hacer tanta penitencia; ¿qué sentimiento se debe hacer, cuando se pierde la propia? Fueron también notables los tormentos con que se afligía Santa Mectildis por pecados ajenos. Una vez, porque oyó un cantar deshonesto, se moría de pena por aquella ofensa de Dios, y menosprecio de su Gracia; y para recompensarlo, y satisfacer lo que pudiese, cogió buena multitud de vidrios quebrados, y revolcándose desnuda sobre ellos, rasgó todas sus carnes, de modo, que era su cuerpo una llaga continuada, vertiendo sangre por todas partes, con tan notable dolor, que ni sentada, ni en pie, ni echada, podía después estar. Mayores cosas hizo también por los pecados ajenos Santa Cristina: en grandes fuegos quemaba sus carnes, padeciendo intensísimos dolores: otras veces en agua hirviendo se bañaba: otras entraba en ríos helados, estando días enteros y muchos en aquel rigor: andaba desnuda por espinos, y zarzas: otras veces se revolcaba en ellas. Fuera nunca acabar, decir lo que han hecho los Santos por la Gracia, y contra el pecado, así propio como ajeno: porque con el alto concepto que de Dios hacían, le hacían juntamente de su Gracia, y así no perdonaron por la estimación de ella a dolor del mundo, que no quisiesen padecer, ni gusto propio

que quisiesen admitir, porque se lograse en sí y en sus hermanos, y no hubiese quien a su Creador ofendiese. Procuremos nosotros tener igual estima de los bienes eternos, y entendamos, que es poco todo lo que podemos hacer, respecto de lo que debemos, y merece la Gracia de Cristo. Acordémonos de lo que hizo el mismo Cristo, porque no la perdiésemos. No malbaratemos su Sangre, dejando de hacer lo que pudiéremos.

III.

Acordémonos lo que han hecho otros hombres débiles, como nosotros, pero con el favor divino, y la estimación de lo eterno, menospreciaron todo lo temporal, por asegurarse más de no pecar, por adquirir más Gracia, porque nadie pecase, y se lograse en sus hermanos la muerte y Sangre de nuestro Redentor. Diré lo que por el bien de todas estas cosas hizo Santiago Ermitaño, poniéndose en un tenor de vida admirable, y tesón de rigor, y penitencia prodigioso, porque lo cuenta Teodoreto, que fue testigo de vista, por estas palabras. Este gran Ermitaño despreció toda humana defensa, y por sombra y cobertura, solamente tenía el techo del Cielo, y viviendo al sereno, recibía con ánimo sosegado y contento, todas las injurias del aire; y tan aparejado estaba para sufrir las frialdades del invierno, como los grandes calores del estío. Con esta su extraña constancia, y sufrimiento, hizo tan firme, y sólida la frágil naturaleza del cuerpo, que parecía inmortal e impasible. Al principio se metió, y encerró en una celda muy angosta, y fijando su alma en la contemplación de Dios, todo su ánimo, y voluntad empleó en servir a su Majestad, y librarse de los lazos de este mundo, y con sus altos ejercicios subir, y llegar al sumo bien. Para esto se fue a un monte, que está lejos de la ciudad de Ciro, cien estadios; y aunque al principio era este monte estéril, y de poco nombre, después lo hizo con su presencia tan ilustre, y fructífero, que todo él se veía lleno de gentes devotas, que le iban a visitar, y a pedirle remedio de sus necesidades. El tiempo que estuvo en este monte no tuvo cueva, ni choza, ni parte cubierta donde se pudiese acoger. Todo el tiempo casi gastaba en la oración. Una vez vino a caer enfermo de abundancia de cólera, por los muchos trabajos que pasaba del gran calor, frío, y sereno, y pasó toda su enfermedad con mucha paciencia, y nunca en toda ella se quiso poner a la sombra, hasta que un día que hacía gran calor, le fui yo a visitar, (dice Teodoreto) y como le vi con una encendida fiebre, por llevarlo a la sombra, le dije, que me dolía la cabeza del sol, que no lo podía sufrir, y que por esto me diese licencia para hacer una poca sombra, y así, con su licencia hinqué en el suelo tres cañas, y puse sobre ellas dos silicios. Hecho esto, el siervo de Dios me dijo, que me fuese a la sombra. Yo le respondí a esto: No parecerá bien, Padre, que yo siendo mozo, y robusto me pusiese a la sombra; y tú, que eres tan viejo, y estás con tal fiebre, te quedases a los rayos del sol: si tú, Padre, quieres ir a la sombra, yo iré. Entonces, anteponiendo el bendito varón mi salud *a* su voluntad, me obedeció, y porque él se echase me eché yo en el suelo, diciendo, que estaba mal dispuesto; y estando los dos juntos, le vi, que traía una cadena de hierro sobre sus hombros y cerviz, y tenía otras cuatro cadenas atadas, a manera de aspa,

desde el cuello a los muslos; las dos a la parte de adelante, y las otras dos a la parte de atrás, y otras dos traía en los brazos, junto a los codos. Estando una vez malo a la muerte, le llevaron un poco de hordiate[3], porque era fresco, y no lo quiso comer, pareciéndole, que quebraría su antigua e inviolable abstinencia; porque nunca comía otra cosa, que lentejas remojadas en agua. Al fin, rogándoselo Policromo, que allí estaba, lo comió cerrados los ojos, como si tomara algún veneno. La perseverancia que tenía en la oración era grande: muchas veces se estaba tres días y tres noches, echado sobre la tierra, puesto en contemplación; y era tanto su fervor, y enajenamiento de sí mismo, que se solía cubrir de nieve, y no dejaba la oración. Todo esto merece la Gracia: de todo rigor es digna, por conservarla, y acrecentarla. Y si los Santos que la poseían, hicieron tanta penitencia por retenerla, y crecer en ella: el pecador, a quien le falta, no sé cómo puede vivir hasta alcanzarla, aunque le cueste dejar todas las cosas del mundo, salud y vida.

CAPÍTULO X. Varios símbolos con que los Santos, y Padres significaron el aprecio que hacían de la Gracia, y de sus admirables efectos.

I.

La grande estimación, que de la Gracia hicieron los Santos, más lo mostraron con sus obras, que con sus dichos, si bien no fueron en esto cortos a su posibilidad, aunque lo fueron al grande concepto, que de tan inestimable bien hacían; porque no hallaban palabras con que significar lo que en su corazón sentían: y así, con mil comparaciones, renombres, y metáforas, procuraban explicar lo que les era inefable. Pondré aquí algo de lo que dicen, no acabando, ni acertando a decir todo que es Don tan Divino: porque así como a Dios, por sus infinitas Perfecciones, y Atributos le dan muchos nombres las Divinas Letras: así a la Gracia, por la multitud de sus excelencias, y bienes, significan los Santos con varios apellidos. *(De Timor.)* San Efrén la llama Huerto amenísimo, por su hermosura, y suavidad, y la variedad de virtudes con que adorna el alma, como con flores hermosísimas, y fragantes rosas. El mismo Santo (*De Divin. Grat. Serm. 56)* la llama, Maestra, Guarda, Compañera, Hermana, Madre, y Luz. San Bernardo la llama (Serm. 58) Bálsamo purísimo, por su preciosidad, suavidad, virtud, y eficacia con que cura las heridas del pecado, y conforta con aquella fragancia, que habló San Pablo, cuando dijo: *Somos buen olor de Cristo.* San Crisóstomo la llama, Muro inexpugnable, por lo que nos defiende, y su mucha firmeza, y porque la hemos de guardar, si queremos que nos guarde. San Antonio la llama Árbol de Vida; (Hom. 46 In Genes.) porque con ella solo viviremos vida eterna, y nos dará la verdadera inmortalidad. San Bernardo la llama Manjar dulcísimo, (*ln Annut. serm.* 3) lleno de suavidad, que no solo deleita; pero repara, y medicamenta: y así, S. Paulino dice ser una medicina saludable, porque sana nuestra naturaleza, y cura la enfermedad del pecado. San Bruno (Epist. 20) la llama Fuego, por ser el más noble entre los elementos y más eficaz, y de más admirables efectos: y así, como el fuego acompaña el calor, así a la Gracia la caridad, y amor de Dios: el fuego purifica también la Gracia: al fuego ablanda, y derrite la cera; así la Gracia con la caridad regala y enternece al alma; por lo cual dijo el salmista, que se le había hecho su corazón, como una cera derretida; y la Esposa dice que su alma se derritió, y deshizo de ternura. El fuego sazona la comida, la Gracia sazona todas las obras, y hace de ellas agradable plato para Dios. Orígines, San Mauricio, San Gerónimo, y San Basilio, la llaman Sal: (In Reg. Breutor. 266) porque juntamente con sazonar, preserva, corrobora, y libra de corrupción; y así dijo el apóstol: *(Rm. 7, 24-25) ¡O desdichado hombre! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte? La Gracia de Dios, por Jesucristo.* Por lo mimo dice en otra parte: *(Hb. 10, 22) Muy bueno es con la Gracia establecer el corazón:* porque le conserva, y fortalece y establece en lo bueno. San Buenaventura (*Tom. 2. serm. de Exalt. S. Crucis*) compara la Gracia al arco iris, por su hermosura, variedad de colores, y ser señal de paz entre Dios, y los hombres. San Crisóstomo la llama Madre de todos los bienes. San Agustín dice: (*Hom.* 32. *in Epist. ad*

Rom.) *Bendición de dulzura es la Gracia;* y así explica lo que dice el salmo: *Bendecístele con bendiciones de dulcedumbre,* porque echa Dios sus bendiciones, y derrama su suavidad, y dulzura en los que están en Gracia. El mismo Santo la llama lluvia: *(Lib.* 2. *cum duas Epist, Pelag.)* y Ruperto rocío de la mañana, por lo que sazona y fertiliza al alma para Santas obras. Por lo mismo dijo San Ambrosio, (Sal. 20) que es la fuente de los huertos, y pozo de agua viva. San Macario, (Hom. 8) la llama antorcha ardiente, y luciente. El mismo Santo dice, *(Hom. 7)* que es la hipostasis de la verdad; porque no hay bien verdadero, sino la Gracia, o por la Gracia, o de la Gracia: (Hom. 24) todos los demás son bienes aparentes, y falsos. Dice también, (Hom. 16) que es como una divina levadura, que sazona todo el hombre con resabios de Dios, y le endiosa. Compárala también a una red universal, que coge para Dios sus escogidos. San Laurencio Justiniano (Laur. Justinian. *ser. de Epiph.*) la llama luz, que destierra las tinieblas de los pecados, y regocija al alma; porque sin gozar de la luz, no hay gozo perfecto, y así no lo tenía el Santo Tobías, por estar privado de la luz del día. También San Vicente Ferrer la llama sol. Y San Crisóstomo dice, *(Serm. 1 Sab. Cinerum.)* que no está tan claro el mundo naciendo los rayos del sol, como el alma con Gracia. *(Homil. 21 ad Popul.)* El sol es rey de la naturaleza, que causa todas las cosas mortales; así la Gracia es Reina entre los dones divinos, que causa bienes inmortales. San Bernardo (*Serm.* 2. *de Resurr.)* la compara a la leche y vino: la leche sustenta la vida a los niños, la Gracia a los humildes; el vino da fuerzas, y alegra el corazón. Y a la Gracia definió Santo Tomás ser deleitación del corazón. Es olio de alegría, que dice el salmo; y el mismo doctor angélico dice, ser significada la Gracia en el olio que curó las heridas del Samaritano. Eutimio entiende ser la Gracia aquel vestido dorado, que celebra David en la reina. Muchos Santos la llaman agua viva, y en la Sagrada Escritura está significada muchas veces por nombre de agua. Cristo la prometió con metáfora de fuente de agua viva, (Jn. 4, 10) que salta hasta la vida eterna; y por Ezequiel (36, 25) dijo Dios: *Derramaré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpios de todas vuestras manchas*. El agua es utilísima a la vida humana, sin la cual no se puede vivir: fertiliza los campos, limpia las cosas, y refrigera: esto mismo hace en el espíritu la Gracia, sin ella no vive, y con ella es fecunda el alma de buenas obras, limpia los pecados, y recrea la conciencia, San Ambrosio dice (Serm. XI. In Psalm 118 v. 2) que la Gracia es aquel ojo hermosísimo del rostro de la Esposa, que hiere de amores al corazón del Divino Esposo. Otros la llaman conforme a la Sagrada Escritura, simiente de Dios, artes y prendas del Espíritu Santo, vestido de bodas, simiente de gloria, tesoro en vasos de barro: por ser cosa admirable, que una naturaleza tan quebradiza, y tan de todo como la humana, tenga cosa tan preciosa, y tesoro tan grande como la Gracia.

De todas estas maneras significan los Padres de la Iglesia el aprecio que hacían de cosa tan preciosa, y fuera largo recoger todas las semejanzas, y símbolos con que nos procuran dar a entender sus excelencias y efectos admirables, exhortándonos a su estima, y conservación. Solo concluiré con los consejos que nos da San Efrén para estimar esta joya preciosísima, buscarla, y conservarla. Sus palabras son estas: (*Sent. de S. Efren de Divina Gracia*) *Esfuérzate para que tengas continuamente la Gracia*

divina en tu alma, para que no seas engañado guárdala como a tu guarda, para que injuriada de ti no te desampare, reverénciala como a tu Maestra invisible, para que estando ella ausente no andes en tinieblas. No quieras entrar en batalla sin ella, porque no perezcas torpemente. Sin su compañía no entrarás en la senda de la virtud, para que el dragón bramador no te ponga acechanzas. Sin su consejo no trates las cosas de tu alma, porque muchos hay, que con apariencia de bien se han depravado. Si ella no te asistiere mientras navegas en este mundo, vanos serán todos tus afanes. Si no fueres ungido con ella para contra tus enemigos, después de muchos trabajos que hayas tomado, llorarás haber sido vencido ignominiosamente. Si no la tomares por acompañante, no conocerás los encantos de la serpiente. Obedécela con prontitud de ánimo, y te alcanzará todas las cosas. Embebe en ti con cuidado todos sus preceptos, y presto estarás sin cuidado alguno. Háztela familiar y doméstica y conocerás ser muy hermoso su trato, y no te burlará. Tómala por hermana, como amonesta la Escritura, y te mostrará camino de tu Padre. Te hará hijo del altísimo si te juntares a ella como hermana. Te dará los pechos como madre, y como a niño te guardará de los que te quieren hacer mal. Te gobernará como a niño, que no sabe lo que le está bien, y te formará varón perfecto. Ten fe, y satisfacción de su benignidad y amor. Ella es principio de toda creatura. Aun no has visto la fuerza de su amor para contigo: porque tampoco los niños que maman saben la solicitud que de ellos tienen las madres. Sé paciente y sujétate a su consejo, y así sentirás sus frutos y provechos. Los niños no saben cómo se crían; pero como van creciendo poco a poco y se hacen hombres se maravillan de la virtud de la naturaleza. De la misma manera tú, si permanecieres en la Gracia divina llegarás a la perfección. Todo esto es de San Efrén, que prosigue en la misma materia, conformando estos beneficios de la Gracia, con los ejemplos del Santo Patriarca José, y otros Santos. Luego añade: *Yo he conocido a muchos, que deseaban ser hijos de la Gracia; pero ¿qué les aprovechó el querer si no le acompañaron con obras? Muchos también por la fe son llamados hijos de Gracia; pero por su negligencia no la gozan. No todos cuando son hombres reverencian a sus madres, de la misma manera la Gracia, aunque ha criado, y sustentado a muchos, de pocos es honrada; pocos llegan a reconocer los trabajos de la crianza, y los dolores del parto. Así también hay muchos entre nosotros, que no están bien afectos para con los oficios de la Gracia. Si deseas saber qué obra la Gracia, bien nos lo declara el Patriarca José: tiene cuidado como amorosa madre de todos buenos, y malos y así sustenta aun a los de Egipto: tiene pocos hijos herederos, con los cuales se goce y los sufre, aunque se aparten del camino derecho del bien: mostrándose impíos los desvía, pero no les cierra sus entrañas, porque no perezcan. Pues si de esta manera es con los desagradecidos, ¿por qué le huimos?* Si *se muestra benigna con sus injuriadores, como no entendemos de aquí, que en los que la aman derrama todas las riquezas de su bondad. Por lo cual, si alguna vez se nos ocultare, no nos rindamos a nuestra negligencia: y si permite que seamos tentados, no por eso perdamos el ánimo. Bien sabe lo que nos está bien: conocida tiene la naturaleza y medida de cada uno y le da lo que ha menester. Algunas veces parece que dilata el beneficio; pero es porque nos*

está bien: sufre nuestras quejas, *como hacen los médicos cuando quitan a los enfermos el vino o la comida.* Hasta aquí es de este gran Maestro del espíritu.

LIBRO QUINTO.

CAPÍTULO PRIMERO. De la primera disposición para alcanzar la Gracia, que es la fe. Tratase como nos hemos de aprovechar de ella.

I.

Hasta aquí hemos dicho las excelencias y bienes de la Gracia; ahora trataremos de las disposiciones, con que se podrá alcanzar bien tan grande, y conservarle en nuestra alma. Diremos primero de las jornadas, con que viene el hombre a conseguir este don soberano; porque como es tan divino y sobre toda la naturaleza, no puede tener principio de la naturaleza, sino del mismo Dios; el cual, antes que nosotros hagamos cosa alguna, nos ha de despertar con sus auxilios y santas inspiraciones; llamándonos para nuestro bien. Pero de parte del hombre ha de haber después algunas disposiciones, con que se debe preparar con el divino favor para la Gracia habitual, las cuales señala el Concilio Tridentino (Sess. 6, c. 4), y son la fe, el temor de Dios, la esperanza divina, y la contrición que contiene aborrecimiento del pecado y propósito de la enmienda, a los cuales acompaña el amor de Dios. Por cierto que no nos piden mucho para cosa tan grande como es la Gracia, y la consecución de la vida eterna. De cada una de estas disposiciones trataremos alguna cosa.

Y empezando por la fe, que es la primera, dice el Concilio, que es necesario esta virtud para creer, que son verdaderas las cosas que Dios ha revelado, y que sus promesas son fieles, y que principalmente se ha de creer esta misma grandeza de la Gracia, y que Dios justifica por ella a los pecadores, por la Redención de Cristo Jesús. O qué grande grandeza es esta; grandísimo bien es la Gracia, que aún no se puede entender, sino es con este Don Divino, y elevado nuestro entendimiento con virtud sobrenatural. No cabe en nuestra alma aun un pensamiento proporcionado de la Gracia, sino es confortada con fuerzas divinas. Por eso es necesaria la fe, porque sobre todo conocimiento, y sentido, es la excelencia de la Gracia, y sus misterios: y así fue menester un don divino para hacer algún concepto de ella, y de las cosas que le pertenecen: porque así como un ciego no tiene facultad para juzgar de los colores, y los ojos de la lechuza no pueden mirar el resplandor del sol; de la misma manera no puede el ingenio humano, por mas acicalado, y agudo que sea, hacer concepto de la Gracia, y los demás misterios de ella. No puede la naturaleza aun pensar en cosas tan grandes, y así es menester le den unos ojos sobrenaturales, y divina luz con que los vea, y viéndolos, los estime, y estimándolos, los desee. Esto ha de regalar al alma, y causar gran gozo, y estima a las cosas divinas, y estado soberano a que la sublimó Cristo con su Gracia: porque son cosas tan altas, y maravillosas. que no puede por sí la creatura, aunque sea un ángel; tener comprensión de ellas, sino que para entenderlas es menester, que se desnude de su modo de entender natural, y de toda la luz, que la sabiduría natural humana, y angélica alcanza, y que la infunden una soberana participación de la Sabiduría Divina, que es un don sobrenatural, con que Dios levanta y ensalza a la creatura racional, colocándola en otra región, y esfera superior de luz, comunicándole el

conocimiento, y luz, que el mismo Dios tiene de sí mismo, y de las demás cosas: y esta es la virtud de la fe, con lo cual adquiere el alma una grande perfección, y dignidad, y resplandor; así como el aire de suyo tenebroso, se perfecciona e ilustra con la luz misma del Sol, que se le comunica. Esta fe es, como la llamó San Pedro, (Hch. 15) purificadora de los corazones: porque de la manera que el sol con sus rayos, no solo esclarece, e ilustra al aire, sino que le purifica; así la luz de la fe purifica, no solo nuestros entendimientos de la rudeza, y bajeza del entendimiento natural; pero también a los corazones de los deseos de tierra, dando principio a la pureza del alma, con las verdades altísimas que enseña, y la certeza con que las enseña, que es mayor que lo que se ve con evidencia: porque así como la fe sublima al entendimiento, para que conozca lo que no alcanza la razón natural, por ser ella una participación del conocimiento divino; así también le eleva a que lo entienda con modo más cierto, que la evidencia natural, que es con la misma infalibilidad que tiene la Sabiduría Divina. De manera, que es más cierto lo que la fe alumbra, que lo que se ve por los ojos a la luz de mediodía: porque aunque haya diferencia en el conocimiento de Dios, y de la fe, que aquel es claro, y este tiene oscuridad; pero en la firmeza, y certidumbre, que Dios, y el hombre tiene, no hay diferencia ninguna: porque toda se funda en ser Dios inefable verdad, y así, cuanto a la certidumbre, con los mismos ojos con que Dios ve las cosas, y con el mismo juicio con que las califica, y con el mismo peso con que las mide; con ese mismo las conoce, juzga, y mide la verdad de la fe, que en ninguna manera se puede engañar. Con esta luz del Espíritu Santo tiene el hombre dentro de sí una cosa más que humana y comienza a entrar en otra tierra, otros aires, otra región celestial, diferente de la del mundo, donde no se guía por los nortes de los sentidos, y razón humana, con que juzga de las cosas diversamente, y con más fuerza para mover la voluntad: porque no tiene que ver lo que nuestras razones, y discursos alcanzan de verdad, con la que la fe imprime en el alma. No tiene que ver la fuerza de la verdad nacida del discurso, con la fuerza de la verdad nacida del Espíritu Santo. No tiene que ver la razón muerta, y la naturaleza ciega con el rayo de la fe y la luz de Dios, que proporcionó esta luz, y dio eficacia sobrenatural, y virtud divina, para mover nuestra voluntad a esperar en su infinita bondad, y amarla, y servirla. Y así viene a ser el canal principal por donde nos comunica sus auxilios, y tesoros de su Gracia. Esta fe nos ha de ayudar para hacer debido aprecio de la Gracia de la Sangre de nuestro Redentor Jesucristo, de la gravedad del pecado, de las penas que merece, del juicio final, y de la gloria que se da a los justos, para convertirnos de corazón a Dios, temiéndose su justicia, pues así aborrece al pecado, y castiga con eternos tormentos, esperando de su misericordia, pues por usar de ella con nosotros, no perdonó a su hijo; y es tan liberal, que da por premio de nuestros servicios su misma Bienaventuranza. Finalmente, amando a su infinita bondad, pues es fuente de todo bien, y justicia, en quien están con suma perfección todos sus atributos, y tan excelentes como en su justicia y misericordia experimentamos. De donde ha de nacer un grande odio de nuestros pecados, pues desagradaron a Señor tan justo, y misericordioso, y bueno en todo, proponiendo la enmienda de la vida.

La causa porque no se mueven muchos con este don de fe, ni les hace peso sus

verdades, es, porque no se saben aprovechar de ellas, considerándolas, y actuándose en su certeza, porque tienen una fe ociosa, o muerta, como el fuego que está en el pedernal muerto, mientras no le da golpes el eslabón, para que salten centallas. Infinitos cristianos hay, que tienen fe; pero es como si no la tuviesen, no parándose a considerar sus verdades, hasta que les dé un golpe Dios con la enfermedad propia, o con la muerte ajena, de quien menos pensaban, y habían más menester, o con pérdida de la hacienda, o con otra pena, o castigo que ven de su hermano. Entonces hecha la fe con la Divina Gracia luces de desengaños, y centellas encendidas para levantar fuego de caridad, y desprecio del mundo, abrasando toda su pompa, y vanidad: porque no hallando en cosa de la tierra subsistencia, ni importancia, ni duración, se van *a* Dios; pero no debemos nosotros aguardar tan recios golpes de la mano divina, sino con la consideración de las verdades eternas, suplir lo que había de hacer el trabajo, y el dolor, y la calamidad. Y si diese golpes en nuestro corazón la consideración de los Misterios Sagrados y nuestras postrimerías, también despertará grandes luces en el alma. La fe comparó Jesucristo al granito de mostaza; porque aunque tiene grande eficacia, no la muestra cuando está entero, sino cuando le muelen, y deshacen; masticado con los dientes, y es notable la acrimonia que muestra, el calor que enciende, y la mordacidad con que pica, hasta hacer saltar las lágrimas; así es la fe, que si sus verdades no se advierten, y con los dientes de la consideración no se mastican, y desmenuzan, no se enciende en el alma el amor de lo eterno, no le punzan el corazón sus pecados gravísimos, ni derrama lágrimas por ellos; pero si llega a penetrar bien alguna verdad de estas, se deshace en sentimiento, y dolor de su mala vida, y la pica tanto, y muerde su conciencia, que le hace saltar lágrimas de los ojos. Aunque en una oficina haya excelentes remedios, no aprovecharán hasta que se preparen, y apliquen al doliente, y él los digiera con el calor natural; así son las verdades eternas, son todas unos eficacísimos medicamentos para la salud del alma; pero es menester aplicarlas, advertir a ellas, y ponderarlas, y digerirlas. No hay cosa tan útil, y provechosa, que sea de provecho, si no se usa, y dispone para que aproveche. La luz debajo del celemín no alumbrará: las riquezas dentro del arca no remedian el hambre: y la espada, por aguda que sea, estando metida, y sosegada en la vaina, no corta. Con razón dijo San Pablo, que la palabra de Dios, que enseña la fe, era como una espada, llamándola viva, y eficaz: porque si se usa bien de ella, será poderosa para penetrar nuestro corazón, más que una espada de dos filos; y con razón le dio nombre, no solo de eficaz, sino de viva: porque la eficacia nace de la viveza con que nos hemos de actuar en los misterios y desengaños que enseña. Con lo cual se persuade nuestra voluntad, más que con cuantas razones hay en la filosofía humana, y así experimentamos, que aun para obras buenas naturales, no pudo tanto en los filósofos toda su sabiduría y fuerza de razones naturales, como ahora puede una verdad de fe en quien la considera. La fe es más poderosa, que la razón, y evidencia: la fe todo lo recaba, la fe da fuerzas para todo. Y por eso San Pablo, todas las hazañas de los Santos las atribuya a la fe y así dice: *(Heb. 11, 3) Los Santos por la fe, vencieron los reinos, hicieron obras de justicia, vieron cumplidas las promesas que Dios les hizo, quebraron la boca a los leones, pasaron sin lesión las llamas de fuego, con la fe embotaron las espadas, y armas de los contrarios,*

sanaron de sus enfermedades, y alcanzaron fortaleza, y valor en las guerras. Con la *vive*za de la fe no hubo tormento, que no aceptasen por el Reino de Dios, ni obra buena, que no procurasen. Todas las conversiones de los Santos empezaron por la viveza de la fe: la cual, como espada tajante les dividió del mundo, y de sus padres, y de sí mismos. Muchos fueron sapientísimos, mas no se movieron con todas las razones de la filosofía hasta que un rayo de fe les hirió el corazón.

II

Pues de esta fe nos hemos de aprovechar nosotros, actuándonos en ella y considerando la alteza de sus verdades, y la certidumbre de ellas. Mira que ha de haber juicio de Dios para ti, y que infaliblemente te has de ver en él. Esto es más cierto, que el sol nace cada día; esto es más cierto, que la misma razón. Mira que has de parar, o en infierno eterno, o en gloria eterna; esto es cierto, y certísimo, y más que cierto: esto ha de ser, y antes se caerán a pedazos esos cielos, que deje de ser. Mira que es cosa tan horrenda tu pecado, que el Hijo de Dios derramó su Sangre por redimirte de él, esto es sin duda, y no menor verdad, que es haber pasado el día de ayer. Si uno aprende esto vivamente, no puede dejar de revolverle las entrañas, y el corazón, detestando cosa tan maldita, y procurando salir de tan lamentable estado. Y debe procurar concebirlo vivamente, más que si lo viera con los ojos. Estando en los infiernos el rico avariento, pidió enviasen del otro mundo a avisar a sus hermanos de lo que habían de hacer, porque les movería la terribilidad de los tormentos que padecía, con el asombro que les causaría la vista de un muerto. Mas le fue respondido, que ya tenían lo que les dijeron Moisés, y los Profetas porque si con las verdades de fe, que les enseñaron, no se movían, no les moverían más por uno que volviese del infierno. Quien hay, que si viese resucitar un amigo suyo, ardiendo en vivas llanas, dando gemidos, y bramando de dolor, y le dijese lo que pasaba en la otra vida, que no tomase de aquí grande motivo para mudar sus costumbres, y mala conversación. Pues más que esto puede la fe, y con más certidumbre hemos de creer lo que dice del infierno, que un testigo de vista nos lo contara, y más que si nosotros lo viéramos, y más que si lo experimentáramos en nuestras mismas personas: porque mayor es la certidumbre de la fe, que la evidencia y que la misma experiencia. Y en nuestra consideración, para movernos a obrar bien, no ha de hacer menos peso lo que dice la fe, que lo que ven los ojos. Por eso definió el apóstol a la fe, que era sustancia de las cosas que se han de esperar, y argumento de las que no se ven; porque por la fe hemos de mirar a lo que esperamos, y está por venir, y creerlo tan vivamente, como si estuviera presente. Y no ha de ser menor argumento para convencernos a servir a Dios, lo que por la fe creemos, que lo que por los ojos vemos. De esta manera hemos de considerar las verdades eternas, como si las viéramos. Y así dice San Cirilo Hierosolimitano: *(Catech. 5) El que merece ser alumbrado de la fe aun antes que se acabe el mundo, ya ve el día del juicio, y el galardón de las promesas divinas.* Porque así cree el juicio final, como si le viera; y así cree el premio de la gloria,

como si estuviera en el Cielo. De esta viveza de fe se aprovechaba San Gerónimo, y le hizo tan gran Santo; porque dice, que así se estremecía de pensar en el día del juicio, como si le entrara por los oídos aquel espantoso sonido de la trompeta del ángel, que convocará a los muertos, resonando por todo el mundo; *Levantaos muertos, y venid a juicio.* Otros muchos siervos de Dios, por la persuasión vehemente que tenían, que las palabras de la Escritura eran palabras de Dios, oyéndolas obraron tan efectivamente, como si vieran a la misma Persona del Hijo de Dios pronunciarlas. San Atanasio escribe de S. Antonio Abad, que como entrase una vez en la Iglesia, y oyese aquellas palabras: *Si quieres ser perfecto, ve y vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres,* las puso luego en ejecución, como si el mismo Cristo a boca se las hubiera dicho a él solo. S. Edmundo ermitaño, sirviendo con gran autoridad en la Corte y Palacio del Rey Childerico, luego que oyó decir en el Evangelio aquel dicho de Cristo:(*ln Breviar. Eccles. Bellorac. in invitis Patrian Occit.*) *El que ama a su padre y madre más que a mí, no es digno de mí; y* también: *El que quiere venir en pos de mí: niéguese a sí mismo, y tome su Cruz, y sígame.* Dejó palacio, corte, hacienda, casa y mujer, que vino en ello, y abrazado con la Cruz de Cristo, vivió y murió santísimamente, retirado del mundo, y de todas sus cosas. Con la misma viveza, oyendo San Francisco aquellas palabras: *No queráis poseer ni oro, vi plata, ni llevéis bolsa ni báculo, para vuestro camino, ni tengáis vestidos doblados, ni zapatos.* Al punto lo ejecutó, como cuenta San Buenaventura. Y San Gerónimo escribe casi lo mismo de San Hilarión. El Santo Fray Gil, Compañero de San Francisco, como se escribe en la Crónica de su sagrada Religión, se actuaba tanto en la fe, que oyendo una vez decir, *Creo,* dijo a grandes voces: No digáis creo, sino veo. San Luis Rey de Francia, tenía tan viva fe, de que Cristo estaba en el Santísimo Sacramento, que sucediendo en una Hostia consagrada un gran milagro, con que se manifestaba la presencia real de nuestro Redentor en el Santísimo Sacramento, yendo todo el mundo a verlo, el no quiso, diciendo, que no había menester verlo, para entender que estaba allí Cristo. Por lo mismo solía decir Santa Teresa de Jesús, que no tenía envidia a los que con ojos corporales habían visto en esta vida a Jesucristo; porque con los ojos de la fe le veía presente en el Santísimo Sacramento, y no echaba menos para su consuelo el no haberle visto con los ojos de carne. Nuestro Padre San Ignacio hacía sus obras con tan viva fe, que muchas veces, cuando estaba delante del Santísimo Sacramento, se inmutaba corporalmente, y erizaba los cabellos, de la fuerza con que se persuadía la presencia de Cristo en aquellas especies de pan.

Esto que practicaban los Santos, con tanto provecho suyo, hemos de imitar nosotros, y aprovecharnos de esta altísima, y utilísima virtud, y Don Divino, actuándonos en las verdades de la fe, considerando nuestras postrimerías y la afabilidad de ellas, y las grandezas de las obligaciones que tenemos a Cristo, y las infinitas perfecciones de Dios, para temer, y servir a tan poderoso Señor, y amar a tan buen Padre, y buscar su Gracia, avivando el conocimiento de estas cosas; porque son tan fuertes, y eficaces las verdades que nos enseña la fe, que si uno se las persuade íntimamente, bastarán para trocarle el corazón, y ablandarse, aunque sea de bronce: porque ¿a qué corazón no conquistará Sangre de Dios derramada por el hombre, un

infierno eterno, que sorberá al pecador, una bienaventuranza sin fin, que espera el justo, un juicio de Dios airado? Consideremos estas cosas, y actuémonos en ellas: persuadámonoslas, y si las creemos, obremos como quien las tiene por verdad. No dijo mal uno, que no había de haber otra cárcel, sino la de la Inquisición, *o* la casa de los Locos; porque, o cree el que peca lo que la fe enseña, *o* no: si no lo cree, como hereje debe ser llevado a la cárcel de inquisición: si lo cree, y con todo eso peca, *o* se está en pecado, ¿qué mayor locura puede ser? Y así habían de llevarle a la casa de los locos, donde a palos le diesen juicio; pues como dicen: el loco por la pena es cuerdo. La causa de que los fieles no obren como tales, es, que lo que creen, es sin consideración de lo mismo que creen. Es su creencia muy superficial, no entra en lo profundo del corazón. Y así pido a los que desean su salvación, que se actúen, y entrañen en sí las verdades eternas. Consideren con viveza la grandeza e infalible certeza de los Misterios Divinos, especialmente ponderen la grandeza de la Gracia. Y todo lo que hasta aquí hemos dicho de ella, no lo miren a la luz muerta de solo la razón humana, sino a la luz viva de fe. Consideren cada una de por sí las principales excelencias de la Gracia, y actúense en ellas, aviven el conocimiento, y ponderen, que es sublimarse un alma sobre la naturaleza de los más altos Serafines que es estar en un orden divino: que es vivir una vida de Dios: que es tener derecho a gloria eterna, y al mismo Reino de Dios: que es tener dentro de sí al mismo Espíritu Santo: que es ser morada de toda la Santísima Trinidad: que ser hijo querido de Dios, ser amigo verdadero de Cristo: que es ser uno con el Señor del mundo, que es tener tantos bienes sobrenaturales, que es estar sin pecado. Todas estas cosas, bien miradas a los rayos de la fe, ilustran al alma, y la encenderán para estimar la Gracia, buscarla, conservarla, defenderla, y morir mil géneros de muertes, antes de estar un punto sin ella.

CAPÍTULO II. De la segunda disposición para alcanzar la Gracia que es el Temor de Dios.

I.

Después de la fe que está en el entendimiento, donde primero se comienza a mover la voluntad, para buscar a Dios, es su santo temor Por lo cual dice la Escritura, que el principio de la sabiduría es el temor del Señor: porque es el primero de los afectos de la voluntad, cuando quiere la creatura convertirse a su Creador: porque este santo temor la hace que comience a aborrecer el pecado, por el cual corre peligro de caer en manos de Dios vivo y airado. Engendrase el temor de Dios, de conocer cuan perfecto, y justo sea en sí, y cuan terrible en sus efectos, así temporales, como eternos. Con lo cual teme el pecador la justicia de Dios, tiembla de su ira, y estremécese de su furor. Llamo Justicia de Dios, la voluntad igual que Dios tiene para castigar los pecadores, Ira se dice el mismo castigo, cuando es en penas temporales; y Furor *es* por las penas eternas. Por uno y otro pidió David al Señor: *No me condenéis en vuestro furor, y no me castiguéis en vuestra ira.* De la ira, que es menos, confiesa el mismo Dios, que es grande: y así dice el Profeta Zacarías: *(a) Esto dice el Señor de los Ejércitos he celado a Jerusalén y a Sion, con celo grande: con grande ira Yo me enojo.* Dijo esto Dios, por los castigos temporales que hizo, y queriendo después usar de misericordia: ¿qué será su furor, que aguarda a los pecadores con eternos fuegos, donde serán con toda furia atormentados, con desesperación de toda misericordia? Verdad es que no hay en Dios pasión de ira, ni furor; pero hay sus efectos, y una justicia inflexible y rigurosísima y tan terrible, que aun las Potestades del Cielo, con estar seguras, se dice, que se estremecen de Dios: pues nosotros pecadores, que estamos a peligro de eterno infierno, ¿cómo no temblaremos de su justicia, su ira, y su furor?

Concurren en la Justicia Divina todas las partes, porque puede ser temida. Por lo cual dijo el Papa Inocencio Tercero: (In Psalm 142) ¡*O Señor! Tremenda cosa es a todo viviente tratar con vos causa criminal: porque como seáis Poderosísimo, nadie puede escapar de vuestras manos; y como seáis Sapientísimo, nada se puede esconder a vuestros ojos; y como seáis Justísimo no hay quien pueda corromper a vuestro ánimo. Delante de quien es acusadora la conciencia, rea el alma, abogada la razón, testigo la memoria y Vos sois Juez.* Tres partes son terribles en un Juez, y para temerse mucho, que le hacen severísimo. La primera, si fuese tal, que supiese todos los delitos, y los tuviese legítima, y plenamente probados, y convencidos. La segunda, si fuese tal, que quisiese castigar todo, sin disimular cosa alguna. La tercera, si tuviese tanto poder, que nadie le pudiese ir a la mano. Dios es este Juez que sabe todo, no se le esconde nada, todos nuestros pecados tiene plenamente probados con su sabiduría infinita, y tiene por testigo nuestra propia conciencia, y los ángeles, y los demonios, y otras creaturas, que darán voces, y testificarán contra nosotros: todo está averiguado, nada se esconderá: aun lo que no nos pareció pecado, estará probado por pecado: *muchas cosas alabadas de los*

hombres (dice San Agustín) *(Lib.* 3. *Confes. cap.* 9*) serán condenadas, siendo Dios testigo de ellas.* Ve más Dios, que nuestra propia conciencia; lo que a ella le es oculto, manifestará ser pecado: ve lo más profundo del alma. Por lo cual dijo el Sabio (Ecl. 23): *Los ojos del Señor son más lucientes, que el Sol, mirando por todos lados todos los caminos de los hombres, penetrando lo profundo del abismo, y los corazones de los hombres.* Con ser tan perspicaces los ojos divinos, dice por el Profeta Sofonías *(1)*, que encenderá candelas para escudriñar a Jerusalén; esto es, a las simas santas: porque aun en las obras buenas sabe hallar que condenar. Cosa, que hizo estremecer a San Bernardo (Serm. 55 in Cantic.) y exclamar así: *¿Qué puede haber seguro en Babilonia si en Jerusalén se hace tal escrutinio*? *Para temer es, cuando se viniere a esto, que con tan menuda inquisición, nos parezcan ser culpas muchas de nuestras justicias.* Esto mismo hizo temblar al Santo David, y con lágrimas en los ojos pidió *a Dios* le purgase de los pecados ocultos, y le perdonase los ajenos. A todo se extiende la vista divina.

II.

Fuera de esto, es Dios tan justo, que no disimulará con nada, todo quiere castigarlo: esta es su firme voluntad, de no pasar sin hacer justicia, pecado grande, ni chico. Es terrible en esta parte la justicia Divina. No nos engañemos, porque no es menos su justicia, que su misericordia. Y si miramos los efectos, muchos pecados ha dejado de perdonar: pero no dejará de castigar alguno, que no se satisficiere. Y si bien lo consideramos parecerá, que más ha satisfecho Dios a su justicia, y que no le debe nada; pero que con su misericordia no se ha satisfecho tan cumplidamente, porque infinitos son los pecados que pudiera perdonar, y no lo ha hecho: mas no hay pecado de que no haya tomado cumplida satisfacción, porque aun los que ha perdonado a los hombres, ha sido porque ha quedado contenta y muy satisfecha con todo rigor su justicia. Pues si deja de castigar algunos pecados nuestros es porque Cristo satisfizo por ellos, y contentó a la justicia con su Sangre, Pasión y Muerte. Cosa para temblar es, que habiendo Jesucristo satisfecho cumplida, y sobradísimamente por todos los pecados del mundo, y de millones de mundos; con todo esto deja Dios, y ha dejado de perdonar innumerables. Si alguno de estos dos atributos Divinos, de justicia, y Misericordia, hubiese de quedar quejoso, no lo puede quedar la Justicia, antes pudiera parecer que lo pudiera quedar la Misericordia por esta parte. Por cierto, que es para estremecerse las carnes, que después de haber muerto el Hijo de Dios por el linaje humano; con todo eso se condenen tantos hombres, y permita tanta multitud de pecados. No ha premiado los méritos de su Hijo, cuanto ellos merecen: porque aquellos méritos merecen infinito, y no les puede premiar con precio creado; pero lo que espanta es que pudiéndoles premiar más de lo que les ha premiado, con todo eso no lo ha hecho, sino que se condenan muchísimos. Con razón dijo el Profeta, que los juicios de Dios eran un grande abismo, en que no halla pie la razón humana. Pasmo es que con satisfacción infinita aun castigue tanto Dios, y que los que se salvan, respecto de los que se condenan, sean tan raros, porque son muchos los

llamados, y pocos los escogidos; y los no llamados sean muchos, pues son innumerables, los que mueren sin Bautismo: y en todos cuantos niños se han muerto sin la circuncisión antiguamente, y ahora sin Bautismo, no les perdona el pecado original, y quedan excluidos de su misericordia eternamente. De innumerables ángeles que pecaron, que fueron millones de ellos, con ser tan nobles creaturas, no perdonó chico; ni grande: y al punto que pecaron, sin esperar más los precipitó del Cielo, y vino el furor de Dios sobre ellos con eternos tormentos, desahuciados de toda misericordia. Después un pecado que hizo el primer hombre, con que dañó a tantos hombres que no tuvieron pecado propio actual, no hubo remedio de perdonarle graciosamente: y ya que vino a perdonarle, fue con satisfacción entera, y abundantísima de su justicia, a la cual acallaron los clamores de la Sangre de Jesucristo, y contentó el valor infinito de sus merecimientos. De suerte, que si hizo gracia de uno, recibió en pago mil y millones, digámoslo así. Tuvo muy bien porque sosegarse la Justicia Divina. Con todo eso, el pecado que perdonó en Adán, cuanto a la culpa, no lo perdonó cuanto a toda la pena, porque Adán padeció mucho, *e* hizo grande penitencia por más de novecientos años, y ahora está castigándose su pecado con tantas miserias, cuantas padece la naturaleza humana; las enfermedades, los dolores, las guerras, las hambres, las muertes de todos los hombres, todas son castigo de aquel pecado; y lo que más es, los muchos pecados que permite Dios en los hombres, en pena de aquel pecado. Este es severísimo castigo de Dios, permitir pecados en castigo de otros. Este castigo nos había de ser más horrible, que eternos infiernos. A quien no espanta, que siendo tan copiosa, y sobreabundante la Redención de Cristo, haya aun tantos castigos, tantos pecados, tantos pecadores, y tantos condenados. ¡O qué terrible voz la del Hijo de Dios! *Muchos son los llamados*, *y pocos lo escogidos.* ¡O qué verdad tan para temer! *Angosta y estrecha es la senda que lleva a la vida, y pocos la hallan.* Pues si hallarla es de pocos, el ir por ella, y acabar de andarla, de poquísimos será. ¡O que trueno tan tremendo lo que dice San Pedro! *(1P. 4, 18) Si el justo apenas se salvará*; *¿el impío, y pecador adonde irán?* Innumerables son los que sorbe el infierno, por lo cual dijo Isaías. *El infierno ensanchó su ánimo*, *y abrió la boca sin término alguno.* Por lo mismo se dice en el Libro de Job, de aquel dragón infernal Behemot; *Mira que se sorberá un río*, *y no se le hará maravilla*, *y tendrá confianza, que el Jordán se le entrará por la boca.* Está el demonio con presunción de llevarse todos los hombres, que aun los siervos de Dios, significados por el Jordán, que era río de la Tierra Santa, han de parar en sus manos. Terrible cosa es lo que dice San Crisóstomo, en un Sermón que hizo en la Ciudad de Antioquia, que era de las mayores del mundo: *(Chrys. Hom. 4 ad popul.) ¿Cuántos pensáis que se salvarán de los que están en esta nuestra ciudad? Cosa triste es lo que os tengo de decir; pero con todo eso la diré. Entre tantos millares de almas no se podrán hallar ciento que se salven*, *y de estos dudo.* Espantosa sentencia por cierto, para los que saben cuan populosa ciudad era aquella. Pero no es cosa menos terrible lo que dijo S. Vicente Ferrer: *(*S Vincent. *Domin. Septuag. serm. 6. post instium) Antes que Cristo viniera al mundo en carne humana, se pasaron más de cinco mil años*, *y todo el mundo se condenaba, sino es unos pocos del Pueblo de Israel*, *que iban al Limbo de los Santos Padres. También en el tiempo de la ley de*

Moisés, pensad cuantos niños murieron sin la Circuncisión, como también ahora en la Ley de Cristo, cuantos mueren sin bautismo, y de estos ninguno se salva. También cuantos judíos, cuantos moros, cuantos paganos, e infieles. También cuantos malos cristianos; porque la fe, y el Bautismo no salvan al hombre, sino es con la buena vida, y no de otra manera. ¿Cuántos cristianos hay, que aunque tengan fe, con todo eso son soberbios, avarientos, lujuriosos? Y lo mismo es de otros vicios. ¿Cuántos cristianos no se confiesan cada año en la Cuaresma, ni comulgan, ni guardan los Mandamientos? Todos esos tales no se salvan. Añade el Santo un caso raro de un Arcediano de León de Francia, que por cuarenta años estuvo en el desierto haciendo grandísima penitencia, habiendo antes resignado todos sus beneficios, y dignidades, después de muerto se apareció al Obispo de aquella ciudad, el cual le preguntó le dijese alguna cosa del otro mundo. Díjole el Arcediano, que el mismo día que murió, murieron también en todo el mundo treinta mil hombres, de todos los cuales cinco solamente se salvaron, que fueron él, y San Bernardo, que murió el mismo día, y se fueren derechos al Cielo, y otros tres, que entraron al Purgatorio; los demás se fueron a los Infiernos. Todo esto es de S. Vicente. Otra cosa más espantosa refieren graves Autores (Philip. Diez. T. 4 con. 2) que estando una vez Bertoldo, de la orden de San Francisco, y gran predicador de Alemania, reprendiendo con gran vehemencia un vicio, causó tanto asombro a una mujer, que estaba en él, que se cayó como muerta, y desmayada de puro dolor. Vuelta en sí, por las oraciones del pueblo, dijo: Que había visto ser presentadas ante el Tribunal de Dios sesenta mil almas, que aquel día habían muerto, y que tres solas fueron al Purgatorio, las demás se condenaron. Y así, no será maravilla lo que otros autores escriben, que un santo Ermitaño tuvo una visión, en que vio caer las almas en el infierno, como copos de nieve muy densos, o como gotas de agua; de manera, que pudieran preguntar los que estaban en el Infierno: ¿Por ventura está el mundo ahora como antes? ¿Cómo es esto, que vengan tantas almas acá? No es creíble, que haya tantos hombres en la redondez de la tierra. No parecerá lo dicho mucho encarecimiento, si miramos las figuras, que hay en la Sagrada Escritura, de los predestinados, *y* condenados. Todos los Padres, y Doctores convienen, que la salida de los hijos de Israel para Egipto, fue señal de los muchos que se condenan, y pocos que se salvan. Cosa de espanto es, que de seiscientos mil hombres, que sacó Dios de Egipto, solos dos entraron en la Tierra de Promisión. Terrible caso, que de seiscientos mil llamados, solos dos fueron escogidos. Aún más espantosa cosa es, que de todo el mundo, donde había millones de hombres, solo ocho se escapasen del diluvio en el Arca, lo cual fue conforme a San Pedro en su Canónica, figura de los muchos que se condenan. ¿Quién no temerá, no caiga este rayo de la Divina Justicia sobre sí? ¿Quién estando en una gran Ciudad, y tuviese por cierto, que todas las casas de ella se habían de caer, y matar a sus habitadores, y que de treinta mil vecinos, solo ocho se habían de escapar, no estaría asombrado de temor? ¿Quién parará en tal lugar, y no se fuera antes a los desiertos, y montes? ¿Cómo dormimos descuidados, donde hay tan grande riesgo? ¿Cómo no temblamos de Dios, y de sus altos juicios? El condenarse tantos es terrible cosa; pero que esto sea después de haber muerto Cristo por los hombres, pasma aquí el

entendimiento humano. Asombro es de la grandeza, y rigor de la Justicia Divina, y abismo de sus altísimos juicios. Mire el pecador si tiene Dios voluntad de castigar, pues aun teniendo la justicia seguro su partido con la Pasión de Cristo, condena a tantos que pecan. Ni basta la Sangre, y Muerte de Cristo, para que mientras uno es pecador, deje de tener Dios voluntad de castigarle. Añádase a esto, que no solo Dios tiene esta voluntad, y antipatía con los pecados grandes sino también contra los más mínimos. Culpas veniales castigó en sus Profetas con pena de muerte. A uno por una culpa ligera hizo que le matase un león. Otras cosas, que parecían de poca importancia, en sus ojos fueron gravísimas. Dos hijos de Aarón, porque dejaron de guardar una ceremonia en su sacrificio, fueron de repente abrazados con el fuego del Santuario: y no solo pecados propios quiere castigar Dios, sino que los ajenos castiga. Por un pecado de Acam castigó a todo Israel. Por el pecado de David, en contar el pueblo, castigó a todo el Reino con muerte súbita de setenta mil hombres, que en menos de un día murieron. Los pecados de los padres suele castigar en los hijos. Y lo que excede a toda admiración, los pecados del mundo castigó en su propio Hijo tan severamente. Acá entre los hombres se cuenta por ejemplo de extraña severidad, cuando un Juez no perdona aun a su Hijo, si comete un delito; pero que al Hijo propio se castigue por delito ajeno, ¿cuándo se oyó tal justicia? Y es, que excede el rigor de la justicia divina a toda la rectitud de la humana. ¿Cómo no teme el esclavo castigo de los pecados propios, pues al Hijo castigan por los ajenos?

III.

Además de esto, Dios es Omnipotente, puede ejecutar su justicia, no hay quien la resista. De lo cual espantado David, exclamaba *¿Quién, Señor, conoció el poder de tu ira, y de puro temor sabrá contar tu enojo?* No menos maravillado el Santo Job de esta potencia de la Justicia Divina, dice: *(Job 9, 4) Fuerte es en la fortaleza: ¿quién le pudo resistir y tuvo paz? Él es el que traspasa los montes, y no lo supieran aquellos mismos, que hundió en su furor. Él es quien saca la tierra de sus quicios, y sus columnas se estremecen.* Luego añade: *Dios es, cuya ira nadie puede resistir, debajo del cual se postran los que sustentan el mundo.* Todos los elementos se arman contra el pecador, y se violentan para volverse contra él, y vengar a Dios. Para esto las aguas le obedecen, y con ellas se anegó todo el mundo, cuando estaba lleno de gigantes robustísimos: no les valieron sus fuerzas, ahogados murieron todos: todo el mundo pereció a manos de su ira, siendo verdugo de ella elemento tan flojo, y blando. El fuego también es ministro suyo, y en un día se sorbió cuatro poderosas ciudades, que con casas, e innumerables vecinos, resolvió en cenizas. *(Nm. 16)* La tierra le sirve también contra los malos, y se partió por medio, tragándose de una vez los tabernáculos de los primeros cismáticos, con ellos mismos, y con toda su hacienda. El aire también ayuda a su Señor para castigar los rebeldes, como se testifica en el libro de Job. (Job 4, 9) *Vi aquellos que obran maldad, y siembran dolores, perecer con el soplo de Dios, y que con el espíritu de su boca fueron*

consumidos. ¿Qué salud, qué fuerzas hay que le resistan, que solo con un poco de humor desconcertado, tiende al más robusto en una cama, y le hace dar gemidos de dolor, y pena? Todo esto es herir con lana; pero cuando desenvaina la espada en la otra vida, ¿qué furor es el de su justicia, sin haber quien se le salga del infierno? Millones de millones de ángeles, y hombres que hay en él, no le pueden romper aquella cárcel oscura, eternamente les atormentará; porque como es Omnipotente, no se cansa en la ejecución de tormentos tan inmensos: y como es eterno, no se morirá, y eternamente le atormentará con eterna muerte. No por ser espíritu es alguno exento de castigo, porque la omnipotencia puede hacer se atormente lo espiritual con lo material. Allí rompe las leyes de la naturaleza, y hace de las suyas su poder infinito. Al fuego junta con el hielo, el hambre con el hastió, la podredumbre con la entereza, la muerte con la eternidad. ¿Quién no teme esta ira? ¿Quién no se estremece de este furor justísimo, y santísimo, pues es de la suma Santidad? ¿Cómo es posible, que siendo tanta la justicia de Dios, la desprecien tantos? Por cierto, que si solo uno entre todos los hombres nacidos, y por nacer, se hubiese de condenar, era cosa bastante para hacer estremecerse todos los demás: porque es tan horrenda cosa la condenación eterna, que solo su nombre había de hacer erizar el cabello a cada uno, no fuese aquel miserable. Pues ¿cómo siendo tantos los que se condenan, reímos, y comemos, y reposamos sin cuidado? Horror es el infierno, y horrenda cosa no temerle.

CAPÍTULO III. De la tercera disposición para alcanzar la gracia; que es la Esperanza Divina. Y como no niega Dios su Gracia al que hace de su parte lo que puede.

I.

Es tan grande la Justicia Divina, y el horror que puede causar la ira de Dios contra los pecadores, que bastaría para que muriese de temor, y de tristeza, si no mirara por otro lado la grandeza de su misericordia: porque con esto, templándose el temor con la esperanza, se puede sufrir el alma y se alienta con las alas, que le da la infinita bondad de Dios, para guarecerse en ella de su misma justicia. Por eso dice San Gregorio, *(Libr. 33 Moral. cap. 11) En el pecho del pecador se debe juntar continuamente la esperanza, y el temor, porque en balde espera uno la misericordia, si no teme también la justicia; y en vano tendrá miedo de la justicia, si no confía también de la misericordia.* Porque poco aprovechará, que el temor le ponga a uno espanto de sus pecados, si no quiere salir de ellos; para lo cual le abre puerta la Esperanza. No desmaye nadie, por más pecados que tenga, y por más que sea horrible la justicia de Dios, porque mansísima es su Bondad; y por más que haya hecho la justicia para castigar los pecados, no puede hacer más de lo que ha hecho la misericordia para perdonarlos. Todo el furor divino, como habla David, que se ejecuta contra los pecadores, así ángeles, como hombres, no solo en esta vida, sino en los infiernos, desde el principio del mundo, hasta que se acabe, y aun por toda la eternidad, no tiene que ver con solo una obra de misericordia, que se obró en un instante. Muy atrás queda la justicia; es grande el exceso que hace la misericordia en sus obras. Al fin, por castigar no hizo Dios infinito; pero por perdonar hizo infinito, y muchas veces infinito. Hizo la obra de la Encarnación, haciéndose el mismo Dios Hombre; y hecho hombre, hizo innumerables obras, cada una de infinito valor, y merecimientos. El castigar, nunca lo pretendió Dios; el perdonar, y hacer bien, lo deseó, y lo procuró con ansias. Por castigar, no dio un paso, que le costase sudor; por perdonar, se cansó, y sudó hasta derramar Sangre, padeció tormentos, afrentas, y hasta la misma Cruz. Castigar, no le sale a Dios de pelo, (digámoslo así) sino como forzado de nuestros pecados. El hacer bien le es natural, y el perdonar sumamente gustoso. De manera, que si hay razón para temer la horrible ira de Dios, la hay mayor para esperar en su misma piedad. Finalmente, para castigar no ha hecho la Omnipotencia de Dios todo lo que puede, porque muchas obras mayores de justicia pudiera hacer; pero para perdonar ha echado el resto de su Omnipotencia, porque no es posible obra de más Omnipotencia, que hacerse Dios Hombre para perdonar a los hombres. No es posible obra de mayor misericordia, que querer Dios padecer miserias por ser misericordioso. Esta obra sola igualó a toda la Omnipotencia de Dios que no puede hacer obra mayor; *y* esta obra no puede ser efecto de menor poder, que del todo Omnipotente. Esta obra solo de misericordia, es más que cuantas obras hay, y habrá y son posibles, e imaginables de castigar a los pecadores; pero de perdonar tiene gana, y gusto, y contento; y tan grande,

que a costa de tormentos suyos, nos libra a nosotros de ellos. ¿Quién no ve aquí las ventajas que hace la misericordia en sus obras a la justicia? Porque no solo en la obra de la Encarnación; pero en cualquiera, a quien perdona Dios sus pecados, hace más que en cuantos hombres, y ángeles castiga. Por castigar no obra Dios calidades divinas, como lo hace para perdonar. Más costosa, y excelente obra es lo que pone Dios en uno a quien perdona, que le cuestan todos sus castigos. En quien perdona pone su Gracia, que es una participación de su naturaleza, y santidad divina: pone la caridad, que es también una altísima participación del Espíritu Santo: pone las virtudes infusas, que son todos hábitos sobrenaturales, y Divinos: pone los Dones del Espíritu Santo. Todas grandes riquezas, y tesoros. Todas son cosas sobrenaturales. Buena gana tiene de perdonar, quien da tanto a quien perdona.

II.

Ni hay que maravillarnos de la multitud de los que se condenan, porque muchos más hemos de estar en el Cielo, que estarán en el infierno. Mas hemos de ser incomparablemente los Ciudadanos de la Ciudad de Dios, que los presos en la cárcel de eternas tinieblas: porque aunque es verdad, que se condenen más hombres, que se salvan; pero son más los Ángeles que se salvaron, que los que se condenaron. Muchísimos hombres se pierden; pero innumerables fueron los Ángeles que se ganaron. Y los Ciudadanos de la Celestial Jerusalén no son solo hombres, sino Ángeles también. Excede tanto el número de los Ángeles, al de los hombres, que de nueve Coros que tienen, de solo el inferior Coro de Ángeles que son los más pocos, sobran tantos Ángeles de guarda para cuantos hombres hay, y ha habido, y habrá; así predestinados, como réprobos. Y si en el Coro menor hay tanta multitud, en los otros ocho, ¿qué infinidad habrá? Juntada la multitud de hombres, y de Ángeles: innumerables más son los ganados, que los perdidos. Más son, y muchos más los predestinados, que los réprobos, y los atributos Divinos no se estrechan solo al género humano.

Pero aun mirados de los hombres los muchos que se condenan, no hay que espantarse, porque no sabemos lo que será: podrá venir tiempo en que se salven más que ahora. ¿Qué sabemos lo que sucederá, cuando todo el mundo sea un rebaño, y uno solo el Pastor de todos? Y ahora de los cristianos, no es poca parte los que se salvan, porque es grande la eficacia de los Sacramentos de Cristo; y si S. Crisóstomo dijo, que en una tan populosa ciudad, como Antioquía, apenas se salvarían ciento, sería porque no era solo de cristianos, sino porque había en ella muchos gentiles idólatras. Y si ha habido días en que se hayan condenado millares, días también ha habido en que son millares los que se salvaron. Más entrarían en el Cielo, que en el infierno, cuando fueron coronadas las once mil vírgenes, y murió San Mauricio con todos los suyos. Y dado caso, que de toda la masa de hombres y Ángeles, fuesen más los condenados, lo cual en ninguna manera es así: mayor maravilla es que se salve uno, que lo es, que se condenen todos: mayor es la obra de la misericordia Divina, en salvar solo a San Pablo, que fue de la justicia en condenará todos los demonios. El pecar es de la creatura; y después del

pecado padecer el castigo, la es debido, y connatural cosa que responda la pena a la culpa; pero ser restituido a la Gracia, es sobre todas fuerzas humanas. Pues si hace más Dios para perdonar que para castigar, e infinitamente son mayores las obras de su misericordia, y bondad, que las de su rigor, y justicia; y fuera de ser mayores son más; bien nos puede dar alas su amorosísima Bondad, para que confié el pecador en ella, que le ha de ayudar a salir de su pecado. Pues ¿qué diré de las invenciones maravillosas de Dios, que ha ordenado para perdonar, instituyendo para eso tan admirables Sacramentos, y-singularmente el Santísimo Sacramento, y Sacrificio de su Cuerpo y Sangre? Esta sola obra es tan maravillosa, que excede a todos los modos maravillosos: con que serán atormentadas las almas por toda la eternidad. Hay de parte de la misericordia algunas más causas, para inclinar a Dios a que nos perdone los pecados, que no las hay en la justicia: porque si bien hay de parte de la justicia la suma perfección, y santidad de la Naturaleza Divina, que ser perfectísima en todo, y que sean los atributos y virtudes infinitas. Por lo cual como sea Dios gobernador del mundo, debe guardar justicia, y su justicia debe ser en sí perfecta; pero esto mismo hay de parte de la misericordia. A lo cual se llega, que hay en Dios más atributos que esfuercen su misericordia, y la ayuden; porque su benevolencia, liberalidad, y bondad, todas son de parte de la misericordia; y aun la Omnipotencia, en cuanto por ellos somos creados de Dios, y *co*mo hechuras suyas, nos ama, y quiere hacer bien. La justicia más sola está, y así son, como hemos dicho, más, y mayores las obras de su bondad, que las de su rigor. También porque su naturaleza es de hacer bien, y no mal, por eso favorece más a la misericordia, que a la justicia.

Fuera de esto, hay un motivo infinito, que persuade a Dios, que tenga piedad, y compasión con nosotros; y no le hay tal para que use de rigor, y le persuada severidad. ¿Dónde tiene la justicia la Sangre del Hijo de Dios derramada, para que se castiguen los pecadores, como tiene la misericordia para que se perdonen? ¿Dónde tiene el rigor los infinitos merecimientos de Jesucristo, que inciten a Dios para que tome venganza de los malos, como tiene la piedad para que use de indulgencia? La muerte de Cristo no fue para que Dios fuese riguroso, sino misericordioso. No hay de parte de la justicia el aparato, y tesoros que tiene la misericordia; por lo cual se dice ser Dios rico en misericordia, y no en justicia. Grandes tesoros tiene la misericordia, en la Sangre del Hijo de Dios, en su Pasión, Vida, y Muerte, de infinitos merecimientos. Nada de esto tiene la severidad, porque nada de esto fue para que Dios fuese severo, sino piadoso. A la justicia nadie le habla al oído, nadie la aviva; mas a la misericordia da voces, y clama el Hijo de Dios puesto en la Cruz, y la despierta, y aviva. Solo tiene la justicia de su parte el aborrecimiento que Dios tiene a los pecados; pero este mismo aborrecimiento le tiene la misericordia de la suya. Anímese el pecador a esperar el perdón de Dios, porque si teme a su justicia, por el odio que tiene a los pecados, confíe en su misericordia por la misma causa. Pues por el mismo caso que Dios no puede ver al pecado, le hemos de pedir nos le perdone. Más aborrece Dios a los pecados, que el hombre les puede aborrecer. Pues si el hombre con menor odio quiere ver destruidos sus pecados; Dios con mayor aborrecimiento, ¿cuánto más nos querrá ver desechados, y destruidos? Con

echar la justicia a uno al infierno, no destruye al pecado, antes quedará eternamente; pero con perdonar la misericordia al pecador, destruye, y asuela al pecado.

III.

Es necesaria la Esperanza en Dios para alcanzar la Gracia, a sí para templar los desmayos, que puede causar el temor, como para alentarnos con el premio que promete a los que con fidelidad le sirven, como también porque nosotros no podemos nada bueno de nuestra parte. Y la obra de la justificación, en que se perdonan los pecados, y da la Gracia, es tan ardua, y levantada, y totalmente sobrenatural. No hay fuerza en la naturaleza humana, ni angélica, que puedan alcanzarla por sí misma: es necesario el poderoso brazo de Dios, y que extienda su mano Omnipotente, para levantarnos a pretender el estado Divino de la Gracia; porque así como para conocer los Misterios Divinos fue necesario se elevase nuestra naturaleza con una facultad, y hábito sobrenatural, y excelentísimo, que nos dispusiese para su conocimiento; así también para esperar de la infinita Bondad de Dios sus auxilios, y Gracia, que es sobre toda naturaleza, es menester que esté elevada, y confortada nuestra voluntad con otra facultad, y hábito divino, que es el de la esperanza.

De donde hemos de sacar mayor estima de cosa tan alta, como es la Gracia, pues es sobre toda naturaleza, y tan divina, que ha menester, para solo desearse, fuerzas divinas: y para alcanzarla efectivamente, es necesaria la Omnipotencia de Dios. ¿Quién, fiado de sus fuerzas, pudiera conseguir cosa que es sobre todas las fuerzas de la naturaleza? ¿Quién sino es con las alas que le da la Bondad Divina, y con las fianzas de su Omnipotencia, se atreviera a tener el pensamiento de perderse, en un orden con Dios? Fuera esta una presunción diabólica, una soberbia luciferina. Pero ya que la misma Bondad de Dios nos da ánimo, y la Omnipotencia sale por fiadora, y está empeñada la palabra Divina, que nos ha prometido su ayuda, y para desearlo nos infunde facultad, y fuerzas: ¿quién no se animará a su mismo bien? Por cierto que cuanta insolencia fuera pretender la Gracia por nuestras fuerzas, tanto lo es no pretenderla, fiados en las Divinas.

¿Quién hay que con esto no confíe, pues Dios quiere, y puede sacarnos del pecado, pues hizo tanto por sacarnos, pues nos lo pide, y lo manda? Si un hombre hubiera caído en un profundo pozo, donde no viese sol, ni luna, ni hubiera traza, ni fuerza de salir, mirando a las fuerzas, ¿qué podía hacer, sino desesperar de la salida? Pero si un rey poderoso tuviese modo para levantarle hasta el brocal del pozo, y le hubiera prometido dar entonces la mano para ayudarle a salir, y que si saliese le daría la mitad de su reino: ¿cómo pudiera dejar de animarse aquel hombre, y hacer entonces lo que pudiese, con grande alegría, y esperanza de su remedio, y de conseguir bienes tan grandes? Esto pasa en el pecador, que por su culpa caído en una profundidad inmensa, de donde es imposible por sí solo levantarse. Dios, con los hábitos de Fe, y de la Esperanza, le sublima a estado, que pueda ya salir, ayudado con su Gracia, y le ha prometido su mano

poderosa para sacarle; y juntamente ha empeñado su palabra, que en saliendo le hará heredero de su Reino: ¿por qué ha de quedar por el pecador este tan gran bien suyo? Tenga esperanzas de verse libre, y de verse más que Rey. La palabra de Dios no puede faltar: ayúdese él para acabar de salir, y Dios le ayudará y acabará de sacar. No repare en cosas de la tierra: no repare en nada. Aliéntese a todo, por verse fuera de un peligro eterno. Sería bueno, que este hombre, puesto a la boca del pozo, reparase en extender el brazo para que le sacasen, porque hacía frío, o porque pudiera topar en parte que se lastimase. ¿No juzgarían todos a semejante hombre por homicida de sí mismo, y del ánimo mis vil y pusilánime del mundo, pues en caso que iba vida, y reino, andaba tan delicado?

¡O infamia de aquellos, que reparan de salir de su pecado en que les va vida eterna, y el Reino de Dios, por no atropellar con un gusto, por no desasirse de una ocasión, por no restituir la hacienda, la honra ajena, por no herir su corazón con alguna mortificación viva! Por todo ha de atropellar uno, con el ánimo, que le da la confianza en su Creador. Ayúdanos Dios con su Omnipotencia: ¿por qué nosotros no hemos de esforzar nuestra flaqueza? Ayúdese el hombre de su parte, que Dios le ayudará de la suya. Dios continuará el favorecernos, pues nos previene con sus auxilios. Haga el hombre lo que debe, y puede, y Dios hará más de lo que debe. No niega Dios a nadie su amistad, y Gracia, que hiciere lo que es en sí para merecerla. Verdad es, que nada podemos sin la ayuda divina; pero quien se aprovecha de ella, disponiéndose como puede, y conviene para la Gracia habitual, Dios no se la negará: porque el mismo Dios ha empeñado en esto su palabra. Por Zacarías dice (1, 3) *Convertíos a mí, y Yo me convertiré a vosotros.* Por Ezequiel clama:(33, 19) *La maldad del malo, no le dañará en cualquier día que se convirtiere*; y otra vez dice (18, 21): *Cuando se apartare el malo de su maldad, vivificará su alma.* Tan pronto está Dios para darnos la vida de Gracia, cuando nos dispusiéremos para ella, que no lo dilata un día, ni una hora, ni punto. Es cosa infalible, que no niega el Señor a alguno la Gracia habitual, que se prepara para ella. Lo cual nos ha de animar mucho, para que con gran confianza la busque el pecador: porque si hace lo que puede, Dios no faltará a su promesa: y no solo el hábito de la Gracia, pero otros auxilios particulares no niega Dios al que hizo lo que pudo: con los primeros que recibió Dios empieza: y si el hombre se ayuda, Dios prosigue y va dando Gracia por Gracia no negando otra segunda a quien hizo lo que pudo con la primeras con esto se ha de alentar nuestra Esperanza a buscar la Gracia de Dios con su misma Gracia.

CAPÍTULO IV. De la última disposición para alcanzar la Gracia, que es la contrición verdadera.

I.

Después de la confianza en Dios, se sigue la contrición: porque la misma bondad de nuestro Creador, que da alas al corazón humano para pedirle perdón de sus pecados, esperando de su infinita misericordia la remisión de ellos, convida al alma a que ame a tan buen Señor, y Padre, que tan bueno es en sí, pues lo es para con los que le han ofendido, concediéndoles fácilmente perdón de sus ofensas, y restituyéndoles a su amistad, como si no hubiera pasado nada. De este amor de Dios nace un gran dolor de haberle ofendido, atravesándosele el corazón de pena al pecador, de haber sido tan malo para con quien es tan infinitamente bueno, y proponiendo con firme resolución de no volver eternamente a dar disgusto a tan gran Señor y Padre. Todo lo cual se ha de hacer, por ser Dios quien es, sumamente bueno y sumo bien: porque el mismo motivo que tiene el cristiano para amar a Dios verdaderamente, que es ser el quien es, y bondad infinita, ese mismo tiene para aborrecer el pecado, doliéndose de él, y resolviéndose a no cometerle más. Esto es contrición, la cual contiene amor de Dios, odio del pecado, y propósito de la enmienda de él, con la observancia de todos los mandamientos. A esta disposición se sigue luego la Gracia: de manera, que en el mismo momento que tiene el pecador verdadera contrición de sus pecados, en el mismo punto le son perdonados, y le infunden Gracia, transfiriéndole de esclavo del demonio, a ser hijo de Dios. Y así a David, en el mismo punto, que con verdadera contrición dijo, que había pecado, le respondió el Profeta Natán, que Dios le había perdonado su pecado. ¿Qué cosa más excelente, y provechosa puede hacer el hombre, que este acto tan eficaz, pues trae consigo la Gracia? No puede dejar de ser preciosísimo, pues dispone ultimadamente para tan excelente forma, como como es la Gracia de Dios. Porque según ley de toda Filosofía, cuanta fuere una forma más perfecta, tanto más perfectas disposiciones requiere: y así como la Gracia es una forma divina, requiere disposiciones soberanas, y la principal es la contrición: porque cuanto más inmediata es la disposición, tanto es más perfecta; y como la contrición es la inmediata disposición para la Gracia, porque en el momento mismo que hay verdadera contrición, hay también Gracia: es ella el más excelente, y soberano acto que podemos hacer, y así debíamos tener cuidado de repetirle a menudo, y cada instante. Muchos Filósofos, como escribe Santo Tomás considerando la dignidad del alma racional, tuvieron tanto aprecio de las disposiciones últimas para introducirse, que dijeron, que no bastaban disposiciones materiales, por perfectas que fuesen; y así juzgaron, que la inmediata disposición para tan noble forma, era un cuerpo espiritual, sutilísimo, y purísimo, sin heces de la tierra. Otros decían, que la última disposición para introducirse en el cuerpo el alma vegetativa, era una luz influida del cielo estrellado: para el alma sensitiva era otra luz más superior, derivada del cielo cristalino; pero para el alma racional era una luz mucho más sublime, destilada del Cielo Empíreo.

Pues si tan excelente disposición juzgaron estos Filósofos era menester para sola el alma, porque da vida al cuerpo, aunque ella en el mismo punto que le da vida natural, está sin vida sobrenatural, y muerta con el pecado original; y por lo menos, aunque no sea la disposición que ellos pensaron, es excelentísima, y la más perfecta, que pueden alcanzar las fuerzas de la naturaleza: ¿qué disposición será la que disponga para la vida de la misma alma? Si tan excelente disposición se requiere en el cuerpo para que reciba al alma: ¿cuál será la disposición necesaria, y última de la misma alma para que reciba a Dios? Si para la naturaleza del alma se requiere tanto aparato, y apercibimiento; para su Gracia ¿qué será menester?

Admirable cosa es la contrición, y excelentísima, y divinísima obra de nuestra voluntad, y sobre todas sus fuerzas; pero ayudada con una facultad divina, y hábito sobrenatural de caridad, obra tan grande obra, que vuelve al alma la vida, y la convierte *a* su Creador, y entrega a Dios, y la hace divina, y soberana, y una nueva creatura *del Cielo,* no de la tierra, y esto en un instante. ¡O qué diferentes son las obras de Dios de las de los hombres, las espirituales de las materiales, y las eternas, de las temporales! ¿Cuánto más fáciles, y más ciertas son las riquezas de la Gracia, que las de la naturaleza, y del arte, y de la ambición? ¿Cuántos han gastado grandes patrimonios, se han desvelado largas noches, han andado varias regiones, han hecho infinitas, y trabajosas experiencias, por hallar aquel artificio, con que se hace del estaño, o hierro, plata, y oro, que si lo hallasen se tendrían por dichosísimos? ¿Cuánto más fácil es esta obra de Dios, que a tu alma, ennegrecida del pecado, corrompida de vicios, y muerta a Dios, la blanquea, sana, y vivifica? Espántense los hombres, que un poco de metal bastardo, se transforme en acrisolado oro, y la resurrección de un cuerpo muerto causa extraña maravilla. ¿Qué maravilla será, cuando vean los ángeles, que un alma disforme como un demonio, se vuelve en un instante, por la contrición más resplandeciente, que el sol, más hermosa, que los cielos, más preciosa, que el oro de todo el mundo, y lo que más es de muerta se vuelve viva, y resucita a una vida soberana, y divina? Esto hace la contrición, no en las cosas que están fuera de nosotros, ni solo en nuestro cuerpo, sino en nuestra propia alma, que es la parte más noble que tenemos, y lo que somos principalmente, y por lo que somos. Si hubiera algún ingenio, o medicina, con que uno se pudiera, después de muerto resucitar, ¿en qué precio se tuviera? No hay artificio para resucitar el cuerpo corruptible; pero hay modo con que se puede resucitar el alma inmortal, que es la contrición. ¿Cuánto se debe más preciar? Cuanto va de la materia al espíritu del tiempo a la eternidad, de la naturaleza a la Gracia. Es tan eficaz la contrición, que si uno tuviera todos los pecados de Arrio, Mahoma, Lutero, el Anticristo, y juntamente todos los pecados, que hicieron Lucifer con sus secuaces, con solo un acto de contrición verdadero se le perdonarán todos, y quedará hermoso como un ángel. Infundiéronle la Gracia, con todas las virtudes infusas, y dones del Espirito Santo: fuera de esto, el mismo Espíritu Santo viniera a él, y habitará dentro de su alma, y el Padre Eterno le aceptará por hijo querido, y diera derecho al Reino de los Cielos: Cristo le admitiera por hermano, y amigo del corazón, y todos los Ángeles y Santos se regocijarán en tenerle por compañero. Tan gran cosa como esto es la contrición: por lo cual, la mejor, y más

substancial, y provechosa devoción que podemos tener, es acostumbrarnos a hacer muy a menudo actos de contrición, con verdadero amor de Dios.

Principalmente se deben hacer en particulares ocasiones. Lo primero por la mañana, para que reconciliados con Dios, se asegure en todas las obras del día el mérito de gloria etérea: porque las obras del pecador, que fueran muertas sin merecimiento de gloria, ya después de la contrición las hará merecedoras de Gracia, y Gloria. Lo segundo, se ha de hacer acto de contrición por la noche, previniéndose el cristiano contra una muerte repentina, que puede suceder. Lo tercero, si acaso comete un pecado mortal, lo cual no permita Dios por su misericordia, importa que haga luego acto de contrición, para no permanecer, un momento más enemigo de Dios, y para que no haga más pecados mortales. Lo cuarto, antes de empezar a orar: porque esta es muy buena disposición para entrar a hablar a Dios. No es cosa decente, que se ponga a hablar familiarmente con Dios un enemigo suyo, que no trata de ser su amigo; y las alabanzas divinas en la boca del pecador, no están decentemente. Lo quinto, en todo peligro de muerte se debe hacer acto de contrición, para asegurar uno su salvación. Lo sexto, importa, que se haga en cualquier grave tentación, para fortificarse el alma contra ella. Lo séptimo, en todo negocio grave, y arduo que se emprenda, *o* de cualquier modo, se haya de implorar el socorro divino, porque con la contrición nos disponemos para que Dios nos asista, y enderece, y oiga nuestras peticiones. Lo octavo, cuando se llega uno a los Sacramentos, que es admirable disposición para recibirlos con más provecho; y algunas veces es necesario en este caso tener acto de contrición, si no es que se confiese uno: porque si no es en el Bautismo, y el Sacramento de la Penitencia, se han de recibir los demás en Gracia: y así, antes de confirmarse, *o* casarse, *u* ordenarse de Orden Sacro, debe uno, que está en pecado, confesarse primero, *o* tener acto de verdadera contrición. Para el Sacramento de la Penitencia es convenientísima la contrición; si bien bastará la atrición, que es un dolor de los pecados, por las penas del infierno, u otro motivo santo, que no llega a hacer por amor de Dios; pero no es razón, que nos contentemos con este dolor menos noble, sino que reventemos de pena de haber ofendido a un Dios infinitamente bueno, por ser él quien es; porque si hay buenos respetos en nosotros para con nuestro Creador, y Redentor, aunque no hubiera infierno, ni muerte, ni castigo, ni premio alguno, se nos había de partir el corazón de puro sentimiento, de haber sido traidores a tan gran Majestad, solo por su infinita autoridad y bondad.

II.

Para hacerse verdadero acto de contrición, debe nacer el dolor de los pecados de verdadero amor de Dios; y así se ha de poner la mira en los motivos que engendran este amor que son las infinitas perfecciones de Dios, singularmente su majestad, hermosura, bondad, amor, liberalidad, y beneficencia. ¡Qué Majestad tan digna de ser servida, pues los ángeles tiemblan en su acatamiento, y está autorizada, y armada con su Omnipotencia! ¡Qué hermosura tan digna de ser amada, pues los que más la aborrecen,

que son los demonios, si la vieran como es en sí, al momento la amaran necesariamente más que a sí mismos! ¡Qué bondad la de *Dios* pues por hacer bien a sus enemigos, quiso él padecer males! ¡Qué amor el de Dios tan fino, que por unirse más con el hombre, se hizo él mismo Hombre! ¡Qué liberalidad, pues dio al hombre el mismo ser de hombre, y luego todas las creaturas, y luego a sí mismo! ¡Qué beneficencia la de Dios, pues redimió al hombre de la servidumbre de Satanás, sacó del infierno, levantó a ser heredero del Cielo, y pequeñísimos, y muy ligeros servicios remunera con peso eterno de gloria! Todos estos Atributos Divinos arrojan de sí, no saetas, sino rayos de amor para encender nuestros corazones, y partirlos por medio de dolor, por haber menospreciado a tan inmensa Majestad, tan digna de ser servida, y amada sobre todas las cosas. Ha de lamentarse el pecador de haber ofendido tan infinita bondad, y por eso privadose de su amistad, y gracia, y todo bien, la cual pérdida nos debe causar mayor pesar, que si hubiéramos perdido todo el mundo. ¡Qué tristes suelen estar los hombres de haber perdido la salud, u honra, o hacienda, o amigos! No hay consuelo para algunas de estas pérdidas, y aun todas las posibles, e imaginables, no tienen que ver con haber perdido solo a Dios. Y así había de ser nuestro pesar mayor, cuanta pena han tomado los hombres por otras cosas. Junta en uno todas cuantas perdidas han sucedido en el mundo, de cosas que bien se quieren: junta todos los pesares, que han tenido, y tendrán los hombres de cosas temporales: junta las lágrimas, que han derramado las madres por sus hijos, las mujeres por sus maridos, y todos los mortales por sus desdichas: y haz un dolor de tantos dolores, y un llanto de tantos llantos, y un llorar de tantas lágrimas, y una pérdida de tantas pérdidas, y un pesar de tantos pesares: pues a tan extraño llanto, y sentimiento, procura, que infinitamente exceda el dolor de tus pecados: porque más pierdes con uno solo, que todo lo que han perdido los hombres, y llorado. Perdiste en un pecado a Dios, Bien Eterno: bien tienes que llorar para muchos años, y aun para una eternidad. Pérdida es esta, que infinitamente excede *a* todas las pérdidas del mundo: y así, infinitamente ha de exceder su dolor, y pesar, a todos los pesares, y dolores del mundo, posibles, e imaginables. Agréguese a esto, que en el pecado mortal, no hay solo que llorar los bienes que por él se pierden, sino los males en que por él se cae. Hace al pecador enemigo de Dios, le hace esclavo vil de Satanás, le nace disforme, abominable, y feo como un demonio, le condena *a* eternos tormentos: ¿hay daños como estos? Mayores son estos males, que todos los males, daños, injurias, y tormentos de esta vida: y así ha de dar más pena un pecado mortal, que todos los otros males del mundo han dado pena a los que los padecieron. Y si un solo pecado mortal merece tanto pesar; por los innumerables que uno tiene, mire ¿cómo debía estar? No tiene poros en el cuerpo para las lágrimas, que por sus culpas había de derramar, ni con millones de corazones tenía bastante para sentir la pena que se debe sentir. Debía ser este dolor a la medida de la grandeza, y bondad de Dios ofendido, que es sin medida, ni término, y así es infinita; y el propósito de la enmienda para adelante, ha de ser a la medida del dolor de los pecados pasados. Ha de procurar tener el cristiano la más firme, y constante resolución, que se ha tomado en el mundo, con una determinación eterna de no pecar más, por ningún respeto de cosa creada, ni por amor de bien, que se espere pecando, ni por temor

de mal, que pueda suceder, y que haya de suceder no pecando. Pues el bien que se pierde por el pecado, es mayor infinitamente, que todos los demás bienes juntos, posibles, e imaginables: y los males que vienen por pecar, son incomparablemente mayores, que todos los males del mundo, que puede alcanzar la imaginación. Y así, el horror al pecado ha de ser inmenso, e invencible contra todo amor de bien posible fuera de Dios, y contra todo temor de mal, y de males posibles, e imaginables, temporales, *o* eternos. Las mismas penas del infierno, nos habían de parecer un Paraíso, respecto del mal único de la culpa solamente. Persuádete esta verdad certísima, que todas las creaturas juntas no te pueden hacer tanto daño, como un solo pecado mortal te hace; y lo que más es ni el mismo creador, y omnipotente señor del cielo y tierra, te puede hacer el mal que tú te haces, con solo cometer una culpa: y así si se conjurasen contra todos los elementos, para descuartizarte, y hundirte, y todas las bestias fieras, y ponzoñosas de África, para despedazarte, y comerte, y todos los hombres del mundo para perseguirte, y todos los ángeles del cielo para afligirte, y tirarte rayos, y los demonios del infierno para atormentarte: con facultad general para hacerte todo el daño que pudiesen, y lo que más es si el mismo Dios desplegase toda su Omnipotencia, y la consumiese en ti solo para hacerte daño, no te pudieran hacer, ni las creaturas todas, ni todo el Creador, el daño que te es solo un pecado. El mayor mal de los males es la culpa mortal, y así hemos de tener por ella el mayor pesar de los pesares, el mayor dolor de los dolores, el mayor propósito de los propósitos, renunciando todos los bienes del mundo, y abrazando todos sus males, antes que hacer un pecado. No nos piden mucho, por librarnos de tanto mal como la culpa, y conseguir tanto bien como la Gracia, en que debemos, si fuere menester, todas las cosas, y nuestro gusto, y aun nuestra misma vida. Lástima grande es, con qué tibieza hacen algunos los propósitos, pues no quieren hacer, por librarse de tanto mal como el pecado, lo que hacen por sanar de tan pequeño mal, como es una enfermedad, o dolor de cuerpo. Es mucho, que si temes que has de ofender a Dios, quedándote con las riquezas, y hacienda que posees, que la renuncies, y dejes todo por el Cielo, y la Gracia, ¿pues los gastaras por sanar de una enfermedad? Es mucho, que dejes la ocasión, y mudes de casa, *o* de puesto, ¿pues por la salud mudarás lugares, y reinos, si fuere menester? Es mucho, que cumplas lo que aconseja Cristo, que si te escandaliza, uno de los dos ojos, que le saques. Y si te escandaliza un pie, que te le cortes. Pues por sanar de un cáncer te le dejarías aserrar, y por un dolor de piedra te dejarás rasgar tu carne, y partir por medio. Si por librarte de un solo mal de esta vida dieras la hacienda de tu casa, y los ojos de tu cara, y la sangre de tus venas, y los miembros de tu cuerpo, y tu misma vida, por librarte de todos los males juntos, ¿qué debes hacer? Mira cómo debes proponer: mira cómo debes detestar y abominar el pecado; mira qué debes hacer por el sumo mal de los males. No sea menos que lo que harías por el menor mal de los males, y bien de los bienes, que es la hacienda o salud.

Agréguese *a* esto un gran fruto, que puede resultar, de ser muy intensa la contrición, y fina la conversión del pecador, conforme a la doctrina de Santo Tomás, (3. p. q. 89. art. 2. & 5.) de San Cayetano, y otros Escolásticos, acerca del revivir los merecimientos, que se perdieron por los pecados mortales, y vuelven por la nueva Gracia; porque dicen

muchos Doctores, (V. Merac. *t.* 3. tract. *de Paenit. disput. 15. sect. 3*.) que aunque es verdad, que por el pecado mortal se pierden todos los méritos de las buenas obras hechas en Gracia, y que cuando uno se vuelve a Dios, y se restituye otra vez al estado de Gracia, vuelven a revivir todos los merecimientos antiguos; pero que esto no es siempre para que por ellos le den a uno la gloria esencial, que les pudiera corresponder a aquellas buenas obras, sino es cuando el pecador tiene tal contrición, o adquiere después tal disposición, por lo cual merezca mayor Gracia, que por el pecado perdió. De manera, que si a los méritos que uno tenía antes de pecar, se debían veinte grados de Gracia, y otros tantos de Gloria, en pecando los pierde todos, y después, aunque vuelva a estar en Gracia, sino es por un acto más intenso de veinte grados, no recibirá gloria esencial por los méritos pasados; pero si hace un acto de contrición tan intenso, que merezca veintiún grados de gloria, le dan cuarenta y uno, los veinte por razón de los méritos pasados, y los veintiuno por aquella contrición tan intensa; en lo cual va mucho *a* decir, que si bien esta sentencia no es cierta, es probable. Y basta esto para hacernos abrir los ojos, y andar cuidadosos, porque no suceda, que dejemos perdida la gloria, que en algún tiempo tuvimos ganada, procurando hacer fervorosos e intensos actos de contrición y amor de Dios, porque en sentencia de todos, siendo intensos, tendremos gran merecimiento; y en no serlo podrá ser que no logremos la gloria de los pasados.

Por cierto, que no nos habíamos de hartar de sentir, y llorar los pecados, lamentando amargamente las ofensas hechas contra nuestro Dios, atravesados el corazón de pena, por haber injuriado a un Señor tan grande, aun en cosas muy pequeñas, como lo hacían los Santos: Reciente es el ejemplo de la bendita Madre Isabel de Santo Domingo, dignísima compañera de Santa Teresa de Jesús, y rica corona del Carmen, esmaltada con la perfección de todas las virtudes, que siempre andaba llorando con grande amargura sus pecados. Y preguntada, ¿qué pecados eran los que lloraba tan amarga, y sentidamente? Respondió, que cuando estaba en casa de un tío suyo, era grande la pasión que tenia de ver y oír celebrar Fiestas en la Iglesia con mucha solemnidad, y música; porque se detenía allí más tiempo del que mostraba querer la persona que cuidaba de ella. Y que en cierta ocasión dejó de hablar a unas personas, porque entendió, que procuraban se casase, aunque no les tuvo mala voluntad, porque en su vida se la tuvo a nadie: de tan leves faltas, se dolía con tan, excesivo dolor. Buen argumento de la gran perfección y amor de Dios, que alcanzó, pues así sentía sus ofensas. (D. Miguel Bautista de Lauza, lib. 2. c. 10. n. 6. lib, 10. Confes. Sap. 35) El piadoso y erudito historiador de esta sierva de Dios, que solo tal pluma pudo dar el debido punto a sus virtudes, añade el ejemplo de San Agustín, el cual sintió tanto, aun los pecados más pequeños, que no halla en sus Confesiones palabras con que exagerar el haberse entretenido, mirando como el galgo acosaba la liebre: y a una avecilla, que llamaban alguacil de las moscas, como las cazaba en el aire, y como las enredaban en sus telas las arañas. Todo esto lloraba el Santo con un vivo e intenso dolor. ¿Cuál le pedirán los pecados graves? Todo es poco, sino es inmenso.

CAPÍTULO V. No basta conseguir la Gracia, si con penitencia y santa vida no se conserva.

I.

Después de reconciliado uno con Dios, limpio de sus pecados, y hermoseado con la Gracia, que ha conseguido por la contrición verdadera, y por el Sacramento de la Penitencia, ha de procurar, que persevere en el estado divino que ha alcanzado, mostrando que su conversión a Dios es firme, y de corazón; de manera, que dure hasta la muerte, pues morir en Gracia, es la mayor dicha de la vida; porque el que perseverare hasta el fin, ese será salvo; y aunque fuere grande bien estar siquiera por un instante en Gracia; pero dejarla luego el hombre, y echar de sí voluntariamente al Espíritu Santo, y volver las espaldas a Dios, volviéndose a casa del demonio, es enorme desagradecimiento, y peligrosísima cosa. La Gracia da derecho de la vida eterna, y así debe durar toda la vida temporal. Antes nos ha de dejar el cuerpo, que deje nuestro espíritu a la Gracia de Dios. El que una vez se ha confesado, procure, con todas sus fuerzas perseverar en santa vida por toda su vida, hasta morir en Gracia, que es la mayor felicidad del mundo. Esto es lo que clama Isaías: (1, 18) *Lavaos y estad limpios:* porque los que luego vuelven a pecar, lávanse, no para estar limpios, sino para volver a ennegrecerse, y mancharse con la inmundicia del pecado, siéndoles de poco provecho el haberse lavado, como dice el Eclesiástico: (34) *El que se lava por el contacto de un muerto*, *y luego le vuelve a tocar, ¿qué le aprovecha su lavatorio?* Este es el que vuelve a pecar después de las lágrimas de la penitencia, que no solo vuelve a tocar al muerto, sino a estar él muerto por su pecado. Por esto dice San Gregorio: (Part. 5 Pastor. admon. 31) *Deben ser avisados los que lloran sus pecados cometidos y no los dejan, que consideren solícitamente, como se limpian en balde llorando, los que viviendo malamente se ensucian, pues para eso se lavan con lágrimas, para volver a la inmundicia del mundo.* No hemos de volver al vómito. Las caídas en las convalecencias suelen ser más peligrosas. Oiga cada uno lo que dice el Hijo de Dios: *Ves aquí, que estás sano, no quieras más pecar, porque no te acaezca alguna cosa peor que antes.* Muchos son como Faraón, que, oprimido de las plagas, que Dios le enviaba, hacia grandes propósitos; pero en alzando su mano poderosa, y *cesando* el castigo, era lo que antes. De él se dice en el Éxodo: *(9) Como viese, Faraón que cesase la lluvia, y el granizo, y los truenos*, *aumentó el pecado y se le agravó el corazón.* Muchos estando afligidos con la enfermedad, o con otra calamidad, que Dios les envía para su bien, se confiesan, *y* proponen grande enmienda; pero en sanando vuelven a lo que fueron, *o* aumentan sus pecados. Tomen el consejo del Eclesiástico: *(7, 8) No ates los pecados doblados*, *porque con uno solo no estarás seguro.* Porque si, como dice el Espíritu Santo aun del pecado ya perdonado no nos hemos de asegurar, descuidándonos de hacer penitencia: ¿qué seguridad puede tener el que en lugar de continuar su penitencia hace de nuevo porque la haya de empezar, computando las penas, que se habían de dar, en las culpas, que no

había de hacer? Este tal hace burla de Dios, y se ríe de su misma penitencia: *Burlador es* (dice San Bernardo) *(Lib. De anima) no penitente verdadero, el que aún hace porque deba hacer penitencia.* No es para reírse por cierto la Sangre de Cristo, que se nos aplicó en los Sacramentos; no es para hacer burla la excelencia de la Gracia, que alcanzamos: no son cosa de risa los eternos tormentos, que por los pecados merecimos: sea la penitencia verdadera, y constante. Maldita voz es la de aquellos hombres perdidos, que volvieron a sus pecados, cada uno a su avaricia, como dice, y llora Isaías, los cuales decían: *Será mañana como hoy.* Para las cosas del Cielo son como la luna, que siempre, anda con mudanzas: para las de la tierra como la misma tierra, que está eternamente sin salir del lugar más ínfimo del mundo, y será tan inmoble mañana como hoy. No ha de ser así, sino con violencia se debe sacar de su asiento el vicio, y mala inclinación, trocándola en buena, para que como con prontitud servimos al pecado, también sirvamos a Dios con inclinación, y afecto tanto mayor, cuanto más es Dios, que la creatura. Por lo menos hagamos lo que dice el Profeta Baruc: *Como estuvo vuestro sentido para apartaros de Dios, cuando os convirtáis a él otra vez*, *diez doblado le habéis de buscar*. Tome por dichas a sí estas palabras el que se acabe de confesar, considérelas despacio, y procure cumplirlas, y sirva a Dios diez doblado más que le ofendió.

De los que después de recibida la Gracia vuelven a pecar, se queja Dios con gran sentimiento por el Profeta Isaías: (1, 2) *Yo crie hijos; y los ensalcé: mas ellos me despreciaron.* Crea Dios hijos por la Gracia: susténtalos con su Carne, y Sangre: ensalzados de la miseria del pecado, a una dignidad, y engrandecimiento divino: sublímalos sobre toda naturaleza; pues que estos tales desprecien a Dios, cosa es de gran sentimiento *a* su divina Majestad, y más favoreciéndoles tanto, y regalándoles de manera, que dice por Isaías: *(66, 12) Seréis llevados a mis pechos;* y *sobre las rodillas seréis acariciados de la manera que una madre halaga, y acaricia, así Yo os consolaré.* Estos son los que están en gracia, hijos a quien Dios sustenta, y cría a sus pechos, y acaricia tiernamente, *y* engrandece sobre toda la grandeza del mundo. Si con todo *eso* dejan a tan buen Padre: ¿qué desagradecimiento puede ser más notable, y enorme? Por cierto, que con razón lo disimula el Señor por el Profeta Malaquías, que dice: (1, 6) *El hijo reverencia a su Padre*, *el esclavo a su Señor: pues si Yo soy Padre, ¿dónde está mi reverencia? Y si Yo soy Señor ¿dónde está mi respecto y temor?* Con mucho más sentimiento se queja, que le desprecien, y ofendan los que son hijos suyos, después de estar en Gracia, que los infieles, que nunca le conocieron, ni alcanzaron la dignidad de hijos del Altísimo. Por la misma causa dice por Jeremías; *(11, 15) ¿Qué cosa es, que mi amado en mi casa hizo muchas maldades?* Y por David: (Sal. 54) *Si un enemigo mío me maldijera*, *sufriéralo por cierto, ¿pero tú, que tienes un alma conmigo*, *y eres mi guía*, *y mi conocido, que comías conmigo unos mismos manjares?* Esto es para espantar, esto es para no poderse sufrir, que uno que es amado de Dios tiernísimamente, que está no solo en su casa, sino que es en su casa hijo: que no solo es hijo, sino que es un alma con el mismo Dios, hecho un espíritu con él, y el mismo Espíritu de Dios, que es el Espíritu Santo, está dentro de él, para darle vida de hijo del Altísimo: que no solo se sienta *a* la mesa con Dios, sino que come en manjar al mismo

hijo natural de Dios: que este tal haga traición a tan buen Padre, y Señor, cosa es que asombra. Que un Gentil, que es enemigo de Dios, le ofenda, no hay que espantar; pero que un cristiano, después de haberse confesado, vuelva a pecar, cosa es que pasma, y los ángeles que lo miran no saben que decirse, sino es lo que Jeremías dijo: *(31) Justificó su alma Israel*, *que es contraria en comparación de Judea*, *que prevarica.* El hombre, que habiéndose reconciliado con Dios por Gracia, prevarica de lo que es y debe, ofendiendo a su Padre, y Señor, escusa a los infieles pecadores, contrarios y enemigos de Dios, dándoles ocasión, que en su comparación parezcan menos sus pecados.

II.

Tiemble el que ha llegado a lavarse con la Sangre de Cristo, en el Sacramento de la Penitencia, y blanqueándose más que la nieve en las Fuentes del Salvador: tiemble de volver a revolcarse en el cieno de su culpa. Mire con los ojos de viva Fe, qué transformación ha pasado en su alma, y que ha de pasar la misma en su vida. Cuanto va de ser ángel a demonio, tanta diferencia ha de haber de su vida después de confesado, a la que hizo antes. Su mudanza fue de la fealdad *a* la hermosura; de la esclavitud de satanás, al Reino de Cristo; de ser compañero de Lucifer, a ser hijo de Dios; de estar condenado al infierno, a tener derecho de la Gloria; de la muerte, a la vida; de todo mal, a tener todo bien; a tener a Dios, a sublimarse sobre toda la naturaleza por la Gracia, a estar en un orden divino. Sus obras, y afectos han de pasar a semejante extremo. No ha de tener ya deseos de hombre, sino de ángel; no obras de carne, sino de espíritu divino; no sentimientos de mundo, sino del Evangelio de Cristo. Cosa es de espanto, como mudan costumbres las honras del mundo. Quien conoció *a* uno de estado bajo, y después se le ve puesto en dignidad, le verá todo trocado, y tan otro, que se afrentará de lo que fue; pues tantas honras, y dignidades divinísimas, como trae la Gracia, ¿cómo no bastan para que nos queramos mudar, y que vivamos conforme al estado, y dignidad de hijos de Dios, y señores del Reino de los Cielos? Quien se ha confesado, ha subido a la mayor dignidad, que hay en esta vida: y así ha de hacer la mayor mudanza de sus costumbres, que se haya visto en la vida. Pues ha recibido la Gracia por segunda naturaleza Celestial, y Divina, no ha de vivir ya según la naturaleza terrestre, y corrompida. Mírese ya Ciudadano del Cielo: mírese ya hijo de Dios: mírese ya amigo del Espíritu Santo: mírese ya todo endiosado, y deifico: sus obras sean dignas de Dios, divino está hecho por la Gracia: las cosas divinas son eternas, eterno ha de ser en sus buenos propósitos, eterno en sus santos deseos, eterno en sus obras virtuosas, y eterna en él la gracia. Para llorar es con eternas lágrimas la inconstancia de muchos que se confiesan: porque solo aquel día, *o* cuando mucho dos *o* tres, se guardan con algún cuidado; mas luego se vuelven a ser tan temporales, y tan hombres, como antes, habiendo de ser como ángeles eternamente. Cuidado grande se ha de poner en esto, perseverando hasta la muerte en este bien, guardando la Gracia, y guardándose

perpetuamente de la que puede ser ocasión de perderla: *Como a los enfermos* (dice San Crisóstomo) (Homil. 3. ad Popul) *sino es que siempre vivan ordenadamente, no les es de provecho guardar dieta, y rigor por tres, o cuatro días: de la misma manera son los pecadores sino es que siempre sean templados, no les aprovecha el corregirse por tres o cuatro días.* La penitencia dolorosa, el ánimo contrito, el corazón humillado, la devoción piadosa, los afectos santos, la oración continua, no se han de acabar luego, sino continuarse, y multiplicarse: porque así como cuando uno libra bien de una mortal enfermedad, no porque salga del peligro de muerte, sale luego de regla, sino que se abstiene, y guarda en la convalecencia, más que antes, hasta adquirir perfecta sanidad; así también el que ha escapado de la muerte del pecado, ha de guardarse mucho, y continuar la penitencia y devoción, porque aun ha menester cobrar más fuerzas y salud. Tenemos una naturaleza muy enferma; es menester andar siempre con miedo de recaer, guardando siempre reglas de salud. El que acaba de confesarse mírese como vivo, no como robusto; como buen convaleciente, no como perfectamente sano: mírese como vivo para obrar; mírese como débil para guardarse. Aun después de la perfecta salud, es necesario no hacer excesos para no volver a enfermar. No hay en esta vida entera seguridad.

La perfecta penitencia ha de tener las tres condiciones, que señala Ricardo de Santovictor: *(Ad ea Mat.* 3. verba *Penitentia agite.) tres cosas ha de haber, dolor, guarda de lo futuro, y satisfacción del pecado.* El dolor aplaca la culpa, la satisfacción sana al vicio, la guarda conserva la salud; en esta consiste el fruto de la penitencia. Sea el dolor cumplido, la guarda perfecta, la satisfacción condigna. No piense uno, que contener contrición verdadera, *o* con haber recibido la absolución del sacerdote, está todo acabado; con los pecados, hay mucho más que hacer. Hay que quitar los malos hábitos, hay que quitar las penas de los pecados, y después el cuidado de perseverar en Gracia. La contrición, y el Sacramento de la Penitencia, lo que quitan totalmente es la culpa de los pecados, lo que dan es la Gracia, restituyendo al hombre de muerte a vida; pero fuera de la culpa de los pecados, hay la pena de ellos, *y* también los malos hábitos, y costumbre de pecar; y todo esto no lo suele quitar la contrición, ni el sacramento. Por esto es menester, que fuera del dolor, que desterró a la culpa, se siga la satisfacción, que quite lo que resta de la pena, y limpie, y sane al alma de los malos hábitos, y costumbres. Por falta de este cuidado suceden tan prestas, y notables caídas y a veces mayores que antes; y es prudencia prevenirse contra peligros tan grandes, no suceda lo que dijo el Profeta, *(Sal. 37)* que se le pudrieron, y corrompieron las cicatrices de llagas ya curadas, por causa de esta imprudencia, de no prevenirse para lo adelante, como nota San Gregorio, el cual dice: *Como es suma prudencia, que después de la penitencia mire uno para sí por adelante, con cuidado de solicitar circunspección; así es una tontería miserable en los riesgos dudosos de esta vida, dormirse como si hubiera seguridad. Por imprudencia de la negligencia, la herida ya sana se pudre*; *porque mientras el alma desagradecida no quiere apercibirse para adelante con cuidado y vigilancia cometerá más miserablemente aquellos mismos males*, *que había echado de sí.* El mal hábito que se adquirió por costumbre de largo tiempo, se ha de quitar también por

contraria costumbre, que pide también tiempo. Pues como no hay cuidado, ni prudencia, después de haber confesado, de acostumbrarse a hacer obras de virtudes contrarias a los vicios en que se pecó, quedase uno con los mismos malos hábitos, y perversas costumbres, que le vuelven muy presto a lo que fue; y así, para asegurarse uno, ha menester continuar la penitencia, y cuidar de la satisfacción, no solo la que le señala el Confesor, sino la que el penitente humilde, y contrito pudiere hacer: porque con esto se hacen estas dos cosas tan importantes, de limpiarse de las penas, y sanarse de las malas costumbres. Por esto nos amonestó el Espíritu Santo, que no nos aseguremos del pecado ya perdonado; porque aunque la culpa se haya totalmente quitado, no se arranca con ella el mal hábito que le causó. Por esta razón los Santos, aun después de haber tenido revelación del Cielo, que se les habían perdonado los pecados, hicieron grandes penitencias, y pedían a Dios les limpiase más de ellos. Arnolfo, Príncipe de Lorena, luego que supo que Dios le había concedido perdón de sus pecados, dio principio a mayor penitencia, retirándose de todas las cosas, para darse a mayor rigor. El Profeta Natán dijo al Rey David de parte de Dios, como le había perdonado su pecado; con todo eso el Santo penitente empezó a afligirse, a hacer rigurosa penitencia, a clamar al Cielo a pedir que Dios le lavase más y más y que le limpiase de su pecado, sabiendo, que estaba ya limpio de la culpa, mas no de la pena, ni de los malos hábitos: y el mismo David no se hartaba de lavar sus pecados con lágrimas continuas, como confiesa de sí: *Fatígueme con gemidos, lavaré todas las noches mi cama, regaré con mis lágrimas mi estrado.* En otra parte dice: *estoy apartado para los azotes, y mi dolor tengo siempre delante de mí porque publicaré mi maldad, y cuidaré por mi pecado.* Tanta pena le daba a este Santo Rey el pecado ya perdonado, que cada día le lloraba, y después de muchos años le tenía para llorar tan fresco como el primer día. Esto mismo aconseja el Profeta Jeremías: *Vierte lágrimas, como un arroyo impetuoso, de día, y de noche, y no te des descanso, y no calle la niña de tus ojos;* por lo mucho que se debe llorar, y ha de durar la penitencia lavando los pecados. Así lo hizo San Pedro, que lloró su pecado toda la vida con ardientes y continuas lágrimas. El mismo sentimiento le duró a S. Pablo, como advierte San Agustín, y nos encarga su ejemplo diciendo: *Si el apóstol llora aun los pecados perdonados después del Bautismo*; *¿qué nos queda que hacer a nosotros, que estamos puestos sobre el fundamento de los apóstoles*, *sino es llorar? ¿Qué sino estar siempre toda la vida con dolor?* Luego añade: *Siempre se duela uno, y huélguese de dolerse; y si aconteciere arrepentirse del dolor*, *siempre se duela, y no es bastante cosa, que se duela, sino que con fe se duela, y duélase de no haber tenido siempre dolor.* El mismo Santo dice: *Yo un día tras otro día lloraré, y haré todo lo que se debe hacer para lavar*, *y sanar mi pecado.* Verdad es, que en un instante se perdona la culpa; pero queda por mucho tiempo que pagar la pena, y que sanar la mala costumbre; y así la medicina de la penitencia, y las aguas saludables de las lágrimas, han de durar, hasta sanar por lo menos del hábito vicioso. No basta solo sacar la saeta de la herida, es necesario se apliquen medicamentos, hasta que se cierre la llaga, y quede sin cicatriz. Mucho hay que hacer después de la confesión, pues queda la satisfacción. Mucho hay que hacer después de perdonada la culpa, pues queda por pagar la pena y quitar el vicio. Mucho hay que hacer

después de adquirida la Gracia, pues queda el asegurarla, y el adelantarla. No merecen menos diligencia los bienes del Cielo, que los de la tierra. No es cosa de menor cuidado la honra del hijo de Dios y heredero de una eterna gloria, que las honras humanas, y temporales, las cuales no menos trabajo cuestan en su conservación, que en su pretensión. Más cuidado se pone después de adquirido algún bien del mundo para guardarlo, que se puso para conseguirlo. ¿Quién hay que alcance una herencia, que no gaste algunos días en su disposición y gobierno? ¿Quién hay, que constituido en una grande dignidad, no se desvele en el modo como se ha de haber en ella? Mayor cosa es la Gracia: cueste después de adquirida algún cuidado de conservarla, y no verla más perdida con pecado.

III.

Por esto conviene, que después de confesado uno, considere despacio el beneficio inmenso de la justificación, que ha recibido la grandeza de la Gracia de Dios con que se ha hermoseado su alma, la dignidad de hijo del Altísimo a que le han sublimado, la excelencia del Reino de los Cielos, cuyo derecho ya tiene, el grado divino con que está ya entronizado y ensalzado sobre toda la naturaleza; la vida tan divina, que debe hacer de allí adelante, proporcionado al engrandecimiento del estado en que se ve, cuan lejos de pecados ha de estar; la obligación que tiene de dar satisfacción por los que cometió, a los hombres, a los ángeles, a todas las creaturas, y al Creador de todos: el riesgo que tiene de volver a caer, si se queda con los malos hábitos, y conserva las mismas costumbres, condescendiendo con sus inclinaciones, y no quitando las causas, ni arrancando las raíces de sus vicios. Negocio es este para pensarlo despacio. De lo cual nos dio buen ejemplo, quien nos le dio de penitencia verdadera, el Rey David, que después de perdonado su pecado, dice en un salmo: *(37) pensaré por mi pecado.* San Agustín lee: *Traeré cuidado por mi pecado.* Pensaba David como se conservaría en Gracia, cómo nunca más volvería a pecar, cómo arrancaría la mala costumbre, que en cosa de nueve meses, que estuvo en pecado mortal, había adquirido. Este cuidado le daba su culpa, aunque ya perdonada. Su ejemplo debe tomar el cristiano. Piense por su pecado, y tenga cuidado, aunque le haya confesado, como aconseja San Agustín. *No estés seguro cuando hayas confesado el pecado: pero ten siempre cuidado por tu herida; y para que se sane, siempre procura, siempre entiende en ello, siempre te hayas cuidadoso, y solícitamente para sanar tu culpa, esto es, traer cuidado.* Aunque estés libre de la culpa, no lo estás de la pena. Aunque estés con vida, perdonado ya el pecado, no estás sano del vicio, ni tienes desarraigado el mal hábito. Piensa que estás vivo, no fuerte, ni del todo sano; lo más seguro es tenerte siempre por enfermo. Procure, pues, el penitente conocer las causas de sus dolencias, y remediar sus vicios: *Sepa que está enfermo,* (dice San Bernardo) (Tract. De vita soli.) *y estese despacio considerando las partes, que causan su enfermedad. Si no se interrumpiere esta quietud cuidadosa, los remedios continuados presto aprovecharán, y sanando el ánimo de sus*

enajenamientos, o cautiverios, y tentaciones, se hará en Dios todo suyo, y señor de sí. La naturaleza no manchada, sino inficionada, tiene necesidad de cura no pequeña. Persevere, e insista, sin moverse en su enfermería, y continúe el uso del medicamento recibido, hasta que experimente perfecta salud. Este sea siempre nuestro negocio, para que se perfeccione en nosotros lo que dice el apóstol a los que empiezan; (Rm. 6, 13) Una cosa muy humana, y puesta en razón os digo, por la enfermedad de vuestra carne, que como empleasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia, y a la maldad, cayendo de una en otra, así también ahora, emplead vuestros miembros para servir a la justicia, para santificaros más. Oiga esto más atentamente, el que amando a su cuerpo, se hizo esclavo de él. Óigalo el hombre animal, que ya empieza a sujetar su cuerpo al espíritu, y disponerse a sí para recibir las cosas de Dios, y desnudarse con fe de la necesidad de su servidumbre, y de la costumbre tirana, que se ha señoreado de su carne para que se prevenga bien, haciendo en sí otra necesidad contra la necesidad, y costumbre: y forme otro afecto bueno, contra el afecto malo, hasta que merezca recibir más cumplidamente gusto contra gusto, gusto espiritual contra el material. Todo esto, que enseña San Bernardo, debe hacer el que desea no volver a pecar, y deben desearlo todos. Corre manifiesto peligro de empeorar, quien no se previene con esta solicitud; hasta que se quiten las ocasiones, y causas de los pecados, no ha de parar la penitencia. La caída del segundo pecado, es señal que no se quitó la causa del primero: y así, quien de corazón aborrece la primera culpa, debe arrancar de raíz el hábito, que inclina a la segunda. Bien nos encarga esto San Basilio, cuando dijo: *(Interrog. 289) El que una vez hizo penitencia, y cometiere de nuevo el mismo pecado, es argumento, que no arrancó totalmente su causa*; *de la cual, como de raíz, será necesario nazcan otros: porque de la manera, que si uno cortare solo los ramos de un árbol, dejando la raíz entera perseverando esta, brotará otras ramas semejantes*; así *también, porque hay algunos pecados, que no tienen en sí sus principios, sino que traen su origen de otra parte, es necesario, si quisiere uno verse libre de ellos*, *que arranque de raíz sus causas*; *como la contención y envidia, no nacen de sí mismo*, *sino brotan como de raíz del apetito de gloria: porque quien estima en mucho la gloria humana, por emulación se opone a quien la tiene, o tiene envidia a aquel que le hace ventajas en estimación; y así, quien una vez se acusare*, *y arrepintiere de su envidia, y contiendas*, *si volviere a caer en los mismos vicios, sepa, que aún está caído*, *y apasionado con grave enfermedad, que tiene en los huesos entrañado el deseo de honra, que es la causa principal de su envidia, y emulación.* Esta cuidadosa anatomía se debe hacer de los vicios, para asegurarnos de ellos, y sacarlos de raíz del alma, arrancando sus causas, quitando sus ocasiones, y destruyendo sus hábitos torcidos, y mala costumbre, y poner nuestro corazón como nuevo, pidiéndoselo a Dios con David: *Criad*, *Señor, en mí un corazón limpio.*

Todo esto no se debe hacer de prisa, ni en tan poco tiempo, como muchos hacen, que habiendo sido grandes pecadores, se confiesan, y quieren satisfacer a Dios de la noche a la mañana, sin tratar más de virtud, ni de la satisfacción, que merecía su mala vida, y sin considerar más lo que deben hacer, para asegurarse de sí mismos. Mas días

se debían gastar para no volver a hacer burla de *Dios, y* de nuestra salvación: yerran muchos pensando, que con dolerse, y proponer no ofender más a Dios, está todo acabado. Conviene, fuera de eso, considerar los medios que le ayudarán para eso, y proponer cumplirlos. Los medios para no pecar son: la frecuencia de los Sacramentos, el trato interior con Dios, la lección de libros devotos, el retiro de cosas del mundo. Engáñanse a sí mismos, si proponen el fin sin querer los medios. Es imposible, que se quiera eficazmente un fin, sin que se quieran también sus medios; y así, miente quien dice, que quiere no ofender a Dios, si no quiere los medios por donde no le ha de ofender. No hay que fiar de propósito, si no se alimentan las fuerzas del alma con santos ejercicios, y con trato interior con Dios. Denme uno que tenga los propósitos de San Pablo, fáltele a su alma el sustento de la oración, y otros ejercicios espirituales, no los cumplirá: porque por más resuelto que uno estuviese de hacer en dos días a pie camino de treinta leguas; si en los dos días no comiese bocado, por más propósitos que tuviese, no lo cumpliría, porque le faltarían fuerzas, faltándole el sustento. De la misma manera, si falta al espíritu su alimento, le faltarán fuerzas; y sin fuerzas, por más propósitos que tenga, no los cumplirá. El manjar que da fuerza al alma, es la oración devota, la meditación sosegada, la lección piadosa, la presencia de Dios, el trato espiritual. Sin estas cosas estará el alma debilitada, y flaca, y no hay que espantarse de las caídas que diere. Importará mucho ponerse en estilo de vida de mayor perfección, porque con esto es cosa más fácil la perseverancia en Gracia, añadiendo a la observancia de los mandamientos, la de los consejos; y a las obras de obligación, las de supererogación. Por eso decía nuestro Padre San Ignacio, que si se hubiese de pedir a Dios milagros, mayores milagros se requerían para la observancia de los mandamientos solos, que de los consejos Evangélicos, porque es más dificultoso de guardar los preceptos sin los consejos, que los preceptos, y consejos. A los consejos nos exhortó Cristo claramente, y él mismo dijo, que sin el consejo de la pobreza, era tan dificultoso entrar en el Cielo, como lo es, que un camello entre por el ojo de una aguja.

Entre los propósitos que debe hacer el verdadero penitente, fuera del sustento espiritual del alma, ha de ser, huir mil leguas de las ocasiones de pecar. Muy poco contrito estará, quien sabiendo, que en una ocasión ofendió algunas veces a su Creador, se vuelva a poner al mismo riesgo; porque verdad es lo que dijo el Espíritu Santo: *(Eclesiástico 3, 27) El que ama el peligro, perecerá en él.* ¿Quién hay, que si en el paso de un camino le hubieran diez veces robado los salteadores todo *lo* que tenía, y dejado desnudo, volverá a pasar por allí? Si otras tantas veces fuera herido de muerte en un lugar, no se atreviera de una legua a llegar a él. ¿Cuántos hay, que por una o dos veces que padecieron naufragio, no han querido ver más la mar? ¿Cómo se atreve el hombre a volver, donde cien veces le robaron a Dios, donde cien veces mataron a su alma, donde innumerables veces, ha padecido naufragio, y sino muerto, salió de él agonizando? El verdadero y fino penitente, se guarda de todo esto; y así, como un enfermo, que desea sanar, después que ha salido de peligro de muerte, no solo toma los medicamentos que le han de confortar, si no evita todas las cosas que le han de dañar; así uno después de confesado, no solo ha de ayudarse de la oración y santos ejercicios, para cobrar fuerzas

su alma, sino también ha de evitar todo lo que le puede ser ocasión de pecar. Verdaderamente no es menos delicada la salud del alma, que la del cuerpo. Mira con qué tiento anda uno, que quiere convalecer: del aire se guarda: no hace exceso alguno; porque cualquier cosa en que se desmande le hace daño: más delicado, y tierno está, quien no de peligro de muerte, sino de la misma muerte del alma, acaba de salir; del aire del mundo se ha de guardar, no desmandándose en cosa alguna, por pequeña que sea. No es mucho, que saliendo de mayor peligro, y siendo más preciosa la salud, y vida del alma, ande uno con igual cuidado de ella, que anda un convaleciente por la salud del cuerpo corruptible.

CAPÍTULO VI. El que está en Gracia ha de obrar los doce frutos del Espíritu Santo.

I.

Así como el que ha conseguido la Gracia, después del Sacramento de la Penitencia, ha transformado su alma, de monstruo del infierno, en una hermosura mayor, que la del Cielo; y de vil esclavo de la más maldita creatura del mundo, que es Lucifer, ha subido a ser hijo del Altísimo, y amigo del mismo Dios; y de hombre carnal, y terreno, ha pasado a ser espiritual y divino: así ha de mostrar en sus obras igual diferencia de las pasadas, a las del presente; no es ya el que fue, y así, no ha de obrar ya lo que obró, sino obras tan diferentes, como verdaderamente es el estado de su alma diferente. La raíz es muy diversa, y así lo han de ser los frutos: todos han de ser del Espíritu Santo. Oiga, y cumpla lo que dice el apóstol San Pablo a los que han recibido la Gracia: *(5, 18-25) Andad en espíritu, no cumpláis los deseos de la carne. La carne desea lo que es contrario al espíritu, y el espíritu desea lo que es contrario a la carne. Estas dos cosas son contrarias entre sí, para que no hagáis todo lo que queréis: y si sois guiados del espíritu*, *no estáis debajo de la ley. Conocidas son las obras de la carne*, *las cuales son la fornicación, la inmundicia, la desvergüenza, la lujuria, la servidumbre de ídolos vanos*, *hechizos*, *enemistades, contenciones, emulaciones*, *iras, riñas*, *disensiones, parcialidades, envidias, homicidios, embriagueces, convites, y cosas semejantes: de las cuales os aviso de antemano, como yo lo he hecho: porque los que hacen tales cosas, no conseguirán el Reino de Dios; pero los frutos del Espíritu Santo son: Caridad*, *Gozo*, *Paz*, *Paciencia, Benignidad, Bondad, Longanimidad, Mansedumbre, Fe, Modestia, Continencia, Castidad. Contra estas cosas no hay ley. Los que son de Cristo, crucificaron su carne con sus vicios, y concupiscencias. Si vivimos por el espíritu*, *andemos también con espíritu.* Esto debe hacer quien por la Gracia ha recibido en su alma al Espíritu Santo: porque ya es de Cristo, que le dio su Espíritu, no de Satanás. Y así, ha de tener estos doce frutos del Espíritu Santo, que señaló San Pablo, y nada de lo que el demonio, y la carne persuaden. Lástima es que no reparen, ni sepan los cristianos, para qué les propone la Iglesia los frutos del Espíritu Santo, y se los enseña en la Cartilla la Doctrina Cristiana, que es para que los obren los que una vez se han confesado, y restituido a la amistad de Dios, gobernándose en todo por el Espíritu Divino, no por el espíritu humano, ni mundano. Son estos frutos un catálogo de las condiciones, y virtudes, con que ha de quedar y obrar quien está en Gracia; por que ha de ser como el árbol de la vida, que nos pinta San Juan, *(Ap. 22, 2)* que lleva doce frutos al año, que son los que contó el apóstol, muy proporcionados para formar al cristiano en una vida santa, y componerle y ordenarle en todo con Dios, para lo cual deba ordenarse el alma, que está en Gracia, en sí misma; y para con lo que le es igual, que son los hombres, con los cuales ha de vivir: y para con lo que le es inferior, que es todo lo demás. Entonces se ordena el alma en sí misma, cuando está bien dispuesta, así en los

bienes que ha de querer, como en los males, que puede padecer. Y la primera disposición del alma, es respecto del bien, y es por amor, el cual es el primer, y principal afecto, y la raíz de todos los demás. Y así, entre estos doce frutos del Espíritu Santo se cuenta en primer lugar la Caridad, que es el amor de Dios, y por eso con la Gracia, y Caridad se da al hombre el Espíritu Santo, porque es amor: y así dijo el apóstol *(Rm. 5, 5) La caridad de Dios se ha derramado en vuestros corazones, por el Espíritu Santo, que se os ha dado.* Al amor de la Caridad es necesario se siga gozo porque todo amante se goza con la junta, y unión de su amado, y la caridad siempre tiene presente a Dios, a quien ama, como lo dice S. Juan: *(1Jn. 4, 16) El que permanece en caridad, permanece en Dios y Dios en él.* Y así se sigue a la caridad el gozo, que es el segundo fruto. Cuéntase luego en tercer lugar la paz, porque es la perfección del gozo santo, por dos cosas. La primera, cuanto a la quietud, y sosiego de las cosas exteriores, que pueden turbar el corazón: porque no puede gozar perfectamente del bien amado, el que es alterado en su gozo, y turbado de otras cosas; y el que tiene perfectamente sosegado, y contento su corazón en una cosa, no puede ser molestado de otra; porque estima lo demás, como si no fuese. Por lo cual dijo el Salmista, (118) que sería mucha la paz de los que aman la Ley de Dios, y no tendrán ofensión alguna, porque no son turbados de las cosas exteriores de tal manera, que les quiten el gozar de su Dios. La segunda cosa es, cuanto al sosiego del deseo alborotado, e inquieto porque no goza perfectamente de una cosa, aquel a quien no le basta, y llena aquello con que se goza. Pues estas dos partes tiene la verdadera paz del alma; conviene a saber, que no nos turbemos, ni alteremos, con las cosas exteriores, y que nuestros deseos se sosieguen, y harten en una cosa sola, que ni de fuera, ni de dentro haya cosa que impida su quietud, ni los bienes exteriores, ni los deseos interiores. Por esto, después de la caridad, y el gozo, tiene la paz su lugar. Con estas tres cosas se compone el alma cuanto a los bienes. Para los males se ordena con otros dos frutos siguientes. Lo primero, para que no se turbe con los males presentes, la paciencia la templa. Lo segundo, para que no se aflija por la dilación de los bienes que espera, la cual se mira como mal: porque como dice el Filósofo, el carecer de bien, tiene razón de mal, la longanimidad nos ordena para este sufrimiento. Con estas virtudes se dispone el alma ordinariamente para consigo misma.

Para ordenarse el hombre con sus iguales, que son los prójimos, sirven otros cuatro frutos, que luego se siguen: porque lo primero se debe ordenar uno con otros, cuanto a la voluntad de hacerlas bien, y este oficio hace la bondad. Lo segundo, cuanto a la ejecución de hacer bien, lo cual cumple la benignidad; porque como dice Santo Tomás: *Dicuntur benigni, quos bonus ignis amoris ferverefacit ai benefaciendum proximis.* Aquellos se dicen benignos, que un fuego bueno de amor les hace fervorizarse para hacer bien en los prójimos. Lo tercero, cuanto a llevar los males que nos hicieren; y de esto es causa la Mansedumbre, que pone freno a la ira. Lo cuarto, porque no solo no hemos de hacer mal a los prójimos con ira, y violencia; pero tampoco con astucia, y engaño; y para esto nos ayuda la fe y lealtad. Fuera de las reformaciones dichas, se ha de ordenar un alma para con las cosas que están debajo de sí, como habla Santo Tomás, que son sus acciones, apetitos y bienes exteriores. Pues para ordenarse uno en sus

acciones, y bienes de fortuna, sirve la modestia, que guarda su decoro, y templanza en dichos, y hechos, y todos los movimientos corporales. Para moderar el apetito, y concupiscencia interior, cuanto a las cosas lícitas, sirve la continencia; y cuanto a las ilícitas la castidad. De manera que con estos doce frutos del árbol de vida, se cierra la puerta a todo desorden del alma; y quien está en Gracia, debe vivir tan ordenadamente, que en nada desdiga de la Santidad del Espirito Santo que habita en él, y le vivifica.

Ha de ir por el contrario camino, que antes de haberse confesado. Antes iba donde le llevaba la ley de la carne, después ha de ir donde le lleva el espíritu, que son caminos tan contrarios, como lo alto y lo bajo, el Cielo y el Infierno. El Espíritu Santo (dice Santo Tomás) (1. 2 q. 70 art. 4 in corpore) mueve al alma del hombre a aquello, que es conforme *a* razón; *o* por mejor decir, a aquello que es sobre la razón; pero el apetito de la carne, que es sensitivo, tráela a los bienes sensibles, que están debajo del hombre. Por lo cual, así como en las cosas naturales son contrarios entre sí, el movimiento que va hacia lo alto, y el movimiento que viene hacia abajo; así también en las acciones humanas, son contrarias las obras de la carne, a los frutos del Espíritu Santo. Debe, pues, el que ha recibido la Gracia, y al Espíritu Santo, crucificar su carne con sus vicios, y concupiscencias, como dice el apóstol, para imposibilitarle todos sus movimientos, y obras: porque quien está crucificado, ni puede menear pie, ni mano, ni dar un paso, ni hacer obra alguna; así hemos de poner nuestra carne, impidiendo totalmente sus obras, para que no esté impedido el Espíritu Santo, ordenando el nuestro con todos sus doce frutos. Pondérelos despacio el cristiano: mire si es su huésped el Espíritu Divino, que por sus obras lo podrá conjeturar*:* mire qué caridad tiene con Dios: si ha puesto en él todo su amor: si en él tiene todo su contento, y gozo no gozándose de otra creatura: si en Dios tiene su paz: si hay cosa de la tierra que le turbe, y pueda apartar del contento, y deseo, que en servir a su Creador tiene: considere si en los males, y adversidades, que le suceden, tiene paciencia, y sufrimiento, imitando a su Redentor: si en todo tiene longanimidad, conformándose en cualquier cosa con la voluntad divina, teniendo en todas las cosas, y movimientos del corazón, pureza de intención, no queriendo para sí otra cosa sino el beneplácito divino; mire cómo se ha con sus prójimos, qué bondad, y entrañas de misericordia tiene para con ellos, si los mete dentro de su corazón, y ama verdaderamente: considere con qué gusto, y benignidad les hace bien, y favorece en lo que puede, no quedándose su amor dentro del corazón, sino saliendo a las obras, sino solamente les hace bien con benignidad, sino que les sufre con mansedumbre los males que le hicieren, callando en las injurias, no murmurando, ni quejándose de ellos, ni airándose contra sus sinrazones: si les guarda fe, y trata con ellos con lealtad, sin engaño, ni doblez, ni malicia: mire también cómo se ha con sus pasiones, y obras, y en todas las demás cosas: qué modestia en sus acciones, qué circunspección en sus palabras, qué templanza en su persona, qué continencia, y castidad en su cuerpo, y en sus deseos: qué mortificación de sus pasiones. Porque en todo ha de estar ordenado, y vivir como quien tiene al Espíritu Santo en su pecho. En este espejo se miren los fieles siervos de Cristo: aspiren a este ejemplar todos los que se han confesado: anden en espíritu, y lleven sus doce frutos no vivan ya para sí, sino para Dios, y como los que viven con el Espíritu de

Dios, y Dios vive en ellos.

CAPÍTULO VII. La suma dignidad de la Gracia pide, que el que la tiene obre, no solo por las virtudes, sino por los Dones del Espíritu Santo las obras heroicas de las ocho bienaventuranzas.

I.

Es tan divina la grandeza de la Gracia, y debe ser tan perfecta la vida, que la ha de responder, que no solo se enriquece, y fortalece para esto el Alma Santa con las virtudes infusas, para que obre los doce frutos del Espíritu Santo, de que acabamos de tratar; sino que también la adornan con los Dones del mismo Divino Espíritu, para que obre las Bienaventuranzas, con que dio principio el Hijo de Dios a la Ley de Gracia, y encomendó particularmente a sus discípulos. Esta diferencia señala Santo Tomás *(1 q. 70 art. 2)* entre los frutos del Espíritu Santo y las Bienaventuranzas, que estas son también frutos del Espíritu Santo; pero añaden más, el ser obras mis excelentes, y tales, que piden mayor principio, que los frutos; de manera, que procedan de los Dones del Espíritu Santo, y no solo de las virtudes infusas. Pues como sea suma la alteza de la Gracia, y por eso le den principios y facultades para obras las más supremas, y lo sumo que hay, que son los Dones del Espíritu Santo; debe el que está en Gracia no tener en balde tantas riquezas, y fuerzas divinas, sino emplearlas bien, aspirando *a* las obras heroicas de las ocho Bienaventuranzas, para alcanzar en esta vida la Bienaventuranza, que puede caber en ella, y es conveniente al bien incomparable, que tiene con la Gracia, y esperar con más firmeza la Bienaventuranza de la Gloria, que es la eterna posesión de Dios, a que también da derecho la Gracia, la cual se asegura más con las obras de las Bienaventuranzas, por lo cual las declararemos ahora brevemente, conforme a lo que enseña Santo Tomás. (1. 2 q. 26 art. 3)

Con mucha razón y conveniencia son ocho las Bienaventuranzas, a que debe aspirar el justo, obrando según su soberana dignidad, por los Dones del Espíritu Santo, con que está enriquecido. Para cuyo entendimiento se ha de presuponer, que se llaman Bienaventuranzas ocho actos de virtudes heroicas, que señaló Cristo, por ser tan sublimes, que en esta vida son causa de grande y verdadera felicidad, y porque aseguran la esperanza de la perfecta bienaventuranza en el Cielo. También se debe advertir, que los Filósofos antiguos señalaron tres maneras de Bienaventuranza: unos la pusieron en la vida deliciosa, otros en la vida activa, otros en la contemplativa. Estas tres Bienaventuranzas tienen diferentes respetos a la Bienaventuranza de la otra vida, con cuya esperanza fundada se llaman en esta Bienaventurados los que obran aquellas ocho obras de virtudes. La Bienaventuranza deliciosa, que señalaron algunos Epicúreos, es falsa, y contraria a la razón, y de grande impedimento para la Bienaventuranza del Cielo. La Bienaventuranza de la vida activa, que señalaron los Estoicos, constituyéndola en obras de virtud, no se puede negar, sino que es buena disposición para la verdadera Bienaventuranza, la cual se ha de alcanzar por obras virtuosas. La bienaventuranza de la vida contemplativa, que pusieron los Peripatéticos, cuando es sobrenatural es ya como primicias, y principio de la perfecta Bienaventuranza de la Gloria; porque la contemplación de Dios es una imperfeta bienaventuranza comenzada. Supuesto esto,

con gran sabiduría señaló Cristo nuestro Redentor aquellos ocho actos de virtudes que llamamos Bienaventuranzas, para asegurarnos con ellos la verdadera, perfecta y eterna Bienaventuranza. Porque lo primero, señaló aquellas bienaventuranzas, que nos quitan el impedimento, que pone la falsa bienaventuranza de la vida deliciosa. Porque esta vida deliciosa consiste, lo primero, por razón de la abundancia de los bienes exteriores, ora sean riquezas, ora sean honras: que aunque es verdad, que para apartar el hombre de estas cosas, haciéndole que use de ellas ordenadamente, hay virtudes a propósito, como la templanza, modestia, liberalidad, justicia, y otras; pero porque la dignidad de la Gracia pide que se haga esto heroicamente, despreciándose todos estos bienes, no por parte, sino totalmente, obran esto los justos, que quieren obrar según la alteza de la Gracia, no por virtud solamente, sino con un Don del Espíritu Santo, que les hace dejar, y despreciar todos los bienes de la tierra, con que quitan perfectamente el impedimento, que ponen los deleites, y bienes temporales: y así pronunció Cristo la primera Bienaventuranza, diciendo (Mt. 5) *Bienaventurados los pobres de Espíritu,* los cuales son los que desprecian honras, y riquezas que son los instrumentos e incentivos de los deleites. Consiste lo segundo la vida deliciosa, en condescender con el apetito en las pasiones propias, así de la concupiscencia como de la irascible. Pues para ahogar a esta totalmente, añadió luego Cristo nuestro Redentor: *Bienaventurados los mansos,* que son los que no solo por la virtud de la mansedumbre, que refrena la ira; sino por un don divino, que la mata, y oprime aun antes de nacer, que es una total mortificación de esta pasión, con que más se puede decir, que la consumen, que la reprimen. Después de la irascible, para apartar al hombre de sus deseos y concupiscencias, declaró Cristo por *Bienaventurados los que lloran:* que son aquellos, que no solo por la virtud de la templanza moderan los deleites, y su apetito, sino que también por un don divivinísimo del Espíritu Santo, totalmente los renuncian, y no quieren tener parte de ellos; antes buscan la vida austera, usan de mortificaciones, y se afligen, queriendo en esta vida llorar, antes que deleitarse en sus bienes. Con estas tres primeras bienaventuranzas de los pobres de espíritu, de los mansos, y de los que lloran, se cierra la puerta a la falsa bienaventuranza de la vida deliciosa, que lleva al infierno, y es indigna de los hijos de Dios.

Lleguemos a la vida activa la cual consiste principalmente en el modo con que nos comportamos con los prójimos, así es lo que por derecho les debemos, como en lo que por beneficio les concedemos. Para lo primero dispone la virtud de la justicia; pero porque los hijos de Dios, que están en Gracia, han de obrar mas heroicamente, conforme a su estado divino, movidos por un Don del Espíritu Santo, señaló Cristo por *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia.* No dijo solamente los que guardan justicia con sus prójimos; porque quiere afecto más abundante, y ardiente en los suyos; de manera, que no solo cumplan lo que es justo, sino con grande fervor, y voluntad, que no puedan sosegar hasta satisfacer a sus hermanos, como un hambriento, y sediento desea la comida y bebida. Para lo segundo, que es el hacer bien graciosamente, hay entre las virtudes morales la liberalidad, que enseña lo que se ha de dar, y cómo, *y a* quién se ha de dar, repartiendo dones a los amigos, y allegados; pero

porque quiere Cristo, que los que están en Gracia hagan bien más aventajadamente, gobernados por el Espíritu Santo, que con sus Dones les mueva a dar, sin considerar la persona, sino la necesidad; y sin mirar al hombre, sino por reverencia de Dios: por eso pronunció en quinto lugar por *Bienaventurados los Misericordiosos*, que son los que no miran más que la necesidad y a Dios, por lo cual aún a los enemigos hacen bien. Esto es lo que toca a la vida activa.

Llegando *a* tratar de la contemplativa, dice Santo Tomás (1. 2 q. 69 art. 3), que *las cosas que pertenecen a esta vida, o es la bienaventuranza eterna, o algún principio de ella; y así no se ponen entre las Bienaventuranzas como méritos, sino como premios, pero se ponen como méritos los efectos de la vida activa, con que se dispone uno a la vida contemplativa. Pues los efectos de la vida activa, cuanto a las virtudes infusas*, *y dones, con que el hombre se perfecciona en sí mismo, es la limpieza de corazón; de manera, que el alma santa no contamine su pureza con las pasiones. Y así dijo Cristo en sexto lugar: Bienaventurados los limpios de corazón. Cuanto a las virtudes, y dones con que se perfecciona uno en orden al prójimo el efecto de la vida activa es la paz, conforme a aquello de Isaías: (30) La obra de la justicia es paz, y así se pronuncia la séptima Bienaventuranza: Bienaventurados los pacíficos.* La Bienaventuranza es la firmeza de todas las demás, como dice el Angélico Doctor, *(1. 2 q. 69 art. 4)* porque ha de tener el que está en Gracia tan entrañado en el corazón el servicio divino, y cumplimiento de todas las obras de virtud, de los frutos del Espíritu Santo, y de las Bienaventuranzas, que dé mil vidas, y sufra todas las persecuciones del mundo, antes que faltar un punto a sus obligaciones; y esta firmeza es grande Bienaventuranza de esta vida, y firmísima esperanza de la otra, y procede de un grande amor de Dios, y perfección de vida, gobernada del Espíritu Santo con sus Dones Divinos.

Con estas ocho Bienaventuranzas ha de procurar autorizar su estado soberano, y vida sobrenatural, quien ha subido por la Gracia a ensalzarse sobre toda la naturaleza. Ha de despreciar todos los bienes de la tierra, todas las honras del mundo, todo el gusto y deleite del sentido, sin tener impedimento para hacer obras de hijo de Dios y servir a su Padre Celestial, abrasándose con la perfecta imitación del Hijo de Dios en verdadera humildad, y pobreza de espíritu, sin tener pegado el corazón a creatura alguna. Las pasiones desordenadas ha de procurar tener, no solo mortificadas, sino muertas, no permitiendo en sí aun los primeros ímpetus de ira. Los deleites del sentido, y gustos del mundo, ha de aborrecer de manera, que le sean tormento. La risa y la alegría mundana se ha de haber acabado para él, y suceder la penitencia, y llanto de sus pecados. El cumplimiento de sus obligaciones ha de ser eficaz y ardiente, con perpetua sed, y ansias de satisfacer a ellas. Ha de hacer bien a todos con entrañas de misericordioso padre, mirando en todos a Dios, reverenciándole, y sirviéndole. La conciencia ha de tener tan limpia, como tiene hermosa su alma, sin sufrir en su corazón mancha, que le haya echado afición de alguna creatura. No se ha de turbar por nada: no ha de estar pendiente su paz de otra cosa, que de su corazón: tan lejos de turbarse en sí, que ha de sosegar a otros, queriendo a solo Dios: y reputando todas las demás cosas por lo que son, no podrán llegar a alterarle y descomponerle: tan constante en sus buenos propósitos y en el

trato y unión con su Creador únicamente, que aunque se arme contra él todo el mundo, no le derribarán de su servicio. Conjúrense todas las creaturas: levántense todos los tiranos, despliegue el infierno sus banderas; amontónense contra él males, injurias, contumelias, azotes, persecuciones, muertes; no harán contra su firmeza todas estas cosas más mella, que para labrarle mayor corona. En medio de tantas miserias, será dichoso: entre tantos males, será bienaventurado, y no hará todo más, que clavarle más, y unirle con Dios, y reconcentrar su alma con el Espíritu Santo, que tiene dentro de sí. No anda en el servicio divino por camino bajo, y de rodeos; por lo sumo va y por el camino más derecho, y más breve para el Cielo: quiere asegurar su Reino, a que tiene tanto derecho. Verdad es, que estas obras son sobre todas las fuerzas humanas, y sobre toda la naturaleza; pero el que está en Gracia, no se queda en la naturaleza, sino que se levanta sobre ella a un orden divino, y sobrenatural: y así, debe obrar divina, y sobrenaturalmente. Para lo cual recibe virtudes sobrenaturales, y los Dones del Espíritu Santo, y ha de animarse para lograr tanto aparato como tiene, para obrar heroicamente conforme a su dignidad.

II.

Fuera de que son tales los premios, que prometió Jesucristo a las obras de las Bienaventuranzas, y tan proporcionadas a cada una, para dar más que lo que por el camino contrario pretenden los hombres, que lo mismo que inclina a los del mundo para apartarse de ellas, les había de mover más eficazmente para cumplirlas. Esta es la providencia de Dios, que lo que buscan los hombres por sus vicios, no lo puedan alcanzar tan cumplidamente, como los que están en Gracia lo consiguen por las virtudes. Y así, con suma sabiduría señaló Cristo, por premio de cada una de las Bienaventuranzas, aquello mismo, que por alcanzarlo, no las quieren abrazar los pecadores. La causa porque no quieren ser los hombres pobres de espíritu, y humildes, por tener todo sobrado, por abundar en riquezas, y honras: pues por eso prometió el Salvador del mundo la suma riqueza, y honra *a* los verdaderos pobres, que dejan todas las cosas, prometiéndoles un Reino, en que se junta la mayor abundancia, y la mayor honra, y no Reino como quiera, sino el Reino de los Cielos. La causa porque no son mansos los hombres y se enojan, y enfurecen, es por señorearse de todo, y asegurarse; por eso son las guerras, y muertes, y odios: por eso prometió el Señor a los blandos y mansos la posesión de la tierra, y en ella la seguridad que tiene quien posee: dando a entender, que alcanzarán más por su blandura y mansedumbre que los más feroces, y airados por sus desafueros, que nunca alcanzan seguridad, y pierden con facilidad lo que con violencia consiguieron. La causa porque se van los hombres tras los deleites y gustos, es por vivir en esta vida, contentos y consolados; mas no hallarán de esto tanto, como los que lloran sus pecados, y se abstienen de gustos, haciendo penitencia: por eso dijo Cristo, que los que lloran serán consolados. La causa porque hacen los hombres injusticias, y toman o retienen lo ajeno, es porque no les falte lo necesario para la vida o

porque no se hartan de tener; mas no hallarán tanta satisfacción, y abundancia, como los que cumplen perfectamente sus obligaciones, y guardan justicia de tal manera, que ni un punto quieren detener un pelo de lo ajeno; y así, Cristo señaló por premio de los que así aman la justicia, que no pueden sosegar hasta satisfacer a su hermano, que serán hartos y tendrán abundancia. La causa porque dejan algunos de hacer muchas obras de misericordia, *es* por no participar de las miserias: dejan de dar limosna al pobre, por no hacerse ellos pobres: dejan de visitar al enfermo, porque no se les pegue la enfermedad, y estén ellos enfermos; pero no conseguirán estar libres de estas miserias, como lo harán los verdaderos misericordiosos; por eso les prometió Jesucristo, por premio de la misericordia humana, la misericordia divina, empeñándosela para que les prevenga no caigan en miserias o si cayeren, les saque: porque la misericordia que usaren con el prójimo, Dios la usará con ellos; si procuraren la salud, y alivio del enfermo, Dios se lo concederá a ellos. No hay cosa, que excuse no oír los consejos saludables del Hijo de Dios, pues aun para lo temporal nos prometen más que el mundo puede dar. Más darán las obras de perfección a los hijos de Dios, que los vicios dan a los pecadores. ¿Qué avaricia hay, que pueda alcanzar lo que desea? Pero quien no desea nada por Cristo, alcanza más, que lo que puede desear toda codicia. Quien dejó todo lo que tiene consigue más que lo que tiene un Rey. ¿Qué ferocidad ha habido, que alcance tan segura posesión de una provincia, como se dice, que poseerán la tierra con su blandura los mansos? ¿Qué apetito desenfrenado hay, que alcance la suavidad, y consolación de los devotos penitentes, y lloradores de sus pecados? Yerran los pecadores el camino de sus deseos; no los alcanzarán tanto por sus vicios, como los que están en Gracia por sus virtudes, y los consejos de Jesús.

Los premios de las tres últimas Bienaventuranzas también son muy proporcionados con ellas. Promete Cristo a los limpios de corazón, que verán a Dios: porque así como los ojos limpios, y claros, son más a propósito para ver; así el corazón limpio está a propósito, para que se le manifieste Dios. Estar en paz consigo, sin dependencia de creatura, es muy propio de Dios, que esencialmente es independiente de otro. También el hacer paces es propio del Hijo de Dios, que pacificó los hombres con los Ángeles, y con Dios, y reconcilió la tierra con el Cielo, lo ínfimo con lo sumo; por esto se promete a los pacíficos, que serán hijos de Dios, porque se parecen a Dios, y hacen el oficio de su Hijo Cristo Jesús. La octava Bienaventuranza, así como es la firmeza de las demás Bienaventuranzas, así se le debe los premios de todas, como nota Santo Tomás, y por eso dice, se declara en ella el premio de la primera, volviendo de la última al principio para dar a entender, que consiguientemente se le atribuyen los premios de las demás que se siguen.

Todos estos premios de las Bienaventuranzas, se perfeccionan, y cumplen en el Cielo en la Bienaventuranza eterna, donde todas estas cosas son una misma cosa; pero porque de aquella Bienaventuranza cumplida, que contiene todos los bienes, no puede hacer cabal concepto nuestro entendimiento: por eso siendo ella una en sí, se nos declara por diversos bienes, de los que conocemos, como dice S. Crisóstomo: *(Hom. 15. in Matth. & hom. 6. exvar. locis in Matth.,* S. Thom. i. 2. *q.* 64. *artic. 4.)* y si bien se

mira, todos van ordenados a significar un tal bien y grandeza, que no se pueda desear mayor, subiendo de una en otra la grandeza del premio: porque a la primera Bienaventuranza se promete el Reino de los Cielos: luego se aumenta esto en la segunda, prometiendo la posesión: porque poseer la tierra de los vivientes, y de Promisión del Reino de los Cielos, es más que tenerla simplemente; porque muchas cosas se tienen, que no se poseen. Después de esto, más es vivir contento y consolado en el Reino, que no tenerle, y poseerle solo: porque muchas cosas se tienen y poseen con pena, y dolor. Además de esto, más es estar satisfecho, y harto, sin desear más, que es estar simplemente consolado, y contento: porque esta hartura significa la abundancia de contento, y consuelo. Añádase a esta hartura algo más en la misericordia, con que se significa, que dan a uno más de lo que merece, y puede desear. Sobre todo esto más es ver a Dios, porque no hay mayor favor, que no apartar un poderoso Rey a uno de su presencia. Últimamente, la suma dignidad en el Reino, y Casa Real, es ser hijo del Rey, y así por remate se promete la filiación perfecta de Dios. Todo esto puede tener quien está en Gracia por las Bienaventuranzas. En esta vida lo tendrá de la misma manera, que en ella puede ser, y en la otra cumplidísimamente: de manera, que tendrá dos vidas Bienaventuradas, una en la Tierra, otra en el Cielo.

CAPÍTULO VIII. La obra más connatural del que está en Gracia, es el amor de Dios, en el cual se debe emplear todo.

I.

Porque a todas las ocho Bienaventuranzas da vida e informa la caridad, sin la cual nadie se puede llamar Bienaventurado, sino desdichado, y maldito: y porque la caridad es el movimiento más principal y connatural a la Gracia, el cual no está sin ella: porque así como es natural al fuego calentar, así lo es al que está en Gracia el tener caridad, y al que tiene hábito de caridad es tan proporcionado el amor actualmente a Dios, como al ave bolar: y también porque la Bienaventuranza de esta vida consiste en la caridad, trataremos otra vez de esta nobilísima virtud: porque ha de ser la que principalmente ha de guardar, y conservar quien una vez ha adquirido la Gracia, que en ninguna manera se conservará sin caridad. Por esto dijo San Juan, que quien permanece en caridad, permanece en Dios; esto es en Gracia, y Dios está en él por la misma Gracia, para que entienda uno, que con verdadero dolor se ha confesado, que lo que ha de hacer de allí adelante, es solo amar más y más a su Creador, empleándose todo en ardiente caridad. Así *lo* encargó el mismo Dios al alma, que está en Gracia, diciéndole, que le pusiese como sello sobre su corazón, y sobre su brazo; porque no había de hacer otra cosa de allí adelante, sino amarle con el corazón, y con todas sus fuerzas, y obras, que se significan por el brazo, teniendo sellada su alma, y cerradas sus potencias para no salir fuera de sí a amar otras creaturas, que es lo mismo que nos intima aquel máximo mandato: *(Lc. 10, 27) Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, con toda tu anima, con todas tus fuerzas, y con todas tus mentes.* Aquí tiene en breves palabras declarado, quien ha nacido por la Gracia a vida divina, y se ha hecho una nueva creatura, qué operación y propiedad principal ha de tener. Una caridad total, y fortísima ha de ser la inclinación del nuevo hombre y celestial. Esta ha de ser la pasión de la nueva y soberana creatura, que se hace quien alcanza la Gracia: porque así como la Gracia es la más divina forma, que recibe el alma; así ha de tener la más divina, excelente y fuerte inclinación y movimiento de todas las creaturas que es la caridad. Por eso dijo Salomón, que el amor de Dios es firme como la muerte y le compara al fuego, que es la fuerza más activa, y el elemento más noble de todos. Ha de amar a Dios interior, y exteriormente, todo cuanto le sea posible. No hay en esto límite: por eso se dice, que le ha de amar con toda el alma, todo el entendimiento, todo el corazón, todas sus fuerzas; esto es, con todas sus potencias interiores, y exteriores, espirituales, animales, vitales y corporales. Ha de amar *a* Dios todo el corazón: porque no ha de haber cosa en que no busque a Dios, sin tener deseo de otra cosa, sino es a Dios, o por Dios; teniendo apurada, y acrisolada su intención: de manera, que única, y totalmente esté en él, viviendo *a* él solo, y muriendo *a* todo lo demás: porque es fuerte como la muerte el amor, y su emulación amorosa es dura, y constante como el sepulcro: porque así como la muerte, y la sepultura acaba, y consume todo lo que hay en un hombre, sino es su

espíritu, que le deja puro, sin mezcla de carne, ni sentido: así la caridad fina consume todo otro afecto, sino es el espiritual, y divino, de amar, *y* buscar únicamente *a* Dios. Por lo cual dice San Gregorio: (In cap. 8 Cant.) Lo que la muerte hace en los sentidos del cuerpo, eso hace el amor en las concupiscencias del alma. Hay algunos, que de tal manera aman a Dios, que desprecian todo lo sensible; y mientras en su intención miran lo eterno, se hacen insensibles para todo lo temporal. Pues en estos es el amor fuerte como la muerte: porque así como la muerte mata a todos los sentidos del cuerpo exteriores, y priva de su propio, y natural apetito; así también el amor en tales personas les fuerza *a* menospreciar todo deseo terreno, teniendo ocupada el alma en otra cosa a que atiende. A estos tales muertos y vivos, decía el apóstol, muertos sois, y vuestra vida está escondida con Cristo. Pues muerto el hombre a sí mismo, ha de vivir solo para amar a Dios, y ha de amarle con todo corazón y alma, porque ha de estar tan entrañado en lo íntimo del alma Dios, que con todas sus potencias, y afectos le ame, con la memoria para acordarse de él, con el entendimiento para contemplarle, y admirarle, y con la voluntad para abrazarle con todos sus afectos. En todas sus potencias ha de estar su Amado, sin cerrarle la puerta de alguna: porque si un poderoso Rey hiciese favor a un pobre hombre de entrar en su casilla, donde no tuviese si no tres, *o* cuatro aposentos, no fuera razón, que quisiese recibir a tan gran huésped en solo el rincón de una sala pequeña, sino todos los aposentos los procurara aderezar, y tendría abiertos, y dejara el paso, y entrada libre para todos: porque todo fuera poco, respecto de tan gran Majestad. De la misma manera, el que ama a Dios, no solo le ha de recibir en un aposento de su alma, sino en su memoria, y en su entendimiento y en su voluntad. En todos ha de hospedar al Señor del Mundo, y Creador suyo. No solo ha de emplear en su servicio un afecto de la voluntad, sino todos sus afectos, y sentidos: porque si uno que tuviese cinco, *o* seis criados, hospedase *a* un Rey, como hemos dicho, no mandaría a un criado solo que le sirviese sino todos quisiera se hiciesen pedazos en su servicio. De la misma suerte, quien ha recibido por la Gracia a Dios, no solo una pasión de amor, sino todas; el gozo, la alegría, el deseo, y todos los demás afectos ha de ocupar en Dios, y por Dios. A Dios ha de amar, de Dios solo se ha de gozar, con Dios se ha de alegrar, a Dios ha de desear. Inmenso es Dios, mayor es que nuestro corazón, y todos sus afectos no igualan a sola la bondad Divina; y así, debe ensancharse el alma, y dilatarse con los deseos, amándole cuanto se puede desear, y deseándole amar más que puede amarle. La amabilidad de Dios es en sí infinita, su beneficencia inmensa, su liberalidad sin medida, ni tasa. No puede haber en nosotros amor proporcionado ni el agradecimiento justo, ni correspondencia igual. Los deseos han de procurar salir a la demanda, y suplir con ansias lo que falta a las fuerzas. Aquellos Santos Serafines, que estaban delante del Señor, tenían seis alas, para darnos a entender la multitud de afectos, y deseos, que hemos de tener de Dios, amándole, y deseándole amar, y no cesando de esta dulce ocupación de día, y de noche. Así lo decía el profeta Isaías, que dice al Señor: *Tu nombre, y memoria está en el deseo de mi anima: mi alma te deseó de noche, y con mi espíritu*, y *de todas mis entrañas*, *velaré a ti por la mañana.* David dice, que deseaba a Dios, y tenía sed de él, como un ciervo sediento desea las aguas: de puros deseos no cesaba de llorar de día,

y de noche, sustentándose con pan de lágrimas. Estos deseos agradan mucho a Dios, y por eso llamó el ángel a Daniel, varón de deseos, y con ellos alcanzó ser oído del Cielo.

No son vanos estos santos deseos, como los de las demás cosas, que afligen mucho, y no aprovechan nada: mas los deseos de Dios son dulces, y se aceptan por obra: y así, las devotas ansias de servir más a Dios, de hacer y padecer más por él, tan verdaderas pueden ser, que valgan por las mismas obras, cuando no pueden ser; pero pudiendo ser, no habrá amor, si no hay obras: *El amor* (dice San Gregorio) *obra grandes cosas, si le hay; y si rehúsa el obrar, no hay amor.* No son verdaderos, ni de mucha estima los deseos, cuando pudiendo no llegan a obrar. Las flores han de parar en frutos, y el árbol que no lleva frutos, aunque lleve flores, no se tiene por de provecho. Por eso mandó Dios, que no le ofreciesen miel, con ser licor tan suave, porque se hace de solo flores, y de ningún fruto; y a Dios no le agrada tanto la suavidad de los deseos, cuanto la dificultad que se siente en la obra. También porque la miel se hace de varias flores, y nuestros deseos no han de tener variedad, han de ser de Dios únicamente, no hará de sí el alma digno sacrificio a Dios, que tuviere diversidad de deseos; no ha de andar turbada, como Marta, sobre muchas cosas. Esto advierte la ejecución del deseo divino, que se ha de poner por obra. Del corazón ha de salir al brazo y a las manos. Cosa, que agrada mucho a Dios, como él mismo dice: Ámelos en los entendimientos de sus manos; esto es, de sus obras, porque pusieron en ejecución lo que pensaron, y el afecto llegó a efecto. Se ha de servir a Dios, no solo con la voluntad, sino con todas las fuerzas. Por esto se dice ser fuerte el amor, como la muerte, porque no hay cosa más ejecutiva, que la muerte, la cual es certísima; así también el verdadero amor, ha de poner en ejecución sus deseos, y sus propósitos han de ser certísimos.

No ha de haber estorbo, que impida la ejecución de *los* santos deseos: no ha de haber agua, que pueda apagar las llamas de la caridad: de manera, que no se vea la luz de su fuego en las obras: ni la honra, ni la deshonra, ni el contento, ni el tormento, ni la hacienda, ni la necesidad, ni la muerte, ni la misma vida ha de ser parte para que dejemos de amar *a* Dios, y obrar por Dios. Y así se dice en los Cantares: *(8, 7) Si diere el hombre toda la sustancia de su casa por el amor*, *como si fuese nada la despreciará.* Nada es todo, respecto del amor de Dios; y por nada reputaba todo el apóstol San Pablo, por no verse apartado de la caridad de Dios. Cada uno debe formar en sí semejante resolución *a* la que tuvo San Pablo, cuando decía: *(Rm 8, 38-39) Cierto estoy*, *que ni la muerte*, *ni la vida, ni los Ángeles*, *ni los Principados, ni las Virtudes*, *ni las cosas presentes, ni las futuras, ni la fortaleza*, *ni la altura, ni lo profundo*, ni *otra criatura*, *nos podrá apartar de la caridad de Dios.* Considerando estas palabras del apóstol dice San Agustín: *(S. Aug. lib. 1. de Amor. Eccles. Cuth. cap. 11.) Nadie nos podrá apartar de la caridad de Dios, amenazando la muerte*; *porque esto*, *que es amar a Dios*, *no puede morir, sino es cuando no le amamos*, *como sea la muerte*, *no amar a Dios. Lo cual no es otra cosa, que anteponerle algún otro bien en amarle*, *y seguirle. Tampoco podrá apartar alguien del amor de Dios*, *prometiendo la vida; porque nadie apartará a otro de la fuente, prometiéndole agua. Tampoco apartará algún ángel*, *porque cuando nos unimos a Dios*, *no es más poderoso el ángel*, *que nuestra alma. Tampoco apartará*

alguna virtud, porque si esta virtud, que nombra el apóstol, tiene alguna potestad en este mundo; el alma que está asida de Dios totalmente, es más sublime, que todo el mundo: y si por virtud se entiende alguna afección buena de nuestro ánimo, si está en otros, nos ayuda para llegarnos a Dios; y si está en nosotros, nos allega. Tampoco apartarán las molestias presentes, porque entonces las sentimos más ligeras, cuanto más estrechamente nos juntamos con aquel de donde tratan apartarnos. Tampoco apartará alguna promesa de las cosas futuras, porque todo bien futuro más ciertamente le promete Dios, y no hay cosa mejor que Dios: el cual ya está presente a aquellos, que se llegan bien a él. Tampoco apartará lo alto, ni lo profundo: porque si estas palabras significan la alteza, o profundidad de la ciencia, no seré yo curioso, por no apartarme de Dios, ni me apartará de él la doctrina de alguno, que me quiera sacar de error, porque nadie puede errar, sino apartado de Dios. Y si por lo alto, y profundo se entienden las cosas soberanas, o infernales de este mundo, ¿quién me prometerá el Cielo porque me aparte del Creador del Cielo? ¿O qué infierno me aterrará para dejar a Dios, al cual si nunca hubiera dejado, no supiera qué era infierno? Finalmente, ¿qué lugar me apartará de la caridad de aquel, que no estuviera en todas partes, si estuviera comprehendido en un lugar? Esto es de San Agustín, en que muestra, como es imposible apartarnos de la caridad, si nosotros no queremos. Es propia pasión de la Gracia. Caridad es la ocupación de los hijos de Dios: es la acción más propia de las nuevas creaturas en Jesucristo; y las propias pasiones nadie las puede apartar de su sujeto: ¿quién podrá quitar al cisne su blancura, y a la piedra, que pese, y se caiga en tierra, y al fuego que se vaya a lo alto? De la misma manera, no hay poder creado, que no queriendo el justo, le pueda quitar la caridad. Y si uno no se quiere apartar de la caridad de Dios, no se aparte de obrar por Dios: porque obras son amores, y no buenas razones. Esta ocupación de amar a Dios, y obrar por Dios, la hemos de mirar, no solo como acción propia del que está en Gracia, como lo es del ave bolar, del ciervo correr, del hombre discurrir; sino como aquella acción en que consiste la Bienaventuranza de esta vida: porque como dicen los Filósofos y Teólogos: la bienaventuranza ha de consistir en alguna acción propia del bienaventurado. Pues la acción en que con todo rigor, y propiedad consiste la Bienaventuranza de esta vida, es el amor de Dios. Este amor con efecto, y con obras, ha de ser nuestra propia pasión, nuestra felicidad, nuestra Bienaventuranza, y así nunca, nunca nos hemos de apartar un punto de ella.

II.

Ni solo con las obras hemos de mostrar el amor que a Dios tenemos, sino con la paciencia, sufriendo mucho por él. Y así se dice en el Deuteronomio *(4, 29) Cuando buscares a tu Dios le hallarás; pero si le buscares de todo corazón, y con toda la tribulación de tu alma.* A S. Ignacio Mártir, por el amor que tenía a Cristo, todo tormento le parecía poco, y así decía: *(Hieron. de Scriptor. Eccles.) El fuego, la Cruz, las bestias fieras, el quebrantamiento de los huesos, y los demás tormentos vengan*

sobre mí, *con tanto*, *que goce de Jesucristo.* Cuando el alma le convierte toda a Dios con amor, dice San Agustín: (Lib. 1 de amor eccl. c. 22) *No solo no teme a la muerte*, *sino que la desea*; *y aunque* le *queda luego el batallar con los dolores*, *no hay cosa tan dura, ni tan de hierro*, *que no se venza con el fuego del amor, con el cual*, *cuando el alma es arrebatada para Dios*, *volará libre*, *y admirable sobre todas las tribulaciones de esta vida y con unas alas hermosísimas*, *con las cuales el amor casto anhela a abrazarse con Dios*; *sino es que digamos*, *que Dios consiente, que sean más fuertes los amadores del oro, los amadores de las alabanzas humanas*, *los amadores de mujeres*, *que no los que le aman a él siendo verdad*, *que aquel no se debe llamar amor*, *sino más propiamente concupiscencia*; *en la cual con todo eso se descubre*, *cuán grande es el ímpetu del alma para aquello que ama*, *para lo cual es arrebatada con una corriente infatigable*, *aunque fuese por inmensas dificultades. Lo cual es para nosotros argumento de cuantos trabajos hemos de sufrir*, *por no dejar a Dios*, *si aquello sufren tantos por dejarle.* Propone también el mismo Santo el ejemplo de la madre de los Macabeos, diciendo: *Ruego que me digas*, *qué se puede añadir a tan grande paciencia, pero qué otra cosa se podía esperar, si el amor de Dios*, *que estaba concebido en las entrañas de su alma, resistió al tirano*, *al verdugo*, *al dolor*, *al cuerpo*, *al sexo débil de mujer*, *y al afecto de los hijos.*

Con la paciencia se prueba el amor, y la hemos de tener para todos los trabajos y tormentos del mundo: no solo porque gocemos nosotros de Jesucristo, sino porque otros gocen de él: *Este es mi precepto* (dice el Hijo de Dios) *que os améis unos a otros, como yo os amo: nadie tiene mayor amor que cuando pone uno su vida por sus amigos.* Declarando esta sentencia del Salvador San Crisóstomo dice: *Haga uno grandes beneficios*, *reparta dones*, *sea bienhechor en la prosperidad, ame a los que le corresponden*, no *se podrá* com*parar con aquel que recibe en si las necesidades de los suyos, que se expone por ellos a peligros*, *y ofrece el cuerpo a la muerte, para librarlos de la muerte y reservar los vivos. Con las adversidades se prueba el amor, el afecto se tasa por los peligros, en las penas se examina la benevolencia, con la muerte se descubre la perfecta caridad. La* victoria del amor no es ofender, sino padecer, y sufrir hasta morir: y así, en la torre de David no había colgadas de ella armas ofensivas, sino defensivas. Mil escudos se dice, que pendían, de ella, para significarnos, como el verdadero amante de Dios ha de padecer, y recibir, como lo hace, este género de armas, que nunca huye los golpes del contrario, antes los sale a recibir, por guardar a su dueño: porque por guardar a solo Dios, y su Gracia en nosotros, hemos de sufrir todo, y admitir cualquier golpe. La mejor condición de un escudo es ser fuerte para sufrir, y es una excelente calidad del verdadero amor de Dios, sufrir mucho por él. Por esto decía Santa Teresa: *(Cap. 40 de su vida) Señor, dadme que os ame*, *que obre por Vos*, *y padezca*, *o muera.* ¡O Señor mío! y quien lo hiciera así, como esta Santa deseaba; mas no solo quisiera padecer, *o* morir por Vos, sino morir, y padecer, pues uno y otro hizo vuestro Unigénito por nosotros, que padeció, y murió. Muera, Señor, por Vos y viva padeciendo de tal modo, que sea vivir muriendo. Alárgueseme la muerte, y esté muriendo mucho tiempo por gozaros una eternidad. No solo hemos de padecer por Dios, sino padecer lo

que sería más que morir, y no cansarnos de padecer, ni morir por el que no se nos puede morir y nos ha de dar consuelo, y vida eterna. Más alegre será la vida venidera, cuanto más dolorosa fuere la muerte de la presente. Mientras más durare el padecer, más suave será el .gozar. Bien consoló S. Cipriano a unos Sacerdotes encarcelados por Cristo, diciéndoles: (*Epist.* 16 *alias. lib. 2 epist.* 4) *A mayores altezas subís con la duración de vuestro padecer: con el alargarse mucho tiempo, aumentáis vuestras glorias, no las escusas. Tantas serán vuestras alabanzas, cuantos son los días. Cuantos meses corrieren, tantos serán los aumentos de vuestros merecimientos. Una vez vence el que presto padece*; *pero el que dura en las penas*, *y lucha con el dolor, sin ser vencido, cada día es coronado.* Luego añade: *Cuanto más larga es vuestra pelea, tanto es más sublime la corona: uno el batallador, pero equivalente a gran número de peleas.*

III.

Finalmente, el amor que deben tener a Dios los que han conseguido su Gracia, ha de tener las condiciones, y finezas de verdadero amor, que señala Ricardo Victorino, (V. Supra l. 2 c. 8) que son, ser inseparable, insuperable, insociable, e insaciable. No ha de haber cosa que no se haga, ni padezca por Dios. A toda dificultad ha de rendir; a todo tormento ha de vencer el cariño y afición, que a nuestro Creador, y Redentor se debe: que esto es ser el amor insuperable. Fuera de esto, ni por un punto hemos de apartar voluntariamente, ni el pensamiento, ni el corazón de Dios, ni la memoria se ha de olvidar de él, ni la voluntad de amarle, y desearle; creatura ninguna, nos ha de apartar de tanto bien; esto es ser inseparable. Además de esto, no ha de haber cosa en nuestro corazón, que haga punta a Dios: no ha de haber en nuestra voluntad cosa, que se ponga al lado del sumo bien; únicamente se ha de amar quien siendo uno es todo; no es razón, que en compañía del amor divino entre otro afecto humano; todos los afectos creados, todos los corazones humanos, todas las voluntades de los ángeles, no pueden amar tanto, como hay que amar en sola una perfección divina: pues ¿cómo podemos quitar parte de nuestro corazón, para repatirle entre Dios, y la creatura? Si tuviéramos todos los corazones del mundo, no pudiéramos amar *a* Dios como merece: ¿cómo queremos cumplir no amándole aun un solo corazón entero? A Dios, que es todo, hemos de amar, y *a* nada de todo más: esto es tener amor a Dios, singular, e insociable. Últimamente, como sobre en Dios infinitamente más amabilidad, que hay amor en nosotros, no nos hemos de satisfacer, ni hartar de amarle con el alma, con el entendimiento, con la voluntad, con todos los afectos del corazón, con todos los sentidos del cuerpo, con todas las fuerzas del alma y cuerpo, con todas las potencias espirituales, y corporales le hemos de amar: y no bastará todo, aunque le amaramos con todo el amor e inclinaciones de todas las creaturas: y así, le hemos de amar insaciablemente. Con estas condiciones llega el alma a transformarse por afecto en divina, y la que por la naturaleza de la Gracia estaba divinizada por sus afectos, también se endiosa, cuando toda la intención, e inclinación de la voluntad es divina. Con razón exclama San Bernardo: *(Libr. De*

diligendo Deo) ¡O amor santo, y casto! ¡*O dulce, y suave afecto! ¡O pura intención de la voluntad! Tanto más pura*, *cuanto en ella no ha quedado nada propio*; *tanto más suave y dulce*, *cuanto todo es divino lo que se siente. Estar así dispuesto es deificarse: de la manera, que una gota pequeñita de agua echada en el vino, parece que falta en sí toda, pues toma el sabor del vino y el color: y de la manera que el hierro encendido*, *y hecho ascua, es muy semejante al fuego, desnudándose de su antigua y propia forma: y como el aire bañado de luz, se transforma en la claridad de la luz: de tal manera, que no tanto parece ilustrado*, *sino la misma luz: así es menester, que todo afecto humano se resuelva*, *y deshaga de sí mismo en los Varones Santos*, *y se transfunda totalmente en la voluntad divina.* Esto es de San Bernardo, que nos propone el blanco, y suma de amor a que hemos de aspirar. Procure con humildad el hijo de Dios por Gracia, anhelar a tanto bien, y corra para alcanzar la perfección de la caridad: *Corramos a esto* (dice San Agustín) *para alcanzarle, corramos corriendo*, *corramos esperando*, *y deseando*, corra*mos castigando al cuerpo*, *corramos haciendo con alegría*, y *corazón limosnas*, *dando bienes*, y *perdonando males: corramos orando para ayudar las fuerzas de los que corren*, *y de esta manera oigamos los preceptos de la perfección. No nos descuidemos en correr a la plenitud de la caridad.*

CAPÍTULO IX. Los que están en gracia no se han de contentar con obrar bien, y amar a Dios como quiera; sino intensamente, con todo fervor, y diligencia. Encargase aquel dicho del apóstol: "Nadie falte a la Gracia de Dios."

I.

Antes de pasar de aquí, quiero advertir una doctrina de Santo Tomás, que nos ha de ayudar mucho a ser muy fervorosos, obrando siempre según todo el caudal de caridad y Gracia, que tenemos: porque así como la caridad es el movimiento propísimo del alma, que está en Gracia; así también debe tener este divino movimiento toda intensión, y obra excelentemente, según toda la potencia, y facultad del hábito de Gracia y caridad que tiene, no dejando en sí virtud, que no la emplee; y esto sería amar a Dios por un modo maravilloso, con toda virtud, y fuerzas: como se nos encarga en el precepto de amor: para que nuestro modo do obrar sobrenaturalmente, sea como el modo de obrar naturalmente de los agentes naturales; porque así como el fuego, por ser su propia acción el calentar, y abrasar, siempre calienta: y no solo calienta como quiera, sino que calienta según toda la virtud que tiene, hasta abrasarle sin dejar parte de su facultad que no emplee totalmente, y esto pretende cuanto es de suyo; así nosotros debemos obrar por amor de Dios, con toda la intensión de la caridad que tenemos: porque en dejarlo de hacer así, podremos perder mucho, principalmente, según la sentencia de Santo Tomás que dice, que con los actos que no son fervorosos, sino remisos, no se adquiere luego la Gracia, que por ellos se merece, sino cuando se obra con actos fervorosos. En una parte dice estas palabras; (1. 2. q. 114.art. 8 ad. 6) *Con cada acto meritorio merece el hombre el aumento de Gracia,* como *también la consumación de ella*, *que es la vida eterna; pero así como no se nos dé luego la vida eterna*, *sino en su tiempo*; *así también la Gracia no se aumenta luego sino en su tiempo, conviene a saber cuándo está uno suficientemente dispuesto para el aumento de la Gracia.* Esta disposición que debe tener uno para recibir el aumento de Gracia, la explica el Santo en otra parte, diciendo: *(cap. 2 q. 114 art. 6) Aumentase la Gracia cuando uno la procura, poniendo conato para este mismo aumento.* De manera, que según el Doctor Angélico, es menester obrar de tal modo, que procuremos y forcejemos siempre por mayor Gracia, obrando con este esfuerzo, y haciendo actos intensos, y fervorosos como el mismo santo enseña, el cual dice, que multiplicados los actos de caridad, se vuelve el hombre más dispuesto y hábil para hacer otro acto de caridad; y creciendo esta habilidad y facilidad, se hace finalmente un acto más fervoroso de amor, y entonces se aumenta la caridad. No se declara menos Santo Tomás en los Sentenciarios, donde dice: (In 2 dis. 17 q. 2 art. 3 ad. 4) *Para que esté en el alma la última disposición para recibir* la *caridad,* (esto es, el hábito de caridad: y lo mismo se ha de entender de la Gracia) *se requiere, que el acto que hace sea según toda su virtud.* No debe el siervo de Dios amar a Dios con flojedad: no obrar tibiamente, sino con valor e intensión. La misma doctrina confirma el Santo en otro lugar, donde dice: (In 2 dis. 27 q. 1 art. 5 ad. 2*) No se halla en cualquier acto meritorio*

la condición, que es menester para conseguir el aumento de la caridad, sino solamente en aquel acto, en el cual se aprovecha uno de toda la Gracia que ha recibido, según lo proporción de sus fuerzas, de manera, que por negligencia no falte en cosa alguna a la Gracia de Dios. Siguiendo esta sentencia *del* angélico Doctor el devoto Teólogo P. Diego Granados, (In 2. 2. Controv. 3 de charit.) con otros muchos Doctores, concluye, que si bien con cualquier acto de caridad, por pequeño que sea, se merece Gracia; pero que esa Gracia no se la dan luego al que obra, sino cuando llega a hacer un acto tan intenso, y fervoroso, que iguale, y sobrepuje al hábito de Gracia, y caridad que tenía, en lo cual va a decir mucho, como luego anotaré. De suerte, que hasta que obre, según toda la facultad que tiene, y la emplee enteramente, no le darán más. No deja esto de tener su fundamento, y dejando para las escuelas razones más delgadas, parece que quien no ha hecho todo lo que puede con la Gracia que tiene, y las fuerzas que le dan los hábitos sobrenaturales con que está fortalecido, no tiene derecho para pedir más, pues de lo que tiene no se aprovecha: no ha empleado todo el caudal que posee, y así no tiene que quejarse, si no se le dan mayor: no negocia con todos los talentos que le han dado, ¿cómo puede ejecutar por otros nuevos? Si un Rey diese a un súbdito suyo gran cantidad de plata, para que negociase con ella, no tendría razón de pedir que le diese más, mientras no ha negociado con la que ha recibido. Si no quiere poner a ganancia toda la que le han dado para ese efecto, ¿por qué ha de pedir otra de nuevo? Dios da a los justos el aumento de la Gracia, y hábitos sobrenaturales en esta vida, para que con ellos obren cada día más fervorosamente: pues cuando no obran con *ellos* todo cuanto pueden, (dice un Doctor) *(Granados n. 6 Mat. 25)* sino que dejan ociosos algunos grados de ellos, no pueden con justicia pedir, que se los acrecienten. En el Evangelio vemos, que fue reprendido aquel siervo, que guardó ocioso el talento que le dieron, porque no granjeó con él. (Mt. 25, 14-30) Y así, no es digno de mucha alabanza uno, en cuanto tiene ociosos los dones divinos, por lo menos en aquel grado que exceden a la intensión de sus actos. Y si los que no responden a las inspiraciones divinas son privados de muchos auxilios, por flojedad con que responden; los que tampoco corresponden enteramente al hábito de Gracia, y caridad, que como dicen algunos, es como una habitual inspiración, no parece es fuera de razón, que no les den luego el aumento de Gracia, hasta que igualen a toda la Gracia que poseen.

Si esto es así, nos ha de hacer andar muy fervorosos, para obrar siempre intensamente, y amar a Dios con todas nuestras fuerzas; porque puede ir mucho en recibir un grado de Gracia mayor, antes *o* después, porque como hemos dicho más largamente, gravísimos teólogos enseñan, *(Supra l. 3 c. 9)* que cuanto más Gracia tiene actualmente uno cuando obra, tanto más valor da a las buenas obras que hace, aunque sean iguales en lo demás con las de otros; de suerte, que uno que obrase una misma obra, cuando tiene ocho grados de Gracia o cuando tiene dieciséis, merece con aquella obra, aunque sea en sí igual, mayor Gracia cuando tiene dieciséis grados, que cuando tiene ocho. Supuesto esto, quien no ve aquí el interés que puede ir en recibir el aumento de Gracia un mes antes o después y aun un día más presto; porque todas las obras buenas, que hace en aquel tiempo que hay hasta que le den la Gracia aumentada, van

más diminutas, y menos dignas; pero si le dieran antes el aumento de la Gracia, fueran más crecidas, y dignas. Y como es cosa de tan incomparable estima un adarme, y un átomo más de Gracia, cualquier cosa en que se pueda granjear más de ella, y no perder punto, es de grande consideración, y más, pues en este caso podrá suceder ir gran cantidad de más *o* menos Gracia. Fuera de que la Gracia es de sí cosa tan deseable, que aunque no resultara de ella otro interés, más que tener un grado de ella un día antes, habíamos de procurar con todas nuestras fuerzas no se nos dilatase; porque si cuando uno espera algún grande bien de la tierra, un día se le hace un año, y una hora un mes, y no quisiera sino luego tenerlo: con cuanta más razón se ha de desear no dilatar ni una hora un grado más de Gracia, si le podemos tener en este momento, pues vale más que todos los bienes de la naturaleza.

Bien veo, que las sentencias, que en este capítulo suponemos, no son generales, y comunes de todos los teólogos ni yo disputo ahora de su certidumbre; pero porque son de gravísimos Doctores, y muy fundadas y probables, las he referido: porque basta esto para hacer al que conoce la grandeza de la Gracia, que ande solícito, y fervoroso, pues no es cierto lo contrario. Y en cosa de tanta importancia, y tan notable diferencia, como habría en granjear más *o* menos Gracia, hemos de juzgar a lo seguro. Basta que podría ser, para asegurarnos mucho, y obrar siempre fervorosamente, cosa que de cualquier manera nos está bien, y el no hacerlo nos está mal, sin controversia, ni duda alguna. Anímense, pues, los siervos de Cristo, y crezcan de mil en mil: obren siempre intensamente: logren enteros los talentos recibidos, para que se doblen: empleen todo su caudal: no falten en nada a la Gracia de Dios: no dejen ociosa virtud de su alma: merezcan con toda diligencia más Gracia, y más siempre, agraden a su redentor todo lo posible: amen a Dios, como él merece, y lo encarga con todo el corazón, con toda el alma, con todo el entendimiento, con todas las fuerzas, con toda su virtud, que todo es poco.

II.

Para esto debemos considerar mucho un consejo del apóstol San Pablo, que él mismo nos encarga lo consideremos, y es este: (Hb. 12, 15) *Nadie falte a la Gracia de Dios.* Breve sentencia, pero que significa muchas. Nadie falte de estar en Gracia, nadie falte de procurar la Gracia, nadie falte de la Gracia, nadie falte a la Gracia, a nadie le falte igualar a la Gracia en sus obras y afectos, obrando intensa, y fervorosamente, según la Gracia recibida. A este fervor nos exhorta el mismo apóstol, cuando mandó, que atendiésemos a la Sentencia referida, porque en las palabras antecedentes había dicho: *Levantad las manos caídas, y remisas, y las rodillas descoyuntadas: haced con vuestros pies los pasos derechos para que no yerre alguno cojeando.* Cojear es andar con desigualdad: en lo cual se significa, que no ha de haber remisión, negligencia, ni cansancio, ni desigualdad, no correspondiendo a la Gracia, ni igualando su intención. Fervor es menester, no faltando a las inspiraciones de Dios, sino cooperando con la

Gracia, de tal manera, que igualen nuestros actos de virtud a su llamamiento, y dignidad. Con esto no faltaremos a la Gracia de Dios, ni faltaremos de la Gracia: porque corre peligro, que falte de la Gracia quien con veras no procura corresponder a ella. Esta es otra razón, que nos ha de obligar a todo fervor. (Vid. Justinia 4 Riberan.) Algunos Doctores explican al apóstol y lo coligen del texto griego, que quiso decir, que miremos no sea alguno destituido de la Gracia; pero ha de venir esto a hacer el mismo sentido, porque la Gracia no destituye, ni falta a ninguno, que la tiene; sino es que falte *a* la misma Gracia. Por lo cual dice San Bernardo; *(Ser. de Triplici custodia.) Todos nos quejamos, que nos falta Gracia pero con más justicia se queja la misma Gracia.* No hemos nosotros de faltar a ella con nuestra remisión y tibieza, porque no se guarda bien, sino con fervor y diligencia. Ponemos Dios en el estado de Gracia, como en un Paraíso ameno, y deleitable; pero no es para estar holgazanes. A Adán puso en el Paraíso Terrenal, para que obrase y le guardase; no dijo solo para que le guardase, ni dijo primero que le guardase, sino para que obrase. Luego se añade: *Y le guardase:* porque para guardar la Gracia hemos de obrar, y no ser remisos. Con esto perseverará la Gracia, si nosotros perseveramos en el fervor de santas obras, no dejándola baldía, ni sobrada, sino llenando, y cumpliendo su virtud, y llamamiento, imitando al apóstol San Pablo, que dijo de sí: *La Gracia de Dios no estuvo baldía en mí; pero trabajé más abundantemente que todos.* En lugar de estas últimas palabras dice la Iglesia, en el Oficio del mismo apóstol San Pablo: *Pero su Gracia se quedó siempre en mí.* De manera, que es lo mismo trabajar más cumplida y abundantemente que todos y perseverar la Gracia. Y para no estar en alguno vacía la Gracia, ha de procurar obrar mejor que nadie. No hemos de dejar partecita de Gracia baldía, que no la logremos. No hemos de despreciar nada, como el mismo apóstol nos aconseja. En una parte dice: *Mirad que no recibáis la Gracia en vano.* Y recíbase en vano, y en balde, cuando no se obra con ella, ni conforme a ella. Dícese, que se recibe en vano, cuando no hay obras, porque se pierde luego, y es como si no se recibiese. No quiere estar ociosa la Gracia, o como habla el apóstol, vacía. Bien dijo Gerson: *(Ser. de Domin. Evang. Plus aborret Gratia otium, quam vacuum.) Aborrece más la Gracia al ocio, que la naturaleza al vacío.* Porque no se dé vacío revienta por medio la tierra, y el agua sube a lo alto, queriendo antes perecer las naturalezas, que consentir *vacío.* Así también la Gracia, faltará del alma si hubiere ociosidad, y no se obrase bien. Esta diligencia encarga también el apóstol, cuando escribe a su discípulo: *No quieras despreciar la Gracia de Dios que está en ti.* Tanto se desprecia de la Gracia, cuanto no nos aprovechamos de ella; y tanto no nos aprovechamos cuanto pudiéramos obrar con ella, y no lo hacemos. Esto le pareció al apóstol un grande agravio de Dios, y de este singular beneficio. Y así, encargaba muy a menudo, que no dejásemos holgar Gracia alguna, teniéndola baldía, no llenando, ni igualándola con nuestras obras: *Sabía San Pablo* (dice San Bernardo) *(Serm. 54 in Cant.) que redundaba en desprecio del dador el menospreciar la dádiva, sin considerar para qué fue concedida; y esto juzgaba ser una soberbia intolerable: por lo cual, con grandísimo cuidado se guardaba de este mal, y enseñaba, que nos habíamos de guardar de él.* Guardémonos de tan gran mal: no despreciemos lo que es lo más

precioso del mundo, antes estimemos lo que es solo de estimar; no perdamos la Gracia, ni hagamos, que Dios la haya perdido en habérnosla dado, si no nos aprovechamos de ella: ¿*Por ventura (dice* el mismo S. Bernardo) (Serm. de Septem miseri.) *no se ha de reputar por perdido lo que se ha dado al desagradecido? ¿O no duele haberse dado lo que parece que ha perdido? Conviene, pues*, *que sea el hombre agradecido, y devoto: que desee no solo guardar los dones recibidos de la Gracia, sino multiplicarlos.* Estas ansias hemos de tener de multiplicar nuestro talento, con eso lo guardaremos, como un diligente mercader no deja estar ocioso su caudal, sino que busca siempre nuevas ganancias, y con una granjea otra; así nosotros, ni una partecita de Gracia dejemos baldía, sino procuremos con las gracias recibidas, recibir otras nuevas, y que se cumpla en nosotros lo que dijo Fausto Monge: *La Gracia nace de Gracia: los aprovechamientos sirven* a *los aprovechamientos*, *las ganancias a las ganancias, y los méritos hacen lugar a los merecimientos, para que cuanto más uno hubiere comenzado a adquirir, tanto más forcejee para adquirir: y cuanto más avarientamente ha cogido de los bienes de la Sabiduría*, *tanto más desee recoger: como la misma Sabiduría dice de sí: Los que me comen aún tendrán hambre.*

CAPÍTULO X. Como el que está en Gracia, para conservarse en ella, debe sustentarse de la fe.

I.

Así como por el estado de la Gracia sobrenatural, y divina, no debe tener el que le tiene el movimiento más divino, y acción más soberana que hay, que es la caridad: así también debe guiarse por el conocimiento más cierto, y sobrenatural de esta vida, que es la fe, como nos advirtió por el Profeta Habacuc, cuando dijo, que el justo vive de fe. La cual sentencia es tan digna de notarse, que la repite, y encomienda el apóstol. No se ha de guiar el que ha recibido Gracia por sentimientos humanos, sino divinos; no por engaños, sino por la verdad; no por tinieblas, sino por la luz, que nos trajo el Hijo de Dios del Cielo. Sepa el justo, que hubiere alcanzado la Gracia, que para perseverar en ella ha de vivir de Fe, y sustentarse de Fe, como de pan, y manjar proporcionado a su estado. Por esta Fe, de que se alimenta el justo, dice el Sabio, que el Señor le sustentó con Pan de vida, y entendimiento. Es Pan la Fe, que es manjar universal, y acompaña a los demás; porque en todas las cosas nos hemos de guiar por Fe, gobernándonos por las leyes del Evangelio, no por la Sabiduría humana. Y este pan es de vida porque con sus reglas solo viviremos la vida que hay de estimación, que es la de la Gracia: la cual perderemos, si nos gobernamos por los sentimientos mundanos. Es juntamente pan de entendimiento, porque la verdadera prudencia no es sino la del Hijo de Dios, que nos enseñó en su Evangelio: lo demás es ignorancia, error, tontería, falsedad, y tinieblas. Por este pan se dice en los Proverbios: *(9, 1-5) La sabiduría edificó su casa, labró siete columnas*, *ofreció sus víctimas, y sacrificios, echó agua al vino, y luego puso la mesa. Envió sus criados para que llamasen a todos, a que subiesen a los alcázares, y muros de la ciudad. Si alguno es pequeñuelo venga a mí: venid*, *y comed mi pan, y bebed del vino, que he mezclado para vosotros.* La Sabiduría Eterna, que es Jesucristo, no nos puede convidar a pan de ignorancia, sino de entendimiento, y luz. Para esto edificó su Iglesia, instituyó en ella los siete Sacramentos, ofreció sacrificio de sí mismo, y púsonos la mesa de su doctrina, con el Pan y Vino de la Fe, conforme lo declara San Dionisio Areopagita: para la cual convida a los pequeñuelos recién nacidos del Espíritu Santo por su Gracia. Pues con este Pan de la Doctrina del Hijo de Dios, se ha de sustentar, y vivir el Justo por Fe, ajustando s us obras, y sentimientos al Evangelio. No se ha de regir por la autoridad del mundo engañado, no por lo que persuade el demonio engañador, no por lo que dicta lo carne ciega, engañada, y engañadora; sino por la razón, por la verdad, por la Fe. El mundo dice, que es gran bien tener riquezas sobradas: Jesucristo dice, que son espinas, y que *es* tan dificultoso salvarse el rico, como entrar un camello por el ojuelo de una aguja: y a la pobreza encomendó tanto, que dijo ser Bienaventurados los pobres. La carne dice, ser gran dicha gozar con anchura, gustos, y deleites: Cristo dice, que el camino ancho lleva a la perdición y miseria, y que antes son Bienaventurados los que lloran. El diablo persuade, que es grande felicidad la dignidad, las honras, el mundo:

Cristo califica por Bienaventurados a los que son perseguidos, y humillados. ¿Cuál de estas doctrinas ha de ser pan de los justos, con la cual han de vivir los que están en Gracia? La que es pan y no rejalgar; la que es antídoto, y no ponzoña, la que es verdad y no mentira. ¿Y cuál puede ser esta sino la que nos enseñó el que es verdad, salud y vida, Cristo Jesús? ¿Por qué creemos, que Dios es Trino, y Uno, sino porque nos lo enseñó el Hijo de Dios? Pues el mismo Hijo de Dios nos enseñó, que no es mala la pobreza, ni la humillación, ni la mortificación; ¿por qué no lo creemos? ¿Por qué no lo confesamos así? Por cierto, que es de maravillar, cuantas herejías prácticas se disimulan, y aun alaban en el mundo. Mil herejías de estas contra la doctrina del Salvador, se dicen cada día, y no hay quien se extrañe ni escandalice de ellas, antes lo contrario, aunque es la misma verdad, se tiene por tontería y escándalo. No es otra cosa alabar a las riquezas, y honras, y gustos, y despreciar la pobreza, humillación, y severidad de vida, sino ir contra la doctrina de Cristo. ¡Que esto no solo se disimule entre cristianos, sino que no se repare en ello! Mucho es de admirar, que se sustenten los fieles, no de fe, sino de engaño de veneno, de hiel de dragones, no de pan saludable, digno es de lágrimas de sangre. No se habla en el mundo otro lenguaje, ni hay otro sentir, sino que ha de procurar uno hacienda, gran fama, y deleites. Tales hablas por herejías las hemos de tener. Contrarias son a la fe, opuestas al Evangelio, que aconseja despreciar todo; y no por bienes, antes por males, califica semejantes cosas. Ay de aquellos (como dice el Señor) que dicen bueno a lo malo, y a lo malo bueno, engañándote en el juicio de las cosas; y dichosos aquellos, que dan en la verdad. Ay de aquellos, que viven engañados con el mundo; y bienaventurados aquellos, que solo viven por lo que dijo Jesús, siguiendo su soberana doctrina. Ay de los pecadores, que viven por sus apetitos; y dichosísimos los justos que viven por fe. Teman los pecadores de tener nombre de cristianos teniendo obras de gentiles. Teman los que se llaman fieles de hacer obras de herejes. No digan con su vida lo que no se atrevieran a pronunciar por su lengua, que la doctrina del Hijo de Dios, no les agrada; porque Dios suele tener por dicho lo que por la obra se hace. Quejándose por el Profeta Malaquías de los sacerdotes de su pueblo, les hace cargo muy grande, porque decían: *La mesa del Señor es despreciada.* Estas palabras nunca dijeron aquellos sacerdotes, como nota San Gerónimo, y San Cirilo; pero porque hacían tales obras, como si así lo sintiesen en el corazón, Dios se enojó con ellos, como si lo sintieran, y pronunciaran con la boca, teniéndoles como herejes e infieles, porque sus obras eran tales. Temamos de decir con obra, lo que si lo dijéramos con la boca, fuéramos condenados por herejes. Tema mucho, quien dice, que la doctrina del Señor es despreciada. Tema si lo dice con sus obras, aunque con las palabras lo calle. A Dios no hay que engañar. La fe hemos de tener en la boca, y en el corazón: y si está viva en el corazón, estará en las obras.

II.

El uso y práctica divinísima de esta virtud torno a encargar, para que el justo viva, y

dure perseverando en Gracia. Busque en todos estos engaños la verdad, y en la verdad busque la fe, porque verdaderamente va mucha diferencia aun en el conocimiento de la misma verdad, de conocerse simplemente, a conocerse con viveza de fe. Mucha más eficacia tiene la verdad, cuando con la luz de fe se alcanza, persuadiéndose uno ser infalible aquello, y cosa tan cierta, y verdadera, como que Dios es verdad. Y así aquella mujer del Evangelio, que buscaba la dracma, no se contentó con la luz ordinaria, sino que encendió de nuevo una vela, en que se significa la fe para hallarla. Esto mismo debe hacer el alma devota en medio de las tinieblas de este mundo, para no tropezar, y dar de ojos*;* y para hallar la preciosa joya de la perseverancia, encienda la antorcha de la fe, actuándose siempre en sus verdades y examinando a su luz todas las cosas, y hallará que lo que al parecer del mundo es malo, y detestable, no es sino bueno y lo que más debe desear: y al contrario, lo que el mundo ama, busca, y alaba, es lo que debemos huir, como pernicioso, y malo. Bien declaró esto un Doctor Místico, con esta semejanza: (Fr. Thomás de Jesús, *Practica de la Viva Fe*) Como cuando la justicia ronda en una noche oscura, a cada uno que encuentra, saca una linternilla, o luz, que lleva secreta, para saber quién es, y muchas veces el que con la oscuridad de la noche, en el hábito exterior, aparece algún hombre desechado, mirándolo a la luz, suele ser alguna persona grave, y de cuenta: y al contrario, cuando piensa que ha topado con algún hombre de prendas, y de importancia, llegando con la luz, halla que es un sirviente u otra persona semejante. Así también mirando con anteojos del mundo (que suelen ser de larga vista y engañosa) la pobreza, la humildad, la sujeción de la obediencia *o* los trabajos pasados por Cristo, parecerán cosa desechada y abominable; pero aplicando los ojos, y linterna de la fe, hallarás allí grandes tesoros: y si miras la grandeza, y honra, con los mismos anteojos, sin duda la juzgarás por un bien incomparable; mas si aplicas la luz verdadera de la fe, no hallarás más que humo, vanidad, y mentira. De esta manera habremos de usar de la luz de la fe en las tinieblas de esta vida, procurando traerla siempre en la mano, llegando con su luz, como con una piedra de toque, a reconocer, y examinar cuantos pensamientos se nos ofrece. Pongamos otro ejemplo. Ofrécese un pensamiento de soberbia, diciendo, que será bien que te estimes, y que tienes parte para pretender esto *o* lo otro: llega entonces con la piedra de toque de la fe y con ella conocerás cuan despreciado mereces ser por tus pecados; y juntamente que toda la gloria de este mundo es basura y estiércol. Llega otro pensamiento de deleite o de riquezas, pónesle la luz en la cara, y quitándole el rebozo, y la máscara a este pensamiento, ves que no es otra cosa, sino inmundicia y suciedad, y que toda carne es heno, y que las riquezas y bienes temporales de esta vida, son más espinas que punzan, que bienes que satisfacen, para dar verdadera hartura: y por el contrario, ofrécesele a uno un menosprecio, una tribulación o trabajo, aplica la luz de la fe y de la verdad, con la cual echa de ver, que es gran bienaventuranza el ser menospreciado, y olvidado de los hombres, y que la Cruz, y trabajos, son los medios, y el camino Real del Cielo. Viendo esto con los ojos de la Fe, no deja uno perder la ocasión del trabajo y confusión; sino antes, como diestro artífice, que conoce la fineza de las piedras, éntrala dentro de casa, y recíbela los brazos abiertos. Esto es, pues, avivar la Fe, e ir con su luz quitando el rebozo, y la máscara, *a* todas las cosas, que se nos

ofrecen en esta vida, y descubriéndoles la cara que tienen, y lo que son en los ojos del verdadero Dios, y haciendo el caso de los bienes del mundo, como quien vive en otra región, del todo contrario a esta, donde las cosas se miran con otros ojos, y se pesan con diferente peso, y se estiman, y compran con diferente precio, donde la honra es vanidad y bajeza; la deshonra gloria; el deleite estiércol; el tormento y tribulación regalo; las riquezas embarazo y carga; la pobreza alivio, y descanso; finalmente, en esta espiritual región se juzga, y pesa el ser de las cosas con las balanzas contrarias a las que en el mundo se usan; porque en ellas se miran como en sí son, y no conforme a la opinión vana, ciega y engañosa del mundo.

Seneca dijo (Epist. 24),que acaecía de ordinario a los hombres que viven en este mundo lo que a los niños; porque a estos, si les quieren asombrar, y poner miedo, hacen que otro muchacho o criado, con quien suelen jugar, y conversar, se ponga una máscara, con cuya vista comienza luego el niño a temer y llorar amargamente, pensando ser alguna cosa terrible, y espantosa lo que se representa, no siendo más que otro muchacho como él, con máscara; y así el padre, para quitar el miedo al niño, llega y quita la máscara, y sale a plaza el muchacho que estaba con ella escondido, y el niño se ríe y pierde el miedo, viendo que es otro muchacho, a quien él diera de bofetones si le conociera. Todo esto es de Seneca. Y así aconseja a los hombres, que quiten la máscara a las cosas, que se les pueden ofrecer, aunque más se representen terribles, y duras. Este quitar la máscara a todas las cosas que parecen ásperas, duras *o* de gran desprecio en esta vida, (pero necesarias *o* convenientes para conseguir la eterna) lo habremos de hacer con la mano de la fe: hallaremos, que todo lo que se puede ofrecer, consiste en aprehensiones y opiniones: y si pasa más adelante a tocar en obras, mirando con fe el premio eterno, la Gracia, y lo que el Señor tiene prometido a los justos, que en él esperan, parecerá todo nada.

III.

Y por falta de esto, no parece sino que los hombres están durmiendo un profundo sueño *o* que están encantados, y ligados los ojos de la razón; como acaece a los que están hechizados, que les parece, que ven grandes palacios, prados, arboledas, y otras cosas semejantes, y no es sino que el demonio les tiene ligados los ojos, donde les representa estas especies, y semejantes imágenes; pero a la verdad, ninguna cosa de estas tiene realidad, ni existencia. El oficio de la fe es purificar el alma de estos engaños, y errores, y despertarla del profundo sueño y engaño, en que está puesta por la ceguedad del pecado. De donde se colige cuanta sea la necesidad de ella. Cuando un hombre está durmiendo vive engañado; porque como dicen San Agustín y Santo Tomás, cree y tiene por cierto, que aquellas imágenes, que se le representan en sueños son las mismas cosas reales; y así cuando sueña que el loco le sigue, teme vanamente que le hiera, y no es sino la figura, que el sueño le representa. Piensa el codicioso, que es tesoro el que durmiendo ha hallado y no es más que su imaginación, que se lo representa; y así hace de sus

imaginaciones historias, y de las historias imaginaciones; porque como predomina la imaginación, y por otra parte está ligada la razón, es necesario que ande todo desbaratado, como se echa de ver por experiencia en los locos. La causa es, porque la imaginación no está corregida por la razón: y así, necesariamente ha de hacer su oficio, que es representar las figuras, y especies de las cosas tan vivamente, como si fuesen realmente las mismas cosas. Y esto es por ventura lo que quiso decir Aristóteles, cuando dijo: *Imaginatio facit casum,* que es lo mismo que si dijera, que la imaginación de su naturaleza representa y aprende las especies de las cosas, como si verdaderamente fuesen las mismas cosas. Esto se entiende, mientras no está corregida, y desengañada de otra potencia superior, que es la razón.

Pues ¿qué remedio para sacar a este hombre, que está durmiendo, de este engaño? No hay otro, sino que venga la luz superior de la razón, y desengañe al hombre, que está tomado de su imaginación; y eche de ver, que aquello es engaño y vana representación. Y así vemos, que despertando del sueño, como también despierta la razón, que estaba ligada con la enajenación de los sentidos, juzga que es engaño, mentira y sueño todo lo que ha pasado, y entonces, mediante la luz de la razón, vuelve el hombre sobre sí, y tiene perfecto juicio de las cosas. Así acaece a los pecadores, que duermen un profundo sueño, de los cuales dijo bien el Profeta:(Sal. 72, 20) *Cuan sueño de gente, que anda en pie, desharás Señor, con la luz de tu verdad*, *las imaginaciones, y fantasías*, *que durmiendo han concebido;* y en otra parte: *Durmieron y soñaron los ricos, que eran bienaventurados y despertaron del sueño, se hallaron las manos vacías.* Donde lo mismo es, durmieron su sueño, que pasaron una vida tal, que no fue otra cosa sino un sueño, en el cual están los hombres como engañados, y absortos, entretenidos con las imágenes de las cosas, adormecidos con el canto de las sirenas y sonido, que les hacen las cosas temporales. Isaías (29) llama sueño a toda la felicidad de esta vida, porque no es más, que una representación de bien. De la manera, dice, que el que duerme sueña que come y bebe, y cuando despierta se halla con su hambre, y con su sed; así son los que gozan de esta felicidad mundana. ¡Que de cosas temen los hombres, que no hay que temer! ¡Que de veces se sueñan ricos, y dichosos, y no es más que sueño e imaginación de dicha! Esta es una de las causas, porque con razón podemos decir, que los pecadores, que tienen muerta y como dormida la luz de la Fe, no tienen cabal juicio, y conocimiento de las cosas, así como no lo pueden tener los que duermen. También podemos decir, que nace este engaño, y falta de perfecto juicio, de estar el hombre por el pecado, y por razón de los hábitos viciosos, y pasiones de que está cercado, enfermo, y como loco, y trastornado el seso. Los médicos, de ninguna señal tanto se aprovechan para conocer y entender, si un hombre está sano *o* enfermo, como mirarle a las obras que hace, y a los dichos, y sentimientos de las cosas. Si estos son buenos, y sanos, es cierto que tiene salud, y buena disposición en el juicio; y si lesos y dañados, infaliblemente está enfermo. En este argumento se fundó aquel gran filósofo Demócrito, para probar a Hipócrates, que todo el mundo estaba enfermo; y así, considerando este filósofo el juicio que tenía el mundo tan desvariado de las cosas, su vida era una continua risa, pareciéndole, que este mundo no era más, que una casa de locos, cuya vida era una comedia graciosa,

representada para hacer reír a los hombres: y la enfermedad, y locura, que a Demócrito era materia de risa, le era al otro filósofo Heráclito de sentimiento y de llanto. De la manera que cuando en una casa de familia, si está el hijo enfermo, y desvariando, el padre y la madre lloran y los criados, que no les toca ríen los disparates que dice: así considero yo estos dos filósofos: el uno que amaba mucho a los hombres y sentía mucho su enfermedad lloraba; y el otro, que desde afuera la miraba, se reía del mundo.

Confirmase también esta locura, y enfermedad, por los juicios tan varios, y engañosos, que tienen los pecadores, y mundanos de las cosas, los cuales nacen de los antojos de las pasiones, de que todo el mundo anda tomado. Todos los filósofos naturales convienen, en que las potencias, con que se ha de hacer algún conocimiento, han de estar sanas y limpias de las calidades del objeto que han de conocer; porque si no harán juicios muy varios y todos falsos. Finjamos, pues, cuatro hombres enfermos en la composición de la potencia visiva y que el uno tenga en el humor cristalino una gota de sangre empapada, y otro de cólera, y otro de flema, y otro de melancolía. Si a estos, no sabiendo ellos de su enfermedad, les pusiesen delante un pedazo de paño azul, para que juzgasen del color verdadero que tenía, es cierto, que el primero diría, que era colorado, y el segundo amarillo, y el tercero blanco, y el cuarto negro: y si estas cuatro gotas de humores las pasamos a la lengua, y les diésemos a beber un jarro de agua, el uno diría que era dulce, el otro que amarga, y el otro salada y el otro agria. Ves aquí cuatro juicios diferentes en dos potencias, por razón de tener cada uno su enfermedad, y ninguna dio en el blanco de la verdad, ni alcanzó el perfecto juicio de su objeto. La misma razón, y proporción se halla en las potencias interiores del alma, las cuales de ordinario juzgan, según el humor predominante, y pasión, que en cada uno reina. Y por esta razón dijo Aristóteles, que cual es cada uno, tal juicio tiene de las cosas: y del color que tiene el alma, corta también de vestir a las cosas que ama. El avariento juzga, y tiene por Dios al dinero: el soberbio hace ídolo de la honra; y el carnal pone su bienaventuranza en el deleite. Todos estos, aunque tienen ojos, no ven, y aunque tienen oídos, no oyen, y así se engañan, como tienen enfermo, y leso el órgano del sentido interior; y esta es la causa, que la muestra contrahecha del bien, la juzgan por bien verdadero; y el oro falso por acendrado, y fino; y la felicidad engañosa, y aparente, por la verdadera. Están embriagados con aquel vaso de vino de Babilonia que de fuera está dorado, y de dentro lleno de ponzoña. *(Ap. 17)* Ayuda el demonio también a este engañoso juicio, el cual como es tan gran pintor, dibuja tan al vivo las figuras de las cosas del mundo, que con no haber en ellas más de unas pinturas, que no pasan de unas líneas desnudas sobrepuestas en la superficie del bien, les hace creer que son figuras que tienen vida, y ser, y existencia de bien: como no sean más (como decía Platón) que unas sombras, e imágenes contrahechas de los bienes verdaderos. Con esto viven los hombres semejantes a las bestias, sin tener más discreción, que una de ellas, para distinguir de la apariencia a la existencia, y de lo vivo a lo pintado, abrazándose con la figura, e imagen del bien: y de esta manera se vive, y pasa la vida en un continuo engaño. Esto quiso dar a entender el Profeta *David,* cuando dijo: *(Sal. 38, 7) En imagen se pasa el hombre:* porque pasa la vida el hombre entretenido con las imágenes y apariencias de las cosas; y así, todo el

mundo viene a ser una tragedia, sin tener en sí más ser, que de una imagen pintada, como lo dio a entender el apóstol, diciendo: (1Co. 7, 31) *Pasase la figura de este mundo*. Figura, y pintura llama al mundo, porque los que viven en él se entretienen, y sustentan con las figuras con que él los engaña. Todos estos engaños significó el Sabio en breves palabras, cuando dijo: *Fascinatio nugacitatis obscurat bona, et transuerit sensum*. Tiene el hombre hechizado el sentido, y esto le hace no ver claramente los bienes y le es ocasión de tener trastornado el seso, estando los hombres como embelesados y encantados.

De todos estos principios y causas proviene la falsa opinión y estima que los hombres tienen de las cosas, y la balanza engañosa con que las pesan: porque están dormidos y si despiertos, tan enfermos y estragados los órganos del perfecto juicio, tan embriagados, y ciegos con las apariencias de los bienes de la tierra, que apenas hay quien juzgue las cosas como ellas son. Y esta es la ocasión, que David (Sal. 61, 10) llama tan *a* boca llena a todos los hombres, mentirosos, *y* engañados en sus balanzas, como si dijera, en sus juicios: porque todo es una continua mentira, y error, juzgando las cosas, que no son más que especies y representación de bien y felicidad, por la misma que es verdadera y eterna felicidad. Con razón dijo, que son balanzas y pesos falsos; en los cuales, si se pesa un punto de honra, en una balanza y en otra el Cielo, irá el punto a lo alto, y vendrá el Cielo al suelo: si un deleite en una, que es tan momentáneo y en otra el huir del infierno, irá la balanza de la eterna condenación tan baja que se irá uno al infierno, a trueque de no dejar su gusto. Pues no quiere Dios, que se pese con ese peso, sino con el del Santuario; esto es, el de la fe, que es peso verdadero y fiel. Pésense aquí los bienes celestiales, y temporales, y hallaremos, que pesa más un grado de Gracia, y caridad, que todo el mundo: un oprobio pasado por Jesucristo que todas las honras de la tierra. Cristo nuestro Redentor vino a poner precio a las cosas, y se lo puso con su ejemplo y su doctrina. Vio esta plaza del mundo desde el Cielo, y tantos mercaderes, y negociantes en ella, y dolíase mucho de ver tratar y contratar a los hombres en cosas de tan poca sustancia, y que empleaban su caudal en mercancías vanas. Decía desde el Cielo lo que en la tierra su Profeta Isaías: (Is. 55, 2) *¿Por qué pesáis plata para pagar lo que no son panes y empleáis vuestro sudor*, *y caudal*, *en cosas que no os pueden dar hartura*? Y viendo que sus voces no bastaban, bajó a la plaza de este mundo, se entró entre estos mercaderes, y como más sabio y poderoso, comenzó a descubrir la bajeza de las mercaderías, y los engaños y fraudes de los vendedores, que son los demonios, que tan caro venden la muerte, y puso precio a cada cosa, muy contrario al que corría; porque dio gran baja a lo que estaba en grande estima, y a lo que estaba muy bajo, le dio gran valor con su admirable enseñanza, y santísima vida.

Y así, el remedio que tiene este engaño, y desvariada locura de los hombres, es, que sobrevenga alguna luz superior de la doctrina de Cristo, que corrija el sentido, que no penetra más que la superficie de las cosas; así como cuando uno está durmiendo, sueña, y cree mil disparates; pero despertando, la razón corrige a la imaginación, y hace entender como no era más que sueño, y representación, lo que antes sonaba como verdad: y así, una potencia interior corrige a otra. De la misma manera se corrige un

sentido con otro, como lo vemos por experiencia en algunas hierbas, que nacen en los campos, las cuales miradas de lejos parecen muy hermosas; pero llegando a ellas, y tocándolas con las manos, dan de sí tan mal olor, que las sacude luego el hombre de sí, y corrige entonces el engaño de los ojos, con el tocamiento de las manos. Pues para salir el hombre de todos estos engaños, errores, y falsas opiniones, que ha concebido de las cosas con que el corazón está manchado y sucio, es necesario que despierte y avive la luz de la fe y verdad del Evangelio de Cristo, que está como muerta, la cual corrija, y purifique de estos engaños, así los sentidos, como la razón, y desengañe al hombre. De la manera que sucede a un caminante, que en una noche oscura, y tenebrosa pierde el camino, y el tino juntamente, se entra a obscuras a dormir en una cueva, hasta que le despierte a la mañana la luz del sol, y despertando se halla junto a algún león o basilisco, y mirando por otra parte, echa de ver, que si pisara adelante dos pasos más se despeñara, donde por ventura se hiciera mil pedazos. Todos estos peligros, que con la oscuridad, y sueño no veía, le descubre la luz del sol, y él no se acaba de santiguar, y admirar del peligro, donde sin advertirlo estaba puesto. Esto mismo pasa a los que dormidos en profundo sueño de muerte viven en este mundo, cuando les amanece, y despierta la luz de la fe, con que miran con otros ojos las cosas mundanas, y que todo era peligro de vida lo que uno tenía por felicidad, y que no eran verdaderamente bienes lo que él juzgaba, ni males lo que temía.

Esta luz de fe sana la vista del alma, quita las cataratas de los ojos, que son las pasiones que turban, y ciegan la vista; y así tiene por propio efecto purificar y limpiar los ojos del corazón, para que mediante esta luz juzgue el hombre, y con certidumbre discierna entre la verdad, y mentira, y descubra las pinturas vanas que el demonio pinta, y rastree los vivos de la eternidad; y así hace que los hombres vivan en verdad. Todo esto es lo que quiso decir el Profeta Habacuc, cuando dijo, que el justo vive de la fe; porque así como el pecador, y mundano vive con los sueños, e imaginaciones de las cosas, y se entretiene, y pasa con las figuras, y sombras, que su antojo y locura le representa, así vive de la mentira; el justo por el contrario, vive de la verdad de la fe y se sustenta, no con la superficie, y apariencia del bien, sino con la médula, y sustancia de él porque se sustenta con la fe, de la cual dijo San Pablo, *(Hb. 11, 2)* que era sustancia, para distinguirla de los accidentes, y sombras de las cosas transitorias, de que viven los mundanos. Esta luz es vida al justo: porque así como de la falsa estimación, que los pecadores tienen, sacan engaños de muerte; así de la verdad de la fe saca el justo luz, que le es principio de vida; porque con ella les va quitando el rebozo, y máscara, que el mundo tiene puesta a las cosas, y les descubre la cara y saca a luz el rostro, que cada uno tiene.

CAPÍTULO XI. Quien está en Gracia, se ha de conservar en gran pureza de vida, evitando cuanto pudiere pecados veniales.

I

Con el fervor de la caridad y viveza de la fe, que deben tener los que están en Gracia, han de purificar sus almas, y no permitir en ellas mancha de pecado aun venial, que no procuren evitar, andando dignamente delante de Dios, como dice el apóstol, *(Col. 1)* agradándole en todas las cosas; porque aunque se compadezcan con el estado de Gracia los pecados veniales, deslustran, y afean mucho al alma, que los tiene; y así, quien ha sido hermoseado con esta hermosura, no solo angélica, sino divina, no ha de permitir en sí la basura, asco y fealdad de culpas veniales, por lo menos advertidas; al fin son ofensas de Dios, y esto debe tener temeroso de no caer en alguna, al que ama con ternura a Dios: *Este tal* (dice Casiano) *(Collat.* 11. *cap.* 13*) se asombra aun de una delicada ofensa de su amor*; *y no solo en todas sus obras sino en sus palabras*, *está siempre muy atento, con una piedad atónita*, *no se le entibie el fervor de su caridad.* Por este cuidado y atención de no desagradar a Dios, aun en las cosas más mínimas, nos pintó la Sagrada Escritura los hombres justos, que están en Gracia, en aquellos santos animales, que estaban por todas partes llenos de ojos, así en las entrañas, como en lo de fuera; porque deben los siervos de Dios estar velando en todas sus obras exteriores, y movimientos interiores, no desdigan en cosa alguna, y falten al servicio divino, sino que remiren todo lo que hacen, para que sea santo, y perfecto, por mínimo que parezca; y así no tenían ojos aquellos Querubines, o divinos animales, solamente en las piezas mayores de su cuerpo, como pecho, espaldas, brazos, sino aun en las partes más pequeñas, en las manos, y en los artejos; porque no solo habían de mirar a no faltar en cosas grandes, pero ni en las pequeñas. Fuera de esto, el estar todos cubiertos, y vestidos de ojos, significaba la pureza de vida, que deben tener de allí adelante los que se han confesado, porque se deben guardar limpios como los ojos de la cara, porque no hay parte en el hombre más pura y limpia, y delicada, pues ni una pajita, ni un poco de polvo consienten: con cualquier cosa se lastiman, conservándose siempre purísimos y claros aun de las cosas más pequeñitas. Por esto dijo Salviano: (*Lib.* 3. *de Provid.*) *Queriendo el Salvador hacer a sus siervos de una perfecta*, *y sincerísima santidad*, *los mandó can gran prudencia evitar* a*un las cosas muy pequeñas*, *para que fuera tan pura la vida del hombre cristiano, como es pura la niña de los ojos: y como no admiten los ojos mancha del polvo, quedando salva la perfección de la vista*; *así también nuestra vida totalmente no permita mancha alguna.* Esto es lo que alaba grandemente Dios en los Cantares del alma que está en Gracia, que sea toda hermosa, y no tenga mancha alguna: y al contrario, le desagrada mucho cualquier mancha y falta, en cosa tan hermosa, como es un alma en Gracia. Y así ha dado a entender con notables demostraciones, lo que disgusta de los pecados veniales, aun en los mayores Santos. Basta por otros muchos ejemplos lo que se enojó con Moisés y Aarón, (Nm. 12) con ser tan amigos de Dios, y

fieles siervos suyos: pues del Santo Moisés dijo el mismo Señor que era el más fiel criado que tenía, y que hablaba con él boca a boca, como un amigo con otro: con todo eso, por una falta que hicieron, al parecer muy ligera o ninguna, les privó de la entrada en la Tierra de Promisión, castigándoles con quitarles la vida. *(Nm. 20)* Notable pena para una culpa, que si no nos advirtiera el mismo Espíritu Santo, que fue culpa, no lo conociéramos; y dejando Dios de castigar entonces con semejante rigor la murmuración y desconfianza de los demás Israelitas, y otros pecados graves de aquella gente: por culpa tan ligera se ofendió tanto, que no bastaron toda la amistad, ni los servicios antiguos, ni presentes, para aplacarle. Y siendo la oración de Moisés tan eficaz y acepta a Dios, que muchas veces alcanzó por ella perdón, para innumerables hombres, y de pecados gravísimos, no pudo para sí alcanzar perdón de la pena de su pecado: y porque se lo pidió a Dios, se enojó su Majestad con él, de modo, que no solo no le relajó la pena, sino le puso perpetuo silencio, diciéndole muy airado: (Dt. 3) *No me hables más de esto.* Tanto como esto quiere Dios a sus amigos puros y acrisolados, sin mancha, ni pecado advertido, por mínimo que sea.

II.

Toda circunspección es menester, porque si se abre la puerta para admitir con advertencia un pecado venial, se llenará el alma de ellos: y así se pide aquí con más razón, que no tenga ni una mancha, para que no tenga manchas; que no cometa un pecado, porque no caiga en más. Esto se significa en lo que sucedió a los Israelitas en el desierto, cuando habiendo fabricado solo un Dios falso, exclamaron: (Ex. 32*) Estos son tus dioses, Israel.* Lo cual considerando San Crisóstomo, dice: *Un becerro solo fue fabricado, y aclama el Pueblo desagradecido: Estos son tus Dioses: estos Dioses, dice mirando a uno: pues ¿por qué dice estos Dioses? Para mostrar, que no solo adora al que ve, sino que también anuncia la multitud de Dioses que tendrá.* Porque adorando a *uno* adoraría luego a muchos: Y es así, que torciendo en una cosa nuestro corazón para inclinarle a una creatura, se inclinará también a muchas, y faltando el respeto a Dios en una cosa, no parará en ella sola, sino que faltará en más, añadiendo pecados a pecados, como lo dice el Sabio y declara Fausto Monge, en la instrucción, que escribió a los monjes, en la cual les encarga este punto, como importantísimos: (*Institut. ad Monach.*) *De estos* (dice) *que no haciendo caso de las primeras negligencias, caen siempre de unas en otras, dijo el Sabio: El pecador añadirá al pecar. Veamos qué es esto de añadir más al pecar: es, que si me empezare a combatir la pasión de cualquier murmuración, si no tuviere luego dolor de este vicio, mañana me vendrá tanta facultad, o fuerza para cometerle, y para decirlo así, tanta suavidad que no me pueda apartar de él, ni contenerme; y así acontecerá, que aquel que al principio no se quiso enmendar, después ni quiera, ni pueda. Comencé a consentir en la soberbia. Quebranté la regla. Si no me pesa luego, la violencia de la costumbre me arrebatará de un día en otro, a hacerlo después de muy buena gana, y el ímpetu de la pasión hará*

que aún no entienda haber faltado, ni que sienta que he pecado: porque obscurece y hunde al entendimiento y sentido de la falta, la continuidad de faltar. Por esta causa mandó Dios *a* los hijos de Israel, que le ofreciesen los primogénitos y consagrasen las puertas y entradas de sus casas, con la sangre del Cordero, como nota San Gregorio Niseno, enseñándonos como hemos de ofrecer a Dios los primeros movimientos del corazón, cerrando la puerta a toda falta y pecado advertido. Porque como dice Seneca: *No alcanzarás que cese, si le permitieres empezar. Debilitado es al principio todo afecto, pero pasando adelante, él se apresura, y, mientras más pasa adelante, cobra fuerzas. Mas presto se le cerrarán las puertas, que se echará de casa y así resistamos a la entrada, porque con mayor facilidad no se reciben, que se salen.* Claro está, que andando cerrando las puertas a cosas menores, no podrán entrar las mayores; y si las abrimos a lo pequeño, entrará lo grande: y muchas veces podrá ser grande lo que nos pareció pequeño. San Agustín dice (Lib. 4 de Civil. c. 11), que se arrojó Adán a comer del árbol vedado, por tenerlo por pecado venial. Temblemos de todo pecado, no nos suceda esto alguna vez. Terrible caso pensar ser pecado venial lo que fue el mayor pecado del mundo, cuanto al daño que causó.

No solo son de temer los pecados veniales por su multitud, sino por ser disposición para los mortales, porque de las culpas menores se viene a las mayores; y así dice San Juan Crisóstomo: *Aunque los primeros pecados no pasasen a otros mayores, no se habían de despreciar; pero nos hacen este agravio, de subir siempre a más. Por lo cual, con todo cuidado y diligencia se han de arrancar totalmente los principios de los pecados: porque no has de considerar solamente la fuerza de la culpa, ni pienses, que es cosa pequeña pero entiende esto principalmente, que si no arrancares la raíz que ha de crecer de allí un gran pecado.* Fecundísima cosa es la culpa, y cada una como semilla de otras. El simiente, siendo una pequeña pepita, o grano, viene a producir un árbol grande; así de una pequeña falta suelen resultar muchas ramas de vicios, que llevan por fruto grandes pecados. A los principios se ha de resistir *a* la pasión desordenada porque si se deja a su natural, lo que primero fue ligero afecto, pasa a ser viva pasión, y de pasión crece a perturbación; de ahí sube a desvergüenza. De esta suerte viene poco a poco la hormiga a hacerse león. Es la culpa aquel monstruoso animal, que llama el Santo Job, hormigaleón: *Como quisiese el grande Job* (dice San Nilo) *(ln serm. Ascetico) mostrar las asechanzas de los deseos y vicios, compuso un nombre del más atrevido de los animales, que es el león, y del animal más vil de todos, que es la hormiga; porque los ímpetus de los deseos comienzan de unos pensamientos, pequeñísimos, que como las hormigas, van quedito arrastrando por tierra; y poco a poco crecen a tal grandeza, que como bravos leones son de espanto, y peligro a cualquiera. Por lo cual conviene, que como diestro luchador te tomes entonces a brazo partido con tu deseo, cuando allegando como hormiga, trae cebo más pequeño: porque si te acomete cuando ya tiene la grandeza,* y *fortaleza de león, con grandísima dificultad la vencerás.*

Se ha de asolar todo desorden de la voluntad, y destruir todo vicio, pasando de carnales a espirituales, de la naturaleza a la Gracia, no disimulando en nosotros movimiento, que no sea conforme al Espíritu Santo, y a lo que deben los hijos de Dios.

Esta fue la perdición de Saúl, como advierte San Gregorio Nacianceno: *Porque aunque fue ungido, y recibió el espíritu, y era entonces hombre espiritual, y también profetizó: con todo eso, no se entregó todo para que usase de él el Espíritu Santo, ni entera, y puramente se muda en otro varón, como decía el Oráculo; sino que quedé en* él *alguna cosa del fómite antiguo, y una pequeña semilla de mal.* Por eso vino a una tragedia lastimosa de muchos pecados gravísimos, hasta morir desesperado. Tanto mal es no acabar con todos los vicios, cuando se deja la puerta abierta una pasión, perdiéndose el respeto a Dios en lo poco, porque lo poco crece en mucho, y lo pequeño en grande y perdiendo la veneración a Dios en los pecados veniales, se perderá para cometer los mortales. Porque como enseña Santo Tomás: (1. 2. q. 88 art. 3) *El que peca venialmente en alguna cosa, que de su género no es más que ligera culpa, deja de guardar el orden debido: de donde viene, que acostumbra su voluntad a no sujetarse en las cosas menores al orden que se debe, por donde se dispone para que tampoco guarde su orden, respecto del último fin, eligiendo hacer aquello que es pecado mortal.* Y Cayetano dice: *Que una desordenación dispone para otra mayor, que quita la sujeción de la voluntad para con Dios.* Y así concluye el mismo Doctor: *De aquí tenemos, cuanto se ha de recelar uno de hacer costumbre de pecados veniales, pues de tantas maneras y tan peligrosas, disponen para el mortal. Por lo cual, con actos de contrición muy frecuentes, y no superficialmente hechos, cada uno de los pecados veniales por sus especies se ha de distinguir: porque estando habituados a ellos, no hallen las tentaciones al ánimo, dispuesto próximamente para el pecado mortal.*

III.

Débanse llorar mucho estos pecados, si tememos mucho el pecado mortal. No se han de consentir los peligros, si no queremos los daños. De maravillar es, dice el Venerable Padre Juan de Ávila, *(Tract. 9 de Sacrament.)* como nosotros estamos tan tibios, y tan lejos de sentir estas heridas, y tan flojos de pelear con nosotros mismos, teniendo tantos ejemplos de hombres santos, que tan amargamente lloraban, no solamente estas caídas veniales, más aun los primeros movimientos. Y aunque no los tuviesen, el verse inclinados a caer, les eran suficiente materia de lloro, y deseaban con grande ahínco salir de vida, en la cual, por mucho que uno viva recatado, ha de caer en pecados veniales, y si más se descuida, da consigo en los abismos del pecado mortal: cosa digna para hacer temblar a todos cuantos lo oyeren. Y por nuestros pecados, hay en algunos (aun en los que están en el estado de Gracia) tanto descuido para sentir esta enfermedad, y flaqueza, que de Adán heredamos, y en nosotros tenemos, que ni lloran, ni la temen, ni se les da nada por un primer movimiento, ni por caer en pecado venial. Conténtense estos con estar vivos, aunque muy cercanos a la muerte, mas viven grandemente engañados; porque de tener en poco aquellas enfermedades, ordinariamente resulta perder la vida del alma por algún pecado mortal. ¿Quién no juzgaría por loco a un hombre, que fuese por un camino, a la orilla del cual, por una parte, y por otra,

estuviesen unos hondísimos valles, que quien en ellos cayese se haría pedazos, y de solo mirarlos desde arriba se le desvanece la cabeza al hombre? Y si el hombre fuese por allí a pie, aun no sería la locura tan grande, porque puede mirar con diligencia donde pone los pies e ir poco a poco, y por ventura la grande atención le sería causa de escapar del peligro. Mas con qué palabras encareceremos la locura del hombre, que pudiendo ir seguro por medio del camino, quiere ir a peligro por el cabo de él, caballero encima de una bestia, que sabe poco de freno, que tira corcovos, que da faltos, y que es tal, que ir encima de ella por camino seguro aun es peligroso? Acuérdate, hombre, cuantas veces te ha acaecido sentir rebelde a ti, y sentir rebeldes a tus pasiones interiores, airarte donde has de ser manso, encenderte en malos deseos, queriendo ser casto, y así en lo demás. Si deseas huir de la espantable, y miserable caída de pecado mortal, no vayas tan cerca de esa misma caída pues la bestia que llevas es tan inclinada a pacer la hierba vedada, que no dudará, si ve una poca de hierba fresca fuera del camino, arrojarse con desenfrenamiento a pacerla, y cuerpo, y anima darán en las penas del pecado mortal. ¿Quién hay que quiera morar en los lugares pequeños, que ninguna defensa tienen, ribera de la mar, en tiempo que andan corsarios por ella, y llevan cautivos a los que no están como fuertes ciudadanos? Metete dentro en la tierra, mora en ciudades de muros, porque los corsarios son tantos, y tan fuertes, que aun hasta allí te seguirán, y tendrás harto que hacer en escaparte de sus peleas con la huida. No sé qué desventura es esta, que habiendo muchas cercas en una ciudad, y como las cercas, que son más interiores, sean más fuertes, y haya en ellas más gente, y más esforzada, y el amparo del rey esté más cercano, que queramos nosotros vivir en la primera cerca, donde la guerra es ordinaria, los muros más flacos, el socorro menor, y viendo por experiencia, que cada día hay allí muchos vencidos, y presos de los enemigos, y muertos con gran crueldad. El amparo de los que bien quieren vivir, Jesucristo nuestro Señor es; el lugar donde ampara a los suyos, su Santo Cuerpo Místico es, que por otro nombre es llamado Ciudad de Dios: y conforme a la Gracia y diligencia, que un hombre tiene, así vive más en lo de fuera, o en lo de dentro de esta ciudad; entre la cual, y los enemigos, hay tan continua, y tan cruda guerra, que aun algunas veces acaece llevar los enemigos vencido al que estaba muy dentro, y cerca del rey. Testigo de esto es San Pedro, testigo David, testigos muchos Santos del desierto, que de grande alteza de santidad, cayeron en la profundidad del pecado mortal. A unos de los cuales levantó la piadosa mano de Dios, para que nosotros no desesperemos en nuestras caídas, y a otros dejó por su justicia, y orden para siempre en el infierno, para perpetuo escarmiento, y aviso contra nuestra negligencia, y tibieza. Cristiano, si no se te da nada por caer en un pecado mortal, ay de ti! ay de ti! Si tienes balanzas para pesar su grandeza, y deseas salir de él, huye también de los veniales; porque aun mirando a solo ellos, hacen tanto mal al anima que ningún hombre cuerdo los debe admitir: más mirando a qué son escalón y disposición para caer en pecados mortales, todo buen cristiano, con todo cuidado y diligencia, los debe huir. La enfermedad tienes dentro de ti, y no una sola, mas muchas; y como dice San Cipriano, que si vences la ira, se levanta la soberbia, y si vences la soberbia, se levanta la deshonestidad, &c. Y quien quiere no ser vencido de algún enemigo de estos, razón es,

que vele; y el enfermo que quisiere sanar, debe curarse, y sufrir los trabajos de la cura, y no salir de ella hasta que sane. Acuérdate bien, que muchas veces enojado el Señor con la tibieza, y viendo en cuan poco le estima el que la tiene, alza su mano de él; y como en el Apocalipsis (3) lo ha amenazado, así lo cumple, vomitándolo de sí, y dejándolo caer en algún pecado mortal, para que el tal hombre tibio, siendo herido con golpe tan recio, despierte del sueño tan peligroso en que estaba, y entienda lo que no entendía y cuán mal caminaba, pues dio tan miserable caída. Y así como el soberbio, cuando es azotado, con caer en algún pecado mortal vergonzoso, entiende la soberbia en que estaba, por el castigo, y lo echa de sí, humillándose con gran confusión; así el negligente, herido con golpe del pecado mortal, debe entender, que la causa de aquello fue el descuido, y tibieza con que vivía; y avergonzado, y lastimado con el efecto, debe poner remedio en la causa, levantándose por la penitencia, y andar su camino con más diligencia que antes. ¿Qué es esto, cristianos? ¿Qué es esto? Que en las cosas temporales está nuestro deseo tan vivo, y va tan adelante de lo que debemos, que no hay quien se contente con ruin capa, si la puede tener buena, ni con pocas cargas de uva de su viña, si puede hacer que haya más. La fruta, que comemos, ni la queremos demasiadamente madura, ni que esté mal sazonada. Pequeña falta en un manjar nos descontenta de manera, que no le queremos comer. El servicio que nos hacen, querémosle que sea presto, y con buena gracia. Quien puede estar sano y recio, no se contenta con estar enfermo. Pues ¿por qué, siendo tan adelantados en escoger lo mejor en todas estas cosas, somos tan apocados en contentarnos con lo menos en las cosas que valen más? Cogemos la ceniza, y derramamos la harina; y los que desean tener mucho de tierra, no se les da nada por tener mucho del Cielo: y para donde era menester la verdadera codicia, allí tiene una vergonzosa hartura: cosa muy reprendida de la Divina Escritura. Y si leemos al Bienaventurado San Pablo, hallaremos con cuanto peso y cuantas veces nos amonesta, que desocupados de todo lo que nos puede impedir, corramos con ligereza a la Celestial Joya, para posesión de la cual, Dios ha llamado a los cristianos por su misericordia, y que no nos contentemos con tener el principio de la virtud, sino que crezcamos en ella, y que perfeccionemos nuestra santificación en el temor del Señor. Esta misma doctrina nos enseñan los Santos incitándonos al aprovechamiento, y perfección de la virtud, y reprendiendo mucho nuestra tibieza, enseñándonos, que con gran cautela huyamos los pecados veniales, y con lágrimas, y buenas obras los deshagamos, cuando en ellos cayéremos, y con las demás cosas, que la Iglesia tiene ordenadas; de manera, que el cuidado del cristiano no ha de aflojar, ni dar de buena gana sueño a sus ojos, hasta que a lo menos viva sin caer en pecado mortal. No debe caer en él el hombre cristiano, y según hemos dicho, para no caer en él, conviene huir de los pecados veniales. Y este fundamento echado, con el cual tendrá esperanza de ser salvo por la misericordia de Dios, añada sobre esto el edificio de la plata, y oro, y piedras preciosas, y la purificación de su anima, el colmo de la caridad, según mas pudiere con *la* Gracia del Señor. De manera, que nunca ande su anima por el camino de Dios descuidada, ni floja; mas herida con la espuela del temor o amor, procure con dilatado corazón correr el camino de la Ley de Dios, alcanzando su perfección, o trabajando por alcanzarla; porque como San

Bernardo dice: A los unos, y a los otros contará el Señor por perfectos.

IV.

Importa unirnos con Dios en todo, no apartándonos de él ni en la cosa más pequeña del mundo: *No solo* (dice S. Juan Crisóstomo) *(hom. 8 in epist. Ad Cor.) nos fiemos de llegar a Cristo, sino pegarnos con él, porque perecemos si de él nos apartamos. Los que se alejan de ti, dice la Escritura, perecerán. Agarrémonos, pues con Cristo, y peguémonos a él por los hechos y obras, porque el mismo Señor dice: El que guarda mis mandamientos, ese se queda en mí. De muchas maneras nos une a sí. Considera como él es la Cabeza, y nosotros el cuerpo: entre la cabeza, y el cuerpo no ha de haber en medio alguna división: él es el fundamento, nosotros el edificio: él es la Vid, nosotros los sarmientos. Todas estas cosas significan unidad, y no permiten que haya algún vacío en medio, por mínimo que sea. Por lo cual, esto que parece poco, no es poco, antes verdaderamente es casi todo; y así, cuando faltaremos un poco o fuéremos negligentes y perezosos, no dejemos de hacer mucha caso de aquello poco.* No es por cierto poco un pecado *venial* pues trae consigo muchos; y multitud de cosas pequeñas, no es cosa pequeña: porque un monte no es pequeño, aunque consta de menudas arenitas. No es poco por cierto un pecado venial menospreciado, pues dispone para cosa tan grande, como el mortal; una centellita de fuego despreciada, suele ocasionar que se queme una casa. No es pequeño el pecado venial, pues nos va despegando de Cristo, pues es ofensa de Dios, que es infinito; pues los Santos, que juzgaron bien de las cosas, las tuvieron por grande mal. Y así nos advierte San Bernardo: *(Serm. de Conv.* S *Paul) Nadie diga en su corazón, cosas ligeras son estas, no tengo que cuidar de corregirlas, no es cosa grande que persevere con estos pecados veniales, y mínimos: porque decir esto es impenitencia, esto es blasfemia contra el Espíritu Santo, blasfemia irremisible. De* esta manera sienten los Santos de la gravedad de los pecados veniales, no mirarlos como pequeños, pues ofenden a un Dios tan grande. No es malicia corta la que es de disgusto de la bondad inmensa. No es poco lo que impide mucho bien, y hace mucho mal. No es de poca consideración lo que dispone para cosa de tanta consideración, como un pecado mortal. Dañosísimos son los pecados veniales, porque aunque no quiten la vida al alma, le quitan las fuerzas, la salud, la hermosura, la limpieza, los buenos respetos; y no es poco mal estar enferma, flaca, fea, y asquerosa, y ser descomedida con Dios: no le quitan la caridad: pero la enfrían, y le quitan su fervor; y la perfección que había de tener: la desvían de su fin, y del camino para él, impidiendo su aprovechamiento espiritual: la oscurecen, y estorban el conocimiento de las cosas eternas: impiden el fervor de la oración, quitan la devoción, y consuelo espiritual: estorban la perfección de las buenas obras; e impiden muchas, con pérdida de muchos, y grandes méritos, y grados de gloria, que cualquiera de ellos vale más, que millones de mundos: resisten al Espíritu Santo, para que no entre tan liberal con sus inspiraciones en el alma, a la cual hacen que se detenga en el Purgatorio antes de entrar en el Cielo.

Considerando todo esto San Efrén, di*ce* aquella sentencia, digna de considerarse: *(In Serm. Ascet.) Las pasiones se engendran en el alma de causas mínimas*, *y si no se destierran luego del corazón*, *brotan en un infinito desprecio de las cosas divinas, y de la propia salvación.* Esto es de este prudentísimo Santo: y San Crisóstomo dice: *(In Psalm 6) Cuando sintieres alguna pequeña perturbación, no la desprecies por ser pequeña, sino comidera cuantos males engendrará.* Temamos, pues, tanto mal en tan pequeñas piezas. Temamos del grande veneno, que pueden escupir tan pequeñas sabandijas. Tome el siervo de Dios el consejo que le da San Gregorio Nacianceno: *(Orat. 31) Guárdate inaccesible en palabra, obra*, *vida, pensamiento*, *movimiento*, *y cualquier impulso. Por todas partes te está atalayando*, *y escudriña el espíritu maligno*, *mirando donde te herirá, y sacará sangre, si te halla desnudo*, *y descubierto para ejecutar el golpe.* Y así en todo, y por todo hemos de estar prevenidos, no consintiendo culpa alguna, por pequeña que sea, ni disimulando afecto desordenado, aunque perdamos por ello vida hacienda, y honra. Con ser tan preciosa a los ojos del mundo la nobleza del linaje, sabiendo Santa Teresa de Jesús, que inquiría de la suya, aunque notoria, su Provincial le dijo con vivo sentimiento: *Padre*, *a mi basta ser hija de la Iglesia Católica*; *y más me pesaría haber hecho un pecado venial, que ser descendiente de los más viles*, *y bajos hombres del mundo.*

CAPÍTULO XII. No solo con la pureza del alma, sino del cuerpo se ha de procurar conservar la Gracia.

I.

A la pureza del alma, que debe procurarse para conservar la Gracia, ha de ayudar la del cuerpo. Y así dijo S. Pedro Damiano: *El alma del hombre no está a propósito para el don de la Gracia Divina, sino es que primero este seca de todo humor de gusto carnal.* Y S. Crisóstomo dice: *La vid impura extingue al Espíritu.* Más claramente lo dijo San Bruno: *Si no se apagare el fuego inferior*, *no podrá lucir el superior. La lujuria es el fuego inferior pero el superior que otra cosa es*, *sino la Gracia del Espíritu Santo.* No solo debemos a este Soberano Espíritu que recibimos, cuando se nos infunde la Gracia, hospedarle en alma santa, sino en cuerpo santo. La santidad del cuerpo ha de acompañar a la del espíritu; y así como la santidad del alma es la Gracia; así la santidad de la carne es la castidad, y pureza, según hablan muchos Padres, y lo aprendieron del apóstol, el cual dice a los cristianos que han recibido la Gracia *(1Ts. 4, 4)*: *Sepa cada uno poseer el vaso de su cuerpo en santificación, y honra, no con la pasión de su deseo*, *como lo hacen los gentiles*, *que no conocen a Dios.* Llama santificación, y honra del cuerpo, guardarle puro y casto; y así, la castidad es la santidad de la carne y la honra del hombre. La razón porque se han de esmerar hasta en la pureza corporal, sin hacer aun los menores pecados en esta materia, los siervos fieles de Cristo, que están en Gracia, da el mismo apóstol, que es por hacerse con la Gracia recibida templos del Espíritu Santo. Escribiendo a los ciudadanos de Corinto, dice (1Co. 3, 16): *No sabéis como vuestros cuerpos son Templo del Espíritu Santo*, *que habita dentro de vosotros. Y* otra vez repite (1Co. 3, 17): *No sabéis, que sois Templo de Dios*, *y el Espíritu de Dios habita en vosotros*; *si alguno violare el Templo de Dios*, *el mismo Dios le destruirá.* Miremos cuanta limpieza requería Dios en el Templo de Salomón, y en el Tabernáculo de Moisés, por estar en ellos la Ley, siendo todo sombra, y figura de este Templo del Espíritu Santo, que es el hombre cuando está en Gracia. El Templo de Salomón fue Templo muerto, el que está en Gracia es Templo vivo; y así se requiere tanto más pureza en este, cuanto va de la muerte a la vida. Cosa es para maravillar, el cuidado que Dios puso en la hermosura y limpieza del Tabernáculo, y después del Templo. Con mandar hacer Dios el Tabernáculo solo como para de prestado mientras se hacía el Templo, puso tanto cuidado en su hermosura y limpieza, que toda la materia de que se había de hacer, y que había de servir en él, quiso que fuese escogida, limpia, preciosa, oro, y plata, ricos brocados, hermosas telas, piedras preciosas, madera escogidísima, que era de Setin, muy estimada, incorruptible, y limpísima; y no contento con eso, aunque era madera tan pura, y rica, la mando cubrir de oro. Además de esto, tuvo particular cuidado para que no hubiese en todo él, ni una mancha; y así, habiendo mandado hacer un candelero, y velón, con siete lámparas que ardiesen en él, ordenó que fuese todo de oro purísimo: y para que no se manchase, ni cayese una gota de aceite en

el suelo, o alguna pavesa humease, lo previno con muchas vasijas, y despabiladeras: todo con tanta curiosidad, y aseo, que hasta los pábilos de las luces que se despabilaban, quiso que se echasen en vasijas de oro purísimo: y para mayor limpieza, quiso que aquel aceite fuese preparado con varios olores y aromas. Fuera de esto, para que no se ensuciase el Tabernáculo, ni cayese en él un poco de polvo, mandó hacerle una y otra cubierta, para cuando estaba armado: y después, para cuando se deshacía, cada parte de él había de tener su cobertor, para que no la pudiesen tocar con las manos. Toda la obra quiso que fuese tan prima, y hermosa, que por sí mismo dio el Señor la traza, no solo de palabra, sino después de haber instruido en ella al Santo Moisés, le remitió al modelo, y planta que de todo le mostró; y para que se ejecutase mejor, infundió milagrosamente arte y ciencia de ello a algunos oficiales.

Pues si para depositar la Ley fue menester tanto aparato, riqueza, aseo, y limpieza: para recibir y conservar la Gracia, ¿qué pureza será necesaria? Dos Tablas de la Ley fue menester, que se guardasen en una arca riquísima de madeira incorruptible, y toda cubierta de oro, que es metal más incorruptible, y más precioso de todos. La Gracia, que es la vida eterna, bien merece también guardarse en un cuerpo incorrupto, y limpio, más precioso, y puro que el oro. Toda esta lindeza, y aseo tan limpio del Tabernáculo, nos dice cuan puro, y limpio debe ser, aun en el cuerpo, quien quiere conservar en él al Espíritu Santo y que para conservar su Gracia, es menester mucha limpieza de cuerpo, y alma.

Pues qué diré del Templo, que mando Dios a David dejase ordenado hiciese su hijo Salomón, que era ya casa de asiento de Dios, y significaba ¿cómo había de ser el que había de perseverar en Gracia? Fue tan magnifico, tan rico, tan limpio, y admirable, que si la Sagrada Escritura no nos lo dijera como verdad infalible, no se pudiera creer. (2R. 5 & 6) Los oficiales, que continuamente se ocuparon en su fábrica por espacio de siete años, fueron más de doscientos mil, sin los sobrestantes, y maestros, que fueron tres mil seiscientos; para mayor limpieza, no se trabajó en su sitio; porque en él no se oyó martillada, ni ruido de escoda, sino en otra parte fuera de la ciudad, donde se labraron las piedras, y madera. Era de mármol precioso, bruñido, y muy pulido, todo limpísimo. Mando fuera de esto, que se cubriese de tablas de cedro, que es madera incorruptible, labradas de torno, y escultura, para significar cuan puros, y ajenos de corrupción de carne habían de ser los cuerpos de los que por Gracia son Templos del Espíritu Santo. No se contentó con esto, sino ordenó, que aquellas mismas tablas se cubriesen de planchas de oro purísimo: hasta el mismo suelo, con ser de mármol muy bruñido, y limpio, mandó cubrir de oro fino, también muy puro. De modo que el *oro que* se gastó en él, fue una cantidad espantosa: solo lo que dejó allegado David para esta obra, sin lo que añadió Salomón, dice la Sagrada Escritura, que fueron cien mil talentos de oro y un millón de talentos de plata; y según la cuenta más verosímil, era cada talento cosa de dos arrobas y media: de manera, que vienen a ser doscientas cincuenta mil arrobas de oro; y de plata dos millones y medio de arrobas. Las cosas que ordenó Dios para su limpieza son innumerables, porque en este género fue más de lo que se puede imaginar. Y con ser esto así, no le pareció a Salomón que era Casa digna para Dios; y así dijo: *¿Por ventura,*

es creíble, *que habite Dios con los hombres en la tierra? Si el Cielo, y los Cielos de los Cielos no son capaces para Vos, Señor*, *¿cuánto más incapaz será esta casa, que he edificado?* Mire el que se acaba de confesar, en quien habita el mismo Espíritu Santo, qué puede decir, y cuan exquisita, y grande pureza debe conservar en su carne, sin hacer pecado, aunque fuese el más pequeño en esta materia, cuan preciosa ha de ser la castidad de su cuerpo, que es Templo de Dios vivo. Aquel Templo de Salomón fue sombra: él es la verdad. Aquel Templo fue Templo muerto: él es Templo vivo. Aquel Templo fue para guardar la Ley, y la letra que mata, como dice el apóstol: él es Templo de la Gracia, y del Espíritu Santo, que vivifica. Mire con qué cuidado, y rigor debe guardar una notable pureza de alma, y cuerpo, no permitiendo ni pecado venial en su espíritu, ni movimiento sensual ilícito de su carne. Aprenda del rigor con que mandó Dios se guardase limpieza en todas las cosas, que tocaban a aquel Templo muerto, amenazando con pena capital de muerte, no solo a los que contaminasen los vasos del Santuario; pero aun el tocarlos, y el mirarlos descubiertos. En el libro de los Números se dice: (Nm. 4) *No toquen a los vasos del Santuario*, *porque no mueran. Y* luego se añade: *En ninguna manera miren con curiosidad las cosas que están en el Santuario*, *antes que se envuelvan*, *porque de otra manera morirán.* Y en el Levítico se dice: (Lv. 19) *Los que llegan al Señor santifíquense, porque no les hiera.* Para eso había tantos lavatorios, y purificaciones. Pues si para llegarse corporalmente a aquel Altar material del Templo, y otras partes interiores, se requería tanta pureza, para que el Señor se llegue al alma, y hábito en ella, y tenga por Templo su cuerpo, ¿qué pureza será necesaria? El Profeta Isaías dice: *(52) Lavaos los que lleváis los vasos del Señor.* Si llevar solo, y tocar los vasos del Señor, requería pureza: para ser vaso vivo de Dios, ¿qué limpieza será razón que se procure? Los panes de la Proposición, por solo que se ofrecían en el Templo, se ponían en una mesa de oro, y se amasaban en mesa de oro purísimo, y se cocían en horno de oro, como dice Nicolao de Lyra, y otros autores; pues quien es por Gracia Altar de Dios, y Hostia, y Templo, ¿cuán precioso debe ser, todo acendrado, y puro en espíritu, y carne?

Pues el modo con que habían de entrar los Sacerdotes en el Santuario, todo está representando limpieza, y significando la castidad de los que por la Gracia están consagrados a Dios; porque no había de poner el Sacerdote pie en aquel lugar, si no se lavase primero, y vistiese de ciertas vestiduras muy limpias de lino blanquísimo: *No entrará en el Santuario (dice* la Sagrada Escritura, hablando del Sacerdote) (Lv. 16) *sino es que primero se vista de una túnica de lino*, *y* se *cubra con calzones de lino*, *y ciña con un cinto de lino y ponga en su cabeza cidari de lino. Estas vestiduras son santas, con las cuales todas se vestirá después que estuviere lavado.* Todo había de ser de lino blanco, porque en todo ha de ser puro, y limpio, y casto en quien ha entrado Dios; porque no es más entrar un hombre en el Santuario, que entrar el Espíritu Santo en el hombre, y hacerle su Santuario. Pues el alma que recibe a Dios en sí por Gracia, se ha de lavar lo primero con lágrimas de verdadera penitencia, y contrición, y con la Sangre del Hijo de Dios, que se le aplica en los Sacramentos, donde están las fuentes del Salvador. Después se ha de vestir toda de lino blanco; esto es, que ha de conservar su

cuerpo puro, y casto, que es como una túnica del alma. La vestidura de lino blanco significa con mucha propiedad la castidad, porque el lino no nace de carne como la lana; y para venir a la limpieza, y blancura que tiene, cuesta mucho trabajo y afán. Después de sembrado, regado, cogido, y seco, lo vuelven a mojar, y secar muchas veces; y luego lo macean con muchos golpes, y lo deshacen: después lo rastrillan, lo hilan, y curan al sol, secándolo, enjugándolo muchas veces: aun después de todo esto, es menester para conservarlo limpio, y blanco, lavarlo a menudo con jabones, lejías, y coladas. De la misma manera la castidad, ha de costar muchas diligencias, y trabajos de penitencias: muchos golpes de disciplina, deshaciéndose el hombre viejo: con cilicios se ha de rastrillar; en la oración, a la luz del Cielo, se ha de beneficiar; y después de alcanzada, para conservarla, no ha de haber descuido, sino que con fuertes lejías de ceniza, con humillaciones, y penitencias, se ha de sustentar: de manera, que tenga el cuerpo par ejercicio de virtudes, la limpieza, y pureza, que por su naturaleza no tiene.

II.

Otra cansa, porque conviene a los que están en Gracia conservar sus cuerpos en la santificación, y honor de le castidad *o* continencia es, porque, como habla el apóstol, se hacen miembros de Cristo, espejo de toda pureza, y limpieza; y así, exhortando a la castidad, dijo San Pablo: *(1Co. 6, 15). No sabéis*, *que vuestros cuerpos son miembros de Cristo.* Esto es más que ser Templos. Y si por ser el que está en Gracia Templo del Espíritu Santo, debe tener la pureza que hemos dicho, que en su comparación fuese sombra, y horror toda la pureza, y lindeza del Tabernáculo, y Templo de Salomón; por ser miembro vivo del Hijo de Dios, ¿qué pureza conviene que tenga? Es purísimo Jesús, es castísimo; y así, quien se hace un cuerpo con él, ha de ser castísimo, purísimo, limpísimo. Bien dijo el Bienaventurado Tomás de Villanueva: *Todas las cosas quiere limpias el que es autor de pureza: eligió una madre muy limpia, y purísima: amó más que a los demás al discípulo virgen: quiso ser envuelto en una sábana limpia, y nueva*; *y en un sepulcro limpio, donde nadie se había enterrado*, *quiso ser sepultado*: *de aquellos que son limpios de corazón es contemplado*; *y de aquellos que son limpios de cuerpo, es poseído.* Pues si aquello, que solamente tocaba a su cuerpo, sin hacerse uno con él, quiso fuese limpio: ¿cómo podrá sufrir menos limpieza en el que se hace un cuerpo con el mismo Cristo por la Gracia? El discípulo para amarle, el contemplativo para mirarle, el sepulcro para enterrarle, la sabana para envolverle, su madre para criarle, todo quiso fuese limpísimo: ¿cuán limpio debe ser el que se hace un cuerpo con la misma limpieza, y pureza? Quien se hace miembro de carne tan casta como la del Hijo de Dios, castísimo debe ser. Mucho es por cierto para considerar, como sujetándose Cristo a todas las penas, y miserias de la naturaleza humana, no quiso que en su concepción, y nacimiento, y las cosas que le tocaban, hubiese falta de pureza, en orden a lo cual atropelló con todas las leyes de naturaleza. No tuvo por cosa indigna de su persona tan noble humildad, como arrodillarse a los pies de Judas, y ponerse en manos del demonio,

para ser llevado al pináculo del Templo, y ser abofeteado, y escupido su rostro santísimo, ser ajusticiado públicamente entre dos ladrones *a* título de blasfemo, traidor, y alborotador del pueblo, y ser escarnecido de todos; pero no tuvo por conveniente, que su Santísima Madre padeciese algún detrimento de su pureza, y en orden *a* esto violó los fueros más constantes de la naturaleza: no quiso nacer sino de Madre Virgen, porque ama la pureza su cuerpo purísimo: y ahora en el Cielo anda acompañado de Vírgenes, como dice San Juan. *(Ap. 14)*

Mire, pues, el cristiano, que ha recibido en su alma un ser tan divino, y puro, como el de la Gracia, cómo ha de procurar, que corresponda a ella la pureza de su carne. Considere quien está en su alma, que es el Espíritu Santo, con qué pureza le debe conservar. Una pureza infinita era necesaria. Atienda, que se ha hecho parte del Cuerpo purísimo del Salvador del mundo, en quien los ángeles más puros se miran, y trátese puro, como quien es parte de la misma pureza: guarde en su alma toda limpieza, y en su cuerpo rara castidad, si quiere guardar la Gracia que es purísima, y de tener en sí al Espíritu Santo, que es limpísimo, y quedarse unido en Cristo nuestro Redentor, que es castísimo. Tiemble de todos pecados, por mínimos que sean, que manchan al alma. Tiemble principalmente de los de carne, que manchan alma, y cuerpo, y no hay pecados por los cuales se haya perdido más presto, ni más veces, ni se conserve menos la Gracia, que por estos: y así he querido con particularidad advertir el peligro que hay en ellos, para que esmerándose un cristiano en no faltar en esta parte, asegure más su Gracia, y viva más conforme a la dignidad de la misma Gracia, y limpieza del Espíritu Santo, cuyo Templo se hace, y según la pureza de Jesucristo, en cuyo cuerpo se incorpora. Si para que el Hijo de Dios estuviese nueve meses en las entrañas de su Madre Santísima, fue menester, que ella fuese Virgen, y más pura, que los ángeles: claro está que te conviene gran pureza, para que el Espíritu Santo esté en ti eternamente, y seas uno con Cristo, sin apartarte de él jamás.

CAPÍTULO XIII. Cómo se puede conocer, que uno está en Gracia. Y cuanta debemos procurar hacer cierta nuestra predestinación.

I.

Con todo este cuidado ha de andar el siervo de Dios nuestro Señor para conservar la Gracia, y asegurarse en ella, cumpliendo lo que nos amonesta el apóstol San Pedro: *(1, 10) Hermanos andad más ansiosos de hacer por medio de buenas obras cierta vuestra vocación, y elección: porque haciendo esto, no pecaréis alguna vez, y así se os franquee ahora abundantemente la entrada al Reino de Nuestro Señor, y Salvador Jesucristo.* Este consejo del apóstol San Pedro es de gran consuelo para el alma, y juntamente de grandísimo provecho. ¿Qué consuelo del mundo puede igualar a lo que es certificarse uno, que obrando bien, ayudado del favor divino, estará en Gracia, y que podrá asegurar su predestinación? Bien tan grande, como la amistad de Dios y la elección eterna al Reino de los Cielos, no es para dejar de darnos cuidado: no hemos de perdonar cosa por asegurarnos de ello; un punto más que pueda el cristiano asegurar su Gracia, y salvación, lo ha de hacer, si tiene juicio aunque le costase todos los trabajos del mundo. De procurar esto se seguirán dos provechos muy notables, fuera de la paz y gozo espiritual, que vendrá al alma con mayor certificación de bien tan grande; el uno es, que no hará jamás pecado mortal; el otro es, que entrará con más abundantes merecimientos en el Cielo: porque obrando siempre bien, y mejor, como es menester para certificarse el cristiano de que está en Gracia, no pecará mortalmente, porque así asegura su salvación, y juntamente irá aumentando sus merecimientos con la continuación de buenas obras, con que tendrá más copiosa gloria en el Reino de Jesucristo. Digamos, pues, cómo podrá uno llegar a certificarse, que está en Gracia. Para lo cual se ha de suponer la doctrina de graves Doctores, fundada en las Letras Sagradas, y Santos Padres de la Iglesia, y es, que aunque uno, sino es con especial revelación, no puede saber con certidumbre de fe, ni con evidencia, ni infalibilidad total que está en Gracia, lo cual nos conviene mucho para estar siempre humildes *y* obrar; con certidumbre moral puede uno llegar a entender con mucha humildad, que está en amistad, y Gracia de Dios como se colige de algunos lugares de la Sagrada Escritura, *y* de lo que dicen San Ambrosio, San Cipriano, San Cirilo, San Agustín, San León, San Gregorio Magno y San Bernardo, y largamente lo aprueba el Padre Francisco Suarez. El mismo San Pablo dice, que estaba cierto, que no le apartaría ninguna cosa de la caridad de Dios, y lo mismo es de la Gracia. Esto dijo, no teniendo revelación de su predestinación, como sienten San Juan Crisóstomo, y San Gregorio*, si*no por otras circunstancias, que le daban satisfacción, y algunas certezas, que aunque no evidente, es de gran consuelo. Verdaderamente, no es de poca consideración esta certidumbre moral, y más si fuese la que según prudencia excluye duda, y sospecha de falsedad, como cuando uno está cierto de una cosa, después que se lo han certificado muchos testigos dignos de grande crédito, y mayores de toda excepción, sin que ocurra razón probable de

sospecha contraria. Supuesto esto, las señales por donde se puede colegir, que tiene un alma Gracia, y los bienes que trae consigo, nos las significó el Real Profeta David, como advierte Alejandro de Alés en el salmo cuarto, cuando después de aquella pregunta: *¿Quién nos mostrará los bienes?* Esto es los bienes verdaderos, que es la Gracia; porque en ella están todos los bienes temporales necesarios, que con ella se suelen dar, y ella trae los espirituales, y la misma Gracia vale por todos los bienes. Luego añade tres cosas, con que da a entender, cuales han de ser las señales que nos mostrarán en nuestra alma las riquezas de la Gracia. La primera es, cuando dice: *Señalada está sobre nosotros la luz de tu rostro.* La segunda cuando dice: *Le diste alegría a mi corazón.* La tercera, cuando dice: *En paz dormiré en él y descansaré.* De donde colige este sabio Doctor, que la luz superior de desengaños, la alegría espiritual de la buena conciencia, y la paz verdadera del alma, son señales de que está uno en Gracia. Estas tres cosas corresponden a tres particulares facultades del alma, que perfeccionan, y ordenan la luz a la parte racional, la alegría a la concupiscible, la paz a la irascible. Pues cuando sin tener conciencia de pecado mortal, que se haya dejado de confesar, está la razón, y verdad en su punto, con la luz de fe, que no se deja engañar de los sentidos, ni tiene estimación de lo temporal, sino que juzga por nada todo bien caduco de la tierra, y teniendo el alma propio conocimiento de sí, conoce su vileza, y se desprecia como merece, y tiene digna estimación de los bienes espirituales, y eternos, en cuya contemplación se ocupa de buena gana, teniendo grande, y continuo cuidado de la oración. Cuando se alegra en Dios solo, y en él tiene puesto su deseo, y gusto, no amando cosa creada, sino al Creador, y a lo demás por él teniendo en todas cosas pureza de intención deseando, y buscando únicamente la Gloria de Dios. Cuando tiene paz en las adversidades, no se enoja contra los que le agravian, no aborrece sino al pecado, cuyo odio ha sentido con larga experiencia: de manera, que no ha caldo en él por mucho tiempo, y está con resolución firmísima de padecer todos los males posibles, antes que cometer una culpa; entonces puede haber alguna certidumbre que tal alma está en Gracia.

A estos tres puntos de la luz sobrenatural, alegría espiritual, paz santa, se vienen a reducir otras señales, que más en particular especifican los Santos, para que uno esté en Gracia. San León dice: (Serm. 8 de Epiph.) *El que desea saber, si por ventura está en él Dios, de quien se dice: Admirable es Dios en sus Santos*; *escudriñe lo interior de su corazón con sincero examen*, *y haga sagaz inquisición, con qué humildad resiste a la soberbia*, *con qué benevolencia contradice a la envidia como no se deja alagar de las lenguas de los aduladores, cuanto se huelga con los bienes ajenos, si por el mal que ha recibido no desea volver mal, y quiere antes olvidarse de muchas injurias, que borra la imagen, y semejanza de su Creador, que con beneficios generales convida a todos para que le conozcan, y llueve sobre los justos, e injustos, y hace que nazca el Sol para buenos, y malos: y porque no se canse la consideración de la discreción solícita, mire en lo escondido de su alma, si está la madre de todas las virtudes, que es la caridad*; *y si hallare en sí intensamente al amor de Dios, y del prójimo de todo su corazón, de manera que desee para sus enemigos lo mismo que desea para sí*; *quien fuere de esta manera, no dude habita en él Dios*, *y le rige.* Todo *esto* es de San León. Y con la

misma resolución dice S. Bernardo (Serm. 2 de Resur.): *Así como conocemos la vida del cuerpo por su movimiento así también la vida de la fe se conoce por las obras buenas. La vida del cuerpo es el ánima, por la cual se mueve y siente. La vida de la fe es la caridad, porque obra por ella, como en el apóstol lees*: *La fe que obra por el amor. Por lo cual resfriándose la caridad*, *muere la fe, como muere el cuerpo apartándose el alma. Pues si tú vieses algún hombre extremado en obras buenas, y alegre en el fervor de vida,* no *dudes sino que en él está viva la fe, teniendo indubitables argumentos de su vida.* Esto es de la vida espiritual de la Gracia, de la cual habla el Santo. En otro sermón, dando las señales de la predestinación, dice: *(Serm.* 2. *de Octav. Pascha. infine.) Que haya venido sobre uno nuevo espíritu, lo testifica certísimamente el nuevo modo de vida; y porque lo diga brevemente, tener testimonio de la sangre, agua, y espíritu, como habla San Juan, es, si te contienes de pecar, y si haces frutos dignos de penitencia, si haces obras de vida.* De manera, que el no pecar, el hacer penitencia, el obrar siempre virtuosamente, da San Bernardo por señales, que está en uno el Espíritu Santo, y su Gracia. San Gregorio dice: (Lib. 1 Dialog.) *El alma que se llena del Espíritu Santo*, *tiene sus señales muy evidentes*, *conviene a saber*, *las virtudes*, *y la humildad*, *las cuales dos cosas*, *si concurren en un alma, es cosa clara*, *que trae consigo testimonio de la presencia del Espíritu Santo.* Si bien estas señales de San Gregorio no las podrá conocer quien las tiene, sino otros: porque aunque otras virtudes las suele conocer quien las tiene: la humildad se le encubre, y por humilde que sea, no entiende que lo es. San Crisóstomo dice: *Esta señal hay*, *que tenemos a Cristo y que el Espíritu Santo está en nosotros*, *cuando nuestros cuerpos están de manera, que no se diferencian de aquellos cuerpos*, *que están cerrados en los sepulcros. La* perfecta mortificación da este santo por señal de la Gracia de Dios, cuando está uno tan muerto a las cosas del mundo, y al sentido, y apetitos de la carne, como los mismos difuntos, teniéndole sin vida mundana la sepultura de la mortificación, y vida cristiana, que debemos vivir después del Bautismo, o del Sacramento de la Penitencia Y así dice S. Ambrosio: (Serm. 51) *El Bautismo de Cristo* (y lo mismo se ha de decir de la Penitencia) *es para nosotros sepultura en que hemos de morir para los pecados y sepultarnos para las culpas*, *y resolviéndose la conciencia del hombre viejo*, *nos reparamos en otro nacimiento. Grande es la Gracia de esta sepultura*, *en la cual se nos da una muerte vital*, *y una vida más vital. Grande*, *pues*, *es la Gracia de esta sepultura, la cual purifica al pecador, y vivifica al que muere.* San Agustín *(Tract, 5 in Epist. 1 Joan)* da con San León la caridad por señas de la Gracia y así dice: *Nadie pregunte a otro hombre: cada uno vuelva a mirar su corazón*, *y si ve que tiene la caridad fraterna*, *esté seguro que ha pasado de la muerte a la vida:* la cual vida es la Gracia. Esta señal es conforme a lo que dice el Evangelista S. Juan, y se ha de entender, cuando la caridad del prójimo es verdadera, y nace de amor de Dios, al cual acompañan otras condiciones que le siguen. Si tiene el alma el afecto interior puesto en Dios continuamente, y esto ha sido mucho tiempo, con propósito eficaz de nunca ofenderle, con oración continua, ejercicios de obras santas, y frecuente uso de los Sacramentos, como es el de la Penitencia, confesando los pecados veniales con gran dolor, procurando tanta contrición de ellos,

como si fuesen pecados mortales, y también si frecuenta la Eucaristía con diligente preparación, y devoción: *Verdaderamente* (dice el doctísimo devoto, y teólogo el Padre Suarez) (Sup. n. 6) *consideradas todas estas cosas*, *no poco puede crecer el conocimiento, y certeza moral de la Gracia.*

II.

He querido poner estas sentencias de los Santos, para que vea el estimador de la Gracia como no se debe contentar con una vida ordinaria, si quiere asegurar tan incomparable bien. Consuélese con que podría llegar a esta prudente, y moral certeza de estado tan dichoso; pero humíllese, y no se satisfaga, ni contente con poco. Aliéntese a vivir tan dignamente, como es la dignidad de la Gracia, que entonces podrá entender con humildad, que está en ella. Muchos dicen: No sé qué me haría por asegurarme que estoy en Gracia: hiciera cualquiera cosa del mundo, porque fuera cierto estar en amistad de Dios. Por cierto con mucha razón, y todo fuera poco por un bien tan sobre otro bien. Mil vidas se han de dar por él: millones de tormentos, y muertes se habían de padecer porque no nos faltase. Los Santos nos avisan, qué debe hacer el cristiano para asegurarse de lo que con tanta razón se ha de desear. Mucha perfección piden, pero mucho es por lo que lo piden. No dejemos de hacer cosa, por tener con alguna certidumbre lo que es sobre todas las cosas de este mundo. Si no nos falta la Gracia de Dios, no nos faltará bien. Demos por ella todo. Demos los bienes de la tierra, por asegurarnos de los bienes del Cielo. Demos los contentos del mundo, por certificarnos en alguna manera, que está contento de nosotros el Señor del mismo mundo. Demos la vida temporal, por tener cierta la vida eterna. Con el uso devoto de los Sacramentos, con santas obras de virtud, con varonil victoria de las tentaciones, con sumo desprecio del mundo, con perfecta mortificación de los sentidos, con trato continuo de oración, con paciencia constante de los trabajos, con odio eterno al pecado, con ardiente amor de Dios y del prójimo, haremos cierta nuestra vocación, y elección, esto es, nuestra Gracia y predestinación. Bien es este incomparable, y así en su comparación no se ha de perdonar a trabajo, ni cosa alguna. Si mil años nos costara comer por onzas, y andar con las rodillas desnudas por espinas, y abrojos y padecer cada día, que con tenazas hechas ascuas nos sacasen los bocados de nuestras carnes, y ser descoyuntados todos los miembros, y artejos de nuestro cuerpo, todo lo habíamos de llevar, y tener por poco, a trueque de asegurar un punto más la Gracia, y salvación. Alégrese el cristiano, que sin tanto rigor lo puede conseguir. No ha menester ser atenaceado, ni descoyuntado: con más suavidad se puede hacer predestinado, y escogido para la corona de gloria. No sé cómo puede sosegar, y vivir contento, quien oyendo a San Pedro, que puede hacer cierta la vocación a la Gracia, y la elección a la Gloria, puede parar hasta asegurarse en cosa de tanta importancia. No sé cómo puede vivir el cristiano sin ponerse en aquel estado, y perfección de vida, en que tenga la certidumbre que le es posible de su Gracia. Cómo es posible, que oyendo de los Santos, que con tales virtudes, y tal perfección de espíritu,

está ciertamente (según juicio humano prudente) la Gracia en uno, se detenga el estimador de su bien hasta alcanzar las virtudes, y espíritu bastante, que le den aquella satisfacción, aunque sea poniéndose en toda la estrechura, y rigor del mundo, y más asegurando de camino su Gloria, la cual se asegura por la seguridad de la Gracia, y la Gracia con obrar bien, y con la perfección de la caridad.

Obre cada uno bien, y con santas obras haga cierta su elección, como aconseja San Pedro e hizo aquel monje, de quien escribe Ludolfo, que habiéndole dicho un compañero suyo, le había Dios revelado, que era del número de los que se habían de condenar, él respondió: Bendito sea Dios por todo: yo no desesperaré con todo eso, sino que de aquí adelante doblaré la penitencia, y la tresdoblaré, hasta que halle misericordia, y Gracia con Dios, que es Padre piadosísimo. Después de algunos días tuvo su compañero revelación verdadera, como aquel monje se había de salvar, y que era predestinado. Semejante confianza, y ánimo hemos de tener de obrar siempre bien, y mejor cada día, dejando a Dios hacer, que él tendrá cuenta con nuestra salvación, *y* no nos dejará de remunerar las buenas obras que hiciéremos. Esta cuenta de este Santo Monje ha de hacer todo cristiano. No lo que refiere Cesario, que hacía el Lantzgrave Ludovico, (*Lib.* I. *hist. cap.* 27) el cual viviendo con libertad, y reprendido por ello, decía temerariamente: Si estoy predestinado, ningunos pecados me podrán quitar, que no vaya al Cielo; y si soy precito, ningunas buenas obras me podrán dar el Cielo. Pero estando después gravemente enfermo llamó a un médico, que le curase, el cual, queriendo curar su alma antes que el cuerpo, le dijo: Señor si ha venido vuestro día en que habéis de morir, no os podrá librar mi medicina de la muerte: y si no habéis de morir no es necesaria mi arte: no hay que curaros. Replicó el enfermo: ¿Cómo respondéis así, porque si no me curáis podré morir antes? Entonces el médico, reconviniéndole prudentemente, dijo: Pues como, *señor si* entendéis, que vuestra vida se puede alargar, y cobrar vos salud por la virtud de los medicamentos: ¿por qué no queréis entender lo mismo de la penitencia, y obras de justicia, que son medicamentos del alma? Sin estas cosas morirá el alma, y nunca llegará la salud, y salvación eterna. Con esto cayó en la cuenta aquel hombre engañado, agradeciendo al médico, que por su lengua le había Dios sacado de tan grande error. A propósito de semejantes hombres responde también el doctísimo Padre Gregorio de Valencia: (Valen. *1. p. q.* 23. *disput.* I. *puncto* 4) Si eres predestinado, has de obrar bien, porque Dios vio de antemano que habéis de obrar bien: y si no obras bien, señal es que no eres predestinado: y así para que hagas cierta tu predestinación, obra bien. Esto es lo que quiere San Pedro, cuando dijo: *Andad solícitos de hacer cierta vuestra vocación, y elección por buenas obras.* Y si no eres predestinado, sino réprobo, y señalado para ir el infierno, la causa es porque obraras mal. Pues para que no sea verdad, que no eres predestinado, vive santamente en todo tiempo, porque finalmente, no partas de esta vida cargado de pecados; cosa que puede acontecer en toda hora, porque no podrás acabar mal la vida, y condenarte, si siempre vivieres bien. Por lo cual debe uno hacerse siempre este discurso, y animarse con él a ser más santo, y obrar más excelentes actos de virtud. Aquel es predestinado, que cooperando con la Gracia Divina, muere últimamente sin pecado mortal, y no hay ninguno reprobado

que no sea el que cuando muera estuviere en pecado mortal. Pues como cada hora no esté uno cierto, si ha de ser el fin de la vida, y menos cierto sea, si pecando ahora haya de hacer después penitencia, cobrando por ella la Gracia perdida, me tengo de abstener como puedo, con el favor divino, de todo pecado mortal, para que haciéndolo así, pueda siempre entender con más probabilidad, que soy del número de los predestinados: porque no me hallará la muerte con pecados graves, siempre me abstuviere de ellos. Y aunque totalmente no esté cierto, cómo me ha de coger la muerte, y deba temer no me coja en pecado, conviene animarme grandemente a servir a Dios; con lo cual lo que me es incierto, y pende de mí, con el favor de Dios lo puedo yo hacer cierto con efecto, viviendo siempre bien: porque es cosa certísima, que no moriré en pecado, y por consiguiente, que seré predestinado, si siempre viviere bien. De esta manera está en la potestad, y arbitrio de todo hombre, ayudado de la Divina Gracia, el salvarse y hacer que venga a ser de los predestinados: porque si quiere siempre cooperar con la Gracia de Dios hasta la muerte, como puede y debe, es y será predestinado; y si no quiere, no lo será, porque Dios predestina para la Gloria a los que se han de aprovechar de su Gracia, y aquellos son réprobos, que no querrán cooperar con ella.

CAPÍTULO XIV. Con cuánta razón encarga el Señor la conservación de la Gracia, diciendo: Ten lo que tienes.

I.

Acerca de las señales que hemos dicho del estado de Gracia, se ha de advertir, que solo han de servir para quedar uno con confianza para obrar mejor, no para presumir, porque con esto vendría a obrar peor. Siempre hemos de hacer lo que aconseja el apóstol: (Flp. 2, 12) *Con temor y temblor obrad vuestra salvación.* Y en otra parte dice (Rm. 12, 12): Tú, *que estás en Fe*, *no quieras presumir altamente, pero teme.* La causa de este temor es, porque la certidumbre que se puede tener de estar en Gracia, no es evidente, y también porque no sabe uno lo que será adelante: ¿qué sabe si perderá la Gracia que tiene? Confiemos en Dios, y consolémonos: no presumamos, sino humillémonos. Oigamos lo que nos dice San Juan: *(2Jn. 1, 8) Mirad por vosotros mismos, no perdáis lo que habéis obrado.* No podrá ninguno estar más cierto de que está en Gracia, que aquel Obispo de Filadelfia, que dicen fue San Quadrato, al cual reveló Dios, por medio de su Evangelista San Juan, que estaba en Gracia, *y* prometió fuera de eso, que le había de guardar en la hora de la tentación; con todo eso le encarga, que tenga lo que tiene: esto es, que guarde su Gracia: *Ten lo que tienes,* (dice el Señor) *para que nadie reciba tu corona,* Son estas palabras muy dignas de considerar, y traerlas a la memoria. El que está en Gracia, téngala, no la pierda. Lo primero se debe considerar este modo de hablar, que tenga lo que tiene: porque verdaderamente, solo el que está en *Gracia* tiene algo; porque aunque tuvieras todos los bienes del mundo, si no tuvieras Gracia, no tenías nada; porque todo el humo, vanidad, y la misma nada, y muchas veces serias peor, si careces de este raro bien: y así, mientras tienes Gracia, aunque te falte lo demás, tienes mucho; pero aunque tengas todo, si te falta la Gracia, nada tienes: porque solo la Gracia es cosa de importancia, lo demás no. Además de esto, solo la Gracia se puede tener, y no lo demás, porque solo es privilegio de este divino don, que solo el que le tiene le pueda guardar, sin dependencia de otro hombre nacido: porque los demás bienes no está solo en la mano de su poseedor tenerlos, pues el ladrón te los puede quitar, aunque tú no quieras, o la desgracia los podrá acabar, *o* la muerte te podrá a ti apartar de ellos, y así hacer que no los tenga: porque ni el conservarlos a ellos, ni tu misma vida está en tu mano. Solo la Gracia es de tal condición, que está en tu mano solamente tenerla; y aunque te falte la vida, no te faltará ella, si tú no quieres. Bien diferente es de todos los demás bienes de la tierra perecederos, que se acaban con la vida, la Gracia no. Y en cuanto vivieres no está sujeta al ladrón, ni al injuriador, ni a la desgracia, ni al tiempo, ni al demonio. Ten, pues, la Gracia, y tendrás lo que tienes, porque a ella sola tienes, y a ella solo puedes tener, pues ella sola depende de ti solo, y ella solo es de momento. Ten, pues, lo que tienes, y mira qué tienes con la Gracia: tienes ser más que toda la naturaleza, tienes un ser divino, tienes ser más hermoso que los Cielos, tienes ser hijo del Altísimo, tienes ser amigo de Dios, tienes la vida eterna, tienes

los bienes necesarios para lo temporal, tienes verdadera hermosura, tienes al Espíritu Santo dentro de ti, tienes más que el mundo, y tienes todo lo que se puede tener en este mundo. Cosas son estas para tenidas, para no dejártelas sacar de las manos. Mira, pues, lo que tienes, y tenlo diligentemente.

Lo segundo se ha de considerar, la razón que dio nuestro Redentor, porque has de tener lo que tienes; la cual es, porque no reciba otro *tu* corona. No pensemos, que hemos de coger a Dios por necesidad, como que no tuviera muchos con que llenar el Reino de los Cielos. Si tú le faltas, y no quisieres salvarte, tiene muchos en quien escoger, y depositar sus dones. Si tú no te aprovechas de sus gracias, te las quitará, y dará a quien se aproveche con ellas, *y se* salve en tu lugar. No nos da su Gracia para que estemos ociosos, sino para que la logremos, y obremos con ella y la doblemos, y multipliquemos. Bien sabe un rey, cuando un Ministro suyo no satisface a su oficio, privarle de él, y poner otro en su lugar: y un discreto padre de familias, cuando un criado no da buena cuenta de lo que le ha encomendado, lo despide de su casa, y recibe otro más diligente. No es Dios menos cuidadoso, y prudente dispensador. Si no empleas la Gracia, y no procuras la Gloria, para la cual te escogió, llamará a otro, que en vez tuya le sirva, y se salve, y a ti te dé con la puerta en los ojos; y todo lo que a ti te concedió, te lo quitará por tu flojedad, y se lo dará a otro que sea más pronto en su servicio. Aquel siervo, que recibió el talento, y no le empleó, fue privado de él; y lo que tenía, se lo dieron al que tuvo mayor diligencia. Aprovéchate del favor que Dios te ha hecho, de haber puesto primero en ti sus divinos ojos, de haberte escogido para su Gracia antes que a otros; pero si no eres con ella solícito, otros muchos le quedan a quien dársela: y puedes temer no sean los últimos llamados a la Gracia, los primeros en la Gloria, y los primeros vengan a ser postreros. Tengamos, pues, lo que tenemos, porque no reciba otro nuestra corona. Es mucho para notar lo que advierten los Santos, y enseña Santo Tomás: *Que no permite Dios, que caigan algunos, sin que levante otros en su lugar.* Ricardo Victorino dice: *Como Dios tiene determinado el número de los suyos*, *cuando uno cae en culpa, otro se substituye por él.* En lugar de los ángeles, que cayeron, sustituyó los hombres. En lugar del Pueblo Hebreo, que no conoció a su Redentor, escogió al Pueblo Gentil. En vez de Saúl, eligió a David. Por un apóstol que cayó, levantó a un ladrón. Cuando se perdió Pelagio, hizo Santo a Agustino. Si desdijo Tertuliano, convirtió a Cipriano. La pérdida de Rufino, se reparó en Gerónimo. En lugar de uno de los cuarenta mártires, que faltó a la Gracia y la confesión de la Fe, puso luego en su lugar uno de las guardas. Faltó en el martirio Sapricio, y Nicéforo murió luego por Cristo. En nuestros siglos, innumerables faltaron en el Septentrión a la Fe, y en lugar suyo llamó Dios infinitas almas, que se han convertido en una, y otro India. Y así se dice de Dios en el libro de Job: *(34, 24) Derribará muchos, e innumerables*, *y hará que estén en el lugar de ellos otros tantos.* No le faltarán a Dios escogidos. Si a unos arroja de sí, por su culpa, y negligencia, a otros llama, y trae a sí con su misericordia. Esto significó el Señor por el Profeta, cuando dijo: *(102, 9) Mezcle mi bebida con el lloro.* Juntando la bebida con las lágrimas: porque como advierte San Gregorio, quien bebe, recibe dentro de sí lo que estaba fuera: el que llora, despide de sí, y arroja lo que estaba dentro: pues; el templar

Dios la bebida con lágrimas, es, que cuando echa de sí a algunos, admite otros: cuando arroja de sí al pecador incorpora en sí a quien ha de ser justo. Por grande santo que llegue a ser uno, si no corresponde a la Gracia recibida, podrá perderlo todo, y el Espíritu Santo, que habitaba en él, sabrá buscar mejor morada. Hermosísimo era aquel árbol de Nabucodonosor, grande, y alto, que henchía la tierra, y cuyas hojas eran muy hermosas, y el fruto copioso, en que se significaba, como dice Ricardo, un grande justo; con todo eso se mandó cortar, por secreta soberbia. De árbol tan grande, y hermoso faltó Dios; pero vémosle hablando con Moisés en una zarza humilde, y escabrosa. No piensen los altos cedros, que son necesarios a Dios; porque en un espino sabrá poner su asiento. Nadie presuma con la Gracia recibida, sino procure obrar con temor su salvación. Tenga lo que tiene con humildad, porque reciba el más humilde su corona. *Aliméntese con esto* (dice San Gregorio) *(Lib. 45 Moral cap. 31)* la *esperanza de los humildes*, *y reprímase la altivez de los soberbios*; *pues estos pueden perder los bienes porque se engríen, y aquellos pueden recibir, lo que por no tenerlo son despreciados. Temamos*, *pues*, *de las cosas que hemos recibido, y no menospreciemos a aquellos*, *que aún no las han conseguido. Lo que somos hoy, conocémoslo; pero no sabemos lo que podremos ser de aquí* a *poco; y por ventura, aquellos, que despreciamos podrán empezar tarde*; *pero adelantarse mucho a nuestra vida con el mayor fervor y solicitud. Débese temer mucho, que cayendo nosotros, no se levante aquel que fue escarnecido de nosotros mismos, cuando estábamos en pie, si bien ya no sabe estar en su estado el que supo reírte del que no estaba levantado.* Todo esto es de San Gregorio.

II.

Obremos con humildad de tal manera, que no obliguemos a Dios que eche la mano de otro, y que la corona que se fabricó para nosotros, le venga mejor al vecino. ¿Quién no tiembla de hacer un pecado, pues puede ser, que en haciéndole no use Dios más con él de misericordia, y escoja a otro para la vida, dejándole a él en eterna muerte, dando a quien menos pensabas la corona que tenía para ti aparejada? Sabe, que tiene Dios determinado el número de tus pecados, y a tantos podrás llegar, que pases el número en que había determinado de disimular contigo, y no traspasar a otro lo que te quería dar. Tiembla de lo que dice el Señor por el Profeta Amós, que a Damasco, Gaza, Tiro, y Edón, había de sufrir tres maldades; pero no cuatro: porque al cuarto pecado, sin remedio alguno había de usar de todo rigor. ¿Qué sabe el pecador, si el pecado que de nuevo va a hacer es el cuarto para él? Si fuese el último que había Dios determinado de sufrirle, ¿qué sería? No tiene nadie que arrojarse a pecar, presumiendo de la misericordia divina: porque aunque es verdad, que es Dios misericordiosísimo; pero contados tiene tus pecados, y puede ser, que te haya perdonado mil, y que después no te perdone uno, y ese bastara para condenarte. ¡O loca ceguedad de algunos hombres, que por haber, pecado una vez, no reparan en pecar dos; y por haber pecados dos veces, no reparan en pecar muchas, pareciéndoles que todo se perdonará junto! ¡O necio! ¿Qué sabes si ese

nuevo pecado es aquel que pasa el número de los que Dios tiene determinado de disimularte? Teme no sea que ese pecado, que de nuevo te arrojas a hacer, sea aquel en que consista tu condenación, por el cual se ha de dar a otro tu lugar en el Cielo.

Queriendo Dios castigar a los Amorreos y echarlos de su tierra, escogió en lugar de ellos a los Israelitas; pero aguardó hasta que cumpliesen el número de sus pecados, señalado por su Divina Sabiduría, para no disimularlos más: y así dijo a Abrahán, que la causa porque no le daba desde luego para sus hijos la tierra prometida, era porque no se habían cumplido las maldades de los Amorreos: mas cumpliéndose fueron desechados de Dios, y puestos en su tierra los Israelitas. ¿Qué sabes cuándo se cumplirán tus maldades? Si no te avergüenzas de ser malo, teme de ser más malo. No cometas nuevo pecado, porque no sabes si ha de ser el término, y consumación de tus maldades, para que seas condenado eternamente, y otro sea el que se salve en tu lugar. Ten fuertemente lo que tienes, porque no reciba otro tu corona. Corre, y como exhorta el apóstol, corre de tal manera, que la cojas. ¡O qué confusión será la tuya el día del juicio, si vieses en el Cielo a aquel que llamó Dios a su Gracia, porque tú no lo supiste guardar: y que otro es predestinado, habiéndolo de ser tú, porque fue elegido en lugar tuyo! Confusión eterna será, que habiendo tú sido favorecido de Dios en ser llamado primero, y antepuesto en la vocación, se te haya antepuesto otro en la elección por culpa tuya, y goce de tu corona: porque estará en el Cielo por ti, y porque de tus buenas obras no te holgabas tú, sino él. Porque como dice Santo Tomás: *(1 p. q. 23 art. 6 ad. 1) El que es substituido en lugar de otro al estado de la Gracia, recibe también la corona de aquel que cayó, por cuanto se ha de holgar en la vida eterna de los bienes que el otro hizo: porque en la Gloria se holgará uno, no solo de las buenas obras que hizo, sino de las que hicieron otros.* ¡O qué gran desdicha sería, que de tus ayunos, tus vigilias, tus limosnas, tus penitencias, no hayas de gozarte tú, sino otro, que te llevó la corona, habiendo tu llevado el trabajo y la delantera; y que los pasos que diste en el servicio de Dios, hayan sido para quien no conocías, sin quedarte tú con provecho! Ten lo que tienes, no te arrebate otro la corona, y de todas tus buenas obras te quedes tú vacías las manos. Ten lo que tienes, procurando lograr la Gracia recibida, y aumentarla cuando puedas. Con esto harás, que no pierdas los méritos antiguos, y que dobles otros nuevos: porque a los siervos diligentes que granjearon con sus talentos, les subieron a mayores e hicieron nuevas mercedes. Ten lo que tienes, porque al que tiene se le dará (dice el Salvador) y al que no tiene, aquello mismo que parece que tiene, se le quitará. Si conservas la Gracia aumentándola se te dará mayor; y si no la tienes conservándola, no se te dará cosa mayor; y aquello que parece que tenías, que son los merecimientos antiguos, también se quitarán, y se darán a otros; porque tú no gozarás de ellos, pero gozar se ha quien cogió tu lugar, y se puso tu corona.

CAPÍTULO XV. Las señales de que uno ha de morir en Gracia, y lo que debe hacer en salud para esto.

I.

Hemos dicho las señales que dan los Santos, para entender que uno está en Gracia: digamos también de las que señalan para conocer, que ha de perseverar, y morir en la misma Gracia, que es todo lo que debe desear, y pretender el cristiano. De camino diremos los medios de la perseverancia, porque las mismas cosas, que son indicios de una buena muerte en estado de Gracia, son medio para lo mismo. El morir en Gracia es bien tan grande, que habiendo revelado Dios a San Francisco, que él había de ser uno de los que habían de alcanzar aquella dicha, todo lleno de gozo, y contento, que no le cabía en el corazón, decía a voces: Mi Dios sea alabado, a él sea la gloria, y la honra sin fin. Y por ocho días continuos quedó tan ocupado de este gozo, y arrebatado del pensamiento de nueva tan dichosa, que no podía hablar, ni pensar en otra cosa; aun las Horas Canónicas no podía rezar, teniendo esto solo en la boca, y repitiéndolo infinitas veces: El Señor sea alabado, el Señor sea alabado. Con tanto júbilo, y alegría de su espíritu, se regocijaba de su buena suerte: y con mucha razón por cierto, porque no hay otra cosa de que alegrarse más, como dijo el Salvador del Mundo *a* sus discípulos, cuando venían muy contentos de los milagros que habían hecho, hasta obedecerles los demonios: mas el Señor les dijo, que no era aquella materia de alegría, sino que estaban escritos sus nombres en el Libro de la Vida, porque habían de morir en Gracia. Esta es grande materia de gozo, y donde se puede únicamente consolar el cristiano con la esperanza de este bien. A San Antonio de Padua manifestó Dios, que cierto hombre era predestinado que es lo mismo que haber de morir en Gracia, y fue tanto el respecto que le cobró, que le reverenciaba, hincándose de rodillas delante de él todas las veces que le encontraba, haciéndole toda sumisión, y reverencia: tanto que el hombre se enojaba pesadamente, pensando que era aquello hacer burla de él, hasta que le dijo la causa.

Pues si la noticia de saber que otro ha de morir en Gracia, hizo tanto peso en el corazón de San Antonio, que a un hombre ordinario le respetaba tan extraordinariamente; no es maravilla, que el saberlo de sí San Francisco le causase tan grande gozo, y que dijese Cristo a sus discípulos, que no se gozasen de otra cosa. Verdaderamente cualquier fiel, aunque no tenga revelación de su predestinación, porque no le convendrá; con todo eso, no se debía consolar más, que cuando ve que va por los pasos, y virtudes, que los Santos señalan por argumento, y testimonio de que está uno predestinado.

¿Qué mayor consuelo puede ser, que hallar entre los peligros de esta vida señales de salvación? Con razón dice San Bernardo *(Serm. 2 de octava Pascha) ¿Cuándo dejó Dios a sus escogidos sin algún testimonio*? *¿O qué consolación pueden ellos tener, vacilando entre miedo, y esperanza, con ansioso cuidado, si no mereciesen tener algún*

testimonio de su elección? *El Señor conoce quienes son suyos*; *solo él sabe los que desde el principio escogió; pero de los hombres ¿quién es el que sabe si es digno de amor o de odio? Pues si como es así, no se nos concede total certidumbre*: *¿por ventura no nos serán por eso tanto más gustosas y agradables, si podemos hallar señales de esta elección? ¿Qué descanso puede tener nuestro espíritu*, *mientras no tiene algún testimonio de su predestinación*? *Por lo cual, fiel es esta doctrina, y digna de toda aceptación, en la cual se encomiendan las señales de salud, porque con esto se les ocasiona a los escogidos gran consolación y quita toda escusa a los réprobos*; *porque conociendo las señales de la vida eterna quien las despreciare queda manifiestamente convencido que recibió en vano su alma, y que tuvo en nada la Tierra de Promisión, tan digna de desear. E*sto es de S. Bernardo. *Y* en otra parte dice el mismo Santo: (In Serrm. 1 Septuag. In initio*) No tenemos certeza, pero la confianza de la esperanza nos consuela, porque no nos atormentemos totalmente con las ansias de esta duda. Por lo cual se han dado algunas señales, e indicios de nuestra salvación, para que sea cosa indubitable, que aquel es del número de los escogidos*, *en quien perseveraren.*

II.

Estas señales de morir en Gracia, y de ser uno predestinado, sacadas de la Sagrada Escritura, se reducen a doce.

La primera, es tener una fe viva, constante, y verdadera: y así se dice, que creyó Abrahán, y que le fue imputado a justicia, y santidad, por lo cual se salvó, como también Noé. Esta fe se ha de echar de ver por el deseo y celo de que se extienda el Reino de Cristo por todo el mundo, por el aborrecimiento de las herejías, por la estima, y respeto del culto divino, por los dictámenes, que son conformes al Evangelio, y contrarios al mundo, por las buenas obras conformes con la doctrina de Cristo. Mire cada uno como le va en estas cosas, y procure esmerarse en ellas.

La segunda señal, es la guarda perfecta de los Mandamientos, conservándose sin cometer pecado alguno grave, y andando delante de Dios en verdad. El mismo Cristo dijo:(Mt. 19, 17) *Si quieres entrar en la vida, guarda los Mandamientos.* Por esto fue oída la oración del Rey Ezequías, cuando dijo; *(Is. 38) Acordaos, Señor, como he andado delante de Vos en verdad.*

La tercera señal, es padecer tribulaciones; por lo cual dijo el ángel a Tobías: *(12) Porque eras acepto a Dios, fue necesario que la tentación te probase.* El mismo Salvador, que fue Cabeza de los predestinados, dijo, *(Lc. 14)* que convino que padeciese, para entrar de esta manera en su Gloria. (Hb. 12) Es grande señal, de la benevolencia divina, ser los buenos afligidos en esta vida: por lo cual dice el apóstol, *(Ap. 15) que* Dios azota a quien tiene por hijo. Y el mismo señor dice: *Yo reprendo a los que quiero bien.* Cela Dios mucho a los suyos porque los ama, y así no les consiente pecar,

sin castigarlos luego: *Este Dios celador* (dice Orígenes) (Hom.8 in c. 20 Exod.) *si desea, y pretende que tu alma se llegue a él*, *si te guarda de pecado, si te corrige, si te castiga, si se indigna contigo*, *si se aíra, y está como abrasado de celos, conoce en estas cosas*, *que tienes esperanza de tu salvación eterna.* S. Ambrosio dice, que como la vid atada se levanta, y podada no se disminuye, antes se aumenta; así los cristianos, mientras son atados, suben; y humillados, se ensalzan; y heridos, son coronados.

La cuarta señal es dar limosnas, y ejercitar la caridad, y misericordia: a la cual están prometidos en la Escritura el perdón de los pecados; y el alcanzar de Dios misericordia. La limosna libra de la muerte, como se dice en el libro de Tobías: ella es la que limpia los pecados, y hace hallar la vida eterna. Y David dijo: *Bienaventurado el varón, que entiende sobre el necesitado*, *y pobre: el Señor le librará en el día malo,* esto es, en el juicio riguroso de Dios en la hora de la muerte. Huélgase Dios de usar de misericordia con los que la tienen con sus hermanos: porque con los tales toma especialmente el título de misericordioso, que tantas veces se repite en las Letras Sagradas. Lo cual considerando San Gregorio Niseno, dice: *Si el llamarse misericordioso es cosa decente a Dios: a qué otra cosa te exhorta la doctrina de Cristo*, *sino a que te hagas Dios*, *como señalado con divisa propia de la Divinidad.* También dijo San Gregorio Nacianceno: *No tiene el hombre cosa más divina que el hacer bien a otros.*

La quinta señal, es la pobreza de espíritu, despegando el corazón de los bienes de la tierra; y así, a la primera de las Bienaventuranzas, que es ser pobre de espíritu, se promete el Reino de los Cielos. Y Cristo escogió en este mundo los pobres, y contra los ricos pronunció notables, y bien temerosas sentencias: ¡Ay de vosotros, ricos, que tenéis aquí vuestro consuelo! Y ¿a quién no atemoriza, cuando dijo (Mt. 10, 25) ser más fácil, que un camello pase por el agujero de una aguja, que un rico entre en el Cielo? A un mancebo desechó, porque tenía ricas posesiones, y el corazón tenía pegado a ellas.

La sexta señal, es la humildad, con la cual consuela San Bernardo a sus monjes: *(Serm. 2 de Ascens.) Quien sabe, si los nombres de todos los que aquí veo, están escritos en el Cielo, y anotados en el libro de los predestinados*: *porque me parece, que veo algunas señales de vuestra vocación, y justificación*, *en el trato de tanta de humildad: por lo cual, perseverad, carísimos, en la disciplina que habéis comenzado, para que por la humildad subáis a la alteza. Este es el camino, y fuera de él no hay otro.* San Gregorio dice: *(Lib. 34 Moral c. ult.) Evidentísima señal de los réprobos es la soberbia, como lo es la humildad de los escogidos.* Bien claro dijo el Señor: *Si no os convirtieres, y os hicieres como pequeñuelos, no entrareis en el Reino de los Cielos. Y* por Isaías se dice, que no descansará el Espíritu del Señor, sino sobre el humilde. Al contrario dice San Agustín: *Al que vieres soberbio, no dudes sino que es hijo del diablo.*

La séptima señal, es la caridad de Dios, y del prójimo: porque el Salvador del mundo dijo: *En esto conocerán todos, que sois mis discípulos, si os amares unos a otros.* Y en la oración que nos enseñó, puso como por condición de perdonarnos Dios nuestros pecados, si perdonáremos nosotros a los que nos injuriaren. También el Sabio

dice: *Deja al prójimo, que te hizo daño, y entonces, cuando orares, se te desataran tus pecados.*

La octava señal, es frecuentar devotamente los Sacramentos de la Confesión y Comunión; y así dijo Cristo: *El que come mi Carne, y bebe mi Sangre, en mí se queda, y Yo en él.* Y otra vez dice: *El que come este Pan vivirá eternamente.* La confesión frecuente, según dice San Bernardo, es medicina ligera. Y la comunión, dice el mismo Santo, que nos quita totalmente la gana de los pecados mortales, y nos disminuye los veniales: y así, quien quisiere aprovechar en espíritu debe frecuentarla. Esto se ha de entender, si se hace con devoción, y la debida preparación: porque si se hace por costumbre, y con negligencia, hay que temer, no se coma uno el juicio de Dios, y condenación eterna.

La nona señal, es el gustar de la palabra de Dios, meditando frecuentemente sus verdades y los misterios divinos. El que es de Dios, dice Cristo, oirá la palabra de Dios. Y así San Gregorio, y San Bernardo dicen, (Joan. 8. *Hom. 18 in Evang. Ser.* I. *Septuag.*) que es señal de predestinados, oír de buena gana las pláticas de Dios, como lo es de réprobos no gustar de ellas. Dijo también Cristo, que sus ovejas oían su voz de buena gana, y le conocían, no la voz de los extraños. Y al demonio tentador respondió, que no vivía el hombre de solo pan, sino de toda palabra que salía de la boca de Dios. De la doctrina de Jesucristo nos hemos de sustentar, considerándola, y meditando cada día alguna hora, y leyendo libros espirituales, para persuadirnos, y entrañar en nuestro corazón sus divinos consejos, *y* poderle imitar: porque la falta de esta consideración es lo que tiene poblados los infiernos.

La décima señal, es estar resignado en las manos de Dios y pronto para hacer su divina voluntad, guardando con Dios las leyes de verdadero amor, que es tener un mismo querer, y no querer, con lo cual seremos fieles siervos de su Divina Majestad. Y así San Agustín, hablando con Dios, dice: *Aquel a muy buen siervo tuyo, que no atiende más de oír de ti lo que quiere, sino antes mira a querer lo que de ti oyere.* De David se dice, que fue según el corazón de Dios, porque hacía todas sus voluntades. El bien que hay en esto nadie lo declaró mejor, que el Hijo de Dios, el cual dijo esta notable sentencia: *Cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los Cielos, ese es mi hermano, hermana, y mi madre.*

A estas señales añaden algunos otra, con que son once, *y* es haber hecho algún acto heroico de virtud, nacido de caridad y celo santo, lo cual obliga mucho a Dios. Y así, a Abrahán, por un acto de estos, le dijo el Señor: *(Gen. 22, 16-17) Jurado he por mí mismo, porque hiciste tal cosa, y no perdonaste a tu Unigénito por mí; te bendeciré a ti, y multiplicaré tus descendencias, como las estrellas del cielo.* Otro acto heroico de Finees, con que purgó la maldad de Israel, le fue imputado a justicia de generación en generación para siempre. Grande acto, y muy heroico, es el que hicieron los apóstoles, dejando todo por seguir a Cristo. Y así les dijo el mismo Señor: (Mt. 19, 29) *Vosotros que dejasteis todas las cosas, y me siguiereis, recibiréis cien doblado, y poseeréis la vida eterna.*

La última señal, con que se cumplen doce, señalan casi todos los Santos, y Doctores, y es la devoción amorosa, y verdadera con la madre de Dios. San Anselmo dice: *(cap. 4 Excel. V.) A quien fuere concedido pensar muchas veces de la Virgen con dulce cuidado, echo de ver, que tiene grande indicio de alcanzar su salvación.* San Bernardo habla así con la Madre de Dios: *Acordaos, oh piadosísima Virgen que no se ha oído en todos los siglos, que quien se acogió a vuestro amparo, implorando vuestros auxilios pidiendo vuestros sufragios, que haya sido desechado.* Puede verdaderamente nuestra Señora tomar para sí aquello que dice la Sabiduría: *Bienaventurado el hombre, que vela a mis puertas cada día y guarda a los umbrales de mi casa: el que me hallare a* mí, *hallará la vida y sacará su salvación del Señor.*

Estas son las señales de dicha tan grande, como es morir en Gracia. Examine cada uno si las tiene, y en qué grado las tiene. Mírelas, y considérelas. Si no se halla que va camino de predestinado, póngase en él, y con buenas obras haga cierta su Gracia, y elección: con actos continuos de estas virtudes asegure su salvación. Estas son señales de la vida, y de salud, no que dependan de otro, sino del mismo, que las ha de cobrar.

BENDITO SEA DIOS, que no nos puso la salvación en cosas imposibles: no en cosas que dependan de voluntad ajena, sino de la nuestra. Conserve la Gracia quien la tiene, pues no tiene que pedir *a* otro nada para tenerla. Si no tiene las señales de salud, hágalas él, *y* procure las virtudes dichas; para que así, muriendo en Gracia, goce el Reino de la Gloria, para que fue creado, por eternidad de eternidades Amen. Amen. Amen.

LAUS DEO

---

[1] Orden de caballería destinada a servir a la Iglesia y a la fe Cristiana, instituida por Felipe III de Borgoña en 1429.

[2] Prenda utilizada por los cristianos para mostrar públicamente el arrepentimiento de sus pecados, posteriormente lo utilizó la Inquisición para señalar a los condenados por ese tribunal.

[3] Bebida hecha con cebada cocida.

Índice

LIBRO PRIMERO.	6
CAPÍTULO PRIMERO. La poca estima que se hace de la Gracia	7
CAPÍTULO II. Que cosa sea Gracia, y los inestimables tesoros que encierra.	12
CAPÍTULO III. Cuánto debe ser estimada la Gracia por ser superior.	16
CAPÍTULO IV. No solo sobrepuja la Gracia a todas las obras naturales	21
CAPÍTULO V. Cómo debe ser estimada la Gracia, por ser la obra de la justificación	26
CAPÍTULO VI. Cuanto debe ser estimada la Gracia	33
CAPÍTULO VII. La Gracia no solo es sobre la naturaleza creada	39
CAPÍTULO VIII. En cuan sublime grado se participa por la Gracia	46
CAPÍTULO IX. Como por la participación de la naturaleza divina	52
CAPÍTULO X. Cuánta sea la excelencia de la Gracia por sublimar al alma	58
CAPÍTULO XI. Como debe ser estimada la Gracia por ser participación	65
CAPÍTULO XII. Como la gracia sirve a los que la tienen de naturaleza	70
CAPÍTULO XIII. En qué modo es la Gracia infinita, por ser participación	75
CAPÍTULO XIV. Comparase la participación de la Naturaleza Divina	81
CAPÍTULO XV. Cuánto debe ser estimada la Gracia	88
CAPÍTULO XVI. Cuánto debe ser estimada la Gracia	94
LIBRO SEGUNDO	102
CAPÍTULO PRIMERO. Cómo con la gracia, no solo tiene el justo la participación	103

CAPÍTULO II. Cuánto debe ser estimada la Gracia, porque quien la tiene no solo. 110
CAPÍTULO III. Cuán estimada debe ser la Gracia, por ser vida del alma. 116
CAPÍTULO IV. Cuán estimada debe ser la Gracia, por hacer hijos adoptivos de Dios 124
CAPÍTULO V. Como la adopción de hijos de Dios, que se hace por la Gracia 132
CAPÍTULO VI. De la incomparable grandeza de la Gracia, por lo que Dios quiere 140
CAPÍTULO VII. Cuánto debe ser estimada la Gracia, por causar entre Dios 150
CAPÍTULO VIII. Del amor excesivo que tiene Dios a los que están en Gracia 157
CAPÍTULO IX. La suma hermosura que en las almas causa la Gracia. 164
CAPÍTULO X. De la admirable unión con Dios, y con todos los Santos, y Ángeles 173
CAPÍTULO XI. Por la Gracia se sublima el alma a ser Esposa de Dios 183
CAPÍTULO XII. De qué manera alcanza el sumo Principado, y Reino de todas las cosas 192
LIBRO TERCERO. 204
CAPÍTULO PRIMERO. Cómo la Gracia es causa, que tenga el alma la Caridad 205
CAPÍTULO II. La Gracia enriquece al alma con todos los hábitos de virtudes 213
CAPÍTULO III. La Gracia trae al alma los dones del Espíritu Santo. 221
CAPÍTULO IV. La virtud que tiene la Gracia para destruir al pecado mortal 228
CAPÍTULO V. La luz es una sombra de la Gracia. Se hace comparación 236

comparación
CAPÍTULO VI. La estimación que hacen de la Gracia los Ángeles, 243
CAPÍTULO VII. Los que están en Gracia tienen por singular privilegio. 249
CAPÍTULO VIII. El inestimable valor que comunica la Gracia a las obras 255
CAPÍTULO IX. Cuan infinito cuidado se ha de tener de conservar la Gracia 261
CAPÍTULO X. Lo que ha de ser estimada la Gracia, por hacer las obras buenas 267
CAPÍTULO XI. Otro privilegio incomparable de la Gracia, es que por ella está u 272
CAPÍTULO XII. La Gracia que se da a los hombres, tiene mayor título 276
LIBRO CUARTO. 283
CAPÍTULO PRIMERO. Cuánto debe ser estimada la Gracia, por quitar la indignidad 284
CAPÍTULO II. Cuan inestimable bien sea la Gracia habitual 292
CAPÍTULO III. Cuanta diferencia va de un hombre con Gracia, o sin ella. 298
CAPÍTULO IV. De las maravillosas fuerzas que da la Gracia fortaleciendo 304
CAPÍTULO V. La diferencia que hay de la Gracia de Dios, a la Gracia de los hombres. 310
CAPÍTULO VI. Como con la Gracia se dan, no solo los bienes sobrenaturales 315
CAPÍTULO VII. La Gracia da la bienaventuranza de esta vida. 322
CAPÍTULO VIII. Como estar sin Gracia es la suma miseria del hombre. 328
CAPÍTULO IX. Lo que han hecho los Santos por tener la Gracia. 343
CAPÍTULO X. Varios símbolos con que los Santos, y Padres

CAPÍTULO X. Varios símbolos con que los Santos, y Padres significaron 350
LIBRO QUINTO. 355
CAPÍTULO PRIMERO. De la primera disposición para alcanzar la Gracia 356
CAPÍTULO II. De la segunda disposición para alcanzar la Gracia 362
CAPÍTULO III. De la tercera disposición para alcanzar la gracia 368
CAPÍTULO IV. De la última disposición para alcanzar la Gracia 373
CAPÍTULO V. No basta conseguir la Gracia, si con penitencia y santa vida. 380
CAPÍTULO VI. El que está en Gracia ha de obrar los doce frutos del Espíritu Santo. 389
CAPÍTULO VII. La suma dignidad de la Gracia pide, que el que la tiene obre 393
CAPÍTULO VIII. La obra más connatural del que está en Gracia, es el amor de Dios. 399
CAPÍTULO IX. Los que están en gracia no se han de contentar con obrar bien 406
CAPÍTULO X. Como el que está en Gracia, para conservarse en ella 411
CAPÍTULO XI. Quien está en Gracia, se ha de conservar en gran pureza de vida 419
CAPÍTULO XII. No solo con la pureza del alma, sino del cuerpo 427
CAPÍTULO XIII. Cómo se puede conocer, que uno está en Gracia. 432
CAPÍTULO XIV. Con cuánta razón encarga el Señor la conservación de la Gracia. 438
CAPÍTULO XV. Las señales de que uno ha de morir en Gracia 442